

JUAN JOSÉ SAER

LA GRANDE



MARTES

Ruidos de agua

MIÉRCOLES

La manzana

JUEVES

De crecida

VIERNES

El vino

SÁBADO

Márgenes

DOMINGO

El colibrí

LUNES

Río abajo

Algunas precisiones sobre esta edición

Para Laurence

Regresaba.
—¿Era yo el que regresaba?

JUAN L. ORTIZ

huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

QUEVEDO

*e vidi lume in forma di rivera
fulvido di fulgore, intra due rive
dipinte di mirabil primavera.*

PARADISO, XXX 61-63

Le cadavre exquis boira le vin nouveau.

DICCIONARIO ABREVIADO DE SURREALISMO

MARTES

RUIDOS DE AGUA

Son, más o menos, de una tarde lluviosa de principios de abril, las cinco y media: Nula y Gutiérrez están cruzando, en diagonal, un campito abierto, casi cuadrangular, cerrado en el lado superior, a cuyo extremo se dirigen, por un monte ralo de aromos detrás del cual, invisible todavía para ellos, corre el río.

El cielo, la tierra, el aire y la vegetación son grises, no con el tinte acerado que el frío les da en mayo o en junio, sino con la porosidad tibia y verdosa de las primeras lluvias de otoño que no bastan, en la zona, para abolir el verano insistente y desmedido: los dos hombres, que caminan, ni lentos ni rápidos, a poca distancia uno detrás del otro, llevan todavía ropa liviana. Gutiérrez, que va adelante, tiene un saco impermeable de un amarillo violento y Nula, que vacila con preocupación a cada paso para saber dónde pondrá el pie, una campera roja de una materia sedosa que en la jerga familiar (es un regalo de su madre), debido a su aspecto liso y brillante, llaman en broma tela de paracaídas. Las dos manchas vivas, roja y amarilla, que se mueven en el espacio gris verdoso, parecen un collage de papel satinado sobre el fondo de una aguada monocroma, de la que el aire sería la superficie más diluida, y las nubes, la tierra y los árboles, las masas más concentradas de gris.

Como ha venido a verlo por razones comerciales —entregarle tres cajas de vino, una de viognier, dos de cabernet sauvignon, y cuatro chorizos chacareros encargados la semana anterior— Nula, que tenía la intención de visitar a un par de clientes más esa tarde, se ha vestido con cierto cuidado, y además de la campera roja se ha puesto una camisa nueva, un chaleco de verano sin mangas, blanco, pantalones recién planchados y mocasines brillantes, que justifican la precaución con la que avanza, y que contrasta con la negligencia del otro, el cual, con paso decidido, y sin dejar de hablar, va apoyando sin ningún cuidado, sobre los pastos saturados de agua que bordean el senderito angosto de tierra arenosa o en los charcos esporádicos que lo entrecortan, sus botas de goma embarradas y ruidosas.

El fondo gris le otorga al rojo y al amarillo de la vestimenta una vivacidad acrecentada, casi exorbitante, que si para la mirada refuerza su presencia en el campo vacío, para el conocimiento, por paradójico que parezca, les hace perder una buena dosis de realidad. En la pobreza afligida del paisaje, las dos prendas vistosas, tal vez por lo que han costado (la amarilla, aunque viene de Europa y es más cara, parece sin embargo más baqueteadada que la roja), producen un contraste evidente o constituyen, mejor, un anacronismo. La presencia excesiva de las cosas singulares, al romper la sucesión monótona del acontecer, en razón misma de su abundancia injustificada, termina, como es sabido, empobreciéndolas.

Calmó, concentrándose para formar cada frase, Gutiérrez monologa con desdén desapasionado, esbozando de tanto en tanto un giro de cabeza que nunca se concreta del todo, en dirección al hombro izquierdo, con el que parece recordarle a su interlocutor que es a él a quien se está dirigiendo, aunque a causa de la distancia que los separa, del aire libre y del desplazamiento que diseminan los sonidos que profiere y, sobre todo, de los golpes recios de las botas contra los charcos y los yuyos sumergidos, además de la concentración que le exige la protección de sus mocasines y de sus pantalones, Nula únicamente pesca palabras sueltas o fragmentos de frases, sin perder sin embargo el sentido general, aun cuando se trate apenas de la tercera vez que se encuentra con Gutiérrez, y aun cuando el primer encuentro no haya durado más de dos o tres minutos: por lo que ha escuchado durante un buen rato la vez anterior, con sorpresa y curiosidad, el día que le vendió las primeras tres cajas de vino, cuando Gutiérrez monologa, siempre parece hacerlo sobre el mismo tema.

Si Nula, imaginando que se los cuenta a un tercero, pudiese resumir esos monólogos en pocas palabras, serían más o menos las siguientes: *«Ellos», o sea los habitantes de los países ricos entre los cuales vivió más de treinta años, han perdido todo contacto con la vida, y ahora reptan en el sensualismo bestial más mezquino y, como conciencia moral, se contentan con el ejercicio esporádico de la beneficencia y con la formulación compungida de aforismos edificantes. Llama a los ricos la quinta columna y el partido del extranjero, y del resto, de la muchedumbre, afirma que, por un coche nuevo, serían capaces de vender a sus hijas de doce años a un burdel de Estambul. Cualquier mentira que les cuente el gobierno les viene bien, con tal de que no les saquen la tarjeta de crédito ni los priven de lo superfluo. Los ricos solucionan todo comprando y los pobres, endeudándose. Están obsesionados por convencerse a sí mismos de que el modo de vida que llevan es el único racional y, en consecuencia, siempre se*

indignan al día siguiente de los crímenes individuales o colectivos que cometen o que toleran, tratando de justificar con sofismas pedantes de leguleyos los actos de cobardía que los obliga a cometer la defensa desenfundada del confort excesivo en el que han quedado atrapados, etc., etc.

La virulencia del sentido contrasta con la serenidad del perfil que muestra cada vez que la cabeza gira hacia el hombro izquierdo, con el vigor calmo de sus movimientos y con la neutralidad monocorde de su voz que parece estar recitando, no una diatriba violenta sino, amable y paternal, una serie de recomendaciones prácticas destinadas a un viajero que se apresta a afrontar un continente desconocido. Sus frases no se precipitan ni se atollan por el furor, no se entrecortan con interjecciones o con gritos indignados; más bien van saliendo de entre sus labios armoniosas y espaciadas, esmaltadas de tanto en tanto por algún galicismo o italianismo, y si a veces se detienen y vacilan durante algunos segundos, es porque en más de tres décadas de vivir en el extranjero, del sótano oscuro que almacena en el fondo de su ser el repertorio incalculable de palabras que constituyen su idioma materno, alguna, por la falta de uso prolongada que la tenía arrumbada en cualquier rincón, tarda en subir por las ramas intrincadas de la memoria a la punta de la lengua que, igual que la plataforma flexible de un trampolín, la lanzará a la luz del día. Su discurso es irónico y grave a la vez, proferido con una entonación distraída de la que es difícil saber si es auténtica o simulada, si el hombre de casi sesenta años que la emplea expresa a través de ella un odio contenido o una práctica solipsista y un tanto hermética de la comicidad.

En cuanto a la edad, para ser precisos, Nula tiene veintinueve años y Gutiérrez exactamente el doble, es decir que uno está entrando en la madurez, y el otro, en cambio, pronto empezará a abandonarla en forma definitiva, como todo el resto por otra parte. Y aunque hablan de igual a igual, y hasta con cierto desfado, prescinden del tuteo: el más viejo tal vez porque se fue al extranjero antes de que el tuteo generalizado se pusiera de moda en los años setenta, y Nula porque, como táctica comercial, prefiere no tutear a los clientes nuevos que no conocía personalmente antes de ir a verlos para intentar venderles un poco de vino. El tratarse de usted y la diferencia de edad no disminuyen la curiosidad recíproca que hace que, aunque es apenas la tercera vez que se ven y si bien no han alcanzado todavía una verdadera intimidad, sus relaciones se sitúen en un plano decididamente extracomercial. La curiosidad que los atrae no tiene nada de espontánea o de inexplicable: en Gutiérrez, aunque todavía no está al tanto

de las razones precisas que han motivado el interés de Nula, las reacciones del vendedor de vino el día del primer encuentro le han parecido inhabituales en un simple comerciante, y el modo paródico que adoptó durante la segunda entrevista, al realizar los gestos y al proferir los discursos consabidos de un vendedor, más sus alusiones discretas al Problema XXX, 1, de Aristóteles sobre la poesía, el vino y la melancolía, le dejaron entrever la posibilidad de una verdadera conversación desinteresada, lo que se confirmaría inmediatamente, al final de las tratativas comerciales durante esa segunda visita.

La primera no duró más que dos o tres minutos: chorreando agua, Gutiérrez salió de la pileta de natación y vino a su encuentro a través del césped bien recortado con la misma indiferencia por el lugar donde ponía los pies descalzos con la que en este momento, se acuerda Nula, deja caer las botas de goma contra los charcos que entrecortan el caminito o los yuyos mojados que lo bordean. Nula traía una recomendación de, entre otros, Soldi y Tomatis, y le había hablado por teléfono el día anterior para anunciarle su visita a las once y media. Como la visita ha tenido lugar algunas semanas antes, en el mes de marzo, era verano todavía: en la luz excesiva y ardiente de la mañana, Nula lo vio avanzar hacia él desde el rectángulo blanco de la pileta, enmarcado a su vez por un rectángulo ancho de lajas blancas, donde había tres perezosas de madera blanca y de lona —verde, a rayas rojas y blancas verticales, y amarilla—; ambos quedaron inscriptos en el terreno liso y verde limitado en el fondo por una arboleda tupida, y flanqueados, más allá de un buen espacio de suelo verde, a la izquierda por la casa blanca y a la derecha por un guincho con su respectiva parrilla y un cuartito que debía contener herramientas, bicicletas, la carretilla, una cortadora de césped y cosas por el estilo. *No sé si Gutiérrez, pero el que la mandó a construir debe de haberse inspirado en las casas californianas que, según los criterios de las series televisivas, deben poseer los que, con buenas o malas artes, han triunfado en la vida,* comentó Tomatis el día que le recomendaba a Gutiérrez como cliente posible. En realidad, no era una casa demasiado lujosa, pero era sin duda lo más caro que podía encontrarse en los alrededores de Rincón, y si bien Nula nunca había estado en California, de chico había mirado muchas series, así que, observando el conjunto mientras Gutiérrez se acercaba chorreando agua, pensó que, como de costumbre, Tomatis, tal vez por razones puramente retóricas, había vuelto a exagerar.

En cambio, el aspecto físico de Gutiérrez lo sorprendió. Había esperado encontrar a un señor mayor, y era un hombre vigoroso, sin barriga, de formas proporcionadas, tostado por el sol, y en quien el cabello grisáceo,

tan bien recortado como el césped que rodeaba la pileta de natación, y el abundante vello entrecano y un poco oxidado, pegado, a causa del agua, al pecho y los hombros, los brazos y las piernas, que debía haber sido renegrido en su juventud, aumentaban en vez de disminuir la impresión de vigor físico, hasta tal punto que, considerando esos datos contradictorios — casa menos lujosa de lo previsto y propietario más joven de lo que se había imaginado— Nula pensó durante unos segundos que se había equivocado de dirección. La sombra encogida y un poco deforme que, debido al sol ya alto, se amontonaba a los pies del hombre que se acercaba indicaba tal vez, de manera indirecta, una interioridad un poco más compleja que la que sugerían su aspecto físico y la placidez convencional del decorado en el que se desplazaba.

—No sabía cómo avisarle que finalmente no iba a poder atenderlo esta mañana —le había dicho Gutiérrez. Y Nula:

—Ya veo, en efecto, que es la hora del agua y no la del vino.

Gutiérrez se había echado a reír sacudiendo la cabeza hacia atrás, en dirección a la pileta.

—Nada de eso —había dicho—. Lo que pasa es que recibí una visita inesperada esta mañana.

Recién entonces Nula se dio cuenta de que, aunque Gutiérrez acababa de salir de la pileta, los ruidos de agua continuaban porque alguien, invisible desde donde estaba, seguía nadando o chapaleando en ella. Y justo en ese momento, en una malla enteriza de un verde fluorescente, los hombros encogidos y el aire abstraído y preocupado de siempre, tostado y tal vez un poco más macizo que cinco o seis años atrás, el cuerpo de Lucía Riera, que Nula había conocido tan de cerca, empezaba a emerger por la escalerita curva de metal en el lado de la pileta más cercano a la casa. Sin siquiera mirar hacia ellos, Lucía había ido a echarse en la reposera de lona amarilla al borde de la pileta. Gutiérrez había seguido con cierta gravedad la mirada asombrada de Nula, y algún matiz en ella pareció sugerirle que era necesaria una explicación.

—No se imagine nada raro —aclaró—. Es mi hija.

Es verdad que el cliente siempre tiene razón, les había dicho indignado esa misma noche a Gabriela Barco y a Soldi, en el barcito de Amigos del vino donde se los había encontrado de casualidad, ya que ellos cambiaban con frecuencia de bar para llevar a cabo lo que llamaban sus «reuniones de trabajo», *es la norma impuesta por la empresa, que, gracias a mi indiferencia estoica, no me cuesta nada aplicar. Pero yo conozco bastante bien a Lucía Riera, casada con el doctor Óscar Riera, y separada,*

creo desde hace un tiempo. Es verdad que la perdí de vista durante varios años hasta esta mañana, pero sé perfectamente quiénes son sus padres, aunque nunca los traté. El padre se llamaba Calcagno y era abogado, y murió hace algunos años, pero la madre, hasta prueba de lo contrario, sigue todavía viva. Cuando Gutiérrez me dijo que era su hija, tuve que hacer un esfuerzo para no darle una trompada, pero no me sentía únicamente furioso, sino también aturdido, porque no podía creer que estuviese mintiendo en forma tan descarada, y un poco humillado, porque se había atrevido a hacerme eso a mí. Algo de todo eso debe de haber percibido en mi cara, porque también él se puso serio y con un ademán cortés y un poco solemne me indicó que me acompañaba hasta la entrada. Quedamos en que volvía a llamarlo para una nueva visita cosa que, desde luego, no pienso hacer. Nula se había callado, convencido de haberles transmitido su indignación, pero al alzar la vista, notó que Soldi evitaba su mirada y bajaba la cabeza. Después de unos segundos de reflexión, Soldi lo miró derecho a los ojos y le dijo como si tuviera un poco de vergüenza: Y sin embargo, según algunos, parece que es o que podría ser cierto. Mejor que le busques otros motivos a tu indignación.

Así que Nula, intrigado, había vuelto a llamar a Gutiérrez la semana siguiente, y habían fijado el día y la hora para la segunda visita. En cierto sentido, el incidente casi imperceptible, y sin un sentido claro para ninguno de los dos, sacándolos durante unos segundos del plano neutro y convencional en el que pretenden desenvolverse las transacciones comerciales, los había vuelto mutuamente interesantes y en alguna medida enigmáticos, algo que, absteniéndose de comentarlo, los dos notaron durante el corto diálogo telefónico que mantuvieron para concretar la segunda visita, y que más bien trataron de disimular cuando, unos días más tarde, estuvieron otra vez frente a frente. La venta de vino fue de lo más rápida — una caja (de seis) de viognier y dos de cabernet sauvignon para empezar, más cuatro chorizos chacareros— y una vez que estuvo cerrada, el pedido y el cheque debidamente firmados y el recibo en manos de Gutiérrez, entablaron una conversación que duró más de dos horas, sobre diversos temas que tenían poco o nada que ver con el vino y durante la cual, de tanto en tanto, Gutiérrez profería sus soliloquios serenos y distantes sobre «ellos», como designaba con desprecio irónico a los habitantes de los países ricos en los que había vivido más de treinta años. Se habían sentado en un banco de troncos en el fondo del patio, bajo los árboles, después de recorrer por dentro y por fuera la propiedad cuyos detalles, si despertaban de tanto en tanto el interés de Nula, parecían invisibles para el dueño de casa. Los

rasgos biográficos respectivos, que por cierto los intrigaban, no formaban parte de la conversación, en todo caso expuestos en orden cronológico, ya que a veces algún elemento personal aparecía y era tomado en consideración, como por ejemplo los estudios de medicina y de filosofía que Nula había sucesivamente abandonado, su proyecto, anterior a la venta de vino, de escribir unas *Notas para una ontología del devenir*, o las causas (no del todo exactas, y reivindicadas más por el gusto de formular un aforismo que una verdadera confidencia) que habían incitado a Gutiérrez a irse al extranjero: *Salí en busca de tres quimeras: la revolución planetaria, la liberación sexual y el cine de autor*.

Por último, hoy, a eso de las cuatro y media, ha venido a traerle el vino sin anunciarse, y ha estacionado la break verde oscuro ante el portón blanco de la entrada principal, justo en el momento en que Gutiérrez, saliendo de la casa, se disponía a cerrar con llave la puerta de calle.

—Le traigo el pedido. ¿Se iba de paseo? —le ha dicho Nula saliendo del auto.

—En expedición por la zona. En busca de un viejo amigo. Escalante. ¿Lo conoce? —le contestó Gutiérrez.

Nunca ha oído hablar de él. Según Marcos Rosemberg, vive en Rincón, en las afueras del pueblo, pero para el lado de la ciudad, a más o menos una legua de ahí y Gutiérrez ha decidido ir a buscarlo para invitarlo a una fiesta que piensa dar el domingo y a la que también a él, a Nula, pensaba pedirle que viniera. Nula ha mirado el cielo verdoso, el horizonte sombrío y, sin hacer ningún comentario, ha emitido una risita sarcástica.

—También quiero encargarle un poco más de vino, conociendo los hábitos de algunos de mis invitados.

Así que, después de acarrear las tres cajas desde la break hasta la cocina, Nula volvió a llenar otra nota de pedido: más vino blanco, más vino tinto, y más chorizos chacareros. Cuando han salido otra vez a la puerta de adelante, Nula vuelve a mirar el cielo cargado de agua y dice:

—La verdad es que me tienta este paseo, aunque seguro que va a llover y tengo un par de clientes esperándome.

En realidad, se ha arrepentido en el momento mismo de empezar a decirlo, pero la rapidez y la satisfacción franca con la que Gutiérrez ha aceptado su respuesta, borran de inmediato el temor de haber mostrado demasiado abiertamente sus sentimientos: la franqueza ingenua de Gutiérrez neutralizaba la suya. Todavía no se conocían lo suficiente como para permitirse ser espontáneos, y la atracción recíproca provenía de lo que cada uno ignoraba del otro: la paternidad problemática de Gutiérrez y, además de

la emoción súbita de Nula al ver salir a Lucía de la pileta, su conversación singular en la que se mezclan, sin que a veces ninguna línea clara delimite los dos campos, comercio y filosofía.

Cuando llegan al ángulo superior derecho del cuadrado que han venido cruzando en diagonal, la mancha amarillo vivo y la roja que viene atrás se internan en el montecito de aromos para continuar, con el mismo ritmo de marcha que traían, ni lento ni rápido, en línea recta hacia el río. No hay ningún sendero, pero el suelo es casi pura arena, de modo que no crece demasiado pasto entre los árboles, mientras que la lluvia, en vez de ablandar la tierra formando en la superficie charcos o capas chirles de barro, la ha como apisonado, y los dos hombres caminan sobre un suelo tan endurecido por el agua, que sus pisadas no dejan casi huella. Matas de pajabrava, grisáceas como todo lo que no sea el suelo amarillento, se asientan en la tierra arenosa, pero cuando llegan al río la vegetación de la isla, en la orilla opuesta, a unos cincuenta metros, parece más verde que de costumbre y la tierra de la barranca más roja, de un rojo ladrillo, casi naranja a causa de la arena que se mezcla a la arcilla ferruginosa, por contraste con el gris generalizado: el río, plumizo y escarolado, se está volviendo oscuro en el atardecer, al final de un día lluvioso en el que no se ha visto un solo rayo de sol.

—Sudeste —dice Nula cuando se paran en la orilla, señalando con el índice estirado en línea oblicua hacia el agua plumiza, las olitas que encrespan la superficie en sentido contrario al de la corriente. Igual que si la hubiese emitido algún otro, su propia voz le ha parecido extraña, no durante su fugaz existencia sonora, sino en la vibración sin ruido que dejó en la memoria al desvanecerse, a causa quizás del silencio que se ha instalado desde que el chasquido de los pasos contra el suelo arenoso dejó de oírse. El viento calmo del sudeste es únicamente perceptible en el agua. Tal vez Nula y Gutiérrez lo sienten también en la piel de la cara, pero, habituados ya a la intemperie fresca y lluviosa, no se dan cuenta de que lo sienten. Con la expresión retraída que hubiesen podido asumir sin la presencia del otro en ese lugar desierto, contemplan el paisaje cada uno por su cuenta, sin coincidir en los detalles que observan por separado, y por lo tanto organizándolo a su manera cada uno, como si se tratase de dos lugares diferentes, la isla, el cielo, los árboles, la barranca rojiza, las plantitas acuáticas de la orilla, el agua. Durante unos segundos, la superficie plumiza y ligeramente crespas absorbe los pensamientos de Nula, y en cada una de las olitas rugosas, idénticas, en movimiento continuo, que se yerguen formando un borde que, más que una curva, representaría con mayor precisión un án-

gulo obtuso, le parece asistir a la manifestación visible del devenir que, por exhibirse a veces en el acontecer a través de la repetición o de la inmovilidad engañosa, le da a los sentidos toscos la ilusión de la estabilidad. Para Nula, que muchas veces por día se sorprende a sí mismo observando ejemplos que alguna vez le servirán para sus *Notas*, la isla de enfrente, formación aluvional, es una buena prueba del cambio continuo de las cosas: el mismo movimiento constante que la formó la va erosionando, haciéndola cambiar de tamaño, de forma, de lugar, y el ir y venir de la materia y de los mundos que hace y deshace, no es más, según él, que el fluir sin dirección ni objetivo, ni explicación conocida, del tiempo invisible que, silencioso, los atraviesa.

—Fíjese como son todas iguales —dice.

Gutiérrez lo mira sorprendido.

—Las olitas —dice Nula—. Cada una de ellas, es la misma convulsión que se repite.

—La misma no —dice Gutiérrez, sin siquiera mirar la superficie del agua. Su mirada se desliza con curiosidad por la isla, el aire, el cielo, que se ha oscurecido no únicamente por el atardecer, sino también a causa de las nubes abultadas de un gris más denso que han venido llegando desde el este.

Nula lo observa sin mucho disimulo, pero el otro no parece darse cuenta, igual que si estuviera concentrándose en lo que mira menos porque lo que lo rodea presenta para él un interés particular, que porque su mirada se apoya en el paisaje para permitirle examinar mejor algo que estuviese transcurriendo en su interior. Lo poco que Nula sabe de él lo vuelve sin duda enigmático, pero con cierta ironía se dice que después de todo hasta de aquello que nos es familiar sabemos poco, por la simple razón de que nos hemos resignado a olvidarnos de su parte misteriosa. Cuantitativamente, se dice, pero sin que una sola palabra coopere con su pensamiento, sé tan poco de él como de mí mismo.

También el conocimiento que los de la ciudad tienen de Gutiérrez es fragmentario. Todos saben algo que no coincide necesariamente con lo que saben los demás: los que lo conocían desde antes de su ida —Pichón Garay, Tomatis, Marcos y Clara Rosemberg por ejemplo— lo habían perdido de vista desde hacía más de treinta años. De un día para otro había desaparecido sin dejar rastro y, con la misma imprevisibilidad repentina, había vuelto a aparecer. De ese grupo, el primero que había entrado en contacto con él, pero de pura casualidad, había sido Pichón Garay. *Iba en el avión de la tarde, de vuelta a Buenos Aires, y le pidió a un señor que le cambiara el asiento, para poder venir al lado mío, le escribió Pichón a*

Tomatis una semana después de haber llegado a París. (Pichón había pasado un par de meses en la ciudad con el fin de liquidar los últimos bienes de la familia, y a mediados de abril Tomatis y Soldi lo habían acompañado al aeropuerto para tomar el avión de la tarde a Buenos Aires, que en ese entonces combinaba con el vuelo directo a París.) *Antes de sentarse se presentó: Willi Gutiérrez ¿me acordaba de él? Me costó un ratito ubicarlo, pero él se acordaba de todo lo que había pasado treinta años antes, anécdotas del Gato más que mías, y todavía no estoy seguro de que él supiese bien con cuál de los dos estaba hablando. Me dijo que nos vio con Soldi en el aeropuerto pero que no pudo acercarse porque estaba despachando una valija. Pero que estás igualito. En los cincuenta minutos que duró el vuelo, habló casi exclusivamente él, despotricando contra Europa, y supe que ahora vive entre Italia y Ginebra, pero que anduvo un poco por todas partes. El viaje que hizo a la ciudad duró un día, y al país tres en total. Había llegado la tarde anterior a Buenos Aires desde Roma, había dormido en el Plaza, y esa mañana había dado un salto a la ciudad para visitar una casa en Rincón que estaba tratando de comprar (no le ofrecí la mía porque ya estaba casi vendida) porque tenía la intención de venir a instalarse en la zona. Esa noche dormía de nuevo en el Plaza y al día siguiente se volvía a Italia. Como podrás comprobar, nuestros destinos son antagónicos: yo había venido a vender una casa, y él a comprar una.*

Según Tomatis, los primeros con los que había entrado en contacto el año anterior, después de instalarse en la casa de Rincón, habían sido los Rosemberg. *Los primeros que yo conozco*, había aclarado Tomatis, *porque, a mi juicio, vive en varios mundos a la vez.* Y Nula, que le había dado cita en un bar para tomar un café y venderle un poco de vino, le había contestado: *Como todo el mundo.* Tomatis había adoptado un aire falsamente severo: *Avivadas no, Turco, estoy hablando en serio. Había llevado una vida secreta antes de irse, una vida que ni sus íntimos conocían, y ahora volvió para reanudarla, pero esta vez a la luz del día.* El ostensible tono alusivo de Tomatis denotaba que tal vez sabía más de lo que decía, y cuando casi un mes más tarde, después de la primera visita a lo de Gutiérrez, Soldi, en el bar de Amigos del vino, le sugirió con cierto pudor que tal vez Gutiérrez no le había mentado al decirle que Lucía era su hija, Nula se acordó de esas alusiones, pero todo sigue siendo confuso para él ahora que, parado en la orilla del río, mirando la superficie plomiza y crespa del agua, mete la mano en el bolsillo interior de la campera roja buscando los cigarrillos y el encendedor.

El tipo de la inmobiliaria (en realidad representaba en la transacción a

una agencia de Buenos Aires), un tal Moro, también era cliente de Nula: su misión había consistido en ir a buscar a Gutiérrez al aeropuerto y llevarlo a visitar la casa de Rincón o, mejor dicho, de las afueras de Rincón, en la parte norte del pueblo, del otro lado del camino, en el sector no inundable de la zona, en la que algunos ricos habían empezado a instalarse a principio de los años ochenta, por no haber podido comprar en la parte residencial de Guadalupe, que otros más ricos que ellos o que habían llegado primero habían convertido en una especie de fuerte, con policía privada y todo, cerrado al tránsito, hasta tal punto que los colectivos municipales se habían visto obligados a modificar su recorrido. Para Moro, Gutiérrez debía de ser muy rico: inclinándose hacia Nula por encima del escritorio para confiarle un secreto, en su oficina de la calle San Martín, con un gran plano de la ciudad colgado en la pared a sus espaldas y acribillado de alfileres de colores diferentes que señalaban sin duda el estado actual de las diversas operaciones inmobiliarias que administraba su agencia, Moro, haciendo oscilar un poco su confortable silla giratoria, mirando a los costados para asegurarse de que no lo escuchaban, aunque aparte de ellos dos no había nadie más en la oficina, entrecerrando los ojos y bajando la voz, había murmurado con vehemencia admirativa: *A mi juicio, hay que calcular en palos verdes.*

La casa había sido de un cardiólogo, un tal doctor Russo, ministro de Salud Pública, en el gobierno que había ganado las elecciones provinciales después de la dictadura militar. Según Moro, el doctor Russo ahora vivía en Miami: como ministro, había estado implicado en la desaparición de unas partidas destinadas a mejorar las condiciones de funcionamiento de los hospitales y de la Asistencia Pública, sin contar una historia turbia de coimas con los laboratorios farmacéuticos, pero como hombre de negocios, también la justicia le hacía algunos reproches, porque había formado parte del directorio del Banco Provincial, del que habían faltado después de su gestión cerca de cien millones de dólares, sin contar el hecho de que los miembros del directorio se habían atribuido unos créditos inmobiliarios a bajo interés destinados en un principio a la gente pobre para que pudiese poseer una vivienda modesta, pero con los que los miembros del directorio se habían hecho construir residencias de lujo, algunas incluso en Mar del Plata y hasta en el extranjero, en Punta del Este, en Florida, o en el Brasil, al norte de Río de Janeiro. El resultado había sido, según Moro, que entre los miembros del directorio y sus amigos ricos habían agotado las partidas destinadas a las viviendas modestas, y como con el agujero de cien millones habían llevado el banco a la quiebra, ni siquiera tuvieron que reembolsar el

dinero que habían recibido. Un juez empezó a interesarse en el caso, pero la instrucción se fue empantanando y, de todas maneras, los responsables ya se habían instalado en sus residencias de Marbella, de Punta del Este o de Florida. Ese último caso era el del doctor Russo, que había vendido la casa de Rincón y muchas otras que tenía en el país, según Moro compradas también con lo que había ganado con sus operaciones cardíacas y los dividendos de su clínica privada, y se había ido a instalar en Miami.

Según Moro, la visita de Gutiérrez a la casa no duró más de diez o quince minutos. Primero recorrió las habitaciones —los seis dormitorios, más el gran living, los baños, la cocina casi más grande que el living, todo en una sola planta— y, después, a la misma velocidad, salió a explorar el terreno, la arboleda del fondo, el guincho y el cuartito de las herramientas, la pileta de natación sin otra cosa en el fondo que un charquito de agua barrosa donde fermentaban varias generaciones de hojas secas, entre las que dormitaba una familia numerosa de sapos. Durante el viaje a la ciudad, Gutiérrez se la pasó interrogándolo sobre empresas de pinturas, sobre especialistas en aberturas y en piletas de natación, sobre la posibilidad de encontrar una mujer que se encargara de la limpieza, y de un jardinero y cuidador, de alguien capaz de posar un techo de paja nuevo en el guincho, etcétera, etcétera, todo como si la casa fuese ya de él, y sin haber emitido un solo juicio en favor o en contra de ella, de esa casa de la que aunque él, Moro, sabía que todavía no se había firmado nada en la agencia de Buenos Aires, Gutiérrez hablaba como si fuese el propietario. A Moro le había parecido un hombre simpático, pero un poco extraño: era tranquilo, callado, más bien cortés, y tenía siempre una sonrisita bondadosa aunque algo distante pegada a los labios. Moro dijo que sin embargo se sentía ligeramente incómodo, porque en todas las cosas que hacía o decía, que eran las habituales de cuando estaba tratando de cerrar un negocio, le parecía que el otro creía encontrar la confirmación de algo que había venido a buscar o a observar, y de que finalmente él, Moro, se había dado cuenta de que Gutiérrez lo consideraba como un objeto de museo, o como un pescadito exótico en un acuario, por el que había hecho miles de kilómetros para venir a examinarlo personalmente. Moro le dijo a Nula que había recibido de la agencia de Buenos Aires instrucciones de pagarle a Gutiérrez un almuerzo de primera en un restaurante de lujo en Guadalupe al que todos los notables de la ciudad, empezando por el gobernador, llevan a las visitas importantes, pero que Gutiérrez le dijo que no quería robarle su tiempo, que tenía ganas de pasear un rato solo hasta la hora del avión, y que prefería que lo arrimara hasta la parrilla San Lorenzo, un lugar que había tenido su cuarto de hora a

finales de los años cincuenta, pero que en la actualidad se había convertido en un oscuro boliche de barrio. Nula conocía bien esa parrilla: en el último año del nacional, iban en grupo con otros compañeros de clase a pescarse las primeras borracheras. A decir verdad, no estaba tan mal, del mismo modo que tampoco estaba tan bien el restaurante de lujo de Guadalupe. Pero se abstuvo de decirlo, porque Moro ya estaba contando que lo había vuelto a ver a la tarde. A eso de las cuatro, había pasado caminando frente a la inmobiliaria sin entrar, paseándose sin apuro por la vereda de la sombra, como hace la gente de la zona, mirando las vidrieras, las casas, la gente, con indulgencia discreta y satisfecha. Según Moro, parecía contento, y como justo en ese momento él estaba saliendo de la inmobiliaria para visitar una propiedad que querían poner en venta y que también quedaba en dirección al sur, que era la que llevaba Gutiérrez, por pura casualidad y sin hacerlo a propósito lo estuvo siguiendo durante varias cuadras. Moro le dijo que por fin el otro, después de haber mirado su reloj pulsera, entró en la galería — aunque hay cinco o seis más, todo el mundo la llama así, *la galería*, por antonomasia, porque fue la primera que se abrió en la ciudad, a finales de los años cincuenta, y a todas las otras, que son más modernas, más importantes y más lujosas, hay que llamarlas por el nombre completo para identificarlas— y fue a instalarse en una de las mesas del patio. Moro se quedó pensativo un momento. Era un hombre de un poco más de cuarenta años, con algo de barriga y bastante calvo ya, bien vestido y amable, con una amabilidad espontánea que no tenía nada de comercial, que le venía de su vida privada y no de su profesión, porque de todas maneras había heredado la inmobiliaria que era un floreciente negocio de familia, fundado por su abuelo e instalado en la región desde hacía más de setenta años, de modo que él, que no tenía problemas financieros, podía darle un giro personal a los asuntos comerciales, reflexionando en forma desinteresada sobre las personas y las cosas. No había manzana o cuadra en la ciudad, e incluso en las ciudades chicas y pueblos vecinos, así como también en los campos de los alrededores, donde no fuese bien visible el cartel proverbial: AQUÍ TAMBIÉN (en letras de imprenta rojas desplegadas oblicuamente bajo el ángulo superior izquierdo del rectángulo blanco), en el centro en letras negras más grandes MORO, y abajo, en letras otra vez rojas ALQUILA (o VENDE). De ahí que cuando Nula iba a venderle vino, las visitas durasen un poco más que con el resto de la clientela, aunque la venta de vino, a causa del aura literaria que caracteriza al producto, siempre desborda, en mayor o en menor medida según los casos, sobre la esfera privada. Nula lo observaba con cierto asombro cuando asumió esa actitud *reflexiva; por su*

expresión, se veía que estaba tratando de redondear un pensamiento poco común que no le resultaba fácil ordenar en palabras: Mientras lo iba siguiendo por la calle, tuve una impresión rarísima que nunca había tenido antes y que, no quiero mentirle, me intranquilizó bastante. Me parecía que caminábamos por la misma calle, en el mismo espacio, pero en tiempos diferentes. Se me ocurrió que si me acercaba a él para saludarlo, a pesar de haber pasado conmigo toda la mañana no me reconocería, o peor, ni siquiera me vería, porque estábamos moviéndonos en dimensiones temporales diferentes, como en las series de ciencia-ficción.

Al día siguiente de su paseo por la costa con Gutiérrez, Nula se cruzará con Tomatis en el sur de la ciudad, a eso de las seis de la tarde, detrás de la Casa de Gobierno, y parando el coche, lo invitará a subir. Acepto, le dirá Tomatis. Estoy esperando el colectivo pero hasta ahora no ha pasado ninguno suficientemente lleno. Después de intercambiar algunas banalidades, terminarán hablando de Gutiérrez, cuya vuelta a la ciudad, al fin de cuentas, ha producido bastante revuelo. Tomatis le dirá que, a través de su hermana, conoce al matrimonio —Amalia y Faustino— que trabaja para Gutiérrez. La mujer se ocupa de la casa, de las compras y de la comida, y el marido, del patio, la arboleda, la quinta, el guincho, la pileta, el jardín. La hermana le transmite a Tomatis los chismes que otra señora, cuñada de la primera, y que viene dos o tres veces por semana a ayudarle a ella con la casa, le cuenta. Son cosas insignificantes, detalles puramente circunstanciales (el matrimonio es demasiado serio, según Tomatis, como para cometer alguna indiscreción), pero que Tomatis interpreta de manera metódica y va integrando a un cuadro general. *De lo que yo me acuerdo desde hace treinta y pico de años, es que Gutiérrez se fue de la ciudad de repente, que se quedó alrededor de un año en Buenos Aires, y que al final se lo tragó la tierra. De otros que se habían ido a Europa, a Estados Unidos, a Cuba, a Israel o incluso a la India, llegaban noticias de tanto en tanto, pero de él nada, ni una sola. Era como si se hubiese muerto, extraviado, desintegrado, evaporado o disuelto en el mundo impenetrable y numeroso. Aunque... ahora que me acuerdo... a ver, esperá un momento... sí, una noche, muchos años más tarde, en París, Pichón me llevó a una fiesta donde me encontré con una italiana que, cuando supo de dónde veníamos, Pichón y yo, me dijo que conocía a un tal Gutiérrez, que también era de nuestra ciudad, y que vivía entre Italia y Suiza, y que escribía guiones de cine con pseudónimo. Se llamaba Guillermo Gutiérrez, pero el pseudónimo con el que firmaba los guiones, la italiana lo ignoraba. Ese dato me lo olvidé casi en el momento mismo en que me lo transmitía y ahora, de golpe,*

me vuelve a la memoria. En realidad, la italiana se equivocaba, Gutiérrez no era de la ciudad. Venía de un paraje al norte de Tostado que se llama el Nochero. La abuela, que era pobrísima, había juntado un poco de plata para mandarlo a estudiar a la ciudad, con la ayuda de la Iglesia. Hizo el bachillerato como pupilo en lo de los curas y, justo cuando se recibió, se le murió la abuela, como si hubiese querido seguir viva hasta estar segura de que su nieto estaba bien encaminado. Se inscribió en la Facultad de Derecho, donde conoció a Escalante, a Marcos Rosemberg y a César Rey, de los que se volvió inseparable. Los cuatro formaron una especie de vanguardia político-literaria que duró poco porque, aparte de la juventud y de la amistad, no tenían nada en común, ni las ideas políticas ni las literarias. Como no tenía un centavo, a diferencia de los otros tres, que eran mayores que él y sin embargo se hacían pagar los estudios por la familia, Gutiérrez empezó a trabajar, haciendo un poco de todo, hasta que su profesor de Derecho Romano, que lo apreciaba, lo hizo entrar como pinche en su estudio, en el que tenía como socio al doctor Mario Brando, poeta y jefe del movimiento precisionista, a mi modo de ver el impostor más canallesco que ha dado la vida literaria de esta puta ciudad. Pero sobre este punto, te sugiero que consultes a Soldi y a Gabriela Barco, que están investigando la historia de la vanguardia artística en la provincia. Me bajo en la esquina. Gracias por el paseo. Nula responderá: No hay de qué. Pero, ¿qué ibas a decirme del matrimonio que trabaja para él? Tomatis, con un gesto calculado de indiferencia, simulará restarle importancia a la cosa pero dejará caer como al descuido dos o tres frasecitas melodramáticas y misteriosas: Detalles. Nada verdaderamente importante, pero si tal vez se nos diese por juntar cabos, llegaríamos a la conclusión de que, aunque no hace mucho tiempo que lo conocen, esos dos serían capaces de sacrificar sus vidas por su nuevo patrón. Y después, antes de bajar, hablará del tiempo y de otras banalidades.

Pero todo eso Tomatis se lo dirá recién mañana, casi a la misma hora, después de otro día nublado que, sin embargo, al atardecer, dejará vislumbrar por entre los desgarrones de nubes grises que el viento alto empezará a dispersar, fragmentos de un celeste pálido, ligeramente lívido a causa de la última luz de un sol ya invisible, pero limpio y luminoso. Ahora, en cambio, cuando saca un cigarrillo del paquete y se lo lleva a los labios, el aire y el río crespo de un gris plumizo y uniforme, por el doble efecto del atardecer y de las nubes cada vez más oscuras y bajas, se ensombrecen. A dos metros de distancia, su silueta bien recortada contra el gris sombrío, en el que el amarillo vivo del saco impermeable vibra con un resplandor

atenuado, Gutiérrez parece haber sido absorbido hacia el interior de sí mismo por un recuerdo intenso o por un pensamiento, a tal punto que sus brazos un poco separados del cuerpo se han detenido en medio de un movimiento olvidado. No hace ni siquiera un minuto que se han parado en la orilla del agua, pero como se quedaron en silencio, separados uno del otro por sus propios pensamientos, el tiempo parece haberse estirado mucho, dando la impresión de transcurrir en el plano, no únicamente horizontal que el instinto le atribuye, sino también vertical, hacia un fondo improbable, sugiriendo que incluso el presente, a pesar de su fugacidad legendaria, y aun en su borde inestable y delgadísimo, puede resultar infinito. Como acordándose de que Nula está ahí, Gutiérrez vuelve a adoptar un aire desenvuelto, ligeramente mundano, y le sonríe:

—Estaba viajando en el tiempo —dice.

—Y yo —dice Nula—, montado en el presente, tratando de aguantar las sacudidas de ese potro salvaje.

—Que por suerte a veces puede ser también una yegua mansa —dice Gutiérrez.

—Si seguimos desarrollando la metáfora, van a terminar exhibiéndonos en la Rural —dice Nula.

—Un guionista está obligado por contrato a utilizar la materia prima local. En Londres, siempre tiene que haber niebla, y en el Sahara, ni se le ocurra olvidarse de poner un camello —dice Gutiérrez, con un destello rápido de desdén retrospectivo en la mirada. Y, llevándose la mano a la frente, se refriega un poco al mismo tiempo que, alzando la cabeza, se pone a observar el cielo.

—Una gota —dice.

—Dos —dice Nula, tocándose la nariz y escrutando a su vez las nubes oscuras; bajando la vista y mirando a su alrededor, piensa en su campera roja, en su pulóver blanco, en su camisa nueva y en sus pantalones recién planchados, mira sus mocasines que ya presentan un borde de barro amarillo en todo el perímetro inmediato a la suela, y algunas manchas de la misma sustancia amarillenta en el empuje, y hace dos o tres gestos y movimientos involuntarios, inconclusos y contrariados.

Gutiérrez lo mira sin la menor sombra de discreción, riéndose, como si sus contratiempos lo divirtieran y después, con lentitud deliberada, metiendo la mano en uno de esos bolsillos interiores de ciertos impermeables, anchos y sin botones, semejantes a una bolsa marsupial, saca un paraguas de mango corto, en el que aprieta un botoncito metálico, de modo que la copa de tela sedosa y brillante, dividida en siete secciones de

colores diferentes, con un rumor discreto y una perfección que tiene algo de teatral, súbita y exacta, se despliega. Los segmentos de la copa reproducen los colores del espectro, rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta, en secciones idénticas, y el conjunto de los dos hombres y el paraguas forma una mancha multicolor, móvil y nítida, que resalta con vividez contra el fondo gris que ha ido oscureciéndose por el doble efecto de las nubes y del crepúsculo.

Nula presencia la aparición colorida del paraguas con cierta estupefacción, pero no se apura para cobijarse bajo la copa de diámetro reducido, como lo es por lo general el abrigo que ofrecen los paraguas de bolsillo, por caros que sean. La reticencia de Nula a ponerse hombro con hombro al lado de Gutiérrez para protegerse tiene dos motivos precisos: el primero es que por el momento están cayendo apenas unas gotitas finas y aisladas, que no pueden todavía considerarse como una verdadera lluvia, ni siquiera una llovizna, y el segundo es que, justo en el momento en que el círculo multicolor se desplegaba, dando la impresión de que los dos hechos habían sido sincronizados de manera deliberada, en uno de los bolsillos de su campera el teléfono celular ha empezado a sonar. Alejándose unos pasos con aire misterioso, vuelve a guardar los cigarrillos y el encendedor que acaba de sacar inútilmente del bolsillo; en realidad fuma muy poco, pero lleva a menudo cigarrillos para convidar a algún cliente, aunque hoy parece obligado, no sabe bien por qué, a fumar más de la cuenta. Nula hace emerger de un bolsillo diferente el celular y, esbozando un gesto de disculpa en dirección a Gutiérrez, le da la espalda mientras, llevándose el aparatito al oído izquierdo, activa la comunicación. Paciente pero escéptico, Gutiérrez lo contempla, aislado en el interior del cilindro imaginario que proyecta hacia el suelo arenoso la circunferencia del paraguas, formando un ilusorio refugio de observación, y cuando mueve un poco el brazo, y el círculo multicolor se coloca en un plano inclinado, el volumen ideal que lo incluye en su interior se convierte en un cilindro trunco.

Aunque para un hombre de casi sesenta años, por bien conservado que se mantenga, la juventud tiene siempre algo de insolente, y aunque los veintinueve años decididos y viriles de Nula, el cuidado de su ropa y tal vez el amor que siente por sí mismo resulten para su gusto demasiado evidentes, Gutiérrez lo considera con indulgencia, casi con lástima, pensando que la fuerza que emana de los jóvenes, tan estimulante que, subyugados por ella, la confunden con la esencia de su propia singularidad, tal vez no les pertenece. La indulgencia se borra cuando Nula, dándose vuelta, eleva la voz y le dirige dos o tres muecas cómicas, sacudiendo el brazo libre

mientras le explica a su interlocutor —más tarde le aclarará a Gutiérrez que se trata de su jefe— que, como está con un cliente importante (y estira el brazo y sacude varias veces el dedo índice señalando a Gutiérrez, con una sonrisa exagerada de complicidad), debe anular las dos citas que tenía para el fin de la tarde. Aparentemente, el otro se deja convencer con facilidad, y por las frases que profiere, Gutiérrez se da cuenta de que Nula ha incitado a su propio jefe, sin desplegar demasiados argumentos, por el solo efecto de su euforia comunicativa, a llamar él, el jefe, a los clientes, y proponerles una nueva cita para mañana a la misma hora. Nula desconecta el aparato y, guardándoselo en el bolsillo, da dos o tres pasos decididos hacia Gutiérrez.

—Libre como el viento hasta mañana a las once de la mañana —dice cuando llega al lado de Gutiérrez. Y vuelve a mirar el cielo con un movimiento brusco de cabeza, porque de golpe, silenciosa y tupida, la lluvia empieza a caer. Con dos saltitos, llega al lado de Gutiérrez, para reclamar también él, de un modo tácito, la protección insuficiente del paraguas.

Esa clase de lluvia silenciosa, sin tormenta, sin viento, sin truenos ni relámpagos, por acumulación gradual y casi subrepticia de nubes bajas y oscuras, tan cargadas de agua que a causa de ese exceso se rompen, repentinas, y se vuelcan sobre las cosas, Gutiérrez, a quien todas las clases de lluvia le gustan mucho, la prefiere sin embargo, no sabe bien por qué, a todas las otras. En general, es en el atardecer cuando cae y, no pocas veces, después de la pausa tibia y prolongada de un día lluvioso. Indiferente a la contrariedad un poco ostentosa de Nula, que está casi pegado a él y que, moviendo con cierta impaciencia los pies, parece querer incitarlo a seguir caminando, Gutiérrez la contempla, no en el aire, que se ha aclarado levemente y contra el que las gotas, por densas que sean, son invisibles, sino en las plantas, en el suelo amarillento, en el río, cuando al chocar contra ellos, después de un desplazamiento incorpóreo, igual que si hubiesen atravesado una región extrasensorial, vuelven a materializarse. Gutiérrez la aprehende con sus sentidos en el exterior desierto que los rodea, pero también su imaginación la proyecta hacia espacios contiguos o alejados del que han venido atravesando y que, a pesar de su origen imaginario, se complementan y se confunden con el horizonte empírico que los rodea. Lo que percibe desde el punto del espacio rugoso en el que se encuentran, lo atribuye también en su imaginación a la región entera a la que, desde hace un año más o menos, después de más de treinta de ausencia, ha vuelto a vivir. Y le parece ver en las hojitas que se sacuden silenciosas por la caída de las gotas, en los impactos contra la tierra amarillenta y, sobre todo, en el tumulto que las gotas agregan al ametrallar en infinitos puntos diferentes y

simultáneos la superficie crespada del río que la lluvia vuelve todavía más agitada, la cifra íntima del mundo empírico, cada uno de cuyos fragmentos, por alejados y diferentes del presente que puedan parecer —la estrella más lejana por ejemplo— tendrá exactamente el mismo valor que éste en el que están ahora y que, si se pudiese desentrañar el sentido de ese presente en apariencia irrelevante, el resto del universo —tiempo, espacio, materia inerte o viva— ya no tendría más secretos. Gutiérrez intuye que, presintiendo sus pensamientos, o adivinándolos en su actitud, Nula ha reprimido sus movimientos contrariados optando, con sinceridad al parecer, por la paciencia y la docilidad. Gutiérrez se otorga a sí mismo unos segundos todavía, y después, dándole a Nula un golpe suave con el codo, lo anima a seguir caminando.

Avanzan en silencio, un poco más rápido que antes pero, por la actitud que muestran, no parecen preocupados por los efectos de la lluvia sobre la ropa bastante cara que llevan puesta y Nula sobre todo, piensa Gutiérrez, después de haber pospuesto los compromisos comerciales que tenía para el final de la tarde, ya no parece interesarse por el estado de sus zapatos ni por la pulcritud de su campera roja. En realidad, como el paraguas multicolor es demasiado exiguo para protegerlos enteramente a los dos, no sólo las gotas los alcanzan en distintas partes del cuerpo, debido a las posiciones que adoptan según las fases rítmicas y también aleatorias de la marcha por un terreno accidentado en el que no existe ningún sendero ya abierto, sino también el agua que cae en la copa del paraguas se derrama por los bordes sobre sus hombros. La mancha viva y móvil que se desplaza por la orilla del río, a causa de su misma vivacidad, extraña y sorprende al contrastar con la uniformidad gris del paisaje.

Es exactamente ésa la impresión que, quince minutos más tarde, les da a los habitantes de los primeros ranchos que, en las afueras, en una especie de tierra de nadie a la que parecen haber sido desterrados, anuncian sin embargo el pueblo. Desde la miseria somnolienta y total de la ranchada, muchos ojos asombrados los ven llegar bajo la lluvia, único acontecimiento fuera de lo común para la exclusión monótona y sin salida en la que permanece relegada la pobreza. Diez o quince chozas hechas de paja, palos, latas, bolsas y cartón, desechos de la quema cercana, a medio derruir, o tal vez nunca terminadas del todo, o más probablemente reparadas y reapuntaladas de tanto en tanto con los materiales caprichosos y heterogéneos que suministra el basural cercano, siempre al borde del derrumbre y de todas maneras inapropiadas para vivir y aun para morir en ellas, se arrinconan en un campito indigente, donde hay cuatro o cinco

árboles dispersos y maltrechos, como si estuviesen contagiados de miseria, y en el que un desorden de cachivaches, sillas desfondadas y armarios deshechos, hierros oxidados, un bidé partido en dos y caído entre los yuyos, papeles o bolsas de plástico retorcidos y pe-goteados contra el barro, troncos, excrementos de animales y de humanos, cueros, huesos, ramas, cubre el espacio reducido entre una construcción y otra, y donde vagabundean, flacos y afligidos, tres o cuatro gallinas y una docena de perros. En el fondo del terreno sin carpir, dos caballitos flacos tascan el pasto amarillento, indiferentes a la lluvia. La suciedad del campo se prolonga en los quince o veinte metros que lo separan del agua: un olor a pescado podrido, a cloaca y a carroña sube de la orilla, y el suelo está cubierto de papeles sucios, cartones deshechos por la lluvia, botellas rotas y latas oxidadas, cenizas apelmazadas por la humedad, y hasta la piel de un perro endurecida y reseca a pesar de la lluvia que la empapa, piel cuyo titular, en las últimas semanas, tuvo tiempo de agonizar, morir, pudrirse, para volverse a secar nuevamente, en tanto que, al morir, lo que dejó abandonado en lo exterior terminará siendo polvo devuelto otra vez al mundo, o hueso definitivo.

Algunos ranchos están protegidos cerca de la abertura de entrada por una especie de alero, apoyado en un par de palos retorcidos y debajo del cual alguna silla destartada, viejos cajones de almacén o dos o tres troncos apilados sirven de asiento. En uno de los ranchos, un asiento doble de auto, instalado en el suelo, se apoya contra el tabique en el que se abre la entrada. Las varas de una jardinera descolada, en el terreno libre donde termina el rancherío, apuntan, paralelas, al cielo gris. Adultos y criaturas levantan la cabeza para verlos pasar; algunos salen de los ranchos y los miran sin discreción, pero, aparentemente, también sin interés: el anacronismo colorido que constituyen, contrastando con la gran mancha gris parda del rancherío, que tiñe también la vegetación, los animales y las personas, parece activar en los habitantes viejos mecanismos sensoriales oxidados, lentos, arrumbados en algún rincón remoto de la mente por la falta de uso. Gutiérrez, levantando la mano libre, lanza una mirada y un saludo general al pasar, al que los otros ni siquiera responden, o responden apenas detrás de la cortina de lluvia, y un poco tardíamente, cuando ellos ya han pasado y no pueden registrarlo, pero no por desconfianza o timidez, y mucho menos por agresividad, sino por estupor, por indecisión parsimoniosa, por indiferencia.

—Me siento como un monstruo de feria —murmura Gutiérrez—. Quisiera no haber nacido.

—No es para tanto —dice Nula, también en voz baja, con la misma

risita corta y seca que, se da cuenta en el momento de emitirla, es exclusiva para su trato con Gutiérrez, destinada tal vez a mostrar un dominio de sí mismo que, a decir verdad, dista mucho de ser verdadero—. Pero entiendo lo que quiere decir. Mi padre estaba convencido de que el verdadero problema de este mundo no son los pobres, sino los ricos, y fue por eso que lo mataron.

Girando de golpe la cabeza, Gutiérrez lo observa con atención, pero no se topa más que con su perfil porque, como si no hubiese notado nada, Nula sigue mirando hacia adelante, el aire lluvioso que los separa de un fondo de árboles empapados que chorrean agua.

—Alguno de ellos allá cambiaba el auto, y como consecuencia aquí mataban a su padre —murmura Gutiérrez, volviendo a dirigir la vista hacia los árboles que obliteran el horizonte en el fondo del paisaje. Y después de una pausa breve, la letanía, ya previsible para Nula, recomienza: *que han desvalijado el planeta y ahora parecen decididos a hacer lo mismo con el sistema solar, y todo para no tener que ponerle media suela a los zapatos, y poder comprarse un par nuevo todos los meses; que construyen hoteles de lujo en las regiones más miserables para ir a hacer esquí acuático o pesca submarina y tostarse en pleno invierno, bungalows que pretenden reproducir la vida salvaje, pero donde sirven desayunos y almuerzos con tenedor libre, que avergonzarían hasta a los organizadores de orgías romanas, sobre todo de noche cuando intercambian sus esposas en los clubes nocturnos, y después se quejan si la gente del lugar secuestra a dos o tres de los que nunca más se vuelve a tener noticias, ellos, que por conservar sus privilegios o acrecentarlos, arrasarían con todo y que por la voluptuosidad que les causa la dominación serían capaces de ejercerla sobre las ruinas del universo entero.* «Sí», piensa Nula escuchándolo con ironía resignada, «pero él se compró la mansión del doctor Russo que está a dos kilómetros de una villa miseria y, según Moro, su fortuna habría que calcularla en palos verdes.»

Aunque caminan río abajo, la dirección que lleva el agua no se evidencia por otro signo de la superficie que la tensión que crean en ella las olitas geométricas, múltiples y rugosas, acribilladas por los proyectiles de la lluvia que las horadan, al encontrar, empujadas por el viento del sudeste, la resistencia de la corriente. La tensión es tan sostenida y la caída de las gotas tan regular que, más que un medio en el que el impulso es renovado constantemente por las fuerzas contradictorias que pujan en direcciones opuestas, la superficie crespada del agua parece una sustancia fija, gelatinosa que, a causa de algún temblor oculto, se entremece y vibra, constante,

mientras que las gotas que la acribillan, a pesar de que son siempre nuevas, parecen las mismas, captadas por una instantánea grisácea pero nítida.

Cuando llegan a la arboleda y empiezan a atravesarla, las copas altas de los eucaliptos plantados en hileras paralelas al río —deben alejarse un poco de la orilla para encaminarse hacia el centro del pueblo— los protegen de la lluvia, pero al mismo tiempo, entre los árboles, la lluvia parece más real que en el descampado, porque la corteza blanca de los escaliptos está como laqueada por la humedad, y los troncos ocres en las partes no recubiertas de corteza, oscurecidos y brillosos, empapados de agua, la hacen más evidente, igual que las goteras que se desprenden de las ramas, del olor a eucalipto que el agua acrecienta y del ruido discreto pero múltiple que golpeando contra las hojas, contra las ramas y los troncos, contra la hojarasca que se pudre en el suelo, contra la tierra, continuo y polifónico, producen las gotas. Al verlos llegar, dos o tres sapos, inmovilizados al pie de un árbol, se yerguen inflándose de inquietud, de enojo o de miedo y en seguida se escapan dando saltos ineficaces y torpes en distintas direcciones, mientras que en la copa de los árboles, un tumulto de hojas y de alas producido por pájaros invisibles, pero de tamaño considerable a juzgar por la intensidad del ruido, indica que la presencia de Gutiérrez y de Nula no ha pasado inadvertida. Cuando dejan atrás la arboleda, más allá de una zanja angosta en la que crecen tantos yuyos que ni siquiera es posible saber si hay o no agua en el fondo, divisan, a unos cincuenta metros, las primeras casas, en las primeras calles, de las que se adivina, por cierto, que siguen el trazado recto de calle que la municipalidad les ha asignado, pero que no son todavía verdaderas calles, porque no hay ni veredas, ni zanjas, ni árboles que señalen el límite entre la calle y la vereda; no hay más que algunas casas aisladas, de ladrillo sin revocar, e incluso de adobe, dos o tres por cuadra, construidas en el perímetro exterior de los terrenos cuadrados que constituyen las manzanas, como en tantos otros pueblos en los que las afueras, aunque incluidas en el égido urbano por el diseño geométrico que las delimitó desde antes de la fundación del pueblo, antes de materializar en casas, calles, vida, la idea abstracta de pueblo cuadrículada con regla y en la imaginación misma de los que la proyectaron, se confunden con el campo. Donde hubiesen debido estar las veredas crecen los yuyos que, en algunos casos, se extienden hasta la calle arenosa y se interrumpen en la entrada de las viviendas; a veces, porque los habitantes los han limpiado, pero casi siempre porque su simple ir y venir ha eliminado los yuyos, se ha ido abriendo una franja estrecha de tierra limpia desde el tejido (cuando hay tejido) hasta el medio de la calle.

En el pueblo desierto, la lluvia parece más triste que en el campo o en la orilla del río, y aunque las casas se van haciendo cada vez más frecuentes a medida que avanzan hacia el centro y de tanto en tanto, aunque todavía no es de noche, en algunas hay luces encendidas en el interior, esas luces no logran dar una impresión de abrigo o de bienestar. En los jardines delanteros las plantas chorrean agua y al pie de cada una —hibiscos (que en la zona le dicen *juvenil*), rosales, dalias, crisantemos y muchas otras— hay un reguero multicolor de pétalos caídos y aplastados por la lluvia. Detrás de una ventana, una anciana que tiene un mate olvidado en la mano, cruza con ellos la mirada, pero no contesta cuando le hacen un saludo discreto. Y en los patios laterales o traseros, visibles a través del tejido de alambre o por los portones abiertos a los costados de la entrada principal, ropa tendida, garrafas de gas, muebles ennegrecidos, cubiertas rotas o juguetes de plástico de colores vivos abandonados en el suelo, relucen de agua. Por fin llegan a la zona residencial, pero los chalets cuidados, el césped bien recortado, las piletas de natación, no atenúan la sensación oprimente, y no sólo por estar cerradas en medio de la semana, porque algunas que están iluminadas, con un coche nuevo estacionado cerca de la entrada o dentro del garaje en el que la puerta ha quedado abierta, o en las que a través de los ventanales se ve gente que conversa o que va y viene en el interior, también segregan tedio, e incluso aflicción. En muchas casas las luces fluctuantes, a causa de la discontinuidad de las imágenes que propalan, de los televisores, producen variaciones de intensidad que se perciben a través de las ventanas, a pesar de las cortinas y aun de los postigos cerrados, y Gutiérrez y Nula, sin hacer ningún comentario, mientras avanzan en el silencio que acompaña el chasquido de sus pasos, bajo el paraguas multicolor que, igual que el saco amarillo o la camperaraja sedosa, relumbra un poco en el anochecer azul, adivinan, por los sonidos fragmentarios que les llegan de tanto en tanto, las voces o la música que conservan sus rasgos distintivos a pesar de su calidad inconexa y de su lejanía, que en todas las casas están mirando *el* mismo programa, una de las telenovelas de la tarde sin duda.

Más al centro, ya hay auténticas veredas, algunas incluso de ladrillos y, en ciertas calles, en las inmediaciones de la plaza, son antiguas veredas elevadas por encima de la calle para protegerse de las inundaciones que, cuando vienen grandes, comenta Nula, cubren también las veredas altas y entran en los patios y en las casas. Una puerta iluminada se abre en la vereda alta de ladrillos y un agente uniformado —el plantón de servicio en la entrada de la comisaría— los observa curioso, y al mismo tiempo ligeramente intimidado, a causa de la ropa cara quizás, porque es sabido que

a las fuerzas del orden, los ricos les inspiran respeto y ellas dan siempre por sentado de que están a su servicio. Sin previo aviso, Gutiérrez se para de golpe, y Nula, advirtiéndolo recién unos segundos después, da dos o tres pasos fuera del círculo protector del paraguas y se queda parado en medio de la vereda, bajo la lluvia fina, pero no se da vuelta en ningún momento. De donde está, oye el ruido que hacen los tacos del agente cuando se cuadra, el intercambio de saludos, y las explicaciones amables y complicadas que le da a Gutiérrez la voz acriollada del agente para indicarle la casa de Escalante.

—Del otro lado de la plaza —dice Gutiérrez cuando se pone a la par de Nula y reanudan la caminata bajo el paraguas. Nula no contesta, pero recién en la cuadra siguiente, bajando la voz, que alguna emoción violenta le ha enronquecido un poco, comenta:

—Por la puerta de esa comisaría, hace algunos años, entró mucha gente que nunca más volvió a salir.

—¿Su padre? —dice Gutiérrez, en voz baja.

—No. A él lo mataron en el gran Buenos Aires.

Vuelven a callarse. Hay más luces prendidas alrededor de la plaza, pues ya el día está llegando al filo de la noche. Y como las luces del alumbrado público siguen todavía apagadas, una última claridad incierta, entre gris, azulada y verdosa, hace relumbrar en las cosas empapadas, intermitentes, reflejos porosos y oscuros. Nula percibe, sutilmente, la confusión de Gutiérrez, y con una vaga crueldad, si mula no haber notado nada, para prolongar su malestar, diciéndose, sin poder reprimirlo, pero sintiéndose inmediatamente culpable por haberlo pensado, que Gutiérrez debía de habérsela pasado bien en Europa, mientras que en el pueblo apacible que están recorriendo bajo la lluvia, tantos morían, indefensos y ciegos, en el tormento. Nula no ignora que su crueldad no proviene de su superioridad moral, sino de las más violentas sospechas que lo vienen asaltando desde el momento en que Lucía, con su malla verde, había salido chorreando agua de la pileta y, sin siquiera mirar una vez sola en su dirección fue a sentarse en la perezosa de lona amarilla. Recién ahora se ha dado cuenta de que, si al salir del agua ni siquiera lo había mirado, era porque Gutiérrez ya la había informado de su llegada. «Soldi podrá decir lo que quiera, pero yo sé desde hace años quiénes eran los padres de Lucía.» Ese acceso breve de furor se le pasa de inmediato al oír la voz vagamente compungida de Gutiérrez.

—Ahora entiendo por qué siguió de largo y no se dio vuelta en ningún momento.

Nula está a punto de decir algo sobre los años terribles —él estaba saliendo apenas de la adolescencia— que habían vivido, pero los escrúpulos lo inducen a adoptar un tono apacible y benévolo.

—No, no —dice—. No me di cuenta de que usted se paraba y me quedé mirando en dirección a la plaza.

Pero sabe que, aunque finja aceptar la explicación, Gutiérrez no le cree. Cruzan la calle, y cuando ponen el pie en la esquina de la plaza, dispuestos a cruzarla en diagonal, las luces del alumbrado público se encienden, súbitas. Alrededor de los globos de luz blanca distribuidos en diferentes puntos de la plaza, se instala una especie de halo irisado, semejante a un vapor fijo. Pero también la lluvia, al atravesar las zonas iluminadas, se hace visible, y también audible, deslizándose por las ramas y los troncos de las tipas gigantes y de los palos borrachos, chorreando sobre los senderos empedrados y goteando en infinitos puntos diferentes, no únicamente en la plaza, sino en el pueblo, en la región, en la provincia, en el mundo. Cuando dejan atrás la plaza y se internan en una calle oscura, detrás de la iglesia blanca, Gutiérrez se para y empieza a mirar a su alrededor, tratando de orientarse.

—Me dijo atrás de la iglesia, una cuadra y media —dice, dubitativo.

—Debe ser allá —dice Nula quien, después de sus conatos vindicativos de hace unos momentos, exhibe un deseo exagerado de cooperar en la búsqueda del tal Escalante. Pero, aunque exagerado, ese deseo debe de ser sincero, porque, a pesar de las citas comerciales anuladas, del paseo interminable bajo la lluvia, del barro y de la mojadura, en ningún momento se ha arrepentido de acompañar a Gutiérrez en su expedición.

Dejan atrás la cuadra de la iglesia y empiezan a cruzar la calle. A pesar de la luz del alumbrado público, que cuelga en el centro de la calle, donde se cruzan en diagonal los dos cables que sostienen la lámpara y la pantalla que la protege, Nula, que estudia las casas de la cuadra siguiente esperando ver alguna indicación útil para encontrar lo que buscan, pone el pie en un agujero profundo de la calle arenosa, el único pocito lleno de agua en el que, con un chapoteo brusco, su pie izquierdo se hunde hasta el tobillo incitándolo a retirarlo con tanta violencia que el mocasín marrón, encastrado en el agujero demasiado estrecho para el pie, se le sale y queda adentro del pozo.

—¡La puta madre! —grita Nula, dirigiéndose al universo en general, al orden infinitamente intrincado y por ende impenetrable de las cosas que, indiferente a sus proyectos y a sus deseos, puso el pocito lleno de agua en la calle, en el instante y en el lugar mismo en el que su mocasín se apoyaba. Y

después de salir despedido hacia adelante, apoyándose únicamente en el pie derecho, se da vuelta y, saltando sobre su único pie calzado, retrocede para recuperar el zapato, pero Gutiérrez, repuesto ya de la agitación brusca que le ha producido el incidente, agitación sobre todo visible en el paraguas, que ha temblado, bailoteando, se ha inclinado y vuelto a elevar, produciendo un corto torbellino móvil y colorido, de un resplandor apagado, en la penumbra del anochecer, se ha inclinado sobre la calle, está ya sacando el zapato del pocito, de modo que, incorporándose, se lo extiende a Nula, al mismo tiempo que le suministra algunas explicaciones técnicas con precisión y seriedad.

—Cuando metió el pie —dice— el agua del charco rebalsó en la calle, y como el pozo es bastante angosto, el zapato quedó de punta, con el talón apoyado en el borde, así que póngase contento, no le entró agua.

—Mire la media y el pantalón —dice Nula, como si se lo estuviese reprochando.

Y Gutiérrez, para quien no ha pasado inadvertido el silencio un poco cruel de Nula cuando se alejaban de la comisaría, en el momento en que él se había sentido culpable por haber hablado con el policía, piensa, detrás de su seriedad deliberada, que al fin de cuentas la contrariedad actual de Nula no es del todo inmerecida. Nula sacude el zapato y se lo calza, verificando que el pie ha entrado bien por medio de dos o tres golpes de suela, quizás demasiado ostentosos, que su propia sombra parece parodiar, contra la calle arenosa apisonada por la lluvia. Llegan a la vereda en silencio y ya Gutiérrez está empezando a irritarse por el malhumor persistente de Nula, cuando Nula, que parece haber tenido un pensamiento análogo al suyo, recapacita:

—Lo que acaba de ocurrir representa la más universal de las situaciones que generan la risa. Y usted no se rió. Se lo agradezco.

—A mi edad, uno aprende a dominar sus emociones —dice Gutiérrez riéndose con suavidad, para indicarle a Nula que lo considera buen perdedor y, tan dueño de sí mismo, que a los demás les es posible concederse alguna ironía ante sus contratiempos.

—Y yo que estaría en estos momentos en una oficina iluminada y seca de la Casa de Gobierno, vendiéndole vino a un asesor político del gobernador —dice Nula, exagerando su tono plañidero. Y en seguida, riéndose a su vez—. Pero no me arrepiento. Esta expedición me saca de la rutina.

—Si Ulises se hubiese vuelto derecho a su casa, la *Odisea* no existiría —dice Gutiérrez.

—Es posible —dice Nula—. Pero hoy en día, la epopeya es anacrónica.

—Como guionista profesional, ese dogma me saca el pan de la boca.

—No solamente el pan —dice Nula—. El vino y los salamines chacareros también. Lo cual, por carácter transitivo, también a mí termina sacándomelo.

Se ríen. Los incidentes recientes parecen superados. Ahora que se alejan de la esquina, la vereda está más oscura, y sus sombras desaparecen en esa oscuridad. Las casas no son ni ricas ni pobres. Algunas son antiguas y dan directamente a una vereda enladrillada; otras tienen un jardincito delantero separado de una vereda de tierra desnuda por un tejido de alambre. Una mujer que lleva un bolso de plástico con la W del hipermercado, cargado de provisiones, está por entrar en una de las casas, inclinándose para correr el pasador de la puerta de tejido. Nula la llama. Desconfiada, la mujer alza la cabeza.

—Buenas noches —dice Nula—. Disculpe. Estamos buscando a la familia Escalante.

—¿El doctor Escalante? —dice la mujer.

Nula vacila.

—Sí, sí —dice Gutiérrez—. El abogado.

—Él ya se jubiló —dice la mujer—. Es aquí al lado.

La mujer los conduce hasta la casa vecina. Hay un jardín delante de la casa, más allá del tejido, y en el patio, al costado, bastante grande, una extensión de césped bien recortado, con un naranjo gigante en el medio, y, en el fondo, un huerto, a juzgar por los armazones de alambre o de caña que sostienen las plantas, visibles gracias a la luz que sale por las ventanas de la pared lateral de la casa, cubierta por una enredadera. ¡Delicia! ¡Delicia!, grita la mujer. Después de un minuto más o menos, la puerta se abre y una silueta femenina, que parece bastante joven, se recorta en el rectángulo de luz.

—Qué hay —grita.

—Delicia, soy yo, Celia. Dos señores buscan al doctor.

La silueta de la puerta vacila unos segundos.

—¿Quiénes son? —dice por fin.

Gutiérrez se adelanta hasta el tejido y le grita:

—Soy un amigo que viene del extranjero y que quiere saludarlo. En forma imprevista, y más bien inexplicable, la silueta de la puerta se echa a reír.

—Ya sé quién es —dice—. Sergio está en el club. Disculpe que no

salga pero me estoy lavando la cabeza. Mucho gusto. Celia, querida, indícales dónde queda el club, por favor.

La silueta desaparece, y un segundo más tarde, el rectángulo de luz de la puerta también.

—Miren —dice la mujer—. Vayan hasta la esquina de la iglesia y doblen a la derecha. Son tres cuadras para el lado del río. Ya van a ver luz y un cartelito que dice «El amarillo».

—Gracias —dicen Nula y Gutiérrez al unísono, mostrándose mucho más educados que si le hubiesen dirigido la palabra a un hombre, en un lugar concurrido, y en pleno día. Y se vuelven por donde vinieron. Doblan a la derecha en la segunda esquina, pasan frente a la iglesia y recorren la primera cuadra, paralela a la plaza que está en la vereda de enfrente, y la dejan atrás. Después de cruzar la calle por segunda vez —Nula observa cerca de la luz que cuelga en la bocacalle el mismo vapor irisado y fijo que flota alrededor de los globos blancos de la plaza— se internan en una calle oscura a causa de los árboles que bordean la vereda, pero también porque ya es noche cerrada. Nula imagina que, hacia el oeste, en dirección contraria a la que llevan, el capuchón de la oscuridad ya ha debido de bajar del todo, borrando la última hendidura de luz azulada que quedaba en el filo del horizonte. Ya no hablan y, a pesar de que sus hombros se rozan todo el tiempo, obligados a estrecharse por la exigüidad del paraguas y por la irregularidad de las veredas, sus pasos chasquean con el mismo ritmo; y aunque por razones distintas, y tal vez opuestas, los dos están impacientes por llegar, caminan olvidados uno del otro. En realidad, son dos desconocidos, y a pesar de la habilidad con la que son capaces de intercambiar las frases que el otro juzgará adecuadas, exactas, inteligentes, etcétera, lo que podrían llegar a saber cuando la opacidad respectiva que los atrae mutuamente se disipe, los inquieta un poco. Quizás esa aprensión les venga, como ocurre con frecuencia, de no haber comprendido todavía que el enigma atrayente que creen percibir en el otro viene de que lo asocian sin saberlo a algo que quisieran volver a poseer porque, desde hace mucho tiempo, lo han extraviado en algún pliegue ya inaccesible de sí mismos. Cruzan otra vez la calle y vuelven a internarse en una vereda oscura, pero a mitad de cuadra una franja ancha de luz que divide en dos la oscuridad de la vereda les sugiere que están llegando al lugar que buscaban. Y, en efecto, el cartelito de lata cuelga sobre la vereda de una varilla de metal que sale de entre los ladrillos de la pared:

club de caza y pesca

Un pescado somero y alargado como un dibujo infantil y pintado de un amarillo vivo semejante al del saco de Gutiérrez, adorna, debajo de la leyenda, el rectángulo de metal.

—Hemos llegado —dice Gutiérrez y, olvidándose al parecer de Nula, que queda fuera del círculo protector del paraguas, se adelanta unos pasos hacia la puerta abierta, y empieza a estudiar el interior. Nula se acerca y hace exactamente lo mismo, con movimientos muy semejantes, sin darse cuenta de que si alguien estuviese observándolos desde el exterior creería que, como Gutiérrez está de espaldas y no puede ver esos movimientos tan parecidos a los suyos, Nula está imitándolos para burlarse de él. De golpe, Gutiérrez cierra el paraguas y, dándose vuelta, lo sacude hacia la vereda para hacerle perder un poco de agua, y a través del espacio libre que deja al retroceder, Nula ve el interior del club: es una especie de galponcito bastante nuevo, de ladrillos sin revocar, y si el techo de paja está en perfecto estado porque ha sido instalado no hace mucho tiempo, el suelo, en cambio, es de tierra apisonada. Dos lamparitas encendidas cuelgan de uno de los parantes que sostienen el techo, y hay varios apliques adosados a las paredes, pero sólo dos o tres están encendidos. Tres mesas de bar tiradas un poco al boleo, un poco perdidas en un espacio que podría contener muchas más, están distribuidas por el recinto, con sus respectivas sillas plegables; cerca de una de las paredes, se amontonan dos largos tablones de madera, algunos caballetes plegados, y una pila de sillas también plegadas y bien arimadas a la pared. En el fondo hay un mostrador, y detrás una estantería con algunos vasos y botellas, al lado de una heladera familiar, ya amarillenta, con una puerta abajo y una más chica arriba para el congelador que alguno de los miembros del club, piensa Nula, debe de haber donado después de comprarse una nueva, y entre el mostrador y la estantería, un hombre de bigote lacio y copioso que está secando un vaso con un repasador y que se inmoviliza para observarlos con expresión interrogativa y un tanto severa cuando los ve aparecer en el hueco de la puerta. En la única mesa ocupada, cuatro hombres juegan a las cartas y otros tres están parados detrás, siguiendo las peripecias del juego. Ninguno de ellos parece haber notado todavía su presencia.

La mirada severa del hombre del mostrador ante lo inusual de su intrusión repentina no parece intimidar a Gutiérrez el cual, piensa Nula con cierta inquietud, entra al club con el mismo aplomo y la misma desenvoltura con que hubiese podido hacerlo alguno de los miembros fundadores o

incluso el presidente honorario. Siguiéndolo con docilidad, Nula vacila entre la reprobación y la perplejidad admirativa, y camina tan sorprendido por la determinación de Gutiérrez que ni siquiera es consciente de lo que está pensando, lo cual, si pudiese ser traducido en palabras, sería más o menos lo siguiente: *O bien para él todo esto es tan familiar, forma de modo tan íntimo parte de sí mismo y entonces a pesar de los treinta y pico de años de ausencia las palabras y los gestos le vienen solos, por reflejo o por instinto, o bien, en cambio —y si es así sería inaceptable— cree que los palos verdes que Moro le atribuye le dan derecho a entrar en este club o en cualquier otro como si fuese en serio el presidente honorario.*

Sin siquiera mirar hacia el hombre del mostrador, Gutiérrez, escrutando a cada uno de los jugadores y a los tres hombres que siguen la partida parados detrás de ellos, camina sin apuro hacia la mesa y, parándose de golpe, fija la mirada en uno de los cuatro jugadores que está recibiendo, con la vista baja, las cartas que distribuye el jugador sentado a su izquierda. El cabello del hombre, abundante y lacio, tiene partes blancas, grises y negras, bien diferenciadas, como el pelo de un animal. Es una crencha espesa y dura, pegada al cráneo y estirada hacia la nuca. Un dibujante de historietas la hubiese representado alternando líneas curvas de tinta negra con espacios blancos paralelos, de anchura variable, entre ellas, y algunas manchitas negras, blancas y grises interrumpiendo las líneas para señalar las zonas irregulares en las que el negro y el blanco no se mezclan. Dos entradas amplían la frente que, junto con la nariz, constituyen la parte más voluminosa de su cara flaca que va afinándose, casi triangular, hacia el mentón. La piel es de un marrón oscuro y lustroso, cuya semejanza con el cuero se acentúa todavía más en las arrugas del cuello, de las manos, o alrededor de los ojos, de los que los párpados entornados impiden distinguir la mirada, que estudia con aparente atención las dos cartas que ya le dieron, aprestándose a recoger la tercera que le acaban de tirar sobre la mesa grasienta, de un color marrón apenas un poco más opaco que el de sus manos.

—Sergio —dice Gutiérrez.

—Willi —dice el otro, con un tono neutro, sin siquiera levantar los ojos de las cartas.

Paciente, Gutiérrez se inmoviliza. Transmitido por algún código tácito que Nula ignora, ha habido reconocimiento, aprobación, confianza y pasado común que, al ser proferidos los dos nombres, entero, restituyen. Gutiérrez ni siquiera ha saludado al resto de la asistencia pero los otros, que ya han entendido que no vienen por ellos, no parecen interesarse por su llegada

repentina. Únicamente el hombre del mostrador sigue a la expectativa, detenido en la acción de refregar el vaso con el repasador, pero cuando Nula, para darle el gusto, porque Gutiérrez ni siquiera le ha dirigido una mirada, le hace un saludo amistoso con la cabeza, como si ese saludo hubiese sido un dispositivo electrónico de control remoto para ponerlo en movimiento, el hombre baja la cabeza y sigue refregando. Recién cuando recibe la tercera carta, la estudia, la pone sobre las otras y deposita las tres, tan prolijamente encimadas que parecen una sola, boca abajo sobre la mesa, Escalante alza la vista para encontrar la mirada de Gutiérrez. Después se incorpora despacio y, examinando a los tres hombres que están parados siguiendo la partida, elige al que le parece más apropiado y le hace una seña para que venga a reemplazarlo. Da la vuelta alrededor de la mesa y cuando llega junto a Gutiérrez, ni lo abraza ni le da un apretón de manos siquiera: se limita a darle, con el dorso de la mano abierta, un golpecito suave en el pecho, mirándolo a los ojos. Gutiérrez sonríe, pero como quejándose.

—Vivimos casi a la vuelta y me llevó un año encontrarte —dice.

—Yo te vi una vez que ibas en auto pero, atando cabos, recién te reconocí después que desapareciste —dice Escalante—. Y otra vez pasaste a pie por la vereda de mi casa pero ibas acompañado. ¿Cómo sabías que estaba en el club?

—Nos dijo tu hija —dice Gutiérrez.

—¿Mi hija? —dice Sergio—. Yo no tengo hijos. Es mi mujer.

Abriendo demasiado los ojos, metiendo el labio superior bajo el inferior, y sacudiendo con energía la cabeza, Gutiérrez efectúa una exagerada mueca admirativa.

—No es ninguna hazaña tener una mujer mucho más joven que yo —dice Escalante—. Para ella, la alternativa era yo o la miseria, y perdió: le toque yó.

A Nula le cuesta percibir la ironía de las frases que el otro pronuncia, porque lo hace con una entonación neutra tan monocorde que parece deliberada. Es, piensa Nula, como si hablara sin dirigirse a los otros, profiriendo las palabras más bien hacia el interior de sí mismo. Y ahora se da cuenta también de que ha venido pensando en la risa de la mujer de Escalante al decir, refiriéndose a Gutiérrez, «Ya sé quién es». Esa frasecita jovial significaba que ella y su marido ya habían hablado varias veces de Gutiérrez, y que tal vez había entre ellos un poco de ironía cuando se referían a él. Por otra parte, cuando Nula los vio frente a frente, consideró que era imposible, si no hubiesen estado evitándose a propósito, no haberse encontrado una sola vez durante un año entero. Quién sabe por qué razón,

aun cuando supiesen que tarde o temprano iba a tener lugar, habían venido postergando el encuentro. Cuando intercambiaron sus nombres respectivos, sin mirarse, a través de la mesa y de los jugadores de truco, Nula comprendió, sin darse cuenta de lo que eso significaba, que, incluso si pretendían ignorarlo, desde hacía un año los dos estaban ya al tanto de hasta los más ínfimos detalles relativos al otro. Y ahora piensa que, cuando encontró a Gutiérrez cerrando la puerta de su casa, no era seguro de que tuviese la intención de venir a Rincón, y que había asido al vuelo la ocasión de hacerse acompañar por él, Nula, porque solo no se hubiese atrevido a venir a buscar a Escalante a su propia casa. Y Nula está tan absorto en sus reflexiones, que Gutiérrez debe pronunciar dos veces su nombre para presentarlo.

—El señor Anoch —dice—. Comerciante en vinos. El doctor Sergio Escalante, abogado.

La actitud demasiado formal de la presentación, y sobre todo la precisión de los apellidos y de las profesiones, subrayadas con solemnidad, sugiere a los presentados que el valor de sus personas se encuentra para Gutiérrez más allá de esos datos superficiales, en un modo de ser antagónico a esas características sociales justamente, en una zona de originalidad y de arrojo, de individualidad conquistada, de desparpajo, de reflexión y de marginalidad militante. Nula y Escalante sacuden, sin demasiada efusión, la cabeza, acompañando el movimiento con una sonrisa fugaz y un poco convencional, para mostrar de esa manera que han percibido, aprobándolo, el carácter irónico de la presentación. Al sonreír, Escalante muestra unos dientes casi tan marrones como su cara, de los que faltan algunos, y al recordarlo, se lleva la mano a los labios para que no se note. Deben faltarle desde hace tiempo, porque el ademán parece habitual en él, y si durante unos segundos se ha olvidado de hacerlo es porque, sin duda en compañía de los otros jugadores, con quienes se encuentra a menudo, le parece superfluo —su dentadura ya no tiene secretos para ellos— pero un reflejo de dignidad lo ha inducido a ocultarse discretamente la boca, demasiado tarde por otra parte, ante ellos dos, aunque Gutiérrez no parece haberle dado la menor importancia al asunto.

Mientras los otros jugadores retoman la partida, Escalante empieza a alejarse de la mesa en dirección al bar, y Gutiérrez lo sigue, pero Nula se demora verificando los estragos que la caminata ha hecho en lo que, no sin razón, considera como un uniforme de trabajo: los mocasines (el izquierdo en especial), igual que las botamangas de los pantalones, están recubiertos de barro amarillento, y algunas salpicaduras de esa sustancia chirle que ya

empieza a secarse han alcanzado el pantalón a la altura de la bragueta, e incluso el pulóver blanco en el vientre, dos redondelitos amarillos de circunferencia atormentada y un centro de textura más densa, como un doble ombligo simbólico dibujado en el tejido blanco con misteriosos fines mágicos. Y en la campera roja —al igual que en las piernas de los pantalones— unas manchas húmedas alrededor de los hombros muestran que la protección que les ha procurado el paraguas multicolor de Gutiérrez ha sido de lo más imperfecta. Pero Nula, después de comprobar las consecuencias del paseo bajo la lluvia, sacude la cabeza con una sonrisa que, por alguna razón desconocida, incluso para él mismo, expresa menos contrariedad que satisfacción y, dando unos pasos decididos, se junta con los otros en el bar.

—Qué van a tomar —dice Escalante.

Gutiérrez, con aire dubitativo, analiza sin apuro la estantería. El hombre del bar, que ha dejado el vaso que estaba frotando y el repasador sobre la mesa, espera, con expresión calma, ni impaciente ni servicial, que Gutiérrez se decida.

—Un vermut con amargo, hielo y soda —dice por fin Gutiérrez. Escalante interroga a Nula con la mirada.

—Lo mismo —le dice Nula al hombre del bar.

—Para mí, una naranja —dice Escalante.

El hombre del bar comienza a ocuparse del pedido, mientras Nula observa a los dos hombres que se han quedado silenciosos. No parecen apurados por hablar. Por fin, sin la menor sombra de reproche, Escalante comenta.

—Te fuiste de golpe. Te tragó la tierra.

—Estuve un tiempo en Buenos Aires, y después crucé el charco —dice Gutiérrez.

Escalante sacude la cabeza, pensativo. Es más alto que Gutiérrez, pero la flacura excesiva, y tal vez los años que le lleva, lo hacen parecer escorvado. Con su nariz aguileña, su piel marrón, la nuez protuberante en el cuello y los ojos oscuros que, aunque huidizos, tal vez por alguna dificultad ocular, fulguran cuando clavan la mirada en algo, persona, animal o cosa, el sobrenombre vindicativo de *avenegra* que la gente le asigna a los abogados parecería más que pertinente, a no ser por la indiferencia ante las cosas de este mundo que se desprende de su persona, y el control de sí mismo —excepción hecha del ademán ante la boca para ocultar su dentadura, última concesión a la esfera estética en lo relativo a su persona—, ya tan interiorizado que parece su manera natural de ser, falsamente al abrigo de

todo aquello que, día tras día, del nacimiento a la muerte, sin pausa, nos carcome.

—Hiciste bien en no despedirte de nadie —dice Escalante—. Y a Marcos ¿ya lo viste?

—Fue él el que me dijo que, según las últimas noticias, vivías en Rincón —dice Gutiérrez.

—A veces me lo cruzaba en el tribunal. Pero después se dedicó a la política y yo me jubilé. Ahora hace años que no lo veo.

—Justamente. Vengo a invitarte para que vengas a encontrarlo en mi casa el domingo —dice Gutiérrez.

Escalante se echa a reír, y se lleva la mano a la boca para esconder su dentadura devastada.

—¿La casa del doctor Russo? —dice—. Tiene mala reputación. Dicen que el fantasma del doctor vuelve a veces del infierno para robarle la billetera a los invitados.

—No está en el infierno —dice Nula—. Peor todavía: vive en Miami.

—Perdonen —dice Gutiérrez— pero estoy desconectado del folklore local.

—No tiene importancia —dice Escalante—. ¿Así que me invitás a tu casa? ¿Va ir mucha gente?

—Un poco de todo —dice Gutiérrez—. Pero vos y los Rosemberg son mis invitados de honor. Los otros, discúlpeme señor Anoch, forman parte del decorado grandioso que he montado para recibir a mis viejos amigos. Faltará el Chiche nomás, pero como diría nuestro joven amigo, el Chiche merecía algo mejor que Miami, y habría que ir a sacarlo del infierno para que venga.

Los ojos de Escalante, que fulguran, irónicos, bajo las cejas enarcadas y reunidas alrededor de la nariz, se clavan en los de Gutiérrez.

—¿Sabías que vivo en concubinato con mi sirvienta desde que ella tenía trece años y yo cuarenta?

Con una sonrisita vacilante que le hace fruncir un poco los labios, Gutiérrez demora en encontrar la respuesta adecuada.

—No esperaba menos de vos —dice al fin—. Como buen párroco.

Nula los observa con curiosidad. El estilo distante, cáustico, destinado tal vez a disimular sus emociones, se ha puesto a funcionar en ellos desde las primeras frases que intercambiaron, pero a Nula le parece que, en vez de expresar la prudencia de una madurez alerta y desengañada, ese estilo tiene algo de juvenil, de adolescente incluso, como si después de más de treinta años de separación, algo hubiese quedado en suspenso en cada uno, para

ponerse otra vez en movimiento, sin deliberación, al primer encuentro. Calculando la diferencia de edad que lo separa de ellos —cuando Gutiérrez, sin avisarle a nadie, y sin dejar rastro, se fue de la ciudad, él todavía no había nacido—, Nula tiene la impresión, vagamente desagradable, de haber cruzado sin darse cuenta una frontera inadvertida, y de estar ahora pisando el suelo del pasado, atravesando con sus sentidos bien reales un limbo preempírico anterior a su nacimiento. Le parece haber penetrado en un espacio en el que las cosas no son reales sino meramente representadas, como esos personajes de las películas que, durante una escena que transcurre en un falso aeropuerto, simulan acabar de bajar de un avión que los ha traído desde un país lejano,

y hablan de ese país como si realmente llegaran de él, pero las frases que pronuncian están vacías de toda experiencia, son únicamente réplicas escritas por algún otro que, al ser proferidas, al relatar hechos que nunca ocurrieron, por interesantes que sean, le suenan, al actor, inasibles y extrañas. Con su ironía juvenil ligeramente desplazada, también los otros dos parecen haber sido aspirados del presente para flotar en ese universo ideal en el que, durante su primer encuentro después de una separación demasiado prolongada, la existencia de cada uno parece haberse detenido años y años atrás en la imaginación del otro. Las décadas de vida empírica que han transcurrido separados son sin duda un misterio impenetrable y recíproco del que, aunque pasen el resto de sus vidas refiriéndoselas mutuamente, no conseguirán poseer más que una serie de fragmentos heteróclitos y vagos. A Nula se le ocurre que, en este momento por lo menos, esas décadas de vida empírica no les interesan: lo único que parecen desear es reencontrar el flujo interrumpido de vida común que el tiempo, la distancia y las vicisitudes ya abolidas de sus existencias respectivas habían arrumbado en ese limbo en *el* que ahora, intercambiando frases irónicas y lentas, pero que arrastran consigo vestigios verídicos de información, poniendo entre paréntesis lo exterior («adonde también a mí me han expulsado») intentan reunirse. Y la conclusión de Nula podría resumirse de la manera siguiente: *Por eso entró en el club como si fuese un lugar familiar para él. Nada que ver con los palos verdes que Moro le atribuye. Trata de hacer todo como si nunca se hubiese ido.*

El hombre del bar deposita sobre el mostrador las botellas, el hielo, los vasos, un platito con maníes y otro con aceitunas verdes. Nula saca un cigarrillo y, sin convidar, por puro ensimismamiento, después de encenderlo vuelve a guardar en el bolsillo de la campera el paquete rojo y blanco envuelto en celofán y el encendedor. Cuando han terminado de preparar las

bebidas —Escalante toma su naranjada directamente de la botella— Nula recoge su vaso y lo alza, como si fuese a brindar, y está por decir algo en el estilo irónico de los otros, cuando se da cuenta de que, tomando los primeros tragos, los dos hombres que han llegado al umbral de la vejez se han quedado pensativos, así que se abstiene de hacerlo, pero de golpe comprende lo que había tratado de explicarle Moro cuando, en la inmobiliaria, le contó su encuentro con Gutiérrez en San Martín, diciéndole que, en determinado momento, había tenido la impresión de que si le dirigía la palabra, el otro ni siquiera advertiría su presencia porque, como en las series de ciencia-ficción, parecían habitar dimensiones diferentes. «El pasado —piensa Nula—, la más inaccesible y remota de las galaxias extinguidas que se empeña en seguir mandándonos, engañoso, su resplandor fosilizado.»

Y sin embargo, reconoce Nula, no se conceden, en todo caso en público, ni la nostalgia, ni la idealización ni la queja. Intercambian frases que, vistas desde fuera, parecen convencionales, pero de las que Nula intuye que están cargadas de sentido. Empiezan a hablar de Marcos Rosemberg y de su altruismo político, intercambiando una sonrisa fugaz que Escalante trata de ocultar tapándose los labios con la mano y que denota el reconocimiento tácito de algún modo de ser, probablemente cristalizado cuarenta años atrás, que le atribuyen a Rosemberg y que parece merecerles a la vez simpatía y escepticismo. Como Nula lo conoce bastante porque también es cliente suyo —Rosemberg fue el primero que le sugirió ir a ver a Gutiérrez para venderle vino afirmando que cuando dijese que venía de su parte con toda seguridad le iba a comprar— cree adivinar que la simpatía proviene del afecto que sienten por él y de la sinceridad que le atribuyen a sus actividades políticas, en tanto que con el escepticismo consideran, a causa de la imagen de hombres desengañados con que se representan a sí mismos, las posibilidades reales de eficacia.

—¿Y vos? —dice Gutiérrez.

Antes de contestar, Escalante considera la presencia de Nula, preguntándose al parecer si es o no el momento adecuado de contar su vida íntima, piensa Nula que trata, mientras la mirada dubitativa y rápida de Escalante lo recorre, de adoptar, sin mucha convicción ni éxito, una expresión de neutralidad y de indiferencia. Pero la que aparece en la cara de Escalante cuando, después de haberlo inspeccionado, se dispone a hablar, no revela un juicio favorable hacia su persona, sino una reflexión más general, una especie de reminiscencia moral o de postura filosófica, que lo hace concebir una vez más como trivial e incluso canallesca toda vida privada.

—Todo lo que te debe haber dicho Marcos de mí es cierto —dice Escalante, y Nula recuerda haber pensado unos minutos antes que, a pesar de su supuesta curiosidad y sus discretas exclamaciones de sorpresa, desde que Gutiérrez llegó a la ciudad el año anterior, lo saben todo uno del otro—. Me casé, estuve preso, mi mujer se suicidó, me dediqué al juego durante años, y me junté con mi sirvienta de trece años. Cuando perdí todo lo que tenía, retomé la profesión tratando de no cansarme demasiado, hasta que logré jubilarme. Pero mi mujer trabaja —se calla, y después agrega, murmurando—: El crimen perfecto.

—Detrás de cada gran fortuna hay un crimen dice Balzac —dice Gutiérrez.

—¿Vendría a ser tu caso? —dice Escalante y, clavándose en los de Gutiérrez, bajo las cejas arqueadas y canosas reunidas en el arranque de la nariz, sus ojos vuelven a fulgurar. Por toda respuesta, Gutiérrez sacude con lentitud afirmativa la cabeza, exagerando un sufrimiento paródico, y recita:

Yo soy la herida y la cuchilla,
el verdugo y el condenado,
la bofetada y la mejilla.

Como si los versos hubiesen sido una adivinanza, un mensaje cifrado o un oráculo, Escalante los escucha con atención, inmovilizándose, y cuando Gutiérrez termina de recitar, adopta una expresión seria y concentrada, tratando de interpretar, pero únicamente para sí mismo, su sentido posible. Después, resoplando con suavidad, dictamina con preocupación:

—No me extrañaría —lo que, por alguna razón misteriosa, o que, en todo caso, Nula percibe como tal, parece producirle a Gutiérrez una inexplicable satisfacción.

Cuando terminan el vermut, Escalante, que no ha tomado ni siquiera la mitad de la naranjada, les propone otra vuelta, pero no aceptan. Nula, apoyado de espaldas en el mostrador, tira tres o cuatro maníes al aire, uno tras otro, y sacudiendo la cabeza y revoleando los ojos para seguir su trayectoria, va recibéndolos en la boca abierta. Después se queda quieto y, mirando más allá del recinto la puerta de entrada, ve la lluvia fina pero densa atravesar, oblicua, contra el fondo negro de la noche, la luz que se proyecta sobre la vereda.

—¿Vas a venir el domingo? —dice Gutiérrez, anunciando en cierto modo la despedida inminente.

—Tengo que pensarlo —dice Escalante.

—Si es por los dientes que te faltan —dice Gutiérrez, llevándose la mano a la boca y sacándose tres dientes postizos de la hilera de abajo, que le dejan un agujero ancho justo en medio del labio inferior—, yo también puedo presentarle al mundo mi verdadera cara.

La de Escalante, de inmutable que ha estado siendo hasta ese momento, se ha vuelto movediza, llena de pliegues, de frunces y de arrugas, en la frente, alrededor de los ojos y de la boca, como si estuviese haciendo un esfuerzo desmesurado para ocultar alguna emoción, y se oscurece todavía un poco más, quizás porque su piel es tan lustrosa y oscura, que la sangre que afluye a sus mejillas no logra colorearlas de rojo. Por fin, los frunces de su cara se borran y Escalante opta por sonreír, y cuando empieza a levantar la mano con los dedos encogidos para ocultar la boca, toma conciencia de su ademán y lo detiene a la altura de la cintura, pasando el pulgar entre el cinto y la tela del pantalón. Nula, que está masticando sus maníes con indolencia, aminora el movimiento de las mandíbulas hasta que, desfasadas una de la otra, las paraliza del todo, y se queda con la boca entreabierta, mirando a los otros dos, igual que el hombre del bar, que hace lo mismo con una expresión en la que hay sorpresa, pero también un poco de inquietud y de enojo. Gutiérrez, haciendo un ademán que imita vagamente el de un prestidigitador o el de un animador de varieté, y que consiste en sostener entre el índice y el pulgar y en exhibir con satisfacción ante su público, se ha inmovilizado también, los dientes postizos en alto, montados en un soporte de una sustancia rosa que imita el color de las encías, terminado, en los extremos, con dos ganchitos metálicos mediante los que deben ir fijados en los dientes verdaderos, y cuando le devuelve la sonrisa a Escalante, su labio inferior, absorbido por el hueco que ha quedado en medio de la dentadura, se frunce y se derrumba hacia el interior de la boca, desfigurando la expresión de Gutiérrez a la que Nula, en las tres veces que lo ha encontrado, ya había empezado a habituarse. Un poco agitado por dentro, Nula piensa: «Y yo que creí que era por arrogancia que entraba al club de esa manera».

—Bueno, está bien —dice Escalante—. Tal vez me convenciste. Tal vez vaya.

Mientras Nula piensa «Qué gente tan extraña», Gutiérrez, entrecerrando los ojos y haciendo girar las pupilas hacia arriba, se mete los dientes en la boca y demora unos segundos en reinstalarlos, haciendo chocar varias veces la hilera superior contra la inferior para asegurarse de que han quedado bien fijos.

—Chacho —le dice Escalante al del bar—. ¿No habrá alguna cosita para que los amigos aquí se lleven?

—Voy a ver si queda algo en el congelador —dice el hombre llamado Chacho.

—No —dice Escalante—. Mejor en el agua.

La preferencia de Escalante insta a inmediato en el Chacho la consideración hacia los visitantes, un poco atenuada por la escena que acaba de presenciar, y una sonrisa resignada decora el aire indeciso con el que mira, por la abertura de la puerta que da a la vereda, la lluvia oblicua que atraviesa la luz contra el fondo negro de la noche.

—Tengo un par de moncholitos. Son los primeros del año —dice el Chacho.

—Para que no se vayan con las manos vacías —dice Escalante.

Una expresión pueril de intensa alegría, que también el hombre del bar comprueba con una chispa de satisfacción y tal vez de malicia en los ojos, aparece en la cara de Gutiérrez, y Nula la atribuye sin vacilar al hecho de que, para Gutiérrez, alguna imagen idealizada del color local que, durante sus años de ausencia, hubiese querido revivir, en este mismo momento, por alguna concesión inesperada y benévola que le otorga lo exterior, está ocurriendo de veras en la realidad. Por una abertura sin puerta que está al lado de la heladera, el Chacho desaparece hacia el fondo de la casa.

—No pasen por la quema a esta hora —dice Escalante—. En una de éstas los carnean y se los comen.

—Donde reina la opresión, las víctimas son siempre sospechosas —dice Gutiérrez.

—Nacieron porque sí, y ahora se agitan en el mundo como larvas —dice Escalante, y, con una risita cascada, agrega—: Exactamente igual que nosotros.

—Pero pretendemos encarnar algo más elevado —dice Gutiérrez—. Poder, conocimiento, riqueza, tradición y, lo peor de todo: virtud.

—Larvas que pontifican, andan en auto, toman vino fino —dice Nula, refregándose las manos con exageración—. Mi gallina ponedora.

El Chacho aparece otra vez por la abertura que da al fondo: se ha puesto una bolsa de alpillera en la cabeza que forma una especie de albornoz y que cuelga protegiéndole los hombros y parte de la espalda, y trae una enorme linterna en una mano y un cuchillo en la otra.

—¿Sabés dónde queda? —dice Gutiérrez.

—¿La casa del doctor Russo? —dice Escalante—. Yo le hice juicio en nombre de dos o tres pobres diablos que por culpa de él perdieron lo poco

que tenían.

—Nos vemos el domingo —dice Gutiérrez.

Se dan un mutuo golpecito en el brazo, y Escalante le dirige a Nula una sacudida de cabeza, una especie de saludo económico que es al mismo tiempo una señal de aprobación, como si a pesar de haber intercambiado apenas dos o tres frases convencionales con él, le estuviese otorgando algo parecido a un certificado de aceptabilidad. El Chacho sale desde detrás del mostrador y si los sorprende descubrirlo más corpulento de lo que parecía, comprueban que, contrastando con su corpulencia, se desplaza con energía y aun con agilidad. Gutiérrez y Nula empiezan a seguirlo, pero Gutiérrez da dos pasos indecisos y se detiene, volviéndose hacia Escalante.

—Te informo —le dice— que cuando un europeo se queda pensativo con un lápiz en la mano, es porque está haciendo palabras cruzadas.

—Me lo imaginaba —dice Escalante, sin detenerse, y casi sin mirarlo, mientras se dirige a la mesa de los jugadores de cartas, y Nula vuelve a pensar, con una chispa de ironía esta vez: «Qué hombres tan raros».

Salen a la noche lluviosa y, a la luz de la entrada, Gutiérrez despliega otra vez el paraguas multicolor, pero el Chacho va tan rápido que, advirtiéndolo que los otros se han demorado un par de segundos, se para a esperarlos. Apenas salen del bloque de luz que se proyecta sobre la vereda, el Chacho enciende la linterna y un círculo potente de luz blanca va deslizándose por el suelo arenoso, las veredas de ladrillos desaparecidos, y los yuyos cargados de agua que bordean la calle. En la esquina siguiente, cuando atraviesan la bocacalle iluminada por el alumbrado público, el Chacho apaga la linterna, pero apenas se han alejado unos metros la vuelve a encender: hacia el fondo de la calle, ya no hay más alumbrado, y la silueta de unos árboles altos y renegridos parece cerrarles el camino, pero ni siquiera puede decirse que los árboles corten la calle, porque igual que cuando han llegado por el extremo norte del pueblo, las veredas y la calle están al mismo nivel, separadas por una franja irregular de yuyos que va mostrando, fragmentariamente, la luz blanca de la linterna, y, en rigor de verdad, ya es difícil distinguir una de la otra e incluso ya no parece haber más ni vereda ni calle. Ahora en realidad caminan por lo que, si hubiese habido calle, hubiese podido considerarse el medio de la calle. Al ver al Chacho cubierto por la arpillera, Nula se siente un poco ridículo bajo el exiguo paraguas multicolor, frotando todo el tiempo el brazo izquierdo contra el codo derecho de Gutiérrez, elevado porque es la mano derecha la que sostiene el paraguas; obligados a avanzar con tanta dificultad, que el Chacho, que va ligeramente adelantado, debe pararse a cada rato para

esperarlos, pero la llovizna, fina y silenciosa, es demasiado densa sin embargo como para exponerse a afrontarla sin ninguna protección. Al llegar a los árboles que oscurecen el camino, guiados por el Chacho, doblan a la derecha y suben a un terraplén un poco más resbaloso y chirle que la calle arenosa apisonada por la lluvia.

—Por acá es greda —les advierte el Chacho, y aminora un poco. Nula y Gutiérrez avanzan con prudencia, sintiendo contra la suela de los zapatos un barro chirle que chirría bajo las botas ahora vacilantes de Gutiérrez. El redondel de luz de la linterna, al desplazarse por el suelo, muestra un círculo brillante y mojado de barro rojizo. Después de recorrer ruidosamente, y no sin resbalones ni prudentes acrobacias unos cincuenta metros de terraplén, atravesando un yuyal desembocan de nuevo en un camino arenoso. De un lado hay un rancho bastante grande, encalado, del que una luz sale al exterior a través de un ventanuco; del otro, llega el chapoteo y se percibe, inequívoco, el olor del río. Un súbito tumulto acuático delata que algún pescado grande debe de haber pegado un salto fugaz en la superficie para volver a sumergirse de inmediato. El Chacho probablemente ni siquiera lo ha oído, y aunque para Nula y Gutiérrez es también un ruido familiar, como no lo oyen con frecuencia les produce una suerte de regocijo. Haciendo deslizar, rápido, el redondel de luz por el techo y por el frente blanco del rancho, el Chacho dice:

—Mi casa —y tuerce en sentido contrario, hacia el río.

Algunos aromitos enanos y maltrechos sobreviven cerca de la orilla.

—Ojo donde ponen el pie, que viene de crecida —dice y, parándose tan de golpe que Nula y Gutiérrez, apretados bajo el paraguas, entrechocándose entre ellos al frenar, casi se lo llevan por delante, recorre con el círculo luminoso los árboles, el suelo, la orilla, la corriente del río, hasta que la luz, ya un poco debilitada, va a chocar contra la vegetación en la isla de enfrente. Cuando el círculo de luz vuelve a recorrer el mismo camino en sentido inverso, Nula puede comprobar que, en la superficie del río, las olitas geométricas horadadas por la lluvia, formadas por el viento del sudeste y la corriente que tira en sentido opuesto, parecen las mismas que han visto río arriba antes del oscurecer —las mismas o nuevas olitas idénticas, lo que es difícil de saber, porque la ley del devenir, manifestándose a través de la repetición engañosa, arma el tinglado pobretón de lo estable en el centro mismo del torbellino.

Una canoa roja, que la lluvia hace relucir, se mece entre unos juncos. Del agua, bastante cerca de la orilla, salen tres sogas humedecidas que están atadas al tronco de un arbolito. El Chacho las estudia un momento y

después, agachándose, agarra una de las tres, la levanta un poco, y empieza a tirar con energía y cuidado. Después se da vuelta y le extiende la linterna a Nula.

—Alúmbreme, por favor —le ordena con cortesía. Servicial, Gutiérrez alza un poco más el paraguas, insuficiente para proteger a los otros dos y, piensa fugazmente Nula no sin alguna perfidia, buscando sentir que también él juega un papel en la escena singular —en todo caso para hombres de la ciudad— que está desarrollándose en la negrura lluviosa. Tirando de la soga, el Chacho saca con lentitud y pericia una jaula de madera hecha con un esqueleto de vino al que se le han desmontado los compartimientos interiores para las botellas y se le han agregado por fuera algunas tablas para achicar las aberturas sin tapparlas del todo, permitiéndole al cajón llenarse de agua cuando está sumergido. A medida que la jaula va saliendo del río, el agua chorrea por las ranuras, y cuando el Chacho la deposita en la orilla y el resto del agua se derrama sobre la arena, empieza a oírse un golpeteo violento contra las tablas.

—Alúmbreme —repite el Chacho, perentorio y, desmontando unos ganchos, abre la tapa de la jaula. Nula enfoca la linterna contra la abertura, y el círculo de luz blanca ilumina hasta el fondo de la jaula. Dos pescados grises y relucientes, con grandes bigotes de gato y una aleta dorsal temblorosa, se retuercen, desesperados y, dando saltos espasmódicos, se entrechocan o se golpean contra las tablas de la jaula. Con un solo movimiento diestro, aferrándolo por el medio, cerca de la aleta dorsal, el Chacho, cuya capa de arpillera le da el aspecto de un oficiante durante un rito arcaico, saca uno de los dos pescados y, sin incorporarse, exponiéndolo a la luz de la linterna, pero alejándolo un poco de la jaula, lo pone con el vientre hacia arriba, y lo abre de un solo tajo, librándolo, piensa Nula, del espasmo de agonía que sigue sacudiendo al otro, pero sacándolo para siempre de su extraño universo de pescado, tan incomprendible para él como para los tres hombres que lo contemplan, universo que, por cruel y adverso que parezca, a su compañero que se debate en el fondo de la jaula todavía no le ha sido arrebatado. Cuando termina de abrirlo, el Chacho, dejando caer el cuchillo al suelo, mete la mano libre en el vientre abierto y, de un solo tirón, le arranca las vísceras y las tira al río, y al golpe de las vísceras en el agua sucede un tumulto inmediato de peces hambrientos que, produciendo sacudidas ruidosas y violentas, se disputan ese aporte inesperado de comida. El Chacho deposita el pescado muerto en el suelo, recoge el cuchillo y, con la misma rapidez, realiza con el otro una operación similar a la primera. Después lleva los dos pescados a la orilla y los lava en el río, igual que sus

propias manos y por fin, incorporándose y sacando del bolsillo del pantalón una bolsa de plástico todo arrugado, con la W verde del hipermercado impresa en el medio, mete los pescados adentro y se los extiende a Gutiérrez.

—Tome —le dice.

Nula sigue los movimientos del Chacho y de Gutiérrez con el círculo de luz blanca, pero como están demasiado cerca, el redondel es reducido y únicamente entran en la zona de claridad, los brazos, parte de sus cuerpos a la altura de la cadera más o menos, y la bolsa de plástico en la que Nula reconoce el monograma del hipermercado. La mano libre de Gutiérrez entra en el bolsillo del pantalón y sale con unos billetes, elevándose hacia la que acaba de entregarle la bolsa, y que se sacude con energía en la luz blanca, mientras la voz *del* Chacho, allá arriba en la oscuridad, explica con firmeza:

—De ninguna manera, señor. Estos pescados son del club. Cuando precise otra vez, puedo venderle de los míos si quiere.

—Gracias —dice la voz agradecida (demasiado agradecida quizás, piensa Nula, que, por no haberse ido nunca de la zona, no experimenta el mismo fervor ante los hechos bastante banales que están sucediendo) de Gutiérrez en algún punto vago de la oscuridad lluviosa, entre el círculo de luz que ilumina la parte inferior de los cuerpos parados sobre la arena de la orilla, y el paraguas multicolor elevado por encima de sus cabezas.

—Si van a la casa del doctor Russo, no pasen por *el* lado del río a esta hora —dice el Chacho—. Mejor vayan por la ruta. De aquí es fácil.

Extiende la mano para que Nula le pase la linterna. Los movimientos rápidos, el cambio de mano y de dirección hacen que el círculo de luz blanca ilumine al azar, en un desorden fugaz, diferentes fragmentos de cosas alejadas o próximas, de árboles, de lluvia oblicua y grisácea, de tierra, de río y de sus propios cuerpos, momentos inconexos del espacio y del tiempo flotando en la negrura, que a Nula le parecen constituir una versión más correcta del mundo empírico que, en la somnolencia diurna en la que los mantiene la tiranía de lo razonable, los hombres se han habituado a considerar con la doble superstición de la coherencia y de la continuidad. Ahora se alejan otra vez del río, y el Chacho camina al frente del grupo, entre los aromitos castigados por la lluvia, por el otoño y, probablemente, también por el ir venir de las crecidas y de las bajantes. En el silencio de la costa que la llovizna callada ni siquiera interfiere, cuando se han alejado lo suficiente del agua como para dejar de escuchar el chapoteo rítmico de la orilla, es el ruido de sus propios pasos, chasquidos, roces, golpes, contra arena, agua, yuyos, barro chirle, lo único que se escucha, con un ritmo

complicado pero sostenido, en el que a veces algún resbalón o alguna interjección involuntaria introducen una disonancia efímera. Cuando están llegando cerca del rancho, el Chacho desvía hacia la izquierda y, haciendo deslizar el círculo de luz desde la punta misma de sus alpargatas hasta unos diez o quince metros adelante, ilumina una especie de calle. En la altura, a una distancia difícil de calcular, pero que podría ser de dos o tres cuadras, empieza a brillar, tenue, una hilera de lámparas de alumbrado público.

—Al fondo de esta calle se topan con la ruta. Cuando llegan, agarran para el norte, a la derecha, y a media legua nomás está lo de Russo. Tomen —dice, y le vuelve a poner a Nula la linterna en la mano—. Mañana o pasado se la dan al doctor Escalante o si no la traen al club.

—Gracias por todo —dice Nula.

—No hay problema —dice el Chacho—. Que les vaya bien.

—Claro —dice Nula—. Finito ya nos garúa.

—Así es —dice el Chacho, riéndose, y desaparece en la oscuridad. Se oye el ruido cada vez más lejano de sus alpargatas, que deben de estar empapadas, chasqueando contra el suelo. Gutiérrez se ha quedado inmóvil, mirando hacia la negrura en la que el otro ha desaparecido.

—Algo de bueno debe quedarle a Sergio, para que sus amigos nos traten de esta manera —dice en voz baja, pero bastante clara como para que Nula lo oiga. Después empieza a caminar al lado de Nula, que ilumina con la linterna los sucesivos fragmentos de suelo por los que van aventurándose. Cuando llegan al primer foco de alumbrado, Nula apaga la linterna, y aunque en las veredas se levantan algunos ranchitos aislados, siguen por el medio de la calle. Tres caballos pastan en la oscuridad de un campito pegado a una casa sin revocar. Por curiosidad, Nula prende la linterna y los ilumina, pero los caballos ni siquiera levantan la cabeza: los tres están en la misma posición, con el cuello arqueado hacia el suelo y los dientes que arrancan el pasto sin levantar la cabeza, pero dos en direcciones opuestas, paralelos a la calle, y el tercero, del que únicamente se ven la grupa y la cola que se sacude un poco. Nula apaga la linterna.

En el camino de asfalto, resbala al subir el terraplén, y Gutiérrez, con la mano en la que lleva la bolsa de plástico —en la otra mantiene *en* alto el paraguas multicolor— lo aferra por el brazo y lo sostiene para que no se venga al suelo. Cruzan la ruta para caminar del lado *en* el que los coches vienen de frente y sus pasos se vuelven más ruidosos pero también más firmes contra la capa de asfalto. Durante un rato, caminan sin hablar. Dejan atrás la estación de servicio iluminada y desierta, a la izquierda; la entrada principal del pueblo, a la derecha, y las calles iluminadas y rectas que se

abren desde el camino hacia el centro, la plaza, los terraplenes de defensa contra la inundación, el río. De tanto en tanto, los faros de algún coche que se acerca los inducen a bajar a la banquina y a seguir caminando en el barro y entre los yuyos saturados de agua, y cuando el coche pasa a toda velocidad al lado de ellos, vuelven a subir al asfalto para avanzar con más facilidad. Durante un buen trecho parecen caminar olvidados uno del otro, pero cada vez que los faros de un coche aparecen desde el fondo negro del camino alumbrando el asfalto que el agua hace relucir, sincronizados a la perfección, sin previo aviso, los dos bajan, dando un paso al costado, como si lo hubieran ensayado muchas veces, ágiles y exactos, a la banquina. La lluvia invisible adquiere una corporeidad grisácea y fugaz, vagamente espectral, a la luz de los faros que, aproximándose a toda velocidad, la muestran, densa y oblicua, la atraviesan con sus rayos y la hacen brillar y después, al pasar de largo, dejando atrás la oscuridad, bruscos, la escamotean. Y apenas el coche ha terminado de pasar, el círculo de luz blanca de la linterna que Nula vuelve a encender, firme y movedizo a la vez por las sacudidas de la marcha, la restituye.

De los muchos testigos de aquella época, ha dicho Gabriela Barco, él es el que nos está resultando más útil: se acuerda de todo. Y Soldi: Sabe de memoria textos enteros que ni los propios autores recuerdan haber escrito. El día de su primer encuentro con Gutiérrez, cerca de la pileta de natación, cuando se cruzó por casualidad con los dos en el bar de Amigos del vino, después de que Soldi le sugirió la posibilidad de que Lucía Riera fuese realmente la hija, habían empezado a contar las entrevistas que le hicieron a Gutiérrez sobre la vida literaria en la ciudad durante los años cincuenta. Su profesor de Derecho Romano, el doctor Calcagno, o sea el padre legal de Lucía Riera, en su calidad de socio de Mario Brando, le consiguió un puestito en el estudio jurídico que, dicho sea de paso, era en aquella época uno de los más importantes de la ciudad, le dijo Soldi. Y Gabriela: Brando era el jefe del movimiento precisionista. La especialidad del precisionismo consistía en combinar las formas poéticas tradicionales con el vocabulario científico. Hicieron mucho ruido en aquellos años. Gutiérrez, aunque no tenía nada que ver con el movimiento, veía a Brando todo el tiempo simplemente porque era su empleado, y mientras sus patronos llevaban vida mundana, política y literaria, él hacía todo el trabajo en el estudio. Trabajó un tiempo en el estudio hasta que un día —esto fue Rosemberg el que nos lo dijo y él, después, en forma tácita, lo confirmó— de golpe, sin despedirse de nadie, y sin que nadie supiese por qué, desapareció. El otro día Gutiérrez nos explicó que se había ido porque aparte de sus tres amigos, Rosemberg,

Escalante y César Rey, no tenía a nadie en el mundo. Pero Rosemberg nos dio a entender que tal vez había otra cosa. Soldi y Gabriela tenían un montón de papeles sobre la mesa, porque estaban trabajando, y Soldi había puesto como de costumbre, al alcance de la mano, su portafolios abierto sobre una silla, del que sacaba y volvía a meter papeles, libros, fichas, lápices, etcétera. Sacó un bloc y, mientras hablaba, consultaba las notas que, además de la grabación, había ido tomando durante las entrevistas con Gutiérrez: Conocía de memoria, con nombre y apellido, a casi todos los precisionistas, porque el profesor Calcagno lo había llevado a muchas reuniones y porque Brando, que jamás recibía a los miembros del grupo en el estudio jurídico, de vez en cuando lo mandaba a hacer alguna diligencia en relación con el movimiento. Brando era un verdadero estratega y Gutiérrez dice que, a pesar de que no le caía nada simpático, había que reconocerle un innegable talento publicitario y organizativo. Y Gabriela: No solamente se acuerda de todo, sino que parece causarle mucho placer cuando con nuestras preguntas lo incitamos a evocarlo. Basta darle un nombre, una fecha, un título de libro o de revista, para que empiece a hablar con ese tono tranquilo que tiene, y que no cambia aunque se trate de polémicas, de traiciones o de suicidios. Habla con el mismo placer con que otros podrían referirse al paraíso, y sin embargo no trata de ocultar ni de maquillar nada, y con la misma voz suave y monocorde, no se abstiene de practicar la ironía, el desprecio, la burla o la crueldad. Haciendo pasar las hojas de su bloc, volviendo atrás, releyendo sus notas hasta encontrar lo que buscaba, Soldi iba diciendo sin levantar la vista del bloc: Dice que antes de irse quemó todos sus papeles, cuentos, poemas, ensayos y que se iba a Buenos Aires con la idea de dedicarse a la literatura, pero que conoció por casualidad a un productor de cine que le propuso trabajar para él corrigiendo los guiones que habían escrito otros y que estaban a punto de filmarse. Y que con lo que ganó se fue a Europa. Para burlarse de sí mismo, nos recitó algunos poemas que había escrito en aquella época y que, según sus propias palabras, a pesar de haberlos quemado antes de irse de la ciudad, había hecho lo imposible por olvidar sin conseguirlo, lo cual demostraba la tesis budista de la reencarnación, porque el hecho de no poder olvidar sus propios poemas en esta existencia, era la prueba de que estaba pagando los errores que había cometido en una existencia anterior. Yo anoté estos dos versos: «Las jarcias no verán nunca este puerto / no habrá otro instante para tu tristeza».

En el fondo del bolsillo, el teléfono celular deja oír sus llamadas. Absorto en sus pensamientos, Nula lo oye recién cuando suena por tercera

vez, y, cambiando de mano la linterna apagada —ahora la enciende cuando los coches los obligan a bajar a la banquina—, lo saca del bolsillo y se lo lleva al oído.

—¿Que dónde estoy? —dice en voz bastante alta, dirigiéndose a la persona que lo llama quién sabe desde dónde y al mismo tiempo a Gutiérrez que, silencioso, camina a su lado en la oscuridad—. En el camino de la costa al norte de Rincón, calado hasta los huesos bajo un paraguas de juguete porque llueve a cántaros, acompañando desde hace tres horas a un cliente que tenía ganas de recorrer los lugares donde transcurrió su lejana juventud, porque es sabido que para los Amigos del vino, como nos lo enseñó el gerente de ventas en el seminario de práctica comercial, el cliente siempre tiene razón. ¿Está arreglado lo de mañana, los dos a la misma hora que hoy? Sos un genio, Américo. Gracias. Mañana te llamo. —Nula desconecta el teléfono y se lo guarda en el bolsillo—. Era de nuevo mi jefe. Me obedece en todo, ¿vio?

—Esta mojadura vale un moncholo al horno —dice Gutiérrez.

—¿Me está invitando a comer? Acepto si me deja poner el vino —dice Nula.

—¿Por qué no? País maravilloso éste donde todo es regalado —dice Gutiérrez.

Pero está escrito que esta noche no van a comer juntos: se ve luz en el interior de la casa cuando llegan y un autito negro está estacionado cerca de la break verde oscuro de Nula. Nula enciende la linterna y el redondel de luz recorre los dos coches, el frente de la casa, el tronco de unos árboles en el patio delantero, y por fin se apaga.

—Visita —dice Gutiérrez, y empuja el portón entreabierto, el portón blanco que, se acuerda Nula, Gutiérrez cerró con llave cuando salieron a caminar en dirección al río—. Pase, venga, así lo presento.

—¿Alguien de su familia? —dice Nula siguiéndolo, obediente, sintiendo al mismo tiempo que los latidos de su corazón se aceleran y tratando de que no le tiemble la voz cuando habla, en un registro demasiado agudo que lo obliga a carraspear en medio de la frase para recuperar su gravedad habitual. Pero Gutiérrez, que se adelanta hacia la entrada cerrando el paraguas, parece no haberlo oído.

—Venga, pase —dice otra vez, de una manera todavía más amable que la primera. Está por meter la llave en la cerradura cuando la puerta se abre desde el interior, con tanta brusquedad que Nula se sobresalta, lanzando, involuntaria, una casi inaudible exclamación. Pero Lucía, sonriente, está en el rectángulo iluminado de la abertura y, recibiendo a

Gutiérrez, le asesta un beso corto y ruidoso en la mejilla. Gutiérrez se hace a un lado, y con una sonrisa breve y un poco misteriosa que Nula, ligeramente embrutecido por la emoción, trata sin éxito de interpretar, se cree obligado a realizar la más convencional de las presentaciones.

—¿Se conocen? El señor Anoch, enólogo y filósofo, pero ¿en qué orden? Lucía Calcagno.

Nula está por balbucear algo, pero Lucía se le anticipa.

—No —dice, sin perder la sonrisa, ofreciéndole la mano.

«No —piensa Nula mientras se la estrecha—. Dijo no.»

—Mucho gusto —dice, carraspeando. Sacuden dos o tres veces las manos, y después las liberan.

—Tuve que venir a hacer un par de cosas a la ciudad y me estaba volviendo a Paraná, cuando se me ocurrió pasar a saludarte.

—Excelente idea —dice Gutiérrez, sacudiendo la bolsa de plástico—. Justamente aquí hay dos moncholos listos para el horno.

—Pase, pase —vuelve a decirle a Nula.

Nula sigue inmóvil en el umbral.

—No, gracias, los dejo en familia —dice, pensando siempre y, como quien dice, cada vez más fuerte: «Dijo no»—. Será para otra vez. El domingo.

Cuando la puerta se cierra a sus espaldas y empieza a caminar hacia el auto en la oscuridad lluviosa, Nula sacude la cabeza, incrédulo: «dijo no», piensa y emite, para sí mismo, una risita seca y sarcástica. Al encenderse, los faros alumbran todo el frente de la casa, el portón blanco de madera, las paredes blancas, el espacio que separa el portón de la puerta de entrada, los árboles que se levantan a un costado de la casa, pero el parabrisas cubierto de gotitas de agua que perlan la superficie le da una imagen a la vez desmigajada y brillante del exterior: las superficies blancas, incluso los listones de madera laqueada del portón, parecen paradójicamente más rugosas y los contornos de las cosas más inciertos, las líneas rectas dan la impresión de haber sido trazadas por un sismógrafo y la luz que viene del interior de la casa, o de la claridad de los faros que se refracta contra el portón blanco, se vuelve a reflejar en cada una de las gotitas que adhieren al parabrisas, en un chisporroteo fijo que, cuando pone el motor en marcha, al limpiaparabrisas le cuesta varias pasadas regulares borrarlas, trabajo inútil por otra parte, ya que a cada pasada nuevas gotitas luminosas vienen desde la altura negra del campo a pegarse otra vez contra el vidrio. Cuando retrocede, avanza, vuelve a retroceder y empieza a rodar por el camino arenoso en dirección al asfalto, el brillo desaparece, para volver a aparecer

en la ruta hacia la ciudad cada vez que los faros de algún coche que rueda en sentido contrario se reflejan en las gotas que, por más que el limpiaparabrisas trace sin pausa el doble segmento de círculo acompañando su trayectoria del mismo barrido sonoro, se vuelven a depositar contra el vidrio. Guiando el volante con una sola mano, Nula saca los cigarrillos y el encendedor del bolsillo de la campera, acerca el paquete a la mano apoyada en la parte superior del volante con la que saca un cigarrillo, y después de ponérselo en los labios y de encenderlo, dejando escapar una espesa nube de humo, vuelve a guardar en el bolsillo de la campera los cigarrillos y el encendedor. (No se equivocó al pensar que hoy fumaría demasiado.) Se revuelve un poco en el asiento para encontrar una posición cómoda, se aferra con las manos al volante, acelera levemente más por una presión involuntaria del pie sobre el pedal del acelerador que por querer ir muy rápido. Emitiendo otra vez la misma risita corta, seca y sarcástica, con la que sacude el cigarrillo que cuelga de sus labios, moviendo la cabeza como quien hace un gesto de negación, murmura: *¡Dijo no! ¡Dijo no!* Vuelve a reírse y, aunque entiende lo complicado de la situación —no sabe todavía que tal vez todo es mucho más complicado de lo que se imagina—, hay indudables vestigios de amargura en su sarcasmo.

A la izquierda, el edificio del hipermercado, enorme, con sus ocho salas de cine, su estacionamiento, sus cafeterías, su autoservicio y su restaurante, parece bastante desierto a pesar de la orquestación exagerada de luces y de colores que flota en la negrura del campo. Los quince o veinte autos dispersos en el estacionamiento relucen debido a la lluvia y a las luces que se reflejan en la carrocería, pero no hay casi nadie cerca de la entrada principal. Un año antes, donde ahora está el hipermercado no había nada, aparte de un terreno pantanoso en la zona vacía, chata e inundable —y siempre inundada, incluso cuando todas las otras zonas estaban secas— entre el brazo de río sobre el que se agolpa la ciudad y La Guardia, donde el camino de la costa bifurca hacia Paraná. Nula vacila unos segundos, disminuyendo la velocidad, para saber si entra o no en el área del hipermercado, porque el viernes Amigos del vino inaugura una semana promocional y quiere ultimar dos o tres detalles con alguno de los responsables, pero en seguida cambia de idea y vuelve a acelerar. El complejo de luz y de color asentado en medio del campo queda atrás, reaparece, fragmentario, durante unos segundos, en el retrovisor, y al fin se borra por completo. Ahora la ruta es más ancha, de cuatro manos, y está iluminada en los costados por columnas altas, pero curvadas hacia abajo en el extremo superior para proyectarse sobre el asfalto mojado que las refleja.

Al frente se ven las luces de la ciudad, a la derecha las de la hilera recta de faroles de la costanera vieja, y a la izquierda, menos regulares, las del puerto, las de las avenidas que convergen hacia el río, las de los edificios de varios pisos que sobresalen del resto, las del Club de Regatas. El coche entra en el puente, tan iluminado que, a pesar de la multiplicidad de luces, la ciudad parece oscura del otro lado. *Dijo no*, vuelve a decir Nula moviendo la cabeza para subrayar su incredulidad, de modo tal que el cigarrillo, que no se ha sacado de entre los labios desde que lo encendió, y del cual ya se ha consumido una buena parte, se sacude con el aire que expelen las palabras al ser proferidas, del movimiento de los labios que debe efectuar para pronunciarlas y del signo de negación con el que, girando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, varias veces, la cabeza, en la oscuridad del coche, expresa su perplejidad irónica y amarga a la vez. A causa de todos estos movimientos combinados, también el humo que sale de la punta encendida del cigarrillo y el que expelen los pulmones por la nariz y por la boca, forma entre la cara de Nula y el parabrisas donde las gotitas de lluvia que han sido arrasadas por el limpiaparabrisas vuelven a formarse, obstinadas, una nube turbulenta, y es a través de ella que, dejando atrás el puente, riéndose de nuevo con su risita seca, corta y sarcástica, Nula ve las primeras calles mojadas por la lluvia cuando el coche entra en la ciudad.

Gutiérrez también se ha quedado solo bastante temprano, porque Lucía no ha aceptado la invitación a cenar y, casi inmediatamente después de la partida brusca de Nula, se ha vuelto a Paraná. Así que Gutiérrez ha guardado los pescados en la heladera y, para contrarrestar los posibles efectos de la mojadura, se ha dado una ducha caliente, ha comido un poco de queso y unas uvas que encontró en la heladera y después se ha instalado en lo que llama, con ironía dirigida más bien contra sí mismo, *la sala de máquinas* (televisión cable/satélite, videocasetera, cámara video, computadora, impresora, Internet, correo electrónico, radio y lector de discos compactos, teléfono, biblioteca, discoteca, videoteca, etcétera) y ha intentado trabajar un rato. *Los palos verdes* que él no sabe que Moro le atribuye, son imaginarios, aunque es cierto que tiene algunos ahorros Y que, dos años atrás, la venta del guión sobre el *Hombre de los Lobos*, le procuró los mejores honorarios que cobró en su vida aunque es cierto la película, finalmente, no se filmó, pero por nada del mundo dejaría de trabajar, y en este momento tiene dos guiones en preparación por los que ya ha cobrado un adelanto, de modo que no puede, ni quiere, abandonarlos. Si bien es cara para la zona, la casa de la costa —los que se la vendieron en Buenos Aires jamás pronunciaron el nombre del doctor Russo en su presencia, y recién

cuando se instaló en la región lo oyó por primera vez— le costó muchísimo menos de lo que le hubiese costado un departamento en Roma o en Ginebra, y, al fin de cuentas, no está tan mal ubicada, porque si estuviese obligado, por ejemplo, un jueves a la tarde, a asistir a una reunión de trabajo en Roma, le bastaría con tomar el miércoles a la mañana el avión de las nueve y cuarto en Sauce Viejo, hacer la combinación en Ezeiza tres horas más tarde, y sentarse a tomar el aperitivo en Piazza del Popolo el mediodía del jueves. Por suerte, el productor suizo para el que trabaja desde hace años es también un viejo amigo, que lo considera su hombre de confianza y su consejero principal en materia de guiones cinematográficos, y aunque nunca supo las razones que indujeron a Gutiérrez a venirse a vivir a Rincón, y nunca aprobó del todo su decisión, más por motivos afectivos que profesionales, Gutiérrez sabe que puede contar con él y que mientras los negocios del productor funcionen, él será su colaborador principal. En el tiempo que lleva en Rincón, ya hizo dos viajes a Europa, uno a Roma y el otro a Madrid, pero al cabo de una semana ya estaba impaciente por terminar su trabajo y volverse a «la casa del doctor Russo». (Todo el mundo la llama así, y Marcos le hizo notar una noche que, estuviese donde estuviese, en este o en cualquier otro mundo, el doctor había logrado una vez más apropiarse, aunque sólo fuese en forma nominal, de una casa ajena.)

Después de trabajar un buen rato, casi hasta medianoche, corrigiendo un guión italiano, Gutiérrez se levanta y va a buscar un vaso de agua fresca a la cocina. Sobre la mesa están todavía las tres cajas de vino que le dejó Nula y, en una bolsita de plástico, los chorizos chacareros. Gutiérrez los contempla con expresión pensativa y se inmoviliza un momento ante las cajas de madera como si estuviese tratando de adivinar lo que contienen, hasta que abre la heladera, come dos o tres uvas de un plato y, después de servirse un vaso de agua, lo trae a su cuarto de trabajo y lo deja sobre el escritorio. Toma unos traguitos y después, abriendo el segundo cajón del escritorio, de una caja de metal que hay en el interior, saca una fotografía en blanco y negro y se pone a contemplarla.

Es la ampliación de una fotografía de Leonor Calcagno, de finales de los años cincuenta, cuando tenía veintitrés o veinticuatro años. La sacó un fotógrafo de plaza contra el fondo del puente colgante, la mayor atracción turística de la ciudad —junto con el convento franciscano que construyeron los indios en el siglo XVII— desde 1924, el año en que lo instalaron, hasta que la inundación grande de 1983 lo tiró abajo. En el cajón del escritorio, en la misma caja de lata de la que acaba de sacar la ampliación, Gutiérrez tiene el original de la foto, en la que él, con un traje claro de verano, está parado

al lado de Leonor. En la ampliación se ve, contra el de Leonor cubierto por la tela floreada del vestido, el contorno borroso de su hombro izquierdo. Gutiérrez conoce la foto de memoria en todos sus detalles, y como cada vez que la miraba, en los primeros años de su radicación en Europa, se concentraba en la cara, en los rasgos, en la mirada, en la expresión de Leonor; le vino la idea de la ampliación pensando que, en la foto original, todo lo que rodeaba la cara de Leonor era superfluo y que la ampliación, después de todo, era una manera de fijar, óptica y químicamente, en un punto preciso, no la imagen sino más bien la atención volátil del que la miraba, a la que la ampliación, exigente y benévola a la vez, le otorgaba el diamante del detalle desembarazado de la ganga innecesaria del conjunto. Sobre el escritorio, en un marco de vidrio, hay una foto de Lucía. Gutiérrez acerca la foto de la madre a la de la hija y las compara. Tienen un parecido evidente, y al mismo tiempo son muy distintas: los rasgos de Lucía le recuerdan, aunque muy cambiados, los de otra persona, alguien que conoció o conoce, pero por más esfuerzos que hace no logra saber quién. Gutiérrez acerca otra vez la foto de Leonor y vuelve a concentrarse en ella. Era el verano del 58/59 y todavía no había pasado nada entre ellos. A veces salían a caminar y ni siquiera se ocultaban demasiado. Al final de ese verano, Calcagno, el marido, se había ido de viaje.

Aunque Calcagno era el socio de Mario Brando, y probablemente era más rico que él, y gozaba de una reputación mayor en tanto que jurista, y le llevaba por lo menos diez años (y más de veinte a su mujer), la admiración literaria que sentía por Brando lo había con vertido poco menos que en su esclavo, como ocurría por otra parte con todos los miembros del movimiento precisionista que Brando capitaneaba. A pesar de haber sido agregado cultural en Roma durante el primer gobierno peronista, Brando se había pasado a la oposición desde 1953, y después de la revolución libertadora, empezó a ocupar cargos oficiales en el gobierno de la provincia. Pero su reputación literaria, que excedía los límites provinciales como lo demostraban sus colaboraciones regulares en el suplemento de *La Nación*, y en varias revistas de Córdoba, de Chile, de Lima y de Montevideo, era lo que en el fondo subyugaba a Calcagno, que era un auténtico especialista en Derecho Romano y un excelente abogado, y que hacía prácticamente todo el trabajo jurídico del estudio. El creador del precisionismo era, según sus adeptos, un ser carismático, y, según sus enemigos, un tiranuelo autoritario que exigía, de los que adherían a su causa, una entrega abnegada a los ideales precisionistas, por no decir una sumisión total al jefe del movimiento. Según César Rey, que una noche, borracho, en un restaurante,

allá por 1957, le tiró a la cara el vino que estaba tomando, Brando era un fantoche sin talento que utilizaba sus pretendidas dotes literarias para impresionar a los ricos que le confiaban sus asuntos jurídicos y para obtener cargos oficiales cualquiera fuese el partido que gobernara; pero mucha gente pensaba lo contrario y el movimiento precisionista y su líder gozaban de una reputación considerable. Para Gutiérrez, Brando era un buen autor de sonetos que pretendía hacerse pasar por un vanguardista; lo que lo molestaba era que a veces le encomendaba tareas que no tenían nada que ver con el estudio jurídico y de esa manera alimentaba cierta ambigüedad haciéndole creer a la gente que Gutiérrez, demasiado joven todavía, y que además dependía financieramente de él como para atreverse a protestar, era uno de sus discípulos. Lo que en ese tiempo lo incomodaba, años más tarde le pareció provechoso, ya que gracias a su trabajo en el estudio jurídico estuvo mezclado con la actividad literaria del momento. En cuanto a Calcagno, Gutiérrez lo apreciaba no únicamente porque había sido un buen profesor o porque le había conseguido trabajo, sino también porque era inteligente y buena persona, pero, entre otras cosas más íntimas, su extraña sumisión a Brando, que era inferior a él desde cualquier punto de vista, terminó por volvérselo despreciable.

Justamente, aquel verano, Calcagno y Brando habían ido a un festival de poesía en Necochea, y eso les había dado, a él y a Leonor, un poco de libertad: podían verse a cualquier hora del día y no tenían, como ocurría en general, el tiempo contado. Estaban en ese período de sus relaciones durante el cual, cualquiera fuese el tema que trataban, siempre coincidían en todo y a cada rato, eufóricos, con asombro renovado y sincero, lo descubrían. Todavía no habían dicho nada que expresara claramente sus sentimientos, pero las precauciones cada vez más estrictas que tomaban para no ser vistos revelaban, sin que ni ellos mismos parecieran darse cuenta, el orden de sus intenciones. Habían ido a cenar a un restaurante discreto, cerca del puerto, del que Gutiérrez conocía al dueño. Como era verano, no había casi nadie; los que no estaban de vacaciones preferían cenar al aire libre, para aliviar el ahogo de las noches calurosas, en las parrillas o en los patios cerveceros. El dueño los había instalado en un anexo al fondo, en el que cabían tres o cuatro mesas, de las que únicamente la de ellos dos estaba ocupada. Cuando se quedaban solos, con naturalidad y calma, casi con distracción, se acariciaban las manos sobre la mesa, pero en un determinado momento Gutiérrez se había levantado y se había parado al lado de ella inclinándose para besarla, justo en el momento en que el dueño que, como lo conocía y no había casi nadie en el restaurante, los servía personalmente, había

entrado de improviso a traer algo, simulando no haber visto nada. Un rato más tarde, cuando Gutiérrez se levantó para ir al baño, el dueño lo llamó para decirle que había una pieza en el patio trasero del restaurante que se alquilaba por horas, pero que podía dejársela toda la noche e incluso el día siguiente si Gutiérrez quería, porque era domingo y el restaurante estaba cerrado, que podían quedarse el tiempo que quisieran, pues de todas maneras la pieza era independiente del restaurante y tenía una salida a la calle directamente desde el patio, y que podía devolverle la llave el lunes a la mañana.

Al volver a la mesa, Gutiérrez ya tenía la llave en el bolsillo del pantalón, pero demoró un rato en proponerle a Leonor pasar a la pieza del fondo. Tenía miedo de que ella se enojase y la noche acabara demasiado pronto, porque estaba seguro de que no aceptaría y si se negaba ya había decidido que no iba a insistir —la idea de que Leonor se ofendiese y se abstuviera de seguir viéndolo le resultaba intolerable— pero cuando se sintió capaz de sugerírselo, lo sorprendió la naturalidad y el realismo con que Leonor consideró la situación, interrogándolo en forma exhaustiva sobre la discreción del dueño del restaurante y no sobre las intenciones de un joven estudiante de derecho hacia la mujer del profesor que le había conseguido un empleo de pinche en su estudio jurídico. Más todavía: era como si Leonor no hubiese comprendido que se trataba de ir a hacer el amor a la pieza del fondo, sino únicamente de poner en claro los valores morales del dueño del restaurante, su discreción desde luego, pero también su sentido del honor, los medios que frecuentaba, su familia. Después de debatir con Gutiérrez todos esos puntos Leonor se dio por satisfecha, dijo que aceptaba pero que debían esperar que los clientes que estaban en la sala de adelante se hubiesen ido, igual que los dos o tres empleados del restaurante. Ella solamente iría a la pieza del fondo cuando, excepción hecha del dueño del restaurante que, en la penumbra, los conduciría a través del patio y desaparecería, no quedarán más que ellos dos en el local. De modo que siguieron charlando como si nada durante una hora más o menos; la charla era tan animada que por un buen rato Gutiérrez incluso se olvidó de que iban a pasar a la pieza del fondo de un momento a otro, y casi lamentó que el dueño viniese a interrumpirlos, a eso de medianoche, para guiarlos primero a través de un viejo patio embaldosado donde había una heladera grande, una galería cubierta y dos o tres puertas entornadas, después por una especie de depósito donde una luz mezquina permitía entrever esqueletos de vino, bolsas de harina, algunas mesas y sillas de bar plegadas, un aparato para fabricar soda y dos o tres docenas de sifones desparramados en el suelo a su

alrededor y después por un patio arbolado y un caminito de ladrillos abierto entre canteros de flores y de legumbres; por último, tras abrir la puerta de un cuartito adosado al muro lateral del jardín, murmurando *La luz está a la izquierda de la entrada*, y aferrar con discreción el dinero que Gutiérrez ya había preparado para dárselo cuando llegaran a la pieza, desapareciendo sin ruido en la oscuridad del patio que acababan de atravesar, donde lo único que emitía un resplandor debilísimo era el ladrillo molido del caminito por el que habían venido.

Entraron. A los veinticuatro años, Gutiérrez todavía era virgen. Al llegar a la pubertad se había masturbado como todo el mundo, pero en el internado, donde había estado hasta los dieciocho años, no había demasiadas ocasiones ni estímulos para hacerlo, a diferencia de sus condiscípulos que, a pesar de la vigilancia de la dirección, no se privaban, solos o en grupo, en los dormitorios y *en* los baños. Cuando entró en la facultad, tenía que trabajar para pagarse los estudios (incluso estuvo dos años sin rendir una sola materia porque los distintos trabajos temporarios que conseguía no le dejaban tiempo para estudiar) y como en los períodos de excitación sexual había intentado dos o tres veces sin resultado acostarse con prostitutas, había dejado de hacerlo. El año anterior, César Rey, que ignoraba su virginidad, lo había llevado a un prostíbulo, y él se había encerrado un buen rato con una chica, pero no había pasado nada. La chica había hecho su trabajo con toda seriedad durante casi una hora, diciéndole a cada rato, *No se te para, papito. Por más que chupo y refriego no se te para*, y al final se habían dado por vencidos y se habían quedado charlando hasta que Rey vino a buscarlo. Pero Gutiérrez sabía que no era impotente; simplemente, las prostitutas no lo excitaban. Varias veces había estado con alguna amiga, bailando o acariciándola contra un árbol, en la penumbra discreta de algún parque o en un zaguán oscuro, y había tenido su erección y su orgasmo, pero todavía era la época en que las chicas en general no se acostaban con sus amigos y sus novios, y sabían que permitiéndoles frotarse contra ellas o ponerles la mano en el corpiño e incluso ayudándolos a masturbarse, dejándolos acabar de tanto en tanto contra sus muslos o, con menos riesgos de cualquier tipo, en la mano, los tranquilizarían por un tiempo ayudándolos a esperar hasta la noche de bodas. Era virgen no porque quisiese mantenerse puro o por impotencia, sino porque nunca había entrado en una mujer. Y como después de algunos meses no había tenido la oportunidad de salir con ninguna, pensaba de sí mismo con cierta resignación que la vitalidad que se encarna en el sexo y que permite afirmarse a la vez en lo que él llamaba en esa época la normalidad y en el mundo, no le había sido otorgada.

Era lo contrario lo que sucedía: esa vitalidad, como la llamaba, esa fuerza mítica a la que aspira la juventud, no solamente existía en él, sino que había estado esperando, con paciencia exigente, la ocasión de manifestarse. Esa noche, con Leonor, había tenido cinco orgasmos: *los dos primeros sin sacarla*, piensa cada vez que se acuerda, pero no con orgullo viril ni autosatisfacción, sino con gratitud hacia algo que ignoraba poseer, algo que, a diferencia de lo que le ocurre a tantos otros, únicamente gracias a un sentimiento particular se manifestaba (más tarde, cuando el sentimiento que había experimentado en esos meses ya no volviera a existir para él, sabría que también la simpatía, la admiración, la camaradería e incluso el respeto —jamás la compasión— combinados con cierta clase de belleza física, le permitirían cobrar de tanto en tanto sus cuotas atrasadas de sexo).

La disponibilidad de los cuerpos desnudos le producía al mismo tiempo una emoción eufórica y una especie de incredulidad —le parecía inconcebible que esos dos animales salvajes que exploraban extasiándose no sólo sin vergüenza sino más bien con desenfado, pericia y frenesí las partes más secretas de sus cuerpos, con labios, lenguas, dientes, manos, dedos y uñas, que mezclaban en la boca, deleitándose, sus secreciones, que exigían del otro el espasmo y el dolor placentero, que se comunicaban a través del suspiro, el balbuceo, el gemido, el grito, el insulto, fueran las mismas personas que un rato antes, en la serenidad de la sobremesa, evocaran sus proyectos, sus preferencias artísticas, sus pequeños placeres, sus vacaciones, su infancia y que, durante meses, apenas si se habían atrevido a mirarse, a rozarse las manos, limitándose a intercambiar, incluso cuando estaban solos, frases convencionales. Gutiérrez no hubiese podido imaginar nunca esa doble revelación que lo que estaba pasando le producía: el olvido de sí mismo y, contradictoria, la conciencia súbita de ser alguien distinto del que creía. Hasta este mismo momento en que contempla la ampliación de su cara, a pesar de tantas liviandades y decepciones, acepta reconocer esa deuda con Leonor. Para Gutiérrez, por imperfecta que sea, la persona capaz de suscitar en él esa exaltación desbordante, que transfigura al mismo tiempo al que la siente y el mundo en el que vive, participa necesariamente de esa grandeza. Sin embargo, su devoción duradera se dirigía menos a la persona que a la capacidad, ignorada tal vez por ella misma o quizás interpretada en forma errónea, de la que, a causa de un diseño intrincado en el tejido del acontecer, sin saberlo, era portadora.

Desde medianoche hasta la mañana copulaban, se entredormían, se despertaban a medias y volvían a empezar, frotándose uno al otro con violencia y dulzura. Lo que ocurrió esa noche le dio tema de meditación

para el resto de su vida, enseñándole que el filtro de amor es el deseo mismo el que lo segrega, y el paréntesis de furor en el que sumerge a sus víctimas, que son también sus elegidos, es la ilusión de que, en el encastramiento húmedo de los cuerpos, la soledad de las sensaciones, que no hace más que acrecentarse durante el acto, es momentáneamente abolida. Y era gracias a esa ilusión que también el universo había sido transfigurado: al llegar, y prender la luz de la habitación, que era modesta pero que estaba limpia y ordenada, comprobaron que en la cama de dos plazas, como en ciertas casas de familia, había una muñeca apoyada en la almohada y, a un costado de la cama, contra la pared, una bicicleta. Antes de desnudarse, Leonor había sacado la muñeca de la cama y la había puesto con cuidado sobre una silla. Durante toda la noche, cada vez que sus ojos encontraban la muñeca, Gutiérrez tenía la impresión de que ésta le devolvía la mirada, y le parecía que con esa mirada fija y vívida a la vez, expresaba una extraña complicidad con lo que estaba sucediendo. Por su parte, la bicicleta le había otorgado lo que él llamaba, ironizando sobre sí mismo, como acostumbraba hacerlo, su *migaja de eternidad*. En las décadas que siguieron, de tanto en tanto, al realizar un acto sexual satisfactorio, tenía la impresión, en los minutos que seguían al orgasmo, de estar todavía en el cuarto con la bicicleta, y una especie de continuidad o, mejor, de unidad, parecía sintetizar su vida, reuniendo en una sola las experiencias inconexas, a la vez incontables y fragmentarias y en su mayor parte ya olvidadas, que había ido viviendo. Una certidumbre sensorial de permanencia, de inmovilidad al margen del deshacerse incesante de las cosas, de presente indestructible y único, lo reconciliaba, benévola, con el mundo.

La desnudez, la fatiga, pero también la noche de verano, el silencio que se instalaba mientras el deseo que, aunque se muestra con intermitencia, es por definición infinito y, como el tiempo, cuya esencia podría, en cierto sentido, compartir, trabaja sin que lo sepan aquellos a los cuales transforma, los fueron llevando al alba, a la mañana, al domingo caliente y desierto. Antes del amanecer, en la negrura sin aire de la madrugada, un chingolo cantaba entre los árboles del jardín, y con la primera claridad, llegaron los jilgueros, los gorriones, a saludar, con un bullicio excitado, la salida del sol, el nuevo día, piensa ahora Gutiérrez, tan espléndido como inútil. Y vuelve a verse desnudo en la cama, con Leonor desnuda, dormida, a su lado, sobre la sábana blanca toda retorcida y empapada de sudor, y oye todavía, treinta y tantos años más tarde, la agitación ruidosa de los pájaros que, habiéndose ya olvidado de que el día anterior el mismo fuego incomprensible había ido subiendo desde el este, el día anterior y el anterior al anterior, hasta agotar

los días abolidos en un pasado intangible, anterior a la existencia misma de la memoria, creen que el esplendor que revela el mundo y disuelve las tinieblas, les está destinado y está ocurriendo por primera vez, igual que quien ha sido captado en el aura mágica del deseo piensa que, por primera vez desde el comienzo del mundo, su sentido, a través del tacto tosco y de la carne rudimentaria, ha sido por fin revelado.

Por supuesto que después de esa noche, Leonor vino varias veces a su casa; por supuesto que volvieron a hacer el amor y que volvieron a gozar; por supuesto que decidieron vivir juntos en Buenos Aires o en Europa, o donde fuese; por supuesto que Gutiérrez preparó todo para la partida y por supuesto que, a último momento, Leonor se echó atrás y prefirió quedarse con su marido, al que le contó en parte lo que había sucedido, describiéndolo como una fuerte atracción mutua y omitiendo, desde luego, el pasaje al acto. Por supuesto que, cuando lo supo, Gutiérrez, que casi no tomaba alcohol en ese entonces, se emborrachó y buscó una puta para acostarse con ella; por supuesto que, como de costumbre, por más esfuerzos que la chica hizo para ponerlo en condiciones, no lo consiguió. Se despertó al amanecer en un callejón, tirado en el barro, con el cuerpo dolorido y algunas magulladuras. Al día siguiente, sin despedirse de nadie, se tomó el colectivo para Buenos Aires y desapareció de la ciudad por más de treinta años.

MIÉRCOLES

LA MANZANA

Para que el encuentro se produjera, debieron tener lugar varias casualidades entre las que, por ser las más importantes, merecen destacarse: que en el único punto inconcebiblemente concentrado de lo existente sobreviniera, a causa de la densidad demente de una sola partícula, cierta explosión cuya onda expansiva, que dicho sea de paso se viene prolongando hasta el día de hoy, diseminara en el vacío espacio, tiempo y materia ígnea, la cual, enfriándose poco a poco y aglutinándose a causa de ese enfriamiento, prosiguiendo el movimiento de rotación y de traslación, causado por la explosión primitiva, en un punto preciso del espacio gracias a un complicado fenómeno gravitatorio, formara lo que a falta de un nombre más apropiado se ha dado en llamar «el sistema solar»; que en una de las bolas de tamaños diferentes que lo componen, ya enfriadas y solidificadas, girando alrededor de una estrella gigante, también producto de la explosión mencionada y llamada «Sol», bola que ahora llamamos «Tierra», apareciese un fenómeno que, debido a una imposibilidad total de definir llamamos «vida» y que, por último, Lucía, ese mediodía de septiembre, pasara por la esquina del bar Los siete colores en Mendoza y San Martín que ocupa ahora el local donde durante años estuvo el Gran Doria, justo en el momento en que Nula, que acababa de terminar su café y se había demorado unos segundos con un tipo que lo llamó desde su mesa para pedirle una información sobre un manual de Derecho Público, saliese a San Martín y alzase la vista en su dirección, descubriéndola, vestida de rojo, entre el gentío de la calle soleada.

Nula no había cumplido todavía los veinticuatro años. Dieciocho meses antes, en marzo del año anterior, había decidido abandonar sus estudios de medicina para inscribirse en la Facultad de Filosofía, donde

estudiaba a los presocráticos y un poco de idiomas clásicos, chapuceando también algo de alemán con la intención de leer a Hegel, Marx, Nietzsche, etcétera, pero se sentía demasiado aislado en Rosario donde, como no trabajaba, le costaba grandes esfuerzos sobrevivir, así que volvía con frecuencia a la ciudad, a casa de su madre (su hermano mayor, que era dentista, ya estaba casado), donde podía contar con techo y comida a cambio de un trabajo esporádico y de casi ningún reproche. Medicina, le había explicado a su madre, puede estudiarse únicamente en Rosario, o en Córdoba o en Buenos Aires, pero para la filosofía ningún establecimiento especial ni ningún diploma son necesarios. Cualquier lugar del ancho mundo, por insignificante que parezca, según Nula, y muchos otros antes que él a decir verdad, es igualmente apropiado para un filósofo.

La India —era el apodo familiar de su madre que, aunque venía de familia calabresa, y su apellido mismo de soltera era Calabrese, a causa de su cabello lacio y renegrido, de sus pómulos altos y bien visibles, y de su piel oscura, tenía los rasgos misteriosos de una criatura exótica—, entrecerrando los ojos y sacudiendo con rabia simulada la cabeza, había murmurado entre dientes *¿y cuánto me va a costar ese descubrimiento?*, antes de echarse a reír, lo que anunciaba que ya estaba pensando en proponer algún acuerdo, que resultó en líneas generales el siguiente: casa y comida durante sus estadías en la ciudad, un poco de plata por algunas horas de trabajo en la librería, para la continuación de sus estudios en Rosario, y todo eso con la condición que él trajera un diploma, aunque más no fuese de doctor en filosofía. Nula —versión árabe de «Nicolás» que, tal como los árabes pronuncian debería tal vez escribirse con dos eles, para prolongar haciéndolo vibrar el sonido de una sola— aceptó, más por darle el gusto a su madre que por aprovecharse de su credulidad, así que en esos dieciocho meses siguió yendo y viniendo entre las dos ciudades. También Chade, su hermano, que acababa de instalar su consultorio, le ponía de tanto en tanto algún billete en el bolsillo. Chade, que era tres años mayor que él, había hecho estudios acelerados y brillantes, tal vez con el fin de obtener algún equilibrio respecto de la inestabilidad gradual de su padre que, llevado y traído, como una hoja seca, por el vaivén del acontecer, después de años de ausencia y de clandestinidad, había sido asesinado una noche, en el invierno de 1975, no se sabía bien si por sus enemigos o por sus aliados, en una pizzería del gran Buenos Aires. Nula, en cambio, que flotaba a menudo entre el entusiasmo y la indecisión, y que era proclive al vagabundeo interno y exterior, se preguntaba con frecuencia si no era a él a quien le tocaba encarnar, en el presente ingobernable, el mismo papel de ambigüedad que

veinte años atrás había representado su padre.

Con la librería jurídica enfrente de los Tribunales y una sucursal en el interior mismo de la Facultad de Derecho, que Nula atendía de tanto en tanto y que le sugirió la comparación de que su madre había puesto en pie un negocio tan provechoso como un burdel enfrente del regimiento, con un anexo en el interior, la India había afrontado la ausencia del padre y los había criado y educado, a él y a su hermano. Pero lo que seguía uniéndolos, obligándolos a silenciar las quejas y los reproches, era el hecho de que, aunque estaba casi siempre ausente, el padre nunca los había abandonado. De vez en cuando aparecía, discreto y cargado de regalos, se quedaba dos o tres días sin asomarse a la calle, y volvía a desaparecer por varios meses. Después de su muerte —Nula tenía doce años más o menos cuando ocurrió— estuvo sin embargo más presente que cuando vivía, porque la India, sacándolo definitivamente de la penumbra clandestina en la que la política lo había relegado, llenó la casa con sus fotografías, sus reliquias, sus vestigios, introduciendo en su conversación anécdotas, ideas y dichos de su marido que constituían, a causa de su insistencia refractaria al menor cambio, verdaderos fetiches orales. Nula sabía que en su fuero interno su hermano la reprobaba, pero estaba demasiado apegado a ella como para reprochárselo. Él, Nula, en cambio, que había ido elaborando sin darse cuenta un estilo irónico y desenfadado en las relaciones con su madre, tal vez con la finalidad oscura de obtener un trato preferencial, objetaba de vez en cuando, con una pretendida imparcialidad que a un oído experto le hubiese parecido interesada e incluso pedante, la pertinencia de ese culto. *Es que antes de la tormenta nuestra vida fue un picnic maravilloso*, suspiraba la India que, por una manera personal que tenía de usar el lenguaje desde que había empezado a valerse de él, tendía a expresarse a menudo con metáforas.

Cuando lo mataron, el padre tenía treinta y ocho años, unas entradas pronunciadas en la frente y, aunque vetado de un gris prematuro por las vicisitudes, un bigote copioso, como estaba de moda en los años setenta, tal vez para sugerir la virilidad adicional que suponía la opción política de sus portadores. Y aunque el soplo terrible de esa década lo había aventado como a una hoja seca, era a finales de los cincuenta, en su juventud, cuando su personalidad, o como quiera llamársela, había cristalizado, y en ella, al principio, la política ocupaba sin duda un lugar secundario. Había ido a estudiar arquitectura a Rosario pero, igual que años más tarde su hijo menor, que en su momento no reparó en la simetría, cambió la medicina por la filosofía, él se había pasado a Ciencias Económicas, de donde fue

declinando hacia el periodismo. En 1960 se casó con la India, cuatro meses antes del nacimiento de Chade —la India tenía diecinueve años— y se instalaron de nuevo en la ciudad. Como había hecho el bachillerato en la Escuela Comercial, empezó a trabajar en un banco, pero al cabo de un año y medio dejó de ir, diciendo que le daba asco manipular billetes. Nadie, empezando por él mismo, se daba cuenta de que estaba atravesando una depresión nerviosa. Nula acababa de nacer; como había cuatro bocas que alimentar, la India comprendió que había llegado para ella el momento de, como dicen, tomar cartas en el asunto. Empezó a trabajar en la librería jurídica de un amigo de su padre, en un local enfrente de los Tribunales: al poco tiempo, el dueño ya no venía más, ni siquiera a hacer la caja al final del día. Le gustaban más las bochas que el comercio y era presidente del club El bochín de oro en Santo Tomé, por eso terminó por asociar a la India a la firma, de modo que cuando se retiró, ella no tuvo casi que poner nada para convertirse en la única propietaria. Ya antes de la jubilación de su socio, había obtenido del Consejo Universitario la autorización para instalar la sucursal, una especie de cabaña de madera abarrotada de libros jurídicos, en el patio de la Facultad de Derecho: *se me prendió la lamparita y les metí el caballo en Troya*, metaforizaba con frecuencia y con bastante satisfacción. Yusef, su suegro, la había ayudado para la compra de la librería. Sin decírselo a nadie, pensaba que de las responsabilidades que, desde su punto de vista, para nada semejante al de la India por otra parte, su hijo varón no parecía dispuesto a asumir, le correspondía a él hacerse cargo. Sus dos hijas, que vivían en el pueblo (la menor ya estaba casada, pero la más grande, que nunca se casaría, seguiría viviendo con él en la casa paterna), solícitas, lo consolaban. Pero era inútil: *el varón sería el problema de su vejez*, y aunque lo sobreviviría unos años, fue el rumiar sin descanso las incomprensibles vida y muerte de su hijo lo que lo llevó a la tumba. Sus nietos lo adoraban.

Había llegado desde Damasco al final de los años veinte, para trabajar como empleado en el negocio de un tío suyo, en plena llanura, no lejos de Rosario, a orillas del Carcarañá. Todavía no había cumplido dieciséis años; unos meses después de llegar, una tarde, el tío lo llamó al fondo del patio y, bajando la voz y mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, sacó una taba del bolsillo explicándole que esa noche iba a haber una partida, y que él iba a tirar a propósito la taba hacia el fondo del patio, en la oscuridad, y que lo iba a mandar a buscarla, de modo que lo único que tenía que hacer era cambiar las tabas y traerle no la que él había tirado al fondo del patio, sino esa que le estaba mostrando y que acababa de sacar del

bolsillo del pantalón. Pero Yusef, que sin embargo quería de verdad a su tío y le debía todo, se había negado, diciéndole que no era por miedo, pero que, aunque le hubiese gustado mucho complacerlo, él no podía hacer una cosa semejante. El tío pareció comprender sus razones y *le* dijo que no se preocupara. Yusef calculó que esa noche debió pasar algo con las dos tabas, porque a su tío le pegaron once tiros: no lo mataron —vivió hasta los noventa y tres años con dos balas en el cuerpo que nunca le pudieron sacar, y murió de golpe una tarde durante una partida de tute— aunque por prudencia tuvo que dejar el pueblo para instalarse en Rosario, que era la capital de la mafia en aquella época. Los criollos impulsivos que sacaban el cuchillo con cualquier pretexto o empezaban a los tiros por un simple cambio de tabas no coincidían, en lo que a estilo se refiere, con la discreción proverbial de la hermandad siciliana.

Nula pensaba con frecuencia: «Basta observar a una familia —pero observarla sobre todo en tanto que fenómeno material— para verificar que somos pasto del devenir y que todo está en movimiento y en cambio constante». Y desarrollaba su pensamiento de esta manera más o menos: cualquiera de los miembros de una familia es primero sustancia informe y su existencia es únicamente probable y aleatoria, y después, cuando empieza a dejar atrás la etapa virtual, puramente estadística, se vuelve embrión, feto, hasta que nace; al aparecer en lo exterior se hace criatura, adolescente, adulto, viejo, cadáver y mera materia otra vez; el esqueleto es lo que más dura, pero después de cierto tiempo también, al fosilizarse, se transforma. Quedan algunos fragmentos pétreos, a los que a partir de entonces les tocan las vicisitudes propias del reino mineral. En una familia, por otra parte, siempre las diferentes edades están representadas; siempre hay embriones, fetos, criaturas, adolescentes, adultos, etcétera. Y si no parece ser así, si no quedan más que adultos o viejos, es porque se trata de un caso en el que es accesible a la observación directa únicamente un fragmento del proceso. Todo eso aparece y desaparece, evoluciona y cambia a la vez. Ni un segundo siquiera los miembros de una familia dejan de entrar y salir del mundo, de transformarse, cambiando de aspecto físico, de volumen, de peso, de largo de cabellos o de uñas, de agrandarse y de volverse a achicar, de entrar en la luz del día y en determinada forma que es la de cada uno, para volver a salir de ella y deshacerse otra vez. Todo está a cada instante en movimiento, pero es imposible conocer la velocidad intrínseca a la que el acontecer sucede. Los relojes miden comparativamente otros relojes; no tienen nada que ver con el tiempo. Lo que acaece entra y sale de una escena mental que llaman realidad, de la que es imposible saber si está adentro o

afuera de cada uno. Un día, Nula le dijo a Riera algo que, resumido, sería más o menos así: *el conjunto de lo existente es como el barco de Teseo, que, según Plutarco, como había transportado desde Creta a los jóvenes rehenes que el héroe salvó del sacrificio, fue conservado por los atenienses durante muchos siglos en carácter de reliquia. Pero como los años lo iban desgastando, le sacaban las tablas que estaban demasiado viejas y las reemplazaban con otras nuevas que pasaban a integrar el conjunto. Esas reparaciones se hicieron muchas veces. Por eso, cuando los filósofos de Atenas discutían sobre la noción de crecimiento, el barco de Teseo constituía un ejemplo controvertido: unos sostenían que seguía siendo siempre el mismo y otros, que ya no lo era.* A lo que Riera, desdeñoso, como tenía la costumbre de hacerlo cuando el tema no le interesaba, contestó: *¡Pajerías!* Pero Nula ni siquiera le prestaba atención: se estaba acordando de que, en la época de la Facultad de Medicina, veía los cuerpos abiertos y las vísceras expuestas, escuchando las lecciones del profesor de anatomía, y pensaba no en los órganos ni en las funciones que cumplían, sino en cosas más abstractas, como, por ejemplo en el hecho de que si bien los cuerpos del mismo sexo tenían todos los mismos órganos, también cada uno era único, de modo que lo que a él le interesaba de verdad, no era la función o la patología específica de esos órganos, sino las relaciones entre lo particular y lo general. Fue por lo tanto natural que abandonara la medicina por la filosofía. En público, desde entonces, una de sus afirmaciones provocadoras —como todos los jóvenes, tenía un repertorio considerable— era: *A mí únicamente me interesa el mundo en general.* Y cuando estaba de buen humor, o un poco chispeado en una fiesta, con algún interlocutor que, como se dice, le seguía la corriente, fingiendo una modestia deliberadamente dubitativa, declaraba: *Practicar la ontología del devenir es de lo más simple: hay que tener en cuenta las partes del todo y las partes de las partes, en todos sus estados simultáneos y sucesivos.* Y así.

De chicos, Nula y su hermano pasaban siempre las vacaciones en el pueblo. Cada uno tenía un caballo, igual que sus primos, a los que sin embargo el abuelo, tal vez porque habían nacido un poco después y no llevaban su apellido sino el apellido italiano de su yerno, o tal vez porque Chade y Nula eran un vínculo con el hijo que había perdido desde mucho antes de que la muerte, definitiva, lo arrebatara, parecía querer un poco menos. O tal vez los dos hermanos que venían de la ciudad tendían a imaginárselo así deseando que fuese de veras, desde que tenían memoria, de la época en que esa impresión de abrigo, hecha a la vez de afecto y de rudeza, se mezclaba con el recuerdo de las primeras sensaciones de la

llanura. Sensaciones táctiles por ejemplo: el contacto caliente y palpitante contra el cuerpo del caballo sudoroso; la frescura súbita, en las tardes de verano, al entrar en algún rincón de sombra del patio inmenso; la tensión resbaladiza de las ranas vivas que trataban de zafar de la mano que las aferraba; el agua tibia de la laguna y el contacto de las presencias confusas —animales o vegetales, no se sabía bien— que los rozaban entre el fondo y la superficie; los pies desnudos que se hundían en el polvo de la calle, cuando, en las noches calurosas, volvían de algún baile con los zapatos en la mano; el ardor súbito en las pantorrillas en el momento en que, cruzando algún campito, se enredaban en una mata de ortigas; la piel aterciopelada de los duraznos todavía verdes o la sensación pegajosa que dejaba en las manos la leche de las higueras. O si no olfativas: el olor de los paraísos, de las madreselvas y de los ligustros en flor; el de un excusado que había en el fondo del patio; el de la alfalfa y el de los corrales; el del fuego de leña primero y un rato más tarde el de la carne asándose en la parrilla; el de una especie de aserrín comestible que se llamaba *yátar* y que el abuelo recibía de tanto en tanto de Damasco e iba comiendo de a poco, poniendo un montoncito sobre un pedazo de pan y rociándolo con aceite de oliva; el de alguna substancia química que no podían precisar y el de la arpillera mojada en la fábrica de hielo del pueblo; el de los nidos vacíos, mezcla de ramitas secas, plumas y excremento. O gustativas: el sabor de la bebida hecha con uvas verdes, bien ácidas, que aplastaban en el fondo de una jarra y mezclaban con azúcar, agua y hielo; el de los cigarrillos de chala y barba 'O seca de choclo y más tarde el de los verdaderos cigarrillos y el de las primeras cervezas sacados a escondidas del negocio a la hora de la siesta y que se iban a fumar y a tomar en un baldío que había atrás de la casa; el de unos tallitos verdes, dulzones, que arrancaban en los terrenos de la estación y mascaban durante un buen rato; el del agua de lluvia que la tía Laila juntaba en un fuentón para «lavarse la cabeza»; el de las mandarinas y las naranjas que, en las noches de invierno, ponían a entibiar en la ceniza del brasero; el de la comida árabe, menta, zapallitos, limón, berenjenas, trigo triturado con carne cruda y cebolla, y, en verano, mechada de pedacitos de hielo; el del mate cocido con leche y azúcar del desayuno. Auditivas: el espacio negro de la noche que se descomponía en una multiplicidad de planos diferentes cuando, por una razón cualquiera, los perros del pueblo empezaban a ladrar y a responderse en la oscuridad; el silbato de las locomotoras que pasaban por el pueblo a toda velocidad o el traqueteo de los trenes de carga interminables que, también sin detenerse, lo atravesaban lentos; en el campo, el mugido del ganado, el chasquido del pasto o el estremecimiento de las plantas de maíz

cuando arrancaban los choclos para comérselos y poner la barba a secar; el golpeteo subterráneo de los tucutucus, el grito de los teros y de los chajáes en las cercanías de los bañados y el arrullo de las torcacitas en los mediodías de verano; los cascos de los caballos que cruzaban el pueblo al paso o al trote, y tan rara vez al galope que, cuando ocurría, la gente salía a la vereda para ver si pasaba algo; el ruido complicado y rítmico, un golpeteo de cuero, madera y metal, de los sulkys, las jardineras y las chatas; las conversaciones en árabe entre el abuelo y sus paisanos o los miembros de la familia que vivían en el pueblo o que venían a visitarlo desde los pueblos de los alrededores e incluso desde Rosario o desde Buenos Aires y una vez desde Colombia; el rumor inquietante de los remolinos en los recodos del río Carcarañá cuando venía de crecida; el entrechocar de las bochas en la cancha que había en el fondo del almacén; los domingos a la mañana, la radio que sacaban a la galería si hacía buen tiempo para escuchar en una estación de Rosario *La hora siriolibanesa* y la voz doliente de Um Kalzúm que se diseminaba por el patio soleado, en la quinta, en el huerto y en el jardín, en las galerías emparradas o cubiertas por glicinas enormes; las palabras árabes: *bab* (puerta), *jushbe* (pan), *jalib* (leche), *jabibi* (querido), *betenyan* (berenjena), *blad* (la tierra natal), etcétera. Y también visuales: el horizonte vacío de la llanura, irreal y, en cualquier punto del campo que fuese, siempre idéntico a sí mismo; las bandadas de mariposas amarillas que, volando en grupo, aleteaban todas y se asentaban en las partes húmedas de la calle de tierra después del paso del regador para levantar vuelo de nuevo todas a la vez y asentarse en otro charco un poco más lejos; los canteros florecidos de dalias, conejitos, margaritas y pensamientos; las afueras del pueblo, que ya eran y a la vez todavía no eran el campo; los jinetes que pasaban a caballo al trote corto y, sin siquiera volver la cabeza para ver quién estaba o si al menos había alguien, dirigían hacia la esquina del almacén un saludo que consistía en levantar con lentitud la mano que aferraba la fusta; la señal que bajaba de golpe cuando algún tren estaba acercándose al pueblo y la gente que estaba esperándolo salía corriendo de sus casas y cruzaba el terreno del ferrocarril para llegar a la estación antes que el tren; los caminos de tierra abovedados y polvorientos en los días secos, y cubiertos de charcos y de barro negro y revuelto los días de lluvia y siempre, siempre rectos, inacabables y desiertos; las lechuzas asentadas en los postes del alambrado, inmóviles y rígidas como si hubiesen sido efigies de sí mismas pintadas en madera; los cuises de pelambre azulada y metálica que cruzaban sin apuro el camino cuando pasaba algún vehículo o algún hombre a caballo; los conejos que entraban y salían de la maleza a toda

velocidad o los siriríes que volaban alto, lentos, estirados, formados en ángulo, o la polvareda inmóvil que dejaban los coches y que quedaba flotando un buen rato en el camino los días sin viento; o los perros que a la hora de la siesta copulaban, el macho en equilibrio inestable y un poco tembloroso sobre la hembra; o el potrillo y la yegüita que una vez, a la distancia, Nula había estado mirando para comprobar que, mientras se acariciaban, frotándose mutuamente y con suavidad el cuello con el hocico, la verga del potrillo iba entrando lentamente en erección. (Cada vez que se acordaba de una de esas sensaciones, Nula la anotaba en una libretita.)

El abuelo era uno de esos «turcos» acriollados que, cuando se vestía como la gente de campo o cuando andaba a caballo, si no abría la boca, con su pelo negro y lacio, su bigotito bien recortado y su piel oscurecida por la vida al aire libre, los que no lo conocían lo tomaban por un gaucho, peón de campo de la zona o uno de esos santiagueños que, en los años treinta y cuarenta venían en masa a los pueblos de la llanura para la cosecha del maíz. E incluso cuando hablaba no tenía demasiado acento extranjero: había aprendido bien el castellano, excepción hecha de cuatro o cinco obstáculos, para los cuales tal vez sus órganos vocales no estaban entrenados, y que delataban sus orígenes. Era yrigoyenista, anticonservador y antiperonista *acérrimo* (era el término que empleaba), y sabía contar que, cuando el golpe del treinta, un gaucho borracho había entrado a caballo en el negocio, y él había sacado el revólver del cajón del mostrador y descolgado el rebenque de la estantería, y lo había hecho recular a rebencazos hasta el medio de la calle. Y sin embargo, leía *La Nación* y *La Capital* y recibía todos los meses las *Selecciones del Reader's Digest*. Se vestía de tres maneras distintas para ejercer sus tres ocupaciones principales; el trabajo en el campo donde tenía algunas vacas, el negocio de ramos generales, en el que vendía desde yerba hasta heladeras y, en otras épocas, hasta automóviles, y desde luego ropa, tela, pintura, y lo que fuese, y por último, para sus viajes a Rosario, por negocios, asuntos de familia, o acontecimientos sociales como casamientos, bautismos, velorios o fiestas de la colectividad en el club Sirio-Libanés. En los años sesenta, tenía una camioneta que usaba en el campo y en el pueblo y un coche nuevo para viajes más largos. A Nula le pareció oír, sin entender bien, porque todavía era demasiado chico y sus padres se limitaban a hacer alusiones sobre *el* asunto, que, después de enviudar, había entrado en relaciones con una amante misteriosa en Rosario. Laila y María, las dos hijas, no hubiesen tolerado que exhibiese una conducta semejante en el pueblo. Cuando Nula fue más grande, la India le contó que su padre se lo había cruzado una vez en Rosario, y que el abuelo Yusef, que estaba acompañado

por su amante, había fingido no verlo, pero que de todos modos para esa época las relaciones entre el padre y el hijo ya se habían echado a perder. En materia de religión, el abuelo se declaraba con vehemencia *católico apostólico romano*, que era tal vez una manera implícita de subrayar su superioridad no ante los judíos, a los que parecía ignorar, aunque cuando jugaba al truco siempre formaba pareja con el farmacéutico, Feldman, que lo era, ni ante los musulmanes, a los que detestaba, sino más bien respecto de los maronitas y de los ortodoxos, que le parecían más caprichosos que verdaderos disidentes, porque pudiendo acogerse a la Iglesia de Roma como él, preferían optar por esas variaciones extravagantes. Iba a misa todos los domingos, y comulgaba de tanto en tanto; y si el cura mandaba a comprarle alguna cosita para él o para los pobres del pueblo no le cobraba, pero no veía con buenos ojos que jugara a las cartas los sábados a la noche y se abstenía de frecuentar esas partidas para no cruzarse con él.

Al hijo lo habían traído a enterrar en el pueblo, cerca de la madre y de un hermanito mayor que él, que había vivido apenas un par de semanas y que, como se acostumbraba entonces, llevaba su mismo nombre. Al principio, la India había estado en desacuerdo, porque tenía la intención de cremarlo y de dispersar sus cenizas, pero después pensó que era mejor que se lo dejara cerca al padre, para ver si la proximidad, por encima de la inconmensurable separación, los reconciliaba. A ella le quedaba, como les diría tantas veces a sus hijos en su idioma colorido, *el picnic maravilloso antes de la tormenta*. Cuando lo mataron en una pizzería de Boulogne, cerca de la ruta panamericana, la India pasó por el pueblo para dejar a los chicos y siguió en auto con el abuelo hasta Buenos Aires. La policía los interrogó un día entero antes de devolverles el cadáver, y al final del interrogatorio un sumariante les leyó la parte del sumario en la que se referían los hechos: al parecer tenía una cita a las nueve de la noche, pero llegó un rato antes y se cambió dos veces de mesa. A las nueve menos diez, un coche con tres hombres adentro, según los testigos, estacionó delante de la puerta; el que venía sentado al lado del chofer salió y se paró en la vereda, apoyándose contra la puerta abierta del auto que seguía con el motor en marcha. Según el mozo de la pizzería, él también se había parado al verlos, metiendo la mano entre las solapas del sobretodo cruzado para ir preparando el arma, sin perderlos de vista, pero el que tiró ya estaba desde hacía rato en la pizzería, tomando una cerveza, en una mesa que estaba detrás de la de él, simulando mirar un programa deportivo en la televisión esperando que llegara el coche que debía evacuarlo después de la ejecución, de modo que le pegó cuatro tiros por la espalda, lo remató cuando estaba en el suelo, según el mozo de

la pizzería, salió corriendo y entró en el asiento trasero del auto donde alguien ya le había abierto la puerta desde el interior, mientras que el que había salido del coche volvió a sentarse al lado del chofer, que había arrancado a toda velocidad sin darle a los otros dos casi tiempo de cerrar las puertas. Cuando la India y su suegro obtuvieron la autorización de sacar el cuerpo del hospital y lo confiaron al furgón de la funeraria que lo llevaría al pueblo, decidieron pasar por la pizzería antes de pegar la vuelta. Era un anochecer de invierno; un rosa gélido manchaba el cielo en dirección opuesta al oeste, donde el sol ya casi había desaparecido detrás de unas nubes ennegrecidas por la sombra de sí mismas que proyectaban debido al contraluz; en la pizzería vacía, las luces, lo mismo que la televisión, ya estaban encendidas. Hablaron con el dueño y con el mozo; cuando se dio cuenta de quiénes eran, el pizzero, que estaba amasando cerca del horno, dejó su trabajo y, sin abrir una sola vez la boca, se acercó a escuchar. El dueño no parecía muy contento de que hubiesen venido; debía pensar que esa visita era comprometedor, pero el mozo, que había intentado socorrerlo, y que parecía impresionado de verdad por lo que había sucedido, les mostró el lugar donde había caído y trató de consolarlos diciéndoles que había muerto en el acto, casi sin darse cuenta; los acompañó hasta la puerta y, antes de salir, el abuelo le puso unos billetes en la mano, que terminó aceptando después de una resistencia corta pero sincera. Salieron otra vez a la calle, a esa esquina cualquiera de los suburbios intrincados de Buenos Aires, con sus casitas de material, muchas de ellas de ladrillos sin revocar, sus mercaditos pobretones, sus patios estrechos y un poco mustios, sus negocios de pueblo y sus supermercados, sus amueblados chillones y sus viveros, sus villas miseria, sus galpones de firmas mayoristas y sus plantas industriales, sus paradas de colectivos populosas, con sus racimos de caras pacientes y oscuras, sus muchachas desdentadas, sus viejos mestizos cargados de bolsas de plástico, sus vendedores de pastillas y de alfajores santafecinos, de diarios y de bebidas frescas durante el alto de los ómnibus que van a Córdoba, a Rosario, a Resistencia, a Catamarca, a Paso de los Libres o a Asunción. En la soledad sin medida del anochecer glacial, la alteridad del mundo se volvía más oprimente y enigmática a causa de esa muchedumbre que parecía ir disolviéndose, extraviada, en la negrura.

Llegaron a la madrugada al pueblo, casi al mismo tiempo que el furgón. Lo velaron sin siquiera abrir el cajón y lo enterraron esa misma tarde. Había bastante gente en el cementerio, amigos y conocidos del pueblo o de los pueblos vecinos: chacareros italianos o españoles que eran clientes del negocio, viejos árabes que tenían o habían tenido tiendas en los pueblos

de alrededor, amigos de infancia del muerto, con el que habían ido juntos a la escuela primaria y que habían dejado los estudios en ese nivel, quedándose a vivir en el pueblo, porque los otros, los que habían seguido estudios superiores, excepción hecha quizás del escribano y del veterinario, estaban dispersos por el mundo. El cura amigo del abuelo se había muerto hacía tiempo, de modo que un curita joven celebró la misa. La India estuvo a punto de oponerse a la ceremonia religiosa, pero después pensó que, puesto que había resuelto devolvérselo al padre, tenía también que aceptar las reglas que implicaba esa decisión, y que, en definitiva, la muerte, que ponía al abrigo de tantas cosas superfluas, también incluía en ese rubro las querellas de religión, pero sobre todo porque si bien durante casi toda su vida el muerto había creído haberse librado de él, en el entierro, aparte de ella y de sus dos hijos que eran en cierto sentido los únicos extranjeros, estaba claro que el pequeño mundo del cual se había escapado lo recuperaba. Todas las vicisitudes en el inextricable exterior, la muerte las había borrado, y era la procesión perdurable de su infancia la que lo acompañaba a la tumba. El mundo en cuyo tumulto se había sumergido con la intención de darle, inéditos, un orden y un sentido, terminó haciéndolo retroceder a esa etapa preconsciente en la que, al amparo de la historia, en el reino de la inmediatez emotiva y sensorial, las cosas eran lo que parecían ser a pesar de alguna que otra opacidad resistente que la edad adulta, más que seguro, develaría. Para el abuelo, en cambio, ocurrió lo contrario: la ingenuidad con la que había salido a los quince años de su barrio en Damasco a conquistar el mundo, le había permitido encarar, lúcido, cada uno de los acontecimientos en los que se había visto involucrado, tomando en cada ocasión las decisiones que le parecían justas y que sin duda lo eran, porque su concatenación lo había llevado cada vez más cerca del punto al que quería llegar. Había dejado a su familia —la madre y las hermanas con las que todavía en ese entonces se escribía regularmente intercambiando regalos, como el aserrín comestible llamado *yátar* que se ponía sobre un pedazo de pan y se rociaba con un chorrito de aceite de oliva, los hermanos que se habían instalado en Colombia y en México—, había dejado *la ciudad más antigua del mundo* como le gustaba decir con orgullo pueril cuando se refería a Damasco, y después había cruzado el mar y buena parte de la llanura para venir a instalarse en ese pueblito a orillas del Carcarañá, y, con lo poco que su tío le había dejado al retirarse a Rosario después de la noche de las tabas, fundó una familia y logró hacer una pequeña fortuna, nada excepcional, pero satisfactoria para él y para cada uno de los millones de pobres diablos que atravesaron el mar desde Génova, desde Galicia, desde

Marsella e incluso desde Dakar o desde Trípoli; que venían de España y de Italia, de Siria y del Líbano, pero también de Portugal, de Marruecos, de Europa Central, de Serbia o de Bielorrusia, de Irlanda o del Japón, escapándole a la opresión, a la guerra, a los pogromes, al imperio otomano, a la policía secreta, a la persecución política o religiosa, al hambre, a la pobreza, al destino. Dispersos en la llanura, donde nuevos estragos los esperaban —violencia, xenofobia, explotación, enfermedades desconocidas, una sepultura demasiado precoz en tierra extranjera— terminaban aglutinándose en ocho cuadras cuadradas otorgadas por el gobierno, que bordeaban los terrenos del ferrocarril, a las cuales llamaban un pueblo dándole el nombre del primero que se había instalado, o el nombre que él quisiese, a menudo un nombre de mujer sellando de ese modo el fin del nomadismo épico y el paso a la sedentarización agraria. El abuelo Yusef era uno entre esos millones de hombres, y no le había ido tan mal a causa quizás de alguno de esos rasgos de carácter que las revistas populares les atribuyen a los que ellas llaman triunfadores, tesón, sano egoísmo, olfato, astucia, perseverancia, etcétera, etcétera, que tratan de explicar a posteriori el insondable entrecruzamiento de azares que determinan, en el reverso negro del acontecer, la forma que asume la evidencia fugitiva, y tal vez puramente imaginaria, a la que le dicen el destino.

En todo caso, esa aventura el abuelo la había vivido en la total certidumbre de su necesidad objetiva; si había tenido dudas, se trataba de meras dudas prácticas. Y cuando parecía haber llegado a la cima de sus aspiraciones, la realidad, a menudo resistente a la obcecación del deseo, a través del conflicto con su hijo, lo sacó del mundo legible y lineal en el que había estado viviendo, y lo sumergió en las contradicciones brumosas de un género desconocido. Lo claro se volvió incomprensible, tortuoso. El valor y el sentido de los acontecimientos se le escapaban. Con la muerte de su mujer, que era más joven que él, ya había intuido que la linealidad del mundo podía entrecortarse o empastarse de tanto en tanto en grumos imprevistos; con la del hijo, era el orden natural del universo, en el que siempre había creído, lo que había sido trastocado. En los escasos años que sobrevivió a esa muerte, corroído por sus interrogantes sin respuesta, el mundo se fue desgajando poco a poco en fragmentos caóticos. Después del entierro, en tres semanas, el pelo negro, duro y lacio y el bigotito negro y cuidado a causa de los cuales los que no lo conocían pensaban que era un viejo criollo, se le pusieron enteramente blancos. Al año le descubrieron varias metástasis de un cáncer del que los médicos nunca lograron encontrar el tumor primitivo. Lo operaron en Rosario y como después de un primer

tratamiento empezó a andar mejor, las hijas lo convencieron de que tenía que ir a Damasco para volver a ver a su madre que tenía más de noventa años, pero un par de semanas antes de viajar le avisaron que ella había muerto. Hizo poner un aviso fúnebre en *La Capital*, con una foto que había recibido dos o tres años antes, lo que compensaba el entierro apresurado y un poco vergonzante de su hijo, y le encargó al curita, al que ya tampoco le cobraba cuando mandaba a la sirvienta a comprar alguna chuchería, una misa a la que vino mucha gente, los previsibles árabes de Rosario y de los pueblos cercanos, muchos de los cuales, dicho sea de paso, eran ortodoxos o maronitas, el farmacéutico judío, los chacareros italianos o españoles de la colonia, clientes, los amigos de sus hijas o la familia de Enzo, su yerno, y, desde luego, Nula, que para esa época ya se afeitaba, con su madre y su hermano. Después de la misa, la familia recibió a la gente en el patio, bajo la parra —era el mes de octubre— y una vez cumplidas las formalidades compungidas del pésame, los invitados trataban de cambiar de conversación para animar un poco al dueño de casa, pero el abuelo, al que no se le borraba de los labios una sonrisita doliente y cortés, no abría la boca. Por supuesto que anuló el viaje a Damasco, aunque todavía le quedaban las hermanas y su salud se mantuvo más o menos estacionaria durante cierto tiempo; después empezó a declinar otra vez, de un modo imperceptible para los que lo veían todos los días, pero alarmante para los que lo cruzaban de vez en cuando. Ya no iba al campo ni atendía el negocio, y si durante el día se paseaba por el patio dándoles instrucciones a los dos muchachones que se encargaban de la quinta y del jardín, las hijas lo mandaban a cambiarse después de la merienda que apenas si tocaba y, limpio y bien peinado, lo sentaban en una silla de paja en la puerta del negocio, a la tardecita.

Enfrente, más allá de la calle de tierra ancha, estaban los terrenos del ferrocarril, los galpones y el edificio de la estación. Los pueblos de la llanura se animan un poco al final de la tarde, sobre todo en los días calurosos cuando el sol, contra el que no hay, en el campo, ninguna defensa, declina hacia el oeste. El camión del regador refresca las calles y asienta el polvo, de modo que cuando pasan los autos, o los sulkys, o aun las bicicletas y los hombres de a caballo, no se está obligado a sufrir la polvareda. El abuelo, con ojos ausentes y apagados, veía pasar los trenes, los coches, la gente que a veces se paraba a saludarlo. Muy de tanto en tanto su mirada se iluminaba, débil, con un brillo fugitivo: algún viejo amigo, que creía reconocer al volante de un auto que pasaba, pero le llevaba demasiado tiempo alzar el brazo para saludarlo, de modo que cuando lograba sacudir un poco la mano a cierta altura, el auto ya estaba a dos cuadras de distancia.

Algún lindo caballo al trote lento también podía causarle placer, porque siempre le habían gustado los caballos; y a veces también miraba con placer a los chicos que, después de haber sido bañados y fregados por sus madres, sus hermanas mayores o sus tías, salían a jugar mordiendo todavía unas enormes tajadas de pan casero untadas de manteca, espolvoreadas de azúcar molida o recubiertas de dulce de leche. Pero eso era todo; al principio, se levantaba de cuando en cuando y daba unos pasos por la vereda de ladrillos desaparejos, pero en los últimos tiempos ya no se movía de la silla. Al otoño siguiente se negaba a alimentarse y como llegó a pesar apenas cincuenta y dos kilos, tuvieron que hospitalizarlo para nutrirlo con una sonda; una madrugada helada de junio dejó de respirar.

Cuando lo fue a ver en el cajón, achicado por la muerte y también por el traje y la camisa que con la enfermedad le quedaban demasiado grandes —el tío Enzo lo había afeitado y le había puesto una corbata azul con rayas oblicuas de distintos colores, cuyo nudo voluminoso se apoyaba contra la nuez de Adán a la que la flacura le otorgaba un tamaño desproporcionado—, Nula pudo observar durante unos minutos el tatuaje azul, discreto, en el dorso de la mano derecha que descansaba sobre la izquierda a la altura del abdomen. Eran tres puntos dispuestos en línea horizontal que siempre lo habían intrigado y aunque de chico le había preguntado a su abuelo qué significaban, nunca había obtenido una respuesta satisfactoria, como si se tratase de una de esas razones que, ante las respuestas evasivas de los mayores, los chicos se resignan a considerar como inadecuadas para ellos. Muchos de los árabes que venían a visitar a su abuelo tenían tatuajes semejantes, azules y discretos, en la mano, en la muñeca o en el antebrazo. Nula se había acostumbrado tanto a verlos desde la infancia, que terminó por no pensar más en ellos. Pero al volver a ver el tatuaje en el dorso de la mano, tuvo la impresión confusa de que ahí donde estaban, y cualquiera fuese la razón por las que se los había hecho grabar en su propia carne, los tres puntos azules revelaban, en la muerte, aunque enigmáticos, una auténtica necesidad. Sabía que esos tres puntos eran un signo, un mensaje, pero ignoraba a quién estaba dirigido. Y si todavía dos o tres años después, cuando pensaba en ellos, seguía creyendo que se trataba de una costumbre de otra época y de otro lugar, arcaicos y misteriosos, donde los ritos o los gustos recomendaban esas marcas en el cuerpo, por imperativos extraños o por simple mundanidad, fue mucho más tarde (ya estaba casado y había abandonado los estudios de filosofía en Rosario para ganarse la vida vendiendo vino en la ciudad), una noche, cuando comprendió lo que los tatuajes significaban. Estaban mirando por televisión una ópera de

Monteverdi, *La vuelta de Ulises a su patria*, y en la escena del reconocimiento, cuando la vieja Euristea, la nodriza, reconoce en el mendigo, por una cicatriz en el muslo, a Ulises que ha llegado de incógnito a Itaca, Nula, golpeándose la palma abierta de la mano izquierda con el dorso de la derecha, lanzó una exclamación tan inesperada que Diana, reconcentrada en la música, se sobresaltó: *¡Nostoi!*, gritó casi. Y después, bajando la voz, como disculpándose: *Hacia mucho que quería acordarme de esa palabra*. Siguieron escuchando en silencio y, cuando la ópera terminó, Nula fue a la biblioteca, y volvió con un ejemplar de la *Odisea* abierto al principio del canto XIX: *Los «nostoi» significa en griego «los regresos», y son una serie de epopeyas que cuentan la vuelta a sus hogares de los héroes griegos que habían ido a la guerra de Troya. Pero casi todas se perdieron; únicamente el retorno de Ulises se conservó y algunos fragmentos dispersos de las otras. Desde hacía varios días, estaba tratando de acordarme de la palabra, porque me parecía que tenía alguna relación con la vida de mi abuelo. Y ahora ya sé por qué. En primer lugar, porque la cicatriz le quedó a Ulises de una herida que, cuando era chico, le hizo un jabalí, un día que fue a cazar con su abuelo Autólico, como mi hermano y yo íbamos a cazar a veces con el abuelo Yusef*. Pero no se trataba de él únicamente, de sus recuerdos de infancia cuando el abuelo los llevaba al campo a tirarles a las perdices o a los patos salvajes, sino sobre todo de su abuelo, del reconocimiento de Ulises por la cicatriz en el muslo, y si pegó ese grito fue que, por fin, entendió la finalidad de los tatuajes azules, en las manos, en las muñecas y en los antebrazos, y quizás también en otras partes del cuerpo que no estaban expuestas a la vista de los demás, esos signos escritos en la carne anticipaban el *nostos*, el regreso, del que daban por descontado que estaría tan alejado del momento de la partida, que sus portadores volverían al lugar de origen tan desfigurados por las intemperies y las decepciones, por la distancia muda y por el tiempo desdeñoso, por los andrajos deshilachados de experiencia y de ser que les quedarían como única conquista, que creían prudente munirse de algún signo imborrable para ser reconocidos por quienes los habían visto partir, y seguían esperando, pacientes, su regreso, en el hogar o en el Hades.

Después de la muerte de su abuelo, las estadías de Nula en el pueblo se volvieron menos frecuentes, y más tarde, cuando empezó a estudiar medicina en Rosario, siguió yendo de vez en cuando a pasar el fin de semana. Ni siquiera necesitaba ir a la Terminal para tomar el colectivo, porque vivía en una pensión que estaba cerca de la facultad y el colectivo, antes de dirigirse hacia las afueras, tenía que dar varias vueltas debido a las

manos y contramanos de las calles adyacentes a la Terminal, y en una de esas vueltas pasaba justo por la esquina de su casa. A veces se topaba con algún amigo de la familia que lo reconocía, y otras viajaba con el mayor de sus primos, que estudiaba veterinaria —el más chico estaba todavía pupilo en lo de los curas— y con el que siempre decían que, cuando se recibiesen, iban a instalar un consultorio común para gauchos, y que uno se ocuparía del jinete mientras el otro examinaba al caballo. Pero poco a poco, sin saber por qué, fueron distanciándose, y cuando Nula abandonó los estudios de medicina para inscribirse en filosofía, dejaron definitivamente de verse.

El episodio de la pizzería había abierto en la familia una brecha que fue ensanchándose con el tiempo; de un lado quedaron la tía Laila, la India, Nula y su hermano, y del otro la tía María y el tío Enzo con sus tres hijos; los parientes más lejanos, los amigos y los conocidos se plegaban a uno de los dos campos. Nula, que no terminaba de elaborar el episodio, y aunque no estaba seguro de aprobar del todo a su padre, tal vez porque imaginaba con frecuencia que se le parecía mucho, no toleraba sin embargo que otros, aun cuando se tratase de la propia hermana de su padre, lo juzgaran.

Pero había otras razones para su alejamiento del pueblo y de su familia. Como le había tocado un número bajo en el sorteo, se salvó del servicio militar, lo que le permitía ganar un año en sus estudios, situación óptima que, quién sabe en razón de qué operaciones oscuras que tenían lugar en los pliegues recónditos de sí mismo, se obstinaba en desaprovechar. Le llevó más de dos años comprender que no era la nomenclatura de las vísceras lo que le interesaba, sino, como le gustaba proclamarlo de tanto en tanto, *la víscera en general*. En realidad, lo deprimía de antemano imaginarse más tarde atendiendo un consultorio, ocupándose de enfermos concretos cuando su pensamiento volaba siempre hacia las causas, sin que su irresolución un poco perpleja y su imaginación errática se esforzaran por encontrar alguna respuesta. En esos años empezaría a ver su vida como un taller mecánico en el cual todo, los coches, los motores, las cajas de herramientas, estaba en desorden y a medio desmontar, y aunque el devenir incesante y fugitivo no parase un solo segundo de manipularlos, cambiándolos de forma y de posición, seguirían para siempre en ese estado de inacabamiento. El mundo empezó a ser incierto y provisorio, y los hilos inextricables del acaecer, que había que desenredar en ciertas zonas oscuras, le interesaban más que el simulacro de las cosas exhibiéndose como si nada en plena luz del día. Los reproches que sus tíos y sus primos le hacían a su padre lo irritaban menos por sus pretensiones morales o políticas que por provenir de esa sumisión a las apariencias previsibles del mundo. Después

de muchos meses de vacilaciones, de discusiones en mesas de bar y de lecturas, se inscribió en Filosofía. Y después de aceptar las condiciones impuestas por la India —*Aquí viejo el que quiere pescado tiene que ir a desenterrar lombrices*—, iba y venía entre Rosario y la ciudad. Cuando se quedaba sin recursos, volvía a la casa de su madre y dos o tres veces por semana iba a reemplazar en el kiosco de la Facultad de Derecho a la empleada que, como era estudiante, se veía obligada a cerrar cuando tenía que asistir a clase o preparar algún examen. Pero Nula no volvía a la ciudad únicamente cuando andaba corto de plata; a pesar de la manera ruda y desenfadada, que parodiaba a menudo la amenaza, con que la India lo trataba, Nula se daba cuenta de que, con ella en las intermediaciones, aunque no sabía bien de qué, estaría protegido.

En uno de sus viajes, por una de esas casualidades, se cruzó con la muchacha de rojo en la calle, justo cuando salía del bar Los siete colores que, en la esquina de Mendoza y San Martín, ocupaba el que durante años había sido el local del Gran Doria. No sólo fue necesario, para que el encuentro se produjera, como decía, que debido a una combinación inédita de densidad, presión y temperatura, el punto inconcebiblemente concentrado de espacio y de materia, que vienen a ser por otra parte lo mismo, en un determinado momento se dispersara, violento, en estampida, a causa de una explosión; que en algunos lugares aparecieran grumos de estabilidad ilusoria —ya sabemos que para Nula es imposible calcular en lo absoluto la velocidad del acontecer—, como eso a lo que se le dice el sistema solar, por ejemplo, y que en una de esas bolas de materia ígnea enfriada se produjeran ciertas combinaciones químicas que permitieron la aparición de algo que por carecer de un concepto más claro llaman vida, no se sabe bien por qué, con las consecuencias incalculables que la cosa trajo aparejada; no únicamente, como decía, tuvo que producirse todo eso, más la serie difícil de cuantificar de hechos concatenados que a partir de ese momento, aunque sería también dificultoso probarlo, tuvieron lugar, sino que, además, al dirigirse a la puerta, cuando ya estaba alcanzando la salida, tuvo que advertir que en una mesa cerca de las ventanas que dan sobre Mendoza, estaba sentado un estudiante que lo llamó para preguntarle si en la librería principal, enfrente de los Tribunales, tenían cierto volumen de Derecho Público porque en el kiosco de la facultad estaba faltando, y a causa de eso Nula se demoró todavía unos treinta segundos, porque de otra manera, si el estudiante no lo hubiese llamado, Lucía todavía no habría llegado a la vereda del bar, para que él se topase con ella al salir, y él tal vez hubiese cruzado y empezado a caminar por Mendoza hacia el oeste para tomar un colectivo en la Plaza del

Soldado o, si por el contrario, hubiese decidido volver a pie a almorzar a lo de la India, tal vez habría empezado a caminar por San Martín, y como le llevaba más o menos treinta segundos de ventaja, habría andado quizás las doce o trece cuadras hasta su casa delante de ella sin advertir en ningún momento su presencia.

Gracias a todas esas coincidencias, se había topado con Lucía al salir. Era un poco más de mediodía, cuando los negocios cierran y los empleados se entrecruzan con la multitud que va y viene por la calle principal y por las transversales. Los colectivos se llenan otra vez con la gente que se vuelve a almorzar a sus casas, los estudiantes secundarios, los empleados bancarios o municipales. Después de la una ya no queda casi nadie en las calles, pero a mediodía y al atardecer la muchedumbre hormiguea, como se dice, de nuevo en el centro. El mediodía luminoso de septiembre anticipaba ya esa euforia íntima, tal vez orgánica, pero también un poco dolorosa que suscita en la especie, a lo mejor por su afinidad con todas las otras formas de vida que pululan en la biosfera, y también a causa de la conciencia de esa afinidad, la llegada de la primavera. Las fibras y los tejidos, la substancia y los órganos, sintiendo los efectos múltiples del tiempo propicio a la iteración sin motivo y, podría decirse, hasta la náusea, de las mismas formas invariables y demenciales, se tensan y se exaltan en la plenitud del presente, pero la memoria, sin necesidad de recordárselo a la conciencia, no ignora que esa plenitud es fugitiva. La muchacha vestida de rojo, alta como él y, más que seguro, unos años mayor, con la que casi choca al salir del bar, le clavó la mirada como para saludarlo, saliendo de una especie de ensimismamiento, pero sin abrir la boca se hizo a un lado y siguió de largo. Sin tomarse siquiera el tiempo de pensarlo, Nula empezó a seguirla. Iban por la sombra, que todavía cubría, a pesar de la hora y gracias a las casas de dos plantas, una buena franja de vereda, en dirección al norte, y al cabo de unos metros, cuando ella bajó a la calle —estaban en el tramo peatonal de San Martín— Nula hizo lo mismo, sintiendo de inmediato la tibieza del aire y de la luz en la cara y en la cabeza. Al principio apenas si los separaban cuatro o cinco metros, pero a Nula le pareció percibir en la espalda y en ciertos movimientos irresolutos de la cabeza, que ella intuía ya el hecho de estar siendo seguida por un desconocido, de modo que aminoró la marcha para alargar un poco la distancia, pero al seguirla más de cerca, a pesar de que el vestido rojo ceñía las formas llenas y firmes de los brazos, de la espalda, de las nalgas y de los muslos, Nula ni siquiera se fijaba en ellos, atrapado como estaba por el recuerdo de la mirada interrogativa que ella le había dirigido, fugaz, saliendo por unos segundos —para volver a caer en él de

inmediato— de su ensimismamiento. Más tarde, una especie de furor sexual, más doloroso que placentero, a decir verdad, una lubricidad de sustitución que rara vez se satisfacía, lo atraparía durante cierto tiempo, pero en ese primer encuentro y en otros que siguieron, la cuestión del sexo, aunque la reacción inmediata de sus sentidos indicaba todo lo contrario, le parecía secundaria.

A medida que se alejaban del centro, había menos gente en la calle, lo que lo incitó a dejar crecer unos metros más la distancia que los separaba, para el caso de que ella se diese vuelta, porque si lo identificaba con el que había creído reconocer en la esquina del bar, iba a darse cuenta de que Nula venía siguiéndola desde entonces. Caminaba con paso regular, ni lento ni rápido, pero que parecía fácil y decidido, y el cabello castaño, con el mismo ritmo de los golpes sonoros que daban los tacos contra las baldosas grises — Nula había podido observarlo cuando la seguía más de cerca— golpeteaba silencioso la nuca y el nacimiento de la espalda que recubría. Después de unas cuantas cuadras, al final del tramo peatonal, ella dobló la esquina, caminó una cuadra hacia el este y, cruzando la calle, volvió a doblar por 25 de Mayo, la primera paralela al este de San Martín. Ahora iban por la vereda del sol, en dirección contraria a los coches y los colectivos que rodaban de norte a sur, hacia el centro. Parecía más alta a la distancia, y Nula adivinaba, sin prestar demasiada atención, que cuando daba un rodeo rápido sobre la vereda misma, o incluso bajaba durante unos segundos a la calle para volver a subir de inmediato, era por esquivar los tramos rotos de la vereda que él conocía de memoria, las baldosas que faltaban o los huecos en el fondo de los cuales, aunque hacía casi una semana que no llovía, temblaba un charquito rectangular del que aún no había terminado de evaporarse el agua estancada. En la luz de mediodía que reverberaba en los para brisas de los colectivos, en los vidrios de las ventanas y en las molduras cromadas de los automóviles, la mancha roja del vestido vibraba a la distancia, movediza y vívida, turbando la docilidad blanda del aire.

Otra cosa en la que a Nula no se le había ocurrido pensar todavía era que el trayecto los estaba llevando directamente a su propia casa. El departamento de la India formaba parte de un conjunto que se abría a mitad de cuadra en un jardín interior sobre el que daban dos hileras de departamentos, enfrente una de la otra, que cortaban en dos la manzana sin separar del todo las dos mitades, porque a pesar de que el jardín y los departamentos llegaban hasta el fondo de la cuadra, el conjunto terminaba antes de la paralela siguiente, y no había más entrada y salida que la principal, sobre 25 de Mayo. A finales de los años cuarenta, cuando los

construyeron, los departamentos eran novedosos y caros —en la ciudad los llamaban en aquella época *el conventillo de lujo*— y si bien todavía conservaban cierta dignidad de clase media alta, el tiempo los había maltratado bastante. La mayor parte de los habitantes eran propietarios, y habían formado una asociación, de la que la India era vicepresidenta, para mantener el conjunto en buen estado y obtener ayuda de la municipalidad para restaurarlo. La entrada principal, en la que predominaban las formas curvas, los escalones de granito reconstituido y las barandas de caño cromado, evocaba al mismo tiempo los años de prosperidad y los tanteos vanguardistas de los arquitectos locales.

En la última esquina, Lucía cambió de vereda, cruzó la transversal que corta 25 de Mayo, y empezó a caminar por la cuadra donde estaba el departamento de la India. Nula hizo lo mismo, pero cuando vio que ella se paraba frente a la entrada de su propia casa y empezaba a escrutar con curiosidad el interior, se quedó a observarla desde la esquina. Había tres escalones para pasar de la vereda al jardín; Lucía los subió y se inclinó hacia el interior con curiosidad y también con una especie de lentitud dubitativa. Después, con pasos indecisos, desapareció en el interior. Nula estaba disponiéndose a seguirla, cuando volvió a aparecer. Parecía insatisfecha y también algo desorientada. Se quedó parada en el escalón superior, reflexionando, giró un poco la cabeza para escrutar otra vez el interior, miró su reloj pulsera, bajó a la vereda, dio dos pasos hacia el norte, se dio vuelta de repente, y empezó a caminar en dirección contraria, derecho hacia el punto de la esquina en el que Nula estaba parado. Nula estuvo a punto de entrar en la heladería de la esquina, de la que el dueño era amigo de su madre, pero pensó que si ella tenía la intención de interpelarlo era mejor que lo hiciese en la calle, donde en ese momento no había nadie, así que esperó sin desviar la vista, mirándola avanzar con su paso decidido, ni lento ni rápido, absorta en sus pensamientos, como si estuviese redondeando las frases que pensaba dirigirle cuando lo abordara, pero al llegar a la esquina, igual que cuando se habían cruzado a la salida del bar, ella alzó la cabeza de un modo brusco, le lanzó una mirada en la que a Nula le pareció percibir que durante una fracción de segundo creía reconocerlo, casi de inmediato, como la primera vez, volvió a su ensimismamiento y dobló por la transversal. Por prudencia, Nula se quedó parado donde estaba y, viéndola alejarse por la vereda arbolada, pudo estudiarla a sus anchas. Las manchas de sol que se colaban a través de las hojas proyectándose en la vereda se estampaban fugaces sobre el cuerpo cubierto de rojo que avanzaba atravesando los rayos. A mitad de cuadra, Lucía volvió a detenerse ante una puerta, miró con disimulo rápido

hacia el interior y después siguió caminando. Nula empezó otra vez a seguirla: en el momento en que ella doblaba la esquina, él llegó ante la puerta donde ella se había detenido y leyó la chapa de bronce clavada en la pared: *Doctor Óscar Riera Médico Clínico*. Por miedo de perderla de vista, apuró el paso y llegó casi corriendo a la esquina, pero tuvo que pararse de golpe al doblar, porque ella había vuelto a detenerse y observaba, con una atención reconcentrada que hubiese podido incluso calificarse de indiscreción ostentatoria, el interior de una casa. Nula esperó que siguiera caminando, y empezó a seguirla otra vez. El comportamiento singular de la muchacha lo preocupaba, porque más allá de lo que a primera vista tenía de inusitado, incluso de cómico o de ridículo, también lo presentía ligeramente inquietante. Hubiese querido tener la voluntad suficiente como para no seguir espíandola, pero al mismo tiempo sentía que en la media hora escasa que había transcurrido desde que empezó a seguirla, ella había entrado hondo en su propia vida. Lucía dobló la esquina siguiente y Nula volvió a apurarse. Al doblar a su vez la descubrió parada junto a una casa a mitad de cuadra, estaba inclinada ante la puerta de calle, introduciendo una llave en la cerradura. Nula avanzaba cada vez más rápido, con la esperanza de volver a cruzar con ella una última mirada, pero cuando llegó a la altura de la puerta comprobó que ella la había cerrado desapareciendo en el interior de la casa, aunque alcanzó a oír el ruido metálico de la cerradura que había hecho la llave al girar desde adentro.

Algo debía haber en su cara, porque la India, que lo esperaba para almorzar, le dirigió varias miradas intrigadas, sin embargo él, simulando no darse cuenta de nada, le dijo al pasar que creía estar engripándose. La India entonces le preparó una aspirina efervescente después del almuerzo y él fue a encerrarse un rato en su pieza hasta la hora de ir a abrir el quiosco en la facultad. Echado en la cama, encendió un cigarrillo y se quedó mirando el cielo raso: el comportamiento extraño de Lucía —todavía no sabía que se llamaba así— le exigía una explicación racional y, si, después de haberla formulado se veía en la obligación de descartarla, una especie de inquietud seguía atormentándolo; en la curiosa vuelta manzana que ella había dado, con sus paradas sorpresivas, sólo la última parecía tener una explicación racional, ya que sin duda había entrado en su propia casa, o por lo menos en una casa de la que tenía la llave; lo que más lo intrigaba era la simetría de los cuatro puntos en los que se había parado; en el cuadrado ideal de la manzana, los cuatro puntos en los que había hecho un alto eran en efecto simétricos. El punto O (oeste), el departamento de la India, era simétrico con el punto E (este), ubicado también en la mitad de cuadra de la calle

paralela a 25 de Mayo; y el punto S (sur), en mitad de la transversal, el consultorio del doctor Riera, simétrico con el punto N (norte), la casa donde por fin había entrado. Había que aceptar la evidencia: en el cuadrado de la manzana, ella había hecho un alto en la mitad exacta de cada uno de los lados. Esa simetría, en el caso de que obedeciera a una finalidad precisa, podía aceptarse como racional, pero si se ignoraba esa finalidad o si empezaba a sospecharse de que no existía, el episodio se volvía inquietante. También podía invertirse el problema y concebir que tal vez no era el comportamiento lo inquietante, sino la finalidad que lo suscitaba. Y Nula empezó a buscar la explicación más tranquilizadora posible, para la cual tanto la finalidad como el comportamiento tenían que ser racionales.

Se le ocurrió que la muchacha de rojo —¡qué ganas tenía de volver a verla!— debía de ser arquitecta o, mejor, urbanista. En el primer caso, había espiado por curiosidad las casas ante las que se había detenido, y su aire extraño le venía de sentirse un poco culpable por estar cometiendo una indiscreción y por el miedo de ser descubierta. La misma explicación podía servir para el caso de que fuese urbanista ya que, después de observar la manera bastante original en que fue construido el *conventillo de lujo* de los años cuarenta, es decir, abriendo una brecha en la manzana que iba hasta el fondo casi de la cuadra sin dividir, sin embargo, la manzana en dos con una salida a la paralela de 25 de Mayo, ella hubiese querido verificar el efecto que esa construcción curiosa había producido en la edificación de las otras tres cuerdas que, con 25 de Mayo, formaban el cuadrado ideal de la manzana. Pero a decir verdad, esas explicaciones le recordaban por momentos la distinción de Aristóteles, según la cual algunos argumentos son ciertamente justos y otros, en cambio, apenas si parecen serlo, de modo que no sabía bien en cuál de las dos categorías, desalentado, colocarlas. Aparte de los departamentos-jardín, las otras casas ante las que se había detenido eran tres banales casas de clase media de los años cincuenta y sesenta, como había tantas otras en la misma manzana y en las demás manzanas del barrio. Por otra parte, la expresión ensimismada de la muchacha y su curiosidad un poco extravagante no sugerían para nada un comportamiento racional. No; después de haber barajado con imparcialidad las hipótesis más favorables, entre las cuales estaba también la posibilidad de que ella simplemente estuviese buscando una casa determinada sin tener demasiadas informaciones que le permitiesen ubicarla, Nula, si quería seguir respetándose a sí mismo en tanto que «ente de razón», como suele llamarse en la jerga filosófica a cualquier hijo de vecino, tenía que pasar a considerar las desfavorables. La principal según Nula era, por supuesto, que Lucía,

como se dice, y para seguir en el área de la arquitectura, tenía *una baldosa floja en la azotea*. Nula pretendía utilizar la expresión con un cinismo distante y jovial, sin darse cuenta de que estaba inmovilizado en la cama por el malestar que le causaba esa posibilidad, por la convicción profunda de que si fuese cierta no cambiaría en nada la decisión que había tomado de entrar en la vida de esa muchacha, y por el repaso febril que estaba haciendo de los acontecimientos para encontrar en ellos un sentido aceptable: el encuentro en la esquina del bar, el modo maquinal en que había empezado a seguirla, la agitación de la mancha roja que se desplazaba con paso regular, ni lento ni rápido, por la vereda soleada, las cuatro etapas simétricas de Lucía en el cuadrado ideal de la manzana.

Ahora que está cruzando en sentido inverso el puente que atravesó anoche de vuelta de lo de Gutiérrez, Nula, que ha recobrado la serenidad después de una noche de sueño, se acuerda otra vez de aquel mediodía de cinco años atrás y de los meses que siguieron. La imagen de la muchacha de rojo caminando a lo lejos por la vereda soleada es nítida pero impersonal, igual que un recuerdo ajeno, pero la mañana nublada, de llovizna indecisa, que atraviesa en el presente —el reloj de la break marca las diez y veintinueve— su inmediatez empírica, le resulta más inasible y vaga que la mancha roja y diminuta, vibrando y agitándose vivaz en el centro de su mente. Desde que la vio salir de la pileta de natación y, sobre todo, desde que se la cruzó anoche en lo de Gutiérrez, donde Lucía afirmó con toda tranquilidad que no lo conocía, la mancha roja ha vuelto a ocupar sus pensamientos. La mancha pero no todavía la propia Lucía, la sensación estilizada de las ondulaciones rojas en la luz de mediodía, sin el diseño enmarañado de los meses que siguieron.

Anoche pasó por el bar de vinos, donde no encontró a ningún conocido, y después se volvió a su casa. Diana, que según Nula es capaz de distinguir una mancha de tinta sobre una pared negra en una pieza a oscuras durante una noche sin luna, al ver el estado de sus zapatos, de su pantalón, e incluso los dos círculos de barro amarillento en el pulóver blanco le preguntó, simulando más sorpresa que la que sentía, por dónde había andado, pero Nula, que no ignora las reticencias de su mujer ante el aspecto evasivo, propenso al vagabundeo, de su comportamiento, le ha dado su respuesta habitual —*Negocios*— que, aunque como siempre, sabe que no la satisface, la neutraliza durante un rato; volvería a la carga, como se dice, más tarde cuando estuvieran en la cama. Después entró el auto en el garaje y fue a jugar con los chicos, porque Diana prefiere darles de comer antes de que él llegue y mandarlos temprano a dormir. A decir verdad, nadie sabe, ni

siquiera él mismo, a qué hora puede llegar. A eso de las nueve y media, comieron, conversaron en la mesa, la juntaron entre los dos y trabajaron un rato en la biblioteca, cada uno absorto en sus propias preocupaciones; eran el término medio de una pareja de clase media, en una época determinada — finales del siglo veinte—, y aunque contaban con cierto respaldo económico de sus familias respectivas, tenían que trabajar, para ganarse la vida, en actividades diferentes de aquellas que realmente les interesaban: Diana, aunque era manca, dibujaba y pintaba con talento, diseñaba afiches para una agencia de publicidad, y es sabido que para Nula el negocio del vino no pretendía ser más que un medio destinado a financiar sus proyectos filosóficos. Mientras estaban juntos, realizaban con sencillez natural, e incluso con sinceridad, el ritual de la vida doméstica; a eso de las once se fueron a lavar los dientes y se acostaron hojeando los dos, uno contra el otro, la misma revista, y tras apagar la luz, después del interrogatorio poco sistemático y más bien paródico al que Diana lo sometió, tratando de no hacer demasiado ruido para no despertar a los chicos que dormían en la pieza de al lado, gozando de verdad aunque, a causa de su juventud, sin ser conscientes todavía de que en el plano sexual lo real de cada uno y que resiste al deseo son los fantasmas del otro, como lo hacían dos o tres veces por semana, tensos y sudorosos, fornicaron.

Al nacer, Diana había aparecido en el mundo con el cordón umbilical enredado en la muñeca, de modo que tuvieron que operarla y le faltaba la mano izquierda. Como era por cierto muy hermosa y tenían la costumbre de hablar con bastante libertad de la cosa entre ellos, a veces, cuando estaban pasando un buen momento a solas, Nula sabía murmurarle al oído: *estás a unos pocos dedos de la perfección*. A Diana le gustaba oír esa frase, pero Nula sabía que su carácter receloso se debía al muñón. La realidad, además, la autorizaba a tener ese carácter: Nula la engañaba bastante, diciéndose cada vez que lo hacía que la quería de veras, aunque era incapaz de establecer una relación directa entre el amor y la fidelidad. La compasión, que puede entrar en la conformación del amor, es extraña al sexo. El deseo no es compasivo ni cruel; tiene leyes propias, y Nula se dejaba regir por ellas; su única concesión a los demás era una vida sexual compartimentada. Tal vez para acallar posibles escrúpulos, sabía decir que es absurdo considerar como falta lo que es apenas servidumbre. Y de vez en cuando se consolaba de su deslealtad pensando que si en tanto que aprendiz *de* filósofo y vendedor de vino era posible darse el lujo de una ética, en materia de sexo los preceptos de la conciencia moral dejaban de tener conciencia. *El sexo es de la stirpe del escorpión, de la sardina o del conejo, reducido a su manía*

solipsista, repetitiva y proliferante. Es infinitamente anterior a la moral y la sobrevivirá infinitamente, le gustaba pontificar, sobre todo en las etapas preliminares de alguna nueva relación, aunque es verdad que discutía a menudo de esas cosas con su mujer que lo observaba al escucharlo, desconfiada y divertida a la vez.

El muñón de Diana lo conmovía, pero también lo excitaba. Aunque ella se había acostumbrado a tenerlo, y aunque una serie de atributos positivos, belleza, inteligencia, talento y otras cosas más compensaban la ausencia de la mano, Diana se sentía diferente, pero cuando se lo daba a entender, Nula la corregía: *No diferente: única.* En cierto sentido, ese muñón, contrastando con sus atributos, le confería una extraordinaria singularidad, y era esa singularidad la que lo había seducido. Nula, que estaba acostumbrado a las manos del otro crispadas en sus omóplatos en el momento del abrazo, sentía un estremecimiento singular cuando el borde tibio y liso del muñón se frotaba, suave, contra su espalda. Y si creía demostrarle el amor que sentía por ella cuando a veces tomaba el muñón entre sus manos y lo acariciaba y lo besaba, era tal vez por amor a sus propias sensaciones que lo hacía, o más aún por amor a la posesión de ese ser único que únicamente a él le pertenecía.

Nula deja atrás el puente y empieza a rodar por la carretera. La lluvia del día anterior, que siguió durante buena parte de la noche, no se ha secado todavía y el aire gris se junta con el horizonte. También la vegetación es gris, pero no hay nubes bajas y oscuras sino una cúpula de un gris claro y parejo de la que se desprenden chispas de agua que vienen a aplastarse contra el parabrisas, pero que son tan diminutas y espaciadas que ni siquiera consiguen empañarlo. Deja atrás la masa enorme y colorida del hipermercado, anacronismo vistoso al borde de la extensión pantanosa y vacía, y después La Guardia, antes de bifurcar por la ruta a Paraná. Cuando cruza el puente sobre el Colastiné, ve que el río, gris como todo el resto, ya no tiene en la superficie esa multitud crespada de olitas geométricas elevadas contra la corriente, que observaron con Gutiérrez la tarde anterior en el Ubajay, al norte de Rincón, de modo que deduce que el viento del sudeste ha dejado de soplar, y cuando se fija en la vegetación enana de la isla a los costados del camino de asfalto, comprueba que está inmóvil. Antes de llegar al túnel subfluvial ve enfrente, a tres o cuatro kilómetros, en la altura de las barrancas, más allá del cauce principal del Paraná, la ciudad íntima y mansa que ha adoptado, contradictoria, el nombre del río desmesurado y turbulento. En el túnel, empieza a memorizar la lista de temas que tiene que tratar con el jefe regional de Amigos del vino, Américo, y cuando emerge en

Paraná, a las once menos cinco, ya sabe que el viaje podría haberlo hecho al día siguiente, como habían decidido la semana anterior, para preparar la actividad promocional en el hipermercado, pero que le hubiese resultado imposible esperar tanto para tratar de encontrar a Lucía.

«Si yo fuese tan corpulento como él, ya me hubiese sacado la costumbre de trabajar parado», piensa Nula, igual que cada vez que entra en el local y ve a Américo escribiendo en un registro abierto sobre el pupitre en el que trabaja de pie, y del que él mismo hizo un diseño especial destinado al carpintero que debió seguir al milímetro sus instrucciones. Al oír sus pasos, Américo alza la vista para observarlo unos segundos por encima de los lentes de vidrios ovales, diminutos y sin marco, que se apoyan en la punta de la nariz, y cuando lo reconoce, vuelve a bajar la vista hacia el registro sobre el que está trabajando, no sin antes sacudir la mano izquierda en el aire dirigiéndole un saludo silencioso que no parece disminuir su concentración. Detrás del pupitre, al fondo del salón, que era un antiguo taller mecánico y después una fraccionadora de vino, acomodadas con cuidado pero en pilas de alturas diferentes y en cantidades variables según las marcas y las procedencias, haciendo pensar más en un decorado de teatro que en una disposición elegida con alguna lógica comercial precisa, reposan las cajas de vino. Y a la izquierda de la entrada, es decir, a la derecha de Américo que trabaja de cara al portal, detrás de una pared de vidrio, que acentúa un poco más el carácter de escenografía realista del conjunto, la mujer de Américo y su secretaria trabajan en la oficina propiamente dicha, entre ficheros de metal, computadoras y pilas de documentos.

En una hoja blanca colocada sobre el registro abierto, Américo escribe unas líneas apretadas llenas de tachaduras, de agregados en el margen y de palabras sueltas escritas entre las líneas, debajo o encima de las que ha tachado. Concentrado en su trabajo, emitiendo una sonrisa de disculpas, le hace señas con la mano izquierda para que espere un momento, sin desviar la vista de la hoja. Nula deposita en el suelo el portafolios, al lado del pupitre, y se resigna a esperar. Aunque todo el mundo le dice el gordo, Américo no parece serlo tanto, sobre todo porque mide un metro ochenta y su mujer es insobornable en cuanto a la manera en que debe vestirse y controlar su peso, de modo que su corpulencia no está exenta de agilidad, y tampoco parece demasiado viejo, porque su barba entrecana bien recortada es más gris que su cabello abundante y crespo, el cual le da un aire juvenil; únicamente los dedos son regordetes, pero el vello grisáceo que los recubre hasta las falanginas, enmarañándose sin zonas despejadas desde el dorso de la mano, evoca más la fuerza viril que la obesidad. Nula lo deja seguir

trabajando y entra en la oficina. Chela y la secretaria lo saludan con sorpresa.

—Te esperábamos mañana —dice Chela.

—Estoy loco de trabajo, y además quiero comprarle un regalo a mi mujer. Me hablaron de un negocio aquí en Paraná —dice Nula, secretamente asombrado de su capacidad para inventar pretextos y de proferirlos sin haber perdido ni siquiera un segundo de premeditación—. Una tal Lucía Riera, creo.

—Riera no conozco. Pero está Lucía Calcagno, Mis pilchas, la boutique más cheta de Paraná —dice Chela—. Tiene lo que le pidas de Cacharel, Yves Saint Laurent y todas las marcas internacionales.

—Debe ser ella. ¿Dónde queda esa maravilla? —dice Nula, tratando de disimular su agitación.

—En el centro, a media cuadra de la plaza. Por aquí tengo una tarjeta —dice Chela, buscando en un cajón.

—Ya entiendo por qué el pobre Américo tiene que trabajar día y noche: vos debés estar abonada. Gracias —dice Nula y, agarrando la tarjeta y metiéndosela en el bolsillo del saco, vuelve al depósito y se para cerca del pupitre, justo en el momento en que Américo deja de releer lo que ha escrito, en silencio, pero escondiéndolo con movimientos de cabeza, y corrigiendo aquí y allá algún detalle, un trazo, una coma, etcétera.

—¡Listo! —vocifera, satisfecho—. ¿Te lo leo?

—¡Cómo! Por supuesto —simula indignarse Nula—. Vine especialmente a escucharte desde una provincia limítrofe.

—Gastá saliva que estás con un gil —dice Américo, y Nula se echa a reír, pero Américo sigue serio, releyendo en silencio una vez más antes de hacerlo en voz alta, para un oyente entendido, el textito que ha estado escribiendo. De su medio siglo de vida, Américo dedicó más de la mitad al comercio del vino, como importador primero hasta los tiempos de la plata dulce, pero los caprichos del mercado de cambio terminaron por fundirlo. Gracias a una herencia de Chela, *en* el mismo local en el que están ahora, transformó el taller mecánico abandonado en una fraccionadora de vino común, embotellándola con su propia marca —Aconcagua—, de la que las malas lenguas decían que el nombre delataba el agregado líquido que Américo introducía en el vino que le llegaba de Mendoza, pero también ese negocio fracasó, porque la hiperinflación lo llevó a la quiebra. Tiempo más tarde, uno de los propietarios de Amigos del vino, con el que había trabajado en los años setenta, le ofreció la representación exclusiva para el nordeste del país. Y, con la colaboración, a nivel nacional, de publicitarios y

de cardiólogos, aprovechando la moda mundial del vino, a fuerza de coloquios, de publicidad indirecta, y de una necesaria actualización de la retórica que desde tiempos inmemoriales acompañó siempre el consumo bastante vergonzante de bebidas alcohólicas, y en particular del vino, la cosa empezó a funcionar. Hasta el límite con el Paraguay, con el sur del Brasil, en las provincias que bordean las dos orillas del río Paraná, los Amigos del vino que, demás está decir, se internaban en un terreno favorable, sin encontrar obstáculos mayores, rápido, prosperaron. Y aunque los dos fracasos anteriores lo incitan a relativizar el suceso actual, Américo, que atribuye su buen carácter al privilegio de haber tenido acceso al seno de su madre hasta los siete años, está contento del presente, pero no deja de elaborar estrategias de supervivencia para el caso de que todo, como le ha venido sucediendo en forma periódica, se eche otra vez a perder.

—Los entrerrianos somos o poetas o bandidos —dice, disponiéndose a leer su texto. E ignorando por completo la sonrisa vagamente socarrona, aunque no exenta de bonhomía de su único oyente, comienza: *El vino, factor de civilización, además de ser un néctar apreciado en todas las latitudes, contribuye a mantener a su fiel compañero, el ser humano, en buena salud. Ya ha sido muchas veces probado por científicos independientes que el vino disminuye el estrés, disuelve las grasas nocivas que circulan en la sangre poniendo en peligro el sistema cardiovascular, contiene vitaminas, sales minerales y enzimas benéficas para el organismo. Pero, sobre todo, el vino satisface el paladar, fortalece la amistad, multiplica y perfecciona los instantes conviviales.* Cuando termina, Américo empuja los lentes diminutos hasta la punta de la nariz y, por encima de los vidrios ovales, interroga a Nula con la mirada.

—No está mal, no está mal —dice Nula—. Pero habría que hablar de la *french paradox*, poner algo sobre la viña, sobre la *tieya* —exagera a propósito la pronunciación rural de la palabra— y, si es posible, terminar con un par de cuartetos más o menos potables de Omar Kayam.

—¡Buena idea! —exclama Américo, hundiendo un poco la cabeza en el cuello de la camisa, de tal manera que la barba llega incluso a ocultar el nudo de la corbata, y apuntando a Nula con el índice regordete y velludo de la mano izquierda—. Pero tiene que ser rápido, porque este material sale sin falta la semana entrante para Resistencia, Corrientes y Posadas. Imprimamos tarjetitas de colores con diferentes estrofas del excelso poeta. Turquito: uno de estos días te nombro gerente de ventas, y te encierro a trabajar en la oficina, así dejás de una vez por todas de atorrantear.

—¡Ésta! —dice Nula y, no sin antes echar una mirada rápida hacia la

oficina para asegurarse de que Chela y la secretaria no los observan, formando un círculo con el índice y el pulgar de la mano izquierda, que se tocan por las yemas, hace entrar y salir varias veces por el hueco, con energía, el índice rígido de la mano derecha.

—No *comment* —dice Américo, volviendo a elevar los lentes y disponiéndose a hablar de negocios con su vendedor. Nula abre el portafolios, saca un talonario de ventas y algunas hojas sueltas y, mientras lo oye hablar, Américo toma notas en un block borrador. De pronto, Nula se interrumpe, mira su reloj pulsera y dice:

—¿A qué hora cierra el comercio en Paraná? Tengo que comprarle un regalo a mi mujer.

Américo no contesta, pero emite un gruñido de incredulidad sin levantar la mirada del block, inmovilizado en la actitud de escribir, como si estuviese posando para un retrato: *Américo Scriptor* y cuando Nula recomienza a hablar, el retrato se pone en movimiento, tomando notas rápidas, con abreviaturas y signos que, igual que si se tratase de un idioma privado, únicamente para él serán legibles más tarde. Nula tiene una lista en la que ha enumerado esa misma mañana, mientras tomaba unos mates en la cocina, los temas que debía tratar; algunos son simples comentarios que no requieren res-puesta, aunque Américo, con su escritura privada, los hace constar en el block, pero otros exigen ciertas manipulaciones, la entrega de los cheques de seña que cobró y de las notas de venta; los temas principales son los dos clientes de la tarde, cuya cita postergó el día anterior a causa de su paseo bajo la lluvia con Gutiérrez, el consejero político del gobernador y el dentista que le recomendó su hermano Chade, y al que debe llenarle una bodega de departamento con capacidad para ciento cincuenta botellas; el nuevo pedido de Gutiérrez que irá a entregarle mañana; si está listo el cheque de las comisiones que Américo debe pagarle por las ventas del mes de marzo (Chela lo tiene preparado en la oficina); si está arreglada la venta colectiva para el viernes a la mañana en el Colegio de Abogados; también tiene que cargar para él (hay que ponérselas en su cuenta) cuatro botellas de merlot y dos de sauvignon blanco con las que piensa colaborar para el asado de Gutiérrez, porque no le parece correcto tomarles a los clientes el vino que les ha vendido; debe llevar también dos chorizos chacareros, para el consejero político del gobernador, al que prometió regalárselos para que los pruebe (es un regalo habitual con los nuevos clientes); por último, la operación promocional en el hipermercado Warden, que debe comenzar el viernes a la tarde, alcanzar el punto culminante el sábado y prolongarse toda la semana siguiente; él, Nula, estará el viernes a las cinco en punto,

esperando que la instalación esté lista con todo en orden; de vuelta a la ciudad, esta misma tarde, piensa pasar para ultimar los detalles con uno de los gerentes. Cuando terminan, van a buscar el cheque por las comisiones de marzo a la oficina. Chela lo saca de un cajón, le hace firmar un recibo y se lo entrega. Después, Nula carga las cuatro cajas de vino —dos de cabernet sauvignon y una de viognier para Gutiérrez, y una con cuatro botellas de merlot y dos de sauvignon blanco para él, más los chorizos para Gutiérrez y los dos para el consejero político— y antes de subir al coche va hasta el portal de la entrada, y grita:

—Ya tendrás noticias mías.

—Quiero rápido buenas estrofas de tu *baisano* para las tarjetitas — dice Américo.

Cuando arranca, son las doce menos diez. Como en sus venidas a Paraná casi nunca va al centro —el depósito está en un barrio alejado— entre las contramanos y las peatonales, se equivoca varias veces antes de llegar a la plaza; la boutique Mis pilchas está ubicada nomás a media cuadra como le dijo Chela, pero como no encuentra lugar para estacionar, se pone en doble fila y deja el motor en marcha. El local no es demasiado grande pero parece bastante lujoso para la ciudad, y aunque son las doce y veinte, está todavía abierto: Lucía conversa con una mujer, y cuando lo ve aparecer en la puerta se echa a reír y viene a su encuentro.

—¡Qué regio que viniste! —le dice, y le da un beso en la mejilla, apretándose fugazmente contra su cuerpo y riéndose más fuerte al separarse otra vez.

—Estoy en doble fila —es todo lo que se le ocurre decir a Nula, perplejo y excitado a la vez por la acogida inesperadamente alegre y afectuosa de Lucía, y también por las formas redondas y a la vez apretadas del cuerpo que acaba de fricarse levemente contra el suyo.

—Andá a estacionar. Yo termino con la señora y te espero —dice Lucía.

Sin reflexionar un segundo sobre el alcance y las consecuencias posibles de su comportamiento, actitud bastante curiosa en un aprendiz de filósofo —basta imaginar a Descartes, Leibniz o Kant en una situación semejante—, Nula obedece y se dirige al auto en marcha. Una turgencia agradable y dura trata de zafar de la resistencia, por encima del muslo izquierdo, del calzoncillo y del pantalón, barreras risibles impuestas por la llamada civilización a lo que, difícil de ser nombrado a pesar de sus muchos nombres, se obstina en desplegar, a toda costa, la plenitud de su fuerza a la luz del día, la fuente misma del devenir, como el propio Nula la llama, sin la

cual ni siquiera dicha civilización, presunto fin último del tiempo y de las cosas, existiría. Es cuando se pone a buscar, despacio a causa del tránsito intrincado de mediodía, un lugar libre para dejar el coche, que empiezan a golpetear, detrás de su frente, las reflexiones. Antes que nada se pregunta si el haberlo mandado a estacionar el coche no ha sido un pretexto para desaparecer, lo que lo obligaría a quedarse de guardia en las inmediaciones de la boutique hasta la apertura de la tarde y a suspender otra vez las visitas a los dos clientes que ya ha postergado el día anterior, cosa que incluso Américo, que usufructuó

de los efectos sedantes, antídoto de toda adversidad futura, del seno materno hasta los siete años, podría llegar a considerar deplorable. Apenas empezó a reflexionar, la tirantez dura por encima del muslo izquierdo dejó de presionar hacia afuera, pero Nula está tan absorto *en* sus pensamientos que ni siquiera es capaz de preguntarse si es el comienzo de la reflexión lo que la ha hecho desaparecer, o si es su desaparición lo que le ha permitido a la reflexión volver a funcionar. Enumera las complicaciones que la reaparición de Lucía podría traer aparejadas, y, cosa curiosa, le hubiese gustado sobre todo que su amistad naciente con Gutiérrez quedara al abrigo de ellas.

Pero Lucía no ha vuelto a desaparecer: está esperándolo con una sonrisa más ancha todavía que la de hace unos momentos, lo que no deja de intrigarlo, porque la Lucía que conoció varios años antes no tenía la costumbre de reírse tan ampliamente. Cuando está a unos metros de ella, su risa se vuelve sonrisa, mezclándose con una expresión convencional de contrariedad dolorosa, que acompaña con movimientos negativos y lentos de la cabeza.

—Anoche no me quedó más remedio que negarte. Me quedé tan sorprendida —dice con un tono jovial de ruego en el que no hay la menor sombra de remordimiento.

—Tres veces. Antes que cante el gallo. Para verme crucificado —dice Nula, llegando a su lado—. Sin contar con que me perdí los moncholos, los primeros del año.

—En serio. Disculpame. Hubiese tenido que dar demasiadas explicaciones —dice Lucía agarrándole la mano. Y después, cruzando con él una mirada larga y prometedora—: ¿Me perdonás?

Nula no dice nada.

—Vení, vamos a mi casa —dice Lucía.

Aunque sigue siendo gris, el día, tal vez por la hora, parece más claro e incluso un poco más brillante. El autito negro que Nula encontró

estacionado anoche ante el portón blanco de Gutiérrez está a la vuelta de la esquina, y de día y de cerca le parece más nuevo y más lujoso que la primera vez que lo vio, en medio de la noche y de la lluvia y de la agitación que su presencia le causaba. Dejan atrás el centro y se dirigen a la zona residencial, en las alturas del parque Urquiza, desde donde se divisa sin ningún esfuerzo desde cualquier ventana o balcón, desde los chalets o desde los edificios de departamentos, el Paraná en toda su anchura, lejos río arriba hacia el norte, y río abajo hacia el sur, donde se escinde muchas veces para formar el delta, y entrar por muchas bocas, a través de islas enmarañadas, formando el estuario, en la desembocadura.

—Lo hice por él —dice Lucía—. Es tan bueno.

—Tu padre —dice Nula.

Lucía no contesta. Del silencio que sigue, aunque lo hace arrepentirse de lo que acaba de decir, Nula presiente también que está cargado de una atmósfera de inminencia. Con discreción, observa a Lucía a través del retrovisor, y a partir del fragmento de cara que percibe —la mirada, que vigila la calle, no entra en su campo visual—, una parte de la mejilla derecha, los labios, el mentón, y la porción de cabello oscuro que cubre la oreja y corta en dos la mejilla, cree adivinar en ella una determinación súbita, un poco teatral, como la que podría exigir una misión solemne, o un sacrificio. Al fin llegan: de las muchas casas residenciales, rodeadas de jardines, en las parcelas más elevadas del parque, la de Lucía está entre las más grandes y más cuidadas, rodeada de un jardín, bien de frente al río, y protegida en el fondo por una arboleda.

—Es la casa de mi madre —dice Lucía, cuando bajan del auto y sorprende la mirada de Nula recorriendo la fachada blanca, los balcones, las puertas barnizadas, el techo de tejas, el sendero de lajas blancas que lleva hasta la puerta de entrada separando en dos mitades irreprochables el césped acicalado del jardín—. Me vine a vivir con ella cuando volví de Bahía Blanca. Vení, no hay nadie. Ella vuelve el viernes de Punta del Este y el nene no llega hasta las cinco.

Nula no interpreta las últimas palabras como un estímulo suplementario para aceptar su invitación, no sólo porque resultaría superfluo, sino, sobre todo, porque está ocupado interpretando la segunda frase que Lucía pronunció al bajar del auto: *cuando volví de Bahía Blanca*, que para él significa, *cuando me cansé de todo eso que vos ya sabés, y me volví para acá trayéndome a mi hijo*. A pesar de que, considerada con imparcialidad esa decisión puede parecer sensata, a Nula le resulta difícil, por no decir imposible, imaginarse a Lucía sin Riera. En su recuerdo, vienen siempre

juntos, son una forma de existir combinada, un ente único pero con dos cuerpos, una estructura complicada capaz de movimientos difíciles de predecir pero que, una vez que han sido observadas sus particularidades, podrían entrar en algún sistema, un diseño explicativo para describir su comportamiento, que se repite una y otra vez, sin por eso dejar de ser, si se es capaz de ir hasta el fondo del problema, inexplicable. Cuando están adentro, Lucía cierra con llave la puerta de calle, y Nula se acuerda de la primera vez que la vio y la siguió hasta su casa después de haber dado la vuelta manzana: lo último que supo de ella ese mediodía de primavera era que, después de entrar, había cerrado con llave la puerta de calle. Durante todo el día, tintineando insistente entre sus pensamientos, había resonado el ruidito metálico de la cerradura. Y ahora que acaba de oír un ruido similar, él está adentro con ella.

—¿Querés tomar algo? —dice Lucía.

—No —dice Nula, distraído.

Lucía lanza una risita corta y Nula, que evita mirarla, sonrío tenuemente. Acaba de asaltarle la pregunta que vuelve una y otra vez a visitarlo, menos como problema que como enigma tranquilo y sin solución, adivinanza o desaffo: ¿cuánto duran, fuera de los relojes, los acontecimientos? ¿Cuánto dura un día para una hormiga o, en lo Exterior, el ruido de una moneda que choca contra el piso? ¿Suena brevísimo y se desvanece para siempre, o sigue vibrando indefinidamente con la misma persistencia inextinguible, común a todo lo que sucede?; ¿o quizás la totalidad de lo que existe recomienza, con cada partícula de acontecer, por ínfima que sea, de la nada, y su ser se compone de perpetuos y flamantes hiatos infinitesimales cuyo número no lo podría precisar ningún método de cálculo conocido o por conocer? Y esto, que, sin conseguirlo, quiso tanto que le pasara años atrás y que está por pasarle ahora, ¿nace y muere fugaz, como un fulgor momentáneo, o, para un observador menos tosco, es capaz de durar con el mismo ritmo y la misma velocidad con que se encienden, brillan por un momento igualmente fugaz e incalculable, y después se apagan, definitivas, las estrellas?

—Vení, vamos arriba —dice Lucía, y empiezan a caminar hacia la escalera. Nula la sigue, demorándose para poseer anticipadamente con la mirada el cuerpo ya dispuesto a abandonarse a todos sus sentidos, pero ella aminora la marcha, esperando que él se ponga a la par y, cuando empiezan a subir juntos las escaleras, cada uno sabe que el otro sabe lo que está por suceder, de manera que no necesitan hablar, ni siquiera mirarse. Recién cuando entran en el dormitorio y se paran al lado de la cama, ella dice en

voz baja:

—Esto te lo debía —y empieza a desvestirse.

Por primera vez en su vida, Nula entra en ella explorando, como con una sonda sensible y vibrátil, la selva oscura de sus vísceras, atravesando el silencio laborioso de los órganos que sostienen, con su disciplina exacta y continua, a causa de algún designio inexplicable, las formas atrayentes que, durante cierto tiempo, antes de disgregarse en la negrura para cederles el paso a las nuevas que pugnan por salir, espejean, fugitivas, en la luz del día. A pesar del frenesí, de las contorsiones violentas, del placer real de la piel, de los abrazos densos y prolongados, de las caricias húmedas y de los gemidos, cuando unos minutos después de acabar están echados de espaldas en la cama, pegados uno contra el otro, Nula comprende que el don de Lucía ha llegado demasiado tarde, y que también ella está pensando algo semejante. Pero no dicen nada. Por discreción, Nula reprime la necesidad habitual de saltar de la cama, de vestirse y de desaparecer que se apodera de él cuando termina un acto sexual, y que ahora es mucho más fuerte que de costumbre, y aunque tiene ganas de orinar, se impone no moverse ni siquiera para eso. Su decepción también ha sido física, porque al penetrarla, la cavidad de Lucía no le opuso ninguna resistencia, como si hubiese entrado en un hueco demasiado grande y sin forma cuyas paredes estaban demasiado distendidas para ceñir su verga —una gruta desmesurada y vacía. Desde el día mismo en que la vio por primera vez, el cuerpo de Lucía, por la imposibilidad de poseerlo, se había vuelto una leyenda, y su decepción, que quiere ocultar a toda costa, lo entristece mucho, aunque trata de encontrarle una explicación racional, que traducida en palabras es más o menos la siguiente: *Tenemos la ilusión de ser los mismos, pero cinco años atrás nuestras sensaciones hubiesen sido diferentes, porque nuestros cuerpos, y por lo tanto nuestros sentidos, también lo eran. Tal vez la maternidad distendió sus tejidos, y tal vez yo estoy habituado a otro tipo de sensaciones que me permiten comparar con la de hoy. Pero la explicación más segura es que a pesar de la constancia aparente que damos por sentada, hasta los rincones más secretos de nuestro ser, corporales o no, han cambiado y seguirán cambiando hasta volvernos irreconocibles, sobre todo para nosotros mismos.*

—¿Vas al asado el domingo? —dice Lucía.

—Creo que sí. En todo caso, ya tengo en el auto el vino que pienso llevar —dice Nula.

—Hoy no nos vimos, ¿no? —dice Lucía.

—Por supuesto. Pero delante de los otros nos tuteamos. Me resulta

difícil tratarte de usted —dice Nula.

Lucía se ríe otra vez con esa risa breve que soltó un rato antes, cuando acababan de entrar, pero esta vez Nula percibe en ella un atisbo de resignación, casi de amargura. Se aprieta más contra ella y, pasándole el brazo por detrás de los hombros, la atrae hacia sí, para compensar tal vez su decepción, y sobre todo disimularla, con caricias sinceras aunque excesivas, porque siente un afecto genuino por ella, pero Lucía parece indiferente a su abrazo, pensando ya en otra cosa. Nula la interroga y ella le responde con sencillez, sin ninguna emoción perceptible: se vino de Bahía Blanca con su hijo dos años atrás, más o menos, pero sigue manteniendo relaciones esporádicas con Riera, que viene de vez en cuando a ver a su hijo; le resulta imposible vivir todo el tiempo al lado de él: *hay que rendirse ante la evidencia*, dice Lucía, *es un monstruo*. Y, cosa curiosa, Nula comprueba que cuando dice esto, en vez de furor, es una chispa de simpatía maliciosa lo que aparece en su mirada, que se fija dejando durante una fracción de segundo de errabundear por el cielo raso inmaculado. Nula se echa a reír: *De eso*, dice, *no me cabe la menor duda*, y Lucía también se ríe, de manera que Nula piensa que todavía está enamorada de él y que la separación, quizás de estilo complicado como eran las relaciones entre ellos, debía de tener causas, razones e incluso interpretaciones múltiples, y ahora Lucía está diciéndole que a él, a Nula, Riera lo quiere mucho, que siempre hablaba de él, de invitarlo a pasar con ellos una temporada en Bahía Blanca cuando todavía estaban juntos, pero que ella ya no podía soportarlo y era ceder o venirse. «Sí», piensa Nula, y la imagen que evoca su pensamiento sube de la memoria, dolorosa como una quemadura, «pero yo los vi ese amanecer en Rosario cuando pasé en taxi y estaban parados en la puerta de aquella casa abominable».

—Hiciste bien en no ceder —dice.

Lucía se calla y carraspea. Y se queda pensativa.

—Nunca conocí a nadie como él —dice Nula.

Lucía sacude la cabeza.

—Justo me tocó a mí —dice, pero con un matiz de orgullo contradictorio en la voz.

«Tal vez fue pensando en él que se acostó conmigo y pensó en él todo el tiempo mientras lo hacía, y tal vez —tal vez— cree no sin razón que soy demasiado simple para ella, incoloro, inodoro e insípido comparado con Riera», piensa Nula, ligeramente asombrado, y la idea no le desagradaba del todo, aunque le parece que es porque lo absuelve de no seguir queriéndola como antes. Cree comprender que lo que hasta el día de hoy había sido

leyenda se ha vuelto, de golpe, instinto o perversión. Pero ahora lo intriga un enigma más novedoso, Gutiérrez, *su padre*, y aunque la pregunta pugna por salir, su lengua, sus labios no se resuelven a proferirla, y es Lucía la que, de pronto, empieza a monologar sobre el doctor Calcagno («mi padre»), sobre Leonor («mi vieja»), y sobre Gutiérrez («Willi»), como si también ella hubiese estado pensando que eran naturales y necesarias las explicaciones. Cuando era chica, lo quería mucho al doctor Calcagno, pero a medida que fue creciendo, la incomprensible obsecuencia de su padre ante Mario Brando, que era su socio en el estudio jurídico y jefe de un movimiento literario del que también su padre formaba parte —el *precisionismo*, aclara Lucía con expresión desdeñosa—, la fueron alejando de él, y en la adolescencia terminó despreciándolo. Calcagno era profesor de Derecho Romano y era un abogado de talento, mucho más que Brando, que no hacía prácticamente nada en el estudio, dedicándose a la literatura, a la política y a la figuración social —y sin embargo, según Lucía, su padre lo obedecía en todo. El estudio daba muchísimo dinero, y eran los dos únicos socios, pero aunque cada uno tenía el cincuenta por ciento de las partes, era Calcagno el que hacía todo el trabajo. Es verdad que Brando, con su fama literaria, sus tentativas políticas y sus relaciones familiares y sociales —su padre había sido un industrial importante y él se había casado con la hija del general Ponce— les inspiraba confianza a los clientes del estudio, que se especializaba en negocios, administración de bienes, sucesiones, compra y venta de campos, etcétera. Calcagno dirigía el estudio, y además se había vuelto una especie de lugarteniente literario, que a veces hasta le pasaba los poemas a máquina a Mario Brando —a pesar de que era mayor que él y, en tanto que especialista en Derecho Romano, respetado internacionalmente. (Nula sabe que Calcagno escribió un manual que él solía vender cuando trabajaba en el quiosco de la facultad.) Pero a cualquier hora, del día o de la noche, si Brando llamaba, Calcagno dejaba lo que estaba haciendo y lo obedecía de inmediato. Una vez, según Lucía, cuando ella acababa de cumplir quince años, Calcagno había programado un viaje a Europa, pero a último momento Brando exigió que se quedara para preparar una publicación que debía salir en las semanas siguientes; ella y su madre habían tenido que viajar solas. Leonor parecía más bien satisfecha, pero ella, Lucía, había empezado a detestar a su padre a partir de ese momento. Lucía le dice a Nula que ella había ido todo el tiempo llorando en el avión y que su madre, para consolarla, le había dicho: *No tenés que odiarlo, Lucy, porque es un hombre bueno. Pero acordate de lo que te digo: que un hombre se contente con ser bueno no le basta a una mujer de verdad.*

Recién cuatro o cinco años más tarde, Lucía empezó a sospechar que Leonor engañaba bastante a su marido y, más aún, que Calcagno no podía no darse cuenta y, si era así, que entonces lo toleraba. *Yo la quiero mucho pero mi vieja es la persona más atolondrada que conozco. Tiene una edad mental de catorce años más o menos: en lo único que piensa es en pilchas, en joyas, en viajes y, creo, en hombres. La vejez la obsesiona, y gasta fortunas para mantenerse joven, en cremas, bronceados, curas y cirugía. Como ya su familia era rica y mi padre le dejó una fortuna, nunca trabajó ni tuvo ninguna responsabilidad. Cuando volví de Bahía Blanca, estaba dispuesta a trabajar, pero ella instaló el negocio para que yo no tuviese que salir a buscar empleo. Nadie me enseñó nada; ni siquiera me hicieron estudiar algo útil; daban por sentado que me iba a casar con un hombre rico para vivir toda mi vida como ella. Y terminé vendiendo ropa.*

Como le habían dicho que el aire de Paraná, a la altura de la barranca, estaba menos contaminado que el de la ciudad, aplastada en la llanura a veintinueve metros por debajo del nivel del mar, y que la contaminación arruinaba *el cutis*, Leonor vendió la casa que tenía en Guadalupe, que Calcagno había mandado construir a media cuadra de la de Brando —por sugerencia del propio Brando que, según Lucía, quería tener siempre a mano a su esclavo— y se vino a instalar en el chalet del parque Urquiza que había heredado de su familia. Así que también Lucía se vino a vivir con ella; de todas maneras, si se sumaban las semanas perdidas cuando volvía de sus viajes; de sus clínicas de rejuvenecimiento; de sus aventuras amorosas según ella (*en todo caso hasta ahora*, comenta Lucía) siempre con hombres de su edad o un poco mayores, y de buena familia como ella, aunque podía tener más de una a la vez; de sus temporadas en el *pied-à-terre* que tenía en Buzios, apenas si llegaba a vivir dos o tres meses por año en su casa de Paraná. Su propio hermano, que tenía un estudio en Buenos Aires, le administraba los bienes y hacía fructificar sin mayores dificultades su fortuna. Si no hubiesen existido los hombres casados que a último momento se abstenían de pedir el divorcio para casarse con ella, los aeropuertos cerrados por mal tiempo, la decadencia de Punta del Este, las arrugas, la vejez, la enfermedad, el dolor y la muerte, y si además su hija, a la que por cierto quería, se hubiese casado con un personaje un poco menos odioso que el doctor Oscar Riera, Leonor habría tenido la maravillosa impresión de coincidir con Leibniz —del cual, por otra parte, lo mismo que Lucía, nunca había oído hablar— en su opinión de que a la especie humana le ha tocado vivir sin la menor duda en el mejor de los mundos posibles.

Un día, de vuelta de una gira por Europa, llamó por teléfono a Lucía a

Bahía Blanca, y le dijo que quería verla porque iba a darle una buena noticia, pero que tenía que hacerlo personalmente. Lucía ya estaba casi decidida a *alejarse* (es el término que emplea) de Riera y pensó que venir a pasar unos días con su madre la iba ayudar a tomar una resolución, así que al día siguiente estaba en Paraná. Y después del almuerzo, mientras el nene dormía la siesta —habían salido a la mañana temprano de Bahía Blanca, habían cambiado de avión en Aeroparque y a mediodía ya estaban en Sauce Viejo, adonde Leonor les había mandado un remise para que los trajera a Paraná—, Leonor le dijo que su verdadero padre no era Calcagno sino otro hombre, el único que había querido de verdad en su vida, y al que había vuelto a encontrar en Europa, donde vivía desde hacía más de treinta años: se había ido de la ciudad siete meses antes del nacimiento de Lucía y nunca más había vuelto. Ella le había pedido que se fuera sin decirle que estaba embarazada, y él había hecho el sacrificio de desaparecer de la ciudad sin despedirse de nadie. Había vuelto a encontrarlo de casualidad en Europa, así que retomaron contacto: se hablaban por teléfono todas las semanas. Vivía entre Ginebra y Roma y era guionista de cine. Leonor le había dicho la verdad y el hombre quería conocer a su hija. Se llamaba Guillermo Gutiérrez *pero en aquella época todos le decían Willi*.

—¡Ella, que jamás sacrificó nada, le pidió un sacrificio! —casi grita, sarcástica, Lucía, y Nula, para coincidir de un modo visible con ella, por cortesía, sacude negativamente la cabeza y emite una sonrisita escandalizada. Lo sorprende la sencillez con que Lucía habla del asunto; pero como Calcagno, al que le había perdido el respeto, estaba muerto desde hacía muchos años, y Lucía no ignoraba la vida amorosa, diversa y complicada de su madre, no le costó mucho recibir la noticia con cierto asombro pasivo, y bastante curiosidad. En los días en los que ella misma estaba separándose de su marido, la revelación, que escuchaba también con un vago escepticismo, le prometía perspectivas novedosas a su existencia. Leonor conoció a Gutiérrez porque era un estudiante de derecho al que Calcagno le había dado un trabajito en el estudio, tal vez para derivar hacia él todas las cargas que le imponía su socio Mario Brando, al que no se atrevía a afrontar directamente. Gutiérrez tenía más o menos la misma edad que Leonor, en tanto que Calcagno le llevaba más de veinte años a su mujer. Atando cabos, Lucía se dio cuenta de que estuvieron a punto de irse juntos, pero que ella a último momento se echó atrás, así que al principio no le dieron ganas de conocerlo, porque se le ocurrió que si había aceptado irse, haciendo el sacrificio que ella le pidió, tal vez se había dejado convencer por su madre con el mismo servilismo con que Calcagno aceptaba todo lo que le

imponían ella y Brando. Pero la curiosidad fue más fuerte que la desconfianza y que el escepticismo, y aceptó conocerlo. *Por suerte. Es un hombre maravilloso. No sé si será mi verdadero padre, pero es como el padre que me hubiese gustado tener.*

Nula se sienta con energía súbita sobre la almohada, y al ver que Lucía no se mueve, estirada, distendida y desnuda a su lado, dejando vagabundear la mirada tranquila, más rememorativa que otra cosa, por el cielo raso inmaculado, asume una expresión inquisitiva y perentoria, cómica a causa de su severidad exagerada.

—¿Pero Gutiérrez es o no tu padre? —dice.

Sin perder su placidez, que Nula considera como una pasividad ligeramente chocante, Lucía, después de reflexionar un momento, enumera las posibilidades: en primer lugar, resultaría difícil afirmar que, en aquella época —*te puede parecer cruel suponerlo; por favor no lo repitas*— Willi haya sido el único amante de su madre, y aunque en la actualidad costaría mucho probarlo, aun aceptando que fuera cierto que Willi haya sido de verdad su primer amante, a Lucía le resulta inadmisibile que, sin tener relaciones sexuales con su marido, Leonor hubiese obtenido de Calcagno la aceptación de su embarazo. Entonces, admitiendo que en esa época no haya tenido relaciones más que con Willi y con Calcagno, quedaba el problema de saber quién de los dos era el padre. Según Lucía, Leonor misma no debía de estar segura —en muchos otros asuntos tenía la costumbre de confundir sus deseos con la realidad—, aunque después de la muerte de Calcagno, haya empezado otra vez a pensar en Gutiérrez, de quien Lucía cree que su madre estuvo realmente enamorada, pero con quien no se atrevió a irse porque no estaba preparada para aceptar las incertidumbres que eso suponía. Nula sabe que Lucía, en cambio, no vaciló en casarse con Riera, que acababa de recibirse de médico y no tenía un centavo, contra la opinión de Leonor, de modo que es como si ella fuese la madre de su madre, y por eso la describe como una hija de ricos casada con un hombre rico, a la que no habían educado para fugarse con un estudiante de derecho pobre, pinche en el estudio jurídico de su marido por añadidura. Retrospectivamente, empezó a elaborar una leyenda romántica, y a pesar de que a Lucía le constaba que desde muchos años atrás había tenido numerosos amantes —Nula se acuerda de que un día Riera le había dicho: *Mi suegra va a bañarse a veces en el Salado, en Santo Tomé que, aunque es una playa popular, donde ni siquiera hay arena, es apreciada porque dicen que el barro rejuvenece la piel y es bueno para las articulaciones. Pues bien: cuando el agua le llega a la cintura, la temperatura de todos los ríos de la zona (no olvides que el*

*Salado desemboca en el Paraná) aumenta inmediatamente en varios grados—, idealizó a Willi Gutiérrez decretándolo el gran amor de su vida y empezó a imaginar, lo. q_ tal vez era cierto, que era *el* padre de su hija. Era imposible saber la verdad, porque incluso Leonor misma la ignoraba, y si mentía, ni siquiera se daba cuenta de que mentía, y cuando decía que Willi era el padre, estaba convencida de que decía la verdad.*

—La verdad —dice Nula— es facilísimo saberla.

—No —dice Lucía con vehemencia—. A nadie le interesa la verdad. Mamá, sin darse cuenta, tiene terror de que no sea cierto. Y Willi y yo nos entendemos bien. Entró en mi vida justo cuando lo necesitaba. Y además, por inexplicable que parezca, la quiere mucho a mi madre, sin pedirle nada a cambio.

Nula va deslizándose despacio, pensativo, hasta quedar estirado otra vez al lado de Lucía. Los dos cuerpos desnudos, con sus regiones de piel blanca a una altura semejante, desde la mitad del vientre hasta el nacimiento de los muslos —aunque cuando Nula la vio por primera vez al salir de la pileta de natación tenía una malla enteriza de un verde fluorescente, el resto del verano ha debido tomar sol sin corpiño porque sus tetas grandes y blandas están tostadas— están inmóviles, y sus diferencias anatómicas, en lugar de hacerse más evidentes en su desnudez, parecen haberse borrado a causa de la inmovilidad, y sobre todo de la expresión pensativa en las caras, de la mirada más bien, que, análoga a una fuente luminosa, fluye desde los dos pares de ojos oscuros más abiertos que de costumbre, y se proyecta en el cielo raso blanco. De pronto, la mano de Nula, estirada a lo largo del cuerpo, tantea el antebrazo de Lucía hasta encontrar su mano y aferrarla. Lucía lo deja llevarse la mano a los labios y besar el dorso con suavidad, pero sigue con la mirada fija en lo alto. Sin soltar la mano, Nula se incorpora para inclinarse sobre el pecho de Lucía y empezar a chuparle un pezón. Lucía le acaricia la cabeza y después lo empuja con suavidad.

—No —dice—. Basta por hoy.

Nula sigue chupando como si no la hubiese oído, pero se siente aliviado y contento de que ella lo haya rechazado, aunque insiste todavía un poco antes de incorporarse. El ruido de la succión suena extraño en la pieza, con reminiscencias animales, y la acción de Nula, además de la posición de los cuerpos, que ha cambiado, restablece las diferencias que, unos segundos antes, las meras variantes anatómicas y la inmovilidad parecieron borrar.

—¿Tenés hambre? —se ríe Lucía, y Nula exagera el ruido de la succión e intensifica sus movimientos, pero se incorpora, brusco, y, recogiendo de sobre la mesa de luz su reloj pulsera y mirando la hora,

miente:

—No. Ya estoy llegando tarde —dice, y se sienta en el borde de la cama—. ¿Puedo darme una ducha?

—¿Tu mujer te huele cuando volvés? —dice Lucía parándose del otro lado de la cama.

—Duchémonos juntos —dice Nula.

—Ducharnos únicamente sí —dice Lucía.

En el autito negro, Lucía lo lleva hasta la break verde oscuro, estacionada a unas cuadras de la boutique, y parándose a unos pocos metros, deja el motor en marcha.

—Sos mi único amigo —le dice cuando Nula se dispone a abrir la puerta.

—Espero —dice Nula, simulando no comprender *el* verdadero significado de la palabra, que acaba de poner una frontera entre ellos, retirándole a sus relaciones, a pesar de la afirmación vehemente, todo tipo de exclusividad. Recién cuando baja del coche y lo ve alejarse, mientras busca las llaves del suyo en el bolsillo del saco, se da cuenta de que ese amor simulado, ese alivio demasiado súbito, esa insistencia en hacerla sentirse más querida por él de lo que sus sentimientos reales lo inducirían a demostrar, están destinados a sí mismo, que los alimenta y los exhibe. Los meses de mayor sufrimiento habían sido también los más intensos de su vida, a partir del mediodía de septiembre en el que, al salir del bar Los siete colores, luego de que un estudiante lo llamara para pedirle una información acerca de un manual de Derecho Público, además de muchas otras coincidencias que sería largo enumerar, al llegar a la vereda soleada se había topado con la muchacha vestida de rojo y, sin saber por qué, atraído por el imán de las formas fugaces que, antes de desaparecer, ondulan radiosas en el sol de la mañana, se había puesto a seguirla y había entrado en su aura durante años sin lograr poseerla, hasta que desde hace una hora más o menos, en el momento mismo en que la posesión tuvo lugar, el aura, de golpe, se ha disipado.

La temperatura subió bastante después de mediodía, aunque el cielo sigue gris, de un gris uniforme y alto, muy claro, casi blanco, y ya no llueve; más todavía, el aire caliente ha secado los rastros de humedad dejados por la lluvia del día anterior que, antes del mediodía, eran visibles en las calles y en las fachadas de algunos edificios. Todavía no siente demasiado calor, tal vez a causa de la ducha reciente —finalmente, se ducharon por separado— pero el saco azul, que sin embargo es de una tela liviana, empieza a pesarle. En el auto sí hace calor, porque la carrocería se ha recalentado, a pesar de

que los rayos del sol llegan tamizados por la bóveda de nubes inmóviles que los interceptan en la altura. Nula vacila entre sacarse el saco y prender el aire acondicionado; opta por la segunda solución por dos razones diferentes: la primera, porque cuando llegue al hipermercado, donde tiene que hablar con alguno de los gerentes después de haber comido algo en el autoservicio, tendrá que volverse a poner el saco, y la segunda, que desde luego es la más importante para él, porque el aire acondicionado protege mejor las cajas de vino y los chorizos chacareros que ha cargado en el depósito. Pero cuando se inclina para poner la llave y encender el motor, sin saber por qué, una visión lo absorbe por completo, de modo que introduce la llave en el arranque y sin hacerla girar, se apoya en el asiento, con la vista fija en el vacío, y durante muchos segundos se abandona a esa certidumbre repentina, una manera nueva de considerar un recuerdo de infancia que le vuelve a menudo entre muchos otros que su memoria conserva de las vacaciones que pasaba en lo de su abuelo, en el pueblo.

En las tardes de verano, después del paso del regador, o cuando volvía el sol al día siguiente de la lluvia, se veían aparecer bandadas de mariposas amarillas que volaban en grupitos de veinte o treinta, asentándose unos momentos en los charcos o en las zonas húmedas que quedaban en las calles de tierra y después, todas a la vez, levantaban vuelo y seguían juntas para ir a asentarse un poco más lejos. También sabía ver bandadas de pájaros que volaban juntos y cambiaban de dirección todos a la vez; y ya de grande, de vez en cuando, tarde en la noche, mirando algún programa de televisión, lo asombraban los cardúmenes de pescaditos de colores, todos idénticos, que se deslizaban en el agua efectuando los mismos movimientos, tan sincronizados y exactos que daban la impresión de ser un cuerpo único repetido muchas veces, pero dirigido por un solo cerebro, o lo que fuese, del que era difícil decir dónde se situaba, si en un individuo —pescado, pájaro o mariposa— o disperso en todo el grupo, unificándolo a través de una corriente invisible de energía común. En la experiencia directa, eran las mariposas las que había podido observar muchas veces, y si en la infancia la precisión del grupo no le llamaba la atención —lo que le interesaba era ir a cazarlas no con una red ni nada parecido, sino con una rama verde de paraíso, que cuando las alcanzaba las dejaba maltrechas, con las alas rotas, despedazadas y moribundas en la calle de tierra—, en la adolescencia empezó a intrigarlo y, cuando dejó de ir al pueblo, el recuerdo de esos grupos de mariposas que actuaban sincronizados sabiamente, sin que pudiera saberse ni cómo ni por qué, representaba para él la imagen, y la prueba quizás, de un universo planificado y armonioso que contradecía su

concepción de un devenir constante y casual en el que, gracias al entrecrocarse perpetuo de las cosas, *en el cóctel de espacio-tiempo que se sacude solo y continuo, sin la ayuda de ningún barman* como le gustaba decir, van apareciendo, con formas y colores espectaculares pero no más duraderos que las nubes del atardecer, provisorios, los acontecimientos. A la pregunta, muy parecida a una provocación, que Soldi le hizo unos meses atrás, una mañana en que estaban tomando un cortado en Los siete colores, formulada más o menos de esta manera: *¿Acaso cada acontecimiento, como éste por ejemplo, de estar revolviendo el cortado con una cucharita, casual o no, porque de todos modos es imposible conocer la diferencia, no se viene preparando desde el comienzo del mundo?* Nula le contestó que no había comienzo del mundo, y que tampoco había mundo en sentido estricto, porque como nadie lo había creado, todavía estaba haciéndose, no se encontraba ni cerca ni lejos del principio o del fin, iría cambiando de forma, eso era todo, y que la estabilidad del acontecer era únicamente un problema de escala; por ejemplo, el cortado que Soldi estaba revolviendo ya no era el mismo que le habían traído unos momentos antes, y ellos dos tampoco, como por otra parte todo lo que constituía el presente infinito.

La exactitud colectiva en el vuelo de las mariposas, tal como lo recordaba desde su infancia, que algunos atribuían a un instinto supraindividual, no coincidía mucho, a decir verdad, con sus teorías. Y ahora, en el momento mismo en que se inclinaba para meter la llave en el arranque, ha tenido, venida no sabe de dónde, tan intensa que, absteniéndose de poner el coche en marcha, se ha recostado contra el asiento inmovilizándose, esa visión que ahora está tratando de formular con palabras, lo que daría como resultado más o menos lo siguiente: *es el observador el que, debido a un punto de vista deficiente, forja la superstición de una identidad total en el comportamiento de las mariposas. En realidad, cada bandada progresa con dificultad y los movimientos nos parecen armoniosos porque no alcanzamos a ver los detalles en cada uno de los individuos que componen el grupo. Es tan poco serio creer que los movimientos están sincronizados al milímetro como afirmar que todos los chinos son iguales. Los sentidos no son lo bastante sutiles como para distinguir las diferencias. Y un vuelo de mariposas, si lo observásemos a la escala adecuada, se presentaría como una tentativa torpe de armonización, desordenada y dramática. Veríamos que lo que de lejos parece sincrónico es una serie de movimientos individuales más o menos lentos o rápidos, más o menos ágiles o torpes, más o menos exactos o erróneos en cuanto a sus objetivos, veríamos que, por ejemplo, la posición en el aire o en la tierra*

húmeda, respecto de la orilla del charco o de la dirección que van a llevar cuando levanten vuelo otra vez, no es la misma; sin contar los esfuerzos desiguales de cada mariposa, los accidentes en vuelo o en tierra —el choque con algún insecto o algún pájaro, para no hablar de un auto que las dispersa o las aplasta, o un aterrizaje mal calculado, en el agua o en una parcela de barro demasiado chirle del que, con las patitas o las alas embarradas o rotas, algunas ya no logran despegar y quedan agonizando en algún charco. Si pudiésemos seguir el vuelo de una bandada a lo largo de las cuatro cuadras principales del pueblo que bordean los terrenos del ferrocarril, sería interesante averiguar cuántas salieron y cuántas llegan al final de la calle, seguro que lo que consideramos como una danza armoniosa, ejemplo accesible a todo el mundo de lo que algunos imbéciles llaman las maravillas de la naturaleza, no es más que una sucesión, a escala diminuta, de cataclismos y de caíástro fes. Como para despertarse de un sueño, sacude la cabeza y, metiendo la mano en el bolsillo interior del saco, saca una birome y una libreta angosta de hule negro, en la que toma de vez en cuando algunas notas, pero que le sirve sobre todo para fijar sus apreciaciones sobre el vino, las cepas, las marcas, los milésimos, y las características principales de cada uno. Después de pensar un momento, escribe: *El caos percibido como armonía por deficiencia sensorial. Vuelo de mariposas.* Guarda otra vez la libreta y la birome y, tras poner en marcha el motor, mientras está tratando de salir de entre los dos coches estacionados que le dejan poco margen a sus maniobras, piensa, satisfecho: «Un orgasmo —¡gracias, Lucía querida!—, aunque el acto haya sido decepcionante —¡perdón, Lucía querida!— siempre refresca los pensamientos», olvidándose de que anoche, después de haber hecho satisfactoriamente el amor con su mujer, se durmió de inmediato, sin pensar en nada, de un tirón hasta la mañana.

En un recodo despejado del parque, en lo alto de la barranca, estaciona unos minutos con el motor en marcha y se queda mirando el río. Una isla alargada, en el mismo sentido de la corriente que la fue formando, divide en dos brazos casi iguales el gran cauce de un par de kilómetros de anchura. Como refleja el cielo, está de un gris lechoso, y gracias al sol que no se muestra pero cuyos rayos sin embargo atraviesan las nubes inmóviles, parece recubierto por un barniz brillante. Corriendo hacia el sur, para quien conoce su régimen violento, sus remansos traicioneros, sus crecidas, sus retrocesos brutales en la desembocadura, sus fondos imprevisibles, sus sequías, su fauna agresiva, a pesar de la lisura engañosa, esa tranquilidad pasajera es más indiferente que apacible. Nacido de convulsiones arcaicas,

prehumanas, tiene no obstante mucho en común con los hombres, que creen haberlo domesticado porque, igual que una bestia dormida, los tolera en su lomo hasta que un buen día, encabritándose de improviso, los traga de golpe para vomitar sus hilachas irreconocibles una semana más tarde y a menudo nunca. El año pasado, Nula tuvo la ocasión de contemplarlo desde Diamante, a unos cincuenta kilómetros al sur de Paraná. Era una mañana luminosa de octubre, a eso de las once —esa hora en las mañanas soleadas en la que, como había podido comprobarlo de chico cuando una gripe lo obligaba a quedarse en la cama, el silencio de los lugares vacíos se acrecienta hasta la extrañeza—. Aunque Diamante no era su zona comercial, como el vendedor que la tenía a su cargo estaba en Corrientes, Américo le había pedido a él que fuera a ver a un cliente que quería hacer un pedido importante, y tenía que ser atendido de inmediato. Había salido de la ciudad cerca de las ocho, y luego de cruzar a Entre Ríos por el puente sobre el Colastiné y después por el túnel subfluvial, sin atravesar Paraná, saliendo directamente a la carretera por las avenidas exteriores, había llegado a Diamante antes de las diez; a las once menos cuarto la venta había sido concluida. Al salir de lo del cliente la mañana le había parecido tan hermosa que, antes de volverse para la ciudad, le habían entrado esas ganas porque sí que tienen las criaturas de la especie de *ir a echarle un vistazo al río*. Y siguiendo unos cartelitos toscos que indicaban la dirección de la costa, dejó el centro y se internó por un camino de tierra que, después de pasar unos ranchos dispersos, llegaba a una especie de promontorio, en lo alto de la barranca. Se bajó del auto y fue hasta el borde; había un pastito ralo en el suelo, a su alrededor, y aunque la barranca no era muy alta, como el promontorio daba a su vez a una especie de saliente, los arbustos y los árboles enanos que crecían en la costa, algunos casi horizontales ya que hundían sus raíces en la ladera vertical o en el plano inclinado de la barranca, un poco atrás del promontorio, dejaban una vista despejada hacia el norte, río arriba, donde el agua caudalosa parecía fluir del horizonte mismo. La orilla opuesta, por el lado de Coronda más o menos, era invisible desde luego, aunque por ser las tierras bajas de la llanura que terminan bruscas en el río, habría podido divisarse desde esa altura relativa si hubiese estado a una distancia menor. Nula sabía que la orilla estaba a varios kilómetros en esa dirección, hacia el oeste, pero desde el lugar donde se había parado su presencia era únicamente imaginaria. Desde el norte, el río venía bajando con su anchura desmesurada fraccionada aquí y allá por islas verdes de aluvi6n, por bancos de arena, por frentes de camalotes que derivaban desde el tr6pico, o tal vez desde el Paraguay o desde el Brasil

para ir a encallar entre las islas del delta. Por haber surcado tierras coloradas, el agua era roja, aunque en algunos trechos de la superficie, mezclándose con el azul claro del cielo, se ponía de un rosa azulado. La opacidad rojiza de la superficie era rugosa a lo lejos, debido probablemente a la corriente que sacudía el agua y hacía oscilar las masas pesadas de la superficie, lo que podía formar un reborde espumoso de tanto en tanto. Pero lo que llamaba la atención eran las impresiones contradictorias que suscitaba: se sabía que avanzaba, pero parecía inmóvil; aunque la mañana era luminosa, la superficie roja no reverberaba, y aunque bajaba hacia el sur en silencio, a causa quizás de ese vaivén pesado y rugoso de la superficie, el oído creía percibir un estruendo lejano.

Nula busca el celular en el bolsillo lateral del saco, al mismo tiempo que hace avanzar el auto bajando por el parque en dirección al túnel, pero cuando empieza a rodar más rápido en la bajada, decide que llamará a Diana después de salir del túnel, así que deja el teléfono sobre el asiento. Tiene ganas de fumar, aunque desde que empezó a vender vino, fuma más bien poco para no falsear demasiado el gusto y el olfato, como le recomendaron durante los cursos obligatorios de degustación, pero se abstiene de encender un cigarrillo a causa del aire acondicionado. Diez minutos más tarde está atravesando el túnel detrás de un colectivo interurbano y al salir del otro lado, lo pasa después del peaje y lo deja atrás. En la carretera de la isla no ve un solo coche, pero cuando está llegando al puente sobre el río Colastiné cruza un camión y dos coches que siguen al camión en dirección al túnel. Mientras está cruzando el puente —el río está liso, del mismo color gris blanquecino que el Paraná, del que por otra parte provienen sus aguas—, llama a su casa, pero la voz de Diana lo recibe en el contestador. *Soy yo. Cómo les va. Estoy llegando al híper. Les mando un beso. Hasta más tarde*, dice Nula y desconecta el celular, aliviado por no tener que hablar con Diana, ya que lo pone incómodo mentirle cuando su aventura es demasiado reciente, lo que ciertas noches lo obliga a errabundear un buen rato en auto o a demorarse en algún bar antes de volver a su casa, para asegurarse de que Diana ya estará durmiendo cuando llegue. En el cruce de La Guardia toma la dirección de la ciudad, y llegando al hipermercado, antes de entrar en el estacionamiento, donde hay algunos coches más que a la mañana, alcanza a ver la costanera vieja agolpada sobre la orilla opuesta de la laguna, con sus chalecitos paquetes cuyos techos de tejas emergen fragmentarios *de* entre la fronda de los árboles. Se baja del coche, sin saber si atribuirlo a la hora o a la diferencia climática entre las dos ciudades, una en la altura, la otra en el llano, o al contraste con el aire acondicionado, nota que la tarde está más

calurosa, pero al entrar al hipermercado, *el* aire acondicionado le devuelve la sensación de frescura.

Aunque casi nunca compra nada, salvo los días que van a aprovisionarse especialmente con Diana (pero es ella la que en realidad hace las compras), le gusta pasearse por los supermercados, quizás porque una vez se le ocurrió que representaban una versión monstruosa del negocio de ramos generales de su abuelo. El principio era el mismo, como la propulsión a vapor que en pequeña escala hace sacudirse la tapa de una pava cuando el agua hierve y en gran escala pone en movimiento una locomotora. De chico creía que eran la abundancia y la variedad lo que lo atraía en el negocio de su abuelo, pero de grande, paseándose por los supermercados, comprendió que *el* efecto venía más bien de la repetición. Las pilas de paquetes de cigarrillos de una misma marca, o las hileras de botellas de vermut o de ginebra, cada bebida con el mismo color de vidrio, con la misma forma y con una etiqueta idéntica ocupando un estante entero, o las pirámides de conserva en el centro del negocio, que sus tías o su abuelo habían erigido con paciencia y habilidad, durante la noche, después de la cena, producían un efecto visual que él confundía con la abundancia, sin darse cuenta de que en los frascos, los caramelos de naranja envueltos en celofán transparente y que tenían la forma y el color aproximativos de una rodajita de naranja, era el carácter acumulativo lo atrayente, realzado todavía más por el hecho de que se amontonasen sueltos y en desorden en el interior del frasco de vidrio, lo que constituía de por sí, aunque todavía era demasiado chico para darse cuenta, un efecto decorativo y a la vez filosófico, porque la repetición, incluso en los objetos fabricados, es el hecho más familiar y al mismo tiempo el más enigmático: *La abundancia puede ser opresiva o euforizante, pero la repetición es siempre estética y el efecto que produce es misterioso*, pensaba de vez en cuando. En el hipermercado, hasta el fondo musical que muchas personas sensatas, no sin razón, abominan, a él le parece necesario, porque subraya el cambio de medio ambiente que se produce cuando se pasa del exterior desarticulado y contingente al interior organizado según un orden racional, un cambio tan contrastado como el que percibimos cuando, al zambullirnos en el río, dejamos de oír los ruidos terrestres para avanzar, semiciegos, en el silencio subacuático. Nula piensa que en el interior del hipermercado la luz excesiva es una prótesis de nuestros órganos visuales — toda luz artificial lo es, por otra parte— y que hasta la construcción del local obedece al mismo principio que combina abundancia, variedad y repetición, porque el complejo salido como por generación espontánea del magma pantanoso contiene no uno, sino ocho cines. También en el autoservicio, la

repetición se verifica; acomodados con cuidado, los platitos redondos que contienen ensalada mixta, lengua a la vinagreta, jamón con palmitos, mayonesa de ave, se presentan en series dispuestas de a tres, y el aro blanco del plato enmarca en cada caso una decoración aproximativa en la que los elementos que lo integran están acomodados de la misma manera. Nula elige una mayonesa, una ensalada mixta, y ante los platos calientes pide una milanesa a caballo con papas fritas, y sirviéndose un pancito, un agua mineral con gas y unos sobrecitos de mostaza, sal y pimienta al lado de la caja, paga y va a sentarse en una mesa cerca de la ventana que da al riacho, en cuyas inmediaciones pantanosas fue construido el hipermercado Warden, al que todos llaman el *súpercenter*, tan en contraste con el paisaje pobre y vacío que lo rodea, que parece una ilusión mágica, un espejismo colorido en un desierto grisáceo y desolado.

Lo que no había ocurrido cinco años atrás, un rato antes, porque pretendía estar pagándole una deuda, de repente, todavía incomprensible para él, y tan diferente de lo que siempre había imaginado, inesperado, sucedió. Si había adelantado su ida a Paraná para volver a verla cuanto antes, era más bien por curiosidad, a raíz de lo que había pasado la noche anterior en lo de Gutiérrez, y ni siquiera estaba seguro de que, si la encontraba, Lucía aceptaría hablar con él. La casualidad de haberla encontrado allí tuvo consecuencias imprevisibles, al igual que cinco años atrás, a pesar de todas las tentativas que hizo, después de la primera vez que la vio, de volver a verla, fue por casualidad que se encontró con ella una tarde, en la esquina de su casa, no la de la heladería sino la siguiente, donde la calle de su casa se cruza con la calle de la casa donde ella había entrado (la casa de ella en realidad), cerrando desde dentro la puerta con llave: Nula, desde la vereda, había oído el ruidito metálico de la cerradura. Como estaba todavía obnubilado por el vestido rojo, vibrando intenso al sol de mediodía, era incapaz de imaginársela vestida de otra manera, así que buscaba siempre por el barrio o, si estaba en el centro, entre la muchedumbre, la mancha roja vivaz hendiendo, con la masa enérgica de órganos, piel y músculos que ceñía, como una cápsula vegetal una habita carnosa y aterciopelada, el aire benévolo de septiembre. Desde el primer encuentro, había pasado veinte veces frente a la casa, y había dado una cantidad irrazonable de vueltas a la manzana, apostándose durante horas en las cuatro esquinas, para ver si de nuevo aparecía la muchacha vestida de rojo de la que aún no sabía que se llamaba Lucía, no únicamente desde la que pensaba con razón que debía de ser su casa, sino desde cualquiera de los cuatro puntos simétricos que la había visto escrutar, incluso el departamento de la India, ubicados en las

cuatro cuadras que formaban la manzana. Cualquier vestido rojo, percibido a lo lejos, lo sobresaltaba y lo inducía a aproximarse con la esperanza de volver a verla, pero nunca se trataba de ella. Así que un atardecer en que, volviendo a su casa después de haber atendido desde la mañana el quiosco de la facultad, volvió a cruzarla, venía tan absorto pensando en ella, que al principio no la reconoció, porque estaba vestida de blanco. Tenía un trajecito de lino immaculado y rígido, recién planchado, y el pelo recogido, bien estirado en las sienes y en la nuca y formando un borbotón en la coronilla de la cabeza, por encima de la cinta oscura que lo retenía. Parecía fresca, plácida, recién bañada. Observándola desde la vereda de enfrente, la vio atravesar la calle en diagonal y entrar en la confitería, cruzar el interior del local y sentarse a una de las mesas que daban a la ventana, en la esquina. Igual que la primera vez, cuando empezó a seguirla sin saber por qué, sin pensarlo ni siquiera una fracción de segundo, cruzó a su vez la calle en diagonal desviándose de la línea recta que lo llevaba a su casa, y entró también él en el bar. Había algunas mesas vacías pero, sin deliberar consigo mismo y sin ninguna vacilación, dio algunos pasos y se paró frente a ella. Ella lo consideró un momento, sin sorpresa ni curiosidad, igual que una actriz que, durante la primera lectura de una obra, espera que el actor que tiene al lado termine de leer las frases de su personaje para proferir su propia réplica.

—¿Puedo tomar asiento? —dijo Nula, empleando por primera vez en su vida una expresión que había leído muchas veces en ciertas novelas, y había escuchado a menudo cuando iba a rendir examen a la facultad o lo hacían esperar en alguna oficina pública.

Ella no contestó en seguida, limitándose a mirarlo, pero Nula comprendió que estaba reflexionando, porque la mirada que le dirigía se veló durante unos segundos, desconectada del mundo exterior, mientras la conciencia, inaccesible para él, oculta y fluctuante, buscaba tal vez detrás de la frente, en la que las arrugas pasajeras denotaban el esfuerzo, la respuesta que estaba a punto de dar y las razones que la habían convencido de darla. Antes de hablar y después de que su mirada volviera a conectarse con lo exterior, se tomó el tiempo de estudiar su reloj pulsera, plateado y diminuto, hasta que irguió otra vez la cabeza, con un movimiento quizás demasiado brusco, porque el borbotón de pelo oscuro y crespo reunido en la coronilla de la cabeza se agitó un poco.

—Sí, por qué no. Siéntese por favor —dijo con una suavidad que parecía calculada y una entonación mundana que contrastaba con su aire serio, vagamente preocupado. En el momento mismo en que se sentaba,

Nula vio a la India doblar la esquina en dirección a su casa, y aunque levantó la cabeza sacudiéndola varias veces para atraer su atención, ella pareció no reconocerlo, pero esa misma noche, cuando lo vio entrar, lo recibió diciéndole: *Madre ya tenías, pero a vos te mimamos demasiado y siempre querés dos por el precio de una* y él, ofuscado, estuvo a punto de responderle: *En esta casa el objeto de culto no soy yo*, pero se sintió miserable al pensarlo y se calló la boca.

—Era mi madre —le explicó a Lucía.

—Qué joven que es, y qué linda mujer —dijo Lucía, siempre con aire de estar pensando en otra cosa.

—Me presento —dijo Nula—. Nicolás Anoch, pero mis amigos me dicen Nula, que quiere decir Nicolás en árabe. Estudio filosofía en Rosario.

—Mi marido también estudió en Rosario, pero medicina. Yo me llamo Lucía —dijo Lucía.

—Abandoné la medicina por la filosofía —dijo Nula—. Me cansé de abrir y cerrar cadáveres. Por dentro son todos iguales.

—Mi marido es el doctor Riera. Tiene el consultorio acá a la vuelta —dijo Lucía.

—Sí, sí —dijo Nula—. Creo haber visto la chapa. Enfrente de la sala municipal.

—Justo enfrente, sí —dijo Lucía, pensativa. Y después, estudiándolo sin discreción—: A usted le veo cara conocida. ¿Es del barrio?

—Sí —dijo Nula—. Siempre viví aquí, a media cuadra, en el conventillo de lujo. ¿Usted es urbanista?

—¿Urbanista? —dijo Lucía, con una risita seca—. Qué voy a ser urbanista. No soy nada.

Desconcertado a causa de esa interpolación sarcástica, Nula vaciló unos segundos, hasta que se le ocurrió decir:

—¿Por qué no nos tuteamos?

—Cierto —dijo Lucía, y volvió a mirar la hora.

—¿Esperas a alguien? —dijo Nula.

Ella estaba por decir algo, pero la llegada del mozo la interrumpió. Cuando el mozo se retiró, siguieron conversando. Nula se sentía demasiado impresionado por estar en la mesa de ella tutéandola, de modo que, conformándose con lo que había obtenido hasta ese momento, mil veces más gratificante que lo que se hubiese atrevido a esperar apenas quince minutos antes, se sentía feliz en el intercambio de banalidades a las que ni siquiera se le ocurría considerar como banalidades, porque a decir verdad lo satisfacían por completo. Aunque no había contestado a su pregunta a causa

de la llegada del mozo, era evidente que parecía esperar algo o alguien, porque entraba y salía de la conversación, mirando la hora de tanto en tanto, sin perder para nada su expresión grave aun cuando decía las cosas más joviales. Hablaban del barrio, del buen tiempo, de la ciudad, y si de tanto en tanto Nula introducía, menos por táctica de seducción que por amor pueril a sí mismo, algunos detalles personales, ella parecía no oírlos o, en todo caso, no parecía dispuesta a decirle más cosas de sí misma que las dos o tres que le había dicho al principio y tenían más que ver con su marido que con ella. Cada vez con más frecuencia, Lucía miraba la calle escrutando a la gente que pasaba como si esperase encontrar a algún conocido, distrayéndose durante unos segundos y volviendo después a la conversación. Cuando se reía, era siempre con una risa brusca, corta, no muy alegre, y dos o tres veces, Nula, perplejo, se dijo que, a decir verdad, por más que reflexionara, no podía encontrar, en ese momento de la conversación por lo menos, ningún motivo de risa. Las dudas de la semana anterior volvieron a preocuparlo, pero ella parecía cómoda y serena y, en su expresión reconcentrada y atrayente, no había el menor rastro de desorden mental. Era acogedora y amable, y aunque no parecía dispuesta a concederle ningún favor especial, lo trataba con simpatía y familiaridad, tal vez porque no lo tomaba demasiado en serio, pero Nula, envalentonándose ligeramente, quizás para no desfallecer, se dijo que no sería la primera vez que lograra acostarse con alguien que al principio no había parecido tomarlo demasiado en serio. Aunque esa bravuconada no bastaba para convencerlo: ya sabía que importaba poco el curso que iban a tomar los acontecimientos, que él no podía decidir nada porque, hiciera lo que hiciese Lucía, ya había entrado en su aura y estaba atrapado en ella.

Al rato empezó a anochecer. Lucía le propuso que caminaran unos pasos juntos y Nula la siguió. Cruzaron a la vereda de enfrente, apurándose a causa de los faros encendidos que se acercaban rápidos desde la otra cuadra, pero en vez de seguir hasta su casa, Lucía, diciéndole que le quedaba todavía un poco de tiempo, le sugirió que dieran la vuelta manzana. Cuando llegaron a la entrada de la casa de Nula, Lucía subió de golpe los escalones y empezó a mirar con curiosidad las dos filas de departamentos y el jardín central donde ya los globos blancos del alumbrado estaban encendidos. Olvidándose de Nula, estudió unos momentos el interior y después, para disimular su interés excesivo, bajó de los escalones a la vereda y le preguntó:

—¿Así que ésta es tu casa?

—Sí. El tercer departamento a la derecha —dijo Nula señalando más o

menos en esa dirección con un movimiento vago de la cabeza, y pensando: «Empieza de nuevo la vuelta del otro día, pero esta vez sean cuales fuesen las razones que la incitan a darla yo estoy dándola con ella y creo que por mucho tiempo todavía». Y doblaron en la esquina de la heladería: el heladero amigo de la India (se había instalado después que Nula se mudó a Rosario para estudiar medicina), que estaba llenando un cucurucho, levantó la cabeza sorprendido al verlo pasar acompañado, pero Nula, que lo observaba con disimulo, hizo como si no lo hubiese visto para no tener que saludarlo. Se internaron en la vereda de la transversal, que los árboles cubrían de una sombra oscura, y anduvieron en silencio hasta el consultorio del doctor Riera, ante el que ella volvió a pararse para observar el interior completamente a oscuras, y después siguieron caminando, doblaron la esquina tomando hacia el norte la paralela a 25 de Mayo, hasta que Lucía se detuvo en mitad de la cuadra, ante la misma casa de la semana anterior, asumiendo una idéntica indiscreción ostensible mientras miraba hacia el interior por la puerta entreabierta, pero aunque las luces estaban encendidas y en apariencia había gente adentro, después de unos segundos Lucía empezó a caminar más rápido que lo que habían venido haciéndolo hasta ahí, con una expresión severa en la cara. Si hasta ese momento Nula había empezado a desear que ella se ausentara con menos frecuencia de la conversación, sabía que ahora Lucía, olvidándose por completo de él, lo había arrumbado en una especie de inexistencia. El aura cálida en cuyo interior hubiese querido instalarse indefinidamente, lo aspiraba y lo expelía, imprevisible, a cada rato, y resultaba imposible saber si era por capricho o por cálculo. Por fin doblaron la última esquina y llegaron a la casa de ella. Lucía abrió la puerta. La casa estaba a oscuras, y era evidente que no había nadie, así que Nula pensó que lo invitaría a entrar. Pero fue lo contrario lo que se produjo.

—Bueno —dijo Lucía—. Gracias por el té y por la charla. Me gustó mucho encontrarte. Ahora conocés la casa, así que podés venir a visitarme cuando quieras. No necesitás avisar.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Nula estaba emocionado y empezó a balbucear algo, pero ella se dio vuelta, encendió la luz de la entrada y cerró la puerta. Pasaron unos segundos y se oyó otra vez el ruidito metálico de la cerradura, que desde hacía una semana venía repitiéndose, y seguiría haciéndolo por muchos años, familiar, en su memoria, trasladado de su futilidad de puro acaecer al cielo metonímico donde los hechos disecados y transpuestos en un ordenamiento nuevo, restituyen y refieren, dando alternativamente angustia o consuelo, la experiencia imperfecta y fugitiva.

Dio unos pasos en la vereda en dirección a la esquina, para doblar por 25 de Mayo y volver a su casa, pero se paró de golpe, estuvo inmóvil durante unos segundos, y después volvió y empezó a caminar en dirección contraria; pasó frente a la casa de Lucía y, sin detenerse, comprobó que la luz del zaguán seguía todavía encendida; llegó a la esquina y dobló a la derecha, y cuando estuvo ante la casa de la media cuadra con la que Lucía parecía tener algunos problemas, estudió un momento la puerta que ahora estaba cerrada pero que dejaba filtrar la luz del interior, igual que las persianas bajas de una ventana lateral, en la que unas líneas paralelas de luz se colaban entre los listones. Por fin se decidió u tocó el timbre: no es que hubiese estado vacilando, sino que se había quedado ahí parado porque sí, sin saber muy bien qué hacer y de golpe, sin ninguna premeditación, y sin saber qué haría cuando abriesen, tocó el timbre; casi inmediatamente, como si hubiese estado esperando detrás de la puerta que llamaran, un chico de cinco años o seis años la abrió y se quedó mirándolo.

—Me parece que me equivoqué —dijo Nula—. ¿Aquí vive familia Anoch?

El chico lo miró y, sin responder nada, volvió a cerrar la puerta, tal vez porque le habían enseñado que no debía dirigirle la palabra a un desconocido o, sorprendido en algún juego solitario, sin distinguir la realidad y el juego al que estaba jugando, porque, actuando, de un modo en cierto sentido delirante, la brusquedad de su gesto era la del personaje que se había asignado en el juego y no su modo habitual de comportarse fuera de él; o rigiéndose, por el contrario, con una lógica expeditiva de cuyos razonamientos eliminaba las etapas intermedias, porque concluía que, como en la casa no vivía esa familia, no había más motivos para mantener la puerta abierta. Barajando esas posibles explicaciones y riéndose, Nula siguió su itinerario. Pensó que estaba realizando en forma deliberada actos que no tenían para él ninguna significación, y se acordó de una vez que había escuchado en la facultad una conferencia y que el conferenciante había dicho que, después de la muerte de los dioses, abandonados en el magma de la materia, cuya razón de ser es inaccesible al conocimiento, los hombres estaban empezando a comprender que sus actos carecían de significación, pero que cada uno podía, si quería, creando un orden propio, darles sentido. También se dijo que, si él los reproducía, los fines enigmáticos de los actos de Lucía terminarían por revelar su racionalidad. Pero no supo más sobre ellos cuando se detuvo ante el consultorio del Doctor Óscar Riera Médico Clínico, como alcanzó a leer en la chapa gracias a un rayo de luz que venía del alumbrado público y que se colaba por entre

el follaje de los árboles. Igual que un rato antes, el consultorio estaba a oscuras y en silencio, así que después de tratar de espiar el interior sin ver gran cosa, siguió caminando, dobló en la esquina de la heladería absteniéndose de mirar hacia el interior, y llegó ante la entrada de la casa. Subió los escalones que llevaban a la entrada y ya iba a encaminarse al departamento, cuando, de repente, miró por primera vez con extrañeza el lugar en el que había empezado su vida, el jardín donde jugaba de chicho, las dos hileras de departamentos separados por los hibiscos y los rosales, las canchales de césped y los arbustos florecidos que perfumaban el anochecer. La mirada intrigada de Lucía había sustituido la suya, y la extrañeza que parecía haberse instalado en él ya para siempre, expresaba su sentido, que traducido a palabras era más o menos el siguiente: *Lo extraño del mundo no son sus confines impensables y distorsionados, sino lo inmediato, lo familiar. Basta una mirada ajena, que a veces puede provenir de nosotros mismos, por fugaz que sea, para revelárnoslo.*

Esa noche, en la cama, elaboró varios planes con la intención de ponerlos en la práctica al día siguiente, pero como ninguno resultaba satisfactorio, terminó por descartarlos a todos. Algo era seguro: había tomado al pie de la letra la invitación de Lucía, aunque ese día trabajaba desde las dos hasta las ocho en el quiosco de la facultad, y no le parecía prudente aparecerse por lo de Lucía demasiado tarde, porque existía el peligro de no estuviese sola. Al levantarse, sin embargo, su prudencia se había evaporado, porque después de ducharse y desayunar, salió de su casa y, doblando la esquina, fue derecho al consultorio del doctor Riera, Apretó el botón del timbre debajo del cual había un cartelito que decía «Toque el timbre y pase», y empujó la puerta entreabierta.

Una mujer de cierta edad, que debía ser la secretaria, o la enfermera, o las dos cosas a la vez, salió por una puerta lateral que daba a la sala de espera vacía y con expresión severa le preguntó su nombre, y cuando él se lo dijo se dio cuenta de que no era el que esperaba oír, o sea del paciente que había pedido turno para esa hora (eran las diez en punto). La mujer estaba diciéndole que tenía que sacar turno para otro día, cuando una segunda puerta que daba a la sala de espera se abrió a su vez, y apareció el doctor Riera. Al verlo, Nula pensó: «Es tan hermoso como ella; casi más incluso en su género: tan viril como Lucía es femenina. Es grande, bien proporcionado, tiene un cuerpo de atleta y una expresión inteligente. Y el pelo enrulado, abundante y oscuro, lo hace parecer más joven, aunque sea más viejo que ella. Treinta y cinco años más o menos. Su mirada es incisiva; su ropa cuidada, pero como es alto y erguido, probablemente musculoso, y no tiene

un gramo de grasa que le sobre, hasta la peor ropa del mundo le quedaría bien. Sus ademanes son precisos y sencillos. No parece tener ningún defecto. Es evidente que están hechos el uno para el otro. Son como dioses y yo la larva que se retuerce a sus pies y que ni siquiera se dignarían aplastar. No cabe la menor duda de que estoy derrotado de antemano. ¡Y con qué voz viril y melodiosa le está diciendo ahora a la enfermera que me deje pasar, que el próximo paciente recién llegará a las diez y cuarto!».

Así que entró en el consultorio, limpio y ordenado, y Riera le indicó un sillón, justo enfrente del que él fue a ocupar, del otro lado del escritorio. Abriendo un cajón, sacó una ficha de cartón celeste y una estilográfica y fue anotando cada una de sus respuestas, nombre, fecha de nacimiento, estado civil, domicilio, y algunos datos relativos a su salud. Después Riera dejó de escribir y lo interrogó, primero con la mirada, y después con una frase ritual que debía dirigirse a cada nuevo paciente, pero en la que Nula creyó percibir un levísimo matiz perentorio.

—¿Qué le anda pasando?

Nula inventó una especie de alergia, una picazón intermitente en distintas partes del cuerpo que iba y venía desde hacía varios meses. Riera lo observó durante unos segundos y después, mientras se paraban, le dijo:

—Bueno, desvístase.

—¿Todo?

—Por ahora no —dijo Riera—. Puede dejarse el calzoncillo.

Lo hizo sentar en una camilla y le tomó la presión, y después lo auscultó por el abdomen, por el pecho y por la espalda con un estetoscopio o directamente con los dedos. Después le ordenó que se parase y se sacara el calzoncillo.

—¿Dónde le pica? —dijo.

Nula señaló vagamente las caderas, el vientre, los muslos, la cabeza. Mientras se ponía unos guantes de plástico, Riera empezó a examinar la piel un poco más de cerca, murmurando *No veo nada*; separándole los cabellos con los dedos, estudió un momento *el* cuero cabelludo; con la punta del dedo índice recorrió las cejas a contrapelo, para desenmarañarlas y poder observarlas más a fondo. Después le dijo que se acostara otra vez en la camilla, boca arriba. Él se sentó en un taburete de cuero negro y hundiéndole los dedos entre los pelos del pubis, empezó a separarlos con lentitud y minucia para mirar la piel que cubrían. Después de un momento se detuvo y comentó:

—Ladillas no son. Puede vestirse.

Nula se paró.

—A ver, un momento —dijo Riera. Con dos dedos de la mano izquierda levantó el pene y con la derecha palpó y sopesó los testículos, y después con los dedos que lo sostenían replegó la piel que recubría la cabeza del pene y la estudió con mucho detalle, llegando incluso a presionarla para ensanchar el orificio y observarlo mejor. Después le dijo que se diera vuelta y separándole las nalgas examinó el orificio anal durante unos segundos. Mientras se sacaba los guantes y los tiraba en un recipiente cilíndrico de metal cuya tapa se abría haciendo presión sobre un pedal que sobresalía de la base, Riera le informó que no veía nada preciso.

—Debe ser psicossomático. ¿Duerme bien últimamente? —le preguntó—. Puedo recetarle un tranquilizante si quiere.

—No, no, si duermo lo más bien —dijo Nula.

Riera lo miraba con fijeza mientras se vestía, y cuando terminó de vestirse y sus miradas se cruzaron, a Nula le pareció que, a pesar de la gravedad de la expresión y del tono profesional con que le había hablado, en la mirada de Riera brillaban, tenues, unos destellos burlones.

—¿Cuánto le debo, doctor? —dijo Nula.

—Nada —dijo Riera—. Cuando esté verdaderamente enfermo le cobro. Por ahora prefiero no considerarlo como un paciente.

Lo acompañó hasta la puerta pero sus miradas no volvieron a encontrarse. El paciente de las diez y cuarto ya estaba sentado en la sala de espera, leyendo una revista, y se paró al verlos aparecer, respetuoso ante la autoridad médica, igual que un soldado raso que se cuadra de golpe cuando un superior entra en la pieza. Nula se despidió sin darse vuelta y salió a la calle. Estaba tan preocupado que en vez de ir a caminar por San Martín como tenía previsto, se volvió a su casa. A medida que repensaba las cosas, su preocupación aumentaba. Se tiró en la cama pero, como si hubiese rebotado, en el momento mismo de desplomarse en ella se volvió a parar. Sin darse mucha cuenta, estaba siendo invadido por una especie de agitación: igual que si hubiese violado un santuario, la visita al consultorio de Riera le producía a la vez orgullo y temor, y pasaba en revista una y otra vez, con febrilidad creciente, los actos y las palabras del médico. Todo parecía saturado de sentido, pero de un sentido múltiple, difícil de precisar, o que cambiaba de signo a medida que él iba sometiéndolo a intentos sucesivos de interpretación. Esa pareja que acababa de entrar en su vida estaba adquiriendo para él un prestigio desmesurado y, por su belleza física, su tacto, su comportamiento enigmático, representaba un aspecto del mundo que él hasta entonces, con su historia familiar accidentada y trágica, había ignorado que pudiese existir. Esas dos personas atrayentes y singulares,

dotadas de un brillo más intenso que el de todas las otras que conocía, parecían al abrigo de lo contingente, de los detalles vulgares que relativizan toda veleidad de perfección y constituían un don, al mismo tiempo inmediato pero inaccesible, que le ofrecía lo exterior. Aunque había en él ciertos aspectos oscuros, como la mirada vagamente burlona que le había dirigido después de revisarlo, el comportamiento del doctor Riera resultaba sin embargo más racional que el de su mujer, pero las últimas frases que pronunció parecían contener, a causa de su formulación inhabitual, un mensaje cifrado o una advertencia. Nula siguió rumiando sus interrogaciones el resto de la mañana, esperando la llegada de la India que cerraba la librería a las doce y que estaría de vuelta un rato más tarde, pero a las doce y veinte, cuando fue a la cocina a picar algo porque empezaba a tener hambre, descubrió que la India le había dejado una lista y unos billetes para que fuera al mercadito del bulevar a comprar tres o cuatro cosas que necesitaban para *el* almuerzo. Así que se abstuvo de abrir la heladera y salió rápido a la calle.

Estaba llegando de vuelta a su casa, cuando se tuvo que parar de golpe: de un coche gris, parado en doble fila, vio salir al doctor Riera, pasar por el espacio libre que dejaban dos coches estacionados contra el cordón, cruzar la vereda y, subiendo con agilidad los tres escalones que conducían a los departamentos, desaparecer en el interior. Nula siguió caminando y, al llegar al portal de su casa, como vio que Riera estaba parado de espaldas a la calle, a unos pasos de la entrada, observando con atención las dos hileras de departamentos y *el* jardín cuidado y angosto que las separaba, para no encontrarse con él, optó por seguir de largo hasta la esquina y, sin saber muy bien qué hacer, entró en la heladería, en la que no había nadie a esa hora, ni siquiera el dueño, apenas una muchachita que atendía de tanto en tanto, cuando el dueño estaba ausente, y que le lanzó un saludo interrogativo.

—Me olvidé la llave y tengo que esperar que llegue mi madre —le explicó Nula, pero como en ese mismo momento vio el coche gris de Riera doblar con lentitud por la transversal, asumió una expresión que podía significar muchas cosas a la vez, o más bien ninguna, y en dos pasos, dos saltos casi, estuvo en la vereda, justo para ver a Riera parar el coche, otra vez en doble fila, en mitad de cuadra y, bajando con apuro, atravesar la vereda y entrar en el consultorio. Nula empezó a caminar bajo los árboles, sin saber si debía hacerlo despacio o rápido, ni si tenía o no ganas de toparse con Riera, si debía o no pedirle una explicación —aunque no era seguro que la visita a la casa de departamentos tuviese alguna relación con su persona—

, pero cuando llegó a la altura del consultorio y comprobó que la puerta de calle estaba abierta y el coche gris seguía con el motor en marcha, apuró el paso y, al llegar a la esquina, cuerpeando el tránsito que a esa hora era intenso, cruzó la calle y se paró en la esquina de enfrente, ante la vidriera de una ferretería. Con disimulo, echaba de vez en cuando una mirada en dirección al consultorio, hasta que por fin, aunque no había visto salir a Riera, pudo comprobar que el coche gris avanzaba despacio, casi rozando los que estaban estacionados contra el cordón de la vereda, seguro que con la intención de doblar, lo que efectivamente hizo para ir a detenerse también él enfrente de la casa misteriosa ante la que Lucía se creía obligada, cada vez que pasaba por la puerta, a exhibir una especie de reprobación teatral; Riera bajó del auto y tocó el timbre. No tuvo que esperar, porque la puerta se entreabrió casi de inmediato, pero aunque no pudo ver quién la había abierto, ya que la persona no era visible desde donde estaba parado, Nula dedujo que no debía ser el chico de la noche anterior, porque la mirada de Riera, si bien se dirigía a una altura inferior a la suya, permanecía a la altura de un adulto o, en todo caso, de alguien mucho mayor que un chico de cinco o seis años. Riera mantuvo una conversación animada, que duró un minuto más o menos, con la persona que le había abierto, y en un determinado momento, sonriendo, pasó la mano por la abertura de la puerta, con un ademán leve y rápido y, dándose vuelta, cruzó la vereda y entró en el coche, en el momento mismo en que la puerta se cerraba. Riera arrancó y, avanzando otra vez con lentitud, dobló a la izquierda en la esquina siguiente, y Nula cruzó de vereda recorriendo toda la cuadra para doblar a su vez, comprobando que el coche gris estaba estacionado enfrente de la casa — ahora faltaba únicamente que, cuando él pasara por delante, el ruidito metálico de la cerradura que Riera accionaba por dentro llegara hasta sus oídos, pero no, esta vez su predicción era errónea, porque ya había transcurrido demasiado tiempo desde que el coche doblara la esquina y estacionara a mitad de cuadra, así que por más que prestó atención, sin animarse a parar aminoró bastante la marcha al pasar frente a la puerta y, aunque sin saber por qué, le había brotado un deseo intenso de oírlo, el ruidito ya familiar no sonó para él.

Cruzando los cubiertos por encima de las pocas papas fritas que quedan dispersas en el plato, sobre rastros de yema de huevo y pan rallado tostado y embebido en aceite, Nula se apoya contra el respaldar de la silla y, tomando un trago de agua mineral gasificada, da por terminado su almuerzo. Los recuerdos lo hacen sonreír: la explicación de todo eso resultó mucho más simple de lo que él imaginaba mientras que, inversamente, Lucía y

Riera estaban lejos de flotar en el espacio inaccesible reservado a las leyendas. Su relación con ellos advino, duró un tiempo, y desde hace una hora más o menos acaba de entrar en el mundo inacabado, el lugar pantanoso en el que se debaten, más con resignación que con alguna esperanza, contradictorias y torpes, las sombras incompletas y mortales que lo habitan. La sonrisa se borra de su cara y se queda un momento pensativo, al final del cual, para pasar a otra cosa, saca el celular del bolsillo y llama a uno de los gerentes del supermercado.

—Anoch —dice—. Cómo le va. Estoy en el autoservicio. Voy para su oficina. ¿Vienen ustedes a tomar un café? Mejor todavía.

Decide cambiarse a una mesa limpia y apenas si ha terminado de instalarse en ella en el momento en que ve aparecer al gerente, acompañado de una mujer que lo atrae de inmediato, con aspecto decidido y profesional, pero consciente del impacto que produce en los hombres, y que cruza con Nula una mirada exploratoria, una fugacísima misión de reconocimiento, de la que es difícil saber si *el* gerente ha percibido la intensidad, o incluso el hecho mismo de que haya tenido lugar. Ahora es como si el acto sexual que realizó un rato antes con Lucía no hubiese sucedido nunca, arrumbado en el basural del pasado, el limbo inconcebible al que creemos que, en lugar de disiparse de golpe y desaparecer para siempre del mundo extraño en el que han transcurrido, van a parar los acontecimientos apenas expelidos del presente, porque dejan algunos rastros cada vez más tenues en la memoria, semejantes a las siluetas fantasmales y coloridas que persisten en la retina cuando cerramos los ojos y que van deformándose lentas detrás de los párpados apretados hasta fundirse por completo en la negrura. Con una curiosidad infantil y desinteresada, pero demasiado frecuente en su caso, Nula se pregunta si el gerente y la mujer no vienen de hacer lo mismo que hicieron hace un rato él y Lucía, juntos o cada uno por su lado, el acto destinado a calmar un hambre diferente durante la pausa reservada para el almuerzo. Y Nula se imagina que tal vez, en el momento en que él llamó, ellos estaban en la plenitud del abrazo, aunque parecen demasiado limpios, bien peinados, vestidos con pulcritud minuciosa, y demasiado calmos y seguros de sí mismos como para estar saliendo, desde hace apenas un minuto, del paroxismo que convoca la convulsión, el gemido, el sudor, las secreciones e incluso las lágrimas y que, apenas terminado, después de un respiro breve, anticipándose en la imaginación con la promesa de lo irrealizable, quisiera repetirse indefinidamente y, si es posible, de un modo cada vez más intenso y perentorio.

—Cómo le va —dice el gerente, dándole un apretón de manos corto y

enérgico. Y después—: El señor Anoch, de Amigos del vino. Virginia tiene a su cargo todo el rubro bebidas, alcohólicas o no. Están obligados a entenderse.

Nula y Virginia se dan un apretón de manos prolongado, hasta que la mano de ella, blanda y caliente, se desliga sin esfuerzo de la de Nula.

—¿Tomarnos un café? —dice Nula.

—Yo no puedo —dice el gerente—. Pero Virginia tiene carta blanca para decidir por la casa.

—Sin querer desmerecerlo —dice Nula—, creo que la discusión con la señora o mejor aún, si fuese posible, señorita, tiene algunos atractivos suplementarios.

—Es nuestra arma absoluta —dice el gerente—. Así que no se descuide.

—Ya empiezan a practicar el deporte nacional por excelencia —dice Virginia.

—¿La galantería? —dice el gerente.

—No, el machismo —dice Virginia.

—La desafío a que encuentre alguien más feminista que yo —dice el gerente. Y mirando el reloj pulsera, mientras se pone serio y piensa ya en otra cosa, en algo urgente que tiene que hacer en algún otro punto del hipermercado, proclama—: ¡Con lo que quiero a las mujeres!

Le da la mano a Nula y se va casi corriendo. En el momento en que se sientan, Virginia murmura:

—Se cree gracioso y es un plumazo.

Nula se echa a reír y cuando Virginia, satisfecha de que celebre su comentario se recuesta contra el respaldo de la silla y mira a su alrededor sonriendo con indolencia, sus senos crecen y resaltan bajo el estricto tailleur cruzado, de un verde pálido. Parada sobre sus tacos, parecía más alta que Nula, pero debe de ser más o menos de la misma altura; tiene la cara redonda y llena y los labios carnosos, y el cabello oscuro y abundante se encrespa hasta los hombros. No parece dispuesta a mostrar ninguna debilidad, ni en el plano laboral ni en ningún otro.

—¿Quiere un café? —dice Nula.

—Sí —dice ella—. Pero no se levante. Nos lo traen.

Y le hace un par de señas a la cajera, la primera consistente en poner el índice y el pulgar de la mano derecha un poco encogidos y enfrentados por las yemas a tres o cuatro centímetros uno del otro, la segunda estirando el índice y el medio y encogiéndolos los otros tres y ocultándolos contra la palma, sacudiendo los dedos estirados, bien visibles en el aire, para precisar

la cantidad, señas que, traducidas al lenguaje ordinario, significarían: *dos cafecitos*. Nula sigue sus movimientos con cierta admiración, y aunque ella no parece darse cuenta, resulta claro que está habituada a que la miren de esa manera, pero esa mirada que a otro ser humano hubiese podido causarle un placer particular, da la impresión de resbalar sobre su corteza exterior o rebotar contra ella, para caer al suelo sin haber producido ningún efecto, como las balas contra el pecho de Súpermuje, o los ruegos a una divinidad indiferente, retirada en su santuario, más absorta en la contemplación de sí misma que cruel o desdenosa.

—El viernes alrededor de las cinco es un buen momento para abrir el stand —dice Virginia, mirándolo a los ojos y, a pesar de su tono profesional, estudiándolo para ver si, después de todo, llegado el momento, Nula podría esperar ser digno de que ella, si se resolviese un día a decidirlo así, acepte su admiración—. Es cuando empieza a llegar la gente y no para hasta el domingo. Durante la semana está más tranquilo. ¿Ustedes se quedan hasta el otro domingo, verdad?

—Sí —dice Nula—. Lástima que nos haya tocado Semana Santa.

—No cambia mucho —dice Virginia—. Miércoles y Jueves Santo estamos abiertos y viene mucha gente, y únicamente cerramos el viernes por la tarde. El jueves es como una víspera de feriado.

—¿Así que Cristo desde la cruz autorizó a último momento que los hipermercados Warden abrieran medio día el Viernes Santo? —dice Nula, y en mitad de la frase se arrepiente de haber empezado a decirla.

—Nada de eso —dice Virginia—. Pero nuestra cadena de hipermercados tiene licencia especial del Papa para abrir, y por otra parte el Vaticano es uno de nuestros accionistas principales.

—Entonces, tenemos el cielo asegurado —dice Nula.

Una de las chicas del autoservicio se acerca y deposita los cafés sobre la mesa. Nula saca unos billetes disponiéndose a pagar, pero Virginia lo disuade con un gesto.

—Esto es para la casa —dice.

—Tendré que retribuirlo de alguna manera —dice Nula.

—Ya llegará la ocasión —dice Virginia.

Los dos toman el café amargo y, aprovechando que ella entorna los párpados cuando se lleva el pocillo a los labios, tomando de a traguitos cortos para no quemarse, Nula estudia sin discreción, casi esperando que ella lo sorprenda más bien, los rasgos atrayentes y regulares, la piel todavía oscurecida por el verano reciente, el cabello abundante y crespo, el cuello ligeramente achatado que sostiene la cabeza inmóvil, los hombros anchos,

casi masculinos, y los senos que abultan las solapas cruzadas de su saco verde pálido, de una tela liviana y sedosa. Cuando terminan el café, Virginia mira la hora, y hace un movimiento de cabeza con el que quiere indicar un lugar impreciso del hipermercado.

—Venga que le muestro el lugar donde se va a instalar el stand —dice.

Nula la sigue con docilidad. Caminan a la par, desenvueltos y familiares, igual que una pareja que se conociese desde hace mucho tiempo y, desinteresándose por completo de las perspectivas promocionales de Amigos del vino, Nula va preguntándose cuál podría ser la mejor manera de avanzar en las relaciones personales, e incluso íntimas, con Virginia, de qué modo obtener que esa criatura autónoma y alerta, atenta únicamente a las titilaciones de su propio deseo, fije en él, aunque más no fuese para una coincidencia pasajera, una mirada donde trasuntan el abandono y la aquiescencia. Y de pronto es ella la que se aventura en esa dirección:

—Puesto que me llama Virginia, ¿cuál es su nombre de pila? —dice, sin detenerse ni dejar de mirar al frente.

—Nicolás, pero mis amigos me dicen Nula, que quiere decir Nicolás en árabe —dice Nula, apurándose a responder hasta la precipitación, casi hasta el servilismo.

Ella se ríe.

—Qué nombre raro. Parece un nombre de mujer. Pero me gusta

—dice.

—Y en su caso, Virginia —dice Nula—, ¿hay alguna divergencia entre el nombre y la persona?

—Tengo una hija de doce años —dice Virginia que, aunque la situación parece divertirla, no deja de mirar a su alrededor como si quisiera ir verificando al pasar que, en el hipermercado Warden, en el cual ella tiene cierto grado de responsabilidad, todo está o parece estar en orden. Lo que no le impide agregar—: Usted ya es bastante grandecito para sacar solo las conclusiones.

—Voy a meditar la cosa —dice Nula, y comprueba que la sonrisa de Virginia se hace más amplia.

Viniendo del autoservicio, atraviesan un pasillo ancho que conduce de los restaurantes y los multicines al hipermercado propiamente dicho (el conjunto de las instalaciones es lo que la dirección de la empresa, los comentaristas radiales o televisivos y la prosa puesta al día de *La Región* llaman el *súpercenter*), en el que ahora desembocan, y donde la luz es más viva que en el autoservicio y en el pasillo. A pesar de los ventanales que dan

al estacionamiento, en el salón enorme repleto de mercaderías, muchas luces artificiales refuerzan la iluminación, y la misma música ambiental, que en el autoservicio y en el pasillo era casi inaudible, suena un poco más alto. Casi todas las cajas están cerradas por el momento, y por esa razón, aunque no hay mucha gente, en las pocas que están abiertas la clientela resignada hace cola. Las bolsas de plástico blanco tienen impresa la W de la marca Warden, grande y visible, en diferentes colores; porque viene a menudo con Diana, Nula sabe que la roja corresponde a la carnicería, la verde, como es de esperar, a la verdulería, la azul a la pescadería, pero la amarilla, la anaranjada, la índigo, la violeta, son difíciles de identificar con un producto preciso, aunque en realidad, en las cajas, las bolsas aparecen mezcladas, y únicamente en los puestos servidos por empleados, como la carnicería o la pescadería, las bolsas tienen el color correspondiente. Según Diana, que se especializa en diseño publicitario, en la oficina de publicidad de la firma Warden, implantada en muchos países, los diseñadores deben de haber intentado sugerir, con esa variedad de colores que evocan la descomposición de la luz, que los hipermercados W abarcan, en su incalculable diversidad, capaz de prever y satisfacer la gama infinita de los deseos humanos, la suma de lo existente. Nula cree acordarse de que la W en la bolsa donde el Chacho puso la noche anterior los moncholos era verde, y aunque sabe que la mujer que en la oscuridad lluviosa les indicó a él y a Gutiérrez la casa de Escalante tenía un par de bolsas del supermercado, no puede acordarse de qué color eran las letras que las decoraban. Cuando pasan del otro lado de las cajas, los clientes que hacen cola los miran sin mucha discreción, y a Nula le gustaría que los hombres le atribuyeran una relación íntima con Virginia, pero resulta evidente y desalentador que, en todo caso para los más jóvenes, cada uno de los cuales debe de estar aspirando en su fuero interno a la posesión de ese cuerpo prometedor, él, Nula, pasa desapercibido al lado de ella. Los espacios entre las estanterías son como calles en las que, en lugar de haber casas con puertas y ventanas, hay una acumulación de etiquetas, latas, envases de celofán, cajitas de cartón, frascos, que van cediéndole el paso a otras mercaderías, con otros usos, otras formas, fabricadas con tela, plástico, madera, hule, metal, goma, etcétera. La sección de botellas, agua mineral, soda, gaseosas, cervezas, vinos, alcoholes y licores está desierta y, en un cruce, Virginia se para de golpe.

—¿Qué le parece? —dice, mostrando las estanterías alrededor. De un lado, hay botellas de vino y, enfrente, aperitivos, alcoholes y licores, pero en las estanterías que continúan después del cruce, hay más botellas de vino y más aperitivos, más alcoholes y más licores, la misma profusión abigarrada

de etiquetas que, aunque muchas de ellas exhiben objetos y figuras, alinéandose en profusión parecen abstractas y, de tan repetidas, pierden su función representativa o comunicativa y se vuelven guarda o arabesco. Nula mira a lo lejos, pero el fondo del salón no alcanza a distinguirse en esa perspectiva interminable de estanterías sobrecargadas, en las que, después de las secciones de alimentación, fresca o envasada, vienen los utensilios de cocina, las herramientas, las ropa, la papelería y, lejana, colgando del techo, una bruma de carretillas, de globos de colores, de carteles, de bicicletas.

—Un punto estratégico —dice.

—A partir de mañana, los parlantes van a anunciar las sesiones de degustación —dice Virginia—. ¿Y no habían prometido unos carteles?

—Traen todo mañana —dice Nula.

—¿Qué tal el producto que promocionan? —dice Virginia—. Yo estaba de vacaciones cuando lo pusieron.

—Es un vino de mesa de calidad —dice Nula—. Blanco y tinto. Nuestra firma está tratando de lanzar productos más populares.

—Me parece bien —dice Virginia.

—Si el lanzamiento del viernes es un éxito —dice Nula—, ¿qué le parece si cenamos juntos?

—¿Por qué no? Y aunque no lo sea —dice Virginia—. Yo termino a las ocho. Mi hija de todos modos sale siempre los viernes a la noche.

—¿Y el padre? —dice Nula.

Virginia se echa a reír.

—¿Qué padre? —dice.

—Ah, cierto —dice Nula—. Me olvidaba de que en su caso el nombre y la persona tal vez vendrían a coincidir.

—Queda por demostrarse —dice Virginia—. En todo caso, si comemos juntos el viernes le voy a confiar un secreto.

—¿Relativo a su persona? —dice Nula.

—A la suya más bien —dice Virginia, con una sonrisita misteriosa. Y de inmediato, mirando la hora, vuelve a adoptar su aire profesional. — Dígales a los amigos del vino que cuando vengan mañana pregunten por Virginia. Hasta el viernes entonces... —vacila un poco—, ¿cómo era?

—Nula —dice Nula, intrigado por la promesa de Virginia y por su sonrisa enigmática.

—Nula, claro —dice Virginia. Dándose vuelta, se aleja entre las estanterías cargadas de botellas y, cuando llega al próximo cruce, gira hacia la derecha y desaparece. Nula se queda inmóvil durante unos segundos, pensando en la promesa que, de pronto, ha puesto el viernes a la noche a

titular en su imaginación y, saltando por encima de las horas nominales que en realidad se suceden en un solo bloque de tiempo desde el principio mismo del mundo y seguirán haciéndolo de igual manera hasta el fin, se adelanta a la procesión monótona del acaecer intercalando en ella, inventadas por el deseo, las formas de lo posible que, aun siendo incorpóreas y fantásticas, resultan más intensas y gratificantes que los datos fragmentarios y rugosos de la experiencia. De pronto, la anticipación vívida que, por inmaterial que sea, es capaz de activar no pocas zonas bien reales de su cuerpo, se borra y lo asalta el presente, la actualidad bruta del todo, impenetrable y clara a la vez, en la que está hundido igual que en un agua fija y cristalina, en cuyo fondo las cosas están asentadas, inmóviles, y donde lo que se mueve, como la mano libre que Nula levanta sin motivo, da la impresión de descomponerse en etapas infinitas y trabajosas que vencen a duras penas el medio inadecuado en el que se imprimen, como en un cristal blando, durante una millonésima de segundo, antes de desaparecer. Nula pasea su mirada extrañada y atenta por el espacio iluminado, diciéndose: *Parece el lugar claro de la conciencia por el que transcurren los pensamientos.* Hasta la música ambiental da la impresión de haberse detenido: su omnipresencia desaparece fundiéndose en el conjunto, y aunque para transcurrir necesita movimiento, cambio, tiempo, su conformismo rutinario hecho de desenvolvimientos previsibles y de melodías semejantes a tantas otras, parecen detenerla en un atascamiento sonoro que le impide avanzar. *Es como el núcleo fijo de un átomo del devenir.* Y después, con imágenes que se aceleran y se entrechocan, algo que puesto en palabras daría más o menos lo siguiente: *A la inversa, la parte clara de la mente se parece a este fragmento de lo exterior. Es como una pecera; por la parte superior, iluminada, se deslizan sin ruido los pescaditos de colores que se exhiben rápido y desaparecen, aunque algunos, insistentes y brillantes, vuelvan de tanto en tanto; pero más abajo, entre las plantas y las piedras recubiertas de musgo, el agua es cada vez menos transparente, oscurecida por sedimentos arcaicos acumulados en el fondo, donde se mueven unas sombras confusas y sin forma reconocible, sacudiéndose a veces con tanta violencia, que el agua se enturbia hasta arriba, a causa de los sedimentos en suspensión que se agitan con furia; entre la zona clara y la oscura, entre la franja brillante y familiar y el fondo inestable y fangoso, no hay línea de demarcación sino una frontera incierta, lábil, donde se entremezclan y conviven las dos franjas a la vez, modificándose mutuamente. El fondo se ramifica y se pierde en las profundidades del cuerpo, buscando en los pliegues remotos de los tejidos y*

los órganos, el líquido que se decanta y se vuelve cristalino en la superficie iluminada, donde flota la fauna colorida y silenciosa de las imágenes diurnas y de los pensamientos.

Como oye unos pasos que se acercan, sin saber exactamente desde dónde, Nula baja la mano que había quedado suspendida en el aire, y empieza a caminar despacio hacia la otra punta del hipermercado, sin encontrar a nadie hasta haber dejado bastante atrás la sección de bebidas. Desde que salió del depósito a mediodía, tiene el proyecto de comprar dos salamines de mala calidad y sabe que en un canasto lleno de viejos embutidos resecos cerca de las vitrinas de quesos y fiambres, encontrará lo que está buscando. Revolviendo la pila elige los más duros, y sobre todo los más baratos, y después de pagarlos en una de las cajas sale al estacionamiento: le ha tocado un bolso de plástico con la W anaranjada. Tal vez por contraste con la climatización del *súpercenter*, cree percibir en el exterior un aumento significativo de temperatura, y cuando alza la cabeza para observar el cielo, comprueba que el nublado uniforme, de un gris blanquecino y brillante, está empezando a desgarrarse en la altura, dejando ver porciones de un cielo azul pálido. Pero el sol no se ve por ninguna parte en la media tarde indecisa y tristonera del día gris.

En el auto, antes de arrancar, le cambia la etiqueta a los salamines o, mejor dicho, rompe las etiquetas de los salamines que acaba de comprar y después, retirando con delicadeza las de los dos chorizos chacareros destinados al Consejero del gobernador, las ensarta en los salamines del hipermercado, comprobando con satisfacción que encajan lo más bien en ellos. No ignora que lo que está haciendo es infantil, y tal vez injustificado e incluso injusto, pero se resiste a regalarle algo al asesor político del gobernador que años atrás militó en el mismo grupo clandestino que su padre, sobreviviéndolo durante más de quince años, y que ahora, en vez de querer cambiar el mundo como antes, le dicta la política y le escribe los discursos al gobernador, cuyos únicos méritos son, como dice la gente, *que no roba*, que jugó en torneos internacionales de tenis llegando algunas veces a las semifinales de Wimbledon y de Roland Garrós, y que es amigo de un actor de Hollywood que de tanto en tanto se aparece por la ciudad para ir a pescar el dorado y el surubí río arriba, en el norte de la provincia. Nula piensa que, mientras tenga dudas acerca de las razones por las cuales el consejero político sigue vivo en tanto que su padre está muerto, no debe regalarle nada. Es menos un prejuicio mezquino que una superstición: si bien nada certifica que el Consejero tenga algo que reprocharse —estuvo viviendo un tiempo en el extranjero—, hasta no tener la prueba indiscutible

de su honorabilidad, le parece que sería una ofensa a su padre, una traición, aunque el regalo venga de la empresa. Fue el Consejero mismo el que lo paró un día en la calle, dos o tres meses atrás, y al enterarse de que vendía vino le dio su tarjeta y le dijo que pasara a verlo por la Casa de Gobierno. Le dio muchos saludos para su madre, pero cuando Nula se los transmitió, el sarcasmo de la India instaló de inmediato la sospecha: *Ése antes quería hacer la revolución con tu padre y ahora le escribe versitos al gobernador para que envuelva sus caramelos.* Nula no ignora que a veces, injustos, los que lloran a sus muertos les guardan un rencor obstinado a todos aquellos que, habiendo podido morir en su lugar, exhiben el impudor hiriente de seguir viviendo, pero, de todas maneras, preferiría que el Consejero, por solidaridad con los muertos que también eran los suyos, se hubiese abstenido de dar el giro político que había dado. La India no lo acusaba de nada, aparte quizás de seguir con vida, sin pensar que, de haber salido indemne de los años terribles, su marido tal vez hubiese podido seguir la misma evolución. Y Nula decidió tomar el partido de su madre, pero un día fue la India misma la que lo llamó, diciéndole que el Consejero había pasado a verla para traerle unas cartas que el padre de Nula le había escrito hacía mucho tiempo, donde hablaba de ella, en la época en que era periodista económico en Rosario. Había insistido para que convenciera a Nula de ir a venderle vino a la Casa de Gobierno. A la India la había conmovido el gesto del Consejero, pero para Nula ya era demasiado tarde, porque su madre, tal vez sin proponérselo, le había transferido el recelo, aunque unos días más tarde lo llamó por teléfono y fijaron para ayer la cita que había tenido que aplazar porque se había encontrado de pronto en medio del campo, en las inmediaciones de Rincón, protegido a medias por el paraguas multicolor de Gutiérrez, y que Américo había logrado cambiar para esta tarde. No lo pensaba con palabras, pero Nula sentía vagamente que lo que la India había considerado como delicadeza conmovedora podía ser una confesión de culpabilidad. Sea como fuere, ahora la sospecha está a su cargo, y no se resigna a regalarle los dos chorizos chacareros. También podría no llevarle nada, pero siente la necesidad pueril de engañarlo, por las dudas de que, si el otro está tratando de hacer lo mismo, su tentativa, por el engaño simétrico a que él lo somete, quede por el momento neutralizada.

Pero primero tiene que ir a ver al dentista amigo de su hermano. Cuando el coche deja atrás el puente y entra en la ciudad, una opresión ínfima lo asalta y en seguida desaparece, sin darle siquiera tiempo de pensar en ella, incluso tiempo de advertir que se ha producido. Pero su humor cambia, y la euforia que la perspectiva del viernes a la noche ha estimulado

decae y lo deja en un estado neutro, apagado, en el que las consideraciones comerciales predominan, barniz delgado que recubre, provisorio y risible, lo esencial. La ciudad está mustia, ruinosa; Nula ve antes que nada sus defectos, pero los que cree percibir en la ciudad, sin darse cuenta, es en el interior de sí mismo donde los está viendo. Llega a lo del dentista a la hora exacta de la cita. Una enfermera le abre cuando toca el timbre y lo lleva a la sala de espera donde dos mujeres y un hombre leen revistas viejas. Cinco o diez minutos más tarde, el dentista se despide de un paciente que estaba en el consultorio, y le hace un signo amistoso a Nula para que pase: es un poco más viejo que Chade, pero más directo y jovial. Parece más a sus anchas en la vida que su hermano. «Tal vez su padre también era dentista y murió en su cama de muerte natural, no acribillado a balazos en una pizzería», piensa pero, por más esfuerzos que hace, no logra encontrarlo antipático. Al contrario: a medida que avanza la entrevista, que no llega a durar ni quince minutos, Nula imagina que el hombre podría tener una buena influencia sobre su hermano, sacarlo del bloqueo reconcentrado y continuo en el que se debate. Él, Nula, no podría ser amigo del hombre, es demasiado transparente; sería un interlocutor ideal para una charla circunstancial en un bar o en el colectivo a Rosario —a Buenos Aires y a Córdoba ya resultaría demasiado—, para una degustación de vinos en el hotel Iguazú, o alguna ocasión de esa clase, pero no mucho más. Aparentemente es un ser prefilosófico, sin temores pero también sin remordimientos, y es justamente la carencia de los primeros lo que lo pone al abrigo de los segundos, o, en fin, piensa Nula, al revés quizás. Esa disponibilidad un poco inconsciente es lo que le falta a su hermano. El dentista le dice que se ha comprado una cava de departamento con capacidad para ciento cincuenta botellas y que le da carta blanca para que Nula la constituya, con un treinta por ciento de vino blanco y un setenta por ciento de tinto. Le dice la suma que está dispuesto a invertir, bastante elevada por otra parte, y le hace un cheque de anticipo del diez por ciento. Y mientras lo acompaña hasta la puerta, le dice que su hermano Chade es un excelente dentista, muy respetado por sus colegas y que llegará lejos en la profesión. *Es un profesional escrupuloso y, a pesar de su carácter reservado, goza de la estima de todo el mundo*, son sus palabras exactas. Se ve que no tiene mucho tiempo que perder, y Nula puede comprobar que, en la sala de espera, en vez de tres, ahora son cinco los pacientes que hojean revistas viejas.

Con el Consejero la visita es mucho más larga. El consejero del gobernador no parece apurado por comprar vino, como si lo que realmente

le interesara fuese hablar de cosas vagas, fragmentarias, inconexas. De tanto en tanto habla de *Beto* —es el sobrenombre, que todo el mundo conoce, del gobernador— señalando con un sacudón leve de cabeza hacia alguna parte del primer piso donde debe estar su despacho, y de vez en cuando se permite una sonrisita irónica cuando se refiere a él, tal vez para mostrar su familiaridad con el primer mandatario como lo llaman en *La Región*, o incluso por la razón contraria: sugerirle a él, Nula, que aun cuando ocupa un puesto eminente de consejero político en la gobernación, no ha sacrificado su derecho a la crítica. Está vestido con la elegancia convencional de los políticos, traje, camisa a rayas, corbata, y tiene sobre el escritorio varias hojas impresas por una computadora cuya corrección, con una estilográfica cara, ha interrumpido con la llegada de Nula. Es afectuoso, sencillo, y no da la impresión de atribuirle demasiada importancia a su posición actual; no la encuentra al parecer ni tan relevante ni tan en contradicción con su pasado como para avergonzarse de ella y aunque cada uno de sus gestos, de sus palabras, de sus movimientos o de sus alusiones parece demostrar que su situación es la más natural del mundo, un brillo húmedo en su mirada, en la que alternan, contradictorias, la fijeza y la deriva, traiciona la desarmonía, lo inconcluso, la llaga que no acaba nunca de cicatrizar. Enredado como está —y como lo estará siempre— en su historia familiar, Nula es incapaz de traducir todo lo que dice esa mirada. Cree percibir en ella únicamente el esfuerzo por ocultar, y delatándola justamente a causa de ese esfuerzo, ante el hijo del amigo asesinado, la vergüenza de seguir viviendo. Pero la ejecución de su padre no es más que un detalle en el conjunto; al Consejero no le pesaría, y no por indiferencia o cinismo, si algún provecho ulterior la hubiese justificado. La mirada dice más que uno, dos o mil asesinatos. Dice: *Pensábamos haber salido para cambiar la vida y resultó que era para entrar en la ronda de la muerte. Y las víctimas se olvidan del sabor de la opresión cuando, poco a poco, y casi sin darse cuenta, se transforman a su vez en verdugos.* Tal vez ni él mismo sabe que lo piensa. El reino de los términos medios en el que ahora sobrevive, vegeta, flota a la deriva, es lo bastante confortable y no le exige casi nada en materia de claudicaciones morales que, de todas maneras, él está convencido de que jamás aceptaría; sus renunciamientos políticos obedecen a postulaciones filosóficas que podrían considerarse como relativistas, eclécticas, y sobre todo realistas, eso sí que no lo niega. Pero si se comparara su mundo interior con un sistema eléctrico, podría decirse que, aunque en apariencia todo está en orden, es en su mirada donde el chisporroteo húmedo y apagado, el brillo demasiado fijo o demasiado inestable, revelan, para un observador atento, la amenaza

constante de un corto circuito. Pero las sospechas de Nula no son políticas, son personales, porque si no fuera así (Nula ni siquiera lo sabe) tendría que transferirlas también a su padre. Lo cierto es que, si bien el Consejero sigue siendo sospechoso, aun cuando persiste en no querer regalarle nada, ya no tiene ganas de engañarlo, y tal vez ya no las tenía antes de subir a verlo, porque se olvidó de traer los falsos chorizos chacareros que pensaba regalarle. Al final de la visita le vende un poco de vino que irá a entregarle la semana próxima a la casa. Nula guarda sus folletos, el cheque del anticipo, y sale a la calle.

Antes de entrar en el coche, se saca el saco, lo pliega con cuidado y lo extiende sobre el asiento trasero. Tiene más calor que el que esperaba en el estacionamiento de la Casa de Gobierno. La tarde se ha vuelto esponjosa y húmeda, incolora y vaga. A pesar de las dos duchas, la primera a la mañana en su casa y la segunda en lo de Lucía en Paraná, se siente pringoso, cansado: algo que no sabe qué es lo instala en la indecisión, en la tristeza quizás, en el agobio. Querría volverse de inmediato a su casa o no volver hasta la madrugada. Resoplando con levedad y sacudiendo despacio la cabeza, entra en el coche y pone el motor en marcha, pero durante medio minuto más o menos no se decide a avanzar: a lo largo del día, ciertas zonas de su interior han ido volviéndose opacas y confusas, esponjosas como la luz del atardecer, ambiguas como el día mismo que está viviendo, del que no se sabe si ha sido luminoso o nublado, de otoño o de verano, y que está llegando a su fin. Tal vez cuando llegue la noche, borrando no únicamente la luz sino también la ambigüedad, cuando esté en el círculo claro de la lámpara, después de la cena, leyendo o pasando en limpio las horas vividas desde el despertar, se sienta un poco mejor y los sedimentos agitados que flotan enturbiando el agua de la pecera, se calmen y se depositen otra vez en el fondo, y arriba, en la franja luminosa, los pescaditos de colores nítidos, ágiles y silenciosos vuelvan a brillar. Sale, lento, del estacionamiento y bordea el Parque Sur, rodando por la calle ancha y arbolada, en curva hacia el sudoeste, pero dobla dos bocacalles más allá hacia el norte retomando una calle estrecha y recta que lleva al centro. No hay casi nadie en las veredas en las que se alinean las casitas de una o dos plantas, que parecen vacías y abandonadas a esa hora —las puertas y las ventanas están cerradas y nadie se asoma a la vereda, a causa tal vez del tiempo indeciso, de la hora, o de que a decir verdad no hay nada interesante para ver. De tanto en tanto, sobre el cordón, están depositadas las primeras bolsas de basura. En mitad de la cuadra, tres chicos, uno de no más de dos o tres años, rotosos y mugrientos, han abierto una de ellas y escarban en su interior. Adelantándose a los

cirujas, que han hecho de la explotación racional de la basura su modo de vida, los chicos, como animales, revuelven las bolsas para satisfacer alguna necesidad inmediata, hambre o sed, o en busca de algún objeto gratificante, una figurita de cartón, un pedazo de hilo o el fragmento de un espejo, una moneda extraviada, sin curso legal, pero capaz de volverse distintivo o fetiche, o simplemente juguete, transfiriéndolos por un momento, en razón de su prestigio imaginario, o de su gratuidad precaria y lúdica, de la inmediatez animal en la que se agostan, a la ilusión tenue de lo humano que, del nacimiento a la muerte, sin salida, les confisca la pobreza.

Dos esquinas más adelante, hay un tipo parado mirando con insistencia hacia el sur, y cuando está a media cuadra más o menos, Nula reconoce a Carlos Tomatis, con su sempiterno saco azul y sus pantalones claros de verano, pero esta vez tiene puesta una camisa blanca y una corbata oscura que, ajustándose alrededor del cuello, comprime un poco la piel tostada que cuelga bajo las mandíbulas. Nula aminora y al final para el coche al lado de Tomatis y, bajando la ventanilla que da a la vereda, del lado opuesto al volante, se inclina hacia la abertura, justo en el momento en que la cara oscura de Tomatis aparece en ella.

—Estoy esperando el colectivo —dice Tomatis— pero dejé pasar varios porque no iban demasiado llenos.

Nula se echa a reír y abre la puerta.

—Vení que te llevo —dice.

Tomatis sube y se sienta, dándole una palmadita en el hombro.

—Acepto, pero esta buena acción me priva de un placer delicado —dice.

Nula se ríe sacudiendo la cabeza para mostrar con esos movimientos lentos la incorregibilidad legendaria de su interlocutor.

—¿Así que esperabas el colectivo? ¿Vas a tu casa? —Tomatis dice que sí, pero Nula sigue hablando—. ¿Qué hacías a esta hora tan de punta en blanco y en un barrio tan alejado?

—Aunque parezca mentira —dice Tomatis—, vengo de un velorio. El del ex director de *La Región*. Se había jubilado hace mucho. Pero fue él el que me hizo entrar al diario y el que se abstuvo de echarme durante años, y que incluso no quería dejarme ir cuando decidí terminar con todo eso.

—Era una buena persona entonces —dice Nula.

—Teniendo en cuenta que dirigía un diario, le quedaban algunos gramos de decencia, en efecto, sí —dice Tomatis, y después de reflexionar unos segundos agrega con severidad compungida—: Pero creía que el hecho de dirigir un diario lo autorizaba a opinar de literatura.

—Bueno —dice Nula—. Yo vendo vino, y sin embargo pretendo entender algo de filosofía.

—Es diferente —dice Tomatis, y aunque parece pensar las razones de esa diferencia durante un momento, no considera necesario darlas a conocer.

—Hoy me agarraste con la buena —dice Nula—. Te voy a hacer un regalo.

Con una sonrisita intrigada, la cabeza vuelta ligeramente hacia Nula, Tomatis espera más detalles sobre lo que está a punto de recibir. Pero Nula, adoptando expresiones misteriosas y moviéndose sin apuro para prolongar la espera y posponer de ese modo indefinidamente el momento de la revelación, indica con la cabeza el asiento trasero.

—Hay un bolso de plástico blanco ahí atrás —dice.

No sin esfuerzo, contorsionándose en el asiento hasta apoyar una rodilla en él, Tomatis se inclina hacia el asiento trasero en el que, junto al saco de Nula, cuidadosamente estirado, hay dos bolsos de plástico, uno sin ningún tipo de inscripción y otro que tiene impresa la gran W anaranjada del hipermercado. Recoge el primero y se lo muestra a Nula.

—¿Éste? —dice, resoplando un poco y verificando su contenido—. Tiene dos salamines.

—¡No! —grita Nula—. ¡Bestia! —Y después, con toda calma—: El otro.

Sin decirle que, a causa de su torpeza, pero por suerte sin abrirse del todo, el bolso blanco ha caído sobre su saco, mientras se inclina hacia el asiento trasero, recoge el otro bolso y vuelve a enderezarse en su propio asiento, Tomatis, entre perplejo y decepcionado, vacila:

—¿Un regalo del híper?

—¡Nooo! —dice Nula—. En la puta vida. Me equivoqué de bolso al guardarlos.

Tomatis espía el interior.

—Debo informarte que algún espíritu maligno transformó también el reloj de oro que tenías pensado regalarme en un segundo par de salamines —dice, fingiendo una resignación preocupada.

—No es un mero par de salamines —dice Nula—, son dos chorizos chacareros artesanales fabricados especialmente para Amigos del vino, pero como perdieron las etiquetas no se pueden comercializar. Y tampoco puedo guardármelos porque eso significaría que estoy robando a la empresa. Como queda excluido que se los regale a cualquiera, aprovecho este encuentro que ocurrió gracias a la concatenación de una serie de hechos contingentes que finalmente resultó favorable, fallecimiento del ex director, recogimiento

compasivo ante sus restos mortales que te honra, sucesión de colectivos mediocremente llenos, y yo que hago mi aparición para actualizar el obsequio. Son tuyos.

—*Jabibi*: me toca el trigémino —dice Tomatis, exagerando su emoción hasta asumir una expresión demasiado grave e incluso llevarse la mano hacia el pecho apoyando la palma a la altura del corazón—. Yo por un par de chorizos chacareros artesanales sería capaz de mandar a mi abuelita a explorar los anillos de Saturno.

Y se queda un momento silencioso. Unos segundos más tarde, sin saber bien por qué, se ponen a hablar de Gutiérrez, de su partida súbita de la ciudad, de su desaparición total, definitiva y misteriosa, y de su reaparición inexplicable y repentina. Tomatis le cuenta que una vez, en París, Pichón y él habían encontrado en una fiesta a una italiana que conocía a Gutiérrez, quien trabajaba como guionista de cine en Suiza y en Italia, pero firmaba sus guiones con seudónimo. Gutiérrez llegó a la ciudad porque la abuela, que era pobrísima —los padres habían muerto mucho antes— lo había mandado a estudiar a lo de los curas, desde un pueblo perdido al norte de Tostado, gracias a la ayuda del párroco del pueblo. Cuando obtuvo el bachillerato se inscribió en la Facultad de Derecho, donde conoció a Escalante, Rosemberg y César Rey, que eran más viejos y más ricos que él, y durante años fueron inseparables. Su profesor de Derecho Romano, el doctor Calcagno, le consiguió un trabajito en el estudio jurídico que dirigía con su socio, Mario Brando, el poeta precisionista. La hermana de Tomatis conoce a una señora que conoce al matrimonio —Amalia y Faustino— que trabaja para Gutiérrez, y dice que parecen tenerlo en alta estima: se dejarían matar por él. De un modo abrupto, Tomatis deja de hablar de Gutiérrez, tal vez para crear, deliberado, un clima de suspenso que deja en Nula un sentimiento levísimo de frustración.

Mirando a través del parabrisas la esquina que se aproxima, Tomatis descubre que ya está llegando a su casa, y, volviendo a los temas banales, comenta:

—Anuncian buen tiempo para mañana. En la esquina me bajo.

La misma palmadita que le ha dado en el hombro al subir al auto se repite antes de abrir la puerta y salir, no sin trabajo, a la vereda.

—Me voy corriendo a probarlos —dice, sacudiendo el bolso del hipermercado con los dos chorizos chacareros—. Gracias. Nos vemos.

—En principio, el domingo —dice Nula. Sin entender bien, o quizás sin siquiera haberlo oído, Tomatis cierra la puerta con suavidad y desaparece hacia la parte trasera del auto. Cuando el coche arranca,

alejándose un par de metros del cordón, una luz rojo sangre, súbita, llena el retrovisor externo, sorprendiendo a Nula que tarda unos segundos en comprender que, después de haberse vuelto invisible durante un par de días, ha reaparecido de pronto, instalándose en el oeste, el sol del atardecer. Nula dobla en la esquina hacia el norte y, en la esquina siguiente, hacia el oeste. En el fondo de la calle una mancha roja cubre el cielo hasta cierta altura, a partir de la cual, como un toldo recogido, empieza la capa uniforme de nubes que ha permanecido inmóvil todo el día y que ahora está empezando a replegarse. Pero la bóveda grisácea está manchada de rojo, un rojo brillante que, al destefñir sobre las casas, las calles, los árboles, con vibraciones magnéticas y tonos en transformación imperceptible y constante, la vuelve desconocida y remota, como si estuviese viéndola no desde el punto móvil en el que podría atravesarla de punta a punta si quisiese, sino desde la fuente misma de donde proviene la incandescencia roja que la tiñe. Nula se siente dentro y fuera del mundo a la vez: y aunque está yendo hacia su casa para reunirse, como todos los días, con su mujer y sus hijos, cuya compañía le es realmente grata, desearía prolongar indefinidamente el trayecto para retardar el momento de encontrarlos, por temor de que lo que lo separa y lo aísla, de golpe, fuera del mundo, no se instale entre ellos cuando estén juntos.

Nula se acuerda del don de Lucía, de su facilidad inútil y tardía que no ha dejado en ellos ningún rastro aparte de una especie de vacío y, tal vez, de compasión mutua. La delicia legendaria que demoró tantos años en entrar en el tren laborioso y sin destino cierto del acaecer, se apagó de golpe esta tarde y desapareció para siempre de la constelación, engañosa y brillante, de lo que sin saber si late dentro de nosotros o en los rincones remotos de lo Exterior, llamamos deseo. Durante años, Nula creyó que Lucía seguía encarnando la perennidad de esa leyenda que pudo forjarse porque hay materia, porque hay mundo, porque hubo primero energía, fuerza, y después masa, expansión, diversidad, por todas esas coincidencias inconcebibles, hacia combinaciones cada vez más intrincadas, pacientes y sin finalidad que hacen chisporrotear, en un flujo continuo, lo existente, sacando por fin a la luz del día esa chispa —él, Nula—, para ponerla una mañana en el bar de la esquina de Mendoza y San Martín, donde durante años estuvo el Gran Doria, y justo en el momento en el que se dirigía hacia la puerta, también a ese estudiante que lo había llamado para hacerle una pregunta sobre un manual de Derecho Público, lo que lo retardó los segundos suficientes como para que, al salir a la calle, se topara con la muchacha de rojo y sin saber por qué, empezara a seguirla.

JUEVES

DE CRECIDA

Soldi sonríe, pensativo:  as  que Tomatis le ha dicho eso? Debe hacer cuarenta años que no toma un colectivo, si lo tomó alguna vez, pero cada vez que alguien lo encuentra parado en alguna esquina esperando un taxi, porque no viaja más que en taxi, o alguna otra cosa, o nada, hace siempre el mismo chiste que, si logra hacer reír a su interlocutor, le procura, desde hace cuatro décadas más o menos, el mismo placer intenso: *Estoy esperando el colectivo pero tuve que dejar pasar varios porque todavía no iban demasiado llenos.*

Sentada al lado de Soldi en el asiento delantero, Gabriela también sonríe, pensando al mismo tiempo que, aunque parezca mentira, porque cuando salió al mundo desde el vientre de su madre, Carlitos ya estaba ahí, es la primera vez que escucha ese chiste. Soldi, con un codo apoyado en el volante inmóvil le oculta un poco al otro, al vendedor de vino que, desde su propio auto, una break, o semibreak, alargada color verde oscuro, con la ventanilla abierta, acaba de contarles su encuentro con Tomatis, la tarde anterior, en una esquina del sur de la ciudad. Los dos autos est n estacionados en sentido opuesto, muy cerca uno del otro, en el declive que lleva del asfalto al camino arenoso, porque se han cruzado justo en el momento en que ella y Soldi volvían de lo de Gutiérrez y el otro, Nula, estaba yendo para all  a entregarle unas cajas de vino, así que, con habilidad, los dos conductores han hecho coincidir las ventanillas y, bajando los vidrios y apagando el motor, se han puesto a conversar de auto a auto, el de Soldi apuntando hacia arriba, hacia el asfalto, y el del otro hacia el camino arenoso. Para verle la cara a Nula, Gabriela debe inclinarse un poco hacia adelante, lo que la contraría levemente, no únicamente porque eso la obliga a imponerle a su cuerpo una especie de contorsión, sino también

porque le parece que su actitud podría ser interpretada como el signo inequívoco de un interés excesivo —lo que no es el caso— por la conversación que, en un tono de ironía displicente y quizás demasiado estudiada, mantienen Soldi y Nula. Y mientras le oye decir a Soldi que justamente Gabriela y él tienen cita con Tomatis a las siete en el bar de Amigos del vino, Gabriela se distrae y mirando el cielo y el paisaje alrededor a través del parabrisas y de su propia ventanilla, piensa con desdén bondadoso que ese chismorreo es poco interesante y durante unos segundos se concentra en la siesta luminosa.

La lluvia de los últimos días limpió el aire, que se ha puesto transparente y tibio. El cielo es bien azul, y en la altura circulan desde la mañana, pero tan lentos que parecen inmóviles, espaciados, penachos monumentales de nubes blanquísimas. También el sol brilla como si el agua de los días anteriores lo hubiese lavado de toda impureza. Los primeros atisbos del otoño se han vuelto discretos, y la luz del principio de la tarde tiene un tinte primaveral. Y Gabriela piensa —tal vez lo que sabe de sí misma desde esta mañana la predispone a pensarlo— que el mes de abril se prepara a ofrecerles para los próximos días un suplemento inesperado de verano antes de la llegada definitiva del otoño. Soldi, Nula, y ella misma tienen puesta ropa clara y liviana, y el calorcito que ha empezado a hacerse sentir desde temprano, en unas horas más, o a más tardar a partir de mañana, podrá prescindir del diminutivo. Incluso un rato antes, cuando han estado tomando una copa al borde de la pileta de natación, antes de pasar a la mesa en la gran cocina fresca y bien equipada, no le hubiera disgustado entrar en el agua. Trabajaron con Gutiérrez desde las diez, y al mediodía, cuando se disponían a volver a la ciudad (Gabriela estaba impaciente porque quería llamar a Rosario y a Caballito para dar la noticia), Gutiérrez insistió para que se quedaran a comer, porque tenía en la heladera dos moncholos listos, los primeros del año según le habían dicho, que le habían regalado en Rincón, sacándolos vivos del agua en su presencia, hacía apenas un poco más de veinticuatro horas. Gabriela aceptó por varias razones: primero, porque le pareció que a Pinocho (Soldi) la invitación le había producido un placer intenso, después porque también a ella comer esos pescados míticos en las inmediaciones mismas de Rincón le resultaba una experiencia de lo más atractiva, sobre todo porque tenía mucha hambre, y por último, porque si se quedaban a almorzar, podrían trabajar todavía una hora, lo cual haría adelantar el proyecto, ya que de la historia de la vanguardia en la provincia que estaban preparando con Soldi, gracias a una beca común de investigación que habían obtenido en Buenos Aires, el precisionismo estaba

ocupando demasiado tiempo, demasiado volumen e incluso demasiadas energías, porque su historia había terminado mezclándose con sus propias vidas.

Cuando se pusieron a conversar de auto a auto, los moncholos fueron el primer tema que abordaron. *¿Se comieron los moncholos, mis moncholos?*, ha dicho Nula con indignación doliente y paródica, subrayando de un modo exagerado el posesivo, contándoles que el martes a la noche, después de haber caminado durante horas bajo la lluvia con Gutiérrez, justo cuando estaban por recompensarse con los moncholos al horno —esos mismos que ellos se acaban de comer— una visita familiar inesperada había desbaratado el proyecto de cena (él, Nula, ya había propuesto ir a sacar una botella de vino blanco del auto para colaborar con algo). Gabriela creyó intuir, a pesar del tono jocosos, cierta turbación en la manera de reaccionar de Nula, sin saber muy bien a qué atribuirlo, hasta que por fin terminó por pensar que podría tratarse de una ligera humillación, debida quizás a que Soldi y Nula se disputan, por esnobismo más que seguro, la preeminencia en lo relativo a la amistad con Gutiérrez, el extranjero que goza de un prestigio múltiple, gracias a sus años europeos, a su aparente riqueza y, sobre todo, a su existencia enigmática. Pero casi de inmediato la turbación de Nula ha desaparecido, igual que los pescados de la conversación, y Nula se ha puesto a contar su encuentro con Tomatis.

El instante que están viviendo es apacible, por no decir benévolo. Son jóvenes, los tres tienen menos de treinta años, gozan de buena salud, y han puesto entre paréntesis, igual que un polemista una objeción de peso que estará obligado a utilizar más adelante, el lado oscuro de la vida. Pinocho y Nula parecen estimularse mutuamente, en este momento, piensa Gabriela, a demostrar que están a sus anchas en el mundo. El ronroneo autónomo y salvaje que, cuando están solos, ocupa sus pensamientos, parece olvidado gracias a la conversación, en la que los dos se concentran para que las frases que intercambian salgan vivas y filosas y, aunque parecen espontáneas, han de haber sido elaboradas con precisión antes de resonar en el exterior, para desvanecerse de inmediato dejando un residuo inmaterial y aproximativo de sentido en la memoria. Con el ánimo imparcial y displicente de quien, por el momento, puede prescindir de ellos, pero también con discreción, Gabriela los estudia: el perfil de Soldi, oscuro y severo, a pesar de la risa que la barba disimula, contrasta con su sobrenombre infantil —Pinocho— que, más que seguro su madre, considerándolo al nacer como el muñequito más lindo del mundo, pero también como el más desvalido, le dio en los primeros días de su vida. Las dimensiones de su nariz y de sus orejas no se parecen en nada a

las de su modelo, y en cuanto al aspecto moral, Soldi es incapaz de mentir, de modo que su afinidad con el muñeco debe de corresponder a los sentimientos que Gabriela le atribuye a la madre, a menos que, hilando todavía más fino, suponga que, al darle el sobrenombre del muñeco (si de verdad se lo dio), la madre, rebelándose contra el sufrimiento del parto, la preocupación, la ansiedad por el hijo que la acompañaría hasta su muerte, haya tenido, sin darse cuenta desde luego, la tentación de negar la maternidad, dándole a su hijo el sobrenombre de un muñequito sin madre: *A menos que se trate de lo contrario y se haya considerado a sí misma como el hada hermosa y buena que le dio vida, con un golpe de varita mágica, al muñequito de madera*, formula Gabriela con toda claridad en su fuero interno, y en sus labios se imprime una sonrisa involuntaria, lo que incita a Nula a mirarla con cierta perplejidad desde el otro coche y a Soldi, a causa de la expresión de Nula, a girar la cabeza hacia ella con una sonrisa interrogativa, más visible en los ojos que en los labios apenas visibles entre la barba negrísima, enmarañada y metálica aunque cuidadosamente recortada.

—Nada, nada —dice Gabriela, para que ellos sigan intercambiando sus frases joviales y satisfechas, lo que le permitirá seguir observándolos. Reforzando su discreción, Gabriela estudia ahora al vendedor de vino: tiene una expresión simpática, abierta, un poco demasiado tal vez. ¿Habrà que recordarle que no está frente a dos clientes potenciales y que por lo tanto no vale la pena hacer tantos esfuerzos de seducción? Pero con un levísimo escrúpulo, Gabriela se dice que quizás lo juzga con demasiado recelo, y que existe también la posibilidad de que se trate de una manera espontánea de ser; además, es un viejo amigo de Pinocho, a quien oye nombrarlo con frecuencia. Se ve que le gusta vestirse bien, aunque eso puede deberse no a su inclinación personal, sino a exigencias laborales. Tiene el pelo castaño claro y el antebrazo, apoyado en el borde de la ventanilla abierta, está cubierto en el dorso por un vello más oscuro que el pelo, que probablemente el sol del verano le aclaró un poco, y que está cortado con aplicación. Y aunque se nota que se ha afeitado con minucia esta mañana, ya las mejillas, las mandíbulas y el mentón están oscurecidos por unas motitas de barba que despuntan en profusión en su piel sana, áspera y masculina —esa abundancia pilosa aunque controlada, tanto en el cabello, como en la barba, en el antebrazo y, Gabriela está segura, también en el pecho, se debe sin duda a que es turco, en fin, de origen árabe. Cuando hace algunas semanas se encontraron en el bar de Amigos del vino (si bien no es él el que lo dirige, va y viene detrás del mostrador, se sirve a sí mismo y a sus amigos,

aunque con prudencia comprensible no toca la caja y anota cada una de sus consumiciones), parecía muy enojado con Gutiérrez porque le había dicho que estaba con su hija, que él conocía de antes al parecer, y bastante bien, pero cuando Pinocho le dijo que tal vez fuese cierto, se calmó, aunque durante el rato que se quedó con ellos siguió inquieto y pensativo. Y cuando lo volvieron a cruzar unos días más tarde, ya había vuelto a ver a Gutiérrez para venderle vino y daba la impresión de haber recuperado la calma y el buen humor, como está ahora, si es verdad que su jovialidad no es profesional sino un rasgo auténtico. Un camión con acoplado que ella, distraída, no ha visto venir, pasa a toda velocidad en dirección a la ciudad y la sobresalta, no únicamente a causa del bramido del motor, y del estruendo que produce la masa enorme y pesada al desplazarse, sino también de las vibraciones del suelo, tan violentas que los dos coches estacionados en el declive que lleva del asfalto al camino de tierra arenosa, tiemblan y se sacuden. El camión y el acoplado, rojos, están cubiertos por una lona oscura cuyas puntas sueltas flamean a causa de la velocidad, y cuando los pasa, Gabriela puede leer, pintada en letras negras de imprenta, en la parte trasera del acoplado, la recomendación: VISITE HELVECIA, CAPITAL DEL AMARILLO. Los tres lo miran alejarse aunque a Nula, de espaldas al camino, le cuesta más trabajo, porque tiene que darse vuelta, aunque no del todo, para verlo achicarse y por fin desaparecer en dirección a la ciudad. Nula mira la hora en su reloj pulsera, pero no parece dispuesto a irse todavía. Y después de unos segundos de silencio, ya que el camión con acoplado ha interrumpido de un modo brusco la charla, Nula se estira hacia el respaldo del asiento para encontrar su mirada y le pregunta:

—¿Qué hay de nuevo sobre las vanguardias locales?

Gabriela vacila unos segundos antes de contestar, porque no esperaba la pregunta y porque hay una chispa de ironía en ella, pero por fin explica:

—Las informaciones convergen y, a decir verdad, coinciden bastante, por lo menos en ciertos puntos. Hemos dividido el estudio en tres épocas, y disponemos de testimonios diferentes para cada una: los años cuarenta, los años cincuenta y los años sesenta y setenta. Por suerte, hay bastante documentación.

Nula, afirmativo, sacude la cabeza, abriendo los ojos y apretando los labios, para mostrar que está prestándole una atención reforzada, a la vez respetuosa y reflexiva. La actitud le agrada a Gabriela, porque le parece que, dejando de exhibirse como alguien demasiado seguro de sí mismo, Nula es capaz de actuar con cierta docilidad. Por su parte, Soldi también se echa atrás, contra el respaldo del asiento, despejando el espacio en el que deben

encontrarse las miradas de los dos interlocutores.

—El problema se plantea con el jefe del movimiento, Mario Brando. Para unos, era un verdadero artista, para otros, un impostor —dice Gabriela.

—Bueno, pasó igual con tantos otros —dice Nula.

—Es cierto —dice Gabriela—. Pero muchos testimonios concordantes y dignos de fe se inclinan por la segunda posibilidad.

De los *muchos testimonios concordantes y dignos de fe*, Gabriela piensa sobre todo en el de Tomatis que, cada vez que se refiere a Brando lo llama, no sin sin cierta afectación, *ese miserable farsante* o, más simplemente, *el canalla de Brando*. Y le explica a Nula mientras Soldi, tieso contra el respaldo del asiento para no interferir en el campo visual, escuchando también con atención extrema, parece ir aprobando con ciertos matices de su mirada las palabras de Gabriela: para el segundo período, sobre todo la segunda mitad de los años cincuenta, tienen el testimonio de Gutiérrez justamente, que como trabajó en el estudio jurídico de Brando y Calcagno, y que, como Brando no se abstenía de darle todo el tiempo trabajo para la revista, es para ciertos aspectos de la cuestión inestimable. Para el primer período, lo tienen a Cuello, que dirigía una revista criollista en los años cuarenta, *Copas y bastos*; y para los años sesenta y setenta, a Tomatis entre otros, que dirigió un tiempo el suplemento literario de *La Región*, en el que dicho sea de paso nunca publicó una línea de sí mismo, pero que era una tribuna que Brando utilizaba con frecuencia. Pero hay también otros informantes, que fueron actores o testigos, o incluso las dos cosas a la vez, en las diferentes épocas. Después vienen las publicaciones, la revista *El río*, que dirigió Higinio Gómez a principios de los años treinta; las tres épocas de la revista *Nexos*, órgano oficial de los precisionistas; *Tabula rasa*, una publicación vanguardista que empezó a salir a mediados de los años cincuenta; *Espiga*, que publicaban los neoclásicos de la generación del cuarenta, y que en definitiva eran los competidores de los precisionistas porque, al igual que ellos, escribían principalmente sonetos; y por último, sobre todo en los años sesenta, *Catharsis*, la revista que sacaba el Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía de Rosario. Por supuesto que había mil revistas más que aparecieron en la provincia desde principios de siglo representando todas las tendencias del arte y la literatura, nacionales e internacionales, que ella y Soldi utilizan para su estudio general sobre los movimientos de vanguardia, pero las que acaba de nombrar tienen todas relación más o menos directa con el precisionismo. También están los suplementos literarios y las otras secciones de los diarios locales y nacionales. Y por último, un documento único, del que Tomatis tiene un

copia que ellos le dieron, y que piensan publicar en apéndice al final del libro que están escribiendo, pero en forma anónima porque el autor, que es también uno de sus principales informantes, un señor ya mayor que vive todavía en la ciudad, no desea aparecer por estar vinculado a las familias de varios miembros del movimiento. Es el fragmento de una tentativa de historia más o menos novelada, escrito a finales de los años setenta, *la década*, según las palabras del autor, *que condenó a los hombres de bien de todos los sexos, al silencio, a la reclusión, al exilio, al tormento y a la muerte.*

Un ruido familiar interrumpe las informaciones circunstanciadas de Gabriela: los cascos de un caballo acercándose al trote lento que golpean apagados contra el suelo arenoso y que, antes de darle tiempo de girar la cabeza, empiezan a subir el terraplén arañando un poco la tierra en declive con la que se mezcla el pedregullo que dejó el tendido del asfalto; el caballo y su jinete aparecen de pronto muy cerca del auto, a tal punto que, para ver al jinete de cuerpo entero, Gabriela tiene que sacar la cabeza fuera de la ventanilla. Y no se arrepiente, porque, con simpatía propia de una habitante de las ciudades, descubre una figura típica de los campos de la costa, tan magnificados en su imaginación juvenil, figura representada mil veces al óleo, a la acuarela o a lápiz o a tinta chinas o incluso en madera o en mármol, por toda clase de artistas plásticos, pintores o escultores, ilustradores y dibujantes, o recordada en verso y en prosa, en lengua culta o popular, cantada en chamarritas y litoraleñas, captada en movimiento en películas documentales o de ficción, turísticas o de denuncia social: un chico de diez o doce años, de piel y cabello oscuros, vestido pobremente y descalzo, que monta en pelo un caballito flaco y resignado, al que obliga a avanzar dándole de tanto en tanto unos golpecitos de talón en los costados o, con una rama verde, un barrido enérgico en la paleta. Al borde del asfalto el caballito se para, desconfiado, aunque ya ha debido de cruzarlo incontables veces en su vida, de modo que el cimbrón de la rama y el golpe de talón se vuelven más enérgicos, obligándolo a aventurarse por la ruta provincial, lo que cambia el ruido que producen sus cascos contra la materia dura y sonora del pavimento. Y cuando está del otro lado, en la banquina opuesta donde crecen los yuyos más tristes y polvorientos del mundo, el ruido de los cascos deja de resonar, creando un contraste evidente entre la proximidad del animal, sus movimientos, y el silencio en el que los ejecuta.

Gutiérrez, según Gabriela, que ha vuelto a entrar la cabeza, comprobando dicho sea de paso una diferencia de temperatura considerable entre el exterior y el interior del auto —el aire es más cálido aunque parezca

mentira afuera—, Gutiérrez da pruebas de una tolerancia extrema hacia Brando, sin ignorar para nada, sin embargo, sus rasgos de carácter. Parece confundir a Brando con su propia juventud, atribuyéndole al primero los supuestos valores de la segunda. Pero es un informante meticulado y honesto, y cuando tiene alguna duda, no vacila en consultar sus archivos personales para no cometer errores. Entre 1956 y 1960 más o menos, los años durante los cuales estudió derecho y trabajó en el estudio jurídico, se ubica el tercer y último período de la revista *Nexos*, durante el cual aparecieron tres números. La revista tenía cada vez menos que ver con el precisionismo y más con la carrera literaria y política de Brando que, aunque había sido agregado cultural en Roma durante los primeros años del peronismo, se fue alejando del gobierno hasta coincidir en 1955 con el golpe de Estado que lo derrocó. Gutiérrez es consciente del oportunismo de Brando, pero no parece molestarlo. Al principio, los precisionistas se reunían en un bar del centro que le quedaba a mano a todo el mundo, pero cuando Brando empezó a tener veleidades políticas, elegía lugares más discretos —según Tomatis, para lograr sus propios fines necesitaba un grupo de discípulos y de colaboradores literarios, pero como la mayor parte tenía una posición económica y social menos relevante que la suya, compartimentaba sus relaciones, ignorantes pero ricos y con poder, y sus discípulos, pobres pero útiles para su carrera literaria—. Gutiérrez, que reconoce sin esfuerzo la verdad de esa observación, no se muestra demasiado escandalizado: es como si los años, los hechos y los personajes de ese mundo evaporado hubiesen vivido una existencia mítica durante la cual, dibujados con líneas claras en la actitud inmutable que les había tocado representar, fuesen refractarios al cambio, al análisis y, sobre todo, a los juicios morales. Según Gutiérrez, hacia 1959, Brando estaba trabajando desde hacía un año en los problemas que planteaba la traducción de un soneto clásico a la terminología precisionista, lo cual es exacto, porque han quedado algunos ejemplos en el último número de la revista que apareció en marzo de 1960. Como informante, aparte de su memoria sorprendente y del placer personal que parece extraer cuando ella y Soldi lo incitan a explorarla, Gutiérrez presenta algunas virtudes suplementarias: la de ser capaz de seleccionar por sí mismo lo que podría interesarles, o su talento de observador social, casi etnológico, por lo menos en lo que se refiere a ese período. Después de más de treinta años de ausencia es capaz de describir el pequeño mundo en el que evolucionaban los poetas precisionistas, al cual él no pertenecía, con muchos matices inesperados pero útiles y una mezcla curiosa de indulgencia y sarcasmo. Le han oído decir cosas que, resumidas,

podrían transcribirse más o menos así: *Era un grupo heterogéneo de juristas ilustres y de empleados públicos, de liberales y de adictos a la misa de once, de mecenas ignorantes y de profesores secundarios, de peronistas, de conservadores y de radicales, de pobres y de ricos, capitaneados por un personaje ambicioso y sin escrúpulos, de una duplicidad visceral, y que hubiese merecido nuestro odio si sus ambiciones no hubiesen sido tan mezquinas y transparentes: obtener algún ministerio en el gobierno provincial, un puesto subalterno en alguna embajada y aparecer de tanto en tanto en los diarios nacionales. Su rasgo más deplorable era la avaricia, y aunque había heredado una fortuna de su padre, que se enriqueció a principios de siglo con una fábrica de pastas, y la había hecho fructificar en su estudio jurídico, siempre se las ingeniaba para hacerse pagar el café por sus discípulos, unos pobres diablos que cobraban sueldos de hambre en la Dirección de Catastro o en el Colegio Nacional. Pero tenía pasta de líder, y cuando se olvidaba de su dichoso precisionismo, podía ocurrirle que escribiese algún buen soneto.* En cuanto a su carrera política, según Gutiérrez, su apego inmoderado al dinero la interrumpió, porque en el 56, después de la Revolución Libertadora, le habían dado un puesto de subsecretario de algo, Gutiérrez no se acordaba bien de qué, pero Gabriela y Soldi ya sabían que era la Subsecretaría de Obras Públicas, y al año y medio nomás lo obligaron a renunciar, porque se había tomado algunas libertades con los fondos públicos.

—En los años setenta reflató —dice Soldi—. En el 76, su cuñado, el general Ponce, hijo del otro general Ponce, su suegro, que estaba a las órdenes del general Negri, jefe del distrito militar en la ciudad, trató de conseguirle un ministerio, pero Brando se echó atrás y se limitó a escribir algunos artículos justificando el golpe de Estado. Cuando Elisa y el Gato desaparecieron, Tomatis fue a verlo.

Una expresión intensa aparece en la cara de Gabriela. Por cierto que conoce la historia desde mucho antes de haber empezado a estudiar con Soldi el precisionismo y los otros movimientos de vanguardia de la provincia. Se trata de un asunto personal para ella que, aunque no conoció ni a Elisa ni al Gato Garay, no ignora los esfuerzos que debió hacer «Carlitos» —así es como lo llama a Tomatis desde que fue capaz de pronunciar algunas palabras, antes de su primer cumpleaños— para ir a verlo a Brando y pedirle que interviniese en favor de sus amigos desaparecidos. Todo eso forma parte de su historia familiar: oyó muchas veces en aquellos años a sus padres comentarlo en voz baja y mucho más tarde, a su vuelta de los Estados Unidos, donde fue a terminar sus estudios de letras, Tomatis mismo

se lo contó, no como una historia trágica, sino sarcástica más bien, en la que el tema no era la desaparición de sus amigos sino la personalidad de Mario Brando.

Desde el otro coche, Nula estudia con curiosidad la expresión de Gabriela, al mismo tiempo que la considera, en forma sinceramente desinteresada, en todo caso en el plano consciente, como objeto sexual. Un rato antes le ha parecido que ella lo observaba de la misma manera, pero ya ha aprendido, después de su casamiento sobre todo, que esa estimación, cuando la emprenden, las mujeres la hacen por simple rutina, y a menudo cuando no se sienten para nada implicadas en la cuestión, de modo que es la impresión de haber sido observado por ella un rato antes lo que lo autoriza a considerarla desde un punto de vista sexual. Tiene una carita rellena y atrayente, enmarcada por un pelo castaño relativamente crespo y su mirada es vivaz y móvil. Debajo de la piel bastante oscurecida por el verano reciente, un rubor leve le apareció en las mejillas a causa de su expresión súbita que la hizo fruncir fugazmente los labios, chispear primero los ojos y después entrecerrarlos, e inmovilizar la cabeza, igual que si se hubiese reconcentrado en sí misma por el asalto de la antigua indignación. Pero en seguida se domina y, volviendo al presente, adopta un aire indolente y mundano y se dispone a proseguir. Nula la compara con su propia mujer y encuentra algunos puntos de contacto, aunque más no sea, porque tienen más o menos la misma edad y vienen del mismo medio social, aunque le parece que Diana controla mejor sus emociones. Anoche, por ejemplo, al volver a su casa, después de haber estado con Lucía en Paraná y haber visitado a un par de clientes en la ciudad, resultaba evidente que Diana hubiese querido tener más detalles sobre la manera en que él, Nula, había empleado su día, pero sabía que de ningún modo se rebajaría a preguntarlo, y él no podía dárselos porque, en su escala moral, de lo más subjetiva a decir verdad, el silencio resultaba todavía tolerable pero no la mentira. Después de comer, se habían divertido mucho seleccionando versos de Omar Kayam para utilizarlos con fines publicitarios, y lo que más los había hecho reír era lo difícil que resultaba la tarea, porque el elogio del vino siempre viene acompañado en las *Rubayatas* por la reprobación violenta de alguna otra cosa, poder, religión, conformismo, muerte, temas excluidos de antemano del lenguaje publicitario, y aunque Américo se declara agnóstico, tiene el suficiente sentido común para darse cuenta de que un mensaje comercial no debe ofender las creencias de nadie. Pero a él y a Diana no les costó mucho esfuerzo entender que el tono de tolerancia ecuménica que reina en el discurso oficial, en todos los rincones del planeta, tiene las

mismas características que la publicidad comercial. Por ejemplo, una estrofa decía: *Esta noche, dos copas de vino, / me harán dos veces rico*, lo cual es conforme a los fines publicitarios, pero el tercer verso, *aunque antes rechazaré la razón y la religión*, resultaba inadmisibles en un mensaje comercial porque ofendía las veleidades racionalistas y los sentimientos religiosos del consumidor. Otro verso, *sin vino no es posible vivir ni arrastrar este cuerpo*, también era inutilizable porque la ficción publicitaria sobre el alcohol pretende que el vino es un puro placer que produce la alegría del instante sin crear ninguna dependencia. Tampoco podían seleccionarse estrofas entre las tantas en las que Kayam se refiere a la muerte, cuya proximidad en los versos daría una imagen negativa del vino, así que se divirtieron entrecortando los versos y volviéndolos a ordenar de tal manera que ninguno de los factores contraproducentes de la estrofa figurase en su utilización publicitaria. Pasaron un buen momento después de la cena, y cuando se fueron a la cama estuvieron a punto de hacer el amor, pero a último momento Diana prefirió abstenerse. Nula se durmió contrariado, no porque la deseara excesivamente esa noche, sino porque sin darse mucha cuenta de lo que sentía, creía que un acto sexual con ella borraría las consecuencias del que había realizado a la tarde con Lucía, y lo arrumbaría más rápido en el pasado: es víctima de esa superstición cada vez que tiene relaciones extra-conyugales.

Desde la posición de privilegio que le otorga el haber tenido contactos eróticos con dos mujeres jóvenes y hermosas el día anterior, Nula se felicita de juzgar a Gabriela Barco en tanto que objeto sexual en forma imparcial y desinteresada. No se le ocurre pensar que a Gabriela le sucede lo mismo, y que incluso tiene razones de mayor peso que le autorizan sin esfuerzo esa prescindencia: habiendo alcanzado el objetivo principal de toda práctica amorosa, los beneficios secundarios que se reciben de ella han sido momentáneamente descalificados y la infinidad de hombres que hubiesen podido ofrecérselos se apelmazan en una muchedumbre asexual, de la que únicamente sobresale José Carlos, su compañero economista, de Rosario, que, en los dos o tres abrazos concienzudos y amables del mes anterior, logró colocar la semilla de lo que, esta mañana, una vez conocidos los resultados de los segundos análisis, la hechiza y la encanta, empezando a envolverla, por lo que dure el proceso que acaba de iniciarse, en un sistema transitorio, autosuficiente, y desde varios puntos de vista, inaccesible a los demás. El recuerdo de este detalle pone en sus pupilas color té un brillo tan diferente del que su furor retrospectivo acaba de encender, que Nula desvía durante unos segundos la mirada, desconcertado, mientras Soldi, que lo ha

estado observando, sin abandonar la rigidez de su posición, con la espalda bien apoyada contra el asiento para no interceptar el campo visual de los dos interlocutores, trata de mirar de reojo a Gabriela sin descubrir en su cara nada en particular. De modo que cuando Nula vuelve a encontrar su mirada, de la que ya todo vestigio de emociones ha desaparecido, Gabriela continúa: según Gutiérrez, dice, Calcagno le había dado el empleo en el estudio jurídico para aliviar su propio trabajo, pero ya al mes de empezar, Brando le confiaba tareas que tenían que ver con el movimiento precisionista y, sobre todo, con su carrera personal, así que al poco tiempo se convirtió en una especie de secretario privado; no solamente se ocupaba de la revista, de convocar las reuniones, de las actas del movimiento, sino que también le pasaba a máquina los poemas y los artículos a su jefe y de vez en cuando le escribía hasta la correspondencia personal. Gutiérrez afirma que Brando escribió muchos poemas que no tenían nada que ver con la estética precisionista y que a su juicio eran mejores que los que publicaba, pero ella y Soldi no habían podido comprobarlo, porque la familia —su mujer vivía todavía y sus dos hijas, casadas con oficiales de marina, se habían mudado al Sur— se negó a colaborar con ellos e incluso a recibirlos, y aparte de algunos poemas preprecisionistas escritos en la adolescencia y publicados en la página literaria dominical de *La Región* y en algunas revistas estudiantiles, no quedaba rastro de sus poemas no vanguardistas. Gutiérrez citaba de vez en cuando el primer verso de un soneto en alejandrinos que según él, que parece ser el único que lo leyó, se llamaba *A una pera*, y que decía, dice Gabriela concentrándose unos segundos para acordarse con exactitud del verso que está por citar: *Jugosa encarnación fugitiva del todo*. Cuando oye el verso, Soldi, distendiéndose y volviéndose hacia Nula, como si se hubiese despertado de un sueño corto, lleno de una euforia liviana y decidida, interrumpiendo a Gabriela Barco sin tomar la precaución de avisarle, y en voz tal vez demasiado alta a causa de su excitación repentina, interviene: *Gutiérrez también se acuerda del primer endecasílabo de un soneto precisionista* —dice casi gritando, con el tono de proferir una revelación— *que aparentemente nunca terminó o publicó. El verso según Gutiérrez dice*, dice Pinocho: *El escarpelo rasga el epitelio*. Y sacudiendo la cabeza y echándose a reír, para nada molesta por la interrupción inesperada de Soldi, Gabriela repite: *El escarpelo rasga el epitelio*. Lanzando una risita sarcástica, corta y casi inaudible, Soldi aplasta otra vez la espalda contra el asiento, y se queda silencioso.

Para Carlitos —en su fuero interno Nula, que lo conoce menos íntimamente que sus interlocutores, después de una vacilación ínfima

traduce: *Tomatis*—, la afirmación de Gutiérrez de que Brando, a pesar de sus declaraciones intransigentes y de sus manifiestos ultra-dogmáticos, escribía poemas no precisionistas en secreto resultaba verosímil, primero porque el doble discurso le era connatural, y también porque si el buque del precisionismo se venía a pique, con todos los ingenuos que había atraído al movimiento, él tendría ya preparado el salvavidas de sus versos tradicionales. De todas maneras, en la opinión de Tomatis, Brando era un vanguardista de lo más dudoso, porque con su pretendida renovación del lenguaje poético por medio del vocabulario científico —primer postulado teórico del precisionismo— se la pasaba todo el tiempo calumniando al verso libre y asegurado que el metro y la rima tradicionales debían ser el instrumento principal de la escuela precisionista porque, como la música, constituían una síntesis de la armonía y de las matemáticas. Según Tomatis, los precisionistas eran los únicos poetas vanguardistas *de todo el planeta, y probablemente de todo el sistema solar, y aun del universo conocido*, agregaba a veces lanzando una mirada vaga y desconcertada a su alrededor, que entre 1945 y 1960, afirmaban que la renovación del soneto era la tarea fundamental de toda revolución literaria. Siempre se burlaba de ellos diciendo que sus textos canónicos eran la revista *Ciencia popular* y el diccionario de la rima. Y aún hoy se niega a considerar seriamente a Brando y a sus seguidores, e incluso, aunque no lo reconozca, permitiéndose una concesión fugaz que podría interpretarse como una crítica velada al paladín intelectual del precisionismo, a «Carlitos» Tomatis *lo irrita bastante que Pinocho y yo le demos tanto espacio en nuestro libro al movimiento*.

—No podemos ignorarlo —dice Soldi, distendiéndose en su asiento, dirigiéndose a Nula pero volviéndose de tanto en tanto hacia Gabriela como para pedirle aprobación a cada enunciado importante que profiere—. En los años cuarenta, el movimiento produjo bastante revuelo, incluso en el plano nacional. Brando publicaba regularmente artículos en *La Prensa* y en *La Nación*. Cuello, que es nuestro principal informante para esa primera época, y que, sobre todo por razones políticas, piensa más o menos lo mismo de Brando que Tomatis, reconoce que la vida cultural de la provincia fue realmente sacudida por la llegada del precisionismo. Como todas las vanguardias declarativas tenían a casi todo el mundo en contra, y el grupo de Cuello sobre todo, realistas más bien rurales que practicaban una especie de costumbrismo social, polemizaba todo el tiempo en la revista *Copas y bastos* con los precisionistas. Lo curioso del asunto es que a partir del cuarenta y seis, Cuello y Brando pertenecían al mismo partido político que acababa de llegar al poder, pero en tanto que uno era casi un proletario, el

otro era un burgués aristocratizante, al que algunos incluso tildaban de fascista. La revista de Cuello tomaba el nombre de dos versos del Martín Fierro: *En oros, copas y bastos/ juega allí mi pensamiento*, pero el editorial colectivo del primer número declaraba —y Soldi se echa a reír antes de citar la frase—: *Copas para compartirlas con los amigos y bastos para los que nos quieran salir al cruce. ¿Qué te parece?*

—Ni más ni menos agresivos que Breton y sus amigos, nuestros criollos —dice Nula, complacido de ver que no solamente a Soldi sino también a Gabriela le motiva una sonrisa involuntaria la comparación.

Y Soldi continúa: la mejor revista literaria que conoció la ciudad fue *El río*, que publicaba Higinio Gómez a principios de los años treinta, antes de irse a Europa. Como la pagaba de su bolsillo, dice más o menos Soldi, cuando se fue de la ciudad la revista desapareció, y cuando volvió unos años más tarde no le quedaba un cobre, así que se quedó en Buenos Aires y entró a trabajar en *Crítica*. Pero según Soldi, en los años cuarenta, de las tres principales revistas literarias que salían más o menos regularmente, *Nexos*, el órgano oficial de los precisionistas era la mejor. *Espiga*, que editaban los neoclásicos, a diferencia de la de Cuello y sus amigos, estaba en competencia directa con la revista de Brando. Un poco más tarde, a mediados de los años cincuenta, empezó a salir una hoja mensual ultravanguardista, *Tabula rasa*, de la que Washington, que acaba de salir de una temporada en el psiquiátrico, había dicho una vez más o menos esto: *Una idiotez sin signos de puntuación sigue siendo una idiotez, pero en el caso presente a pesar de estar redactada toda con minúsculas, se trata de una idiotez mayúscula*. Las otras dos revistas, *Espiga* y *Copas y bastos*, eran anteriores a *Nexos*, que empezó a aparecer en 1945, de modo que su irrupción sacó al mundillo literario local de su somnolencia. Fue un despertar brusco y desagradable: Brando y los suyos, con la estética radical y excluyente que reivindicaban, venían a demostrar su inexistencia. Según Soldi, en las réplicas defensivas de las revistas que los precisionistas atacaban, e incluso en las reminiscencias actuales de Cuello, que es sin embargo un anciano calmo y ponderado, afloraban la indignación y el resentimiento. Los manifiestos precisionistas eran vividos como ofensas personales, y si la novedad de las teorías que propalaban los sumía en el desconcierto y los hacía sentirse pasados de moda, el tono de certidumbre absoluta con el que las formulaban parecía demostrar sin error posible que ellos hasta ese día habían vivido equivocados. Esa novedad ruidosa, celebrada por muchos y comentada en la radio, glosada con admiración en la prensa, discutida en paneles y en conferencias, en debates universitarios,

acogida con asiduidad por los diarios de Buenos Aires e incluso de Montevideo o de Santiago de Chile, tenía algo de ofensivo, parecía querer sustituir no una revista por otra, no una estética pasada de moda por otra más novedosa, sino un universo provincial y apacible, donde cada acto y cada objeto estaban repertoriados y clasificados, por otro hasta ese momento desconocido, regido por leyes que hasta entonces ignoraban y que llegaba para modificar su propia esencia, como si criaturas flamantes, perfectas y nunca vistas viniesen a desenmascararlos en tanto que seres aleatorios, inacabados y arcaicos. Se habían acostado sintiéndose artistas y pensadores, y se despertaban provincianos ignorantes y trasnochados. Con sus doctrinas perentorias, los ataques precisionistas minaban no únicamente lo que ellos escribían, sino también lo que habían creído ser hasta ese momento. Y, según Soldi, los testimonios convergentes que Gabi y él habían podido recoger para el trabajo de investigación que habían emprendido eran inequívocos; los conflictos y los rencores se habían prolongado durante casi cincuenta años, porque incluso habían seguido existiendo con la misma virulencia después de la muerte de Brando —de un cáncer en el colon, en 1981—, como lo probaban las reacciones de Cuello y de Tomatis, que tenía razones más que válidas para detestar a Brando, y sobre todo del texto más o menos novelado escrito por el cuarto informante, el anciano que estuvo mezclado con todas esas historias durante más de tres décadas y que prefiere mantenerse en el anonimato.

Soldi para de hablar y se queda pensativo, como si estuviese buscando algo que añadir. Su barba ensortijada y negra, bien recortada, pero que arranca de las patillas para cubrir las mejillas casi hasta los pómulos, todo el labio superior, y se extiende después debajo de las mandíbulas tapando toda la piel hasta el arranque del cuello, deja un claro exiguo alrededor de la boca que, a pesar del silencio que acaba de hacer su propietario, ha quedado entreabierta, disponible quizás para el uso que quiera darle, una vez que hurgando en los pliegues móviles, inestables y bastante caprichosos de la memoria, encuentre en ella la continuación apropiada de lo que ha estado refiriendo, y la orden le llegue a los órganos capaces de transformar los recuerdos en palabras, en materia sonora, y expulsarlos al exterior. Pero en realidad, Soldi se ha distraído de su relato, porque un pensamiento singular, que ya tuvo otras veces, ha atravesado el tablado exiguo pero claro de su mente ocupándolo en su totalidad: en medio de consideraciones literarias que Nula parece escuchar con atención sincera, Soldi piensa en las consecuencias extraliterarias que pueden tener para las personas involucradas como dicen, todos esos conflictos, rupturas, traiciones,

enemistades, odios, agresiones verbales e incluso físicas, calumnias, delaciones, crueldades, suicidios; y todo eso por querellas de léxico, de formas, de tópicos literarios, de espacios periodísticos o radiales. Soldi sabe que ha habido una historia entre el hijo de un amigo de Cuello, un muchacho ingeniero, y la hija de uno de los precisionistas, y que las respectivas familias habían hecho todo para interrumpir el noviazgo. Uno de los redactores de la revista *Espiga*, del que se decía que lo atraían sexualmente los niños, había terminado suicidándose, sin que quede claro si era su sentimiento de culpabilidad la causa, o los rumores que, por indiscreción o por saña, hacían circular algunos miembros de otros grupos literarios, e incluso del suyo propio. Gutiérrez les contó que una vez que debió acompañar a un precisionista a un programa de radio, al salir del estudio dos poetas neoclásicos que estaban esperando en la antesala para entrar después de ellos, empezaron a pegarle al precisionista y tuvo que venir el personal de la radio a separarlos, y que en razón de haber sido presentado por Brando, de un modo ambiguo, como un miembro del grupo, cuando en realidad no era más que un pinche del estudio jurídico, también él, Gutiérrez, había recibido por teléfono, varias veces, insultos y amenazas. Cuello afirma que Brando denunciaba en forma anónima a los partidarios del realismo social, acusándolos de comunistas y Tomatis, que reconoce no tener, aparte de la afirmación de Cuello, ningún otro testimonio y sobre todo ninguna prueba, sostiene que debe de ser verdad, porque si Cuello hubiese sido un hombre capaz de difundir semejante calumnia sin tener algún fundamento, no hubiese podido ser amigo de Washington Noriega durante más de cuarenta años, y por otra parte a él, a Tomatis, le parece que esas delaciones, probablemente indirectas, y sin duda anónimas, encajan bien con la personalidad de Brando. A Soldi le resultan increíbles todas esas historias, pero las informaciones que han recogido son dignas de fe. El autor del texto, que es un señor ya bastante mayor, y que les ha hecho prometer mil veces que no mencionarán su nombre, cuando habla de Brando y sus amigos tiene un tono sarcástico y, también, de indignación contenida: cincuenta años de rumiar las mismas afrentas y ruindades sufridas no dan la impresión de haber sido suficientes para terminar de digerirlas. Pero ni a Gabi ni a él los regocijan esas historias, más bien los agobian. Como vive bastante aislado y lleva por temperamento una vida bastante misteriosa — únicamente Tomatis sabe que Soldi tiene desde hace tiempo una relación amorosa con una mujer casada, mucho mayor que él—, su inclinación por la literatura no se mezcla con las contingencias humanas, y está hecha exclusivamente de textos, de ideas, de formas, que no dan cabida a las

anécdotas, a los chismes, ni siquiera a las biografías. En esa relación casi abstracta, le resulta difícil concebir que una diferencia estética pueda generar rencores y no conceptos, y que una obra realmente lograda suscite otra actitud que no sea la admiración. Toda esa escoria que han ido recogiendo a lo largo de su investigación lo avergüenza, y aunque de tanto en tanto le refiere esos episodios a algún otro, cada vez que lo hace se siente vulnerable, como si también él hubiese cometido alguna bajeza, traicionándose a sí mismo en primer lugar, pero sobre todo a esos objetos férreos y resplandecientes, un poco extraños, hechos de palabras tan diestramente asociadas, que parecen más duraderas que la fugacidad versátil, contingente y sin sentido de la materia.

Pacientes, Nula y Gabriela Barco esperan durante esos segundos de vacilación, y Nula mira a lo lejos, hacia el norte, el cielo azul que se junta con la línea verde, irregular a causa de los arbustos y de los árboles que la entrecortan, del horizonte, del que parecen surgir las grandes masas blancas de las nubes espaciadas y en apariencia inmóviles suspendidas en muchos puntos del cielo, vasto y azul. El camino arenoso que arranca justo abajo del terraplén, es ligeramente oblicuo respecto a la horizontal azulada del asfalto, y a unos trescientos metros más o menos se pierde en un fondo vegetal cuyo follaje verde, oscurecido por la distancia, se traga, abrupto, la cinta amarilla de la que los bordes rectos que la delimitan han ido convergiendo hasta casi tocarse por un efecto de perspectiva. Nula piensa: «El horizonte, paradigma de lo exterior, resulta en realidad de una imposibilidad humana; y las paralelas se juntan no en el infinito, sino en nuestra imaginación. Buena parte del mundo existe porque yo existo. Tendría que anotar esto en la libreta pero lo dejo para más tarde —no tengo que olvidarme— porque si lo hago delante de ellos me veré obligado a darles alguna explicación y si les digo la verdad puedo parecerles pedante». Pero, contrariamente a lo que acaba de decidir, mete la mano en el bolsillo interior del saco y extrayendo la libretita de hule negro, la abre; debajo de la última anotación que escribió ayer en Paraná, casi a la misma hora, al salir de lo de Lucía —*El caos percibido como armonía por deficiencia sensorial. Vuelo de mariposas*—, dejando un renglón y trazando una raya horizontal breve en medio del renglón para separarla de la anotación siguiente, bajo la mirada intrigada pero discreta de Gabriela y de Soldi, después de meditar unos segundos como si hubiese estado solo, apoya la libreta sobre la barra transversal del volante y sin apurarse para nada escribe: *Ilusión óptica y realidad exterior (Horizonte, paralelas, etc.)*. Cuando termina, cierra la libreta y la vuelve a guardar en el bolsillo interior del saco, y después, apretando el resorte de la

birome para hacer desaparecer la punta dentro del tubo de metal que protege la carga de tinta, la introduce, vertical, en el bolsillo, y enganchando el clip en el borde del bolsillo la inmoviliza. Después levanta la cabeza y encuentra la mirada de Gabriela y la de Soldi sobre todo, que expresa una mezcla de curiosidad, de asombro y de satisfacción vaga aunque inexplicable.

—No —dice Nula—. Me acordé de un pedido que me hicieron esta mañana por teléfono y prefiero anotarlo para no equivocarme.

Gabriela parece satisfecha con la explicación levemente precipitada de Nula, pero Soldi, escéptico, frunce la frente y, en tanto que los extremos interiores de sus cejas negras se reúnen en el arranque de la nariz, los exteriores se elevan hacia las sienes. Soldi se vuelve hacia Gabriela.

—Desconfíale —dice—. Está preparando una ontología del devenir.

—Nada menos —dice Gabriela.

—Alguno tenía que sacrificarse y resolver de una vez por todas ese problema —dice Nula con suavidad, entornando los párpados para subrayar de manera teatral su modestia de mártir de la filosofía, lo que parece regocijar a sus interlocutores. Aunque se siente halagado por esa acogida, prefiere, por lo que en su fuero interno considera un gesto obligatorio de cortesía, interrogar a Soldi sobre *el* punto cautivante en el que éste ha interrumpido su relato: el señor muy mayor que sabe tanto sobre todas esas escaramuzas literarias. ¿Cómo supieron de su existencia? ¿Cómo llegaron hasta él? ¿Cómo entraron en confianza? ¿Cómo lograron que les diera una copia del texto y cómo lo convencieron de que realmente iban a preservar su anonimato?

—Mi tía Ángela, la hermana de mi madre —dice Gabriela—. Son íntimos amigos. Ella nos lo presentó. En realidad, la idea del trabajo sobre la vanguardia nos vino después de conocerlo, ¿no es cierto, Pinocho?

Nula cree percibir, en la mirada fugacísima que cruzan Soldi y Gabriela, un destello de connivencia, de complicidad tal vez, y por cierto, no se equivoca. Gabriela ha decidido omitir en su explicación que, décadas atrás, su tía Ángela estuvo enamorada del autor del texto anónimo sobre el precisionismo, pero él tuvo que explicarle que, aunque ella era la persona que más quería en el mundo, las mujeres no eran su fuerte. La tía quedó soltera, y vive con su amigo, desde hace años y años, una relación platónica. Esos detalles, fuera de la familia, únicamente Soldi los conoce, y nunca serán revelados por él, lo que explica que, después de la mirada de inteligencia que acaban de cruzar con Gabriela, se produzca un silencio ligeramente incómodo. A decir verdad, las últimas frases irónicas que vienen intercambiando tratan de disimular que el interés de la conversación

empieza a decaer. Es difícil saber la causa de esa evolución en ciertos diálogos que de pronto se animan, se mantienen un momento en un plano de intensidad y después, de un modo gradual, e incluso a veces bruscamente, declinan y se apagan. Es cierto que hablar es una actividad física y que, por lo tanto, al cabo de cierto tiempo, cansa; transformar pensamientos en palabras, cuando a menudo son de esencia diferente, ejercer la actividad respiratoria y muscular que exige la práctica del lenguaje, produce una fatiga de lo más explicable; pero la tensión mayor viene del esfuerzo que supone poner entre paréntesis el ronroneo interno, sujetarlo, disimularlo para adaptarse a lo exterior, esos dos infinitos diferentes y opuestos que sin embargo se nutren uno del otro, existen porque su opuesto existe y al mismo tiempo, tarde o temprano, recíprocos, se aniquilan.

A la nohcecita, dice Soldi cambiando de tema, tienen cita con Tomatis en Amigos del vino. ¿Él, Nula, vendrá también? Por qué no; ahora mismo la llama a Diana para que también ella, si está libre, sea de la partida. Nula saca el teléfono móvil del bolsillo lateral del saco, pero Soldi le hace una seña de despedida sacudiendo la cabeza —Gabriela se ha recostado contra el asiento— y, haciendo girar la llave de contacto, pone el coche en marcha. Sorprendido, Nula se inmoviliza con el teléfono en la mano, mostrando una sonrisa tan indecisa e interrogativa que Gabriela, encogiéndose de hombros, le hace un gesto de impotencia y, dándose vuelta hacia él, cuando el coche sube al asfalto, le hace un saludo afable con la mano.

—¿Por qué tanto apuro? —dice.

—¿Apuro? —se inquieta Soldi, sorprendido.

—Tu amigo no pensaba que íbamos a irnos tan pronto —dice Gabriela.

—Me vine por discreción, para no asistir a un diálogo conyugal —dice Soldi—. Y además, estábamos bloqueando la calle desde hacía un buen rato.

—Fue una retirada rebrusca —dice Gabriela—. Pero si no es más que eso.

Y, torciéndose en el asiento, mira hacia atrás para comprobar que, en el declive que arranca del asfalto, la break, o semibreak alargada color verde oscuro empieza a bajar hacia la calle arenosa. Enderezándose de nuevo, ausente durante unos segundos de lo exterior, sigue representándose en su imaginación la forma verde oscura que avanza con lentitud por la calle y que, al llegar a la primera esquina —en realidad, en uno de los lados de la calle hay únicamente campo y en el otro, dos o tres casitas de material en medio de unos terrenos arbolados—, dobla hacia la derecha y, rodando unos

veinte metros, se para junto al portón blanco en lo de Gutiérrez. Como una imagen emitida por una fuente externa, ajena a su voluntad, la escena fugacísima salida, porque sí, de lo oscuro, se interrumpe de golpe, inadvertida casi, a pesar de su nitidez, para la conciencia misma en la que se ha desplegado; y Gabriela contempla de nuevo, con una especie de euforia atenuada, el paisaje que desfila hacia atrás o que viene al encuentro del coche que va tomando gradualmente velocidad. A los costados del camino, más allá de los yuyos polvorientos de la banquina, las casitas modestas de ladrillos sin revocar alternan con algunos ranchos y, de tanto en tanto, con casas más terminadas, revocadas y pintadas de blanco, con techos de paja instalados con cuidado, y también de tejas, con un jardincito a los costados o al frente, árboles frutales y otros más grandes para dar sombra, eucaliptos o acacias, moreras o paraísos que han atravesado el verano conservando un follaje todavía tupido. Toda la vegetación, incluso los sauces que abundan por la proximidad del río, y que amarillean antes que los demás, siguen verdes, y en los jardines las flores rojas de los hibiscos, y las de otras especies del mismo color, vibran en la luz plena de la siesta, que las masas espaciadas y enormes de nubes blancas ni siquiera interceptan, huyendo del sol todavía alto y diseminándose en el aire lavado por la lluvia de los últimos días. De tanto en tanto, bajo los árboles, se ve gente sentada alrededor de una mesa, terminando de comer a la sombra. Muchas son casas de fin de semana, no necesariamente las más terminadas y confortables, y algunos ranchos, blanqueados a la cal y mantenidos con esmero, exhiben una especie de elegancia local, que les viene de la vegetación intrincada, antigua y diversa que los protege, los adorna y los individualiza. Piletitas celestes de natación, porque las grandes están en Rincón mismo o en el barrio residencial no inundable donde vive Gutiérrez, de plástico, ovaladas, o de formas menos clásicas, semejantes a un trébol de cuatro hojas por ejemplo, se ven de tanto en tanto en los patios traseros, lo mismo que hornos esféricos de barro asentados sobre una base cúbica de ladrillos, parrillas al aire libre o protegidas por un guincho, alambre en el que relumbra, inmóvil, ropa tendida, alguna moto apoyada contra un árbol, un coche viejo o un camioncito estacionados en la entrada, entre la ruta y los jardines delanteros, gallineros, corrales, baldíos donde tasca algún caballito o alguna vaca, pájaros que vuelan de árbol en árbol, o que salen del follaje para asentarse en los cables eléctricos o en los postes que se suceden a intervalos regulares a lo largo del camino o, volando rápido, para ir disminuyendo de tamaño y desaparecer de golpe en un punto cualquiera del cielo en dirección al río. Esa parte de la costa, cercana a la ciudad, en la época en que sus padres y

los amigos de sus padres, Tomatis, los mellizos Garay, Pancho Expósito, eran jóvenes, estaba menos poblada y, aparte de Rincón, era considerada como inhospitalaria y salvaje. Desierta y pobre, la zona había sido recuperada lentamente a lo largo de los años, primero por los ranchitos tirados al voleo en el campo, después por criaderos industriales de pollos, ladrilleros, acopiadores de pieles de nutria, de conchilla y de pescado, más tarde por centros recreativos de gremios y otras instituciones, clubes de caza y pesca o de bochas, colonias infantiles y por último habitantes de la ciudad que compraban un terrenito por unas chirolas y, según sus medios, construían con sus propias manos o hacían construir un rancho o una casa de material, cuando no un chalecito más pretencioso rodeado de árboles. En el estado de New Jersey, adonde Gabriela fue a terminar sus estudios de letras, únicamente en las grandes ciudades se mezclan de tanto en tanto la opulencia y la pobreza, pero en cambio en la costa, en las inmediaciones de Rincón por lo menos, adonde el auto está llegando, los ranchos miserables de las afueras y las casas coquetas de fin de semana conviven sin antagonismo aparente. A partir de Rincón, en el camino a la ciudad, las calles arenosas que arrancan del asfalto en dirección al campo o al río, a la derecha o a la izquierda de la ruta, están cada vez más pobladas, y cada dos o tres kilómetros, en La Toma, en la Beba, en Callejón Freyre, donde está el motel de la Arboleda, hay un brote de comercios, carnicerías, panaderías, mercaditos, artículos regionales, viveros, kioscos de cigarrillos, locutorios, almacenes y despachos de bebida. Y a lo largo del camino, hasta La Guardia e incluso hasta la entrada del puente sobre la laguna, carteles rudimentarios de lata o de madera de cajón pintada, ofrecen fruta, pescado fresco o carnada. En medio de su euforia, Gabriela suspira, interiormente: el lugar mítico, mentado en textos y en tradiciones orales, que desde su infancia frecuentaban sus padres y los amigos de sus padres, se ha vuelto un suburbio populoso de la ciudad, a tal punto que han debido ensanchar el camino de asfalto e instalar un par de semáforos en los cruces más frecuentes; según Soldi, los domingos a la noche se producen verdaderos embotellamientos a causa de la gente que vuelve a la ciudad. Para rematar la cosa, en los pantanos vecinos de La Guardia, debidamente apisonados y acondicionados, han hecho florecer, de la noche a la mañana, el anacronismo chillón del *súpercenter*. Pero sonriendo y entrecerrando los ojos, sintiendo el sol que entra por el parabrisas a entibiarle la cara, piensa que el buen tiempo, por suerte, en todo caso por ahora, no lo pueden cambiar.

Soldi no les presta atención, ni a Gabriela ni a los supuestos atractivos

del camino. Está acordándose, analizando más bien la mañana que han pasado con Gutiérrez, la entrevista primero, que empezó en el interior, continuó en el fondo del patio, bajo los árboles, y se prolongó cerca de la pileta de natación, mientras tomaban una copa de vino blanco antes de entrar a almorzar en la cocina. Él, Soldi, con una especie de precipitación infantil se sentó en la perezosa de lona amarilla, que atrajo su mirada desde el principio, y se instaló en ella mientras los otros seguían todavía parados, porque durante unos segundos lo asaltó el temor de que Gabi o Gutiérrez la ocuparan antes que él, pero apenas estuvo sentado se sintió culpable y volvió a pararse, justo en el momento en que ellos se ubicaban en las otras dos perezosas, de modo que Gutiérrez le dirigió una mirada sorprendida y empezó a incorporarse, pero Soldi, con una sonrisa de connivencia, le hizo una seña amable para que se quedara sentado mientras simulaba acomodar algo en el bolsillo del pantalón, como si temiese haberlo olvidado o perdido, y se sentó otra vez. De los tres informantes principales —sin contar al autor del texto anónimo, había muchos otros, pero eran más fragmentarios y, en tanto que fuentes, menos cercanos a los acontecimientos—, Cuello, Gutiérrez y Tomatis, Gutiérrez es el más imparcial y minucioso. Cuello conoció al padre de Brando, que también era amigo de Washington y según él, y no es el único que lo afirma, hasta el propio padre detestaba al jefe del movimiento precisionista, pero Cuello, aunque trata de ser objetivo, tiene un punto de vista excesivamente negativo sobre la cuestión. En cuanto a Tomatis, con sólo oír el nombre de Brando se pone furioso, y la estética precisionista le merece el mismo desdén malhumorado que su inventor. Únicamente Gutiérrez se muestra imparcial, aunque Soldi no puede silenciar un escrúpulo tenue que acompaña casi siempre esa comprobación: *Un poco demasiado tal vez*. Es evidente que le resulta agradable evocar ese período de su vida, por razones que probablemente no tienen nada que ver con el precisionismo: en primer lugar, y ya han hablado de eso con Tomatis varias veces, se trata de su juventud, y como debió de evocarla a menudo desde la distancia, terminó confundiendo su propia vida con el lugar donde la vivió, idealizando ese período, sin darse cuenta de que es de sí mismo y no del resto de lo que se acuerda, mezclando el espacio y el tiempo y lo interno y lo exterior. Pero ni él ni Tomatis se sienten del todo satisfechos con esa explicación. También hay un lado oscuro en eso, del cual Gutiérrez no puede hablar con toda libertad con la gente que conoce a medias, pero sobre el que dejó escapar algo durante la primera visita de Nula, creyendo sin duda que era un simple vendedor de vino sin ninguna relación personal con sus amigos o conocidos —es difícil saber si Gutiérrez está al tanto de que,

además de dos o tres amigos a los que se los contó, muchos de los que lo conocen lo sospechan, y algunos incluso lo comentan con mayor o menor discreción, desde que volvió a instalarse en la ciudad—. Pero en su sorprendente ecuanimidad hay otra cosa, algo que está enterrado en su persona, independiente del mundo exterior, una semilla propia que no necesita cultivar y que floreció sola en él, de la que tal vez ni siquiera tiene conciencia, ahora Soldi comprende que si arrancó de repente en medio de la charla, es porque detrás de la conversación chispeante y mundana, de lo más agradable por otra parte, que han mantenido los tres, de coche a coche, él, Soldi, ha sentido la necesidad de estar un rato en silencio para meditar sobre las impresiones difusas que Gutiérrez dejó en él a la mañana. Durante las entrevistas que le hicieron en las últimas semanas, le oyó declarar dos o tres veces: *Si me hice guionista de cine fue para desaparecer mejor como artista, porque el guionista no tiene existencia propia; y para desaparecer también como individuo, utilicé un seudónimo que, aparte de mi productor, nadie conoce.* Esa declaración, formulada en un tono de jovialidad satisfecha, viene intrigándolo, y le parece que revela de Gutiérrez algo más que una simple discreción profesional o privada, pero no sabe qué. Soldi sospecha que los juicios benévolos aunque exactos de Gutiérrez son más bien la consecuencia de una especie de compasión de la cual el que formula esos juicios no se excluye, y si bien es tal vez el primer objeto al que la aplica, es también el último que cree merecerla. Pero es una compasión fría, ya desembarazada de las emociones que la suscitaron, una serenidad última que considera al universo en general y a cada una de sus partes, por ínfimas que sean, como una causa juzgada y perdida desde *el momento mismo* en que, saliendo abruptos no se sabe de dónde, tan coloridos como ilusorios, incomprensibles, florecieron.

Esa actitud parece sustentada por la convicción de que en cada cosa que aparece, porque sí, a la luz del día, ya ha empezado a obrar la catástrofe, vertiginosa o lenta, destinada a abolirla —y él mismo se considera el ejemplo más claro de esa situación—. Es cierto que con las cosas que lo rodean —la casa, los muebles, el jardín, el campo, la ciudad, el mundo— se comporta (y sobre todo con las que le pertenecen) como si fuesen ajenas: las trata con una suavidad indiferente, por su valor de uso, sin recelo ni ostentación y, él, Soldi, cuando está de visita en su casa, tiene la sensación de poseerlas más que su dueño, en todo caso de utilizarlas con más cuidado como si fuese él y no el dueño el que estuviese al tanto de su verdadero valor. La única posesión que parece reivindicar es la memoria meticulosa de esos años que pasó en la ciudad, desde que la abuela, que era su única

familia, lo mandó desde el pueblito insignificante y remoto a estudiar a lo de los curas, esperando que él terminara el colegio secundario para morirse tranquila, y lo que vino después, la Facultad de Derecho, sus tres condiscípulos más ricos —cualquiera podía serlo— y un poco mayores que él, Rey, Escalante y Marcos Rosenberg, el profesor de Derecho Romano que advirtió su pobreza y lo hizo entrar como pinche en el estudio jurídico, su captación abusiva por parte de Brando como secretario intermitente del movimiento precisionista, más los últimos tiempos de su vida en la ciudad, los hechos tan rigurosamente encadenados y tan oscuramente vividos que dieron durante tanto tiempo lugar a sospechas, interrogaciones y conjeturas entre sus amigos hasta que por fin se olvidaron de él, y que lo indujeron un buen día a desaparecer de la ciudad sin despedirse de nadie y volver a aparecer con la misma imprevisibilidad para instalarse en ella casi treinta y cuatro años más tarde. Rememorados, esos años parecen inagotables para él, y si cada recuerdo, igual que cada acontecimiento, por insignificante que parezca, es por definición infinito, Soldi sospecha que las entrevistas con Gabi y él le permiten a Gutiérrez explorarlos una y otra vez con dedicación minuciosa, trayendo a la claridad de su conciencia presente una multiplicidad de detalles que quizás creía desaparecidos para siempre y que siguen asombrosamente frescos y vivos en algún rincón ignorado de sí mismo. Su total falta de esperanza sumada a la posibilidad de recuperar la vividez de su experiencia pasada hasta en sus detalles secundarios, entre los que tal vez habría que incluir el precisionismo, eran los que le daban esa bondad indolente, esa aceptación lúcida de los actos más mezquinos y de las historias más sórdidas. Es como si les estuviese diciendo a sus entrevistadores: *Son los únicos años durante los cuales viví realmente y tengo que aceptarlos en bloque porque han sido tan pocos que no puedo darme el lujo de rechazar nada en ellos.* Y Soldi piensa que Gutiérrez tiene razón: de una historia que, cuando éramos chicos, nos contaban antes de dormir, y que queríamos oír una y otra vez, siempre la misma, no hubiésemos aceptado que el narrador censurara los pasajes tristes o violentos, los que por ser demasiado largos podían robarnos minutos de sueño, o los que, por acumular demasiados detalles retardarían el desenvolvimiento de la intriga y el momento del desenlace. Cada uno de los elementos de la historia, felices o dramáticos, morales o inmorales, divertidos o crueles, tiene el mismo valor, forma parte de ella, es la historia entera y no únicamente una de sus partes, y los pasajes más intensos no tendrían ningún sentido ni tampoco la capacidad de emocionarnos si las transiciones que a veces pueden parecer superfluas no los sostuvieran.

Soldi presente que Gutiérrez no ignora la bajeza humana, simplemente la observa a distancia y la transmite o la comenta sin indignarse, no como si le resultase indiferente, sino como si hubiese agotado desde hace mucho tiempo sus reservas de furor y de indignación. Durante el almuerzo, por ejemplo, su monólogo habitual sobre «ellos», los habitantes de los países europeos en los que vivió durante más de treinta años, a los que nunca nombra, nunca dice los *italianos, los suizos, los franceses, los ingleses, etcétera*, y ni siquiera «ellos» a decir verdad, a menos que la construcción de la frase lo obligue a emplear el pronombre, ese monólogo que por momentos se vuelve soliloquio, *como* si estuviese formulando en voz alta pensamientos que ni siquiera están dirigidos a las personas presentes, no es proferido ni con gravedad ni con violencia, sino con un tono irónico y apacible, casi delicado, como refiriéndose a un caso irrecuperable que, por esa misma razón, ya no merece más que una descripción distante y desapasionada, pensando tal vez que hasta los crímenes más atroces, cuando se repiten con obcecación, se vuelven monótonos y risibles: *Allá, la vida social se ha vuelto tan ingobernable como los fenómenos naturales, y de la misma manera que se acepta la lluvia cuando se dispone de un techo para protegerse, mientras siguen obteniendo a cambio de sus jornadas lo superfluo, de lo cual, igual que del aire que respiran, no pueden prescindir, se resignan a ser tratados como esclavos, aun cuando no pueden dar un paso sin volverse cómplices, sin siquiera darse cuenta, de los crímenes más atroces. Y como la abundancia ha domesticado provisoriamente sus instintos, han sustituido la ética con la mala conciencia, pero si, a causa de esa misma abundancia, el resto del mundo periclita, privado de todo lo necesario, para que sus propios hijos estén bien alimentados y bien vestidos, educados en buenas escuelas (desde el punto de vista de ellos), los chicos de doce años en otras partes del mundo trabajan catorce horas diarias, cuando no son violados por los perversos que van a esas partes del mundo de vacaciones o, peor todavía, cuando no los compran recién nacidos y los adoptan como hijos cuando no pueden obtenerlos de otra manera. Las ruinas de los lugares que ellos han destruido, pirámides, templos, pero también selvas devastadas, sabanas sin animales, capas geológicas saqueadas, fósiles a los que, para apropiárselos, les dan un nombre pueril, les sirven de decorado, de réplica, para exhibir sus supuestas almas, supuestamente grandes, racionales y profundas. Y los pocos lugares habitables que quedaban en esos territorios arrasados, los han transformado en el marco kitsch de sus ocios, el supuesto teatro de sus supuestos placeres supuestamente inolvidables. Porque su sensualismo*

bestial no se nutre de sus propios deseos, que a causa de su incultura y del lavado de cerebro constante que reciben de todas partes, bombardeados de propaganda política y comercial, se han vuelto incapaces de comprender, sino de necesidades genéricas, estereotipadas y canalizadas, inculcadas justamente por esa propaganda. Se dicen individualistas y apenas abren la boca empiezan a proferir banalidades tan corrientes que resultarían intercambiables con las que, pretendiéndose distintos, podrían proferir sus peores enemigos. Las religiones que practican no los comprometen a nada, no más que su adhesión a un equipo de fútbol, y seguramente les imponen una obediencia menos obligatoria que los semanarios a los que están abonados o las guías turísticas que los constriñen a sus circuitos insensatos. Aunque los borraron hace tiempo del mundo, pretenden seguir rigiéndose por los preceptos que les dictan sus dioses que, según ellos, autorizan el comercio y la masacre, con tal que de cuando en cuando practiquen la caridad con la ropa vieja y los alimentos averiados, los restos del banquete en una palabra, cuando es sabido que el dios que adoraban los tenía de rodillas o los trataba como a perros rabiosos, o los obligaba a lavarse antes de ir a pedirle algo —siempre las mismas ilusiones irrazonables por otra parte—, y en cuanto a los otros, aquellos de los que todos se sienten orgullosos de descender, pretendían vivir en la amistad de una muchedumbre de dioses razonables y benévolos, cuando en realidad bajaban del Olimpo para traicionarlos en la batalla, exigirles el sacrificio de lo que más querían, raptar o violar a sus madres, a sus mujeres o a sus hijas, transformarlos en bestias, en piedra inerte, por capricho, celos, venganza o mera crueldad. El mal, grabado con letras de fuego en el orden natural, lo amplificaron hasta la demencia con la ciencia, la técnica, el comercio, la religión, y, por codicia, lo designaron con eufemismos y, después de haberlo vuelto incontrolable, lo propagaron por el mundo entero. Pero se contentan con ser bien educados y se autorizan la condescendencia con los extranjeros, y aunque todo lo que pretenden saber lo han leído en los diarios o lo han oído por televisión, llevan la ignominia de darles a sus animales domésticos alimentos de régimen para que mantengan la línea.

Como Soldi se echa a reír, Gabriela gira la cabeza y, mirando su perfil barbado, sonrío a su vez, intrigada.

—Gutiérrez —dice Soldi— las cosas que dijo en la mesa sobre los europeos.

La sonrisa de Gabriela se hace más viva.

—Tiene talento escénico —dice—. Debe servirle para escribir sus

guiones.

Soldi hace un movimiento impreciso con la cabeza y con los hombros y, poniéndose serio otra vez, se abandona a sus pensamientos. Gabriela, fijando a través del parabrisas, un punto cualquiera del asfalto al que no le presta atención y que se desplaza y cambia sin cesar con el desplazamiento del auto —únicamente la distancia entre ella y el punto se mantiene constante— «ve» otra vez la break verde oscuro que avanza por la calle arenosa, dobla hacia la derecha y a unos veinte metros más adelante se inmoviliza frente a los listones blancos del portón. Ahora ve también a Nula bajar del coche, empujar el portón entreabierto y, parándose ante la puerta blanca de la casa, vacilar un par de segundos y decidirse por fin a tocar el timbre. De un modo discontinuo, brusco, lo ve pasear por el jardín en compañía de Gutiérrez. Tal vez se sientan en las perezosas al borde de la pileta de natación, como ella y Pinocho antes del almuerzo, o tal vez van a ir a instalarse en el banco de troncos, bajo los árboles del fondo —¿eucaliptos, acacias?— donde ella y Pinocho se sentaron una vez esperando que Gutiérrez, que había tenido que ir por un rato a la ciudad dejándoles un mensaje para que lo esperaran, volviese a retomar las entrevistas. Pero ahora los ve en el interior, parados junto a la mesa redonda de la cocina, examinando botellas de vino que sacan de unas cajas de cartón. Tal vez toman un café o, simplemente, Nula se limitó a dejar el pedido, cobrar el cheque, y volverse a la ciudad. Gabriela se da vuelta y escruta primero por el retrovisor externo y después por el vidrio trasero del coche, el camino que van dejando atrás y que va haciéndose cada vez más estrecho a medida que el coche avanza: ninguna break achatada, color verde oscuro es visible en la recta vacía y gris del asfalto. No, no; debe de estar todavía ahí, tratando de vender más vino, o comentándole, con sus maneras irónicas y un poco pueriles, la conversación que acaba de tener con ellos, de auto a auto, en el declive que baja del camino hacia la calle arenosa. Tal vez ya han superado la etapa mercantil y ahora el tema es lo que Pinocho llamó un rato antes *ontología del devenir*, de la cual el tal Nula, con su aire de seductor de provincia, sería, a estar con Pinocho, un especialista eminente. *No le veo uñas para guitarrero*, se persuade Gabriela, con una expresión tan irrefutable y redonda, cristalizada y lisa a causa de su uso iterado hasta el infinito por el habla popular que, desplazando durante una fracción de segundo las imágenes que la ocupaban, las palabras que componen el dicho se estampan en la parte clara de su mente, igual que un letrero luminoso, brillante y periódico se enciende de golpe contra el fondo negro de una ciudad borrosa y oscura. Pero no está segura de que no tenga esas uñas:

simplemente, no debería mostrarse tan seguro de sí mismo. Ahora los ve otra vez en las perezosas de la pileta, tomando café y discutiendo de filosofía, agotando más bien las declinaciones capciosas del verbo ser. Gabi se acuerda de una anécdota de Tomatis que un día le contó su padre: estaban mirando correr el agua acodados en la baranda de hierro del puente colgante y a Barco se le ocurrió preguntar: *¿Carlitos, a tu juicio, qué es una novela?* Y Carlitos sin vacilar un segundo y sin siquiera desviar la vista del agua que corría, arremolinándose contra los pilares del puente, varios metros más abajo, le contestó: *El movimiento continuo descompuesto.*

Ahora es ella la que se ríe, y Soldi el que la mira de reojo, intrigado.

—Carlitos —dice Gabriela—. Un día mi viejo le preguntó cómo definiría la novela y él contestó: «El movimiento continuo descompuesto».

—El movimiento continuo descompuesto —repite Soldi, sacudiendo afirmativo, con lentitud, la cabeza. Y después de reflexionar un momentito: —Claro, en el sentido de exponer, en forma analítica y estática, lo que en verdad es sintético y dinámico.

—Es más o menos así —dice Gabriela— pero con muchas menos esdrújulas.

—Qué viva —dice Soldi—. Y aunque en seiscientos kilómetros a la redonda nunca hubo piedras y mucho menos blancas, ¿qué te parece si antes de entrar en la ciudad vamos a ver cómo está el balneario de Piedras Blancas?

—Si no nos demoramos demasiado, sí —dice, ansiosa porque tiene ganas de dar la noticia en Caballito y en Rosario, aunque sabe que es demasiado temprano para llamar porque su padre debe de estar todavía en Tribunales y José Carlos dando clase en la facultad. Llamará más tarde, después de las seis, antes de ir a la cita en Amigos del vino. Su madre está segura en la casa, probablemente en la cama, donde pasa la mayor parte del día desde hace dos o tres años, cuando empezó poco a poco a no querer levantarse, ni lavarse, ni salir a la calle, ni trabajar más en el estudio jurídico, ni volver a los Tribunales. No la roen la tristeza o la angustia, que incitarían a la compasión sino algo incomprensible, que despierta la perplejidad y por momentos el odio, la invasión lenta y al parecer sin regreso del desgano. No vale la pena darle la noticia: a los pocos minutos de recibirla, enredada como está en el dédalo de sus rumiaciones trémulas y trabajosas, la olvidará para siempre. Antes, aunque siempre había sido más bien callada, en medio de alguna reunión, solía largar, en forma repentina y elegante, alguna observación graciosa, una ironía, un sarcasmo, que, por Inesperado y exacto, motivaba la risa en sus oyentes sorprendidos. También

sabía cantar con voz confidencial y grave acompañándose con la guitarra, y alguna de esas canciones las había compuesto ella misma, poniéndole música a ciertos poemas que le habían gustado. Durante los años negros, había defendido casi con más coraje y obstinación que Barco a los presos políticos, a tal punto que en dos o tres ocasiones la habían *demorado* en la policía o en alguna repartición del ejército, pero como algunos de sus antepasados venían del suroeste de Alemania, la embajada alemana la protegía, y además ya era demasiado conocida como para que, a esa altura, la hicieran desaparecer. Había sobrevivido a tantas cosas, calma y valiente; y un día, reptando probablemente desde los pliegues remotos y oscuros de su ser desde que empezó a crecer y a tomar forma en el vientre de su madre, irrumpió en la superficie y terminó alcanzándola, tirando hacia el fondo hasta derribarla, confundiéndose con ella y volviéndola odiosa a fuerza de obcecar en su derrota, definitivo, el desgano.

En La Guardia, donde el camino de la costa se bifurca hacia Paraná, el tránsito se hace más denso, y a pesar de que la ruta se ensancha hasta el puente de acceso a la ciudad, Soldi se ve obligado a aminorar detrás de un colectivo verde, de dos pisos, que va a Buenos Aires; autos, colectivos y camiones avanzan a velocidad moderada en sentido opuesto, resignados a seguir la caravana. En el estacionamiento del hipermercado, más allá de los autos inmóviles que, bastante numerosos, llenan los espacios que les están destinados, un camión y su acoplado, rojos, la abertura superior cubierta por una lona oscura, están parados cerca de la entrada del depósito, y cuando pasan y empiezan a alejarse, Gabriela gira la cabeza para ver si hay algo escrito en la parte trasera del acoplado, donde para su satisfacción es posible leer en grandes letras negras de imprenta: VISITE HELVECIA, CAPITAL DEL AMARILLO.

Dejan atrás el hipermercado y, antes de llegar al puente carretero, Soldi desvía a la derecha y sigue avanzando siempre en dirección a la ciudad por una pasarela asfaltada, estrecha y recta que termina con brusquedad en un cordón pintado de blanco, obligándolos a doblar otra vez a la derecha, y a rodar ahora paralelos a la costanera, del otro lado del río; el asfalto se acaba unos metros más adelante y ahora siguen por un camino apisonado y rojizo —tal vez, para hacerlo más firme, han mezclado la tierra con pedregullo o ladrillo molido— al final del cual, unos doscientos metros más adelante, hay unos coches estacionados de punta contra un largo tejido de alambre recién instalado. Soldi aminora y maniobra, reculando un poco para poder enderezar el coche, y lo estaciona en la misma posición que los otros, en el espacio libre, más que suficiente, que dejan una camioneta

blanca y un Citroën verde claro. Cuando bajan y se dirigen hacia la entrada, las suelas de sus zapatos chasquean contra el pedregullo y sus sombras, que al mediodía se habían reducido y amontonado a sus pies, comienzan a estirarse hacia el este, a recuperar una forma más o menos reconocible y humana. Enganchado en el tejido mismo, al lado del portón de alambre abierto, un cartelito blanco proclama en letras azules: COMPLEJO TURÍSTICO PIEDRAS BLANCAS. Sin hacer ningún comentario, Soldi, cuando pasan frente al cartel, lo señala con la cabeza y emite una risita corta y sarcástica.

En el espacio soleado del balneario —en el que una parte de la orilla, a la que los bañistas no tienen acceso, decorada de piedras blancas, está reservada a las embarcaciones, todo lo cual demuestra que las precisiones del cartelito blanco en la entrada no son superfluas— no hay casi nadie, lo que se explica porque, oficialmente, la temporada terminó un par de semanas atrás, clausura que ratificaron las lluvias de los últimos días. Pero Gabriela y Soldi, aunque acaban de salir del auto, sienten ya el calor del sol dándoles en la cara, en los brazos desnudos, y en la cabeza. En el gran espacio abierto de la playa, del agua, de la ciudad chata y agolpada contra la orilla *de* enfrente, buena parte del cielo azul es visible, y es fácil comprobar que muchas de las masas de nubes blancas que habían dado un rato antes, engañosas, una impresión de inmovilidad, han desaparecido, aunque las que quedan todavía, demasiado alejadas unas de las otras como para interceptar la luz del sol, parecen igualmente inmóviles y desmesuradas. Entre canteros de formas irregulares en los que el césped brilla reavivado por las lluvias recientes, se levantan algunas construcciones de madera con techo de dos aguas, de las cuales la más importante aloja al bar-restaurant y las otras sirven como vestuarios. Hay un espacio de juegos infantiles, con un puentecito curvo, pintado de azul, que termina en una tarima donde hay una especie de cabina y una gran rueda amarilla elevada en posición horizontal por una especie de eje del que es difícil adivinar la función. Gabriela y Soldi dejan atrás el bar donde muy pocas mesas, protegidas por parasoles, están ocupadas, y avanzan hacia la orilla consolidada artificialmente con piedras blancas, que tal vez sirven también para impedir que el agua carcoma demasiado rápido la orilla. El cantero más cercano al agua tiene forma de corazón, y es el único que está delimitado por un borde de cemento pintado de blanco. Un mástil sin ninguna bandera se eleva a partir del vértice superior, donde termina la hendidura que separa las dos mitades del corazón, y que va estrechándose a medida que se hace más profunda. Soldi emite otra risita corta y sarcástica, pero Gabriela la oye con distracción,

porque está mirando algo en la otra parte del terreno, donde se extiende la playa propiamente dicha, y en la que hay apenas dos personas, una mujer joven y una nenita de tres o cuatro años, que parece ser su hija, y que juegan en la orilla del agua tomadas de la mano haciendo los mismos movimientos coordinados: las dos tienen el cabello negro y lacio, cuyos extremos se sacuden sobre los hombros, la piel oscura, no tostada por el sol, sino natural, están vestidas de la misma manera con una remera amarilla de mangas cortas y un vaquero deslavado, tan idénticas en la distancia, a no ser por el tamaño, que podría tomarse a la hija por una reproducción miniaturizada de la madre. Al mismo tiempo, Gabriela comprende que la madre y la hija representan, no únicamente un orden que se manifiesta en la sucesión, sino también una continuidad entre lo interno y lo exterior. La repetición, piensa Gabriela, no existe, desde luego, porque la nena, aunque parece idéntica a su madre, al crecer en lo exterior, le añade algo novedoso al mundo, algo que nunca existió antes, porque no hay dos astillas del tiempo que sean iguales, y a causa de eso la mera acumulación cambia todo, el presente, el pasado y el futuro; en lo exterior, la nena interioriza a la madre de la que se ha separado. Y un día, gracias a esa apropiación, la lanzará de nuevo al mundo. A Gabriela le parece, de golpe, que el universo entero está jugando en estas dos personas de su sexo que giran tomadas de la mano en la orilla del agua. Una felicidad tenue, a la que no son ajenos el sol tibio de abril, el día claro, la proximidad del agua, la asalta, y como se ha olvidado por el momento de que tiene razones personales para sentirse contenta, podría decirse que es ella ahora la que encarna, a través de ese estremecimiento gozoso, el Todo que está fuera de ella y que al mismo tiempo, hospitalario, la contiene.

Dos o tres veleros —velas plegadas y cubierta vacía— están anclados varios metros agua adentro, del lado de la orilla de piedras blancas, y hacia el lado de la playa, más allá del bar-restaurante; interceptando la extensión arenosa, hay algunos árboles, un aramo, dos eucaliptos jóvenes y dos o tres árboles más, cuya especie Soldi no alcanza a identificar a esa distancia; en los sectores vacíos, plantados con cierto orden, lucen parasoles monocromos, rojos y amarillos, separados de los otros bicolores, divididos en diez segmentos de círculo alternados, también rojos y amarillos: los círculos de color de los parasoles proyectan sobre la arena un círculo negro de sombra, sin que ambos coincidan totalmente, porque el círculo negro, a raíz de la posición del sol, está ligeramente desplazado en relación con el círculo rojo o amarillo que lo proyecta. Haciendo chasquear levemente la arena, Gabriela y Soldi se alejan del «puerto» en dirección a la playa propiamente dicha. Al notar su presencia, la mujer de remera amarilla deja

de jugar con la criatura, los mira un momento, y después, llevando de la mano a su propia imagen reducida, se aleja del agua y, atravesando un senderito que se abre entre los árboles, empieza a caminar sin apuro hacia la salida. Un poco mortificada por esa huida, Gabriela se comporta sin embargo como si no hubiese reparado en ellas. La orilla de piedras blancas termina en una elevación donde hay una silla alta de bañero, una construcción de madera blanca, consistente en una escalera fija rematada por un asiento que, por su altura, domina toda la playa, cuyo perímetro está señalado por un collar semicircular de boyas rojas, uno de cuyos extremos está enganchado en la orilla al pie del promontorio de piedras blancas, y el otro en un lugar impreciso, pasando la playa. No sólo no hay bañistas, tampoco hay bañeros; las pocas personas presentes se han instalado en algunas mesas del bar, a la sombra de los parasoles. Hay suficiente silencio como para que, al acercarse a la franja húmeda de la orilla, alcancen a percibir *el* murmullo casi inaudible del agua.

En la tarde sin viento, la superficie casi transparente se surca de unas arruguitas largas y finas, paralelas a la playa, que parecen inmóviles y de las que apenas se distingue la circulación por el pliegue final de la superficie que va y viene en la orilla delatando, discreto, el movimiento.

—Aunque no se note demasiado por ahora, viene de crecida —dice Soldi, y él y Gabriela, al mismo tiempo aunque en direcciones diferentes, observan el río a su alrededor. La corriente ancha de unos doscientos metros, encajonada enfrente por el murallón de la costanera, y, hacia el norte, para el lado de Guadalupe, la superficie circular, de un par de kilómetros de diámetro, que a causa de su forma todo el mundo, incluso los cartógrafos, llama «la laguna», aunque nadie ignora que, un brazo de otro brazo de otro brazo (llamados ríos, riachos, arroyos) y de algunos más entre los incontables que forma el Paraná hasta el delta, dando un gran rodeo por el norte, se derrama formando la laguna, después sigue su curso hacia el sur, formando el puerto de la ciudad, hasta entrar en un nuevo riacho que, a través de otros intermediarios, devolverá la corriente oscura al seno del padre que, en algún punto impreciso o en todos a la vez a partir del primer hilito de agua que lo fue formando río arriba, la engendró. Soldi dice que si el balneario parece tan flamante, es porque la inundación, por dos veces, en años anteriores, lo sumergió. Ha sido inaugurado, con estoicismo dice Soldi, por tercera vez a principios de la temporada que acaba de terminar. La inundación del 8z se llevó la playa de Guadalupe y varias de las residencias que, temerarias, la bordeaban y, en esa parte del río, el nivel del agua nunca volvió a bajar. Y en cuanto a «él», dice Soldi, sacudiendo la cabeza en

dirección del sur, la del 8z empezó a *sacudirlo*, y la del año siguiente terminó el trabajo. Gabriela contempla, a un par de cuadras de distancia, el fragmento del puente colgante que queda todavía en pie: una mitad más o menos, la parte pegada a la ciudad; en el medio, la estructura termina, brusca, en el vacío. Unos cables, retorcidos y negros, cuelgan del arco de metal más cercano al fragmento desmoronado, destinado a sostenerlo. Detrás de la ruina, por el puente carretero paralelo, construido veinte años antes en previsión de la caída inminente, ruedan a poca velocidad, indiferentes y plácidos, autos, colectivos y camiones. Soldi y Gabriela miran los restos del puente, silenciosos y ligeramente contrariados aunque a los dos, una sonrisa lenta y abstraída les aparece en el semblante, lo bastante pronunciada como para que sea visible aún entre la barba enmarañada y negra de Soldi. Parecen haber descubierto al mismo tiempo a los dos muchachos jóvenes, mucho más jóvenes que ellos, que, seguramente debido a una larga caminata, se han apoyado sudorosos contra la barandilla de metal para descansar un rato gozando de la frescura del río, antes de volver a sus casas, darse una ducha rápida y volver a salir a las promesas y a los ritos de la noche. Sosteniéndose con los antebrazos que descansan sobre el borde de metal de la barandilla, miran el agua que se arremolina contra el pilote cilíndrico de cemento y durante un buen rato se quedan en silencio parados en la orilla de la playa, sintiendo el sol de las tres que calienta la piel y la cabeza. Gabriela y Soldi, sin haberse puesto de acuerdo, los contemplan. Están instalados de cara hacia Guadalupe, río arriba, de modo que ellos no tienen dificultad en reconocerlos, a pesar de la distancia. Hacia el oeste, para el lado de la ciudad, el cielo sin nubes es una sola mancha, de un rojo vivo, como de lava en fusión, y del otro lado, hacia el este, viene subiendo la noche. De pronto uno de ellos, el más alto, el más calmo, el más paciente, sin aviso pero sin brusquedad, pregunta: *¿Qué es la novela?* Y el otro, un poco más joven, sin siquiera levantar la vista del torbellino: *El movimiento continuo descompuesto.*

Cuando la deja en la puerta de lo de su tía Ángela, Soldi le propone pasar a buscarla a la nohcecita, para ir a encontrarse con Tomatis al bar de Amigos del vino, pero Gabriela, antes de cerrar la puerta del coche, le dice que irá caminando o en colectivo y, cruzando la vereda de baldosas grises, se dirige hacia la puerta de la entrada. La casa de la tía Ángela se parece a mil otras en la ciudad, con la diferencia de que la suya está mucho más cuidada y fue elegida con pertinencia y precaución intentando satisfacer una afinidad estética puntillosa (en la vereda de enfrente, una casa muy parecida, de la misma época, casi en ruinas, ostenta desde hace tiempo el cartel om-

nipresente: AQUÍ TAMBIÉN MORO VENDE). Y sin embargo las dos casas están en el lugar apropiado —una calle alejada del centro, pero dentro del perímetro cuadrangular de las avenidas principales— desde los años veinte más o menos. La de la tía tiene un jardincito delantero separado de la vereda por un muro amarillo de un metro y medio de altura y una puerta de metal y más allá del jardín, donde hay un hibisco cargado de flores rojas y dos rosales, la pared amarilla de la casa con una ventana y una puerta con vidrios granulados azules y amarillos que dan a una galería techada sobre la que se abren cuatro o cinco habitaciones. Al fondo están el baño y la cocina y detrás, un patio más grande con un níspero, una estrella federal y una magnolia enorme, que está ahí desde que la casa fue construida y que da buena sombra en verano —las magnolias se deshacen solas y los pétalos llueven sobre los que se sientan bajo sus ramas en las noches de diciembre o de enero, a conversar. Las baldosas rojas de la galería brillan, y las paredes amarillas están como si recién hubiesen terminado de pintarlas, igual que las puertas grises, ante cada una de las cuales hay un felpudo multicolor en tan buen estado que Gabriela, aún descalza, se siente vagamente culpable cada vez que apoya el pie sobre uno de ellos. El parquet del comedor, de la sala, de los dormitorios también brilla, igual que los muebles, algunos de los cuales, reliquias heredadas a la muerte de los padres, así como la vajilla, reciben un trato especial. Antes de jubilarse, la tía Ángela había enseñado geografía en la Escuela Industrial, pero hubiese podido vivir sin trabajar, porque sus otras dos hermanas casadas habían renunciado a la herencia familiar, que no era enorme pero suficiente para una persona sola; gracias a sus ocios de solterona, Ángela se había ocupado de los padres que nunca habían querido dejar el pueblo del norte donde habían nacido y donde tenían planeado morir y reposar. Pero la tía no tenía para nada los hábitos resignados, oscuros y tristes que muchas novelas del siglo XIX le atribuyen a las solteronas. Desde joven, había empezado a viajar sola o con amigos —había cargado su mochila a los dieciocho años y recorrido a dedo la Patagonia; había estado varias veces en México y en Europa, en California y en Egipto y, en los últimos años, en los meses templados se iba de excursión con sus amigos a la Cordillera, a las cataratas del Iguazú o al Brasil. La tercera hermana, Helena, se había casado con un médico uruguayo y vivía en Montevideo; regularmente, Ángela se tomaba el avión de la mañana, que salía a las ocho y media, transbordaba en Aeroparque, y a mediodía estaba almorzando en el Mercado del Puerto. Justamente, esta tarde se ha ido con dos amigas a pasar el fin de semana a las sierras de Córdoba; en la mesa de la cocina, bajo un cenicero de vidrio para que no se vuele, hay una nota de

despedida: Gabi querida: me pasan a buscar a la una y media. Volvemos el lunes a la tarde. Por si viene José Carlos a pasar el fin de semana, dejé varias cosas en la heladera; las dos botellas de vino blanco son para ustedes y el pollo también. Si te vas a Rosario, ponelo en el congelador y no te preocupes, lo preparo el lunes a la noche, para tu vuelta.

La persona que ya sabés llamó por teléfono esta mañana porque quería hablar con vos acerca de su trabajo sobre Brando y compañía. Insistió mucho en el tema de que su nombre no debe figurar en ninguna parte. No le preocupa que le hayan dado una copia a Gutiérrez, pero que también Tomatis tenga un ejemplar en su poder lo pone muy nervioso. Yo lo tranquilicé acerca de la discreción de Carlitos haciéndole ver que de otra manera vos y Pinocho no le habrían pasado el documento. Pero lo que él teme es que Carlitos, reflexionando un poco, descubra quién es el autor. Cuando le hice notar que, para la época de la cual habla el documento, Tomatis todavía jugaba a las bolitas, se calmó un poco, pero, para serte sincera, creo que los temores de nuestro amigo son perfectamente fundados: apenas le eche la primera ojeada, Carlitos no va a tener ninguna duda sobre la identidad del autor. Si te insinúa algo, tenés que pedirle por favor que sea discreto.

Bueno, debo terminar la valija para no hacer esperar a las chicas. Un beso grande y hasta el lunes tu tíita.

Con la nota en la mano, Gabriela se queda parada, pensativa, al lado de la mesa. Con aire distraído saca un vaso del armario, se sirve un poco de soda de la heladera, y recogiendo la hoja que acaba de dejar sobre la mesa, la vuelve a leer mientras toma sorbitos de soda. Aunque no hay nadie en la cocina ni en el resto de la casa para estimar su grado de preocupación, Gabriela adopta una expresión que lo denota en forma inequívoca, consistente en fruncir los labios y sacudir con suavidad y lentitud, con una orientación vagamente circular que no es ni negativa ni afirmativa, durante el tiempo que dura la lectura y varios segundos después de haberla terminado, dubitativa, la cabeza: ella y Pinocho hubiesen debido prever que Carlitos reconocería inmediatamente al autor del texto, de modo que ha sido, sin la menor duda, un error dárselo. Pero no cree que sea capaz de divulgarlo; es cierto que a veces por hacer un buen chiste puede rozar la indiscreción, pero únicamente a costa de personas que considera indignas de respeto, Mario Brando por ejemplo. Puede hacer bromas crueles sobre la gente, pero es capaz también de hacerlas sobre sus mejores amigos y sobre sí mismo. Algunas de esas bromas son legendarias, por ejemplo de un escritor que había entrado como miembro de número en la Academia de

Letras, sobre quien se murmuraba que en su juventud, al llegar a Buenos Aires se había prostituido y había participado en orgías sadomasoquistas, Carlitos dijo una vez que en su sola persona resumía tres escuelas filosóficas, la Academia, los Peripatéticos y los Estoicos. Pero no, sería incapaz, puesto que ella y Pinocho le habían pedido discreción, de comentar en público lo que sabía. Y, por otra parte, ¿le quedaban oyentes? La cara de Gabriela se ilumina, la cabeza detiene su movimiento dubitativo, y los labios, al desarrugarse, retoman su forma habitual. Termina el último trago de soda, deja el vaso vacío en la pileta de la cocina, y, llevando la nota de la tía Ángela, entra en su cuarto y abriendo una carpeta de cartón azul que descansa en su mesa de trabajo al lado de la computadora portátil, la abre y pone la nota sobre otros papeles. Cuando vuelve a cerrar la carpeta, se inmoviliza de nuevo y esta vez es su frente la que se llena de arrugas: ¿y el vendedor de vino? ¿no han cometido una imprudencia Pinocho y ella revelándole tantos detalles acerca del cuarto informante? Aunque no tiene ni tendría ya más acceso al texto antes de su publicación, después de la conversación de esta tarde, Nula conoce más detalles biográficos del autor, en todo caso suministrados por Pinocho y ella, que Tomatis y Guiérrez juntos. Su amistad con Pinocho, aunque no verdaderamente íntima, autorizaría la confianza, pero su profesión, que lo pone en contacto con toda clase de gente a lo largo del día, puede dar lugar a muchas tentaciones, por pura jactancia —se nota a la legua la estima desmedida en que se tiene a sí mismo—, por mostrar sus relaciones en los círculos intelectuales, o por interés, porque esas relaciones podrían servirle para cerrar una venta o incluso lograr alguna conquista femenina. Gabriela ve otra vez la break alargada, color verde oscuro, avanzar lenta por la calle arenosa, doblar por la transversal y unos veinte metros más lejos, estacionar y detenerse, paralela a los listones blancos del portón: ahora ve a Gutiérrez y al vendedor de vino sentados en las perezosas cerca de la pileta de natación, tomando un café, y le parece oír a Nula comentarle a Gutiérrez, sin la menor discreción, todo lo que acaba de escuchar sobre el autor anónimo del fragmento novelado sobre el precisionismo, lo cual acarrearía una doble complicación, la primera respecto del autor del fragmento, y la segunda en relación con el propio Gutiérrez, ya que al fin de cuentas le han dicho más a Nula que a él acerca del cuarto informante, no por dudar de su reserva sino porque no tienen con Gutiérrez la familiaridad suficiente como para hablar de ciertas cosas. Está tentada de llamar a Soldi para transmitirle sus temores, pero se da cuenta de que todavía no ha debido llegar a su casa, y como de pronto se siente más cansada que de costumbre —quizás tiene también un poquito de

hambre, porque a decir verdad los dos moncholos con ensalada resultaron un poco escasos para tres—, se deja caer con suavidad de espaldas en la cama, y estirándose con placer, cuidando de dejar los pies más allá del borde, se descalza haciendo deslizar por los talones, ayudándose con los pies, los zapatos hasta dejarlos caer con un golpe sonoro contra el parquet encerado. Desplazándose hacia el medio de la cama, separa las piernas, estira los brazos a lo largo del cuerpo y, adoptando una expresión satisfecha (como todo el mundo, Gabriela tiene la costumbre, que ya se ha vuelto inconsciente, de mostrar con gestos y ademanes su vida interior incluso, y quizás sobre todo, cuando está sola) sonríe de placer y entrecierra los ojos.

Realmente, no vale la pena perder la calma por contratiempos tan improbables: Tomatis nunca dirá nada y en cuanto al vendedor de vino, aparte de mostrarse quizá demasiado seguro de sí mismo, no hay ningún otro reproche que hacerle, en todo caso por el momento: sí, uno, la manera descarada de considerar a las mujeres tal vez. Riéndose, sin abrir los ojos, Gabriela sacude despacio la cabeza, expresando de esa manera la previsibilidad primaria de Nula, un posible automatismo programado desde sus años arcaicos que se pone en movimiento sin pasar por la conciencia cada vez que se topa con una pollera. Con una indolencia blanda y condescendiente, deja de pensar en él. Le gustaría que fuesen más de las seis para llamar a Rosario; en Caballito pueden esperar hasta mañana o hasta el fin de semana, porque prefiere estar segura de que podrá hablar con su padre, ya que no le gustaría toparse con su madre en el teléfono, si por uno de esos caprichos decidiese atender, dado que, aun teniendo un teléfono al lado de la cama, la mayor parte del tiempo es incapaz de estirar el brazo para atender un llamado, y si su padre está lejos de la casa, en el jardín por ejemplo, tiene que venir corriendo y por lo general llega demasiado tarde. Además, es José Carlos el primero que debe saberlo —aunque él tiene ya dos hijos casi adolescentes de su primer matrimonio—, Gabriela sabe que se pondrá contento. Hace casi cuatro años que viven juntos, pero se conocían desde antes de que ella se fuese a terminar sus estudios en New Jersey. Hacía varios meses por otra parte que habían dejado de tomar precauciones, y estaban un poquito decepcionados de que no hubiese novedades, hasta que por fin la regla no le había venido, y como el retraso era casi de tres semanas, ella había decidido comprar un test en la farmacia, que dio un resultado positivo pero, para estar más segura, prefirió asegurarse con un test de laboratorio, que disipó todas las dudas. Como la semana que viene es Semana Santa, ella y Pinocho decidieron que trabajarían hasta el miércoles con Gutiérrez y Cuello, y ella volvería a Rosario para ver a su médico —

esta mañana después de obtener el resultado del análisis llamó para pedir una cita— y, si el médico se lo permitía, aprovechando los días feriados, irían con José Carlos a pasar el fin de semana en Caballito. ¿Cuándo habrá sido, se pregunta Gabriela, que José Carlos y ella obtuvieron lo que buscaban? Después de la última regla, durante un fin de semana en Rosario, habían hecho el amor dos veces, la primera, el sábado a la mañana —ella había llegado tarde el viernes, después de haber pasado casi toda la semana trabajando con Pinocho, y José Carlos había participado en un coloquio sobre planificación económica en la facultad que había durado dos días enteros—, y el sábado a la noche, antes de salir a comer afuera, después de un día tranquilo pasado en casa y de una fiesta que se prolongó hasta bastante tarde, habían recommenzado: la segunda vez, casi seguro, la del anochecer, decide Gabriela; habían estado charlando y acariciándose durante un buen rato, casi desnudos —hacía calor todavía— y ella se fue excitando gradualmente, mientras él con suavidad jugueteaba con los dedos enredándolos y desenredándolos entre los pelos del pubis y dejándolos deslizar de tanto en tanto por los bordes húmedos de la hendidura. Había una penumbra rojiza en la habitación, en la que entraba la última luz de la tarde. Estaban contentos, y aunque parecían distantes del mundo, trabajaron, sin saberlo, en favor de él. Cuando los dedos de José Carlos bajaron un poco más y entreabrieron los bordes húmedos, había tenido esa sensación, en la que el deleite se mezclaba con una angustia leve y por suerte fugitiva, de no pertenecerse ya a sí misma, de estar sumergida en un pliegue remoto y perdido de su propio cuerpo en el que la sangre y los tejidos, los humores y la vida discreta de los órganos la hacían derivar hacia playas contradictorias y extrañas. Esas sensaciones tan singulares, únicamente de tanto en tanto las tenía, pero nunca habían sido tan intensas como en ese anochecer de sábado. Al tocar la verga, le pareció sedosa, tensa y vibrátil contra la palma de la mano y la yema de los dedos y cuando él la penetró, Gabriela la sintió más dura, más gruesa, más larga, más caliente, más húmeda que de costumbre — lo había pensado un poco después, mientras se duchaba, porque en ese momento las sensaciones recorrían todo su cuerpo y lo llenaban hasta el último pliegue, sin dejarle ningún lugar al pensamiento— y el placer, prolongado, culminó durante el orgasmo en una especie de furor, a tal punto que en los días siguientes le dolían todos los músculos y José Carlos terminó con la espalda llena de arañazos. Gabriela lo había sentido acabar en una lluvia abundante de esperma, y ella misma había estado un buen rato gozosa y sensible, con la sensación de tener adentro el sexo de José Carlos mucho tiempo después que él hubiera salido. Sí; para Gabriela no hay la menor

duda, fue esa vez, no podía haber ocurrido de otra manera en medio de ese goce; y se abandona, feliz, a ese pensamiento durante unos minutos, aunque no ignora que, para perpetuarse, esa sustancia inmemorial oportunista y ávida, es capaz de trabajar para sí misma en cualquier circunstancia, en vivo o *in vitro*, y con tal de que los dos principios que deben reunirse para asegurar su persistencia entren en contacto, le da lo mismo que haya goce o sufrimiento, designio o accidente, amor o indiferencia, consentimiento o violación. Gabriela se inmoviliza, satisfecha, sonriendo para sí misma pero de golpe, sin transición, la sonrisa se borra y una expresión grave aparece en su cara, y, cuando la boca se abre, brusca, como si la mandíbula inferior se hubiese descolgado, la gravedad se transforma en incredulidad confusa, en contrariedad, en indignación: es que, en lo de Gutiérrez, sentados a la mesa, ella, Pinocho y el dueño de casa que está de espaldas, preparando algo sobre el fogón de la cocina, cuando se da vuelta, es *el* vendedor de vino, que por hacer una broma de mal gusto le sirve a ella un plato con pescado vivo. Abriendo los ojos, y pegando un grito, Gabriela se despierta, se incorpora y queda sentada en la cama. La desorientación del sueño repentino, da paso, en la reflexión recuperada, a la maravilla: durante la fracción de segundo en la que estuvo dormida, el sueño, con fragmentos inconexos de experiencia, construyó un mundo novedoso, tan nítido como el empírico, dotado de un sentido propio tan difícil de desentrañar como el del otro. En una intersección infinitesimal del tiempo, un episodio transversal, dotado de una duración propia, se desarrolla en acontecimientos que, puestos en el orden en que suceden en el mundo real, llevarían horas, días, semanas, meses, años, igual que en la frase de un relato, puede haber siglos de hechos empíricos compendiados.

Gabriela sale de la cama bostezando, desmerezándose. Prende la luz y, abriendo de par en par las puertas del ropero, analiza durante un momento la ropa colgada y por fin saca un trajecito liviano, tostado, y una blusa de seda de un tono marfil; alzando las dos perchas y poniéndolas frente a frente, estudia la combinación de tonos y por último, apoyando la blusa contra el saco tostado, y alejando las dos perchas para observar mejor la ropa que sostienen, juzga el contraste apropiado y el conjunto satisfactorio. Pero cuando deja con cuidado las prendas sobre la cama, descubre que el tercer botón de la blusa sedosa, el más visible, que cae en medio del pecho, cuelga, suspendido de un hilito, de modo que del último cajón de la cómoda, en el comedor, saca el costurero de su tía Ángela, una vieja caja de masitas, de lata roja y negra. Buscando la aguja y el hilo adecuados para coser el botón, su mano delicada pero diestra revuelve el contenido de la caja, tijeras,

dedales, carreteles de hilo de diferentes colores, botones sueltos o en plaquetas, de materia, forma y colores variados, un centímetro de hule enrollado a una tiza chata de costura, cajitas transparentes de alfileres de gancho o de cabeza, dos almohadillas verdes de paño de las que sobresalen, clavadas en ellas, muchas cabecitas de distinto tamaño, y, en el fondo, varias monedas de las décadas pasadas, gastadas y pringosas, despojadas de valor desde hace años por la inflación, los cambios de unidad monetaria, o las vicisitudes políticas. Gabriela deposita la caja sobre la mesa, y va sacando de ella dos o tres carreteles de hilo de colores que correspondan más o menos al tono de la blusa, uno blanco, uno de un amarillo mate y un tercero beige, pero decidiendo que es necesario elegir el más acorde con la blusa misma y sobre todo, con el hilo en que están cosidos los otros botones, vuelve a poner todo en el interior de la caja de metal roja y negra y la lleva a su habitación. Sentándose, con cuidado para no arrugar la ropa que acaba de depositar en ella, en el borde de la cama, se inclina sobre la blusa y observa con atención el botón —un redondelito de nácar tornasolado con dos agujeritos en el medio—, y sobre todo el hilo del que cuelga, de un color que tira al beige, pero más claro que el del carretel que acaba de seleccionar; inclinándose un poco se concentra en el hilo, comparándolo de memoria con el que está en la caja y examinando también el que sostiene los otros botones, que vienen ya cosidos de fábrica. Para salir de la duda, abre la caja de lata y saca el carretel de hilo beige —demasiado oscuro. El amarillo mate, con un vago tinte gris verdoso, le parece preferible y en cuanto al blanco, queda eliminado. Sí; es el amarillo el que pegaría mejor con el resto y aunque Gabriela sabe que nadie notaría la diferencia, no le parecen superfluos todos esos distingos y a pesar de que más de uno se reiría de ella —piensa en el vendedor de vino y en su idea absurda de servirle un pescado vivo en la mesa que, aun cuando la haya tenido en un sueño, parece cuadrarle muy bien—, no estaría de más recordarle al que lo hiciera que los distingos en las cosas menores nos acostumbran a establecerlos en las grandes, la ontología *del* devenir por ejemplo; y Gabriela se acuerda de las clases de filosofía, cuando estudiaban Platón, de la pregunta del Timeo que sabía de memoria y que le había permitido obtener una muy buena nota en el examen final: «¿*Qué es lo que es siempre y jamás deviene, qué es lo que siempre deviene y nunca es?*». Gabriela se ve a sí misma presentándole la frase con el fin de apabullarlo —están Gutiérrez, Pinocho, Carlitos y Violeta, y la escena transcurriría al domingo siguiente, el día del asado, en las intermediaciones de la pileta de natación— pero Nula, sonriendo con simpatía sin dejar de exhibir un desdén teatral, le respondería: «¿Nos

ocupamos en serio del devenir o jugamos a las adivinanzas nada más que para darle el gusto a ese viejo maricón que tuvo que fugarse de Siracusa disfrazado de mujer como un vulgar travesti?». Riéndose bajito de la respuesta, sin siquiera advertir que la autora es ella y no Nula, Gabriela deja de interesarse por el devenir, y, guardando el carretel de hilo beige en la caja, revuelve su contenido hasta encontrar el amarillo. De las dos almohadillas verdes, elige la que parece tener las agujas más finas, y dejando el hilo y las agujas sobre la cama, arranca con suavidad, pasando la mano bajo la tela sedosa para no arrugar demasiado la blusa ni desgarrar la tela, el botón que se desprende sin esfuerzo, aunque el hilito que lo sostenía queda colgando del extremo cosido en la tela, que se ha aflojado en parte pero que no podrá sacar, a pesar de la fineza y la habilidad de sus «muestras gratis de dedos», como suele bromear José Carlos a causa de su tamaño diminuto, de modo que tendrá que utilizar las tijeras para conseguirlo. Hay una chica de punta curva y otra bastante más grande, de modo que es la más chica la que elige para hacer su trabajo: con la punta, intercalada entre la tela y el hilo, hace palanca con cuidado para ir aflojando gradualmente el hilo de modo de poder, por fin, cuando la costura esté menos apretada, retirarlo con los dedos. Al cabo de varias tentativas —a medida que se afloja, el hilo le permite a la punta de la tijera entrar un poco más adentro—, retira la tijera y termina su trabajo con los dedos. Con el fin de no perderlo, ha dejado el botoncito de nácar sobre la solapa del saco tostado para que resalte más contra el fondo oscuro, ya que en la extensión rectangular del cubrecama claro desaparecería y le llevaría un buen rato encontrarlo; recogéndolo, empieza a desclavar de la almohadilla las agujas más finas, una a una, probándolas en los agujeritos sin lograr hacerlas pasar a través de ellos, y volviéndolas a clavar en la almohadilla después de fracasar —una vez, sin darse cuenta, intentó la operación con una aguja que ya había tratado de hacer pasar sin resultado, la quinta aguja, sin contar la que había tratado de hacer pasar dos veces, de modo que para ella era la sexta— la operación da resultado, lo cual regocija a Gabriela a medias solamente, porque la aguja adecuada al botoncito tornasolado era tan fina, que resultaba imposible no preguntarse si el hilo amarillo pasaría por el ojo, y después por los agujeritos del botón, *antes de que un rico, piensa Gabriela riéndose en voz alta, pueda entrar en el reino de los cielos, donde los dirigentes se reservan el derecho de admisión.*

Desenrollando un pedazo de hilo del carretel, de unos treinta centímetros más o menos, Gabriela se lleva el carretel a la boca, corta el pedazo de hilo con los dientes, y, aprovechando el movimiento, introduce en

su boca el extremo del hilo que acaba de cortar y lo humedece con la punta de la lengua. Dejando caer otra vez el carretel en la caja abierta, se dispone a enhebrar la aguja. La punta que acaba de humedecer se mantiene rígida y termina en un filamento delgadísimo que debería pasar sin dificultad a través del ojo, pero el ojo es tan estrecho que, tocando el metal sin entrar en la hendidura, el filamento se dobla, de modo que Gabriela tiene que llevárselo otra vez a la boca para humedecerlo; la segunda tentativa fracasa igual que la primera, porque el filamento choca contra el metal sin deslizarse a través del agujero, y Gabriela, sin impacientarse, vuelve a humedecer el extremo del hilo para intentar enhebrar la aguja por tercera vez; ahora el filamento pasa a través del ojo, pero es tan delgado que aun para las «muestras gratis de dedos» de Gabriela resulta difícil de atrapar; varias veces, el índice y el pulgar creen aferrarlo, y cuando tiran para hacer pasar la mitad del hilo más o menos, los dedos no traen nada, igual que si el extremo del filamento que sin embargo puede verse efectivamente del otro lado del ojo, fuese un objeto inmaterial, un espejismo o una ilusión; cuando las yemas de los dedos creen tocarlo, ninguna sensación se inscribe en ellas, y sin embargo, la punta finísima, casi invisible a decir verdad, se ha modificado, torcido, enroscado sobre sí misma, como si la intromisión de los dedos hubiese producido, a esa escala vecina de lo inmaterial, una catástrofe diminuta. En su cuarta tentativa, por fin, lo atrapa, pero cuando tira —ahora siente de veras el contacto del hilo, todavía húmedo porque ha vuelto a llevárselo a la boca con el fin de estirarlo y afinar la punta— el resto del hilo, en lugar de pasar del otro lado, se atasca en la entrada del ojo a causa de un accidente ínfimo, pero suficiente en la situación presente para impedirle pasar: el filamento ha aflojado la cohesión del hilo, destrenzándolo, de modo que es apenas uno de los filamentos que forma el trenzado del hilo, el que ha pasado solo a través del ojo, y el resto del hilo, despedazado en la punta, arrugándose y comprimiéndose, lo que aumenta su diámetro, se agolpa, más ancho que el ojo de la aguja, y un poco deshecho, en la entrada. Gabriela hace muecas de impaciencia bastante exageradas, que divergen profundamente de la calma interior (está más bien contenta, y la dificultad de enhebrar la aguja, más que irritarla, la divierte), y, retirando el hilo, opta por cambiar de extremo —el primero ha sufrido daños irreparables bien visibles en las tentativas anteriores—, humedeciéndolo con cuidado, haciéndolo girar varias veces sobre la lengua para impregnarlo bien de saliva y, concentrándose, realiza con lentitud y cuidado el movimiento requerido, pero fracasa otra vez. Debe intentarlo dos veces más y a la tercera, por fin, obtiene lo que busca: la punta que atravesó el ojo es bien

real contra las yemas de sus dedos, y le produce un placer al mismo tiempo físico y mental ir tirando para ver y sentir a la vez cómo el hilo le obedece y va pasando a través del ojo de la aguja; el hilo amarillento queda distribuido en la aguja en dos partes desiguales. El extremo de la más larga es el que está deshecho por las tentativas infructuosas de pasar por el ojo: Gabriela hace un nudo en él, recoge el botoncito de nácar, lo aplica en su lugar y, desde el revés de la blusa hacia afuera, atraviesa la tela y hace pasar la aguja por uno de los orificios del botón, que queda sacudiéndose en el aire, atrapado en el hilo que se va tensando a medida que Gabriela tira la aguja hacia afuera con pericia y suavidad, hasta que, en el revés de la tela, el nudo, pegándose a ella, fija la primera vuelta de costura; apoyando otra vez el botón en su lugar, Gabriela clava en sentido inverso la aguja, de afuera hacia adentro, pasando el hilo por el otro orificio, ajustando el botón contra la tela, y volviendo a sacar ahora la aguja por el primer orificio desde adentro hacia afuera; después de realizar dos veces más la misma operación en los dos sentidos, verifica que el botón está firmemente cosido, y, sacando la aguja hacia afuera, enrolla con energía un poco de hilo entre el botón y la tela, para que entre la tela y el botón haya cierto espacio que le otorgue a éste la capacidad de movimiento permitiéndole entrar en el ojal sin arrugar la tela; y por fin Gabriela hace un nudito para que no cuelgue y, alzando la blusa, corta con los dientes el hilo, y, verificando que lo ha hecho casi a ras del nudo, satisfecha, deja otra vez con cuidado la blusa sobre el trajecito tostado.

Aunque apenas son las cinco y diez, Gabriela piensa que es mejor empezar a prepararse ahora, para estar lista a las seis y llamar a Rosario y a Caballito antes de ir a la cita en el bar de Amigos del vino, de modo que, traduciendo su decisión en actos, sale a la galería embaldosada y, dando unos pasos hacia el fondo de la casa, costeando el felpudo que monta guardia ante el dormitorio de su tía, abre la puerta siguiente, en la que no hay ningún felpudo, y entra en el cuarto de baño. Maruca, la chica que se ocupa todas las mañanas de la casa desde hace diecisiete años —entró de soltera pero ahora su hijo mayor, ahijado de la tía Ángela, ya cumplió los catorce—, responsable del orden reluciente que reina hasta en los rincones más inaccesibles, pone un cuidado especial en la cocina y en el baño, y al encender la luz, Gabriela deduce que Maruca debe de haber esperado la partida de su tía para terminar de limpiar la casa, porque espejos, mosaicos, metales, azulejos, bañadera, pileta, inodoro o bidet, cortina de plástico, botiquín, toallas, gorras y salidas de baño, chinelas, peines y cepillos de dientes, champú y jabones (rosa para las manos, verde en la ducha, blanco

en el bidet), lociones, cremas, talcos y perfumes descansan limpios y brillantes, cada uno en su lugar, tan minuciosamente frotados y acomodados que, al entrar, como le ocurre a menudo en ciertos lugares, Gabriela percibe menos el cuarto de baño que se ofrece, acogedor, a sus sentidos, que el ideal de donde proviene su estilo, su arreglo, su limpieza practicada al milímetro, como si fuese un decorado, una ilusión hiperrealista o una instalación piloto en una feria comercial. Un baño de inmersión no sería prudente en las circunstancias actuales, así que, después de desnudarse, y de orinar, antes de entrar en la bañera abre la ducha, y va probando la temperatura con el dorso de la mano mientras dosifica la mezcla de agua fría y caliente abriendo y cerrando las canillas respectivas hasta encontrar el punto buscado; cuando lo obtiene, entra en la bañera y después de cerrar la cortina de plástico floreado para que el agua no salpique el exterior, se deja empapar por la lluvia tibia. Se queda bastante tiempo en la bañera, porque se lava con minucia la cabeza y cuando sale por fin, se seca con energía, se envuelve el cabello con una toalla, se pone una salida de baño y, calzándose unos zuecos de madera y de plástico, recoge la ropa sucia y la pone directamente en el lavarropas, en un cuartito que hay detrás de la cocina, en el patio trasero. Cuando vuelve a su habitación, abre la salida de baño y observa su cuerpo con atención en *el* espejo del ropero: ¿los senos están un poco más inflados? Sí, aparentemente. ¿Y el vientre? Gabriela se mira de frente y después, poniéndose de costado recoge hacia atrás la salida de baño blanca y estudia el perfil de su vientre sin lograr darse cuenta si está o no un poquito más protuberante que de costumbre. Cuando termina de secarse el cabello, de vestirse, de maquillarse, son las seis y veinte. Cuando llama a Caballito nadie contesta, lo que prueba que su padre no ha vuelto todavía del centro, y en el celular de José Carlos está puesto el contestador. Gabriela no deja ningún mensaje y en el momento en que cuelga el teléfono, una evidencia inesperada la asalta, un sentimiento en el que, contradictorios, vienen mezclados el desafío y la aflicción: *Después de todo, es en mi cuerpo que esto está pasando, y que los demás lo sepan o no, que les guste o no, están para siempre afuera de lo que sucede.*

Recorre tranquila, en el anochecer tibio, las cuadras que la separan del bar y cuando llega, siente la piel de la cara y de las piernas caliente y las sienes húmedas —durante unos minutos ha estado andando por la calle envuelta en un calorcito primaveral, confundida de estación por su propia piel que, en contacto con el aire, ha hecho revivir la carne, los órganos y la lucecita que brilla encendida detrás de la frente, sensaciones afines con otros días del año, en octubre o noviembre—. La puerta del bar está cerrada a

causa del aire acondicionado, pero a través de los vidrios ve, sentados en la mesa del fondo a Tomatis, Violeta y a otra mujer joven que no conoce. Soldi está parado contra el mostrador, detrás de Tomatis; está hablando y riéndose con Nula, que descorcha una botella del otro lado del mostrador, como si fuera el barman. De las siete u ocho mesas del bar diminuto, la del fondo es la más grande, y aparte de ella hay únicamente tres más ocupadas; también dos hombres jóvenes toman vino tinto y pican algo parados junto al mostrador, cerca de la entrada. Y el verdadero barman —Gabriela ya lo ha visto otras veces—, con un saco blanco sobre una camisa a cuadros rojos y verdes de la que se ve el cuello y el borde de las mangas en las muñecas, y que le sonrío cuando la ve entrar, está acomodando unas tajadas de salami en un platito. Cuando entra, de la mesa del fondo brotan exclamaciones, un tanto ruidosas, que inducen a Gabriela a mirar su reloj pulsera para ver con cuánto atraso ha llegado, porque la alegría excesiva de sus amigos parece revelar que ya van por la segunda o la tercera copa de vino. Pero son apenas las siete y quince. Y no hay nada sobre la mesa todavía: ni botella, ni copas, ni platos, nada aparte de un cenicerito, de un soporte de metal que mantiene, vertical, un bloque de servilletas de papel, y de una copita de vidrio llena de escarbadientes. Gabriela se inclina hacia Violeta y hacia Tomatis y les da a cada uno un beso rápido en la mejilla. Tomatis le informa:

—¿Conocés a Diana? La esposa de nuestro amigo Nula, el cual como podrás comprobar está abriendo una botella de sauvignon blanco para agasajarnos esta noche en Amigos del vino.

Gabriela se corre a un costado y se inclina para darle un beso a Diana, y cuando las mejillas se rozan con fugacidad delicada, la mirada de Gabriela repara en el muñón con que termina el brazo izquierdo y domina a tiempo su sobresalto, simulando no haber advertido nada, pero la cara le arde de golpe y espera que la piel que se mantiene tostada desde el final del verano oculte el rubor. Pero por la expresión vagamente burlona de Diana —*¡qué increíblemente hermosa es!*— sospecha que debe haber advertido la mirada y se divierte con su agitación. Tal vez para tranquilizarla, Diana alza el brazo izquierdo y, con ademán lento y natural, se alisa el cabello detrás de la oreja con el muñón, y después vuelve a apoyarlo entre los muslos, detrás de la mesa. Indecisa, Gabriela se queda parada al lado de la mesa, con la mirada fija en la pared, detrás de la mesa, y cuando pasan unos segundos, le viene de pronto el recuerdo de unos momentos atrás, cuando transpuso la puerta y la volvió a cerrar, *el cuadro vivo de la escena que ahora, por estar incluida en ella, se ha vuelto fragmentaria y confusa*, el barman de saco blanco, que sonrío al verla entrar, acomodando, en la punta del mostrador

cercana a la puerta, tajadas ovales de salami en un platito, los dos clientes parados contra el bar tomando vino tinto, los clientes borrosos de las mesas chicas cerca de la entrada, y sus amigos en el fondo, Tomatis en la cabecera, de espaldas al bar, y a su derecha, de espaldas a la pared, Violeta y la mujer de Nula, y detrás de Tomatis, uno de cada lado del mostrador, charlando y riéndose mientras Nula descorcha una botella de vino, Nula y Pinocho, la acogida ruidosa de sus amigos, igual que actores que, en un escenario, sentados alrededor de una mesa, representan la llegada de una actriz que interpreta el papel de una amiga, en un decorado convencional de bar con algunos extras que hacen las veces del barman, de los parroquianos que simulan hablar entre ellos, formando una escena tan exterior a ella que Gabriela, a pesar de que ha transcurrido hace apenas unos segundos, siente nostalgia de haberla perdido en el abismo sin fondo donde fue a apelmazarse con el pasado más remoto, junto con la semana anterior, sus años de infancia, los siglos enterrados para siempre, la muchedumbre infinita que vino al mundo y después se borró, el primer instante del universo.

—Mi padre era arquitecto, mi ex marido es arquitecto, mi hijo mayor está en primer año de arquitectura en Rosario, y yo soy arquitecta, así que alguna esperanza me queda de mantener en pie e incluso de modernizar esta ruina —le dice Violeta a Diana, señalando con un movimiento de cabeza a Tomatis, a quien la declaración, que ya debe haber oído varias veces, parece causarle un placer extremo.

Desde ayer a mediodía cuando lo llamaron de *La Región* para informarlo de la muerte del director, Tomatis ha estado yendo y viniendo, del diario a la funeraria, y esta mañana al cementerio privado Oasis de Paz, en la punta norte de la ciudad, a más de media hora de taxi. El director se había jubilado hacía años, antes de que él mismo decidiera retirarse, y Tomatis solía verlo de tanto en tanto e incluso había ido a visitarlo el año anterior al sanatorio donde estuvo internado unos días y del que nadie pensaba que iba a salir vivo, pero duró un año más, y hasta la madrugada del miércoles, al día siguiente de haber cumplido ochenta y tres años. Aunque dirigió durante un tiempo la página literaria de los domingos, Tomatis no publicó una sola línea en ella después de haber entrado al diario. En las primeras semanas, trató de incorporar algunos autores menos convencionales que el grupo habitual de colaboradores, todos de la ciudad y de las inmediaciones, que únicamente se leían entre ellos, y decidió invitar a algunos escritores de Buenos Aires, de distintas tendencias políticas y literarias para que colaboraran, pero un mes más tarde más o menos, Tomatis y dos periodistas más que tenían veleidades literarias estaban

reunidos para discutir las próximas entregas de la página literaria, cuando de golpe apareció el director trayendo consigo la página literaria de la semana anterior, y en forma amistosa y jovial, pero que no admitía objeción, les dijo más o menos lo siguiente: *Miren, muchachos, esta ciudad es una ciudad mediocre; La Región es un diario mediocre. Por lo tanto, la página literaria tiene que ser mediocre.*

Entre incrédulo y admirativo, Tomatis treinta años más tarde todavía se reía mientras se lo contaba a alguien. También lo admiraba la relación que ambos habían tenido; el director, que estaba jubilado desde hacía tiempo, lo llamó por teléfono para que no lo hiciera al enterarse de que Tomatis había decidido dejar el diario, y cuando Tomatis le dijo que ya había perdido demasiado tiempo maquillando el mundo para que otros se lo apropiaran, el director comprendió que su ex empleado, por alguna razón que él ignoraba, había perdido la cualidad que volvía su colaboración tan necesaria: el cinismo. Y como la jubilación lo había dejado al margen del poder, porque sus hijos y los hijos de su socio, que se había muerto años antes, habían tomado las riendas del negocio, le respondió que hacía bien en irse, que no valía la pena ocuparse de cosas tan secundarias. No lo decía por cinismo: era una inteligencia mediana; sus valores eran de lo más relativos, y si no hubiesen existido la vejez y la muerte, podía haber seguido defendiéndolos y juzgando al mundo a través de ellos. A Tomatis lo fascinaba esa medianía sincera, un poco miope, pero que, para ser consecuente consigo mismo, lo obligaba a la astucia y al compromiso. Su padre, fundador del diario, había sido anarquista, y él era socio del Jockey Club; de esa mezcla le quedaba una preferencia por lo bajo, que lo hacía sentirse más cómodo en los asados con el personal de la imprenta o en las fiestas del Sindicato de Canillitas que en las ceremonias con el Arzobispo, con el gobernador o los jefes militares (aunque, mientras dirigía el diario, no faltaba a ninguna). Los ideales que terminan siendo lucrativos vuelven, según los recursos morales de cada uno, infames o culposos a los que, desinteresadamente al principio, se empeñaron en ponerlos en práctica. Llenaba sus ocios traduciendo laboriosamente a Shakespeare para mejorar su inglés y escribiendo más laboriosamente todavía cuentos que transcurrían entre los pobres del río y de las islas, y en los últimos años se encerraba en su oficina para componerlos y no se ocupaba de nada en el diario de modo que los herederos lo obligaron a jubilarse. No dudaba ni siquiera un segundo de que Tomatis pensaba exactamente lo contrario que él, pero confiaba más en su cinismo que en la sinceridad de los otros periodistas, que pensaban como él pero eran incapaces de calcular al milímetro lo que había que decir y cómo

decirlo, como podía hacerlo Tomatis gracias a su vivacidad y a su cultura. Cuando se paraba ante el escritorio de Tomatis, sobre todo en los primeros tiempos, siempre trataba de ver, por curiosidad, cuáles eran los libros que éste estaba leyendo en ese momento, y si Tomatis, al llegar al diario, o antes de irse pasaba por su despacho por alguna razón, a menudo para pedir un adelanto del sueldo, él le sacaba de un tirón el libro que llevaba bajo el brazo o en el bolsillo y miraba con atención la tapa o lo hojeaba con interés, sabiendo que los nombres de sus autores, que a él no le decían nada, venían de un mundo en el que él no entraría jamás. En la indiferencia precisa y espontánea con la que Tomatis consideraba la supuesta seriedad del diario, y en la facilidad escrupulosa, aunque un poco humillante para los demás periodistas, que tenía para hacer su trabajo, el director, que no ignoraba los límites estrictos de lo que podía exigirle, sentía menos que se comportaba como un empleado que como una especie de complemento contradictorio de sí mismo.

Ayer, Tomatis dio un salto hasta la funeraria y se quedó parado un rato escrutando la cara blanca, impassible y filosa del director, sin poder reprimir al principio los lugares comunes que inspira la muerte, estilo *¿No estará simulando? Y si ahora abre los ojos y se sienta de golpe?, o bien, Pronto me va a tocar a mí estar en esta situación o ¿Seguirá durante muy poco tiempo la actividad cerebral posmortem, confusa y delirante, y que, por ser neutra o cada vez más dolorosa, cada vez menos dolorosa, hasta volverse placentera, los que pudieron testimoniar de vuelta de un coma profundo o de un letargo, le dieron a cada una de esas posibilidades el nombre de limbo, infierno, purgatorio, paraíso?* Pero después se acordó de la llamada que había recibido del director cuando se enteró de que pensaba dejar el diario: por la manera en que le hablaba, el director trataba de darle a entender que él, Tomatis, era el único en el que tenía todavía confianza para que las cosas se hicieran como él las entendía, ya que la nueva generación de directores y de administradores, con el pretexto de «modernizar las estructuras», como decían, estaban entregados a la dictadura militar. Para la mediocridad visceral del director, esa entrega era peligrosa, faltaban en ese oportunismo ávido las armas de su reino, que eran la astucia y el compromiso. Y él, Tomatis, era el único capaz de usarlas, porque sin compartirlas, aun desdeñándolas, aun trabajando todo el tiempo fuera del diario contra ellas, cuando estaba adentro era el único capaz de entenderlas y aplicarlas por ser la parte esencial de su trabajo.

Cuando salió a la calle y se paró en la primera esquina a esperar un taxi, Nula le propuso llevarlo hasta su casa y encima le regaló un par de

chorizos chacareros que, efectivamente, ni a él ni a su hermana le parecieron desechables cuando se cortaron unas tajadas antes de la cena. Violeta cenaba con su madre y con su abuela, y después se quedaba a dormir con ellas, de modo que Tomatis subió a la terraza y trabajó un rato en su cuarto, con la ventana abierta y la puerta entornada para que lo sorprendiera alguna corriente de aire. Pero no corría aire, justamente, y la atmósfera en la piecita se había vuelto, con el calor creciente del día, por haber estado cerrada toda la tarde, húmeda y sofocante. Se levantó y subió a la terraza y miró el cielo, pero no se veían ni luna ni nubes ni estrellas: había una vaga cúpula de un gris tirando a negro, y el sol que había visto, al bajar del auto de Nula, teñir de rojo el horizonte y el cielo bajo en el oeste, no había hecho retirarse la capa nubosa y lisa que había cubierto el cielo durante todo el día. Así que, cuando volvió a su cuarto, no cerró la puerta al entrar, porque en la oscuridad abierta de la terraza no había percibido el más mínimo soplo de aire. La noche estaba tibia y agradable. A la luz de la lámpara, Tomatis sacó unas hojas blancas del cajón del escritorio, retiró el capuchón de una birome negra, y en la primera hoja, en el lugar en el que habitualmente se inscriben las precisiones de fecha y lugar, anotó: *Miércoles a la noche*. Y después de reflexionar un momento, empezó a escribir su carta. *Querido Pichón: La culpa es siempre anterior al crimen, e incluso independiente de él. El mito no acepta refutación, es como es: en el mito, por lo tanto, Edipo, aunque ignorándolo, es culpable. La tragedia, en cambio, traslada el mito al plano del acaecer. En esta tragedia en particular, como decíamos el domingo por teléfono, el desarrollo de los hechos es más ambiguo, y los testimonios que desencadenan la catástrofe son puras afirmaciones verbales que no presentan el más ligero atisbo de prueba. Todo el mundo dice que Edipo Rey es un relato policial, de modo que las leyes del género nos obligan a preguntarnos a quién beneficia el crimen, quién tuvo la ocasión, la posibilidad y los móviles para urdirlo y darle la apariencia de un desastre inevitable del destino. Mi manera de interpretar los hechos es la siguiente. 1.º) Edipo llega a Tebas, resuelve el enigma de la Esfinge y se casa con Yocasta. 2.º) La clarividencia de Edipo contraría a Tiresias, que había sido incapaz de resolver la adivinanza y que ve en Edipo un competidor serio, y también desbarata los planes de Creón, que después de la muerte de Layo complotaba para deponer o asesinar a Yocasta y apoderarse del trono de Tebas. 3.º) El pastor, que expuso realmente en el monte Citerio al verdadero vástago de Yocasta y de Layo (el cual no sobrevivió), y que presencié la muerte en el Cruce, de Layo y de su comitiva a manos de Edipo, huyó no porque haya reconocido a Edipo, después de tantos años,*

sino para salvar su vida porque, por tratarse del único sobreviviente, testigo del crimen, pensó con razón que Edipo también lo mataría. 4.º) Creón lo manda a Corinto a averiguar las razones que incitaron a Edipo a exiliarse, y se entera de que ha sido porque el Oráculo de Delfos le predijo que mataría a su padre y se acostaría con su madre, de modo que tuvo que alejarse de su familia para evitar el incesto y el parricidio. Dicho sea de paso, como lo refieren varias tradiciones, el Oráculo no era infalible ni mucho menos, y no sólo se equivocaba a menudo y había que volver a consultarlo, sino que en general sus predicciones eran formuladas en términos tan oscuros que resultaba frecuente que los destinatarios se equivocaran en la interpretación. En esta historia de Edipo, es posible aplicarle a los sucesivos oráculos la teoría de los dominós, porque si uno solo se verifica como falso, todos los otros también lo son; y si nada prueba en la tragedia, aparte del testimonio del Pastor y del Mensajero, que Edipo efectivamente es hijo de Layo, obtenemos la prueba de que la superstición hace más víctimas inocentes entre los hijos que entre los padres. Edipo fue a consultar al oráculo porque en una taberna de Corinto un borracho lo trató de bastardo, lo cual empieza a hacerlo dudar de su propia identidad. 5.º) Con astucia maquiavélica (avant la lettre) Creón concibe el plan de eliminar a Edipo y Yocasta haciéndoles creer que Edipo es el niño que Layo mandó a exponer en el monte Citerio porque un oráculo afirmó que ese niño lo mataría. 6.º) Creón cuenta con la complicidad del Pastor y del Mensajero de Corinto, que no tienen otra alternativa que secundar sus planes. Insidiosamente, Creón inculca en Tiresias, que está viejo y un poco chocho y detesta a Edipo por haberlo ridiculizado resolviendo rápidamente la adivinanza de la Esfinge que él no había sido capaz de resolver, que Edipo es el hijo de Layo y de Yocasta y el verdadero culpable de los males que se abaten sobre la ciudad. 7.º) Las versiones falsas del Pastor y del Mensajero persuaden a Edipo de que ha cometido dos horrendos crímenes: el parricidio y el incesto: el hombre que lo había llamado bastardo en Corinto decía por lo tanto la verdad; Edipo ignoraba que, aunque por cierto era bastardo, no era la misma criatura que el Pastor había expuesto en el monte Citerio, sino otra. Creón había explotado el rumor, el oráculo erróneo, el asesinato de Layo y el casamiento con Yocasta, tramando la historia a su manera para lograr sus objetivos. 8.º) Yocasta se ahorca, Edipo se arranca los ojos y se destierra voluntariamente al monte Citerio, Creón se apodera del trono de Tebas; y en cuanto al Pastor y al Mensajero, nunca más se oyó hablar de ellos.

En la tragedia está escrito que Layo podría no ser el padre de Edipo,

que alguna ninfa del monte Citerión, etcétera, etcétera. En realidad, el mito sugiere todo el tiempo que los regresos, por no decir las «regresiones», suelen ser catastróficos. Todo regreso va contra las leyes físicas del universo, que está eternamente, o casi, en expansión. Nadar contra la corriente, etcétera, etcétera. Llamame cuando recibas estas líneas para darme tu opinión. Carlitos PD. El domingo hay un asado monstruo en lo Gutiérrez. Habrá muchos espectros del pasado y algunas tenues siluetas del presente, yo soy un híbrido de los dos. Besos a Babette y los chicos.

A la mañana siguiente se ha despertado temprano y, a causa del buen tiempo, se ha sentado a tomar mate y a leer en la terraza soleada. El sol de las ocho y media, benévolo, le ha anunciado la vuelta del verano. Nubes blancas, enormes, dejando mucho espacio azul entre ellas, dispersas, decoran, inmóviles, el cielo. La mirada de Tomatis las ha recorrido con placer atribuyéndoles un anuncio de buen tiempo para los días que se avecinan. La misa es a las nueve y media, y el entierro ha sido fijado para las once, pero como se trata de un personaje local de cierta importancia, Tomatis sabe que no vale la pena apurarse, y como resolvió ir derecho al cementerio sin pasar por la iglesia, tiene una hora libre todavía antes de ir a prepararse. Cuando llegó al cementerio, el cortejo recién estaba instalándose alrededor del panteón familiar, trasladado desde el cementerio municipal, demasiado expuesto a las crecidas del río Salado que, de vez en cuando, antes de entrar en la corriente del Paraná, se desborda y cubre de agua todo el flanco oeste de la ciudad. La empresa privada Oasis de Paz, aunque propone sus propios mausoleos, acepta estos traslados, *corps et biens*, para los familiares que pueden pagárselos. Tomatis ha escuchado, disimulando su escepticismo, los discursos: un consejero del gobernador, que fue guerrillero en otro tiempo, y que después de instalarse unos años en el extranjero volvió a la ciudad para servir, como dicen, al proceso democrático, aunque desde la vuelta de la democracia los problemas que según él lo indujeron a tomar las armas no sólo persisten sino que incluso se han agravado; uno de los directores actuales del diario, heredero de la otra familia de propietarios; un miembro de la redacción, cronista deportivo, para recordar que el director había sido presidente de un club local de fútbol, y que durante su presidencia el club había jugado en primera división. Por curiosidad, Tomatis se ha acercado para leer los fondos violetas de las coronas y de las palmas de flores: están todos, el gobierno, la Iglesia, los bancos, el comercio, la industria, los dos principales clubes de fútbol, los canales de televisión, el Colegio de Abogados, las asociaciones caritativas, la Universidad; viendo la muchedumbre a su alrededor, analizando mientras la

oye, la retórica de los discursos, Tomatis comprende hasta qué punto ha estado viviendo, desde la adolescencia, de espaldas a esa ciudad que a su vez lo considera con cierto recelo: sin declaración de guerra, sin violencia explícita, la ironía desdeñosa con que siempre ha considerado lo que en las páginas de *La Región* tenían en otra época la costumbre de llamar «las fuerzas vivas de la ciudad», recibía como respuesta desconfianza y sospecha. Sin embargo, cuando la ceremonia terminó y la asistencia empezó a dispersarse, un grupito de empleados o de ex empleados del diario, de la redacción o del taller, se topó con él y se dirigieron charlando hacia la salida del cementerio. Al principio el tema fue el director, pero enseguida pasaron a otra cosa: colegas muertos o jubilados, la mudanza inminente de la redacción y de las máquinas a un nuevo local, más moderno y más grande, en el norte de la ciudad, y por último, una discusión sobre el clásico que jugarían el domingo los dos equipos locales de fútbol. El cronista de deportes que pronunció el discurso le propuso llevarlo en auto al centro, así que se distribuyeron en dos autos —eran nueve en total—, y Tomatis se despidió en la puerta del cementerio de los cinco que iban en el otro coche. A Tomatis lo preocupaba saber de qué manera llevaría la conversación con sus ex colegas hasta llegar al centro, pero a las dos cuadras el conductor y los dos de atrás ya habían reanudado la discusión sobre el partido del domingo, analizando la composición de los dos equipos, el hecho de que jugaran en tal o cual cancha, la historia reciente —cambios, partidos ganados o perdidos, estado físico de ciertos jugadores, etcétera— de los respectivos cuadros. En la época en que recién había entrado a trabajar en el diario, a los veinte años, como los periodistas de deportes se burlaban de él a causa de su inclinación por la literatura, Tomatis se vengaba de ellos ridiculizando el deporte y proclamando sin mentir que nunca había entrado en una cancha de fútbol, y oyéndolos discutir con tanta pasión durante el viaje en auto, pensaba que hasta ese día podía hacer la misma afirmación, pero que la situación en la que estaba no se lo permitía —lo que cuando tenía veinte años consideraban una provocación, hoy lo tomarían como una ofensa aunque no se abstendrían de efectuar con el partido del domingo todo el gasto de la conversación, sin preguntarse si la persona que habían invitado a viajar con ellos se interesaba o no por el tema. «Ni ellos ni yo hemos cambiado nada en todos estos años, y no cambiaremos tampoco en los que nos quedan por vivir», pensaba Tomatis cuando bajó del coche en la esquina de Mendoza y San Martín, en el bar Los siete colores, donde se había citado con Violeta para la una. Violeta estaba trabajando en un proyecto urgente que tenía que entregar esa misma tarde, de modo que

tomaron un café y se volvieron a dar cita para las siete en Amigos del vino. Cuando entró a las siete en punto, Tomatis pudo comprobar que Violeta, fresca y tranquila, ya estaba ahí, y él no había terminado de sentarse cuando entraron Nula y su mujer, y cinco minutos después, Soldi. Tomatis ha ocupado una parte de la tarde corrigiendo y ampliando la carta para Pichón, y antes de venir al bar, ha dado un salto hasta el correo para despacharla.

Gabriela, saliendo de su indecisión, en vez de sentarse da algunos pasos a la derecha y se acerca al mostrador, justo en el momento en que Nula, dando la espalda a la sala, se ha puesto a preparar algo, y su actitud es tan semejante a la que tuvo durante su sueño fugacísimo, que dándole un codazo a Soldi, murmura:

—Con tal que no nos sirva un pescado vivo —dándose cuenta en el momento mismo en que lo dice, que Soldi se ríe por pura cortesía, porque no ha entendido, como era de esperarse, dónde podía estar el chiste de la frase y mucho menos a qué pretendía estar aludiendo. Pero Nula no trae un pescado vivo en la mano cuando se da vuelta, sino un tazón lleno de aceitunas verdes y negras.

—Llegaste a tiempo para la primera botella —dice Nula.

—Estuve pensando un rato esta tarde sobre la cuestión del devenir —lo interpela Gabi a boca de jarro—. A ver qué te parece esta frase: *¿Qué es lo que es siempre y jamás deviene, qué es lo que siempre deviene y nunca es?*

—*Timeo*, 27 —dice Nula—. Momento clave aunque fácilmente refutable de la reflexión sobre el tema.

—Uno cree estar en la Academia aquí adentro —dice Tomatis.

—Sí —salta Diana—. Pero en la de corte y confección.

—¿Momento clave? —se envalentona Gabriela—. Se ve que le gustaban las adivinanzas a ese viejo maricón, que por culpa de sus veleidades políticas tuvo que fugarse de Siracusa vestido de mujer como un vulgar travesti.

Por lo que vale la broma que, aunque formulada de mil maneras similares o diferentes se viene haciendo desde el tercer siglo antes de Jesucristo a expensas de Platón, sus oyentes emiten una sonrisa módica, no sin asombrarse de que Gabi se ríe, misteriosamente, a carcajadas, porque ignoran que lo que la hace reír tanto no es la frase en sí, sino el hecho de habérsela atribuido a Nula un rato antes, durante una ensoñación inexplicablemente agresiva, sin darse cuenta al hacerlo de que no era Nula sino ella misma la que la formulaba.

—Pasen estas copas a la mesa —les dice Nula a Gabriela y a Soldi,

que recogen tres cada uno y las distribuyen ante cada una de las seis sillas, ocupadas o vacías, destinadas a los seis comensales. Ella se sienta a la izquierda de Tomatis y Soldi, que trae también el tazón de aceitunas y lo deposita en el centro de la mesa, se sienta al lado de Gabriela, enfrente de Diana. Nula, que se ha demorado unos segundos escribiendo dos o tres signos rápidos en un talonario de hojitas blancas, llega después de ellos con la botella, y la muestra a la asistencia.

—En las tierras ardientes al pie de la cordillera, el chardonay se concentra demasiado y pierde fruta y frescura. La uva un poco más ácida resiste mejor. Señoras y señores —dice alzando la botella— ¡sauvignon blanco de Mendoza! Invitación de la casa.

Y empieza a servir con pericia cuidadosa, un poco de vino en cada copa. Como Violeta está estirando la mano hacia las aceitunas, Nula se interrumpe y grita:

—¡No! Después de haber probado el vino solamente.

Y cuando termina de servir, antes de sentarse en el extremo de la mesa opuesto al que ocupa Tomatis, alza una copa y amaga un brindis. Todos hacen un ademán semejante y Nula prueba, concentrándose en el sabor del vino para describirlo mejor.

—Flores blancas —dice Diana.

—Y pomelo —dice Violeta.

—El sol del verano no logró almibararlo —dice Nula—. Trébol. Es mi preferido.

Se sienta. Gabriela y Tomatis están tomando un segundo traguito, y hacen que el vino se demore en la punta de la lengua; los labios de Tomatis se juntan y su boca adquiere un aspecto arrugado y circular, como un culo de gallina. Satisfecho, con la copa elevada, Nula mira a la concurrencia y después, inclinándose hacia su mujer, le pasa el dorso de la mano libre por la mejilla. Gabriela, a quien toda esa retórica, no exenta por otra parte de ironía en el caso presente, la fastidia un poco, advierte el gesto de Nula y lo considera una sorpresa agradable: no se esperaba una actitud tan espontánea de quien desde esta tarde, a partir del diálogo que mantuvieron de auto a auto, y a causa de ciertas miradas equívocas de Nula, que traicionan una confianza excesiva en sus propias dotes de seducción, considera como el campeón mundial de la pose. Diana, en cambio —¡increíblemente hermosa!— por haber despertado en Gabriela una simpatía inmediata, parece mejorar, por carácter transitivo quizás, la imagen de Nula, e incluso al propio Nula. Pero es cierto que, aparte de la retórica, el vino es exquisito, y cuando ve a Violeta servirse con un escarbadiente una aceituna, piensa

que el consejo de Nula de impedirle comerla antes de haber probado el vino no carecía de pertinencia. Gabriela tiene hambre y mientras espera algo mejor —sirven entre otras cosas unas empanaditas de queso deliciosas y un jamón crudo bastante bueno— no le vendrían mal unas aceitunas. Pero, ¿por dónde empezar? ¿Las verdes o las negras? Violeta se sirvió una verde, dejó el carozo en el cenicero, y ahora se está sirviendo una negra. Gabriela se dice que las aceitunas negras y verdes, mezcladas en el tazón, constituyen una situación caótica, y que los seres racionales deberían introducir un orden en ese caos: es lo que parece haber hecho Violeta, a menos que haya pinchado al azar con el escarbadiante. Lo más probable es que tenga una razón para actuar de esa manera. Antes de servirse, Gabriela decide esperar que Violeta pinche la tercera aceituna —la verde— y decide hacer lo mismo, pero justificando su elección por un motivo racional: el gusto de las negras suele ser más fuerte que el de las verdes, de modo que es preferible comer una verde primero para paladearla mejor, y recién después la negra cuyo sabor más intenso saturaría el paladar. El problema es que esa alternancia de verdes y negras vuelve a plantearse con la segunda aceituna verde, cuyo sabor será anulado por la persistencia del gusto mucho más fuerte de la negra. Tal vez, piensa Gabriela pinchando una aceituna verde y llevándosela a la boca, el buen método consistiría en comer tres o cuatro verdes seguidas y alternar con una negra. Y cuando muerde la pulpa lisa de la aceituna verde, decide que ésa es la manera como actuará en adelante.

De golpe, alzando su copa e inmovilizándola en el aire, con voz grave aunque paródica, Tomatis recita:

De la droga llamada día
los que me la hicieron tomar
se olvidaron de precisar
que a la larga me mataría.

Los otros se ríen, sacudiendo afirmativamente la cabeza y Violeta, inclinándose hacia él, lo gratifica con un besito en la mejilla.

—*Jugosa encarnación fugitiva del todo* —cita de golpe Soldi con una sonrisa, como si se tratara de una payada mirándolo provocativamente de reojo para ver cuál será su reacción, y llevándose la copa de vino a los labios toma un trago largo y meditado.

—La idea está copiada, dicho sea de paso, y echada a perder, del decimotercer soneto de Orfeo —dice Tomatis, refutando, expeditivo, el verso de Mario Brando, y con aire de haber replicado muchas veces de la

misma manera a una provocación habitual de Soldi. Y después de haber simulado, el primero delectación y el segundo impaciencia y liquidación lapidaria, los dos se miran con cierta complicidad y festejan lo que podría definirse técnicamente como una broma privada.

En realidad, Soldi, de manera bastante discreta, está tratando de inducir a Tomatis a hablarles de Mario Brando. Soldi sabe que el tema le desagrada y, si es posible, Tomatis lo evita o lo rechaza con escepticismo impaciente e incluso con desdén ostentoso. Pero en general hasta un incidente ínfimo, una frase que contraría su opinión ya inmodificable sobre la persona y la obra de Brando, un juicio estético o moral, una anécdota mal contada sobre el personaje, una estimación ambigua, etcétera, es suficiente para que Tomatis, ya sin preocuparse del silencio indiferente que se había prometido a sí mismo guardar, destinado a ignorar al personaje hasta hacerlo desaparecer del universo objetivo, empiece, irritándose, un interminable monólogo del que por supuesto Soldi, que lo ha oído ya varias veces, extrae un placer renovado cada vez que vuelve a escucharlo, sin contar que siempre aparecen cosas nuevas que le servirán para su trabajo de investigación. Pero Tomatis, con una sonrisa satisfecha, declara:

—La segunda botella es para mí, igual que el piscolabis que, espero, contribuirá a mejorarla. A propósito, turco, los salamines ¡geniales! Mi hermana no podía creer lo buenos que eran.

—Vayan por el mundo anunciando la buena nueva entonces —dice Nula.

—Ya te sale el fenicio del alma. Creí que habías pagado una broma excelente que alegró nuestro viaje, y resulta que era una astucia publicitaria para explotarme como hombre-sándwich —dice Tomatis.

—¿Qué broma, che, qué broma? —dice Violeta.

—Estaba parado en una esquina y le propuse traerlo hasta el centro... —trata de decir Nula, pero Violeta lo interrumpe:

—No me digas que hizo el chiste del colectivo demasiado lleno. A mí me lo hizo un día cuando todavía estaba de novia con mi primer marido, y él me seguía por todas partes para que me acostara con él.

—Tuve que esperar años para lograrlo —dice Tomatis.

—Y la de Propp, ¿nunca te la contó? —dice Violeta.

—Sí —dicen al unísono Gabriela y Soldi, pero Diana y Nula, con expresión interrogativa, esperan que alguien se la cuente.

—Vladimir Propp inventó el análisis estructural de los cuentos populares; cada elemento de la intriga, común a muchos cuentos, puede reducirse a una función; a partir de una situación inicial, que se escribe con

la letra griega alfa (por ejemplo un rey y sus tres hijas) se producen siempre unas pocas variantes, cada una de las cuales representa una función: por ejemplo, las hijas salen a pasear (función g3) y se quedan más de lo debido en el jardín (\hat{o}^1); un dragón las rapta (A^1), el rey pide ayuda (B^1) a tres héroes que salen a buscarlas (C mayúscula y una flecha hacia arriba que indica partida); combate y muerte del dragón (Mi- Y^1); liberación de las niñas (K4), retorno (flecha hacia abajo). Recompensa (W3) —recita Soldi y finge hallarse completamente extenuado cuando termina—. El número limitado de variantes permite entonces reducir cada tipo de combinación a un esquema abstracto. Tomatis dice que en Alemania, donde la vida moderna es demasiado agitada y el tiempo es oro, los padres tienen demasiado trabajo y en vez de leerles un cuento a sus hijos antes de dormir, les recitan uno de los esquemas de Propp. Y a los niños alemanes, que son muy inteligentes, les gustan mucho. Nula: no te olvides esta noche: alfa beta tres A mayúscula A^1 B' flecha ascendente. H^1 guión Y uno K cuatro flecha descendente doble V3. A los chicos les va a encantar.

—Qué regio —dice Diana—, como los chistes numerados.

—Propp se inspiró de ellos tal vez —dice Tomatis. Y, levantándose, agrega—: Encargo una botella y parto a desembarazarme de la primera.

Le hace una seña al mozo que está detrás de la caja, consistente en apuntar con el índice hacia la mesa haciéndolo girar, y después, pasando detrás de Nula, abre una puerta, y encendiendo una luz en el recinto vecino, alumbrando el hall del cine abandonado cuyo bar alquila Amigos del vino para hacer funcionar su local promocional. Las puertas de vidrio que dan a la calle están cerradas, igual que las que permitían el acceso a la sala, y la escalera que llevaba al pullman está interceptada por unas filas truncas de butacas amontonadas. En la pared de enfrente la boletería está intacta, pero las luces del techo, que Tomatis acaba de encender, no permiten distinguir lo que hay detrás de la reja. Los baños están a la derecha de la puerta, contiguos al bar. Tomatis se acuerda de que a veces, durante el intervalo, cuando era adolescente y entraba al baño a orinar, si estaba solo prestaba atención tratando de escuchar las conversaciones y los ruidos que venían del baño de las damas, convencido de que, por provenir de ese lugar íntimo, debían ser sin duda excitantes. Después de orinar, no sin antes mirar hacia la puerta para verificar que nadie entre para sorprenderlo ejerciendo ese placer humillante, tirándose un pedo al mismo tiempo, Tomatis sale otra vez al hall pero en vez de volver directamente al bar se acerca a las puertas de la sala y a través de un vidrio circular, como un ojo de buey, que se abre en la superficie tapizada —en los años cincuenta, cuando lo abrieron, era un cine

de lujo— intenta espiar, a pesar del polvo que lo opaca, el interior de la gran sala oscura, a la espera de oír o ver tal vez, demorándose en las tinieblas, los fantasmas magnéticos, grises o coloreados, de dimensiones exageradas, de los simulacros de vida que, noche tras noche, se ponían en movimiento, se agitaban unas horas en la pantalla brillante, y después, de golpe, arrumbados en una lata circular de metal, hasta que alguien se dignara sacarlos otra vez para vivir sus vidas repetitivas y mecánicas, sumisos, se apagaban.

En vez de dirigirse derecho a su silla, cuando entra en el bar, Tomatis se inclina hacia Soldi y, apoyándose en sus hombros, le informa con aire paciente y cansado:

—Brando, en agosto del 4 5 era vanguardista, pero en abril *del* mismo año, como podrías comprobarlo en los archivos de *La Región*, todavía imitaba a Amado Nervo.

Y como el mozo está esperándolo con la botella para hacérsela probar, le indica que le sirva un trago, levanta la copa y se lo toma, haciéndolo durar un poco en la boca y dándole otra vez a los labios su forma arrugada y circular para dictaminar después de unos segundos:

—Perfecto.

Violeta y Soldi intercambian una sonrisita discreta: ya presienten que el pájaro entrará en la jaula. El mozo sirve otra vuelta de vino, pone la botella en un balde lleno de agua helada con capacidad para otras dos botellas, que se encuentra en el mostrador, obsequio publicitario de una marca de champagne, y recogiendo un platito de salami, uno de jamón crudo y uno de rodajitas de pan que ya estaban preparados al lado del balde, los distribuye sobre la mesa; el local es tan estrecho que, parado al lado de Tomatis, puede recoger las cosas del mostrador y depositarlas sobre la mesa sin moverse de su lugar, inclinándose hacia la izquierda y hacia la derecha con elasticidad profesional para ejecutar su trabajo. Cuando su mirada se cruza con la del mozo, Nula, juntando los índices y los pulgares y entrechocándolos un poco para sugerir cierto tamaño —en realidad, el de las empanaditas de queso— le suplica con la mirada, de manera mundana por supuesto, que traiga algunas, a lo que el mozo responde con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—El más grande impostor que existió en esta puta ciudad: Mario Brando —revela Tomatis con aire sentencioso, y después pinchando con un escarbadiende un poco de jamón crudo, se lo lleva a la boca—. Y no solamente desde el punto de vista literario. Hasta su propio padre, que era amigo de Washington, lo detestaba. Era tan tacaño que cuando organizaba las cenas del grupo precisionista, se arreglaba antes con el propietario del

restaurante para que no le cobrara su parte, alegando que gracias a él, lo cual era cierto, todos los jueves a la noche había una mesa de quince o veinte invitados. Y era él el que se beneficiaba, a pesar de que muchos de sus discípulos eran pobrísimos. Y aunque era millonario, en el cincuenta y seis, durante la revolución libertadora, lo obligaron a salir del gobierno por ladrón. Gutiérrez debe saberlo. Habrán notado una cosa: en el movimiento precisionista no había comunistas, ni homosexuales declarados ni judíos. A vos, turco, no te hubiese aceptado —le dice a Nula.

—Yo tampoco —dice Diana—, pero por otras razones.

—No formaría parte de un movimiento literario que me tuviese como miembro —cita Nula acomodando, el texto de la cita a la circunstancia.

—Y además —dice Tomatis— era un dictador. Tenía aterrorizados a sus discípulos: los humillaba en público, los trataba como a sirvientes, y a los que se alejaban del movimiento intentaba impedirles por todos los medios que publicaran en los diarios y las revistas en las que tenía influencia, y a dos o tres los hizo echar del empleo. Su talento literario era módico, pero, reconozco, como intrigante tenía genio, demasiado quizás en relación con sus móviles mezquinos: plata, aunque ya había heredado suficiente de su padre, figuración social y reconocimiento literario en pequeña escala. A pesar de haber sido agregado cultural en Roma y de haber viajado un poco por Europa, era un provinciano. Dante era su referencia principal, de la que creía ser el único propietario porque era de origen italiano. Una vez escribió un artículo que se llamaba *Dante y la patria chica* —lo publicamos en la página literaria— donde describía las relaciones de Dante con Florencia, que en realidad era un paralelo con su propia persona, rebajando a Dante al nivel de un notable de provincia. Según Washington, el viejo Brando, cuando se retiró de la fábrica de pastas, empezó a escribir ensayos literarios sobre el verismo que eran mil veces más inteligentes que los artículos de su hijo.

—Todo eso es cierto, pero tiene algunos buenos sonetos —dice Soldi.

Los ojos de Tomatis llamean una fracción de segundo pero de inmediato una sonrisa irónica que se insinúa en sus labios lo hace entornar los párpados y sacudir con levedad lenta la cabeza.

—Me estás buscando, Pinocho —dice, con voz grave y amenazante.

—Ya te encontré —dice Violeta.

Y todos los que están sentados alrededor de la mesa, incluso Tomatis, se echan a reír y aprovechan la circunstancia para tomar un trago de vino y masticar un poco de fiambre o alguna aceituna (Gabriela opta ahora por dos verdes seguidas de una negra). Dejando otra vez la copa en la mesa, Tomatis

reflexiona un momento antes de seguir hablando. Y por fin dice:

—Sí, tal vez tenga dos o tres sonetos que no están del todo mal. Pero ninguno en el estilo precisionista. Cuando escribía más o menos bien era en la línea de sus peores enemigos, los poetas de la revista *Espiga*, que agrupaba a los neoclásicos. Brando los injuriaba públicamente y a escondidas los imitaba. En cambio, les imponía su estética absurda, el precisionismo, a sus discípulos, que no tenían derecho a publicar nada sin su autorización.

Brando, sigue diciendo Tomatis, se decía vanguardista pero era un burgués desembozado. Según Tomatis, vivía y pensaba como un burgués. Se casó con la hija de un general conservador ultracatólico, pero tan oportunista como él, que iba cambiando de posición política a medida que cambiaban los acontecimientos y los gobiernos. Brando tenía la pretensión de juntar la poesía y la ciencia, pero sus valores y su estilo de vida eran los mismos que reivindicaba la burguesía más tradicionalista: educó a sus hijas en la religión católica y cuando crecieron las casó con oficiales de marina. Él no iba a misa más que cuando sus obligaciones sociales se lo exigían, según Tomatis, pero su mujer y sus hijas asistían todos los domingos a la misa chic de las once. El cuñado, según Tomatis, también era militar, y llegó a general como su padre. A partir de los años sesenta había frecuentado a los instructores norteamericanos en Panamá, en Washington, en la Escuela de las Américas. Como hizo toda su carrera a la sombra del general Negri, torturador célebre, le habían puesto de sobrenombre, incluso en ciertos círculos militares, el *anticomunista secundario*, aludiendo a su personalidad apagada, consecuencia tal vez de su alcoholismo. Y, justamente, dice Tomatis, a causa de todo eso, él se había visto una vez en la obligación de pedirle un favor a Brando. Tomatis se calla durante unos segundos, rememorando, reflexionando tal vez: también la expresión de Soldi, de Violeta, y de los otros se ha vuelto grave. Gabriela baja la cabeza, quizá para no cruzar su mirada con los otros, o probablemente concentrándose para escuchar mejor lo que, a decir verdad, ya ha escuchado muchas veces, de Tomatis, de sus padres, o de viejos amigos comunes de Tomatis y de sus padres: el gato Garay, un amigo de Tomatis, hermano mellizo de Pichón, y Elisa, su amante desde hacía muchos años, habían desaparecido. Ella estaba más o menos separada de su marido, quien conocía la relación que existía entre ellos. Y aunque no vivía todo el tiempo con el Gato, iba a pasar con él los fines de semana, y a veces, cuando no tenía que ocuparse de los chicos, semanas enteras. El Gato vivía prácticamente todo el tiempo en esa casa que daba sobre la playita de

Rincón, y que en otra época había sido el retiro de fin de semana de la familia Garay. El Gato vivía de casi nada, de los trabajitos que le daban algunos amigos, para asegurarse algo de comer, de tomar y de fumar. Cada vez salía menos del pueblo; era rarísimo verlo en la ciudad. Cuando Elisa venía a visitarlo, el coche negro en el que llegaba quedaba días enteros inmóvil cubriéndose de polvo arenoso. De tanto en tanto salían a caminar por el pueblo, y a hacer las compras al almacén o a la carnicería; si no, estaban todo el día en el interior de la casa blanca, que estaba empezando a venirse un poco abajo, o en el patio trasero, que hubiese merecido ser limpiado con más frecuencia. Eran atípicos, corteses, pero poco efusivos, y en esos años, cuando se era un poco diferente de los demás, se estaba en peligro de muerte. (Alguien, en broma, había dicho una vez que los secuestraron porque no tenían televisión.)

Simone, un amigo del Gato que tenía una agencia publicitaria para la que éste hacía algún trabajo a domicilio de tanto en tanto, extrañado porque el Gato, que era muy puntual, demoraba en entregarle un trabajito que estaba haciendo, decidió ir hasta Rincón a ver qué pasaba, porque la casa no tenía teléfono. Simone dice que cuando llegó, todo parecía normal: el coche negro de Elisa estaba ante la puerta, recubierto de polvo arenoso, la casa estaba en silencio, y el portón, cerrado. Simone abrió el portón, golpeó las manos varias veces, cruzó el patio trasero, la galería y, abriendo la puerta de tela metálica de la cocina, golpeó contra la puerta propiamente dicha. Como nadie contestó estuvo a punto de irse, pero al probar el picaporte comprobó que la puerta estaba abierta y una vez dentro de la cocina, un olor nauseabundo lo hizo vacilar y estuvo a punto de retirarse, pero vio que sobre el fogón había un pedazo de carne cruda, descompuesta sobre una tabla de madera. Al lado de la tabla había un gran cuchillo de cocina y un paquete de sal sin abrir. La cocina estaba limpia y ordenada. Simone abrió la heladera, donde quedaban algunas botellas de vino blanco, de soda, manteca, y unos tomates. Simone palpó un tomate para ver si estaba también podrido, pero aunque parecía un poco blando no podía saberse cuántos días hacía que estaba ahí. Después Simone recorrió la casa, pieza por pieza, inspeccionó el baño y, cerrando la doble puerta de la cocina, recorrió el patio trasero con lentitud dubitativa hasta que de golpe, tomando conciencia de lo que podía haber sucedido, salió a la calle y después de comprobar que estaba desierta subió al auto y se volvió a la ciudad. Se encerró en su casa varias horas sin saber qué hacer, y volviendo a la agencia llamó por teléfono a Tomatis.

A los diez minutos, Tomatis entró en la agencia. Simone tenía detrás un cuchitril donde preparaba café y guardaba toda clase de cosas, láminas de

cartón, paneles en desuso, elementos de limpieza. Después de cerrar la puerta, le contó a Tomatis lo que había visto, y como Tomatis estuvo a punto de salir corriendo para ver a Héctor, el marido de Elisa, Simone le dijo que se quedara un ratito porque esa visita rápida y agitada podía despertar sospechas en los chicos que trabajaban con él. Así que tomaron un café, salieron charlando a la habitación principal de la agencia, y después de unos minutos Tomatis salió a la calle. Eran tiempos difíciles para él: su matrimonio se hacía pedazos, su madre se estaba muriendo, Washington Noriega había muerto el año anterior, y el mundo entero se derrumbaba a su alrededor; él se emborrachaba casi todas las noches (un tiempo después, serían también todos los días).

Héctor y Tomatis volvieron a la casa de Rincón y registraron todo: la cocina, el baño, las habitaciones, el patio, sin encontrar ningún indicio de violencia, de sorpresa, de fuga precipitada, nada; en los roperos, la ropa estaba en su lugar, en orden, y en el dormitorio, la cama estaba hecha. En la cocina había un pan casero sin empezar, envuelto en una bolsa de plástico; a no ser por el polvo que se había juntado en algunos días, la casa estaba limpia, en orden; el cesto de papeles al lado de la mesa en la que el Gato acostumbraba trabajar, estaba vacío, y la serie de textos publicitarios que Simone le había dado a corregir, bien acomodada, se encontraba en dos pilitas sobre la mesa: la más alta, a la derecha, la de las hojas ya corregidas con birome roja, y la otra, menos abundante, a la izquierda, lo que probaba según Simone que el Gato había estado trabajando en ellos, pero las biromes rojas que utilizaba estaban todas en el pote blanco de cerámica donde tenía la costumbre de guardarlas. Como el Gato era muy ordenado, todo eso no tenía nada de misterioso. Por el pedazo de carne descompuesta —debía estar sobre la tabla, encima del fogón, desde hacía cinco o seis días— podía deducirse que, si había ocurrido algo fuera de lo común, debía haber sido a la hora de la cena: a menudo, cuando estaban juntos, Elisa y el Gato prescindían del almuerzo y cocinaban para la cena, que siempre era alrededor de las nueve. Tomatis y Héctor imaginaron que, a eso de las ocho, disponiéndose a cocinar, Elisa había sacado la carne de la heladera con la intención de cortarla o retirarle la grasa con el cuchillo, mientras el Gato seguía trabajando un rato más con los textos publicitarios y que de pronto, algo que ocurrió en cierto momento —probablemente justo cuando Elisa depositó la tabla con la carne y el cuchillo sobre el fogón, lo indujo a poner la birome en el pote de cerámica y, dejando las dos pilas de hojas sobre la mesa, se levantó y se dirigió a la cocina y al patio trasero, por donde habitualmente entraban los extraños y las visitas, golpeando las manos para

anunciarse, como había hecho Simone cuando vino a ver lo que pasaba. Es probable que el Gato se haya levantado sin la menor inquietud, porque la silla estaba colocada en posición normal contra la mesa, aunque algún otro podía haberla acomodado más tarde. Era difícil reconstruir imaginariamente lo que había sucedido; por más que lo intentaban Héctor y Tomatis no llegaban a nada. Ya había pasado el período de los secuestros espectaculares, destinados a aterrorizar al vecindario, cuando llegaban a la madrugada, ocupaban varias manzanas, con sirenas, vehículos policiales o militares, armas pesadas e incluso, a veces, helicópteros, y se llevaban no sólo a toda la familia o a una buena parte de ella, dejando a veces a algún miembro de ella muerto a balazos en la misma cama en la que lo habían sorprendido mientras dormía, sino que también se llevaban los muebles, el televisor, la heladera, todos los objetos de valor que encontraban, y hacían pedazos lo que no les servía. Ahora, los operativos, como ellos los llamaban, eran mucho más discretos. Alguien había visto una mañana, desde el balcón de su casa, cómo secuestraban a un hombre joven que iba caminando tranquilamente por la vereda, no lejos del centro: un auto, sin parar el motor, estacionó junto al cordón y los tres hombres que salieron de adentro corrieron a la vereda, encapuchados, y empujándolo y dándole golpes, lo metieron en el asiento trasero, en el suelo; dos subieron con él y el tercero fue a sentarse al lado del conductor: el coche aceleró y se alejó bastante rápido, pero no demasiado, y tras doblar en la primera esquina, desapareció para siempre. Como no había nadie en la calle, el testigo piensa que si él no hubiese estado en el balcón, nadie hubiese registrado el incidente. Por supuesto, el testigo no podía cometer la locura de ir a referirlo a la comisaría; así como nunca más oyó hablar ni volvió a ver al secuestrado, que era una cara más o menos conocida del barrio, nadie más hubiese oído hablar del testigo si hubiese ido a denunciar el secuestro.

Tal vez alguien golpeó las manos en el patio trasero, y Elisa, dejando el cuchillo y la carne sobre el fogón, salió a ver quién era; resultaba inhabitual para ellos que alguien, sobre todo en invierno, viniese a verlos a esa hora —o, a decir verdad, a cualquier hora: vivían en un mundo propio, autárquico y obcecado, inexplicable y sombrío, al que ya casi nadie, ni siquiera los mejores amigos, se acercaba. De modo que también el Gato debió haber oído que golpeaban las manos, y, probablemente sorprendido, habrá esperado un momento que Elisa viniera a decirle quién era. Elisa debió prender la luz exterior en la galería y, abriendo la doble puerta de la cocina, la puerta propiamente dicha y la hoja externa de tela metálica, debe haber salido al patio dirigiéndose al portón. Como se demoraba, el Gato,

extrañado de no oír más nada, habrá puesto la birome roja en el pote de cerámica y salido al patio trasero. Todo eso Héctor y Tomatis podían representárselo sin dificultad; el resto, inaferrable, se les escapaba. Algo había pasado en la oscuridad de la calle, en las inmediaciones de la playa, que los privaba de Elisa y del Gato para siempre.

En el pueblo, nadie sabía nada; nadie había visto ni oído nada, ni un tumulto, ni un movimiento sospechoso, ni un grito, nada. En la comisaría los atendieron con corrección, incluso con diligencia; el nuevo comisario — al anterior lo habían asesinado unos pocos años antes, y la comisaría ya no era un lugar demasiado peligroso— tomó en serio la denuncia y empezó a hacer averiguaciones, pero en cuarenta y ocho horas de búsqueda no encontró ningún indicio, ningún testigo y no obtuvo ningún resultado. Héctor y Tomatis decidieron ir a la jefatura de Policía, a los Tribunales, y a la Policía Federal, en la ciudad. Pero tampoco llegaron a nada preciso; en el mejor de los casos recibían respuestas evasivas y en el peor, amenazas veladas. Sabían que, si Elisa y el Gato habían sido secuestrados, tenían que actuar con rapidez, porque cuanto más tardaran menos posibilidades habría de que finalmente aparecieran. De todas maneras, la del secuestro era la única suposición correcta, porque era más que evidente que no se habían fugado; no habían tenido un accidente —el coche estaba todavía estacionado ante la puerta cuando Simone descubrió la desaparición y Héctor, que tenía otra llave, lo llevó de vuelta a la ciudad— ni de auto ni de otra clase: nunca salían en canoa ni a pasear por el pueblo, donde no se los veía más que cuando iban de compras. Así que Héctor y Tomatis decidieron hacer también la denuncia en la jefatura de la Policía Federal aunque se daban cuenta de que quienes les tomaban declaración estaban convencidos de antemano de que era un trabajo inútil, que si de veras Elisa y el Gato habían sido secuestrados por el ejército o por la policía, ese simulacro de acción legal no produciría ningún resultado. Hicieron todo lo que pudieron, y como Héctor había tenido un incidente verbal con un oficial del ejército, por miedo de que el oficial lo arrestara o algo peor todavía —en esos tiempos todo era posible—, Tomatis lo calmó, lo acompañó hasta su casa y le pidió que no volviese a intervenir, ya que a él se le estaba ocurriendo un recurso posible para averiguar algo o, si habían sido secuestrados por el ejército, obtener la liberación de Elisa y del Gato. Héctor aceptó porque, de todas maneras, ya no les quedaba más nada por hacer.

El recurso en el que pensaba Tomatis era ir a hablar con Mario Brando, del que sabía que estaba casado con la hija de un general y que su cuñado era el general Ponce, el brazo derecho del general Negri, jefe del

distrito militar y del que nadie ignoraba que, en la región, era el responsable directo de todas las actuaciones clandestinas de represión, secuestros, asesinatos, atentados y confiscaciones. De Negri se decía incluso que le gustaba participar personalmente en los actos más innobles y sangrientos «por solidaridad con la tropa», rumor del que acostumbraba jactarse. Había dicho públicamente varias veces que *para extirpar el árbol de la subversión hasta las raíces había que puntear ancho y cavar hondo, y que él estaba dispuesto a limpiar todo el terreno aunque no quedara ni el pastito en pie, para cumplir con su deber.*

Brando y Tomatis hacía años que se detestaban, pero sus relaciones distantes mantenían una apariencia de urbanidad. Brando odiaba a Washington y a todos sus amigos, entre los que Tomatis era uno de los más cercanos; Tomatis dirigió durante bastante tiempo la página literaria de *La Región*, en la que de todas maneras ni él ni sus amigos publicaban casi nunca nada, y Brando, que era un colaborador asiduo, no podía enemistarse con él; Tomatis, que estaba obligado a leer sus colaboraciones antes de mandarlas al taller y a veces incluso cuando llegaban las pruebas si no había ningún otro que estuviese en el diario para corregirlas, experimentaba un goce malévolo publicándolas, porque le parecía que ponían al desnudo la mediocridad del autor, sin pensar que el público al que estaban dirigidas no tendría tal vez la capacidad de percibirla. Desde que oyó hablar de él por primera vez, a los diecisiete o dieciocho años, Tomatis había considerado a Brando como un impostor; la vida burguesa que llevaba y sus pretensiones vanguardistas le parecían irreconciliables, y como por casualidad, pensaba Tomatis, su famoso precisionismo intentaba mezclar la poesía con la única actividad intelectual que los burgueses acomodados respetan, porque puede servirles para ganar plata, favorecer su longevidad o sustituir la mano de obra asalariada con inventos más económicos: la ciencia. Tomatis y Brando vivían en mundos diferentes: tenían lectores diferentes, comportamientos diferentes con las instituciones, los amigos o los enemigos, literarios o políticos; y aunque frecuentaban medios diferentes y su manera de concebir y ejercer el trabajo literario eran opuestas, había una serie de espacios comunes —el diario *La Región*, por ejemplo— en el que inevitablemente, por más que se ignorasen la mayor parte del tiempo, y que en lo absoluto, igual que los fragmentos de materia en expansión, sus trayectorias los fuesen alejando a uno del otro, a veces en lo relativo, en lo inmediato, tratando de evitar la colisión, de ignorarse en lo posible con deferencia simulada y glacial, impenetrables, se cruzaban.

Así que Tomatis, jugando, como se dice, la última carta, decidió ir a

verlo. La tentativa era incierta y también, reflexionaba Tomatis, un poco peligrosa. Eran los años más desdichados de su vida: el mundo se hacía pedazos a su alrededor, su matrimonio naufragaba y, cada noche, él le oponía a su naufragio, abyección y furor. Todavía tenía fuerzas para ir a trabajar al diario, pero más tarde dejaría de hacerlo; primero por un tiempo, hasta que al fin no iría más. De modo que fue a ver al director del diario a su oficina y le pidió que le arreglara una cita con Brando, sin explicarle las razones, y como el director no se mostró sorprendido, pensó que ya las conocía, pero que menos por discreción que por prudencia prefería actuar como si las ignorara. Al rato el director lo llamó por el interno y le dijo que Brando lo esperaba en su casa de Guadalupe a las ocho. La rapidez de la respuesta lo intrigaba: ¿también Brando había adivinado las razones que habían inducido a Tomatis a deponer sus reticencias y a decidir ir a hablar con él, o el director, con su talento para encontrar siempre una solución de compromiso incluso en las situaciones más irreconciliablemente contradictorias, había dejado flotar cierto equívoco acerca de los motivos que generaban la visita de Tomatis, tal vez dando a entender, sin precisar nada, que el diario preparaba un suplemento literario especial y que Tomatis iba a pedirle una colaboración? Durante años, sin que el odio y la humillación cedieran en nada (hasta ahora mismo en que lo está contando en la mesa de Amigos del vino), Tomatis siguió preguntándose cómo había podido tener la idea descabellada de ir a hablar con Brando, pero enseguida lo tranquiliza la certidumbre de que, por ser la última posibilidad que tenían de volver a ver a Elisa y al Gato, no intentar ese encuentro hubiese sido aún peor. De modo que a las ocho en punto de la noche estaba tocando el timbre en la casa de Brando.

Era la vieja casa familiar que el padre, que se había hecho rico con una fábrica de pastas, hizo construir en los años veinte, a dos o tres cuadras de la playa. La casa, bien mantenida, estaba en una esquina, pero retirada en medio de un jardín que debía de ocupar un cuarto de manzana más o menos. Después de la muerte de su padre, Brando había venido a ocuparla. Una luz se prendió en el umbral y una sirvienta en uniforme vino a abrirle y en vez de llevarlo al interior de la casa lo guió entre los árboles hasta una especie de pabellón cúbico que remataba en una cúpula semiesférica, construido en un espacio despejado del jardín, del que, de inmediato, Tomatis adivinó la función. Era el cuarto de trabajo de Brando, donde había instalado también su observatorio de astrónomo aficionado: de vez en cuando en *La Región* salía un artículo o una entrevista en la que Brando hablaba de sus observaciones astronómicas, con tal suficiencia que Tomatis comentó una

vez que Copérnico, Kepler y Galileo —que por cierto no eran una muchachada fiestera y jovial— debían estar retorciéndose de risa en sus tumbas respectivas.

La sirvienta golpeó y recién después de oír la voz de Brando, que demoró unos segundos en llegar, abrió la puerta y lo hizo pasar. Brando vestía una *robe de chambre* de lana, pero tenía una camisa impecable y una corbata. A Tomatis le dio la impresión de entrar en un teatrillo para asistir a una representación destinada exclusivamente a su persona. Inclinado hacia el telescopio, mirando a través del objetivo y regulando con una sola mano para obtener en apariencia una visibilidad óptima, o un encuadre más exacto, o una movilidad rápida del artefacto para poder seguir en todo momento el desplazamiento rutinario de los cuerpos que pretendía estar observando, con la mano libre mantenía aferrados los bordes de la *robe de chambre* a la altura de los muslos, para que, a causa de la inclinación de su cuerpo, no se abrieran demasiado, sin que Tomatis llegara a comprender dónde habría estado el problema si eso hubiese sucedido, porque de todas maneras tenía puesto un pantalón de lana de excelente calidad y cuidadosamente planchado. También demoró un poco en esa actitud, por no encontrar el punto adecuado, o fingiéndolo con toda probabilidad, para hacer esperar a Tomatis un poco más, sea cual fuere la razón de su visita, y cobrarse de ese modo una primera cuota de esa deuda que cada uno consideraba contraída por el otro, la acumulación de los intereses que redituaban la antipatía, el recelo, las diferencias estéticas y políticas, el comportamiento o el medio social en el que actuaban respectivamente, el acervo reunido por el chisme, la calumnia, la sátira o el rencor y también por lo escrito, etcétera, vuelto con el correr del tiempo mitología. Viéndolo inclinado con el ojo pegado al visor del telescopio, Tomatis experimentó una impresión violenta de obscenidad, de perversión sinuosa y satisfecha, como si Brando estuviese espionando a una mujer desnuda, aunque esta perversión módica siempre le hubiese producido menos repugnancia que verlo hurgar, con su mirada indiscreta, la intimidad remota de las estrellas. Por fin Brando se enderezó y vino a su encuentro, invitándolo a sentarse. Él lo hizo en su sillón de trabajo, del otro lado del escritorio que, observó Tomatis, estaba colocado unos centímetros más alto que las sillas de sus visitantes, lo que le permitía mirarlos desde arriba, manteniéndolos en situación de inferioridad imperceptible. Durante tres o cuatro minutos hablaron de bueyes perdidos; resultaba evidente que no tenían nada que decirse, así que en un determinado momento, de un modo bastante abrupto, Brando dejó de hablar y, abriendo más los ojos, le dirigió a Tomatis una mirada

interrogativa, pero cuando Tomatis empezó a hablar, farfullando un poco al principio, Brando se recostó contra el respaldo de su sillón y fijó la vista en un punto impreciso de la habitación, más bien en la altura, inmovilizándose en esa posición, salvo las manos que, elevadas ante la boca, se tocaban sin ruido por las yemas, con los dedos estirados, como debía hacerlo sin duda en el estudio jurídico al recibir por primera vez a un nuevo cliente. Superando el asco, la vergüenza, la humillación —al salir de ahí había ido casi corriendo al primer bar que encontró a tomarse la primera ginebra, y aunque eran apenas las ocho y media de la noche, siguió yendo a un montón de otros bares, para continuar tomando hasta el alba— Tomatis empezó a contarle lo que había pasado con Elisa y el Gato, todas las búsquedas infructuosas y las denuncias oficiales que habían hecho, agregando que Elisa y el Gato eran completamente inofensivos y apolíticos, vivían en un mundo propio que podía parecer extraño visto desde afuera, y ser interpretado de modo erróneo por una mentalidad dogmática y recelosa. Cuando se agotaron todas las posibilidades, sin que a los familiares y amigos de la pareja se les haya atenuado la incertidumbre, a él, a Tomatis, acordándose que Brando tenía familiares en el ejército, se le ocurrió que tal vez podía obtener, a través de él, alguna ayuda o información —Tomatis había pensado en el general Ponce, su cuñado, por ejemplo, y por eso había llamado al director del diario para obtener una cita.

—Hubiese podido llamarme directamente —dijo Brando con una afabilidad gélida, en la que había un vago matiz de reproche. Pero se calló de nuevo y se quedó esperando. En realidad, Tomatis ya había dicho todo.

—Una persona normal —dice ahora Tomatis, a los que están escuchándolo en la mesa del bar de Amigos del vino, aunque por lo menos tres de sus cinco oyentes, por haberla oído muchas veces y reflexionado sobre ella a menudo, conocen la historia de memoria— hubiese reaccionado desde las primeras frases, pidiendo detalles, haciendo algún comentario o mostrando alguna emoción, pero él seguía impassible en su actitud convencional de interés y de buena educación.

Y como después de haber terminado de hablar la actitud del otro seguía afable y expectante, el silencio se volvió tan insoportable que Tomatis retomó otra vez los hechos y farfullando y enredándose en su relato, volvió a contar la historia pero en un orden diferente, inconexo y atropellado, sabiendo ya que Brando no solamente no haría nada sino que había interpuesto entre él y su visitante una especie de muralla invisible contra la que rebotaban las palabras. La agitación de Tomatis estaba hecha de incredulidad y furor, pero su relato, aunque incongruente y superfluo,

debía continuar hasta el fin porque al mismo tiempo sabía que la visita debía mantener una apariencia de normalidad y que el menor incidente podía resultar peligroso, pues si las cosas se envenenaban Brando no vacilaría en llamar a su cuñado para contarle lo sucedido. De modo que cuando terminó, y volvió el silencio intolerable que había acogido la primera versión de su relato y Brando persistió durante larguísimos segundos en la inmovilidad convencional, con la vista fija en un punto impreciso de la habitación cerca del cielo raso, Tomatis se inmovilizó a su vez y, aunque hervía por dentro, asumió una actitud de espera tranquila y paciente. Al cabo de un momento interminable, Brando se paró, no sin antes lanzarle a Tomatis una mirada extraña, severa y fugacísima, que traicionaba lo que, por debajo de su apariencia formal de burgués almidonado e indiferente, estaba realmente pensando. Como si no hubiese oído una sola palabra de lo que Tomatis le acababa de contar, le dijo de pronto, con una entonación mundana y convencional:

—¿Quiere mirar la luna por el telescopio? Está muy hermosa esta noche.

Tratando de que no le temblara la voz, Tomatis respondió en el mismo tono:

—En otra ocasión. Se me está haciendo tarde.

—¿Lo acompaño hasta la calle? —dijo Brando.

—No, no —dijo Tomatis—. Conozco el camino. Adiós.

Brando no respondió pero al dirigirse a la puerta, Tomatis sentía su mirada clavada en la nuca. Cuando estuvo en el patio, en la noche translúcida y helada de invierno, por contraste con el aire frío, se dio cuenta de que estaba sudando. La luna redonda y brillante que venía subiendo desde el río volvía clara la penumbra entre los árboles y relumbraba en el césped que crecía alrededor del observatorio de Brando. En la calle, se paró un momento en la esquina, indeciso y por fin decidió ir en dirección a la playa, esperando que alguno de los bares que trabajan durante todo el verano siguiese abierto fuera de temporada. A medida que se alejaba, la entrevista con Brando le iba pareciendo cada vez más improbable, más irreal, como si no hubiese sucedido, o como si acabara de soñarla; porque en el mundo ordinario en el que habían venido viviendo hasta ese momento nunca hubiese podido tener lugar; había ocurrido en otro, en el que regían las leyes de la pesadilla. De modo que, por absurdo que hubiese sido el encuentro, su veracidad, a medida que se alejaba de la casa de Brando en busca de un bar cerca de la playa, se desvanecía. Lo único que seguía presente, obsesionándolo, era la mirada extraña, severa y fugacísima, que

Brando le había lanzado antes de levantarse de su silla.

Brando murió de cáncer tres años después de ese encuentro; y esta noche en que lo está contando en el bar de vinos, aunque han pasado más de quince años desde el momento en que la vio pasar, con destellos sombríos, por las pupilas de Brando, la mirada sigue enviando en la memoria el mensaje solapado y violento, surgido de repente de los pliegues más cuidadosamente protegidos de lo exterior, entre los que sin embargo se cocina y recocina la singularidad de cada uno y lo vuelve un extraño entre todos los otros. La mirada que, intacta aunque los ojos que la lanzaron sean ya polvo irreconocible desde hace años, sigue diciendo todavía en la memoria del que la recibió: *Te atreviste a venir a verme para hacerme creer que tus amigos desaparecidos son inocentes, pero como yo te conozco y conozco a todos los de tu banda, sé que son subversivos desde siempre, y más aún, que ustedes, con sus aires falsamente campechanos que no alcanzan para disimular la arrogancia de sus conductas y de sus opiniones, son la semilla misma de la subversión. Yo tengo una obra, he dirigido revistas, he sido diplomático y ministro, y además tengo uno de los estudios jurídicos más fuertes de la provincia, y ustedes, lo sé muy bien, ignoran mi poesía y se burlan de ella, estoy seguro, cuando están reunidos, emborrachándose con sus mujeres divorciadas, y ocupándose de hijos ajenos. El verso libre les sirve de pretexto, a ustedes, para esconder que son incapaces de medir un endecasílabo y de utilizar correctamente una rima. Si a tus amigos se los llevaron, por algo será; no vengas a contarme cuentos sobre su inocencia. Y, en cuanto a vos, andá con cuidado: todavía no he decidido nada, pero las ganas no me faltan de levantar el teléfono para contarle esta visita incalificable a cierta gente que no tendría ninguna dificultad, una noche de éstas, en ir a buscarte a tu casa para darte de una vez por todas tu merecido.*

VIERNES

EL VINO

Ese día y los que siguieron, y durante un par de años más, estuvo preguntándose si los adultos se daban cuenta de que el sexo existía. La cosa ocurrió el verano anterior al asesinato de su padre; él tenía entonces un poco más de doce años. Estaban en un maizal, «adentro» mejor dicho de un maizal, una siesta de finales de enero, él, Benito, el sobrino del tío Enzo que Nula consideraba como una especie de primo, la Cuca y su hermanito, el Bebe, que todavía no había cumplido los diez años, estaba interno en lo de los jesuitas en San Lorenzo y lo seguía por todas partes cuando Nula venía a pasar las vacaciones al pueblo. A Nula le causaba gracia esa docilidad admirativa de perrito; el Bebe lo imitaba en todo, aprobaba siempre lo que decía y cuando se sentaban en el pasto de la cancha o en la vereda del negocio de su abuelo, en los bancos de la estación de trenes o en el borde de la pileta de natación del club del pueblo, y se quedaban en silencio, el Bebe lo miraba embelesado. A menudo, esa devoción perruna lo agobiaba y, para sacárselo de encima y descansar de su dependencia un poco asfixiante, aunque le tenía afecto, le mentía diciéndole que tenía que ir al campo con su abuelo o quedarse a estudiar para marzo. Con docilidad, el Bebe, que creía todo lo que Nula decía, aceptaba el pretexto sin dudar un segundo de su veracidad, y se resignaba a dejar de verlo durante un par de días, durante los cuales Nula aprovechaba para irse al campo a cazar con otros chicos de su edad o un poco mayores, que fumaban a escondidas, contaban cuentos verdes y exhibían una supuesta experiencia de la vida que Nula estaba seguro de no poseer, pero, para evitar que alguien lo sospechara, mantenía cada vez que se abordaba el tema un silencio ambiguo, con la esperanza de

que los otros lo tomaran como una demostración discreta de su haber vivido.

Estaban dentro del maizal verde y alto en la siesta de verano, él, el Bebe y Rosilla, la perra de caza de Benito, por la razón siguiente: Benito, que tenía diecisiete años más o menos, noviaba en secreto con la Cuca, que era un poco más joven que él, y con el pretexto de pasar un día en el campo, había invitado a Nula y al Bebe a venir en bicicleta a la chacra que estaba a media legua del pueblo, arreglando previamente con la Cuca que ella los acompañaría para cuidar que no hiciesen demasiadas tonterías y volviesen al pueblo antes del anochecer. Es obvio que nadie le había explicado a Nula el modo en que Benito y la Cuca habían planeado las cosas, pero él sabía que era así, que el día en el campo de él y del Bebe era la última de las preocupaciones de Benito, y que de todas maneras él y el Bebe eran capaces de cuidarse solos, de lo cual Benito y la Cuca estaban más que convencidos, porque, con el pretexto de ir a tirar unos cartuchos un poco más lejos, desde hacía unos diez minutos los habían dejado solos en medio del maizal. A decir verdad, Nula se sentía aliviado de que se hubiesen ido un rato: la conversación de doble sentido que venían manteniendo desde la mañana, si tal vez parecía pasar desapercibida para los padres de Benito, a él, a Nula, terminó fastidiándolo por su puerilidad, a tal punto resaltaban patentes para un oído experimentado, las alusiones supuestamente veladas y la procacidad pretendidamente secreta; sólo a los adultos, ignorantes del sexo, desterrados en ese mundo tristón de obligaciones domésticas, de trabajo y de principios, les pasaban desapercibidas. Nula y su banda de fumadores empedernidos y de narradores de cuentos verdes, en cambio, eran como los doctores de la ley respecto de la cuestión: lo sabían todo sobre el sexo, lo cual, aunque no eran insensibles a su atractivo misterioso, parecía eximirlos de ejercerlo, como esos teólogos que, familiarizados con lo relativo a la divinidad y fascinados por la posibilidad de su existencia, a fuerza de pensar exclusivamente en ella, omiten desear encontrarla alguna vez en su santuario remoto y sombrío. En cuanto a Benito y la Cuca —en esa época, Nula hubiese sido incapaz de pensarlo de esa manera— eran dos monstruos sexuales, dos extrañas criaturas que se debatían en la dimensión, distinta de la de todos los días, de los chistes verdes, poblados de personajes ridículos, monomaníacos y grotescos, en la que convivían los seres humanos que se perdían en situaciones confusas y en enredos de lenguaje, y los animales que no solamente hablaban sino que incluso tenían a veces la última palabra; dimensión en la que los curas tenían novia o se casaban, las viejas se comportaban como ramerías y los hombres, de una ingenuidad excesiva, se dejaban engañar por sus mujeres de manera ofensiva y descarada; dimensión

donde se hablaba sin complejos de aquello que ignoraban los adultos, como ser esperma y excremento. No es que Benito y la Cuca se comportaran de esa manera, pero a Nula no le era difícil traducir sus alusiones patentes al lenguaje de los cuentos. Por ejemplo, antes de dejarlos solos con el pretexto de que iban a tirar unos cartuchos un poco más lejos, donde no hubiese peligro para los chicos, Benito había empezado a referirse a los choclos, con la intención evidente de inducir a la Cuca a prolongar el equívoco y declinarlo en toda clase de sutilezas semánticas, de asociaciones e incluso de gestos que en apariencia no tenían nada de obscenos pero que parecían alterarlos realmente, hasta tal punto que la voz de Benito salía ronca y entrecortada, y la expresión de la Cuca, que era en general desenvuelta y decidida, se volvía vacilante y seria, aturdida o desconcertada. Benito insistía en que las barbas de los choclos eran sedosas y agradables al tacto, y después de convencerla de que pasaran varias veces la mano, aferrándole la muñeca, quería forzarla, simulando que era en broma, para que agarrara el choclo, y la Cuca, protestando con mayor o menor convicción, lo dejaba hacer y después trataba de retirar la mano, mezclando protestas y sonrisas, forcejeo y abandono, indignación y carcajadas. Se habían puesto rojos de excitación, de violencia contenida, y la Rosilla, entusiasmada por lo que debía considerar, no sin cierta razón, un juego, del que a veces, a juzgar por sus ladridos nerviosos, debía intuir la ingobernable seriedad, se puso a saltar y a corretear alrededor de ellos. Nula los miraba, más escéptico que fastidiado, pero el Bebe, inmóvil y serio, sentado en el suelo, parecía haberse quedado dormido con los ojos bien abiertos. Después Benito había cortado el choclo y desembarazándolo de las hojas verdes de chala que lo protegían, se lo mostraba a la Cuca no sin haber previamente separado la barba y poniéndosela entre la boca y la nariz, cerrando la boca y frunciendo el labio superior para retenerla, hacía como que era un bigote, y cuando el choclo quedó desnudo, con sus granos apretados y tiernos de un blanco lechoso, quería hacérselo probar a toda costa a la Cuca, que cerraba la boca y chillaba, riéndose, mientras Benito con el pretexto de obligarla a comer el choclo, aprovechaba para pasear sus manos por los brazos, el cuello, las nalgas, las caderas. Nula se preguntaba cómo era posible que los padres de Benito no se diesen cuenta de nada, que los adultos en general fuesen ciegos para todo lo que tenía que ver con el sexo (él todavía no lo llamaba así), sin comprender que la familia de Benito no sólo no ignoraba nada, sino que estaba encantada de que Benito hubiera elegido a la hija del escribano del pueblo para enamorarse de ella, y esperaba que, cuando al año siguiente Benito empezara sus estudios de agronomía en Rosario, las cosas tomaran

tal vez un cariz más formal que los amoríos adolescentes de esas vacaciones. Pero no hubo nada de eso; el verano siguiente, antes de empezar sus estudios de agronomía, Benito se ahogó una tarde en el Carcarañá.

Por fin se calmaron; se sentaron en el suelo y fumaron un cigarrillo. El Bebe seguía inmóvil; en general hablaba poco, sobre todo cuando había demasiada gente, pero cantaba bastante bien, y en las fiestas de familia e incluso en algunas del pueblo, cantaba en público. Antes de fin de año, para el aniversario de la fundación del pueblo, habían organizado un concurso de cantores de tango, y aunque el Bebe era el único chico entre catorce concursantes, había salido segundo; a Nula lo intrigaba bastante ese contraste extraño de su carácter, entre timidez privada y exhibicionismo público. Al rato Benito le propuso a la Cuca ir a tratar de cazar algo un poco más lejos y les dijo a Nula y al Bebe que no se movieran de donde estaban para no correr el riesgo de recibir alguna munición perdida por accidente, también les dijo que impidieran a la Rosilla seguirlos, recomendación más bien superflua porque la Rosilla, todavía desconcertada por la agitación de un rato antes, necesitaba un descanso para poner, como quien dice, en orden sus ideas. Le habían puesto ese nombre de yegua, Rosilla, porque en su pelo alternaban manchas blancas y de un color ladrillo, y alrededor de sus ojos, en el hocico, y en todas las partes donde el pelo raleaba, la piel blanca tendía al rosa vivo —era una pelirroja inteligente y vivaz y Benito la llevaba siempre cuando iba a cazar. Nula oyó durante un rato los chasquidos sonoros que, mientras cruzaban el maizal, la Cuca y Benito producían cuando separaban las plantas de maíz o las rozaban al pasar entre ellas. Después de un rato, ese sonido dejó de oírse, y dos o tres minutos más tarde, un tiro sonó y repercutió, casi de inmediato, otro —los dos cartuchos de la escopeta— y luego de seguir resonando unos segundos en la inteligencia, el estruendo y su eco pasaron a la memoria y siguieron sonando por un buen rato, mientras el silencio exterior, interrumpido apenas por algún crujido vegetal, un murmullo de hojas de maíz, el canto fugaz de algún pájaro, se cerró de nuevo sobre ellos.

La India, del otro lado del escritorio, en la librería situada en la vereda de enfrente de los Tribunales, contándole la llamada telefónica del Bebe desde el pueblo para encargarle una serie de textos jurídicos porque se ha puesto al frente de la escribanía después de la muerte de su padre, ha hecho subir, de golpe, los recuerdos de aquel día de verano, quince años atrás, cuando fueron con la Cuca y el Bebe en bicicleta a pasar el día en la chacra de los padres de Benito, y a la hora de la siesta, como los padres se tenían que ir a San Genaro por unos asuntos de familia, ellos cuatro habían salido

al campo a cazar, o al menos ése era el pretexto que había dado Benito, porque al rato nomás de entrar en el maizal y ponerse a bromear y a forcejear un poco con la Cuca, había decidido alejarse con ella para «ir a tirar unos cartuchos», lo cual despertó en Nula un escepticismo inmediato, porque curiosamente evitaron de llevar con ellos a la Rosilla que, a decir verdad, quedó un poco desconcertada al verlos partir, y cuando trató de seguirlos, Benito la ahuyentó pateando la tierra varias veces, la última de manera tan exagerada, por pura broma, que se le salió la alpargata. Cuando se perdieron entre las plantas de maíz y las sacudidas sonoras de las hojas, los chasquidos y los crujidos vegetales se hicieron definitivamente inaudibles para los oídos de Nula y el Bebe, las orejas de la Rosilla, nerviosas y eréctiles, parecían seguir recibiendo señales sonoras provenientes de la dirección en la que las plantas de maíz se habían tragado a Benito y la Cuca, y por fin, en el momento en que ya estaba a punto de tranquilizarse y se daba vuelta para venir con Nula y el Bebe, estallaron los dos tiros de escopeta, con unos pocos segundos de intervalo entre uno y otro, de modo que al oírlos la Rosilla se volvió otra vez en la dirección de donde provenían los tiros, luchando y gimiendo, yendo y viniendo de un lado para otro con tanta agitación que Nula y el Bebe se empezaron a reír de verla tan excitada en el espacio reducido en el que se movía, porque no se atrevía a pasar el punto, entre dos hileras de plantas de maíz, en el que la alpargata de Benito, amenazante, había golpeado varias veces el suelo. A la larga se calmó, y vino a pararse al lado de ellos, mirando de tanto en tanto, sin ansiedad aparente, hacia el punto impreciso del espacio, invisible desde donde estaban, del que, de tanto en tanto, provenían las señales inequívocas para ella, más reales que para los dos chicos tirados en el suelo, que únicamente contaban con la memoria para fiarse de la existencia persistente y segura, en el aura de sus sensaciones, de esos sonidos evaporados.

A Nula lo maravilla el hecho de que, en plena conversación afectuosa y vivaz con su madre, de la que lo separa la anchura del escritorio, al mismo tiempo, detrás de su frente, con la movilidad silenciosa, semejante a la de los sueños, de los recuerdos que condensan nítidos y veloces acontecimientos que en el mundo torpe y fangoso de la materia consumirían para cumplirse horas, días, semanas o siglos, están trascurriendo ahora en la parte clara de su mente, a causa de una llamada telefónica que la India acaba de referirle, hechos que habían sido reales alguna vez, tramos de su propia experiencia, que se le habían olvidado por completo. Y se acuerda: la Rosilla había venido a instalarse entre él y el Bebe, que estaban sentados en el suelo esperando, sin saber qué hacer, la vuelta de Benito y la Cuca; a

decir verdad, el Bebe siempre se sentía feliz de quedarse solo con Nula, y apenas los otros dos desaparecieron, cambió de expresión, sustituyendo esa especie de estado hipnótico de un rato antes por una vivacidad contenida que Nula, que lo conocía bien y que, no sin una vaga condescendencia de la que recién ahora, cuando lo recuerda, es consciente, lo quería bastante, sabía que era producto de la alegría de estar a solas con él. La adhesión incondicional del Bebe hacia su persona, si a veces lo asfixiaba un poco y otras lo divertía, también podía revelar en él un despotismo que, aunque mitigado, lo inducía a dejarse admirar e incluso a exhibir más atributos loables de los que realmente tenía, para hacer más intensa la admiración que recibía; le gustaba creerse admirable y para tener esa sensación gratificante, hacía lo posible para acrecentarla en el Bebe. Fue por esa razón por la que, un poco por curiosidad y también para mostrar algún rasgo admirable, probablemente, y sobre todo, porque Benito y la Cuca habían dejado detrás de ellos, y seguían diseminándolo por el maizal, por el campo, por la tarde de verano y quizás también por el universo entero, un fluido sexual cuya existencia los adultos, creía Nula, ignoraban, y que impregnaba todas las cosas volviéndolas diferentes de como eran los días ordinarios —a causa quizás de todo eso—, Nula se acordó que de vez en cuando, con la banda de fumadores y de narradores de chistes verdes, que alardeaban de una experiencia poco común en materia de sexo, les gustaba agarrar una gallina, una perrita o algún otro animal y examinarle los orificios prohibidos, anales, vaginales, y si se trataba de un macho, hacerles cosquillas con un palito en el pene, en el ano o en los testículos. Juntando un palito del suelo atrapó a la Rosilla y empezó a hurgarle con suavidad, para no hacerle daño ni espantarla, la vagina. La Rosilla trató al principio de zafarse sin demasiada energía pero Nula apoyó el antebrazo en el lomo para retenerla y, estirándose a medio incorporar en el suelo, siguió escarbando despacito, sin violencia, la hendidura rosa que, como todas las otras terminaciones desprovistas de pelos, a causa de sus vivos tonos rosados, le habían ganado su nombre de yegua, y en esa atribución había habido sin duda al principio un rasgo de humor, porque es justamente el color del pelo el que le da el nombre a los caballos; la Rosilla se inmovilizó torciendo ligeramente la cabeza hacia atrás y elevándola un poco, tal vez para concentrarse mejor en sus sensaciones y atribuirles, si no un sentido, por lo menos alguna razón, explicarse por qué, inéditas y abruptas, llegaban a destiempo desde esa parte de su cuerpo que, cuando las mandaba, tiránicas pero familiares, formaban parte del repertorio cíclico de sus instintos, en cuyo ir y venir se entretejía su presencia palpitante, aglomeración de vísceras complicadas pero exactas de

las que emanaba, igual que exhalaciones fantomáticas, emociones confusas y comportamientos rituales que podían a veces parecerse a la inteligencia. Absorto en su ocupación, Nula se olvidó por completo del Bebe, hasta que una especie de murmullo acelerado que el Bebe emitía desde hacía varios segundos terminó por desviar su atención y cuando lo miró, dejó caer el palito al suelo (la Rosilla aprovechó para salir corriendo y quedarse parada un poco más lejos, olvidándolos, entre alarmada y perpleja), sorprendido: el Bebe, intensamente pálido, se había puesto de rodillas y, golpeando con el dorso de los dedos de una mano la palma encogida de la otra, marcaba el ritmo de su murmullo ininteligible: tenía los ojos entrecerrados y el pelo rubio se sacudía mientras la cabeza seguía el ritmo de las manos y del murmullo; en la comisura de los labios había dos gotitas de saliva blanca — otra vez se había acordado del Bebe, cinco años antes más o menos, cuando Riera había saltado del auto en una esquina del centro para ocuparse del chico al que le había dado un ataque de epilepsia. Nula, asustado, trataba de entender lo que decía el Bebe en su murmullo, que tenía al mismo tiempo el tono de una orden y de una súplica; al principio, a causa del ritmo justamente, oía una palabra desconocida: *¡gemeco, gemeco, gemeco, gemeco, gemeco!*, pero de pronto, gracias a una especie de hipo que interrumpió la letanía, la única palabra de la que estaba compuesta — *cógeme* sonó por fin clara y sorprendente, igual que cuando la repetición indefinida de un mantra conduce, súbita, a la iluminación —salvo que esta vez estaba pasando, él, Nula, de una siesta de verano entre las plantas verdes del maizal, entre las que se colaban manchas de luz que venían a estamparse en la tierra oscura, a un mundo nuevo de confusión, de deseo y de culpa, del que toda certidumbre acababa de ser abolida. Sin siquiera abrir los ojos, igual que si estuviese solo en el campo, el Bebe se bajó los pantaloncitos y se echó boca abajo en el suelo y Nula, después de vacilar un par de segundos, con la boca entreabierta y seca, bajándose a su vez los pantalones se echó sobre él; la pijita dura, la punta redonda y casi transparente, como una bolita de vidrio de un rosa azulado, ceñida en parte todavía por el prepucio, se hundió entre las nalgas, aplastándose contra ellas, y Nula estuvo frotándose contra el Bebe sin sentir ningún placer ni saber exactamente qué estaba haciendo, mientras la Rosilla, que ese día debía estar absorbiendo una dosis máxima de experiencias desconocidas, empezó a saltar y a corretear alrededor de ellos ladrando cada vez más fuerte, a tal punto que Nula se incorporó y empezó a subirse los pantalones, pero al mirar las nalgas del Bebe comprobó, espantado, que estaban un poquito manchadas de sangre. El Bebe, en cambio, tranquilo y calmo otra vez, se

levantó los pantalones y sentándose en el suelo siguió mirando a Nula con su sonrisa admirativa y beata, pero ahora era Nula el que estaba en un estado de agitación intensa: era como si el Bebe ofreciéndose a él, le hubiese transmitido el agente de su frenesí, para desembarazarse de ese agente y recuperar lo antes posible su estado normal. Benito y la Cuca no tardaron mucho en llegar, y no debían estar demasiado lejos, porque fueron los ladridos insistentes de la perra los que los incitaron a apresurarse; debían de tener algo que reprocharse también ellos (piensa Nula ahora, recordándolos) porque aceptaron las explicaciones vagas y bastante absurdas acerca de los ladridos de la Rosilla que el Bebe, con total dominio de sí mismo, les suministró sin la menor vacilación. Únicamente él, Nula, estaba alterado, y muerto de miedo, porque pensaba que, cuando el Bebe llegara a su casa los padres descubrirían las manchas de sangre y lo harían confesar. Pasó dos o tres días temblando, sin salir de lo de su abuelo, y cada vez que golpeaban a la puerta de la casa de familia, Nula estaba seguro de que los padres del Bebe llegaban para pedirle cuentas. La idea de que su abuelo se enterase de lo que había pasado lo aterrorizaba y, sobre todo, lo apenaba. Hasta que al tercer día tuvo que ir hacer un mandado para su tía Laila, del otro lado de la estación, y cuando estaba por entrar en la farmacia, se topó con el Bebe y su madre que justamente salían en ese momento. La madre no sólo no le hizo recriminaciones, sino que se inclinó para besarlo y lo invitó a tomar la leche esa misma tarde. Y el Bebe parecía feliz del encuentro. El día anterior había estado en Rosario donde lo habían llevado para encargarle el traje de primera comunión.

—El Bebe —dice Nula, sonriendo con suavidad, sacudiendo la cabeza, lento y excedido.

—Parece que es un tigre para los negocios —dice la India.

—No me asombraría —dice Nula.

No hace mucho han dado las doce pero la India, instalada en su silla detrás del escritorio, y en la conversación con Nula, no se decide a cerrar la puerta. Sus dos empleadas —aunque no es rabiosamente feminista, la India prefiere darles por principio prioridad laboral a las mujeres— ya han salido a almorzar. La mañana de abril extraordinariamente luminosa es visible a través de la vidriera, en la calle, y la luz reverbera, en la vereda de enfrente, contra la fachada lateral del edificio de los Tribunales. No hay una sola nube en el cielo; al salir de su casa, a eso de las diez, para ir a visitar a un cliente en Guadalupe, en la otra punta de la ciudad, antes de venir a la librería, Nula estuvo calculando la temperatura unos momentos, hasta que optó por volver adentro a cambiarse, para dejar el saco y ponerse un pantalón todavía más

liviano que el de la víspera. Al ver el cielo sin nubes, le volvió el recuerdo vivaz de las grandes masas blancas, inmóviles, que había visto la tarde anterior, cuando fue a Rincón a entregarle el nuevo pedido de vino a Gutiérrez, para que las botellas descansaran un poco si es que pensaba servir las el domingo; se había cruzado con Soldi y Gabriela Barco justo en el momento en que bajaba del asfalto al camino de arena y se había quedado charlando un rato con ellos, pero cuando llegó a lo de Gutiérrez la mujer que se encarga de la casa le dijo que éste se había ido a pasear por el campo, de modo que descargó el vino, caminó un poco por la calle, sin ningún fin preciso, y se volvió a la ciudad. Esta mañana yendo para Guadalupe, en la luz de las diez, porosa y viva, se percibía, probablemente fugaz, la vuelta del verano. Al terminar con el cliente, como todavía era temprano, había ido a tomar un café a la confitería sobre la laguna que, antes de que una de las últimas crecidas grandes sumergiese para siempre la playa, en las épocas en que ésta se llenaba de gente, había sido un lugar de moda. Desde el ventanal de la confitería veía cabrillar el agua de la laguna, todavía de un beige lechoso, y en el silencio del bar del que él era el único cliente y de donde hasta el empleado había desaparecido en las habitaciones interiores o en el patio trasero, había vuelto a pensar en Lucía, pero también en Diana, con una congoja discretísima, como un soldado de vuelta de una guerra inútil. Bastante alto ya, subiendo desde el este, casi enfrente suyo, el sol le calentaba la cara a través del vidrio y llenaba de astillas doradas el agua, la vegetación lejana de la orilla opuesta, y el cielo vacío. Un poco de sudor le humedecía la frente y el labio superior, y las mejillas recién afeitadas le ardían ligeramente. Cuando entró a la librería, la India lo miró unos segundos, y mientras él se inclinaba para darle un beso en la mejilla, lo interrogó en voz baja para que las empleadas, que estaban en la oficina todavía, no la oyeran.

—¿Qué te pasa?

Nula se tomó su tiempo antes de contestarle: rodeó el escritorio y se sentó enfrente de ella.

—Mi mamá no me ama —dijo sonriendo.

—*Más ama quien más suspira: mentira* —cita la India y tomando, como de costumbre, la exigencia de amor de Nula, a quien cree menos necesitado de protección que su hijo mayor, como un capricho *de dandy cínico* y *finisecular*, según lo había descripto una vez enamorada de su hallazgo verbal y repitiéndolo bastante a menudo, hizo el ademán simbólico de limpiarse las manos y pasó a comentarle el llamado del Bebe.

En las estanterías, en los bordes del escritorio, en una mesa y en el

suelo, los libros jurídicos se amontonan, en pilas regulares, o se exhiben bien ordenados en las bibliotecas pero también en paquetes sin abrir, o por el contrario recién cerrados, listos para ser enviados a clientes de pueblos o ciudades cercanas a la capital; Nula lee al azar, con la vista, sin curiosidad, los títulos en las tapas y en los lomos, *Tratado del pagaré cambiario, Manual de la Constitución Argentina, Práctica Notarial, Derecho Internacional Público, Código Civil Anotado, Ley Nacional de Procedimientos Administrativos, Código Procesal Civil y Comercial de la Provincia*; sacudiendo la cabeza y suspirando, Nula pregunta:

—¿*El Curso de Derecho Romano de Calcagno se vende todavía?*

—Hay textos más actualizados, pero sigue siendo una referencia. Está en todas las bibliografías —dice la India—. ¿Por qué?

—¿Qué se te dio por ponerte a vender estos libros tan aburridos? —dice Nula, como si no hubiese oído su pregunta y apenas termina de decirlo, aunque ha desviado la vista y por lo tanto no ha advertido la expresión de desagrado de la India, sabe que acaba de cometer un acto de crueldad además de una torpeza. Pero cuando sus ojos se encuentran con los de la India, los descubre vagamente irónicos, rientes, como si su madre no hubiese oído nada. La pregunta brutal que de tanto en tanto, sin saber muy bien por qué, le viene a la conciencia, pero que nunca llega ni, probablemente, llegará a los labios, ocupa ahora la parte clara de su mente, titila y martillea: *¿Y no habrá sido de nosotros, de su mujer y de sus hijos que estaba harto y que, con el pretexto del sacrificio heroico, emprendió sus fugas sucesivas, primero a la política, después a la clandestinidad, y por último a la muerte?* Pero en lugar de formularla a pesar de su insistencia perentoria —la quiere demasiado a la India como para permitirse algo más que, de vez en cuando, una que otra torpeza secundaria— sonrío y se queda pensando que, desde que llegó a la librería, primero con el recuerdo del maizal y ahora con la frase que a veces sube desde lo negro y empieza a titilar, insistente, en su conciencia, el hueso frontal intercepta la anchura del escritorio, el espacio claro y tranquilo de la librería que lo separa de su madre, y, retomando detrás de la frente, la distancia que es mensurable en el exterior, la multiplica adentro al infinito. Dignándose por fin responder a la pregunta de la India, en el tono más jovial que puede sacar, dice:

—Por nada. Lo vendíamos mucho en el quiosco de la Facultad. Lo único que conozco del derecho romano es el famoso principio: *Mater certa, pater semper incertus* —al decir la frase en latín con una pronunciación macarrónica ciertamente exagerada, Nula sacude el índice rígido en el aire en un movimiento repetido, amenazante y apodíctico.

—Fantasma masculino por excelencia —dice la India, y mira la hora en su reloj.

—Si te estoy haciendo perder el tiempo, me levanto y me voy —dice Nula, parodiando, ostensible, un tono ofendido.

—Al contrario —dice la India—. Estoy pasando el momento más feliz de mi vida. Después de esto, me retiro a un convento a meditar la suerte de tenerte como hijo. Pero creí que tenías una cita a las doce y media. No olvides que también son clientes míos y no quiero que me los pudras.

—Mi mamá me ama —dice Nula y, mirando su reloj pulsera, informa—, pero faltan todavía quince minutos y es la puerta de al lado.

Es cierto. La India lo recomendó a unos amigos abogados, fiscales, jueces, etcétera, y como es viernes, y el Tribunal cierra al mediodía hasta el lunes, cinco de ellos organizaron, en el Colegio de Abogados, que está unos metros más allá, en la misma vereda que la librería, una compra colectiva. Nula espera dar un buen golpe —después piensa volver a su casa y descansar (tal vez tome un poco de sol, que parece estar tan caliente como en noviembre) antes de salir para el súpercenter, donde van a inaugurar el stand promocional de Amigos del vino.

—Mami —dice Nula—. El domingo Diana y yo tenemos un asado en Rincón. ¿Soportarías a tus nietos un día entero?

—Justamente, sí —dice la India—. Me va a venir bien el contacto con personas un poco más maduras que mis dos hijos.

—No me doy por aludido —dice Nula y, parándose y rodeando *el* escritorio, se inclina hacia ella y le da un beso en la frente—. Sos genial, India —le dice. Recoge su portafolios y se dirige hacia la puerta.

—Todo este teatro para no contarme lo que te pasa —dice la India.

—Te juro que si lo supiese te lo diría —dice Nula, y, sin darse vuelta, sacude la mano libre, despidiéndose, y sale a la vereda cerrando la puerta detrás suyo. Aunque la vereda todavía está protegida del sol por la sombra de las casas, el aire se siente bastante caliente, contrastando con la atmósfera fresca en el interior de la librería. Enfrente, en cambio, en la vereda de los Tribunales, la luz de abril, que en dos o tres días se ha vuelto estival, omnipresente, reverbera. Nula vuelve a acordarse del cielo de la víspera en el que flotaban, inmóviles, separadas unas de otras por grandes espacios vacíos de cielo azul, masas blanquísimas de nubes, con contornos llenos de curvas limpias y bien dibujadas. Una nostalgia imprevista del día anterior lo asalta, y la visión del cambio constante, del *devenir*, se encarna en esas nubes que estuvieron y que, poco a poco, subrepticias para el ojo o para la atención, transformándose, deshaciéndose, ignoradas dejaron de ser nubes y

desaparecieron. El día anterior le parece ahora haber sido la más íntima de sus posesiones de la que se siente, de golpe, despojado; como aún lo impregnan hilachas frescas de sensaciones, de experiencias, lo siente más suyo que la totalidad de su pasado, y al mismo tiempo sabe que, como un muerto reciente, su presencia engañosa disimula la distancia sin medida que separa el instante actual de sus predecesores abolidos, la sustancia fosilizada de los recuerdos de la masa carnosa que late, ve, oye, palpa, siente y respira.

Aunque cuando entra en el Colegio de Abogados, tres puertas más allá, todavía no son las doce y media, ya están los cinco clientes probables e incluso han traído a dos más con ellos; lo invitan a pasar a una salita de conferencias donde hay una gran mesa ovalada y muchas sillas alrededor y se sientan a escucharlo, como si hubiese venido a dar una conferencia. Nula abre su portafolios y saca prospectos, revistas, listas de precios, pero aunque efectúa movimientos precisos, y pronuncia las palabras adecuadas, sigue pensando en las nubes de la víspera, tan intensamente blancas, de formas rocosas pero ya desaparecidas, y lamenta no haber escrito algo en su libretita antes de entrar, porque no sabe cuánto durará la entrevista con sus clientes y si no va a olvidarse de lo que sin habérselo formulado mentalmente con exactitud, pensó en determinado momento anotar. Los clientes quieren comprar una docena de botellas cada uno, pero surtidas, y por esa razón se han agrupado, para seleccionar varias cajas de seis, de cepas y de bodegas diferentes, y fraccionarlas. En total, son ochenta y cuatro botellas —con la venta que ha hecho a la mañana en Guadalupe, el día está holgadamente ganado. Pero cuando les explica a sus clientes las características propias de cada vino, los tecnicismos que emplea y que sus oyentes parecen meditar con atención, a él no lo convencen de ser justos y apropiados. Lo esencial de la cosa, el gusto del vino, no se deja nombrar: únicamente aluden a él metáforas y comparaciones. El aroma de pedernal de ciertos vinos blancos, por ejemplo, es una referencia apenas incompleta y comparativa, predominante al principio, pero que se mezcla de inmediato, con el primer sorbo, a los sabores complejos que el vino despliega en el paladar. Para él, las sensaciones, consideradas desde un punto de vista filosófico, son incomunicables, de modo que cuando le explica a un cliente que tal vino es tierno o robusto, carnoso o aterciopelado, le resulta difícil imaginarse cómo el cliente se representará esos adjetivos al probar el vino. Las comparaciones son más satisfactorias desde un punto de vista empírico que esas metáforas, pero no transmiten el sabor propio del vino, que todos conocen pero que serían incapaces de describir, sino uno de sus elementos, la reminiscencia súbita de un centelleo fugitivo, que se funde de inmediato

en la masa de sensaciones clasificadas pobremente con la abstracción que se da en llamar *el gusto del vino*. A esa dificultad filosófica, se suma otra contrariedad: el vino está de moda. A Nula le viene muy bien, pero ese aspecto nuevo y un poco rústico de la mundanidad, del que no es ajena una insistente estrategia publicitaria, muestra fácilmente una contradicción bastante sórdida: la moda del vino les da a los aficionados la ilusión de cultivar una individualidad exquisita y razonada, cuando él, que es el común denominador de todos ellos, sabe que han sido previamente uniformados por la propaganda. Lo que de verdad le gusta son los atisbos de sabor que brillan a veces en cada botella, en cada copa, y aun en cada sorbo y después se evaporan, chisporroteo empírico que suscita reminiscencias inesperadas, de frutas, de flores, de miel, de orejones, de hierba, de especias, de madera o de cuero. Imprevisibles y fugitivas, esas chispas sensoriales que, paradójicas, vuelven más extraño y secreto el gusto del vino, se encienden repentinas en la conciencia, prometen una evidencia vivaz, pero en el mismo instante en que aparecen, discretísimas, se apagan.

Les vende las ochenta y cuatro botellas, cinco cajas de blanco y nueve de tinto: entre los blancos, un corte de chardonnay y de chenin, dos de chardonnay, una de semillón de Río Negro, y una de sauvignon blanco, el mismo vino del que anoche tomaron tres botellas —una la pagó él, la segunda Tomatis y la tercera Soldi— en el barcito de Amigos del vino. Entre los tintos, les propuso algunas variedades, malbec, merlot, syrah y otros de corte, por ejemplo, una mezcla de cabernet sauvignon y de merlot, de la que Nula no se olvida jamás de informar que se trata del corte de base de las cepas que entran en la elaboración del vino de Bordeaux, lo cual constituye siempre un argumento comercial de lo más eficaz. Alrededor de las dos, está llegando a su casa; los chicos están en el jardín de infantes, y Diana toma sol, desnuda, en el fondo, extendida en el pasto sobre una colchoneta de plástico. Del respaldo sobre una silla rústica, con asiento de paja, cuelga una salida de baño roja que reverbera al sol. Cuando lo ve llegar, recoge una toallita y se cubre la pelvis y las caderas, para ocultar la masa triangular de los pelos del pubis y la protuberancia en la que se insinúa el inicio de una región todavía más íntima; el resto de su cuerpo, de la cabeza hasta un poco más abajo del ombligo y del nacimiento de los muslos hasta los pies, sigue expuesto al sol y su piel, todavía oscurecida por la luz del verano, brilla un poco, húmeda, en la cara sobre todo, y alrededor de los senos; los brazos, estirados a lo largo del cuerpo, exhiben la única disimetría visible que crea la ausencia de la mano izquierda.

—Llamó el doctor Riera desde Bahía Blanca —anuncia Diana—, su

número está anotado al lado del teléfono.

—Un espectro del pasado —dice Nula—. ¿Qué quiere?

—Llega mañana, y quiere conocerme —dice Diana riéndose, e incorporándose apoyada sobre el codo izquierdo, de modo que el antebrazo que acaba en el muñón se eleva oblicuo desde su costado, se queda mirándolo.

—¿Mañana? Seguro que vas a conocerlo entonces —dice Nula—. Pero lo llamo más tarde. Por ahora, voy a comer alguna cosita y vengo rápido a tomar sol al lado tuyo.

—Ay, sí, vení rápido —dice Diana, sacudiendo su única mano y parodiando una alegría exagerada en la que se mezcla una desesperación fingida. Y enseguida se vuelve a estirar sobre la colchoneta.

Al rato, Nula sale de la parte delantera de la casa desnudo, con una toalla blanca ajustada a la altura de la cintura, que lo cubre hasta las rodillas, y una colchoneta de plástico bajo el brazo; trae una jarra de agua helada y un libro: *Cien recetas de pastas caseras*. Deposita la jarra bajo la silla, para que la sombra la mantenga fresca, y la tapa con el libro para evitar que le caiga algún bicho adentro. Después estirando la colchoneta junto a la de Diana, retira la toalla y se acuesta boca arriba; por fin recoge la toalla y, estirándola entre sus piernas abiertas, atrae hacia sí una punta de la tela blanca y se cubre con cuidado meticuloso los genitales. Diana que está observándolo desde que apareció por la puerta de la cocina, comenta en voz baja:

—La prenda más preciada. Tu identidad. La antorcha que te guía en la oscuridad. La flecha que apunta al mundo. El megalito cósmico. *Omphalos*.

Inmovilizado boca arriba, evitando sacudir la toalla y hacerla caer, Nula sonrío con los ojos cerrados, y cuando ella deja de hablar y se inmoviliza en una posición semejante y con una sonrisa idéntica a la suya, después de unos segundos de silencio, agrega:

—El buzo que te vuelve loca cuando toca fondo.

Los dedos de Diana lo pellizcan con suavidad en el muslo izquierdo.

—La guerra de sexos arrecia —dice Nula—. ¿Y si hacemos una tregua?

Y uniendo, como se dice, la acción a la palabra, estira la mano y la deposita con blandura en el pubis de Diana, en el centro del rectángulo blanco de la toalla. Diana ni siquiera se mueve.

—Imposible antes de esta noche —dice.

—Pero es que esta noche voy a volver tarde —dice Nula, agregando con una vaguedad deliberada pero neutra, que, ciertamente, lo pone un poco

incómodo—. Hay una cena con la gente del híper. Ni siquiera sé a qué hora ni dónde va a ser.

Con los ojos cerrados y riéndose sin ruido, Diana se encoge de hombros.

—Será mañana entonces —dice.

Nula no contesta y retira la mano. El diálogo lo ha puesto incómodo: hubiese preferido que no tuviera lugar. Mentir lo entristece y lo inquieta: por una parte, Diana merece la verdad y por la otra, contradictoria con la primera en cierto sentido, ¿hasta qué punto le cree? Por suerte, la movilidad interna, hecha de fognazos de lucidez, de imágenes autónomas, de recuerdos caprichosos y fragmentarios y de emociones pasajeras, desplaza sus escrúpulos en una corriente que arrastra sin pausa esa materia heterogénea y flotante para instalar fantasías recurrentes y obsesivas y pulsiones repentinas y perentorias. El sol empieza a calentarle la piel, sobre todo en el vientre, en la cara, y en los muslos, y una imagen complaciente de su propio cuerpo desnudo y tostado lo visita con una sensualidad tan imprevista y salvaje que su verga, que descansa apaciblemente bajo la toalla empieza a endurecerse y a crecer, lo cual, más allá del placer que le procura, lo avergüenza un poco, porque a pesar de la intimidad estrecha que comparte con Diana, esa erección a destiempo, justo cuando han decidido no hacer el amor por el momento, tiene algo de tosco e incluso de ridículo. Si Diana lo advirtiese, tal vez se reiría. Nula trata de explicarse esa excitación súbita provocada por su propio cuerpo, y se da cuenta de que se ha visto a sí mismo en un cuarto desconocido, vacío, disponiéndose a entrar por una puerta en la habitación de al lado —lo que puede haber en la otra habitación, o quién puede estar en ella, lo ignora, pero de lo que está seguro es que lo que lo ha excitado es *una mirada*, el fantasma de una mirada admirando y deseando su cuerpo desnudo que, por estar ausente de la imagen, él sustituyó con la suya propia. Ahora es la plenitud solar lo que borra toda imagen en su interior, y persistiendo todavía bajo los párpados cerrados, los últimos contornos de lo visible van cambiando de forma y de color y volviéndose más y más abstractos en su retina. Somnoliento, olvidándose de sus deseos, lo que distiende la alerta genital, Nula se abandona a la luz que fluye desde el cielo azul y vacío, astillándose a veces y haciéndose visible, como las gotas de lluvia, invisibles en la noche, se hacen visibles —piensa o recuerda más bien— al atravesar el bloque de luz de una linterna. Palpando el pasto, busca la mano de Diana y la agarra con suavidad.

—¿Así que Riera quiere conocerte? —dice, emitiendo una risita corta,

escéptica y llena de sobreentendidos—. Tengo que advertirte que según sus propias declaraciones hay dos clases de hombres: los que quieren redimir a las putas y los que prefieren corromper a las burguesas. Y él afirma pertenecer a la segunda categoría.

—De todas maneras en el término medio —dice Diana después de meditar unos segundos, sin abrir los ojos—, las dos clases se juntan: en ambos casos lo que se busca es un ama de casa sexualmente experimentada.

—No deja de ser cierto —aprueba Nula con prudencia y, soltando la mano de Diana, apoya la suya en el pasto, con el brazo estirado a lo largo del cuerpo, rozando todo el borde de la colchoneta angosta, y se queda quieto.

Acostados en el suelo, desnudos, con los ojos cerrados, inmóviles, si cruzasen las manos sobre el vientre se parecerían a sus respectivas efigies esculpidas en la tapa de mármol de una urna funeraria, atravesando apacibles la eternidad desde alguna tarde romana o medieval en la que la muerte los sustrajo juntos del tiempo agitado y contingente, y las telas que recubren sus partes pudendas remedarían el agregado de algún obispo demasiado puntilloso que sin embargo prefirió introducir en el conjunto un ornamento realista para no caer en el recurso convencional de la hoja de parra. También podrían representar, y gracias justamente a las toallas blancas, a Adán y Eva obligados a cubrir con ellas aquello en lo que habían reparado recién después de distinguir el bien y el mal, antes de dormirse, tirados en la intemperie del campo, bajo el ojo ardiente del sol único que los cocina fuera del paraíso, meditando acerca de esa sustancia invisible que los atraviesa, los perturba y los cambia, arrastrándolos sin violencia, en las ondas, desconocidas en el paraíso, ineluctables y misteriosas, de la sucesión, que trabaja contra ellos, en favor de su ruina, con cada latido, suspiro o parpadeo, aunque intenten protegerse, a veces, con una inmovilidad engañosa. Son la pareja nupcial en estado de reposo, los principios complementarios que, al juntarse, ponen en contacto las dos mitades desactivadas del mundo, e instalando la vivacidad del presente para arrumbar de ese modo, sin saña pero también sin piedad, lo Anterior que pretendía, ilusoriamente, persistir sin límite, en un limbo estéril, disecado y polvoriento. Son ellos mismos mundo, realidad, destinados a segregarse, en cada uno de sus actos, más mundo, más realidad, son, más aún, el presente mismo que, a medida que se desplaza va creando más presente, y hundiéndolos al mismo tiempo, sin advertirlo, en el pasado. Tendidos al sol, desnudos y sonrientes, con los ojos entrecerrados, parecen apacibles y eternos, y sin embargo flotan en el centro de ese torbellino. Hormigueante y

rugosa, la isla del instante en la que creen haber encontrado un refugio, se deshace con ellos, incesante y a la vez fugitiva, y de lo que los rodea, nada cede más profundamente a esa alquimia corrosiva que lo que parece definitivo, estable o en reposo, como la roca, el metal, el diamante, la tierra, el sol, la luna, el firmamento.

Nula siente el sudor que empieza a brotar en la frente, en la nuca y debajo de la nariz, en el labio superior. Al levantar un poco la cabeza y girarla hacia la izquierda para mirar a Diana, unas gotas corren desde la frente, se deslizan horizontales por los pómulos, abajo de los ojos, y corren después por las mejillas dejando rastros tortuosos, para caer por fin desde el borde de la mandíbula en el pecho. Sabe que Diana lo ha visto incorporarse, observándolo a través de los párpados entornados, de modo que volviendo a acostarse y entrecerrando otra vez, también él, los ojos, empieza a hablar, seguro de que, instalada en su inmovilidad confortable y alerta, Diana está escuchándolo.

—Antes de conocerte, me enamoré de su mujer —dice con lentitud—. Durante muchos meses estuve como loco, pero después me cansé y volví a Rosario. Al año siguiente, te conocí y me olvidé de ellos. Aunque nos queríamos mucho los tres, y andábamos siempre juntos, no quise saber más nada de ellos. Había sufrido demasiado. Al tiempo supe que se habían ido a Bahía Blanca; después me enteré de que se separaron. Y el mes pasado fui a visitar a un cliente nuevo en Rincón, Gutiérrez, que me recomendaron entre otros Soldi y Tomatis, y ella estaba ahí. Al parecer, Gutiérrez es su verdadero padre, pero únicamente la madre lo sabía, porque hasta el propio Gutiérrez lo ignoró durante treinta años.

Omitiendo, por razones comprensibles, el encuentro del miércoles en Paraná, Nula le cuenta lo que va recordando; desde el miércoles a la tarde, sabe que todo eso ya ha entrado de manera definitiva en el pasado, y como está seguro de que nunca volverá a pasar nada entre Lucía y él, y como lo que pasó el miércoles no ha sido más que una ceremonia de separación, se siente menos culpable de omitirlo —en la lógica singular con la que analiza su vida sexual, la moral entra en juego únicamente cuando se insinúan ciertos sentimientos que podrían parecerse a los que considera exclusivos de su relación con Diana, y el miércoles sucedió algo semejante: por primera vez, se sintió un poco culpable respecto de las dos, de Lucía por verse obligado a simular que todavía la quería, y de Diana por haber creído durante unas horas, desde el martes a la noche, cuando Lucía negó conocerlo en lo de Gutiérrez hasta que se acostó con ella al día siguiente, que esos sentimientos eran verídicos. Y ahora, el llamado de Riera desde

Bahía Blanca para anunciarle su venida a la ciudad, acrecienta la sospecha que había tenido el miércoles a la tarde, de que tal vez fue pensando en su ex marido que Lucía se acostó con él; y su declaración casi suplicante cuando se despidieron, *Sos mi único amigo*, pierde un poco de patetismo y cobra un sentido singular, eximiéndolo por otra parte de toda obligación afectiva, a medida que adquiere la convicción de que, apenas él salió de la casa, Lucía llamó a Riera para contarle lo que había ocurrido.

Lo que va recordando: la mañana en que, al salir del bar Los siete colores, se topó con ella y empezó a seguirla; la coincidencia increíble de que Lucía entrase en la propia casa de Nula, la misteriosa vuelta manzana que había dado a partir de ahí parándose y observando con distintas actitudes las casas en los cuatro puntos simétricos, en cada una de las cuadras que formaban la manzana; cómo cuando la encontró por segunda vez una tarde y fue a sentarse con ella en la confitería del barrio, ella lo invitó a dar un paseo y con poco disimulo, realizó el mismo trayecto de la vez anterior, parándose en la entrada de la casa de Nula, en la casa de la vuelta, que era el consultorio de Riera, en la de la transversal siguiente a la calle donde estaba el consultorio, y por último en la calle paralela a la del consultorio, que era su casa. Nula le cuenta a Diana que él estaba tan fascinado por Lucía que ese anochecer, sin saber por qué, había vuelto a hacer en sentido contrario el mismo trayecto y que incluso había tocado el timbre en la transversal, y que un chico lo había atendido, que después había ido al consultorio del doctor Riera, donde a esa hora ya estaba todo a oscuras, había espiado un rato el interior, y después había dado vuelta la esquina y había entrado en su casa. Le cuenta que al día siguiente, había ido al consultorio simulando estar enfermo y había visto a Riera por primera vez, que Riera lo había examinado sin querer cobrarle la consulta, pero un rato más tarde, después del mediodía, de vuelta de unas compras que la India le había encargado para el almuerzo, de regreso a su casa había visto a Riera bajar de un auto estacionado en doble fila, cruzar la vereda y pararse en la entrada de los departamentos donde vivían él y la India; Nula había esperado un poco, y al verlo volver a subir al auto y dar lentamente la vuelta en la esquina, había seguido caminando y se había parado en la esquina de la heladería, justo para ver a Riera bajar con rapidez del auto, cruzar la vereda y entrar en su consultorio, así que había aprovechado para recorrer la cuadra, comprobando al pasar que el auto de Riera seguía con el motor en marcha, y al llegar a la esquina había cruzado la calle y se había quedado a esterar; desde donde estaba podía ver las dos calles, la del consultorio, desde donde el coche empezó a avanzar con lentitud, y la otra, perpendicular, en la

que se encontraba la casa misteriosa, en la que Riera paró el auto, en doble fila como parecía ser su costumbre, para cruzar de inmediato la vereda y tocar el timbre; casi enseguida la puerta se entreabrió y Riera mantuvo un diálogo animado con la persona que estaba adentro, invisible para Nula desde donde se encontraba parado, estiró la mano hacia el interior, y volvió a su coche casi corriendo, mientras la puerta entreabierta se cerraba a sus espaldas; y Nula lo siguió, como también parecía ser su costumbre —Diana se rió un poco más fuerte cuando lo oyó decir eso— para comprobar que, como era de esperar, Riera terminaría el trayecto ritual ante la puerta de su casa.

Después sabría que todo eso no tenía nada de misterioso, pero antes había ocurrido algo increíble, tan oscuro y singular, y al mismo tiempo tan humillante y ridículo para él, que durante los meses que duró la relación entre los tres, le dio infinitas interpretaciones, y cuando creyó haber encontrado la verdadera, dejó de verlos, pensando que así dejaría de sufrir, aunque en los meses que siguieron, los había visto por casualidad en Rosario una madrugada, ante una casa que, según un amigo de Nula, tenía una reputación abominable, y como eso acrecentó su sufrimiento, decidió no volver a verlos nunca más; y al tiempo, conoció a Diana, y, por lo que supo más tarde, Riera y Lucía se habían ido a vivir a Bahía Blanca.

Le cuenta: un par de semanas después de haberlo conocido, Lucía lo invitó por primera vez a su casa, a tomar el té, a las seis. Nula llegó a las seis en punto, con las sienes que golpeteaban fuerte y las manos que le temblaban un poco, trayendo un paquetito de masas finas y la resignación de tener que tomar un par de tazas de té, que tanto detestaba. Pero Lucía no había preparado té ni nada, y parecía indiferente a su llegada, pensando aparentemente en otra cosa. Cuando lo hizo entrar, miró la hora en su reloj pulsera y la comparó con un reloj de pared para estar segura de que tenía la hora exacta. No sólo no preparó té, sino que ni siquiera le propuso alguna otra bebida, guardó el paquete en la heladera sin abrirlo y sin que se le ocurriese convidarlo con una masita. Se sentaron en un diván y Nula, como cada vez que se encontraban a solas, sobre todo en una calle oscura, se apretó contra ella y trató de besarla. Lucía resistió un poco, pero sin la firmeza con que lo hacía cuando estaban en la calle. Él la acariciaba por encima de la ropa y ella lo dejaba hacer, sin devolverle las caricias. Si ella le hubiese pedido que no siguiese, él hubiese obedecido, porque la quería mucho, nunca había querido a nadie hasta ese momento como la quería a ella y con una ingenuidad casi adolescente, sentía las contradicciones más irreconciliables, como considerarla atrayente y a la vez inalcanzable, pura y

lúbrica, maternal y ramera; según lo pensó mucho más tarde, esos contrarios dolorosos eran de índole romántica, de acuerdo con una teoría que estaba elaborando y que sostenía que a las diferentes etapas o situaciones de la vida corresponden teorías filosóficas o literarias precisas; así, por ejemplo, en la adolescencia el romanticismo predomina sobre todas las otras, se es hegeliano cuando se adhiere a un partido político, presocrático en la infancia, y empirista cuando se acaba de nacer, escéptico en la vejez, estoico en la vida laboral, etcétera, etcétera. Enamorarse de una mujer casada mayor que él era por cierto el colmo del romanticismo, y aunque por coherencia literaria correspondía aceptar el platonismo si ella se lo imponía, a Nula le resultaba imposible no continuar, lo que era del todo erróneo de su parte, ya que si bien ella no ponía el mismo fervor en devolverle las caricias, era evidente que lo dejaba hacer, de modo que a pesar de la relativa impasibilidad de Lucía, Nula iba aventurándose más y más por las zonas más íntimas: le desabrochó la blusa, y metió la mano en el corpiño, entre las tetas abultadas y calientes; ella recostó la cabeza contra el hombro de Nula abandonándose; Nula la besaba en el cuello, en la oreja, en el hombro, mientras iba sacándole la camisa y desabrochándole el corpiño, retirándoselo, de modo que ella quedó desnuda de la cintura para arriba; era ya el mes de octubre, y hacía calor; Nula, mientras besaba y acariciaba con una mano la piel caliente y húmeda de Lucía, con la otra iba desabrochándose la camisa, contorneándose terminó por sacársela y poniéndose de pie, atrajo consigo a Lucía, apretándose contra ella para sacarle la pollera que tenía un brochecito y un cierre relámpago en el costado; Nula lo desabrochó y después corrió el cierre relámpago, y la pollera cayó sola arremolinándose contra los tobillos de Lucía. Moviendo los pies con lentitud y torpeza, ayudándose con los tacos de sus zapatos, dejándose acariciar y besar todo el tiempo por Nula que se pegaba a ella, Lucía se desembarazó de la pollera, pero cuando él empezó a forcejear, para bajarle la bombacha, lo rechazó, con energía e incluso con violencia al volver a insistir; se sentaron otra vez en el diván, y Nula la indujo a estirarse, y una vez acostada boca arriba, Nula se desnudó y se echó sobre ella, pero ella se lo sacudió de encima y cambió de posición, poniéndose de costado; quedaron desnudos —ella con los zapatos y la bombacha únicamente, él sin nada—; pero cada vez que Nula quería bajarle la bombacha, ella lo rechazaba; sin embargo cuando Nula agarró su mano y la guió hasta su verga para que la tocara, Lucía se aferró a ella sin la menor vacilación y en vez de acariciarla la oprimía y la soltaba, la oprimía y la soltaba, hasta que por último la conservó en la mano y se inmovilizó. Así

estaban, echados de costado frente a frente en el diván, él desnudo como al salir del vientre de su madre, ella con la bombacha y los zapatos de taco alto, recibiendo las caricias de Nula y oprimiendo su verga con la mano, cuando se abrió la puerta y entró Riera.

Diana emite una interjección breve, abre los ojos y se incorpora un poco, apoyándose sobre los codos, de modo que, del otro lado de su vientre, a la altura de la cadera más o menos, por encima del flanco izquierdo, en posición oblicua, sobresale el muñón. Y sus lindas tetas redondas y tostadas, con los pezones casi negros, decoran, como dos calcos idénticos de un objeto de alfarería, atractivo principal en el torso elegante cuya silueta, desde los hombros más anchos hasta la cintura estrecha, podría ser representada, en forma abstracta, por un trapecio invertido.

—A ver, a ver, interpretemos —dice.

Nula se incorpora a su vez y sus miradas se encuentran, la de Diana viva y un poco excitada y la de Nula —por lo menos así es como él la siente— recuperando, en forma imprecisa, un eco de la aflicción de aquellos días.

—Lo de la bombacha puede explicarse por dos razones opuestas, en las que los hombres, ni siquiera los estudiantes de medicina, nunca piensan: por la regla o, por lo contrario, porque estaba en pleno período de ovulación. Es la mejor hipótesis. Cuando una mujer casada llega a ese punto, no hay ningún otro obstáculo que le impida seguir adelante. Hay una tercera explicación, pero es demasiado cruel: simplemente, quería que el marido los encontrara en esa situación. Para darle celos, tal vez.

Nula se recuesta otra vez, y entrecierra los ojos, pensando: «Si eso fuera todo, no hubiese habido nunca el menor problema». Se acuerda: Riera había cerrado la puerta y había empezado a pasearse por la habitación mirándolos y sacudiendo la cabeza. Él empezó a vestirse, pero Lucía no se movió. Y a Nula, cuando terminó de vestirse y se quedó parado sin saber qué hacer, le pareció que en la actitud de Riera había algo de excesivo, de teatral. Después se le acercó y le dijo, como si fueran viejos amigos: *¿A vos también te enredó y te trajo? A veces me pregunto si no lo hace con cualquiera.* Al oír esas palabras, Lucía soltó una risita y sacudiendo la cabeza, como excedida por lo que acababa de oír, se paró y, empezando a vestirse, como si estuviese sola en la pieza, le dijo a Nula: *No le hagas caso, dice cualquier cosa. Está corrompido hasta la médula.* Y, terminando de abrochar la blusa, se empezó a reír. Riera, siempre dirigiéndose a Nula (cada uno hablaba del otro como si el otro estuviera ausente): *Tiene la costumbre. Te embala y después te larga parado.* Nula se sentía petrificado de

humillación —al principio había tenido miedo, después, cuando empezó a vestirse, vergüenza, y ahora, mezclándose a una ligera sensación de absurdo, la humillación. Durante quince días, desde que los vio por primera vez, hermosos y enigmáticos como eran, le habían parecido distantes, resplandecientes, benévolos y sagrados como dioses que le dejaban entrever, con su aparición repentina, un mundo menos imperfecto, al abrigo de la contingencia, y ahora reptaban a sus pies sórdidos, vulgares y perversos, agregando a lo existente vicio, inconsecuencia y duplicidad. *De todos modos, tenemos un pacto con la señora*, dijo Riera recobrando la calma, refiriéndose a Lucía con cierta consideración, *propuesto por mí mismo desde un principio, porque acostumbro a jugar limpio, y aceptado por ella con total conocimiento de causa: para preservar un matrimonio, es imprescindible que cada uno goce de entera libertad*. Pero entera en serio. Mientras lo escuchaba, Lucía, riéndose, sacudía con lentitud la cabeza para mostrar su ira: *Te viene bien esa teoría de crápula*. También Riera se echó a reír. *Insultos no, por favor. Mantengamos cierta dignidad*. Lucía dio unos pasos hacia él y lo interpeló, desafiante: *¿Y vos acaso, no acabás de decir barbaridades delante de un extraño?* Aparte de oírse tratar de extraño, a Nula el tono de los diálogos y el comportamiento de Lucía y Riera, aunque los encontraba excesivos e inesperadamente desenfadados y vulgares, le resultaban familiares, como si hubiese asistido a una situación semejante muchas veces, hasta que se dio cuenta de que, excluyendo desde luego las alusiones demasiado obscenas, la escena le recordaba las series cómicas de televisión, de las que únicamente faltaban la música y las risas pregrabadas, y aunque parecían haberse olvidado de su presencia, Lucía y Riera actuaban al mismo tiempo como si la tuviesen en cuenta, igual que los actores que interpretan sus papeles en un estudio sin público, no olvidan en ningún momento que sus palabras y sus acciones están destinadas a producir un efecto determinado en una muchedumbre de espectadores hipotéticos y fantasmales. Durante una pausa en la discusión, Nula, con voz apenas audible, se atrevió a sugerir: *Tal vez sería mejor que los deje solos, pero* Riera, con energía avanzó unos pasos hacia él, y le dio un par de golpecitos en el hombro, protestando: *Ah, no. Después del mal rato que te hicimos pasar, te quedás a comer con nosotros, ¿no es cierto Lucy? Va de cajón*, contestó Lucía contenta y sin ironía ni resentimiento, y salió del living, que era en definitiva la única habitación de la casa que Nula conocía. Dos o tres veces la había acompañado hasta la entrada, y había alcanzado a ver el zaguán y la puerta cancel, cuyos vidrios de colores impedían distinguir lo que había en el interior; esa tarde la había transpuesto por primera vez, sin ir

más allá del diván del living, así que cuando Riera le propuso ir al patio, donde estaría más fresco, Nula aceptó: Riera lo intrigaba e incluso lo fascinaba; lo siguió a través de un pasillo, pasando al living, al que daban dos o tres puertas, y después entraron en el dormitorio en penumbra, en el que el cubrecama blanco, de tela sedosa, de la gran cama matrimonial, relumbraba en la claridad atenuada que se filtraba por las rendijas de la persiana blanca que protegía una puerta vidriera. Una congoja súbita lo asaltó cuando vio la cama, acrecentada por imágenes de lujuria, de pulsiones mal dominadas, de perdición, y ese malestar aumentó todavía cuando, después de levantar con estridencia la persiana haciéndolo salir al patio, Riera lo paseó por el espacio de mosaicos rojos que separaba la casa del patio propiamente dicho, y él comprobó que hubiesen podido salir al patio, evitando la intimidad del dormitorio, por el comedor o por la cocina.

Lo que Nula aprendió con ellos en esos meses fue la crueldad infantil de su perversión, la espontaneidad inocente, tal vez sin escrúpulos y sin culpa, que logra sus propósitos con astucia y dulzura, sin simulación ni coerción, por la sola evidencia de sus pulsiones, tan connaturales con las fibras más secretas del propio ser, que se confunden con él, lo tiñen con sus matices extraños pero no lo privan de otros atributos más banales, y también supo que la intensa singularidad de cada uno, en contraste radical con la del otro, permitía sin embargo que, a causa de la dosificación irrepetible de elementos que se combinaban en cada uno, obcecados y ciegos, por pasajes oscuros, contra toda razón, congeniaran. Lo supo a su costa; mientras comían en el patio, el tacto de la piel íntima de Lucía perduraba en su memoria y lo estremecía, pero al mismo tiempo, esa cena tranquila con ellos en el jardín, primero en la penumbra tibia del anochecer y después a la luz de un farol discreto colgado de un árbol, le ofrecía la alteridad del mundo, estilo, sabores, hábitos, comportamiento, conversación, diferentes de todo lo que había conocido hasta ese momento; esa noche tuvo la impresión de salir por primera vez del círculo mágico de lo familiar; los años de Rosario, las pensiones, el restaurante universitario, la facultad, los bares, eran en cierto modo la prolongación de la vida de familia: con Riera y Lucía, a partir de esa noche, el punto de vista se desplazó, y desde esa perspectiva nueva el universo entero cambiaba; otros que no eran Chade y la India, su padre asesinado, sus libros de filosofía, él mismo, moldeaban, a su manera, en un túnel paralelo al de ellos, la arcilla blanda del mundo dándole la forma caprichosa de su extravío y de su deseo, y ese mundo inédito que Nula comenzaba a entrever lo atraía tanto como la carne viviente de Lucía.

—Estabas enamorado de los dos —dice Diana, con un eco de lástima

retrospectiva en la voz.

—No —dice Nula—. De la luz nueva que proyectaban sobre el mundo.

—¿No es un poco lo mismo? —dice Diana.

Después de un silencio meditativo, Nula responde convencido.

—Sí, pero un poco solamente.

Esa misma noche, tuvo la respuesta mucho más simple de lo que imaginaba, de las cuatro estaciones simétricas que todos hacían en esos días en las cuatro cuadras de la manzana. Riera tenía una amante, Cristina, a la vuelta del consultorio, y esa mañana en que Nula había seguido a Lucía desde el centro y la había visto asomarse al jardín de su propia casa, Lucía, que sospechaba lo que estaba pasando, no sabía exactamente en cuál de las dos calles paralelas, a mitad de cuadra, vivía la nueva amante de su marido que no había hecho más que algunas alusiones vagas sobre el asunto. Quería saber quién era, cómo era —cada nueva amante de Riera, a pesar de la libertad recíproca de la que se jactaba, pero de la que ella nunca había hecho uso, podía ser un problema nuevo que comenzaba—, y si se había asomado con curiosidad a la casa de departamentos donde vivían Nula y su madre, era porque sus cálculos le indicaban que la amante de su marido podía vivir en uno de ellos. Después había dado la vuelta y había echado una ojeada furtiva ante el consultorio para verificar que Riera seguía todavía ahí, había seguido hasta la otra esquina, y había hecho media cuadra hasta la otra casa, el punto simétrico respecto del departamento de la India cuyas características coincidían con lo que ella sabía sobre Cristina. Parándose frente a la puerta entreabierta, para mostrar que se consideraba en todo su derecho, había adoptado una actitud ostentosa y desafiante, y, como no obtuvo ningún resultado siguió caminando y se metió en su casa: Nula había oído patente el ruido metálico de la cerradura que la llave, al girar, puso en funcionamiento. Cuando la encontró por segunda vez al anochecer y fue a sentarse a su mesa en la confitería de la esquina, acompañándola a dar la vuelta manzana bajo la oscuridad de los árboles, pudo comprobar que Lucía hacía el mismo recorrido de la vez anterior, porque todavía no había resuelto el enigma, y que sus paseos por la manzana coincidían con las horas, a mediodía y a la noche, en que su marido terminaba su trabajo y acostumbraba a salir del consultorio. A decir verdad, no había ningún misterio en todo eso y todo el equívoco se debía, como ocurre con casi todos los misterios por otra parte, a una falta de información. Pero la sorpresa más grande vino de la revelación que le hizo Riera, a saber, que ese anochecer en que él había ido a sentarse a la mesa con Lucía, Riera, que pasaba en auto

con Cristina, los había visto juntos en el bar, en la mesa que daba a la ventana, y al otro día, apenas lo vio en la sala de espera, lo reconoció, y como Nula le había dado su dirección para la ficha médica, Riera había ido a ver dónde vivía después de cerrar el consultorio a las doce y media. Este último detalle, Riera se lo contó esa primera noche, riéndose, después que Lucía se fue a dormir, y le dijo que no había querido cobrarle la visita porque no lo consideraba un verdadero paciente; por un lado, le hubiese parecido aprovecharse de él, y por el otro, prefería no mezclar el ejercicio de la medicina con su vida privada. Se había sentido sorprendido al verlo en la sala de espera, pero comprendió en seguida lo que pasaba: también él, cuando tenía alguna aventura con una mujer casada, sentía siempre la necesidad irresistible de ver de cerca al marido e incluso, si el marido era una persona correcta, hacerse amigo de él. Cuando el marido de Cristina, que era ingeniero electrónico y estaba haciendo un cursillo de ocho meses en California, volviera para fin de año, si todavía seguían sus relaciones con ella, lo invitaría alguna noche a cenar a su casa, una cena íntima entre los cuatro: Cristina, Lucía, el marido de Cristina, y él, Riera, e incluso los cinco, si Nula quería ser también de la partida. Riera acompañó esa declaración equívoca, como lo haría otras veces con declaraciones semejantes, de una risa franca, infantil y ligeramente canallesca que, como Nula pudo comprobar en varias ocasiones, parecía abrirle, como se dice, todas las puertas. Mientras lo oía hablar, Nula pensaba en Lucía, acostada en la gran cama blanca, escuchándolo quizás también desde el dormitorio, a través de la puerta vidriera entreabierta que daba al jardín, y después de un rato se dio cuenta de que demoraba en irse porque quería retardar el mayor tiempo posible el momento en que, después de haberlo acompañado hasta la puerta, Riera la cerraría con llave detrás suyo y volvería al dormitorio a tirarse desnudo en la cama al lado de ella. Pero cuando Riera sugirió que se hacía tarde, porque al día siguiente tenía que ir temprano al consultorio, y Nula se levantó para irse, la cabeza soñolienta y sonriente de Lucía apareció de pronto por la puerta entreabierta y con voz juguetona, le suplicó: *Vení a buscarme mañana a la tarde así vamos a tomar algo como el otro día.*

—Tenían el número bien ensayado —dice Diana y, arrodillándose sobre la colchoneta, valiéndose con habilidad de su única mano, ajusta la toalla blanca alrededor de las caderas y, ágil, sin mucho esfuerzo, pega un envión hacia arriba, aferrando el borde de la colchoneta, saltando hacia atrás, y queda parada, trayendo consigo la colchoneta—. La historia es apasionante, pero tengo que estar en la oficina a las tres y media.

—Ya los vas a conocer el domingo de todas maneras —dice Nula.

Vista desde abajo, por el contrapicado que convierte al menos dotado de los cómicos en emperador o en héroe mitológico, Diana pasa a ser, de belleza local, esposa joven y moderna, madre inteligente y sensible, lo que es de costumbre, a Venus emergiendo de las aguas, o mejor todavía, a Diosa Blanca.

—Me muero de ansiedad —dice Diana, y le manda un besito con los labios.

—Vista desde aquí, sos como una reina, una diosa —dice Nula—. Y entre las piernas, debajo del vellocino de oro, hay una falla entreabierta que lleva, por declives peligrosos, al centro de la tierra, en perpetua ignición.

—*Voyeur* —dice Diana, y recuperando la salida de baño roja del respaldo de la silla, empieza a alejarse hacia la casa—. No te espero entonces esta noche —grita mientras se distancia, sin siquiera volverse hacia él, como si prefiriera, por alguna razón especial, no cruzar su mirada con la de Nula cuando tocan el tema de sus regresos nocturnos.

—No creo —dice Nula, y retirando la toalla que cubre sus genitales, desplaza después el libro que protege la jarra y toma un largo trago de agua helada. Después tapa otra vez la jarra, la instala a la sombra de la silla, y dejando la toalla sobre el pasto, se extiende boca abajo en la colchoneta.

A partir de esa noche de octubre, durante varios meses, hasta el otoño siguiente, estuvieron casi siempre juntos. Lucía no trabajaba, de manera que tenía mucho tiempo libre, pero Riera iba temprano al consultorio, y después, a la hora del almuerzo, y al anoecer, hacía algunas visitas; él atendía el kiosco de la facultad varias veces por semana y, cuando se quedaba en su casa, simulaba preparar, para noviembre y diciembre, los exámenes de filosofía; pero la idea de volver a Rosario, de dejar aunque más no fuese un solo día la ciudad alejándose de Lucía, e incluso de Riera, le resultaba intolerable, hubiese sido como salir de un mundo mágico, novedoso y atrayente, aunque no exento de sordidez y crueldad, para retroceder a los días inciertos y un poco grises, con sus tironeos perpetuos entre la duda y la serenidad en los que chapaleaba, resignado, desde la infancia. Aspiraba a ser el amante de Lucía, pero apenas si era el amigo, el confidente, y a veces, hasta llegaba a sentirse como el perro faldero. Aunque a él le hubiese bastado conocerla, y estarse tranquilo y silencioso al lado de ella, ella le daba ciertas gratificaciones; le permitía de vez en cuando tocarla, besarla, poner la mano en el corpiño, chuparle los pezones incluso, y dos o tres veces había aceptado, dócil, que él guiara su mano hacia la bragueta abierta para oprimir su verga de esa manera curiosa que tenía, apretando y aflojando, pero una vez que él había puesto su propia mano encima de la de

ella obligándola a frotar hasta hacerlo acabar, ella se había parado de un salto acomodándose la ropa, entre indignada y agitada, protestando: *¡Ah, no, eso sí que no, eso sí que no!*, y había ido casi corriendo al baño y al dormitorio a lavarse y a cambiarse. Sin embargo, al volver, parecía contenta, y tenía una sonrisa abstraída, plácida. Después de estar con ellos varias veces, Nula se dio cuenta de que Lucía y Riera estaban unidos por un sentimiento, o lo que fuese, que no era propiamente amor, en todo caso en el sentido altruista del término, sino algo más turbio en el que entraba una especie de dependencia voluptuosa, donde las diferencias generaban un sarcasmo más burlón que violento y las afinidades una fusión ciega, espontánea, casi animal. Era extraño ver cómo los peores dislates de uno, verbales o no, generaban primero la indignación y después la risa cómplice en el otro. De esas situaciones, Nula se sentía momentáneamente excluido, pero ellos, juntos o cada uno por su lado, se apresuraban siempre a recuperarlo. A él le costaba resolver el enigma perpetuo: ¿lo manipulaban, se burlaban de él, lo utilizaban para fines incomprensibles?; ¿o lo apreciaban de veras y eran así con todo el mundo? Hasta este momento en el que está tirado desnudo boca abajo sobre la colchoneta, con el mentón apoyado en el dorso de las manos superpuestas, sintiendo el sudor correr por su cara y por su espalda, hasta este mismo momento en el que han vuelto a entrar, inesperados, en su vida, todavía no lo sabe. La coincidencia de haber estado dos días atrás con Lucía obteniendo por fin lo que cinco años antes había intentado poseer sin resultado, y la llamada de Riera anunciando su llegada desde Bahía Blanca, pone en marcha otra vez los mecanismos del pasado, y aunque sabe que nunca más quedará atrapado en ellos, una curiosidad distante, vagamente irónica incluso, lo induce a estar alerta en los próximos días. Con los ojos cerrados, la cara sudorosa aplastada contra el dorso de la mano, Nula se ríe estremeciéndose en forma anticipada, y comprende que el afecto hacia ellos persiste, pero que ha cambiado de signo: ya no tiene la dependencia dolorosa de la primera época, que había durado un tiempo después de haber dejado de verlos por decisión propia, sino que se ha convertido en una especie de tolerancia paternalista, una simpatía exenta de cualquier veleidad de posesión, sumada a una disposición nada científica, deportiva más bien, a prever, por puro juego, sin invertir en la tentativa ningún afecto, sus curiosas reacciones. Esa perspectiva suscita en él una impaciencia excesiva por volver a verlos.

Lucía era rica; Riera en cambio venía de una familia de pequeños comerciantes de Bahía Blanca, y siempre decía que como los ricos y los pequeños comerciantes tenían más o menos las mismas cosas pesándoles en

la conciencia, que únicamente había una diferencia de cantidad, él y Lucía, por sus orígenes, estaban hechos el uno para el otro. Lucía se quejaba siempre de que, como esperaban de ella que se casara con un hombre rico, no la hubiesen obligado a seguir estudios superiores. Había tenido un novio estanciero, pero lo había dejado por Riera. Su madre desaprobaba la relación (el padre había muerto tiempo atrás), pero sus propios problemas sentimentales no le permitían ocuparse del porvenir de Lucía; y como ella, por su parte, había nacido rica, se había casado con un hombre rico y había heredado de él una segunda fortuna, sabía instintivamente por experiencia propia que, cuando se tiene mucho dinero, el saber es superfluo. Pero a Lucía, su propia ignorancia la atormentaba. Cuando Nula y Riera discutían de ciencia y de filosofía (cada uno abominaba la especialidad del otro), Lucía se ponía de mal humor y Riera, entonces, compasivo, cambiaba de tema. El desparpajo sexual de Riera contrastaba con su rigor profesional; cuando terminaba en el consultorio, iba a hacer visitas, y también trabajaba con un grupo de médicos que trataban gratuitamente a la gente en las villas y en el campo; distribuían remedios y, a los casos más graves, los hacían hospitalizar. También atendía a las pupilas de un prostíbulo semiclandestino, y aunque el dueño le pagaba, él les distribuía a las chicas condones y muestras gratis de remedios que dejaban los visitantes médicos. Un sábado a mediodía, Nula iba con él en el auto y Riera frenó de golpe, abrió la puerta y salió corriendo hacia la vereda dejando el motor en marcha; era una esquina de pleno centro y como era sábado, había una muchedumbre en la calle; la hilera de autos y de colectivos que venía detrás de Riera empezó a tocar bocina, pero Riera no parecía oír nada. Nula bajó y vio a un chico de unos diez años, un lustrabotas que trabajaba siempre en esa esquina, retorciéndose y babeando, tirado en el suelo. Riera se inclinó hacia él, y con dos o tres manipulaciones rápidas, le hizo algo en las mandíbulas y lo acostó de lado, tratando de detener sus convulsiones. Se trataba de un ataque de epilepsia. El chico se fue calmando gradualmente — la escena duró dos o tres minutos— y Riera le dijo a Nula que abriera la puerta trasera del auto y que después recogiera *el* cajón de lustrar; él levantó al chico, lo estiró de costado sobre el asiento trasero, acomodó el cajón de lustrar en el piso del auto, y cerrando la puerta, fue a sentarse frente al volante; le dijo a Nula que se arrodillara en el asiento delantero y que vigilara al chico por si empezaban otra vez las convulsiones. El chico estaba calmo pero pálido, y parecía perdido y soñoliento. Riera lo llevó al hospital, al servicio de neurología, y no se movió hasta no conseguirle una cama y un especialista que se ocupara de él. Nula había ido a buscarlo al consultorio

para ir a darse un chapuzón al mediodía en la playa de Rincón (Lucía había ido a Paraná a ver a su madre), pero a las dos y media todavía estaban en el hospital, así que cuando salieron, un poco después de las tres, comieron de parados una porción de pizza en una pizzería enfrente del hospital, y Riera, aunque como era sábado no trabajaba, desistió de ir a la playa y, dejándolo en la entrada de lo de la India, se volvió a su casa.

A finales de noviembre, Nula tuvo un altercado con la India, porque decidió no rendir los exámenes de filosofía en diciembre y dejarlos para marzo, pretextando que todavía no estaba lo bastante preparado. *¡Vos sos de los que creen que la mayonesa se va hacer igual si se deja que el huevo se bata solo!*, explotó la India que venía notando desde septiembre que pasaba algo raro, aunque en el fondo no le disgustaba que él se quedara en la ciudad, atendiendo el kiosco de la facultad y viviendo con ella en la casa: desde que el padre se fue, y sobre todo después que lo mataron, la vida afectiva de sus hijos la preocupaba, y prefería tenerlos siempre a mano, pero le resultaba difícil (con Chade, más reservado, casi imposible) hablar del asunto en forma clara y directa. Las charlas desenfadadas y un poco agresivas que mantenía con Nula contribuían más a ocultar los verdaderos problemas que a exponerlos claramente. Nula escuchaba con expresión seria las reconvenciones de la India, pero apenas tenía un momento libre corría a encontrarse con sus nuevos amigos. A veces se quedaba solo con Lucía en la casa de ellos o salían a caminar, y otras veces se encontraba con Riera para tomar una cerveza y charlar un rato, pero lo que prefería era estar los tres juntos, porque le daba la impresión de que Lucía y Riera lo apreciaban de verdad y hacían todo lo posible para que él se sintiera bien. Siempre había algo equívoco que emanaba de ellos, un comportamiento común cuyos objetivos secretos a Nula se le escapaban, a pesar de que todo parecía tan natural, que Nula llegó a pensar que también ellos los ignoraban. A veces Riera lo llevaba a lo de Cristina —se acuerda de una semana de diciembre en la que el chico estaba en Córdoba, en la casa de los abuelos—, y aquello que parecía inconsciente con Lucía se volvía patente, incluso un poco brutal, cuando estaban con Cristina. Las ideas políticas de Riera eran de lo más expeditivas: *el problema de la sociedad no eran los pobres, sino los ricos que controlaban los bancos, las armas, el poder político, la comunicación, la industria, la prensa, etcétera*. Como eran unos pocos, la solución más simple consistía en matarlos a todos; y, como eso no era posible, había que empezar corrompiendo a sus mujeres. Él había decidido abocarse a la tarea de corromper burguesas para acelerar el cambio social —al terminar ese breve discurso, Riera emitía su risita, un poco canallesca, a la que nadie, ni

hombres ni mujeres, y él lo sabía, era capaz de resistir. Cristina no era particularmente rica: en todo caso si su familia tenía dinero, debía ser mucho menos del que tenían los Calcagno y del que Riera no tocaba un centavo, y se refería siempre a esa fortuna con una expresión de desprecio y hasta de asco. Riera la subyugaba; de él, aceptaba todo. A veces, casi la dominaba en presencia de Nula y una noche incluso la incitó a que se acostara con él, lo que ella aceptó sin vacilar, pero Nula, aunque estaba muy excitado, no se atrevió a hacerlo y se fue a dormir. Los oyó reírse mientras salía a la calle; y después de dar unos pasos en la vereda se paró y estuvo unos minutos pensando en volver, pero cambió de idea y se fue a su casa dando la vuelta por la casa de Lucía, que estaba a oscuras y en silencio, pero como era casi medianoche, no quiso tocar el timbre y se fue a dormir.

Así pasó el verano; iba llegando marzo y los exámenes se acercaban. Nula estudiaba, y como la Facultad de Derecho dejaba de funcionar desde diciembre hasta principios de marzo, también el kiosco estaba cerrado. Pero la librería cerró en enero, para la feria judicial, y abrió en febrero, medio día solamente. Nula la atendía dos veces por semana, los jueves y los viernes, lo que le permitía a la India pasar algún fin de semana largo en el campo o en el mar. Riera y Lucía no se movieron de la ciudad durante todo el verano. Y en todo ese tiempo, Nula estuvo atrapado en el aura que segregaban, tratando de probarse a sí mismo que era capaz de dominar su deseo, su sufrimiento, su pasión incluso. La compañía de ellos era una especie de adicción; donde ellos estaban era el centro del mundo, firme y brillante; el resto era blando, informe, gris. No ignoraba que no obtendría nada más de Lucía; pero mientras ellos le hiciesen sentir a él que existía como otra cosa que el campo de maniobras de su combate oscuro —y ese sentimiento lo tenía a menudo— podía soportar entrar en su juego. Una noche de principios de marzo —de todas maneras ya estaba decidido que iría a rendir los exámenes a Rosario— decidió que no los vería nunca más. Hacía un calor terrible; cenaron en el patio y se pusieron a conversar cuando de pronto, súbita, los corrió adentro una tormenta. Después de los relámpagos y de los truenos, y de un aguacero denso y ruidoso, se instaló la lluvia que, más que seguro, duraría hasta la madrugada. Lucía propuso que miraran un video que había alquilado, una película policial que había hecho mucho ruido el invierno anterior, pero que ella no había podido ir a ver al cine. Fueron al dormitorio, trajeron fruta y agua fresca, y se sentaron los tres al pie de la cama, en el suelo, a mirar la película. Después de un rato, Lucía dijo que prefería tirarse en la cama para estar más cómoda y, cinco minutos más tarde, sin decir palabra, Riera la siguió. Nula sintió que el corazón

empezaba a golpear cada vez más fuerte dentro de su pecho. Se le secó la garganta y abrió la boca para respirar mejor, tratando de no hacer ruido, porque le parecía que se ahogaba. Pensó al principio que eran los síntomas del deseo, pero enseguida se dio cuenta de que eran los del dolor, y después de todo, ¿quién sería capaz de distinguirlos? Lo innumerable, lo inconcebible, se estaba produciendo. Como habían dejado prendido un velador para no mirar la televisión en la oscuridad, la pieza estaba en una penumbra clara, que de tanto en tanto se aclaraba más todavía cuando el film pasaba de una imagen oscura a otra bien iluminada, de modo que todas las cosas eran perfectamente visibles. Pero Nula no quería darse vuelta. De pronto oyó la voz de Lucía a sus espaldas, diciendo: *Pobre, lo dejamos solo*, y después dirigiéndose a él directamente: *¿Estás bien ahí, en el suelo?*, con una voz lejana, ausente entrecortada, como si hubiese estado a punto de dormirse. Pero era más que seguro que no dormía, al contrario; las voces casi inaudibles, los movimientos, los ruidos, señalaban no sólo que no dormían, sino que estaban bien despiertos, aunque en una dimensión un poco diferente de la vigilia, que los alejaba de la vigilia tal vez más radicalmente que el sueño, creyendo liberar en un remolino sensible aquello que los definía de un modo más íntimo, cuando en realidad era lo que tenían de más exterior lo que tomaba posesión de ellos y los gobernaba. Hasta ese momento, Nula había creído que, a causa de esa risa agresiva que los ligaba, se abstenían de copular, dejándoles ese trabajo extenuante a los otros —una ilusión que, más tarde cuando lo pensaba mejor, le daba a la vez gracia y lástima de sí mismo. Estuvo unos minutos inmóvil, rígido, con la espalda apoyada en el borde de la cama, tratando de no oír los murmullos, las risitas y los gemidos, los chirridos y los crujidos de la cama, el susurro de las sábanas, pero cuando por fin Lucía empezó a emitir un sonido gutural, que iba creciendo de intensidad, se alejó en cuatro patas, como un gato, tratando de no hacer ruido, hasta llegar al pasillo donde se paró y salió casi corriendo en la penumbra de la casa que, al cabo de algunos meses, conocía de memoria. Aparte de la madrugada en que los había visto en Rosario desde un taxi, nunca más volvió a verlos a ninguno de los dos, hasta un mes atrás, más o menos, en marzo, cinco años después de aquella noche, cuando vio salir a Lucía, con su malla verde, de la pileta de natación, y cuando Gutiérrez, mirándola a su vez, le dijo: *No es lo que usted piensa. Es mi hija*. Después de los exámenes de marzo, Nula se quedó en Rosario pretextando que ya empezaban las clases y no quería volver a perder el año, y cuando venía los fines de semana a ver a la India, casi ni salía del departamento, y si lo hacía, nunca daba la vuelta a la manzana. Siempre tomaba la dirección

del centro. Después, por Cristina, a quien se cruzó una vez en la calle con su marido, durante el invierno, se enteró de que Lucía y Riera se habían instalado en Bahía Blanca. En octubre conoció a Diana, y se olvidó por completo de ellos; con Diana, todo parecía fácil y transparente. Por eso,

cuando quedó embarazada y le dijo que estaba dispuesta a abortar, Nula le contestó que era mejor que se casaran. Con el profesor de filosofía griega, habían estudiado durante el año el problema 30, I, atribuido a Aristóteles o a Teofrasto, donde se habla de las afinidades entre el vino, el sexo, la poesía y la filosofía —pasto común de los melancólicos— y como tenía que buscar un trabajo y justo estaba programado en el Hotel Iguazú un seminario de iniciación a la enología que ofrecía la posibilidad de obtener un empleo si los resultados eran positivos, se inscribió gracias a un préstamo de la India, y, un tiempo más tarde, después de un segundo cursillo que se hizo en Mendoza, le ofrecieron trabajo en Amigos del vino, de modo que al año siguiente, cuando nació Yussef, ya tenía con qué alimentarlo, y que para la época del nacimiento de Inés, él ya era uno de los vendedores principales de Amigos del vino, en todo caso, el único al que Américo le permitiría tomarse ciertas libertades con el reglamento. Y ahora está echado en la colchoneta, boca abajo, tostándose al sol, sintiendo el sudor que chorrea por los pliegues de su cara aplastada entre el dorso de las manos superpuestas en el borde de la colchoneta.

Secándose el sudor de la cara con el antebrazo, Nula se da vuelta y se pone boca arriba; en la altura, en el cielo azul que la luz intensa vuelve blanquecino, el sol, empezando a declinar desde el cenit, brilla llameante, metal en fusión amarilla que se astilla y desborda alrededor del núcleo circular en el que es imposible fijar la vista; cuando entorna los párpados, trae desde fuera, a la oscuridad rojiza que protege las pupilas, muchas manchas doradas que tardan en borrarse, agitadas y cambiantes, de la retina. Palpando el pasto, recoge la toalla y la vuelve a colocar sobre los genitales. Con los ojos entornados, la frente un poco arrugada, la boca entreabierta que deja ver los dientes apretados, su cara tiene una expresión de sufrimiento, pero no hay ningún pensamiento del que llegue a ser consciente en su interior, ni triste ni alegre, y su expresión le viene de estar tirado al sol, explotando su energía y al mismo tiempo soportando la llama que, indiferente, casi desdeñosa, lo socarra, pero que al menor descuido lo consumiría. Después de un rato, toma un trago de agua y, volcando un poco en la mano, se la echa en la cara; y después de dejar otra vez la jarra casi vacía a la sombra de la silla, vuelve a ponerse otra vez boca abajo. Pero no hace más de un minuto que está en esa posición cuando Diana reaparece,

limpia y vestida con su pollera floreada y su saco blanco de lino, cuyas solapas almidonadas disimulan el pecho prominente y se cruzan un poco más abajo de los bolsillos laterales, oblicuos, bastante bajos, que le permiten hundir el muñón en el costado izquierdo y mantener la cartera colgando del antebrazo. Las tiras superiores de las sandalias blancas, de tacos relativamente altos, se ciñen por encima del hueso, a los tobillos. En la mano trae el celular de Nula y un papelito blanco. Nula se da vuelta y, para incorporarse un poco, se apoya en los codos.

—¿Seguro que vas a trabajar? —dice.

Sin necesidad de que él continúe, Diana toma la pregunta, llena de sobreentendidos, como una opinión admirativa sobre su aspecto, y sonrío, condescendiente y enigmática.

—El día del juicio se sabrá —dice—. Te traigo el celular y el número de tus amigos en Bahía Blanca. —Y mirándolo en su desnudez algo desvalida, con el sudor que le ennegrece la cara y el calor que ha enrojecido partes de la piel, más las arrugas horizontales que por la posición del cuerpo a medio incorporar se le forman en el vientre, más el pene y los testículos que han desaparecido en el interior de un manto de piel blanda y amorfa que sobresale de los pelos enmarañados del pubis, más los muslos humedecidos por el sudor y las rodillas pétreas y en apariencia un poco más viejas que el resto del cuerpo, más los dedos del pie retorcidos y las plantas arrugadas y sucias, Diana observa—: Veo que ya estás listo para recibirlos.

Deja el papel sobre la silla y, aunque no hay un soplo de aire, le pone el celular encima para que no se vuele. Nula observa todos sus movimientos con una atención deliberada, excesiva. Sin mirarlo, ella sabe que él lo está haciendo y, cuando se incorpora, disimula una sonrisa. «Está contenta», piensa Nula. «Por las confidencias que acabo de hacerle tal vez. O tal vez la perspectiva de conocerlos el domingo le da también la posibilidad de conocerme mejor a mí, aunque ellos ya no cuenten.» Diana, sin decir palabra ni abandonar su aire misterioso, le dirige un adiós mudo agitando en el aire, con la palma vuelta hacia él, los dedos de la mano. Sin volverse a recostar, Nula se cubre otra vez los genitales con un movimiento distraído y la mira alejarse: la pollera floreada que se sacude encima de las rodillas, la espalda recta que ahora, desde los hombros hasta más abajo de la cintura, a causa del corte del saco de hilo, forma un rectángulo blanco que oculta la geometría verdadera del cuerpo, el trapecio invertido del torso, las semiesferas puntudas de las tetas, el triángulo oscuro del pubis, las caderas que, curvas y pronunciadas, se inflan, circulares, y que sacaron al mundo los dos animalitos indemnes que a esta hora deben estar durmiendo la siesta en

el jardín de infantes, a diferencia de ella que, por culpa del cordón umbilical enredado en su muñeca, está obligada a hundir el muñón en el bolsillo oblicuo del saco, dejando colgar del antebrazo la cartera de cuero. Una emoción inesperada lo embarga, una mezcla de afecto y de culpa, de aflicción y de alegría que por suerte dura unos segundos y después pasa, de modo que vuelve a recostarse boca arriba y, cerrando los ojos, trata de barrer los últimos residuos de esa emoción intolerable, que lo ha sacado, repentina, de su estado neutro, ni doloroso ni placentero, en el que se deslizan unos detrás de otros los minutos y las horas, los días y las semanas, los meses y los años. Por fin se calma, y el sudor que le toca de tanto en tanto sus labios tiene un sabor parecido al de las lágrimas. Sentándose sobre la colchoneta, recoge el celular y el papelito blanco y marca el número de Riera. La señal de llamada suena una sola vez y Riera atiende el teléfono.

—Me estaba por ir al consultorio. Creí que ya no llamabas —dice con su voz suave y afable, vagamente paternalista.

—¿Ya te informó de nuestro encuentro? —dice Nula—. Sigue bajo tu influjo a pesar de la separación.

—Primero y principal: no estamos separados sino alejados —dice Riera, sin perder para nada su afabilidad a pesar del tono severo de Nula—. Segundo: mi viaje ya estaba previsto desde hace tiempo para ir a ver al nene. No olvides que la semana que viene es Semana Santa. Y por último, ¡qué placer oírte después de tanto tiempo y qué encantadora es tu mujer! ¿Por qué desapareciste sin avisar, hijo de puta?

—No quise molestar. Parecían muy ocupados ustedes —dice Nula, reprimiendo una sonrisa.

—¿Ahora tengo que pedirte permiso para coger con mi mujer? —dice Riera, con obscenidad. Nula reconoce el matiz a pesar del tiempo transcurrido.

—Hay cosas más importantes que vos no... —dice Nula, pero Riera, jovial, agregando, adrede, vulgaridad a su pregunta precedente, lo interrumpe:

—¡Pajerías! —dice alzando un poco la voz—. Te lo dije mil veces: lo que es, es lo que está, lo que hay, lo que ocurre. Ni más, ni menos.

—Yo también lo dije mil veces: materialismo vulgar, o peor todavía, pragmatismo burgués —dice Nula, riéndose—. Estás en decadencia, Óscar.

Lo que es, es lo que está, ni más ni menos: el aforismo comprendía el monismo materialista de Riera (aunque él nunca lo hubiese llamado así), y Nula se lo ha oído proferir muchas veces en aquella época, para iniciar o para cerrar cualquier discusión, sin perder nunca su voz grave ni su

jovialidad. Una especie de euforia parece invadirlo cuando expresa esa convicción, como si el todo reducido a la tendencia primitiva, ingenua, de la materia para diversificarse a través de incontables combinaciones, revelara su simplicidad esencial, su sentido aprehensible en lo inmediato y en lo lejano, su previsibilidad mecánica, que facilita no únicamente la manera de vivir en el mundo físico, sino también, y sobre todo, en el de las cosas morales. (Esa concepción de Riera, que es tanto o más ingenua que el mundo al que la aplica, es para Nula su rasgo más envidiable.)

—Podrás reprochármelo personalmente. Mañana al mediodía estoy en la ciudad —dice Riera.

—¿Al mediodía? —pregunta Nula, incrédulo.

—Pego un salto a las ocho y media en Bahía Blanca, reboto a las once en Aeroparque, y a las doce, más o menos, aterrizo en Sauce Viejo —dice Riera.

—¿Voy a buscarte? —dice Nula.

—Lucía me va a estar esperando —dice Riera—. De todas maneras, nos vemos el domingo, viene tu mujer espero, y me quedo toda la semana. Tengo que ir corriendo al consultorio. Chau —y corta.

Nula desconecta el celular y lo conserva en el hueco de la mano, que sacude con distracción, perplejo por la conversación que acaba de tener y cuyos ecos siguen resonando todavía, vestigios empíricos que pierden poco a poco su fugacidad y, cristalizados, o fosilizados, como flores de la experiencia desecadas entre las páginas amarillentas de un libro, entran a ocupar algún lugar en el archivo oscuro de la memoria. Nula deja el teléfono sobre la silla y, tirando con descuido la toalla sobre el pasto se para, desnudo, dando unos pasos indecisos por el césped. El patio es un rectángulo de pasto verde, cerrado en el fondo y a los costados por una pared de ladrillos sin revocar lo bastante alta como para poder pasearse desnudo sin ser visto por los vecinos; un sendero curvo de lajas blancas divide en dos el rectángulo de césped; un triciclo volcado se recalienta al sol en el sendero, y sobre el césped un camioncito de plástico rojo cargado de hojas secas de palta parece esperar que alguien lo haga rodar; en las inmediaciones de las paredes crecen algunos árboles, un paraíso, una palta altísima, una lima y un limonero, pero también una estrella federal, un níspero, un laurel rosa. De pronto, una mariposa amarillenta aletea a un metro de distancia, como si, filtrándose por una grieta invisible del aire, apareciendo, hubiese pasado de la nada al ser, del exterior imposible del mundo al que Riera, sin la menor vacilación, confina en la inexistencia, a la interioridad viviente de la materia que se forma, densa y rugosa; aletea un

tiempo en la luz del día, y después, deshaciéndose, vuelve, oscura, a la molienda indiferenciada y fangosa.

Después de afeitarse por segunda vez en el día, bajo la ducha tibia, su mente, obnubilada por el sol, se despabila, de modo que Nula se demora un rato y, antes de salir, deja correr por su cuerpo una última lluvia espesa de agua fría; sus músculos se tensan, y mientras se seca, se siente enérgico, compacto, duro y se frota con vigor, abriendo la puerta del baño para que el vapor de la ducha tibia que empaña el espejo se disipe. Está algo más fresco fuera del baño, de modo que va a vestirse al dormitorio, descalzo, sin dejar de frotarse con la toalla para secar la humedad de la piel de la que ya no sabe si es agua o sudor. En el dormitorio, que en la penumbra está fresco de veras, siente con agrado que su piel se seca, y después de untarse las axilas con desodorante, empieza a vestirse con un cuidado especial, que no tiene nada que ver con la inauguración promocional de Amigos del vino, sino más bien con las promesas de otro orden que le prepara la noche. Se pone un traje tostado, liviano, sobre una camisa marfil de sport, de mangas cortas, sin corbata, y unos mocasines marrones, brillantes, y prescinde de ponerse medias. Los criterios locales de elegancia, más o menos vigentes desde cuarenta años atrás, adecuados para un hombre de clase media que trabaja en una actividad no exenta de ciertos rasgos de bohemia, como vendría a ser el comercio selectivo de vino y de otros productos gastronómicos, son respetados con escrupulosidad por Nula, pero sus veintinueve años, último eslabón simbólico antes de entrar para la eternidad en el estado adulto, le permiten ciertos toques de negligencia estudiada, exhibidos para el mundo en general, pero también para ciertas perspectivas particulares, nocturnas y secretas. Cuando está listo recoge llaves, la lapicera, cartera, tarjetas de crédito, unas monedas que estaban en la mesa de luz, el celular, la libreta de apuntes, un pañuelo limpio que pone en el bolsillo posterior derecho del pantalón, y dirigiéndose a su escritorio, enciende la computadora, buscando los fragmentos de Omar Kayam que, anoche, después de volver con Diana del bar de Amigos del vino donde estuvieron tomando unos tragos con Gabriela Barco, Tomatis, Soldi y Violeta, y de llevar a su casa a la muchacha que se había quedado hasta tarde para cuidar a los niños, a eso de la medianoche, terminó de pulir y pasar en limpio en la computadora, expurgados de toda alusión contradictoria con los postulados asépticos de las técnicas de venta, con la estrategia publicitaria, con la receptividad porosa y soñolienta de los consumidores. Si las ideas sobre el tema que le dan vuelta en la cabeza desde hace tiempo pudiesen expresarse con palabras en forma ordenada, el desarrollo sería más o menos el siguiente: *La*

ebriedad, objetivo principal del consumo de vino, no debe ser mencionada, aunque es por definición la razón de ser misma del vino; y la ebriedad empieza ya con la primera copa, de modo que sólo los hipócritas pretenden que hay que tomar con moderación. Entre el estado que procura el primer sorbo de vino y la inconsciencia final de la borrachera, no hay más que una diferencia de grado. Desde la primera copa, el otro, o lo otro —la otredad— que buscamos, aflora desde dentro en el único sitio en el que razonablemente puede encontrarse, es decir en nosotros mismos. El vino modifica, a la vez, al bebedor y al mundo. La nitidez sensorial provoca, provisoria, el olvido del abismo, permitiendo que se instale, casi enseguida, la alegría, la agudeza, la fuerza; importa poco que más tarde, con la segunda o tercera botella, la intranquilidad, la angustia, la confusión, el furor, vuelvan a tomar posesión del cuerpo y de la mente: la ebriedad otorga el don tan difícil de obtener, de ser al fin uno mismo. Sobrios, estamos como expulsados de nuestra vida interior; la ebriedad nos la restituye.

Es la única función del vino; y el alcohol es sagrado en todas las civilizaciones, salvo en la nuestra, donde, como todo el resto, se transformó en mercancía. Debe ser un rasgo del cristianismo, porque en Las mil y una noches, los comerciantes en vino son siempre cristianos. En vez de pretender desterrar la ebriedad del consumo del vino, habrá que admitir que en realidad existe la ebriedad sin vino, y que buscarla a través del vino constituye una búsqueda del propio ser, lo que la sobriedad por lo general oblitera. Lo más probable es que para no encontrarse con uno mismo se practique, en forma programática, la sobriedad. La ebriedad natural, sin coadyuvantes tóxicos, como el vino y otras drogas, también está mal vista. La locura, por ejemplo, puede ser considerada una especie de ebriedad causada por una combinación de agentes internos y exteriores. La mística es otra: por eso, los místicos, borrachos de la divinidad, son mal vistos en todas las religiones. Pero hay una ebriedad pasajera, no tóxica, que asalta al sujeto de un modo súbito, haciéndolo cambiar de estado y verse durante unos instantes y ver, a la vez, al mundo diferente, extraño, en un estado transitorio durante el cual lo banal se enaltece, lo familiar se vuelve remoto, y, lo desconocido, familiar. Esta ebriedad inmotivada, que puede causar exaltación o pánico, pone en contacto con la otredad tan buscada a través del vino, y por lo tanto es tan sospechosa como la otra, que el vino procura. La búsqueda deliberada de esa otredad de lo mismo que hay en uno y en el mundo, puede ser considerada como el ejercicio de una metafísica práctica. Y la toma de contacto con esa otredad, exaltante o

dolorosa, poco importa, como una experiencia mística pasajera. Nula saca la libreta de notas del bolsillo, depositándola sobre la mesa de trabajo y con una birome negra que retira de un cacharro, después de trazar una línea, un redondelito y otra línea sobre el renglón vacío para separar la nueva nota, de la anterior, medita durante unos segundos y escribe: *Concebir un dualismo materialista a partir de percepciones múltiples y contradictorias, en un solo individuo o en muchos: la otredad de lo mismo, como el anverso y el reverso de una lámina delgada, que si uno la da vuelta, reverso y anverso cambian de lugar, ocupando el del otro. Lo mismo transformándose, incesante, en lo otro.* Pero mientras escribe, lo asalta la duda de sí, temiendo haber sido traicionado por Lucía, no está vengándose de la confabulación irrisoria que les adjudica a ella y a Riera. Deja la birome en el cacharro, cierra la libreta, se la mete en el bolsillo interior del saco y, después de haber recogido el portafolios, pasando por el dormitorio para echarse una última mirada en el espejo, apaga la luz y, cruzando el living y el zaguán, frescos y en penumbra, abre la puerta y sale al sol de la vereda.

En dos días, la ciudad ha vuelto a instalarse en el verano que, si se juzga por el calor creciente, será intenso y quizás, por eso mismo, efímero; la lluvia de principios de semana, más el calor húmedo que trajo como consecuencia, le han dado vigor renovado a la vegetación; el agua lavó primero el follaje y, penetrando en la tierra durante dos noches y dos días consecutivos y casi completos, ayudó a la savia a alimentarse y subir hasta las ramas, distribuyéndose en cada extensión arborescente, hasta los extremos diminutos de los filamentos más escondidos y alejados del tronco, y de ese trayecto secreto y periódico entre la tierra y el agua, la luz y el aire, fue dejando al pasar un reguero de brotes rojizos o de un verde tierno, florcitas abiertas en un momento, ramas cargadas otra vez de hojas bien verdes, nuevas y duras. También la gente, en la calle, se ha dejado ganar por este suplemento de verano, y las veredas desiertas muestran que la prudencia de no asomarse a la calle hasta por lo menos después de las seis, cuando el sol empieza a bajar, es ya un reflejo en los habitantes de la ciudad que están siempre alertas, aunque haya terminado el verano, a las amenazas del calor. Los que se han aventurado afuera, en todo caso en las calles alejadas del centro, caminan a esta hora todos por la vereda oeste, la de la sombra, y si están obligados a cruzar, lo hacen a último momento sin arriesgarse a caminar demasiado tiempo al sol. Cuando arranca, el aire acondicionado empieza a zumbar, y Nula avanza despacio por la calle vacía, sin alejarse mucho del cordón, indeciso todavía acerca del camino que va a elegir para llegar al hipermercado: como lo separa de su casa un espacio que

podría coincidir con la superficie de un triángulo rectángulo, las dos opciones más directas que se presentan desde su casa, son la de recorrer los catetos, es decir derecho hasta el bulevar, doblar hacia el este y recorrer todo el bulevar hacia el este, cruzar el puente y seguir por la autopista recta que prolonga en cierto modo el bulevar hasta el súpercenter e incluso más allá, hasta La Guardia y el cruce a Paraná, o bien optar por la hipotenusa, es decir la avenida del Puerto, que une el centro de la ciudad con el puente sobre la laguna, para lo cual tendría que doblar hacia el este en la primera esquina. Al fin decide doblar, pero en lugar de ir directamente a la avenida del Puerto, como todavía falta bastante para las cinco, resuelve cruzar por las calles del centro, de modo que, un poco al azar, siguiendo la inspiración del momento, va doblando en ciertas esquinas, siempre hacia el norte o hacia el este, internándose en el centro que, a decir verdad, para un día soleado de abril, alrededor de las cuatro y media, está bastante desierto. Como el horario comercial de otoño ya está en vigencia, los negocios permanecen abiertos, pero todavía siguen vacíos; y de los colectivos que vienen de los barrios, y que avanzan casi a paso de hombre, unos detrás de otros, en ciertas calles, baja muy poca gente. Nula sabe que no es únicamente el calor lo que ralea al público en el centro, sino el súpercenter, que, si bien está bastante desierto los primeros días de la semana, desde el viernes hasta el domingo se convierte en la atracción principal de la región.

Cuando entra en la avenida del Puerto acelera un poco, pasa a un par de camiones —el segundo, rojo, tiene pintada en la parte de atrás del acoplado, en grandes letras negras de imprenta VISITE HELVECIA, CAPITAL DEL AMARILLO-, y se adelanta, solo, en dirección al puente. Saliendo del puente hacia la autopista, por el hueco que ha dejado la mitad del puente colgante al derrumbarse durante una de las últimas inundaciones grandes, echa una mirada fugaz al gran círculo de agua de la laguna, que ha estado contemplando a la mañana desde el bar desierto, en Guadalupe, y, aunque ahora la superficie, en toda su extensión, vista desde la distancia parece hecha de una sustancia luminosa y quebradiza, discontinua, el color de la luz ha cambiado desde la mañana. Más acá, en la orilla opuesta a la costanera, en el balneario de Piedras Blancas, que estaba vacío en las últimas semanas, algunos bañistas chapotean en el agua y otros, estirados en la arena, se doran al sol. La break achatada, color verde oscuro, comprada de segunda mano hace un par de años con plata ganada gracias al negocio del vino, deja atrás el puente carretero y acelerando, empieza a rodar por el camino de asfalto de cuatro manos al que le dicen la *autopista*, y que durante tres o cuatro kilómetros, va estrechándose hasta bifurcar a la

derecha hacia Paraná, y hacia el este, por el camino de la costa. Pero el hipermercado está ahí nomás, apenas a un kilómetro del puente, a la derecha del camino.

Aunque el estacionamiento no está todavía completo, tiene que dar un par de vueltas antes de estacionar, porque en las tres o cuatro hileras más cercanas a la entrada principal no queda un solo lugar libre. Muchos autos de afuera suelen estar estacionados desde la mañana, mientras sus ocupantes realizan diligencias en el centro de la ciudad, dejando las compras en el *súpercenter*, el cine y otras actividades para el final de la tarde, e incluso para la noche —los viernes el hipermercado cierra a las diez— terminando la agitación del día con una cena, antes de retomar la ruta para volver a los pueblos o las ciudades de los que proceden. A los especialistas que instalaron el *súpercenter* —la sociedad autónoma a la que pertenece debe tener la sede comercial en los Estados Unidos, en Europa, en Suiza por ejemplo, o en algún otro paraíso fiscal como Montecarlo, Luxemburgo o las islas Caimán— no les preocupó para nada el suelo pantanoso sobre el que lo construyeron: después de todo, Venecia y San Petersburgo también están construidas sobre pantanos y hasta ahora, mal que bien, resisten sin hundirse. El cuidado principal en lo relativo al *súpercenter* fue encontrar el punto estratégico al que la clientela pudiese convergir desde muchos sectores de la zona, porque aunque un par de líneas de colectivos de la ciudad prolongaron su trayecto por primera vez en la historia del transporte urbano local, cruzando el río, los habitantes de la ciudad caerían en un error grosero si creyesen que el *súpercenter* les está exclusivamente destinado. Los estrategas pensaron atraer, y lo consiguieron, clientes que vinieran de hasta sesenta o setenta kilómetros, e incluso un poco más, por el camino de la costa, la ruta que bordea hacia el norte la orilla oeste del Paraná y de sus afluentes, pero también, cruzando el puente sobre el Colastiné y el túnel subfluvial, a unos pocos kilómetros del cruce carretero, los de la provincia de Entre Ríos, en la orilla este, no sólo de la capital, Paraná, sino también de ciudades importantes al sur y al este de la capital. Del otro lado de la ciudad, al norte, al sur y, sobre todo al oeste, los pueblos y las ciudades de la llanura mandan también los fines de semana su procesión de fieles. Todas las clases sociales envían sus delegaciones; todos los que tienen algo para gastar, por poco que sea, vienen a gastarlo al *súpercenter*, donde hasta la más íntima de las necesidades parece estar prevista, ya que el hipermercado tiende a suplantar, incorporándolas a su esencia, todas las ramas, grandes y chicas, del comercio. Cada nuevo producto que aparece en el mercado, encuentra su lugar, y a diferencia del comercio minorista especializado, en el *súpercenter*

cada novedad es como un número nuevo que se incorpora a un espectáculo. Cuando, por ejemplo, aparecen endivias en la verdulería, los clientes lo comentan, regocijados; y cuando un producto habitualmente presente en el surtido falta, sopla como se dice en la clientela un viento de consternación, por no decir de pánico. En cuanto a los que no tienen nada para gastar, que son casi la mayoría, también a ellos el hipermercado les tiene preparada una fiesta: de tanto en tanto, cansados de ver el circo desde afuera, lo toman por asalto, intentan demolerlo con aplicación, y por último lo saquean.

Antes de bajar del coche, Nula saca del portafolios la copia de los versos de Omar Kayam y, doblando con cuidado las hojas blancas por la mitad, las guarda en el bolsillo lateral del saco. Mientras atraviesa el estacionamiento, desde la sexta fila paralela a la entrada, el sol parece golpear más fuerte que a la hora de la siesta, a causa tal vez de la sensación de calor acrecentada por el asfalto recalentado, sobre el que su sombra dócil, siguiéndolo a un costado y reducida por la posición del sol en el cielo sin nubes, silueta nítida y bien dibujada, se proyecta. Y cuando ingresa en la frescura del local, con el cambio habitual de ambiente, al que además del aire acondicionado el ininterrumpido fondo meloso de música de películas —*El amor es una cosa maravillosa*, ahora— contribuye a crear, Nula recuerda, como cada vez que entra, la sensación del paso del aire al agua cuando, en la adolescencia, zambulléndose en el río desde el trampolín flotante del club de Regatas, entraba en el medio subacuático, totalmente distinto del terrestre. Pero enseguida, a la izquierda de la entrada, una pequeña muchedumbre, entre sumisa y tumultuosa, le llama la atención: una cola inestable, que se forma y se deshace, a raíz de la impaciencia y de la agitación contenida de los que la componen, hombres en su mayoría, pero también algunas mujeres, adolescentes y niños, a juzgar por la vestimenta, de clases sociales diferentes, hace que Nula se pregunte qué nuevo producto mágico es capaz de producir esta conciliación de clases, de sexos y de generaciones, igualados por el denominador común de un mismo apetito. Al parecer, ciertas irregularidades esporádicas de comportamiento, motivadas por la impaciencia e incluso la ansiedad en algunos de los que la forman, producen los tumultos pasajeros que desarman la cola, pero que las protestas enérgicas surgidas de la muchedumbre vuelven a formar. Nula se acerca a un hombre maduro, de piel oscura, que observa la escena con calma displicente y vagamente desdeñosa.

—¿Qué venden? —dice Nula.

—Entradas para el partido del domingo —dice el hombre, sin siquiera girar la cabeza para mirar la cara del que le ha dirigido la pregunta,

concentrado como está en estudiar el comportamiento de la gente, tal vez con la intención de aprovechar ese estudio en su favor, para procurarse un lugar ventajoso en la cola, o simplemente con el desinterés filosófico de quien corrobora en la escena cierta concepción ya adquirida de la especie humana. Nula vacila un momento, observando a su vez a la gente que se arremolina ante la entrada de un cuartito, y después vuelve atrás unos pasos, hacia un corredor vacío, y sacando el móvil del bolsillo, marca un número y espera unos segundos que lo atiendan.

—Buenas tardes —dice—. Soy el señor Anoch, de Amigos del vino. ¿La señora Virginia se encuentra por favor?

—Un momento —dice una voz femenina. Y después de unos segundos—: Está reunida. ¿Puede esperarla diez minutos en el autoservicio?

—Cómo no —dice Nula.

La voz del otro lado dice *gracias* y corta la comunicación. En el autoservicio hay poca gente por ahora; los clientes parecen preferir por ser más claros y más aptos para el consumo liviano, los dos bares del hipermercado, uno en cada punta del local, el más alejado, cercano al locutorio telefónico y el primero, un poco antes de la entrada del sector de alimentación, en un corredor ancho en el que hay una concesionaria de automóviles y, enfrente, unos metros antes del bar-cafetería, una agencia de viajes y un negocio de calzado deportivo. Sin proponérselo ni advertirlo, Nula se sienta a la misma mesa, en la misma silla, y en la misma posición en que lo hizo el miércoles, a su vuelta de Paraná. No ha terminado casi de sentarse y ya un detalle en el que no había pensado hasta ahora, lo deja perplejo un minuto e incluso, con levedad aunque con insistencia, en forma intermitente desde luego, lo atormenta: el arrullo de paloma, gutural, creciendo en frecuencia y en intensidad a medida que el paroxismo se acercaba; ese arrullo salvaje y tierno a la vez que iba saliendo, ronco, del pecho de Lucía, aquella noche en que él había decidido salir para siempre de sus vidas, en cuatro patas y casi en lágrimas, desde el dormitorio; ese arrullo que, desde el living, al escucharlo por última vez, parecía haberse transformado en rugido, antes de ayer a la tarde, en Paraná, no lo había oído, no había salido ningún ruido del pecho de Lucía; tal vez ella había ceñido su cuerpo más fuertemente con sus brazos en el momento en que él, estremeciéndose, acababa, pero en ella la señal inequívoca del placer del otro, más distante del cuerpo propio que las estrellas remotas, la furia impotente y dolorosa del deseo llegando al punto extremo de su incandescencia y de su anulación momentánea, la evidencia sonora subiendo desde la selva oscura de los órganos, había permanecido muda durante la

pantomima calculada y desenvuelta. «¡Y yo que me sentía culpable! Es por él que ella actúa, piensa, y respira. A distancia, él la dirige, como a un robot por control remoto. Están más que unidos; son una sola entidad en dos cuerpos separados.» Una humillación tenue lo asalta y, casi de inmediato, un alivio maltrecho y resignado. Acordándose de que está en un autoservicio, se levanta y, dirigiéndose al corredor, separado de la sala por una baranda de metal de un metro de altura, que se abre, paralelo a todo lo largo de los estantes, refrigerados o no, exhibiendo comestibles y bebidas, elige un agua mineral con gas, y después de pagarla y hacerla destapar por la cajera, pone en un vaso alto varios cubitos de hielo y una tajada de limón que recoge con una pinza de metal de un recipiente y, llegando al final de la pasarela, empieza a atravesar la sala silenciosa entre las mesas vacías en dirección a su mesa. A mitad de camino se detiene, se sirve un chorrito de agua mineral, sacude un poco el vaso, y se toma el agua. Y mientras está tomándola, se le presenta, como un fogonazo de sentido, la siguiente evidencia que, en palabras, podría resumirse más o menos así: *Todo es probablemente real, pero si a veces lo concebimos como irreal, es porque lo consideramos transitorio. Únicamente a los sueños los vivimos como absolutos, y de la realidad sabemos que es relativa y transitoria. Así que mientras soñamos, creemos más en la realidad del sueño que lo que creemos en la vigilia de la realidad del mundo.*

Cuando Virginia entra en el autoservicio, Nula mira la hora en su reloj pulsera: son las cinco menos diez. Ella avanza entre las mesas, vestida de hilo amarillo, tan esbelta, firme, bella y decidida, que, aunque parece encarnar el principio femenino por excelencia, la energía que emana de ella tiene algo de viril, que Nula intuye como vagamente superior a sus fuerzas y como ingobernable. Nula se incorpora y se queda parado, esperándola.

—Qué puntual —dice Virginia.

—Por volver a verla, llegaría con horas de anticipación —dice Nula.

—Por favor, lugares comunes no —dice Virginia.

—¿Quiere tomar algo? —dice Nula.

—No tenemos tiempo, van a ser las cinco —dice Virginia.

—¿Se acuerda de que íbamos a cenar juntos esta noche si todo salía bien? —dice Nula.

—Por supuesto —dice Virginia—. Y si sale para el diablo lo mismo. ¿Le parece bien encontrarnos en el Déjà vu, el barcito que está del otro lado del bulevar, enfrente de la Alianza Francesa, a las nueve y cuarto? Yo termino a las ocho, así me queda tiempo para ir a cambiarme.

—Me parece excelente —dice Nula. Y hace una pequeña reverencia

paródica, que genera en Virginia una risa súbita, gozosa y sorprendida—. No cambie demasiado, por favor, que así está perfecta.

Virginia sacude la cabeza, excedida, y espera que él dé la vuelta a la mesa y se ponga a su lado para empezar a caminar. Cuando salen al pasillo la música se interrumpe y una voz masculina interfiere en el flujo sonoro que es propalado y audible hasta en los rincones más alejados del hipermercado: *Dos buenas noticias: una para la gente menuda y otra para los mayores de dieciocho. En la sección juguetes,*

sorteo de una pelota de fútbol, con motivo del clásico del domingo; sin obligación de compra los bonos de la rifa se retiran en todas las cajas del híper. Para los grandes, a partir de los diecisiete y durante toda una semana en la sección bebidas, degustación gratuita propuesta por los prestigiosos Amigos del vino, que presentan para los paladares selectos una nueva gama de tintos y de blancos, a precios moderados pensados para beneficiar a la clientela exigente de los hipermercados Warden —la voz se interrumpe, el volumen de la música va elevándose de a poco para ocupar, ella sola, el espacio sonoro.

—¿Qué le pareció? —dice Virginia.

—Exactamente lo que esperábamos —dice Nula.

Cuando están llegando al cruce en el que han instalado el stand, Nula alcanza a ver a Américo y la Chela que se acercan en la misma dirección que Virginia y él, pero en sentido opuesto, de modo que cuando van llegando para reunirse, Nula alza el brazo mostrando su reloj pulsera y sacudiendo con admiración exagerada la cabeza.

—¡Qué exactitud! —dice, cuando llega.

Y Américo, con solemnidad digna y fingida, pontifica:

—La puntualidad es la cortesía de los reyes.

Quedan los cuatro mirándose y sonriendo.

—La señora Virginia, que dirige la parte de bebidas de la casa Warden. Américo, mi jefe admirado y respetado, procónsul para la región nordeste de los mejores vinos argentinos, y Chela, su exquisita esposa —dice Nula.

—Señora Virginia, encantado —dice Américo dándole un apretón de manos a Virginia mientras señala a Nula con el índice de la mano libre—. Pero créame, a este jovencuelo no le compre jamás un auto usado.

Los cuatro se ríen y se acercan al stand. Dos chicas vestidas igual —una blusita blanca de mangas cortas y una pollera verde claro plisada— están paradas una a cada lado del stand, que es un mostradorcito estrecho desmontable, de cuyos extremos suben, verticales, dos varillas de metal que

sostienen una banda de madera terciada pintada de un color verde semejante al de las polleras, en la que hay un racimo dibujado en un extremo y la leyenda Amigos del vino, degustación. En un baldecito con hielo hay dos botellas abiertas de vino blanco y, sobre el mostrador, dos de tinto, más varias hileras de vasitos de plástico y una pila de prospectos coloridos. Detrás del stand, todas las estanterías están llenas de botellas de blanco y de tinto, que se diferencian únicamente por el color de la etiqueta. Chela se acerca a las chicas y les da un beso en la mejilla a cada una.

—Coraje, chicas, que dura una semana solamente —dice.

—A ver, Américo —dice Nula—. Unas palabras como obertura.

—No olviden que Amigos del vino no es una secta, sino una religión revelada —dice Américo.

—Justamente —dice Nula—, aquí te traigo los fragmentos escogidos de un místico sin Dios: el divino Omar.

Metiendo la mano en el bolsillo lateral del saco, extrae las hojas blancas cuidadosamente dobladas y se las entrega.

—Con esto, no nos para nadie —dice Américo; y los mete a su vez en el bolsillo lateral de su propio saco. Después dirigiéndose a Virginia, dice: —¿Ha probado nuestro producto, señora?

—Por supuesto. En bambalinas la semana pasada. Es de calidad. Si no, no estaría aquí.

Desembocando del corredor transversal, hace su aparición repentina Moro, el agente inmobiliario.

—Morito —dice Américo, que lo conoce desde el secundario y que lo puso en uno de los primeros lugares en la lista de clientes seguros que le suministró a Nula cuando debutó como vendedor.

—Américo —dice Moro. Y dirigiéndose a los demás, advierte con ironía—: Oí por los altoparlantes que anunciaban *el* evento y decidí darme una vuelta. Hice bien en venir, si está el capo máximo en persona.

Una de las chicas se acerca:

—¿El señor desea probar?

Indeciso, Moro parece interrogar con la mirada primero a Américo, después a Nula, los dos expertos que lo aconsejan para sus compras de vino.

—Es un producto de calidad —afirma Américo con expresión grave, que se acentúa incluso cuando explica la filosofía de la operación promocional que se está realizando—. Queremos terminar con el escándalo de que en una sociedad democrática los vinos de mesa que están al alcance de todos los bolsillos resulten siempre de pésima calidad.

—¿Y usted, Nula? —dice Moro.

—No pienso hacerme el harakiri llevándole la contra a mi jefe —dice Nula; satisfecho de oír la risa de los demás, y sobre todo la de Virginia, que ha sonado vagamente sorprendida y algo más fuerte que la de los otros. Pero agrega, en tono confidencial, haciéndole una seña a la chica al mismo tiempo—: Pruebe el blanco y después nos cuenta.

—¿Por qué no? —dice Moro.

La chica saca una de las botellas de vino blanco del balde con hielo, sirve un chorrito de vino en uno de los vasos de plástico y se lo extiende.

—¿Alguien más desea degustar? —dice la chica.

—Yo me reservo para más tarde —dice Virginia, frase en apariencia inocente, que Nula interpreta como dirigida a él rebotando de sobreentendidos. Y agrega—: Tengo que volver a mi oficina. Los viernes estamos locos de trabajo. Considérense como en su casa.

Viéndola alejarse, con su belleza, exacta y atrayente, el cuerpo firme cubierto de una tela amarilla, elevado en los tacos altos que resuenan cuando da los primeros pasos por el corredor de la sección bebidas antes de perderse, a medida que se aleja en el rumor de fondo del hipermercado, Moro se queda inmóvil, con la copita de plástico en la mano, llena hasta la mitad de un vino tan amarillo como la ropa de Virginia.

—Pruebe que se le va calentar —le dice Américo al mismo tiempo que busca, infructuosamente, con los ojos que chispean de malicia, la mirada de Nula que se ha quedado inmóvil adoptando una expresión calculada de indiferencia.

Moro levanta la copita de plástico intentando ver el color del vino al trasluz; pero el plástico no es lo bastante transparente como para mostrar con nitidez lo que hay en el interior, de manera que Moro se resigna a bajar la mano y a observar el vino a través de la abertura circular de la copa. Después, con lentitud, la lleva hacia los labios, pero antes de permitir al borde de plástico tocarlos, detiene el movimiento y acerca con discreción la nariz al contenido. Bajo la mirada expectante y curiosa de Chela, de la chica que acaba de servirle (la otra, curiosa de ver lo que pasa en el resto del híper, ni siquiera le presta atención), de Américo y de Nula, Moro toma el primer sorbo y, sin tragarlo de inmediato, lo retiene detrás de los dientes, intentando elevarlo hasta el paladar, haciéndolo murmurar ligeramente, entornando los ojos, hasta que por fin lo traga, sacudiendo con seriedad aprobatoria la cabeza, concentrado todavía, un poco demasiado a juicio de Nula, que considera que Moro, si hubiese estado solo probando el vino, no se hubiese sentido obligado a connotar de manera tan excesiva su experiencia gustativa que, de todas maneras, aun para él, Nula, y para

Américo, que conocen ese vino de memoria por haberlo probado ya muchas veces antes de decidirse a comercializarlo, sigue y seguirá siendo hasta el fin de los tiempos, única, incomunicable y remota. Olvidándose del vino, Nula piensa: «Moro fue el primero que vio a Gutiérrez cuando volvió a la ciudad sin advertir de su venida a ninguno de sus amigos». Fue a esperarlo al aeropuerto de Sauce Viejo, lo llevó a la casa de Rincón que el doctor Russo se hizo construir a todo lujo con los créditos fraudulentos del Banco que entre el doctor y sus amigos, con tantos negocios turbios, terminaron por llevar a la quiebra, y cuando él, Moro, el hombre que en este momento está tomando el segundo trago de vino blanco que hace durar adrede para clasificar del modo más exacto posible los datos fugitivos de la experiencia; el hombre que por cuenta de una agencia inmobiliaria de Buenos Aires contribuyó a venderle la casa y permitió que Nula viera a Lucía, después de cinco años, saliendo de la pileta de natación con su malla enteriza de un verde claro fluorescente; le propuso a Gutiérrez, por recomendación de la agencia de Buenos Aires, ir a comer pescado al restaurante de lujo de Guadalupe; Gutiérrez prefirió ir a la parrilla San Lorenzo que había estado de moda probablemente a fines de los años cincuenta, y que Nula conocía porque, cuando estaba terminando el secundario, solía ir de tanto en tanto con algunos amigos a agarrarse alguna que otra borrachera. Moro le había ido mostrando una a una las dependencias de la casa abandonada y Gutiérrez las había atravesado casi corriendo, pensando no en el estado de los materiales, corroídos prematuramente por el abandono y por la humedad, o en el precio que le proponían, que ni siquiera discutió y que podía haber bajado mucho porque había muy pocos que se interesaban en la casa y casi ninguno tenía los medios para comprársela, sino en fantasmas que, probablemente desde hacía décadas, venía proyectando instalar en ella. *Las casas de esta ciudad*, le había dicho Moro un día en que Nula le había ido a vender vino, *que mi familia compra y vende o alquila desde hace tres generaciones son el resultado de un compromiso entre los caprichos del propietario y los caprichos del arquitecto, afortunadamente constreñidos a cierta dosis de realismo por las leyes de la economía y los edictos municipales*, de modo que en un hombre capaz de emitir un juicio tan exacto y desengañado sobre lo que está obligado a vender, la apreciación más bien mansa, condolidada que hizo de Gutiérrez el día que lo vio por primera vez, acerca de que parecía vivir en una dimensión diferente del resto del mundo, inspiraba más bien confianza.

—Está muy bien —dice Moro, después de tragar el segundo sorbo de vino con los ojos entornados.

—¿Desea degustar el tinto? —dice la chica.

—No. Así está bien —dice Moro.

—Hagamos mejor las cosas —le dice Américo a la chica—. Dale una botella de tinto para que se lleve. Hacele un vale para la caja. —Y dirigiéndose a Moro—: Con ese vale, te van a dejar pasar. Refrescala un poquito a la botella antes de tomarla. Con unos *tagliolini* al tuco va a quedar muy bien.

Mientras Nula y la Chela oyen las recomendaciones de Américo, sus miradas se cruzan, discretas y chispeantes, divirtiéndose ante el celo, imperceptiblemente teatral, con el que Américo despliega sus talentos comerciales. Moro recoge la botella y el vale y está por despedirse, cuando una mujer de cierta edad se precipita hacia Nula y lo aborda súbitamente:

—¿Vos sos el nene de la India Calabrese? —dice en voz demasiado alta y perentoria.

Todos se inmovilizan, sorprendidos, y Nula parpadea varias veces vacilando antes de responder:

—No. Yo fui ciertamente ese nene. Hoy no sé qué decirle.

Aunque Moro, Américo y Chela se echan a reír al escuchar la respuesta, la mujer sigue seria, y por fin se presenta.

—Yo soy Affife, ¿te acordás? Fui amiga de tu papá y de tu mamá, pero después me fui a vivir a Córdoba.

—¡Affife, claro! —dice Nula, y le da un beso en la mejilla.

—Me voy corriendo al cine, que está por empezar. Dale un beso a la India de mi parte —y dobla casi corriendo el cruce, para desaparecer por el corredor transversal en dirección a las cajas.

—Me tuvo en sus rodillas cuando era chico —dice Nula, justificándose.

Pero Moro y Américo ya no le prestan atención, y Chela se acerca a las chicas del stand con la intención de hablar con ellas. Después de la ida de Moro, como empiezan a llegar algunas personas a probar el vino —por los altoparlantes la voz masculina interrumpiendo la música ha vuelto a anunciar dos veces la presencia del stand—, Américo propone a Nula y a Chela ir a tomar algo a uno de los dos bares, pero Chela dice que prefiere dar una vuelta por el híper a curiosear un poco, y les da cita para las seis y media en el stand. Van al bar cercano a los locutorios, porque es el más tranquilo y el más claro, aunque la muchedumbre va en aumento, y si bien todavía quedan algunas mesas libres, cuando a las seis y media se levantan para ir a encontrarse con Chela, ya habrá gente esperando en la entrada que se desocupe alguna mesa. Mientras toman un agua mineral, Américo, medio

en broma, medio en serio, le dice a Nula que se ande con cuidado, que mezclar los negocios con el placer, máxime cuando se es un hombre casado, puede resultar peligroso. Nula pretende ignorar las razones de esa advertencia, pero Américo, a quien le gustan las observaciones psicológicas y los distingos finos y argumentados, que practica como otros la pesca de los domingos o el teatro vocacional, lo interrumpe:

—Te observé cuando estabas con ella: es evidente que te estás trayendo algo entre manos. De lo contrario, hubieses hecho algún comentario cuando se fue. No se te movió un músculo; ni siquiera te despediste de ella ni te diste vuelta. Tanta prescindencia de tu parte sólo puede explicarse porque te parecía prudente no llamar la atención. A ver: ¿ya le sacaste una cita? ¿Para cuándo?

Américo. Es una madre de familia. Me tenés en un concepto equivocado —dice Nula, consciente de que cada una de sus palabras ha sido seleccionada para que suene falsa, dándole a entender de esa manera a Américo que reconoce la verdad de su observación, pero que no puede declararlo de un modo directo, lo cual satisface a Américo, para quien la deducción y el interrogatorio no obedecen a razones morales, sino más bien deportivas. *Eso yo no me lo trago*, dice Américo, agitando en el aire un dedo índice grueso y cubierto de vello en el dorso hasta la falangeta, y, enseguida, sin transición, empieza a hablar de negocios: con ciento veinte botellas más o menos que se vendan en el hipermercado, se cubrirían todos los gastos de la operación promocional y quedaría algún beneficio. Nula lo escucha con placer: desde hace cierto tiempo, los negocios, por momentos, le producen un placer semejante al que está experimentando ahora, un placer que proviene de una sensación de seguridad, de abandono, de entrega al mundo. Ese placer lo asalta con atisbos de felicidad y la primera vez que lo sintió, inesperado y repentino, le llevó cierto tiempo analizarlo retrospectivamente, hasta que entendió que ese dejarse vivir lo ponía de parte del mundo, lo incorporaba a él, recuperando, durante algunos segundos, una unidad que el pensamiento, la razón, la filosofía, postulaban desde el principio como perdida. Como Diógenes el cínico refutaba las paradojas de Zenón caminando, él podía a veces refutar la contradicción entre el ser y el devenir, así nomás, *siendo*. Pero sabe que eso no dura: si alguna vez llegase a olvidar la filosofía y a entregarse, ciego y definitivo, a la supuesta espontaneidad del mundo, tarde o temprano, el tormento, la división, obligándolo a recomenzar, lo alcanzarían. Y esa idea un poco literaria y por otra parte, bastante ingenua, se despliega en una visión pormenorizada de su propia vida futura de comerciante en vinos, en la que

habiendo abandonado por completo sus reflexiones, sus notas, sus lecturas, *adicto ya irrecuperable al opio del mero ser*, según la expresión que encuentra en medio de las imágenes para definir su nueva condición, alcanza, por decirlo de alguna manera, una existencia confinada para siempre en lo exterior: un padre de familia, viajante de comercio, con una esposa diseñadora gráfica; con los años, Américo se retira y él, que se ha asociado con Américo después de cierto tiempo, pasa a ser el nuevo patrón de la sucursal. Diana por su parte, que a causa de su trabajo en la agencia, se verá obligada a abandonar la pintura, será una buena diseñadora, requerida a menudo por publicitarios de Buenos Aires y, cuando los chicos se hagan más grandes, él y Diana empezarán a viajar regularmente a Buenos Aires, a Rosario, e incluso al extranjero. Él deberá desplazarse cada vez más seguido y por más tiempo, no solamente a Buenos Aires, y sobre todo a Mendoza, sino también al Paraguay, a Corrientes, al Chaco. Frecuentará las ferias internacionales de vino en Europa, en Nueva Zelanda. Los chicos terminarán sus estudios, se casarán, tendrán hijos a su vez; él y Diana quedarán solos en la casa; la India y los padres de Diana ya se habrán muerto para ese entonces. Se jubilarán y los días les parecerán interminables; errarán sin finalidad, en pantuflas, por la casa vacía, y por fin prenderán la televisión y al rato se dormirán dejándola encendida, hasta que la sirvienta la apague y los lleve a acostarse. Desde muchos años antes, ya no habrá más libros en la casa, aparte de una pequeña colección de obritas sobre el vino, recetas de cocina, tratados de diseño gráfico, y algunos libros de pintura, que le servirán a Diana de tanto en tanto para sacar ideas que utilizará en su trabajo. Nunca más Diana expondrá sus ideas sobre *el mundo real* como *forma abstracta*, y él, Nula, ya se habrá olvidado hasta de la existencia misma de la adivinanza que Gabriela Barco le propuso anoche en el barcito de Amigos del vino, y a la que él respondió inmediatamente: *Timeo*, 27: «¿Qué es lo que es siempre y jamás deviene, qué es lo que siempre deviene y nunca es?». Todo habrá concluido, pero sin que sepan bien por qué, a ellos les parecerá inconcluso; desde fuera, sus vidas darán la impresión de haber sido confortablemente logradas, pero ellos, de un modo continuo, serán hostigados en secreto por una inquietud sorda y constante; muchos pensarán de ellos que en la vejez exhiben una serenidad envidiable, pero ellos vivirán en una especie de aturdimiento monótono y tendrán la sensación de estar hundiéndose en un magma animal. Más tarde, aunque seguirán juntos, se olvidarán primero del nombre, y después, aunque estén sentados todo el día en el mismo sofá, hasta de la existencia misma del otro; ya no reconocerán las caras de sus hijos, de sus nietos, cuando se inclinen

hacia ellos para darles un beso fugaz en la mejilla. Y por fin, una tarde, una noche, un amanecer probablemente, en verano, en invierno, da lo mismo, todo terminará.

—No me estás escuchando —dice la voz de Américo—. ¿Te pasa algo?

—No —dice Nula, emitiendo una sonrisita apagada, lejana—. No me resigno a que hayas dudado de mis intenciones acerca de la señora Virginia. Eso es todo.

—Sigo nomás sin tragármelo —dice Américo, y barriendo el aire con el dorso velludo de la mano, decide continuar: un vino común de calidad fraccionado por estos lados y no en la región de producción, sería un buen negocio en la actualidad, porque en este país el gusto por el vino ha existido siempre, pero a fuerza de embotellar cualquier brebaje infame, el cliente sin muchos recursos después de todas las crisis que han tenido lugar, ha dejado de tomar vino y prefiere, sobre todo en los meses de calor, una buena cerveza helada. Los vinos buenos son demasiado caros y los baratos demasiado malos. El producto que falta, entonces, es ése, dice Américo señalando, con un ademán enérgico pero vago, un punto impreciso en el interior del hipermercado, más allá de las cajas, y, a pesar de la vaguedad del movimiento, Nula se representa el cruce en la sección bebidas donde está instalado el stand promocional, con las botellas bien alineadas de tinto y de blanco, que se distinguen claramente desde lejos, porque la etiqueta del tinto es roja y la del blanco de un verde pálido. El momento de felicidad se ha esfumado, y el comercio ya no le ofrece el reparo de un mundo sin reflexión, de modo que escucha las ideas de Américo con escepticismo: en primer lugar, después de su experiencia con el vino Aconcagua —*la cúspide de los vinos de mesa*, como decía en la época una publicidad radial—, Chela no volverá a permitir que Américo intente instalar por su cuenta una fraccionadora y, a su juicio (el de él, el de Nula), es más provechoso y menos arriesgado el arreglo de Américo con Amigos del vino, porque tiene además el apoyo del propietario, de quien efectivamente es amigo y lo ha incorporado a la firma en condiciones especialmente ventajosas. Por otra parte, los vinos caros dejan mejor margen de ganancia.

—Para qué querés instalar una fraccionadora de vino común —dice Nula—, si los vinos finos dejan mejor margen y los riesgos los corre la casa central. Para nosotros, todo es ganancia, vamos regalados.

—A vos te falta el sentido social del comercio —dice Américo, emitiendo una sonrisa arrobadora que acompaña un movimiento lento de la cabeza, a los costados y a la vez ligeramente hacia arriba, con los ojos

entornados, destinado a connotar lo sublime—. Echaremos a latigazos a los mercaderes del templo.

Como si hubiese sido un efecto calculado, la música de fondo, que venía siendo *Rififí*, se interrumpe, y la voz masculina del animador propone: *Para Semana Santa, los hipermercados Warden presentan un surtido de pescados de río y de mar, frescos y congelados, como por ejemplo bacalao de Noruega, atún o pejerrey Gran Paraná, imprescindibles para los ágapes del final de Cuaresma* —y la música recomienza.

Ahora, cuando salen del bar, comprueban que la muchedumbre ha invadido el *súpercenter*. Ya por los ventanales del bar, que dan al estacionamiento, mientras charlaba con Américo, Nula ha estado viendo los coches llegar y dar vueltas y vueltas buscando un lugar libre para colocarse. Los ruidos de pasos, de voces, de risas, únicamente pueden distinguirse cuando provienen de una fuente muy cercana, porque a medida que la fuente se aleja los diferentes ruidos se funden en un rumor único que en contraste con la banda musical y la voz del locutor que de tanto en tanto la interrumpe, parece un zumbido grave monocorde y continuo, contra el que vienen a resaltar, con intermitencias, un grupo de cuerdas y un recitativo. Atravesando la multitud a paso lento, Nula va percibiendo fragmentos de voces y de risas, que casi de inmediato pierden nitidez y desaparecen en el conjunto. Atraviesan la juguetería, los artefactos eléctricos, los artículos de cocina, dan un rodeo por los embutidos y los quesos, por la rotisería, y por los productos congelados, y después de echar un vistazo estudiando las etiquetas y los precios en los estantes de vinos que constituyen el surtido habitual del hipermercado, se dirigen hacia el stand. Aunque son las siete menos diez, Chela no ha llegado todavía, pero cuando se acercan, una de las chicas les dice que ya estuvo esperándolos un momento, y que se volvió a ir diciendo que volvía en seguida. Unas cinco o seis personas esperan su turno para probar el vino, otros tres o cuatro tienen ya un vasito de plástico en la mano y parecen meditar sobre su contenido, o simplemente esperan para hacerse servir por segunda vez. Américo le da un codazo disimulado pero entusiasta a Nula para que mire todas las botellas que faltan en las estanterías, tanto de blanco como de tinto: más de veinte. A las siete y cinco, Chela aparece, empujando un carrito con algunas cosas que acaba de comprar: dos o tres productos de limpieza, una cajita de bacalao congelado, una cajita de raviolos caseros, artículos de maquillaje, una pala de jardinería interior y una corbata a rayas oblicuas rojas y azules para Américo. La levanta y se la muestra, y después la dobla en dos y la sostiene bajo el mentón barbado de Américo, dejándola colgar contra el pecho, sobre la que

ya lleva puesta, para ver cómo le queda. Después retira la corbata, le da un beso en la parte de mejilla, cerca del pómulo, que está libre de barba, y deja otra vez la corbata en el carrito. Nula los observa, con simpatía y aflicción a la vez; piensa en la India, sola desde hace tanto tiempo, y en su padre, tirado en el suelo helado de la pizzería —el cuerpo acribillado y sangrante en el que tal vez las balas no habían matado a nadie, porque el hombre que lo ocupaba ya había muerto para sí mismo, en esos tiempos de delirio y frenesí, mucho antes de que las balas, superfluas, lo alcanzaran.

Para pasar el tiempo, Nula acompaña hasta el auto a Chela y Américo, que se vuelven a Paraná. Hacen cola en la caja, y cuando salen al estacionamiento, el aire caliente y un poco húmedo se les pega a las mejillas. Aunque son ya las siete y media, no ha anochecido del todo. En el oeste, del lado de la ciudad, una enorme mancha de un rojo vivo, lisa y uniforme, se extiende en el cielo, y abajo, en la penumbra a ras del suelo, las luces de la costanera están encendidas; Américo le recomienda que se vaya también él, tal vez con el doble sentido oculto de una advertencia, pero Nula dice que prefiere quedarse un rato más, hasta después de las ocho, por si las chicas del stand necesitan algo. Sigue con la mirada el coche de Américo mientras se aleja, y después levanta la cabeza y ve algunas estrellas en un cielo azul oscuro, tenso y brillante. Sin pausa, los coches entran y salen del estacionamiento, hacen cola para cargar nafta en la estación de servicio, dan vueltas buscando un lugar libre, y sus ocupantes van y vienen con carritos vacíos o llenos de mercaderías, nítidos y bien reales, pero al mismo tiempo improbables y vagos en el anochecer. La extensa fachada del *súpercenter*, con sus diferentes entradas, la del hipermercado, la de la galería comercial, la del complejo multicine, ilumina el aire oscuro con sus carteles luminosos, sus manchas geométricas de luz que se proyectan al exterior, sus globos de alumbrado que puntúan el borde del cemento que separa la vereda del estacionamiento. Nula entra por el complejo multicine, estudia los programas y los horarios y comprueba que se están formando algunas colas para la función de las ocho. Después pasa por el autoservicio, lleno de gente, y observa el ambiente desde la entrada: la fila que llena el corredorcito entre la sala y los platos y bebidas; los clientes que, saliendo de la caja, vienen con sus bandejas cargadas y avanzan lentos, inciertos y un poco desalentados, buscando una mesa. Más allá, el cuartito donde vendían las entradas para el partido del domingo está cerrado, y un cartelito pegado con cintas adhesivas en la puerta de madera informa: ENTRADAS PARA EL CLÁSICO AGOTADAS. Un hombre y una mujer que llegaban desde el estacionamiento casi corriendo, se inmovilizan como atontados cuando se

topan con el cartel. Nula entra en el hipermercado y, paseando sin apuro por los corredores atiborrados de gente, sin pararse una sola vez a mirar alguno de los distintos productos exhibidos, llega al stand y se para a cierta distancia. Los candidatos a saborear la nueva gama de vinos de mesa se arremolinan junto al mostradorcito. Mientras está sirviendo a un cliente, la chica que le hizo probar el vino a Moro, que lo ha visto llegar, le hace un gesto amistoso y Nula se acerca a ella.

—¿Todo bien? —dice.

—Perfecto. No damos abasto —dice la chica.

—¿Necesitan ayuda? —dice Nula.

—No, no. Por nosotras no se preocupe. La señora Virginia manda a alguien a las nueve para que nos ayude a juntar todo. Puede retirarse si quiere —dice la chica, entregándole un vasito de tinto a un hombre que observa con atención todos sus movimientos. Nula mira su reloj: son las ocho y cinco.

—Bueno —dice—. Me voy antes de que vuelva Affife.

La chica no entiende la broma, pero se ríe por cortesía y empieza a llenar otro vasito, de vino blanco esta vez. Nula se da vuelta y empieza a dirigirse hacia la salida. En la banda sinfín de música de películas que se oye en los ascensores de todos los hoteles de lujo, en todos los supermercados y en todos los centros comerciales, en los programas de variedades de los aviones y de los aeropuertos; en la ola ininterrumpida de música acaramelada que viene asaltando a Occidente, y probablemente también a Oriente, desde hace décadas, como una letanía fúnebre y blanda, acompañando la extinción lánguida de la especie a causa de la peste negra del conformismo, puntuada de tanto en tanto por algún aviso publicitario; en la melaza chirle que propala una plétora de violines, está sonando, en el momento en que Nula atraviesa la puerta de salida, *El padrino*, y como si, sin saberlo todavía, hubiese sido atrapado por el virus de la peste, en el momento en que está entrando en el coche, se pone a tararear, bajito, la melodía. Como todavía tiene tiempo, se resigna a hacer cola en la estación de servicio para cargar nafta, lo que le lleva un buen rato, pero sigue adelantado y no sabe bien qué hacer; después de atravesar el puente carretero, en vez de seguir por el bulevar, toma por la costanera y va siguiendo la orilla de la laguna hasta Guadalupe. En un recodo, ve brillar el agua más allá de unos árboles; le dan ganas de bajar y aminora un poco, pero cambia de idea y sigue de largo. En la Rotonda de Guadalupe dobla hacia el oeste y al final de la calle, hacia el sur; treinta cuadras más allá está el bulevar y, dos cuadras hacia el oeste, el bar Déjà vu; pero como no puede

estacionar sobre el bulevar, dobla en la esquina del bar otra vez hacia el norte y estaciona en mitad de la cuadra. Camina lento bajo los árboles, en el aire tibio de la noche. A las nueve y cuarto en punto entra en el bar; Virginia ya está ahí, pero no en la sala, sino detrás del mostrador, hablando por teléfono.

El bar está lleno y aunque existe desde hace por lo menos un año y Nula ha pasado enfrente muchas veces en auto mirándolo con curiosidad, es la primera vez que entra. Es un bar simple y agradable, con afiches franceses en las paredes ocres y mesas y sillas de madera oscura. Hay muchos jóvenes —*un bar moderno*, piensa Nula con una arrogancia tenue, de la que se arrepiente de inmediato y, sorteando las mesas, todas ocupadas, se dirige hacia el mostrador. Virginia lo ve llegar y, mientras habla por teléfono le hace una seña para que espere un momento. Como mientras habla ella mira a través de la ventana un punto impreciso del bulevar en penumbra, Nula puede observar el cuerpo abundante y firme, las espaldas anchas y los brazos torneados y vigorosos, en los que bajo la piel tostada y lisa, se adivinan, por lo que dejan entrever las mangas cortas de su blusa color marfil, los músculos discretos y duros. Después de unos minutos, Virginia cuelga.

—Muriel, mi hija. Son cinco amigas. Los viernes, duermen todas en la casa de una —dice Virginia—. Como las viejitas que se juntan, sin los maridos.

—Algunas, porque gozan de una viudez libertaria —dice Nula.

—¿Qué tomás? —dice Virginia, tuteándolo de improviso—. Aquí paga la casa.

Nula, con una semisonrisa, sacude con levedad, dubitativo, la cabeza. A pesar de vender vino, tiene una preferencia fuerte por bebidas más excéntricas y coloridas, como el kir de champagne, el Bloody Mary, el destornillador, el Negroni, el San Martín Seco, el Lemon Champ. Por fin se decide:

—Un Negroni —dice. Virginia echa las bebidas en un vaso cilíndrico, sobre tres o cuatro cubitos de hielo, los mezcla con una cucharita de mango largo y, doblando en dos una servilletita de papel pone el vaso encima y lo desplaza hacia el borde exterior del mostrador. Antes de tocarlo, Nula observa, admirativo, el rojo profundo de la mezcla líquida que Virginia acaba de preparar.

—¿Y? —le dice ella.

—¿No vamos a brindar? —dice Nula.

Virginia echa un poco de soda en un vaso y lo alza. Nula levanta el

suyo, y los vasos, al entrechocarse, producen un tintineo débil y fugaz. Toman un trago y Nula, con un movimiento de aprobación, frunciendo al mismo tiempo los labios, concentrándose en el sabor de su trago, alza la cabeza con lentitud.

—Excelente —dice. Y después—: No sabía que también trabajabas aquí.

—No trabajo. Soy la dueña. En fin, una de las dueñas. Somos tres —dice Virginia—. Él —señala al mozo que está sirviendo una mesa—, su mujer, que tiene que llegar de un momento a otro, y yo. ¿La esperamos cinco minutos antes de salir?

—Por supuesto —dice Nula—. Apenas te vi, me di cuenta de que eras un hombre de negocios.

—No —dice Virginia—. La primera vez que me viste, fue hace algunos años, en un cursillo de enología, en el Hotel Iguazú. Ése era el secreto que quería revelarte: que ya nos conocíamos.

Nula muestra una expresión excesiva de asombro y de incredulidad.

—¿En serio? —dice, riéndose—. Me estás cargando. ¿Cómo puedo no haber reparado en tu presencia?

—Estaba más gordita en aquella época. Y en ciertas situaciones es mejor pasar desapercibida —dice Virginia—. Tenía ganas de acercarme a vos, me atraías bastante. Pero parecías tan serio en aquella época. Y además, dos o tres veces vino a buscarte una chica embarazada. Cuando te vi el otro día te reconocí en seguida. Se te ve mejor ahora.

—A vos también, seguro. No logro imaginarte mejor que esta noche —dice Nula.

Virginia se ríe levemente, y adopta de inmediato una expresión grave.

—Gracias. Pero no es necesario que repitas a cada rato esas tonterías —dice—. Ahí viene mi socia.

Nula, que está tomando un trago de su Negroni, se vuelve hacia la puerta de la calle, por donde está entrando una muchacha que tiene puesto un vestido negro ajustado, de mangas cortas, con el ruedo justo encima de las rodillas; un escote rectangular parte de las clavículas hasta el borde superior de los senos dejando el cuello al descubierto. Se para ante una mesa ocupada por una pareja, dice un par de frases, y después inclinándose, le da un beso convencional en la mejilla a cada uno de los ocupantes. Después viene hacia el mostrador, y llega justo en el momento en que Nula deposita el vaso con el resto de su Negroni sobre la servilletita de papel.

—Flaca —dice Virginia—, éste es el amigo del que tanto te hablé. Nula, la Flaca.

La Flaca se acerca a Nula y le da un beso en la mejilla. Después se disculpa por haberlos hecho esperar. Su marido llega desde el otro lado del local y le toca el turno para recibir en la mejilla izquierda el beso fugaz de la Flaca. Virginia recoge su cartera, de un lugar cualquiera detrás del mostrador, invisible para Nula, y yendo hacia la punta del mostrador, donde está la caja, da la vuelta y regresa en sentido contrario hacia ellos bordeando la parte exterior del mostrador. Un pantalón blanco de una tela sedosa le ciñe las piernas, las nalgas, las caderas, el vientre chato, la ingle. Los zapatos blancos chocan, regulares y firmes contra el mosaico rojizo del bar. Después de un intercambio general de besitos inconsecuentes, Virginia y Nula salen a la calle. Dan vuelta la esquina y caminan en la penumbra arbolada hacia la break verde oscuro estacionada junto al cordón, unos metros más adelante. Antes de arrancar, en la oscuridad del coche, donde las luces del tablero de dirección se proyectan oblicuas, hacia arriba, las caras que, a causa de la posición de sus cuerpos en el asiento, mirando en la misma dirección, como si cada uno ignorara la presencia del otro, recibiendo esa luz débil, redoblan, llenándose de brillos y de sombras, indecisas y expectantes, su extrañeza. Un silencio grave los sorprende, inesperado en ellos luego de la relación jovial que han decidido mantener desde el principio, y los sume en pensamientos contradictorios y veloces durante unos segundos, como si la corteza quebradiza de mundanidad cristalina que retiene en la superficie el desborde de una sustancia impersonal y anárquica, de un fondo desmedido y turbulento, se hubiese agrietado y ellos, que hasta este momento han venido exhibiendo su desenvoltura, asaltados por su invasión repentina, tratasen a duras penas de ocultarla. La voz le sale un poco ronca a Nula, y tiene que carraspear un par de veces antes de conseguir emitirla con naturalidad cuando propone el restaurante del Hotel Palace, uno de los más frecuentados de la ciudad, donde seguramente se cruzarán con más de un conocido, siguiendo la regla que se ha impuesto de hacer las cosas más sospechosas a la vista de todos, precisamente con el fin de disipar esas sospechas. Virginia acepta, emitiendo una risita breve al declarar su acuerdo, y Nula cree percibir en esa risa la interpretación de su razonamiento. La atmósfera ha cambiado: el humor abrupto y desenfadado, el cinismo mundano, el doble sentido pretendidamente erótico, ya han perdido su *valor de uso*; ahora, sin habérselo propuesto, están dentro de algo, una zona o una dimensión que no les pertenece más que a medias y en la que, por más que finjan atravesarla con desenvoltura, saben que les espera temblor, espasmo, gemido, gravedad. El restaurante está bastante lleno, y cuando el mozo les propone una mesa

discreta, en el fondo, Nula prefiere una más en el centro, al lado de una ventana que da a la calle, de modo que puedan ser vistos fácilmente desde cualquier punto de la sala, y también desde la calle, y esa elección suscita de nuevo la risa breve de Virginia, acerca de cuyo sentido ya no le queda a Nula, en esta etapa nueva de sus relaciones en la que están obligados, por el momento, a deducir el sentido de sus palabras y de sus reacciones, ni la más mínima sombra, como se dice, de una duda.

—¿Tomamos vino? —pregunta Nula.

—¿Por qué no? —dice ella—. Para mí, una copa de blanco y después una de tinto.

—Muy bien —dice—. Aquí la bodega es buena. En parte, se la vendemos nosotros.

Y, mientras llegan las copas de vino, empiezan a conversar. A los diecinueve años, Virginia que estudiaba francés en la Alianza, se fue a Francia, a Burdeos, para perfeccionarse en el idioma y volver a la ciudad a trabajar como profesora, pero cuando al año siguiente se le terminó la beca, empezó a interesarse por el vino, y a medida que iba mejorando su francés, se le iban yendo las ganas de enseñarlo. Se inscribió en cursillos de enología y al tiempo encontró trabajo en lo de un negociante. Todo iba bien: ya hacía cuatro años que estaba en Europa y no sabía si no se iba a quedar para siempre, pero cuando quedó embarazada, le pareció, sin saber por qué, que tenía que volverse. Esperó que naciera su hija para que fuese francesa; el padre, que tenía otra familia, le propuso reconocerla, pero Virginia se negó; respetaba al padre, lo estimaba incluso, pero no lo quería; reconocer a Muriel hubiese sido para él una complicación enorme y Virginia está convencida de que recibió con alivio su negativa. Durante siete años le mandó dinero todos los meses, hasta que un día los giros, de golpe, dejaron de llegar; al tiempo llegó una carta de una amiga de Burdeos, donde le decía que el hombre se había matado en un accidente de auto. Virginia daba clases particulares de francés en ese entonces e incluso la llamaban de tanto en tanto para hacer algún reemplazo en la Alianza, pero el vino la atraía como profesión, había visto de cerca el negocio en Burdeos, por cierto, también el cálculo e incluso la impostura, pero el vino en sí, las transformaciones sucesivas de la fruta en bebida y después en locura, sagrada o no, la fascinaban. Había promocionado en el litoral algunas bodegas mendocinas poco conocidas, y había seguido otros cursillos (como ese en el que había visto a Nula por primera vez), pero tenía menos ganas de viajar, y cuando construyeron el *súpercenter*, obtuvo la responsabilidad del rubro bebidas. ¿Y él? Nula vacila unos segundos antes de responder. ¿Él? Nada del otro

mundo; empezó a estudiar medicina y después de un tiempo se cansó, y se pasó a la filosofía. Después, como estaba a punto de ser padre, tuvo que decidirse a trabajar en serio, y, bueno, la posibilidad del vino se le presentó de improviso. No le va tan mal; pero como ahora ya tiene dos hijos —un varón y una nena, Yussef e Inés, de cuatro y dos años y medio respectivamente—, sería irresponsable dejar de trabajar para dedicarse a la filosofía. (A Virginia le causa gracia, y un poco de asombro, el interés de Nula por la filosofía.) Después de todo, dice Nula, la filosofía no es una profesión propiamente dicha; se es filósofo en cualquier situación, y cualquier objeto del mundo estimula el pensamiento de un verdadero filósofo. Más todavía: cualquier objeto del mundo es la cifra del mundo entero; si se descubre su esencia, el mundo entero queda al descubierto. Y el vino podría ser, después de todo, si se lo piensa bien, un objeto óptimo para la reflexión. Y, con un gesto un poco teatral, Nula levanta la copa de vino blanco, y hace un brindis discreto y silencioso antes de tomar un trago. Cuando deja otra vez la copa sobre el mantel, busca la mirada de Virginia y le pregunta con suavidad:

—¿No te plantea problemas haber privado a tu hija de un padre?

—Sí, muchos —dice Virginia sin vacilar. Pero no añade ninguna explicación a su respuesta.

Nula no insiste, aunque vuelve a pensar en su madre, en su hermano, en su padre asesinado. Sin embargo, no tiene ganas de hablar del tema, en primer lugar, porque es demasiado íntimo y doloroso como para explayarlo de inmediato con alguien que es prácticamente una desconocida, pero sobre todo porque prefiere evitar las confidencias, no por cautela o discreción, sino porque no quiere que se vuelvan demasiado humanos, prefiere esquivar la grieta por la que se filtran la pena o la compasión, confundiendo a uno con el otro en una idéntica relatividad viscosa, y sacándolos de ese limbo de exterioridad en el que puede proyectarse, al abrigo de la culpa o del escrúpulo, a sus anchas, complaciéndose en estereotipos fantasmales, irrazonable, el deseo. Así que la cena transcurre en una especie de reserva cortés y expectante, en la que cada uno —Nula se lo imagina así en todo caso— trata de escrutar, analizando sobre la marcha ciertos matices de la conversación, las intenciones del otro. Prueban el vino tinto y dicen cosas sobre él, tratando de describir con imágenes comunes el fondo intransferible de la experiencia, y cuando coinciden en algún detalle, muestran una alegría pueril, excesiva, que en Nula no es de ningún modo simulada, pero su exceso puede venir del goce anticipado de lo que, sin haber sido nombrado una sola vez en lo que va de la noche —tal vez ya ha sido decidido por los

dos sin siquiera deliberar con ellos mismos, tal vez ignorando cada uno que ya ha sido decidido—, inexorable, se avecina. De tanto en tanto Nula piensa en esa posibilidad; una emoción violenta lo asalta, y tiene que concentrarse con tanta fuerza para impedirle manifestarse en lo exterior, que, por momentos, pierde el hilo de la conversación y se limita a responder con monosílabos inciertos y movimientos afirmativos de la cabeza, lentos y vagos, proyectado en un futuro inmediato de desorden intenso, al que no llega el sonido de las palabras que Virginia, concentrada en los pensamientos que esas palabras intentan traducir, profiere en el presente. Aunque ella protesta con energía, Nula paga la cuenta y cuando toman el último trago de vino, se levanta y diciendo que vuelve enseguida, empieza a caminar en dirección a los baños. Como es viernes a la noche, el restaurante está repleto, y Nula va sorteando las mesas con agilidad distraída, pero sin apuro. Dos mesas largas de señoras mayores que, sin sus maridos, se reúnen los viernes, emanan una animación singular, una jovialidad distendida, a causa quizás de haberse librado, por unas horas o para siempre, de la tutela, tierna o despótica, da lo mismo, de los hombres que, durante décadas, han imaginado poseerlas. Y unos metros más allá, en un rincón discreto en el fondo de la sala, ese en el que el mozo, gracias a su experiencia profesional, aunque ignorante de la norma privada de Nula —exhibirse para esconderse mejor—, les propuso instalarlos cuando entraron con Virginia, está Gutiérrez en compañía de una mujer de cierta edad, más vieja que él —o en todo caso, es la impresión que tiene Nula al acercarse.

Gutiérrez ya lo ha visto llegar, y como ha visto también que Nula ha advertido su presencia, lo espera sonriendo, a medio incorporar todavía. Al verlo, Nula piensa que si había un restaurante que Gutiérrez, de vuelta en la ciudad después de más de treinta años de ausencia, elegiría frecuentar, no podía ser otro que el del Hotel Palace, que ya existía, muy semejante a como es ahora, antes de su partida misteriosa. Tal vez Gutiérrez ignora que, como la historia agitada del país y de la ciudad, el restaurante, tan parecido a como él lo dejó al irse, pasó por muchos altibajos y vicisitudes, decadencia, muerte y renacimiento, cierres sucesivos y reaperturas triunfales pero efímeras, etapas en las que incluso fue fonda ruinosa y hospedaje de mala fama, hasta que en los últimos años un consorcio internacional de hoteles lo compró y restauró dándole el aspecto, mejorado por el prestigio que inexplicablemente otorgan los años, que tuvo el día de su inauguración, a mediados de los cuarenta. «Me juego la cabeza que no podía pagárselo en aquella época, pero la razón verdadera por la que está aquí esta noche, es que durante años deseó estar así, haciendo todo como se imaginaba que lo

seguían haciendo los de aquí, igual que si nunca se hubiese ido, que si no hubiese pasado nada durante todos esos años, y el Hotel Palace, con su reciente y enésima inauguración, debe apuntalar en él esa ilusión, clavado como está, según la opinión de todos los que lo conocen mejor que yo, en ese mundo que fue suyo hasta la víspera de su partida», piensa Nula sin dejar de sonreír, mientras se acerca a la mesa estirando la mano para estrechar la de Gutiérrez que lo espera ya tendida.

—Cómo le va —dice Gutiérrez—. Es el señor Anoch, comerciante en vino. La señora Leonor Calcagno.

Nula está por estirar la mano, pero algo en la actitud de ella, ni desconfiada ni agresiva, sino más bien ausente detrás de una sonrisa vaga, rictus mundano o remanente involuntario de cirugías faciales repetidas, le advierte que ella no cambiará de actitud, de modo que opta por una reverencia discreta y tiesa pero sonriente.

—Mucho gusto —dice, y ella responde con un movimiento imperceptible de la cabeza.

—Lo vi al entrar, pero usted no me vio. Su esposa, supongo —dice Gutiérrez, cabeceando levemente en dirección de la mesa de Nula.

«Está tan lejos de la verdad que Virginia sea mi esposa como probablemente que Lucía sea tu hija», piensa Nula con crueldad injustificada, pero se limita a responder en el tono más neutro que puede encontrar:

—No, no. Es una colega del *súpercenter*: clásica cena de negocios.

—Claro —dice Gutiérrez—. Ahora que lo dice se ve a la legua. No me había fijado bien.

Y dirige una mirada tan rápida como imprecisa hacia el lugar aproximativo de la sala en la que Virginia debe de estar sentada a la mesa, aunque, de todas maneras, tanto él como Nula saben que es imposible alcanzar a verla desde donde están parados.

—El otro día probamos el Viognier con Gabriela y Soldi. Gracias por su consejo. Es excelente —dice Gutiérrez.

—Me enteré. Los crucé en el camino cuando venían lo más contentos de comerse mis moncholos —dice Nula, y Gutiérrez recibe su alusión con una carcajada.

—La *forza* del destino —dice. Y con tono amablemente conminatorio, recomienda—: Tienen que traer la malla el domingo. Leí en el diario que el tiempo va a estar precioso. Ya les avisé a los demás por teléfono; me faltaban ustedes solamente.

—Va a ser un gusto —dice Nula, pero le es imposible, durante unos

segundos, desviar la vista y el pensamiento de Leonor Calcagno: de entre esas piernas que probablemente, ya que no alcanza a verlas porque están ocultas debajo de la mesa, son tan flacas y endebles como sus brazos renegridos, salió un día, irritada y sangrante, aullando de sorpresa y de pavor, del letargo plácido en el que había estado vegetando durante nueve meses, sembrada tal vez por el hombre que acaba de dirigirle la palabra, Lucía Riera; de un modo repentino, el tiempo se ha puesto a correr para atrás y del cuerpo atrayente y firme que vio por primera vez ondular, vestido de rojo, en el mediodía de primavera, atrayéndolo igual que un imán o, mejor todavía, que una promesa, tiene ahora delante la causa primera de su aparición, las horas clandestinas en que en hoteles baratos o en departamentitos discretos alejados del centro, con furor y dulzura, se acoplaron —si es verdad que, después de todo, Gutiérrez, y no el autor del todavía vigente *Curso de Derecho Romano*, es el verdadero padre, aunque el negarse a verificarlo en forma unánime, por todas las partes interesadas, lo que sería tan fácil de hacer, tendería a demostrar lo contrario. Tal vez a Gutiérrez le parece poco caballeresco creerle más al ADN que a Leonor; de todas maneras, si ese acuerdo demente entre la madre, la hija y el supuesto padre es inexplicable, no lo es más que la devoción aparente que Gutiérrez le profesa a la ruina que ha sacado a comer al restaurante del Palace esta noche: es evidente que tiene un cerebro de pajarito, y no únicamente el cerebro a decir verdad. Si fue hermosa alguna vez, ya no conserva ni la más leve sombra de esa hermosura; no debe pesar más de cuarenta kilos; su piel oscura, estragada por su exposición constante al sol, o, peor aún, a las lámparas de bronceado artificial, las cremas, los regímenes para adelgazar, los estiramientos y los injertos de piel, los trasplantes capilares y los teñidos, las aplicaciones de silicona en los senos y los labios para volverlos supuestamente más sensuales, fueron erosionando, si alguna vez la tuvo, su hermosura; los bracitos, que salen como dos palos secos de las mangas cortas de su blusa oscura (siguiendo tal vez el precepto de que los tonos oscuros adelgazan), cargados de pulseras, como los dedos descarnados, de anillos, están arrugados y una buena capa de maquillaje disimula las arrugas de la cara; pero ya ningún estiramiento puede disimular la piel del cuello que tan renegrida como el resto, se frunce en pliegues irrecuperables, que los dos o tres collares que cuelgan sobre el pecho, chato y óseo, no logran ocultar. Y ahora, para colmo, abre la cartera y, sacando una petaca de maquillaje, la abre y, mirándose en el espejito interior, se pone a retocar con un pincelito algunas parcelas de su cara. Su piel es tan oscura, su cuerpo tan reducido, que los ojos, que son grandes y brillantes, pero inexpresivos,

parecen dos luces artificiales que ocupan el lugar de los ojos y refulgen por los orificios que los representan en una máscara de cartón marrón oscuro, ajada y sin vida. Cuando gira la cabeza, la mirada de Nula se topa con la de Gutiérrez: sus ojos son serenos, y chispean de una ironía lúcida y benévola: *Ya sé lo que estás pensando. Pero para entender lo que pasa habría que poder vivir la vida entera de los otros; mi experiencia es intransferible, de manera que es inútil que pierdas el tiempo preguntándote por qué volví corriendo a esta ciudad podrida cuando la encontré en Europa y me dijo que yo era el padre de su hija. ¡Qué me importa que sea cierto o no! De todas maneras, es lo Exterior lo que vive en tu lugar, el mundo que te lleva y te trae con sus leyes caprichosas e impenetrables. No podrías imaginarte lo hermosa que era, de un estilo muy diferente al de tu aventura de esta noche, y aunque no se atrevió a seguirme hasta el fin, le hizo falta coraje para entregarse a mí, que no era nadie, corriendo tantos riesgos, durante algunas semanas. ¿No te parece que sería infame apartarme de ella ahora que está sola y extenuada de tanto luchar contra la vejez, después de haberme otorgado, en el momento exacto en que lo necesitaba, lo que ninguno de los gigolós que la explota obtendrá nunca? No me importa que se haya acostado con mil hombres; francamente no creo que ninguno haya recibido de ella lo que me dio a mí: un don que hasta ella misma probablemente ignora poseer, o en todo caso, que únicamente a mí por el efecto que hasta el día de hoy sigue teniendo en mi vida, me estaba destinado.* A decir verdad, Nula no sabe con exactitud si ha leído estas palabras en la mirada fugaz de Gutiérrez que acaba de cruzarse con la suya, o si es él mismo el que se las atribuye, proyectando en Gutiérrez lo que sin saberlo hasta este momento, desde que lo conoce, pegando una al lado de la otra las versiones fragmentarias que circulan sobre su persona, piensa de él. Muchos hechos curiosos e incluso absurdos si se los considera por separado, adquieren un sentido no demasiado claro por cierto, pero bastante coherente: por ejemplo su declaración insistente de que se hizo guionista de cine y adoptó un seudónimo para desaparecer mejor, o el martes, en el Club de Caza y Pesca, cuando se sacó los dientes postizos, lo que les causó sorpresa e incluso malestar, tanto a él como al hombre que atendía el bar y que sin embargo le pareció un gesto extrañamente satisfactorio a Escalante, a tal punto que lo premió con dos moncholos vivos no congelados, lo que tuvo como consecuencia inmediata restaurar el respeto del hombre del bar. Muchas cosas se le escapan, y si en Gutiérrez no hay nada de inquietante, más bien lo contrario, algunos rasgos de su persona le resultan no propiamente absurdos al fin de cuentas, sino más bien enigmáticos.

—Bueno, encantado de haberlos visto —dice.

—Hasta el domingo entonces —dice, jovial, Gutiérrez, contagiado por la amabilidad acrecentada de Nula.

—Ah, justamente: ¿y a qué hora? —dice Nula.

—Yo me levanto a las seis —dice Gutiérrez—, pero si quieren dormir un poco más o ir a misa...

—Eso, eso —dice Nula—. Digamos a partir de las once.

—Era lo que yo pensaba —dice Gutiérrez. Y haciendo un saludo silencioso, Nula sigue caminando hacia los baños. En los cuarenta y cinco segundos más o menos que duró el diálogo, va pensando, se ha vuelto tal vez más querible, sin duda también mucho más misterioso. Y cuando de vuelta de orinar, de lavarse las manos, de estudiarse en el espejo para ver si todo está en orden en la parte exterior de su persona, pasa otra vez frente a la mesa, el saludo fugaz que le hace Gutiérrez consistente en sacudir los dedos de la mano apenas elevada sobre la mesa, gesto displicente y fugaz, pero amistoso, semejante al que Nula le hizo esta mañana a la India, acentúa a la vez la familiaridad y el enigma. Leonor Calcagno lo ignora, no por desdén o desconfianza, sino por hallarse como siempre atrapada en la materia fangosa que es ella misma y en la que tal vez, desde que tuvo conciencia, chapalea.

Aunque no ha demorado mucho, Nula apura un poco el paso, pero entre las mesas ocupadas, los mozos que pasan cargados, los clientes que llegan o se van, no avanza demasiado rápido; cuando se va acercando a la mesa, descubre a Virginia que, plácida, mira la calle oscura por la ventana: el cabello limpio y abundante, la cara tostada y redonda, los hombros anchos y los brazos al mismo tiempo lisos y musculosos. Por primera vez la ve sin que ella se dé cuenta de que la está mirando, y entre el vigor de su cuerpo y la placidez de su expresión, se forma un contraste excitante, que lo atrae y lo rechaza al mismo tiempo. Pero cuando llega a su lado y ve que ya tiene la cartera y el saquito blanco en la mano, dispuesta a salir, esa impresión contradictoria se borra y la sigue con decisión a la calle. Mientras caminan hacia el auto, Nula comprueba que, al menos con sus tacos altos, ella le lleva unos centímetros: *Será un cuerpo difícil de abrazar, de doblegar*, piensa, y como deja escapar una risita al pensarlo, Virginia lo mira con expresión interrogativa.

—No —miente Nula—. Estaba pensando en un encuentro que tuve en el restaurante.

Virginia no contesta y sacude, reflexiva, la cabeza. Entran en el auto y, antes de poner la llave en el arranque, Nula se inclina hacia ella para

besarla en la boca; ella lo deja hacer, pero sin permitirle abrazarla todavía, entonces él estira la mano para tocarla, la mano de ella la atrapa y los dedos se entrelazan; Nula, que empuja suavemente hacia adelante, siente la palma de ella resistir, de modo que las dos fuerzas que se oponen encuentran un equilibrio estable, mientras ellos practican el hábito inmemorial de probar antes que nada con la boca el sabor, el valor, la viabilidad de lo Exterior, su cualidad benéfica o nociva, gratificante o repulsiva, como hacen los recién nacidos y los animales. Cuando se separan y las manos se liberan, en medio de su excitación repentina Nula, que en la mano libre tiene todavía la llave del auto, disimulando su temblor, intenta dos o tres veces meterla en el arranque, hasta que por fin lo consigue; se encienden las luces del tablero, echa una mirada discreta hacia Virginia, pero ella está inmóvil, con la cabeza apoyada en *el* borde del asiento y los ojos entornados. Nula arranca, alejándose despacio del cordón y avanzando por la calle oscura y desierta hacia la esquina iluminada. Es casi medianoche. Recordando la sensación de los bordes carnosos, húmedos y tibios a la vez, que acaba de probar, Nula piensa que, aunque todo se parece, nunca nada se repite y que desde el comienzo del tiempo, cuando el gran delirio inició su expansión, cada uno de los brotes con los que reverdece, renovándose, para volver a marchitarse de inmediato, el acontecer, es único, flamante, inédito y efímero: el individuo no encarna a la especie, y la parte no es parte del todo, sino parte sola, y el todo a su vez es siempre parte. No hay todo. El jilguero que canta antes del amanecer, canta en su propio nombre. Nadie lo oyó antes de ese amanecer, y su canto de la víspera, que él ni siquiera se acuerda de haber cantado, y que tanto se parece al del día precedente, si se lo escucha bien, hará notorias sus diferencias.

Nula estira la mano buscando la de Virginia, y la encuentra, tibia y distendida, apoyada contra el muslo; los dedos se entrelazan otra vez, pero sin resistencia.

—¿Qué hacemos? —dice.

—Lo que quieras, si sos capaz de concebir que no hago lo mismo todos los viernes —dice Virginia.

—No me importaría —dice Nula.

—Pero no es así. —Y después de un silencio—: El telo lo pago yo. Incrédulo, Nula sacude la cabeza.

—¿Y eso? ¿Es una norma? —dice, largando una risita que tiene un tono de protesta.

—No doy más explicaciones —dice Virginia, sin reírse.

—Bueno, bueno —dice Nula—. Acepto.

Y van a un motel en las afueras de la ciudad, en dirección al norte. Un empleado los recibe en la penumbra de la entrada; Nula baja la ventanilla y el hombre sin inclinarse demasiado, por discreción sin duda, les propone una habitación especial, que él llama el Palais de Glace.

—¿Por qué no? —dice Virginia, antes de que Nula tenga tiempo de consultarla. Y dándole un golpecito en el brazo le extiende algunos billetes.

—El último garaje en el ala izquierda —dice el hombre y Nula avanza despacio, en primera velocidad por una callecita de ladrillo molido, flanqueado de césped y de arbustos, sobre la que se abre una serie de garajes, de los que dos o tres están ocupados. Luces discretas iluminan apenas el jardín, y cuando entra el coche en el último garaje, un aplique que difunde una claridad mínima, les señala la entrada que franquean sin dificultad gracias a los faros del coche. La puertita que se abre en medio de la pared conduce a un pasillo casi a oscuras en el que el hombre de la entrada los está esperando. Sin darse vuelta —la discreción es la norma de la casa— los guía hasta una puerta, la abre y antes de desaparecer murmura:

—La llave de la luz está a la izquierda de la entrada.

Apenas entran, Nula la enciende, y cierra la puerta que da al pasillo. El contraste con el pasillo, el garaje, el jardín, la noche turbia de las afueras los encandila, y al mismo tiempo los divierte y fascina: una araña cuelga del techo y sus lámparas encendidas se reflejan en el decorado de espejos que rodean una gran cama sin respaldar cubierta con un cubrecama rojo. La pared del fondo, las dos paredes laterales y el techo del que cuelga la araña están recubiertos de espejos. Al entrar y pararse en medio de la habitación al pie de la cama, cada uno de sus movimientos se repite al infinito en los espejos enfrentados, nítidos, bien visibles, en la claridad exorbitante de las luces multiplicadas. Se abrazan y se besan pero, sin que el otro parezca advertirlo, los atrae menos la experiencia carnal que la imagen sin fin de ellos mismos viviéndola, que le devuelven, simultáneos, los espejos. Nula quiere ir a ducharse, pero le cuesta salir de ese abrazo que, reproducido hasta donde alcanza la mirada, adquiere una dimensión onírica, en la que las múltiples imágenes de sí mismo realizando los actos que él efectúa, sin las sensaciones que experimenta, termina por confundir el plano empírico con la infinitud de imágenes que lo remedan, hasta hacerle perder su propia impresión de realidad. Por fin se desprende y va al baño. Se desviste y, cuando se pone bajo la ducha para lavarse y refrescarse un poco, está tan excitado que su verga entorpece sus movimientos cuando quiere lavarse la ingle, los muslos, los testículos. Por fin sale, y empezando a secarse vuelve a la habitación. Virginia está echada desnuda en la cama, con el antebrazo

apoyado en la frente y los ojos entornados; una pierna encogida y la otra estirada sobre la cama; el triángulo negro del pubis medio oculto por el puño que se apoya con blandura sobre la alfombra de vello. Nula deja caer la toalla al suelo y, parándose al pie de la cama, apoya la mano izquierda contra su propia ingle para hacer resaltar todavía más su verga y liberando dos dedos, tira con ellos el prepucio hacia atrás para descubrir la cabeza rojiza inflada por la sangre impaciente, y luego girando la cabeza, mira su propia imagen multiplicada en los espejos laterales, después en el de enfrente, y por fin en el que le devuelve su imagen invertida desde el techo. Pero al volver la mirada hacia su imagen repetida en los espejos laterales y toparse con la de Virginia, comprende que no está dormida sino que, con los ojos entornados, está mirando, ensimismada, su propio cuerpo desnudo en el espejo. De pronto se da cuenta de que está siendo observada y, cruzando a través del espejo su mirada con la de Nula, sintiéndose descubierta, se echa a reír y Nula, que retira su mano de la ingle, se ríe a su vez. Durante unos segundos una infinitud de cuerpos desnudos, el de una mujer joven estirado sobre la cama, y el de un hombre parado al pie de la cama, se ríen con una alegría curiosa, pero esa risa resuena en una sola dimensión sin que pueda saberse de dónde proviene, si de los cuerpos rugosos hechos de sangre, de latidos, de pensamiento y de tiempo, o de la pantomima fantasmal que, al abrigo de esos accidentes los remeda, populosa, en los espejos. Virginia abre los ojos y mueve los brazos, que quedan plegados a los costados del cuerpo. Las piernas, estiradas ahora sobre la cama, se entreabren un poco y en el borde del triángulo negro del pubis, se distingue, entreabierta apenas, la promesa rojiza, la puerta legendaria, más allá de la cual se forman, inaccesibles y remotas, en un espacio inexplorable, igual que las galaxias más ignoradas y arcaicas, las sensaciones del otro.

SÁBADO

MÁRGENES

Antes de que lo echaran abajo, en la cortada que se abría detrás del Mercado central, pululaban fondas y restaurantes. En uno de ellos, La Giralda, el 6 de agosto de 1945 nació el precisionismo.

No hubo revistas murales, ni batalla de Hernani, ni cadáveres exquisitos. Mario Brando, su creador, tenía otros proyectos: el precisionismo debía imponerse no como vanguardia y en oposición a la época, sino como su reflejo más fiel. Para Brando, los diarios, las radios, las universidades y las revistas de gran tirada debían ser los medios naturales de expresión y de expansión del movimiento. Las revistas científicas no solamente no estaban excluidas, sino que eran, en cierto modo, el antecedente inmediato de la estética precisionista. El protoprecisionismo eran justamente los últimos tratados científicos y las reseñas que se ocupaban de ellos en las revistas de divulgación.

En esos años, para los escritores de la ciudad, era de buen tono darse de tanto en tanto una vuelta por los pucheros precisionistas de los jueves. Únicamente la vieja guardia posmodernista no se rindió, pero hay que reconocer que, de Belisario Roldán para adelante, todo nuevo movimiento literario le había venido pareciendo prosaico, incomprensible, y carente de ideal. Los que todavía quedaban en mil novecientos sesenta, seguían haciendo el mismo chiste sobre el arte moderno, a saber que lo que representaban siempre los cuadros abstractos era un huevo frito.

La otra oposición, es decir la de los neoclásicos y la de los regionalistas, era mucho más elástica, por no decir oportunista. Los regionalistas, que se reunían los viernes en la parrilla San Lorenzo, asistían, a título individual, y de vez en cuando, a los pucheros, y recibían en sus asados algunas veces a algún que otro precisionista. Pero actuaban

sin esperanzas: sabían que la revista Nexos, órgano oficial del movimiento de Mario Brando, no acogería ningún texto regionalista. Los neoclásicos, que desde 1943 editaban trimestralmente la revista Espiga, tenían con los precisionistas algunos intercambios oficiales, ya que Brando y su camarilla consideraban que ciertos temas de los neoclásicos, como la mística cristiana, por ejemplo, podían ser tratados por la estética precisionista. Y los neoclásicos apreciaban la inclinación precisionista por las formas tradicionales. Pero todas esas cortesías se limitaban a la vida pública. En privado, los regionalistas trataban a los neoclásicos de beatos y de chupacirios y a los precisionistas de futuristas trasnochados y de fascistas; los neoclásicos decían que los regionalistas, a fuerza de asados criollos, estaban devorando poco a poco el tema de su literatura y que los precisionistas, con su absurdo cientificismo, eran los mucamos del Colegio de Médicos; y los precisionistas, que no se limitaban a la calumnia ocasional sino que lanzaban, en forma secreta, verdaderas campañas de desprestigio, les atribuían a varios miembros del comité de redacción de Espiga intereses en la Curia, amalgamaban adrede misticismo y mariconería, y decían del principal escritor del grupo regionalista que su interés por las cosas del campo se explicaba por el hecho de que era un verdadero caballo.

Brando había nacido en 1920. En 1900 su padre, un inmigrante italiano, había llegado a Buenos Aires con la idea fija de que todos esos compatriotas que se arracimaban en el barco, junto con todos los otros que habían venido desde treinta o cuarenta años atrás hacinados en otros barcos, y que seguían hacinándose en conventillos de Buenos Aires hasta que alguna oportunidad les permitiera ser poseedores por fin de una chacra o de un negocito; que todos esos compatriotas que venían de los más diversos puntos de Italia, seguirían teniendo una debilidad común, las pastas, y que él se encargaría de suministrárselas. Después de aventuras que duraron tres o cuatro años, aterrizó en la ciudad y empezó a fabricar, en pequeñas cantidades artesanales, pastas frescas que distribuía a una clientela fija en unas cajas chatas de mimbre, cuidadosamente cubiertas por una servilleta inmaculada hecha con bolsas de harina. En dos años más, la clientela venía a comprar las pastas a la rotisería Brando, en pleno centro de la ciudad, y si en 1918, los fideos secos y envasados en celofán o en bolsas de veinte kilos se vendían en muchos almacenes del norte de la provincia, en 1925, Pastas Brando era una de las primeras empresas de la provincia y Atilio Brando el presidente del Círculo Italiano. (En el año 1928, una sola bolilla negra le impidió ser socio del Club del Orden.)

Para irritación de muchos de nuestros patricios, Atilio Brando no tenía nada de un cocoliche. Cinco o seis años después de llegar al país no le quedaba, de-su acento italiano, más que una ligera aspereza. En su familia abundaban los partidarios de Cavour, de Pellico, de Garibaldi. Taine había estado, en los años sesenta, comiendo en lo de uno de sus parientes en Roma. Y cuando la producción de pastas alcanzó un ritmo regular, cuando la armonía compleja y futurista de la fábrica depositaba sin interrupción los paquetes idénticos de pastas amarillas y quebradizas envueltas en celofán, listos para lanzarse por la red de distribución perfectamente organizada y aceitada, Brando padre descargaba las tareas de la fábrica en un gerente fiel que tenía una participación interesante en las ganancias, y él se iba a pasar largas temporadas a Italia, o se dedicaba a escribir novelas y memorias en su residencia de Guadalupe.

Decididamente, se hubiese dicho que los Brando venían a este mundo a desbaratar estereotipos. Los romanos delicados que dialogaban con Taine en francés y eran partidarios de la unificación, terminaron oscuros y dispersos, y el visionario que, para reconstruir el linaje, sólo contaba con alguna receta secreta de tagliatelle y de rigatone, ostentaba un honroso menefreguismo en cuanto a la educación de sus hijos y al destino de las Pastas Brando después de la muerte de su fundador. El memorialismo y la novela verista eran el norte de su vida. A diferencia de todos los gringos del teatro argentino, Atilio Brando no era negrero, no tenía la religión del trabajo ni exigía para su hijo un diploma de abogado o de médico como primer paso para un casamiento ulterior con alguna señorita del patriciado.

A la inversa, para Mario Brando la figuración social era un valor real y no el simulacro tenue y un poco canallesco que el viejo fabricante de pastas presentaba en sus novelas veristas. La mundanidad es una forma extrema de historicismo: los materialistas, si fuesen consecuentes, deberían venerar a los esnobs. Mario Brando no era esnob en la medida en que, cada vez que hacía uso de la palabra, sabía a qué se estaba refiriendo. Su vocación poética era auténtica, y su historicismo se manifestaba más bien en su vida amorosa y en los fundamentos de la estética precisionista, de la cual fue el principal inventor. Las relaciones con su padre eran originales por razones simétricamente opuestas a las que la literatura nos ha acostumbrado a percibir como clásicas en los conflictos de generaciones. De los dos Brando, el padre era el romántico y el hijo el pragmático; el padre era generoso y el hijo tacaño; el padre, indiferente a las convenciones sociales y el hijo, dependiente del qué dirán. El padre andaba

desharrapado y como perdido en sus sueños; el hijo era afecto al chaleco y a la cigarrera de oro. Como un padre millonario que trata de ocultar a los miembros del directorio los desvíos de su heredero que podrían hacer peligrar la empresa, Mario ocultaba a lugartenientes y discípulos los devaneos veristas de su padre por considerarlos como un escarnio a la exactitud científica del precisionismo. Por suerte, Atilio Brando escribía en la lengua de Dante, como solía proclamar orgullosamente, y, aparte de algunos artículos en La Región que databan de los años treinta, sus libros (Contra el hermetismo, por ejemplo), impresos en Italia, no circulaban más que entre algunos miembros de Unione e Benevolenza. Al viejo lo incomodaba la mundanidad porque lo distraía de la literatura; para el hijo, la literatura era, por excelencia, mundanidad en el sentido noble del término, y podría decirse que era lo único noble de que podía jactarse su persona.

Por varias razones: en primer lugar, porque los procedimientos precisionistas eran esencialmente mundanos, es decir historicistas (historizantes, sería tal vez la palabra adecuada). La idea de traducir el vocabulario poético tradicional a la terminología científica y técnica rigurosamente contemporánea mostraba una fe ciega en el saber de la época y en la correspondencia exacta de su terminología con la realidad. El corazón, viejo, tan mentado en El alma que canta —sabía decir Brando en las sobremesas de los pucheros—, no es una rima obligada: es un músculo. Y se quedaba mirando fijo a su interlocutor, con los ojos muy abiertos y una sonrisa apenas esbozada, para admirar, un poco desafiante, el efecto que habían causado sus palabras.

*En segundo lugar, Brando sus secuaces estaban convencidos de que los grandes medios de comunicación como los diarios, la radio y más tarde la televisión, así como las instituciones culturales tradicionales, debían cumplir un papel preponderante en la difusión de los principios precisionistas. No se trataba de simple exhibicionismo: Brando estaba convencido de que la función social del precisionismo era depurar el lenguaje de las masas, actualizarlo y hacerlo coincidir con la terminología científica: «Es muy sencillo, afirmaba Brando: se trata de hablar con precisión. Eso simplifica mucho las cosas. Fíjese en la etimología de la palabra Precisión, del latín *praecisus*, 'recortado, abreviado'. Que cada palabra que utilice el poeta precisionista corresponda a un hecho verificado o verificable. De ese modo, todo malentendido desaparece del intercambio social de conceptos y sentimientos». El movimiento precisionista debía ocupar el campo social en totalidad, valiéndose «de todas sus instancias»,*

para transformarlo. «¿Es un optimismo, un maximalismo?», se preguntaban, un poco perdidos, los neoclásicos, afectando, con el tono perplejo que empleaban, que a pesar de toda su buena voluntad y los muchos conocimientos que poseían en la materia no alcanzaban a percibir la coherencia conceptual del movimiento. Y sin embargo, comentaba Brando cuando los ecos de esa perplejidad llegaban a sus oídos, ya en la primera frase del primer manifiesto, aparecido en la primera página del primer número de la primera época de Nexos (diciembre de 1945), la respuesta estaba dada: «Para sanear la economía de las ideas, en el campo del comercio verbal somos proteccionistas».

En el 45, Brando ya estaba terminando sus estudios de abogado. Los había seguido, con rigor y celeridad, por propia iniciativa, ya que Brando padre ignoraba, como se ha dicho más arriba, el fetichismo del diploma. Más todavía. Antes de 1940, ya le había cedido la fábrica al gerente, un criollo honesto y trabajador con más suerte y más moral que los que nos pintan Gutiérrez (Eduardo) y algunos otros; había transformado su capital en bienes muebles e inmuebles (terrenos, casas, campos) y vivía tranquilamente de rentas, meditando la filosofía implícita en los Malavoglia. «Las pastas», se cuenta que le confesó un día a Washington Noriega durante una conversación casual en una esquina del centro, allá por 1937, «una locura de juventud». Ya había casado a sus tres hijas y vislumbraba que su hijo menor no era de aquellos a los que desarma la existencia. A los veintiún años, ya novió con la hija de un general. A los veintiséis, cuatro meses después de la aparición del primer número de Nexos y cuando ya estaba por salir el segundo, un aviso en la sección Sociales de La Región participaba el enlace de la Srta. Lydia Ponce Navarro con el Dr. Mario Brando. En su fuero interno el viejo Brando sacudía, por decir así, la cabeza, como maravillado. El éxito social de Marito lo impresionaba menos que la manera concienzuda y eficaz con que iba quemando etapas y la exactitud casi matemática que presidía la realización de sus proyectos. De modo que, resumiendo, a los veintiséis años Mario Brando era uno de los hombres más cultos y elegantes de la ciudad, trabajaba en un importante estudio de abogados, recibía parte de las rentas de su padre, se había casado con la hija de un general, había rechazado una ayudantía de Derecho Civil en la Facultad, y era el jefe indiscutido del movimiento precisionista, cuya revista, Nexos, había sido saludada elogiosamente en el suplemento dominical de La Nación.

Un artículo y una foto en La Región habían comentado el primer puchero precisionista, en la edición del día siguiente. Bajo la objetividad

aparente, el resentimiento posmodernista trasuntaba. Brando aprendió la lección. A partir de ese día, él mismo redactaba las crónicas del diario y los comentarios radiales. La obra creadora propiamente dicha de los miembros del movimiento empezó a ser apoyada con conferencias, artículos periodísticos y audiciones de radio. La aparición de la revista era de una importancia estratégica fundamental: los artículos, los seminarios, las audiciones y las conferencias debían hacer concesiones terminológicas y teóricas, lo cual generaba muchos malentendidos. Las páginas de Nexos, en cambio, mantenían, del principio al final, un rigor continuo. Manifiestos, textos y grabados precisionistas formaban un conjunto coherente y persuasivo. La edición, para la ciudad y la época, era lujosa, hasta tal punto que los neoclásicos, que hacían germinar la modesta Espiga a duras penas desde hacía casi tres años, empezaron a lanzar los rumores más venenosos sobre el origen de los fondos. La tacañería legendaria de Brando descartaba de antemano la posibilidad de que la edición fuese pagada de su propio bolsillo. A decir verdad, no había ningún misterio: el nuevo propietario de Pastas Brando, que había tenido a Marito en sus rodillas, los abogados del estudio, que a través de Brando entraban en contacto con el sector industrial y con los militares, y la imprenta-librería a la que Brando le había hecho entrever la posibilidad de una serie de ediciones de autor de los poetas precisionistas apenas se afianzara el movimiento, bastaron y sobraron para financiar los cuatro números de Nexos que constituyen la primera época.

El menú de los jueves era invariable: sopa de letras (la idea era de Brando), puchero a la española, queso y dulce, vino blanco o tinto de la casa. Cuello, el regionalista más prestigioso, después de asistir a una de las comidas, le comentó a uno de sus amigos: «En vez de querer reformar la literatura, que empiecen por elegir mejor el vino que toman». Brando se había puesto de acuerdo con Obregón, el dueño de la fonda: a partir de catorce comensales, el precio del menú bajaba un poco. El grupo principal de los precisionistas eran siete personas, a las que se agregaban cuatro o cinco novias o esposas, y como siempre había algunos invitados que variaban de semana en semana, el número convenido entre Brando y el fondista se obtenía con facilidad. Las malas lenguas pretendían que, a partir de catorce personas, Brando no solamente obtenía una reducción, sino que además comía gratis. Lo cierto es que cuando terminaba la cena, él se encargaba de juntar la participación de los comensales y se iba a arreglar con el dueño en el mostrador. Una noche llegó a haber veintidós invitados, sin contar una mesa de regionalistas y neoclásicos que, como por

casualidad, como si no supiesen que los precisionistas se reunían en esa fonda todos los jueves, habían decidido comer en ella esa noche. Como al entrar los vio instalados en una mesa cercana a la que el fondista preparaba regularmente para ellos, Brando le dijo a uno de sus segundos, con gran discreción, que había que evitar a toda costa las provocaciones. Pero los otros estaban festejando un premio municipal y como a los postres se pusieron a tomar champán, dos o tres de los precisionistas se fueron a confraternizar con ellos a la mesa de al lado.

Uno que no faltaba nunca a los pucheros era el teniente primero Ponce, es decir el cuñado de Brando. Era el hermano menor de Lydia. Aunque había hecho sus estudios en el Colegio Militar de Buenos Aires, su padre había obtenido el nombramiento en uno de los regimientos de la ciudad. Era tímido y bronceado y todos esos intelectuales lo ponían un poco incómodo. Tenía una gran admiración por su cuñado, y no decía una palabra durante la comida. Pero como llegaba antes que nadie y se tomaba tres o cuatro Hesperidinas en el bar antes de la cena, no pocas veces, de sobremesa, se ponía a recitar *El temulento*, de Joaquín Castellanos, que, junto con *Si hay un hueco en tu vida, llénalo de amor*, eran los únicos dos textos poéticos que conocía. Los secuaces de Brando, como percibían que el creador del precisionismo se impacientaba con los arranques poéticos del teniente primero, se ponían a decir, a espaldas de Brando, comentando el episodio, que la quintacolumna posmodernista estaba tratando de minar el movimiento desde adentro.

Durante un par de años el precisionismo dominó, con mucha ventaja sobre las otras escuelas, la vida literaria de la ciudad. Era el único movimiento original que había aparecido en ella, porque los neoclásicos no constituían en rigor de verdad más que la filial de un movimiento que cundía en todo el país, y los regionalistas no eran un grupo propiamente dicho, y lo único que tenían en común todos ellos era el gusto por los asados y por el empleo sistemático del barbarismo. De los regionalistas, únicamente Cuello era conocido fuera de la provincia. Sus libros se comentaban regularmente en *La Prensa* y en *La Nación*; pero el elogio invariable que se hacía de ellos era que constituían un testimonio inapreciable de la patria chica y que su autor era un conocedor profundo de las cosas del campo. El precisionismo, en cambio, fue reconocido desde su aparición como algo más que un simple movimiento literario, como una verdadera *Weltanschauung*. Más que como poeta, a pesar de los muchos méritos en ese sentido que hasta sus detractores le acordaban, Brando era percibido como filósofo, como hombre de ciencia, e incluso como

reformador. A pesar de los celos que su fama creciente despertaba, no pocos regionalistas, y sobre todo no pocos neoclásicos, admitían en privado que, si no le hubiesen dado esos devaneos vanguardistas, habría podido transformarse en un representante más que respetable de sus respectivas escuelas. Higinio Gómez y Jorge Washington Noriega, que se mantenían cuidadosamente al margen de la vida literaria, lo llamaban, socarrones, «El Duce stil novo del ripio científico», y no se dejaban impresionar por el hecho de que Buenos Aires estuviera dando un visto bueno entusiasta a los trabajos del agitador local. Brando, en cambio, presentaba esa aceptación como una prueba objetiva, y los grupos antagónicos aceptaban su evidencia. Un soneto de Brando, «Química de las pasiones», apareció a mediados de 1946 en el suplemento de La Nación, y hay que decir que, si la existencia de Dios hubiese sido anunciada en ese rotograbado dominical, los regionalistas y los neoclásicos habrían podido prescindir, a partir de ese momento, de la prueba ontológica y de los milagros.

Como sucede a menudo en los movimientos de vanguardia, los jefes se sacrifican encargándose de la ardua labor creadora y les dejan a sus segundos, para no agobiarlos de responsabilidades, las tareas administrativas. Tardi, el lugarteniente de Brando, se ocupó, durante la primera época, de las idas y venidas a la imprenta, de pasar a máquina los poemas del maestro y del contacto con los avisadores, con la radio y con los diarios. Era un poco mayor que Brando, y como había empezado publicando en Espiga, los neoclásicos lo consideraban un tráfuga. Como era el discípulo principal de Brando y su nombre de pila era Pedro, sabían decir, aludiendo a su inteligencia un poco espesa: «sobre esa piedra, él edificará su iglesia». Lo cierto es que un conflicto entre Brando y Tardi originó la primera escisión.

El mar de fondo que se agitaba entre los miembros del grupo llegó al dominio público a través del Cuarto Manifiesto precisionista, que apareció en el cuarto y último número de Nexos de la primera época. El título —Un soneto precisionista no se parece a ningún otro soneto— le daba fuerza de ley a la posición estética adoptada por Brando para juzgar un tríptico de Tardi, cuya publicación se venía posponiendo desde la segunda entrega. Demás está decir que cada uno de los trabajos que se publicaban en la revista era discutido en las reuniones periódicas del consejo de redacción, y que el arbitraje de Brando era decisivo; por tercera vez, la publicación del tríptico fue diferida en razón de la misma objeción: remanentes de léxico preprecisionista. La turbulencia solapada que agitaba las filas del movimiento se evidenció menos en el ardor de las discusiones que en los

comentarios desengañados proferidos a la salida, en ausencia de Brando. «Éste, si no la gana la empata», masculló Tardi al oído de uno que lo acompañaba. Aun sin la fineza psicológica de Brando, el descontento hubiese sido perceptible. Para cortar por lo sano, el Cuarto Manifiesto definió la ortodoxia y clasificó, una por una, las desviaciones. «La poesía, terminaba diciendo, será precisionista o no será. El precisionismo es consciente del malestar que genera su cruzada. Pero sus más lúcidos representantes saben reconocer a sus enemigos, estén fuera o dentro del movimiento.»

Más claro, había que echarle agua. «Ahora va a saber lo que es pasarse días enteros en la imprenta», dijo Tardi, malévolo, a la salida de la última reunión, que resolvió la disolución del movimiento. Para poder terminar la preparación del cuarto número de Nexos, Brando debió aceptar la colaboración de dos imberbes que todavía imitaban a Espronceda y los Romances de río Seco y que ni siquiera habían terminado el Colegio Nacional. El tríptico de Tardi apareció el otoño siguiente en la revista Espiga, tras previa limpieza, exigida por los neoclásicos, de todo rastro de terminología precisionista.

«Una huevada menos», comentó el general Ponce Navarro, que no veía con buenos ojos ni los pucheros a los que, ya desde soltera, venía asistiendo su hija mayor, ni los escandaletes literarios que protagonizaba su yerno. «Mi general, retrucaba Brando, jovial y paciente, aunque un poco escaldado, si la tropa entiende sus órdenes, es gracias al trabajo de los poetas, que depuran el lenguaje.» Y como tenía nervios de acero y un temperamento refractario a la amargura, no se dejaba distraer por la defección de sus colaboradores y ya había empezado a preparar la edición de sus poemas en una plaqueta de tirada limitada. Del repertorio de sus estados de ánimo, la duda estaba excluida. Como buen verista, Brando padre atribuía ese rasgo de carácter a la familia de su mujer, y despertaba en él una especie de aversión irónica. Por otra parte, su sensibilidad literaria estaba más próxima de los regionalistas que de los precisionistas. No solamente se visitaba con Cuello, sino que también se acriollaba. Cuello, que era un conocedor meticuloso de la fauna y la flora de la provincia, despertaba su admiración. Se había comprado, a fuerza de ahorros, una lancha con motor y los fines de semana solía recorrer las islas en ella. A veces, Brando padre lo acompañaba. Dormían en la costa, en una carpita, y comían lo que pescaban. El domingo a la noche volvían sucios, cansados y barbudos y antes de despertarse se tomaban la última cerveza en el mostrador de algún bar. Por mutua delicadeza, el tema del

precisionismo estaba ausente de las conversaciones.

Un domingo de abril de 1947, Brando, que sacudía la cabeza, excedido por la ineptia de la última entrega de Espiga, recibió la visita del general y de su cuñado, el teniente primero. Lydia y su madre estaban en misa, y el general había querido aprovechar esa circunstancia para venir a hablar con Brando. En resumen, se trataba de lo siguiente: había la posibilidad de obtener para Brando el cargo de agregado cultural en Roma y como Lydia había sido siempre muy apegada a su madre no quería hablar del asunto delante de las mujeres, hasta tanto Brando no hubiese tomado una decisión. Por su parte él, el general, aconsejaba la afirmativa. En el país había empezado una nueva época y hacía falta gente nueva en todos los campos. El general debió reconocer que, cuando pronunció el nombre de Brando en la Cancillería, la aceptación fue inmediata, casi entusiasta. «Y eso, sin duda, gracias a lo que usted llama huevadas», respondió Brando pensativo, con una sonrisa condescendiente. Aunque había decidido aceptar en el acto, pidió cuarenta y ocho horas para dar su respuesta, arguyendo que esas decisiones no se tomaban a la ligera, lo que acrecentó el respeto y también la ansiedad del general, que ya había asegurado por cuenta propia en la Cancillería la aceptación de su yerno.

La noticia causó cierto revuelo en los medios literarios. Gamarra, el jefe de redacción de Espiga, repetía por todas partes el mismo chiste, a saber, que Brando, que se las daba de vanguardista, llegaba con veinte años de retraso a la marcha sobre Roma. Pero en La Región salió una nota bastante larga, que Brando le había prácticamente dictado al cronista, en la que se decía que el nombramiento reconocía menos los valores de un hombre que los de una doctrina estética y filosófica. En las tres o cuatro semanas que precedieron su partida, Brando se dejaba ver mucho, en San Martín o en las reuniones, como si quisiese que el espesor de su persona bien lustrada y bien cepillada se le grabara a todo el mundo durante su ausencia. Su elegancia era sobria, no la de un dandy, como hubiese podido esperarse de su vocación vanguardista, sino la de un burgués de buen gusto, que no quiere llamar la atención con excesos vestimentarios, que se acicala poniéndose lo máximo a que su condición al mismo tiempo le obliga y le permite salir a la calle y agrega además dos o tres toques personales que muestran que un burgués se inscribe con naturalidad en una clase social, pero es al mismo tiempo un individuo bien diferenciado. Siempre algún suplemento de oro le daba un brillo adicional, ya fuesen los gemelos o el alfiler de corbata o algún anillo un poco más vistoso que se yuxtaponía a la alianza matrimonial. Según un comentario sarcástico de Cuello,

siempre daba la impresión de estar viniendo de, o de estar yendo a, un casamiento.

Con la partida de Brando, el resto de los precisionistas se dispersó: Tardi y dos más, Carreras y Benvenuto, se confundieron con los neoclásicos. Benvenuto empezó a especializarse en el romanticismo alemán y en la filosofía oriental. Tardi y Carreras terminaron como miembros del comité de redacción de Espiga, que en 1950 dejó de aparecer. De los otros cuatro, dos abandonaron completamente la literatura y de los dos que quedaban, uno se fue a vivir a Buenos Aires y el otro se suicidó un poco más tarde (se murmuraba que era paidófilo). Había menos ajeteo en la vida literaria, y la política parecía ser el objeto principal de las conversaciones. Los opositores hablaban en voz baja, como conspiradores; los que se habían plegado al gobierno o afiliado al partido oficial pontificaban y se mostraban entusiastas. Gamarra, que se negó a afiliarse, aduciendo que era apolítico, perdió su cátedra en la universidad y, gracias a relaciones que tenía en la Alianza Francesa, se fue a vivir a Francia. Los regionalistas también se dividieron. Uno, que había sido anarquista, terminó afiliándose al Partido Comunista, en tanto que Cuello adhirió al partido oficial. De los neoclásicos, dos o tres ultracatólicos se habían plegado al gobierno, pero el resto, que estaba en la oposición, pretendía saber de buena fuente que el Gran Conductor tenía un tumor en el cerebro —en la silla turca del esfenoideas, precisaban— y ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Mal que bien, todos seguían publicando libros o plaquetas y trabajos sueltos en los suplementos de los diarios. Pero la época de los pucheros precisionistas y de los asados de los viernes en la parrilla San Lorenzo había pasado.

De vez en cuando llegaban noticias de Brando. Alguien lo había visto alguna vez en el Trastevere, paseándose en un Alfa Romeo. Otro creía haber oído decir, no se acordaba bien por qué conducto, que veraneaba en Sicilia. Brando padre, que ya estaba demasiado viejo como para ir con Cuello a la isla, pero que comía con él un asado de cuando en cuando, y que había agarrado la costumbre de llamar a su hijo *Il Dottore*, dijo que Lydia acababa de tener una nena y que el puesto en la embajada les dejaba bastante tiempo libre para viajar. En 1950, Lydia tuvo una segunda hija mujer, pero, según le dijo el teniente primero (que ya era capitán para esa época) a Gamarra, una vez que se lo encontró en el ómnibus a Buenos Aires, ya estaban cansados de estar lejos de la familia y Lydia no quería que los abuelos se muriesen sin conocer a las dos nietas.

Tardi tenía la costumbre de pasar todos los martes a las once de la

mañana por la Dirección de Vialidad, donde trabajaba Benvenuto, para ir a tomar un café con él en el bar de la esquina. Una vez, Benvenuto lo esperaba con un ejemplar de La Prensa (que había sido confiscada por el gobierno) del domingo anterior; en el rotograbado había un artículo de Brando. « ¡Vale su peso en oro!», decía Benvenuto, blandiendo el diario enrollado. Mientras Benvenuto terminaba de clasificar unos formularios, Tardi lo leyó, sacudiendo la cabeza y lanzando de tanto en tanto risitas sorprendidas y escandalizadas. Era una meditación sobre Dante, escrita prácticamente al pie del Duomo de Florencia. Para Brando, la lengua literaria del presente era como el equivalente del latín en la época de Dante: una lengua muerta. De vulgari eloquentia, si bien no podía considerarse ya como un programa vigente, tenía, sin embargo, el valor de un emblema universal en la medida en que mostraba con claridad que todo gran poeta debía forjar su propio lenguaje. En latín, Dante no podía expresarse con precisión; necesitaba una lengua nueva. En eso, no iba para nada contra su tiempo, ya que había adoptado la lengua de la época. Sin falsas rebeliones, sin estridencias, había logrado expresar todo un sistema filosófico. Eso le había valido más de un sinsabor. Por ejemplo, sus discípulos, sus amigos, el grupo del Dolce Stil Novo, no habían sin duda podido soportar que Dante, elevándose por encima de las querellas de escuela, y del alcance limitado de los pequeños Poetas cortesanos, hubiese querido abarcar en su gran poema filosófico todo el saber humano y divino. «Sí, pero mientras Dante tuvo que exiliarse, él vive de las prebendas de la dictadura», exclamó Tardi, tirando el diario sobre el escritorio y bajando un poco la voz al proferir su subordinada.

A fines de 1950, murió Brando padre. En sus últimos años habría podido tal vez vislumbrarse el porqué de esa autoaboliición a la que había condenado a sus antepasados, los que invitaban a Taine a comer y lo guiaban por un dédalo de palazzi. Era una especie de melancolía. La risita interior con que consideraba, no sin algo de compasión, el universo creado, terminó por llevarse a la tumba. Al otoño siguiente, Brando llegó de Italia con su familia. Según Cuello, que conocía a uno de sus cuñados, un agrónomo que administraba campos de la familia cerca de Malabrigo, Brando exigió desde Roma que todas las acciones concernientes a la herencia se congelaran hasta su llegada, de modo que nadie tocó un solo papel, pero cuando Il Dottore llegó, y siempre según Cuello, que era socarrón pero incapaz de calumniar, lo primero que hizo fue quemar los originales de las novelas veristas de su padre. El resto de los asuntos, que sin embargo no le era indiferente, venía en segundo lugar.

Ya no volvió a irse. Según él, lo demoraban problemas familiares, pero como por casualidad, unos meses más tarde, coincidiendo con un golpe abortado, el general pasó a retiro y nunca más se volvió a hablar de la embajada de Roma. Brando no parecía muy contrariado. Al brillo adicional que le suministraban sus toquitos de oro, se agregaba ahora el resplandor de su temporada europea que, ese invierno, le dio un lustre particular. Ese enchapado le quedó para siempre y, aun para los que lo conocieron más tarde, para los poetas de las nuevas generaciones, que no apreciaban mucho ni al precisionismo ni a su inventor, funcionaba. Brando era una de esas personas que ejemplifican mejor que otras, por una especie de densidad propia, la vieja idea de que todo hombre es único. Se lo reconocía de lejos; se lo veía llegar. Su presencia nunca pasaba desapercibida. Y, una vez que se lo había visto, se entendía en seguida que, seis o siete poetas, algunos incluso mayores que él, se hubiesen plegado a sus consignas estéticas y durante un par de años se hubiesen puesto casi exclusivamente a su servicio. Los que propagaban su doctrina o le pasaban los poemas a máquina debían encontrar, en su alma compacta, un modelo posible para contrarrestar la incertidumbre del propio ser y de las tardes sin salida. Era algo que no tenía nada que ver ni con la ética ni con el talento literario; tampoco con ninguna capacidad particular de seducción porque, en ese sentido, Brando no era para nada activo ni exigente. Más bien podría decirse lo contrario; era de los que rara vez —por no decir nunca— hacen demostraciones de afecto, y su relación con la gente consistía más bien en una cortesía gélida y como distraída. El carácter contradictorio de sus principios saltaba a la vista ya que, en ningún momento, se le hubiese pasado por la cabeza ocultar esa propensión irreconciliable que tenía por la poesía cientificista y por la figuración social en el seno de la burguesía iletrada. Si leía los poemas de sus discípulos era para hacerlos invariablemente pedazos en nombre de la estética precisionista; si los publicaba en la revista era porque, inequívocos, mostraban que la mano del chef de file les había dado el toque final. A la compañía de los poetas prefería la de los leguleyos ricos y analfabetos del Club del Orden, la de los médicos rotarios, y la de los jinetes rapados, limpios y brutales del Círculo Militar. Si iba a tomar algo en un café con alguno de los escritores locales que sobrevivían gracias al sueldito de alguna repartición pública, él, que tenía rentas considerables y que al volver de Europa se había separado del estudio de abogados en el que trabajaba para fundar su propio estudio, siempre se las ingeniaba para eclipsarse en el momento de pagar. Costaba imaginárselo en esas actitudes

y trabajos que son la carga o la delicia de los otros humanos: defecando, fornicando, cortándose las uñas de los pies, relacionado de un modo u otro con la contingencia. A veces, un eco coprológico, debilísimo, que había que estar muy alerta para percibir, vibraba en su conversación. Cuando hacía alguna de esas observaciones que él creía agudas, y que no pocas veces lo eran, se quedaba, durante unos segundos, como ya lo he dicho, con los ojos fijos en los de su interlocutor, esperando una reacción; pero, de otro modo, era inútil buscar su mirada. Sus ojos siempre miraban algo que estaba detrás del hombro del interlocutor si éste era más bajo que él, o en el nudo de su corbata, si era más alto. Para ser más exactos, habría que agregar que tenía más bien oyentes que interlocutores. Cuando dejaba de hablar y el uso de la palabra pasaba al campo contrario, como quien dijese al campo delo exterior, sus ojos, que eran grandes y brillantes, mientras hablaba él, se nublaban o se apagaban, entornándose. Y, sin embargo, tres o cuatro meses después de llegar, en junio o julio de 1951, la máquina precisionista empezó a funcionar otra vez.

Un artículo en La Región, a mediados de julio, sentó las bases teóricas de la segunda época. Su tema era la decadencia de Occidente, que se manifestaba en el irracionalismo del pensamiento y en la importancia creciente que cobraban las masas en las decisiones históricas. «Si sigue así, va a terminar publicando en Selecciones», le comentó alguien a Benvenuto que, sin embargo, acogió el sarcasmo con reserva. De algún modo, el artículo de Brando coincidía con dos de sus tesis favoritas, a saber, que un primer romanticismo, de tipo iluminista, había sido desvirtuado posteriormente por un irracionalismo vulgar y, en otro sentido, que la decadencia de Occidente, que era un hecho incontestable, confirmaba la supremacía del pensamiento oriental. Además, Benvenuto percibía, en el artículo de Brando, ciertas críticas veladas al gobierno. Durante varios días, Benvenuto estuvo preguntándose si llamaría o no a Brando por teléfono, para proponerle un encuentro en algún lugar simbólico y neutral, la fonda de atrás del mercado, por ejemplo, pero por fin la casualidad arregló las cosas, ya que un mediodía en que estaba saliendo de la oficina se topó con Brando que justo iba pasando por la puerta. Los dos hombres se abrazaron en la vereda, bajo el sol tibio de julio, y caminaron juntos dos o tres cuadras, hablando del pasado, de los amigos, de Leonardo da Vinci y de los legistas chinos. Comentando el suicidio de R., Benvenuto supo que Brando había estado al tanto de sus problemas, porque en dos o tres ocasiones R. había venido a verlo muy deprimido y Brando había tratado de calmarlo. (Versiones menos complacientes afirman que Brando, después de

oír las confidencias más o menos veladas de R., lo exhortó a autoexcluirse del movimiento.) Según Benvenuto, en los últimos tiempos R. vivía de excitantes y ya casi no dormía. Se pasaba las noches enteras caminando por la ciudad y a la mañana iba directamente a su trabajo, sin acostarse. Brando le pidió a Benvenuto noticias de Tardi y propuso que se juntaran para un asado en la casa de Guadalupe, a la que se había mudado a su vuelta de Roma (y en la que, por otra parte, seguiría viviendo hasta su muerte). Como notó que Benvenuto vacilaba, Brando sonrió y le pidió los teléfonos de Tardi y de otros ex miembros y dijo que él mismo los llamaría, lo cual descargaba a Benvenuto de una misión difícil, y facilitaba mucho las cosas, ya que si Brando mismo se encargaba de entrar en contacto con los otros precisionistas, la reconciliación iba a ser mucho más probable. De modo que, dos domingos más tarde, a eso de las once, los precisionistas del 45 que quedaban en la ciudad, con sus respectivas familias, empezaron a llegar para el asado en la quinta de Guadalupe.

Los esperaba una sorpresa: era el capitán Ponce el que preparaba el asado. Había llegado el día anterior de Córdoba, donde estaba su regimiento, por uno de esos desplazamientos inesperados de tropa, ya que sus cuarteles estaban en el sur. El viento de la Patagonia, castigándolo continuamente, le había cambiado el aspecto debilucho y le había dado una consistencia como de cuero. Los recibió jovial, con un vaso en la mano, pero preocupado por la evolución de las brasas. Las damajuanas de vino de Caroya que estaban sobre la mesa las había traído él y llenaba los vasos con generosidad y con insistencia, bajo la mirada un poco reprobatoria de Brando.

También estaba presente un desconocido de los precisionistas históricos, el doctor Calcagno. Era un hombre serio, casi triste, bien educado, y aunque le llevaba varios años a Brando, parecía intimidado por su persona y le daba la razón en todo, aun en cosas en las que no daba la impresión de estar de acuerdo. Tenía la cátedra de Derecho Romano en la facultad y gozaba de cierta reputación en su especialidad, y como Brando había dejado el estudio en el que trabajaba para instalarse por su cuenta, dos o tres años más tarde se asociaron y ya no volvieron a separarse. Calcagno era como la sombra discreta y obediente de Brando; le aceptaba todo; aun a Tardi, que había sido casi literalmente el sirviente de Brando durante el primer período del movimiento precisionista, lo escandalizaba tanta sumisión, tal vez también porque se sentía amoscado de que a partir de ese momento, Brando prefiriese la servidumbre de Calcagno a la suya. Ganaban mucho dinero con el estudio, pero, aunque Brando se reservaba

algunos legajos que trataba personalmente y al margen del estudio en el que se habían asociado, era Calcagno el que se encargaba de todo el trabajo, lo cual hubiese sido más o menos comprensible si la razón era dejarle tiempo libre a Brando para sus actividades literarias, pero Calcagno se ocupaba también de toda la parte práctica del movimiento, revista, difusión, actos públicos, corrección de pruebas, correspondencia. Ni siquiera unos años más tarde, cuando se casó con una mujer muchísimo más joven que él, Calcagno dejó de observar esa obediencia religiosa a Mario Brando. Lo curioso es que Calcagno ni siquiera escribía y, además, era un hombre honesto, pero incluso cuando Brando, después de la Revolución, fue ministro provincial y tuvo que renunciar por oscuras razones de corrupción que nunca se aclararon del todo y que, a pesar de su oportunismo, le vedaron a aspirar en el futuro a otro cargo público, Calcagno, cuya honestidad nadie podía poner en duda, siguió sosteniéndolo hasta la muerte.

Con ese asado, el segundo período institucional del precisionismo después de haber sido anunciado por La Región o por el artículo de Brando, quedó inaugurado. Brando, a su vuelta de Europa, debía necesitar mucho la reconstitución del grupo, porque de otra manera no hubiese invitado a sus discípulos con familias y todo a la casa de Guadalupe. Fue un gesto de reconciliación que no se volvió a repetir. Una vez que se aseguró la colaboración de los tres o cuatro poetas de la vieja guardia, siguió encontrándose con ellos en bares alejados del centro o en fondas macilentas y periféricas. Su vida social, en cambio, transcurría en su casa y en las de sus amigos ricos e ignorantes, en el Jockey Club o en los círculos gubernamentales aunque, a medida que el gobierno iba perdiendo popularidad él, aunque había tenido un puesto diplomático en Roma, se iba poniendo imperceptiblemente del lado de los que, tres o cuatro años más tarde, después de un par de golpes abortados, terminarían por derrocarlo. El único que compartía con él los dos mundos era la sombra fiel del doctor Calcagno.

El oportunismo político de Brando, hasta sus enemigos más irreductibles se lo admiraban. En cinco o seis años había realizado la hazaña de hacerse nombrar agregado cultural en Roma por un gobierno, pasando varios años en Europa con su familia, con un sueldo de diplomático, y sin ningún tipo de declaración, de toma de posición pública, e incluso sin ejercer en apariencia ninguna actividad política; y, apenas el interventor de la provincia formó el primer gabinete después del golpe de Estado, había sido llamado para ocupar el cargo de secretario de Obras Públicas. De no

haber sido por ese episodio confuso de malversación, que nunca quedó claro, y que no tuvo para él más consecuencia que inducirlo a retirarse de la política, era casi seguro que lo hubiese esperado una trayectoria nacional.

Eran la poesía, la ciencia, la astronomía en particular, lo que le interesaba. En su casa de Guadalupe, en una torrecita que le servía de estudio había instalado un observatorio en el fondo del jardín y se encerraba en él todas las noches. Aparte de Calcagno, que iba a menudo a visitarlo, muy pocas personas gozaban de ese privilegio. De algún poeta o periodista de Buenos Aires, es decir, de quien pudiese difundir más allá de la ciudad su imagen de poeta o estudioso del arte y de la ciencia, la visita era particularmente apreciada. Después del golpe de Estado, cuando fue secretario de Obras Públicas, le hicieron una entrevista que ocupaba una página entera, con una foto en la que se lo veía inclinado, mirando el cielo a través de un telescopio. Lo asombroso es que la nota salió en La Prensa, luego que sus propietarios legítimos recuperaran el diario, y eso a pesar de que había publicado su «meditación al pie del Duomo de Florencia» mientras el diario, confiscado por el gobierno, se había transformado en un órgano oficialista. Alguien dijo una vez de Brando que no necesitaba paraguas, porque los días de lluvia era capaz de pasar entre las gotas sin mojarse. Lo que sí había que reconocerle, según la misma persona, y varias más, incluidos algunos de sus enemigos, era su fidelidad a la poesía, aunque se corría la voz de que al margen de sus textos precisionistas escribía una poesía más clásica que muy pocos, por no decir nadie, conocían y con la que proyectaba salvar su reputación si alguna vez el precisionismo pasaba de moda.

Tal vez se trataba de un error de su parte, porque el precisionismo era una auténtica creación local, el movimiento literario más original de una ciudad que, desde el romanticismo e incluso desde el gongorismo, acogió siempre las novedades artísticas aclimatándolas al ambiente regional y encarnándolas en algún artista del lugar. Produjimos poetas románticos en cantidad mayor de lo que hubiese sido prudente desear, e incluso un relato de la misma escuela, La novela de un joven pálido, apareció casi al mismo tiempo que empezaron a pulular las novelas realistas y más tarde naturalistas, de las que salió el grupo de escritores regionalistas capitaneados por Cuello y Righi. El simbolismo y la poesía francesa se difundieron gracias al modernismo, y como lo señalé más arriba, sus últimos representantes todavía en los años sesenta sabían de memoria los discursos de Belisario Roldán. En los años cuarenta

empezaron a aparecer, en el plano local, los primeros surrealistas, pero también los místicos y tradicionalistas neoclásicos, que se agruparon en la revista Espiga. También tuvimos autores que practicaban el realismo socialista, el expresionismo, la escuela viril norteamericana, la novela objetiva, y hasta la escritura, la vida práctica y el aspecto físico de la beat generation. Todos estos movimientos habían comenzado en otras partes, habían recorrido el mundo y habían terminado por ganar algún adeptos en la ciudad; solamente el precisionismo había nacido en ella, sean cuales fueren, si tenía alguna, las convicciones políticas y morales de su inventor y sea cual fuere asimismo el crédito que el creador le daba a su creación. Mario Brando, el precisionismo y la ciudad eran tan inseparables para los críticos literarios de Buenos Aires, de Asunción o de Montevideo, como pueden serlo para los teólogos cristianos las tres personas de la Trinidad. Los que tenían una idea personal de la literatura no se dejaban intimidar por el éxito de Brando en los años cuarenta y cincuenta (después, en la tercera época, ya estaba un poco olvidado), pero muchos personajes locales que comprendían el ostracismo merecido de su propia mediocridad ante la eterna injusticia de Buenos Aires para con los valores del interior, se identificaban con el reconocimiento de que gozaban Brando y su escuela poética y se sentían orgullosos de que fuese una gloria de la ciudad. Era un producto local como los pescados de río, las frutillas de Coronda, el puente colgante o, más tarde, el túnel sub fluvial. Por primera vez un autor de la ciudad no representaba el paisaje típico, la fauna y la flora características de la zona, sino relaciones universales que, según la teoría precisionista, debían existir entre el lenguaje poético y el lenguaje científico. Por dudosa que fuera la estética, resultaba indudable que encontraba un interés atento y desapasionado en los tiempos que corrían.

La vida de Brando era todo lo contrario de lo que hubiese podido esperarse de un poeta, en todo caso de los estereotipos más corrientes con los que se suele imaginar la vida de un poeta. Brando no bebía, y fumaba muy poco —según las malas lenguas «el médico le había prohibido comprar». Su existencia familiar era convencional y oscura, y se limitaba a la familia de su mujer y a sus dos hijas. Después de la muerte del viejo Brando, había dejado de verse con sus hermanas. Estuvo a punto de suscitarse un pleito en el momento de repartir la herencia, pero el conflicto se arregló con discreción antes de llegar a los tribunales. Las hermanas no le habían perdonado que hubiese quemado todos los papeles literarios de su padre apenas llegó de Europa, ni que se hubiese quedado con la casa de Guadalupe, que el padre había hecho construir a finales de los años veinte

para toda la familia, sin siquiera aceptar discutir el asunto con ellas. Dos se habían ido a vivir a Rosario y la tercera se instaló en Italia. Escribía como su hermano, pero en italiano, como el padre: novelas realistas, con cierta crudeza social e incluso erótica, y en las que se llamaba al pan pan y al vino vino, «sin disimular la hipocresía provinciana con ridículos neologismos científicistas», como me escribió en una carta desde Roma, poco después de la muerte de Brando.

A decir verdad, en los últimos años de su vida, desde mucho antes de que se enfermara (un tumor en el colon se lo llevó en unos meses), Brando vivió bastante recluso. Se ocupaba más del estudio jurídico y de sus relaciones sociales y familiares que del precisionismo y de la poesía en general. De tanto en tanto, sin embargo, aparecía en La Región, en La Capital, o en algún diario de Buenos Aires algún artículo o algún poema. Pero el movimiento precisionista propiamente dicho ya pertenecía al pasado. En el año sesenta un artículo en La Nación celebró el vigésimo quinto aniversario del primer puchero en La Giralda, firmado por el propio Brando, quien había aportado una foto de la cena.

Tomatis termina de leer el texto impreso por computadora y dando vuelta la última hoja blanca la pone encima de las otras, con la parte impresa hacia abajo; después, recogiendo el paquete de hojas, los sacude golpeteándolos por el canto inferior contra la carpeta de cartulina malva que se apoya sobre sus rodillas, varias veces, para que las hojas queden bien superpuestas. En la primera, hacia la mitad de la página aparece el título en mayúsculas, EL PRECISIONISMO, y más abajo, en cursivas, por *Un testigo de su tiempo*, y después de un espacio en blanco, empieza el texto propiamente dicho. Mientras realiza todas estas operaciones, Tomatis mantiene todavía, entre el índice y el medio de la mano derecha, apoyándola también en la separación entre el índice y el pulgar, la birome roja con la que ha venido haciendo, de tanto en tanto, anotaciones en el margen de las hojas. Por fin cierra la carpeta de cartulina malva, e introduciéndola en uno de los compartimientos del portafolios abierto que se encuentra en el asiento de al lado, el que da al pasillo, la deja caer, lo mismo que la birome, no sin antes hacer funcionar el resorte que retrotrae la punta al interior del capuchón de metal que la protege. Después pone los codos en los apoyabrazos que limitan su asiento y, girando la cabeza, fija la vista, sin verlo, en el paisaje que desfila del otro lado de la ventanilla, y se inmoviliza.

El temor de Gabi de que Tomatis sospechase la verdadera identidad del *testigo de su tiempo* era fundado; antes de leer el texto, antes de haber

recibido la copia, apenas Gabi le habló de su existencia, Tomatis ya había resuelto el supuesto misterio acerca de su autor, decidiendo al mismo tiempo que jamás le transmitiría a Gabriela su certidumbre. De todas maneras, es siempre el texto lo que cuenta, nunca el autor, al menos si se trata de literatura, y más aún de literatura de ficción, sobre todo la que pretende no serlo y se presenta a sí misma como un informe verídico. Cada palabra, por simple y directa que sea, ya es una ficción: ¿qué esperar entonces del resumen de un supuesto *testigo de su tiempo* que escribió varios años después de haber ocurrido los acontecimientos que narra, a la mayoría de los cuales jamás asistió, como los evangelistas que ni siquiera conocieron al suscitador de la *buena nueva*, del que por otra parte, hay tan pocos indicios de que haya existido realmente? Y, removiéndose con cierta satisfacción en el asiento, Tomatis sonrío y después mira a su alrededor, en el interior del colectivo, para verificar que nadie lo ha sorprendido riéndose solo.

Es prácticamente imposible que eso ocurra. La plataforma superior del colectivo de dos pisos *comfort ejecutivo*, está casi vacía. Los sábados a la tarde, en el horario (desde Rosario) de las 17:40, si bien éste es la víspera de Semana Santa, los colectivos entre Rosario y la ciudad, que ruedan por la autopista en uno como en el otro sentido, verdes, rojos, blancos, metalizados, según la compañía, nunca van demasiado llenos; los viernes y los sábados a la mañana, en cambio —los que viajan con frecuencia lo saben—, es prudente comprar *el* pasaje con cierta anticipación. Por mil razones diferentes, desde hace décadas, Tomatis, del que las malas lenguas dicen que jamás en su vida tomó un colectivo urbano, viaja bastante en esos colectivos interurbanos; desde los tiempos heroicos, cuando para recorrer ciento setenta kilómetros —si se trataba del intermedio y no del expreso— como paraba en cada uno de los pueblos que bordean la ruta de doble mano, podía ponerle hasta cuatro horas y a veces incluso más: si se producía un embotellamiento a partir de San Lorenzo, en los suburbios industriales de Rosario, podía demorarlo quince o veinte minutos suplementarios, a la ida como a la vuelta. Desde la inauguración de la autopista, en los años setenta, el viaje se redujo a dos horas veinte, lo que a veces obliga a los choferes a ir casi a paso de hombre por la autopista desierta, en los últimos treinta o cuarenta kilómetros del trayecto, para no llegar adelantados.

En la plataforma superior, aparte del suyo, apenas si hay una decena de asientos ocupados, y dos solamente bien al fondo, detrás del lugar en el que él está sentado. Dos chicas estudiantes en la primera fila, de cara a la ventana panorámica, justo encima de la cabina del chofer; una señora muy

madura con un chico que, dedujo Tomatis al verlos subir, son seguro una abuela con el nieto que ha ido a buscar a Rosario para traerlo a pasar con los abuelos las vacaciones de Semana Santa; un muchacho con una valijita que Tomatis ya ha visto en el bar de la Terminal, tomando un café como él, en una mesa cercana a la suya, y que le llamó la atención porque leía una vieja traducción castellana de *La educación sentimental*, dos filas más adelante; en los dos asientos frente al del muchacho, una pareja de edad mediana, cuarenta, cuarenta y cinco años a lo sumo, a los que vio en el andén entregarle al encargado del equipaje una gran valija con rueditas llena de etiquetas de hoteles, de países y de compañías aéreas, dos de las cuales colgaban de un hilito en la manija, lo cual probaría que vuelven de un viaje reciente. Por último, en el fondo, dos muchachos, probablemente estudiantes también, que adelantaron el viaje para poder asistir al clásico del domingo: por lo menos, es lo que creyó comprender Tomatis cuando, ya instalado en su asiento, los vio subir por la escalerita en semicircular que lleva de la plataforma inferior a la superior, de los fragmentos de conversación entusiasta y algo ruidosa que oyó cuando pasaron junto a su asiento para instalarse en los últimos, del otro lado del pasillo. Por la posición en la que se encuentran respecto de él, serían los únicos, por otra parte, que hubiesen podido sorprenderlo sonriendo para sí mismo.

El aire acondicionado no basta para explicar la frescura agradable en el interior del colectivo; desde luego que de allí es de donde proviene la sensación, pero algo más general que los meros datos sensoriales, la *impresión* de frescura se debe a que todos los pasajeros que viajan del lado del sol, excepto Tomatis, que la ha replegado para ver el exterior, han mantenido cerradas las cortinitas que protegen del sol, tal como las encontraron al subir al colectivo, dejadas así tal vez por el personal de limpieza; y en cuanto a las ventanillas del otro lado del pasillo, no ha sido necesario correrlas, porque la sombra misma del colectivo protege a los viajeros de los rayos solares; de modo que entre el lado de la sombra y el lado del sol con todas las cortinitas desplegadas, aparte de la de Tomatis, más el aire acondicionado, se ha formado una penumbra fresca, rayada en distintos lugares por algunos filetes de luz que se cuelan a través de los bordes laterales de las cortinas que a veces no recubren enteramente los vidrios, penumbra de la que Tomatis, trayendo en la memoria, ya que no en el cuerpo, el recuerdo del calor que hace afuera, experimenta una impresión de delicia. La cortina replegada la atenúa un poco, pero entre el calor que le transmite a través del vidrio el sol todavía alto, y la frescura interior que se adhiere a su piel, siente de pronto, después de media hora de trayecto, a

pesar de los treinta grados con los que se prolonga, en los comienzos de abril, el verano tardío, una reminiscencia física de primavera que, por asociación sensorial, lo devuelve, durante unos segundos de inesperada y violenta felicidad, al que solía ser muchísimos años atrás, en lo que por costumbre llama su juventud, de la que no podría decir si se trata realmente de una etapa pasada de su vida, de una invención en el encadenamiento incesante de sus imágenes interiores, de una ilusión, o mejor aún, de una leyenda.

Esa fuente física de felicidad surge sin duda de una serie de elementos casuales, temperatura corporal y temperatura exterior, luz y penumbra, calma y pasividad provisoria del viajero, repetición de una situación semejante en la que se ha encontrado muchas veces desde la adolescencia, instalado en los colectivos entre Rosario y la ciudad, pero en el caso presente la lectura del texto sobre el precisionismo también ha puesto en movimiento, trayéndolas desde el fondo oscuro sin hacerlas totalmente conscientes, reminiscencias de otras épocas, a partir de mediados de los cincuenta sobre todo, al final de la adolescencia. De esos años le vuelve a menudo un recuerdo repetido que parece uno solo pero que en realidad está compuesto de fragmentos que provienen de muchos recuerdos similares, las excursiones en canoa por el río que hacían con Barco saliendo del club de Regatas. Subían a la mañana bien temprano, cuando recién empezaba a clarear y, turnándose con los remos, se internaban por el laberinto de riachos y de islas que conocían bien pero no lo suficiente como para no perderse de vez en cuando en algún recodo, en el que la anchura del cauce, la dirección de la corriente, la vegetación y la forma de las islitas que cruzaban eran tan idénticas a todas las otras por las que ya habían pasado, que por momentos tenían la impresión de haber permanecido en un punto fijo, sin avanzar un milímetro, del río omnipresente y desmedido. Más de una vez se encontraban en algún pasaje desconocido y, parando de remar, dejaban ir la canoa a la deriva, corrigiendo apenas de tanto en tanto el derrotero con un golpe de remos, sabiendo que en cualquier momento volverían a encontrarse en algún lugar familiar de esa extensión incesante y desierta de islas y agua. Desde el alba, cuando veían clarear el cielo enfrente de ellos, en el este, hasta bien entrada la mañana, remaban, protegiéndose del sol a veces en alguna orilla de sombra, descansando un rato sin desembarcar, despatarrados en la canoa, tomando traguitos de agua o comiendo alguna fruta para engañar el estómago hasta la hora del almuerzo, después del mediodía, al abrigo bajo un árbol en el interior de alguna isla, huyendo de la luz cruel del sol en el cenit, enceguecedor y blanco, diseminando sus astillas

incandescentes por todo el espacio visible, como si ya no hubiese más cielo y tierra, agua y vegetación, materia aglutinada en cosas distintas, de consistencia y de color diferentes, sino un solo fluido destellante suplantando la variedad multiforme y multicolor de lo existente. Ese momento, lo piensa ahora Tomatis con palabras de adulto pero entonces era una experiencia sin nombre, cuando la diversidad de la apariencia en la que el mundo se descomponía era reabsorbida por el flujo que, de tanto en tanto, le permitía ondular durante un lapso incalculable en el espacio que le pertenecía, para borrarla casi de inmediato. Ese recuerdo múltiple, hecho de fragmentos de muchos recuerdos repetidos, difiere de uno más intenso, único, referencia lejana pero nítida de una mañana de noviembre, en la que, durante un buen rato, mientras la canoa derivaba por pasajes del río que eran a la vez familiares, porque se parecían a otros, y desconocidos, porque era la primera vez que los atravesaban, la luz fluyó de tal manera que toda la superficie del agua, del aire y del cielo se transformó en una incandescencia blanca homogénea y vibrante, mientras que la tierra rojiza de las islas y la vegetación de un verde azulado parecían de pronto recubiertas de una especie de laca brillante; las florcitas de la orilla, acuáticas o terrestres, blancas o de colores vivos, brillaban, esmaltadas por la luz ubicua y activa que, paradójica, hacía relucir hasta las zonas de sombra. Flamante, el mundo acababa de surgir de su pozo hondo de nada y flotaba en un cauce de la luz que lo envolvía con su túnica ondulante y aterciopelada: Tomatis, recostado contra el borde de la canoa que iba a la deriva, lenta, estaba ahí contemplándolo, poseído por una alegría intensa, inextinguible. El agua y las islas permanecían igualmente inmóviles; la superficie líquida parecía enchapada en una sustancia lumínica y la canoa, prescindiendo de la tracción de los remos, se deslizaba por ella, silenciosa, sin encontrar resistencia. El presente era una ilusión mágica en la que todo lo que cuesta esfuerzo, desencanto o dolor, había sido neutralizado: las leyes de la física, las pulsiones incontrolables, los recuerdos corrosivos, el tiempo que pasa, lo exterior indiferente e incluso adverso a los deseos. En esa inmovilidad general, el deslizamiento de la canoa difería del movimiento habitual, a causa del silencio sin duda, pero también de la facilidad con que esa sustancia lumínica, ondulante y vibratoria, que le otorgaba un halo supraterrrestre a las cosas, se dejaba atravesar sin esfuerzo, con lentitud y calma, aquiescente y benévola. De tanto en tanto, algún pájaro, saliendo, brusco y colorido, del interior de una isla, cruzaba el paisaje inmóvil, volando compacto y rápido por encima del agua, casi sin aletear, para ir a desaparecer entre la vegetación de la isla de enfrente, pero el movimiento

necesario para cumplir su trayecto parecía ficticio, extraño, y aunque la mirada había asido en una sola ojeada la totalidad del trayecto, en los segundos inmediatos en los que desaparecía para la percepción, cuando insensiblemente se había vuelto imagen en *el* recuerdo, el vuelo ininterrumpido se transformaba en una serie de fragmentos inconexos y extáticos, fijos en diferentes etapas discontinuas de la trayectoria. Mirando a Barco sentado, con los ojos entornados, del otro lado de la canoa, teniendo en las manos los remos recogidos, Tomatis pensó que se había quedado dormido, pero más tarde, cuando les volvieron las ganas de hablar, Barco le dijo que, intrigado por el silencio súbito que se había instalado en esa parte del río, había tratado de oír algo que explicara ese silencio, o de escuchar todos los rumores imperceptibles, del agua o de las islas que habitualmente los ruidos corrientes impiden escuchar. La respuesta de Barco, sin ayudarlo a comprender lo que había pasado, lo tranquilizó, porque gracias a ese silencio inhabitual que Barco había creído percibir, las impresiones singulares que ese flujo de luz matinal había suscitado en él, tenían una fuente objetiva, y no eran meramente alucinatorias. Fresco y reluciente, traído al alcance de los sentidos por ese fluido rutilante, lo visible, por su simple aparición, le transmitía esa euforia contagiosa que lo mantuvo, durante varios minutos, en una exaltación sosegada y liviana.

Contento, Tomatis se revuelve en su asiento, no sin antes echar una mirada rápida y discreta hacia la fila de atrás, a su derecha, del otro lado del pasillo, donde los dos muchachos que venían parlotando desde que el colectivo dejó la Terminal, han hecho silencio, de modo que Tomatis quiere verificar que no es el interés de estar observándolo a él lo que los ha hecho callar, como si, estudiándolo con atención, hubiesen podido deducir de algunos detalles ínfimos de su comportamiento, la emoción intensa que acaba de asaltarlo y que, por nada del mundo, le gustaría exponer a la indiscreción ajena. Pero, por lo que alcanza a distinguir con su mirada brevísima, los dos muchachos simplemente se han hartado de hablar y ahora descansan, leyendo una revista deportiva que uno va hojeando despacio para que el otro, el que está del lado de la ventanilla, inclinado hacia él, pueda leer a su vez los títulos y mirar las fotografías. Satisfecho, Tomatis se olvida de ellos casi de inmediato y se recuesta contra el asiento. El sol de las seis sigue alto y amarillo, en un cielo sin nubes; pero las sombras de los árboles, de las casas, de los galpones, de los molinos, se alargan hacia el este proyectándose sobre el pasto que las lluvias del fin de semana anterior, que se prolongaron hasta el martes a la noche, incluso la madrugada del miércoles, hicieron reverdecer. Después de salir de la Terminal de Rosario,

el colectivo dejó la ciudad atravesando los barrios del oeste hasta alcanzar la avenida de circunvalación y tras rodar por ella bordeando el dilatado cinturón de villas miseria que rodea la ciudad, alcanzó la autopista y enfiló hacia el norte, hacia la ciudad. Recién entonces Tomatis retomó la lectura del texto sobre el precisionismo —aunque conocía los de Rosario de memoria, los arrabales de cualquier ciudad, vistos desde el colectivo o desde el tren lo atraían, y le gustaba observar todos los detalles con minucia aplicada: las fachadas, los negocios, las calles transversales que, en cada esquina, a menudo sin asfaltar cuando estaban bien en las afueras, se perdían, rectas, hacia el horizonte. En los barrios populares de Rosario, en los jardincitos delanteros, exigüos, en los que casi no hay lugar más que para un arbusto grande, a menudo se trata de un hibisco, del que, se acuerda Tomatis cada vez que ve una de esas plantas, Frazer dice que para la mayoría de los pueblos más antiguos del planeta, es la especie cuya madera mejor conserva el fuego primigenio del incendio universal, después del cual renació el universo, porque es la más apropiada para encender el fuego frotándola con un palito. En ciertos pueblos, según otros autores, el hibisco simboliza el universo mismo, a causa quizás, dedujo alguna vez Tomatis, de la floración continua y fugitiva que produce: las flores rojas (hay de otros colores, pero el hibisco rojo es el más frecuente) se forman y se abren en unas pocas horas, pero no duran mucho; y mientras se marchitan y caen, otras se abren a la vez, de modo que la planta desarrolla una actividad continua, semejante a la del universo, en el que mundos, estrellas y galaxias se encienden y se apagan, nacen y mueren, en un chisporroteo constante, del que la duración exacta y el ritmo únicamente podrían calcularse desde un improbable exterior.

Las villas miseria, collar incesante de pobreza que se ciñe al perímetro de la ciudad igual, piensa Tomatis, que un nudo corredizo al cuello de un condenado, tienen en el atardecer de sábado un aspecto calmo, por no decir amistoso, a pesar de la indigencia enquistada en las chozas precarias que se sostienen unas a otras, como por milagro; Tomatis lo sabe por haber pasado delante decenas de veces, desde hace tantos años. Y, desde los primeros viajes a Rosario, la cinta de miseria alrededor de la ciudad se fue alargando hasta rodearla por completo. A ella han ido a parar sucesivamente todos los que, viniendo desde el fondo de la aflicción, en las provincias del Norte, en el Paraguay, en Bolivia, e incluso en el Perú, pensaban encontrar en las ciudades del litoral algún alivio o alguna esperanza. Para la mayoría, pestañeando todavía de extrañeza y de incredulidad, al descubrir, atontados por la desmesura de la evidencia, que eran carne viva tirada al mundo

porque sí, para sobrevivir en él a la placenta que los nutrió durante nueve meses, la pobreza era ya un progreso, la maldición del trabajo un premio, el rancho un abrigo, y la ciudad a la que muchos iban para trabajar, contemplada a lo lejos, desde la periferia, la tierra prometida. Para otros, el escándalo se perpetúa en la pobreza, y los que no chapaleaban en ella, los que por herencia, suerte, perseverancia, mérito, malversación, explotación del prójimo, vivían en la atmósfera legendaria de un mundo sin privaciones, eran para ellos como una especie extranjera, serpiente, viuda negra o escorpión, con la que era imposible identificarse y a la que había que aplastar sin contemplaciones, para evitar la picadura mortal, la mordedura del enemigo atávico que defiende su territorio. Otros se resignaban a hurgar entre lo que la ciudad desechaba, los basurales, buscando el filón de trapos, de papel, de cartón, de vidrio, de metal, que daba de comer por un día o dos. Había quienes en el cuerpo adolescente, propio o de algún otro, a veces incluso en el que más querían, donde hubiesen podido calmar la sed, apaciguándose, igual que una fuente inagotable de sosiego, armaban un tinglado de venalidad, de desprecio, de perversión, y hacían de ese señuelo sin vida un comercio. Algunos mataban o se hacían matar porque sí, infundiéndoles miedo no únicamente a sus enemigos, sino sobre todo a sus madres, a sus abuelos, a sus hermanos. Y sin embargo, los que habían llegado de otras partes —zonas rurales perdidas en el norte, reservas miserables de indios, últimos representantes de tribus famélicas que, si habían ido a la escuela, había sido para aprender que desde mucho tiempo atrás, ya no había más indios en la región—, pensaban con razón que habían progresado, pasando de nada a algo: algún trabajo, alguna escuelita en medio de los ranchos en la que a veces flameaba un trapo azul y blanco, un dispensario, un comedor escolar, una capillita o un templo evangelista, pero también bailes, los actos políticos donde los candidatos venían a repartir comida, ropa o frazadas para comprar sus votos, o un baldío con los arcos blancos en cada punta, donde a menudo, chicos harapientos y sudorosos corrían durante horas detrás de una pelota, gritando y gesticulando hasta que los comía el anochecer. Cuando el colectivo pasaba hace un rato justamente, chicos y grandes jugaban un picado y un grupo de curiosos los miraba, dispersos en los bordes del terreno. Al lado, en una pista al aire libre, cerrada al frente por un tapialito y un arco en el medio de ladrillos sin revocar —club social y deportivo *La Quema* dice un cartel arriba del arco— se prepara un baile para la noche. En el cordón dilatado de pobreza hay zonas más miserables que otras; en las peores, la villa, con sus cuevas de palo, paja, cartón, madera de cajón y lata oxidada, predomina, pero en otras

partes la construcción se adecuenta con adobe emparejado, ladrillo sin revocar, puertas y ventanas; ante algunas de esas casitas hay incluso un auto viejo, una moto, una bicicleta con un canasto de reparto detrás del asiento. Una extensión ancha de pasto, dividida en dos por una cuneta, separa la franja de construcciones del asfalto de la avenida de circunvalación. En las intermediaciones de la cuneta, el pasto está sembrado de papeles retorcidos, bolsas de plástico, latas vacías, botellas rotas o manchadas de barro, paquetes vacíos de cigarrillos; de tanto en tanto, grupos de eucaliptos enormes, de acacias altísimas, de algarrobos ya sin hojas de cuyas ramas cuelgan las vainas marrones, de paraísos, recuerdan que esa franja populosa fue alguna vez campo, chacras, quintas, llanura despoblada y lejana. La luz de las seis, porosa y homogénea, recubre la tierra, las construcciones, el pasto, los árboles de una pátina de oro rojizo, molido, del que el polvillo más fino sigue todavía flotando en el aire. Y el atardecer está tan calmo, que en una calle de tierra perpendicular a la avenida, Tomatis vio, inmóvil, igual que un monumento evanescente, una nube de polvo, levantada un rato antes por algún vehículo ya invisible en la calle, demorándose sin desplegarse ni caer, en el aire caliente y sin viento. Después del cruce con la ruta a Córdoba, en la entrada de la autopista, a dos o tres kilómetros de la avenida de circunvalación, a los dos costados del camino, pasaron la quema, con sus estratos apelmazados de basura humeante en algunos lugares, y chicos, mujeres, hombres, inclinados sobre la montaña de sobras expelidas por la ciudad, hurgando en ella, buscando el salario del día. Y después, las primeras casitas —muchas de ellas viejísimas— que vacilan entre ser ya campo o todavía ciudad, rodeadas de árboles, con algún caballo tascando en el campito de atrás, o una quinta, un molino inactivo y herrumbrado, un humo de ladrillos que flota sobre la cima de la pirámide trunca en que ha sido dispuesto. Tomatis se ha puesto a leer las páginas que le faltaban apenas dejaron atrás la ciudad, alzando de tanto en tanto la cabeza para echar un vistazo rápido por la ventanilla, y ahora, después de haber guardado el texto con las anotaciones al margen que acaba de hacerle, después de haber sido asaltado por una intensa y repentina felicidad, se ha recostado contra el respaldar del asiento y mira desfilar el paisaje a través del vidrio, el único que no está tapado por la cortina desplegada para proteger el interior del colectivo del sol declinante pero todavía fuerte que va bajando, imperceptible y lento, hacia el horizonte en el oeste. Hace treinta y cinco minutos que dejaron la Terminal de Rosario, de modo que dentro de una hora y tres cuartos, a las ocho en punto si todo va bien, entrarán en la Terminal de la ciudad.

Desde el año anterior, en que Alicia empezó a estudiar farmacia en Rosario —la presión de la abuela a la que Haydée, la madre, nunca fue capaz de resistir, terminó imponiéndose con su determinación implacable, arrolladora—, Tomatis viene a visitarla de vez en cuando los sábados a la mañana, según un plan que no cambia nunca: ella lo espera a las diez en la Terminal, para ir en taxi al centro, donde recorren las calles peatonales, los negocios, las galerías; cuando Alicia ve algo que le gusta, entra a probárselo y si decide comprarlo, Tomatis, que se queda esperando en la vereda, entra y lo paga. A las once y media toman un café rápido en la calle Córdoba, y después siguen el paseo. A las doce y media, recorren un par de librerías, Tomatis compra algún regalito para su hermana, y a eso de la una y media, dos menos cuarto, van a almorzar a uno de esos lugares de moda que les gustan a los jóvenes, donde se comen sándwiches originales y ensaladas que cada uno elabora eligiendo los diferentes elementos expuestos sobre una mesa. Tomatis pide una cerveza y Alicia una gaseosa. Desde hace tiempo, Tomatis se ha resignado ya a que Alicia herede la farmacia de su abuela materna: él hubiese querido que estudiase filosofía, música, bellas artes, diplomacia, antropología, física, todas esas carreras románticas que ciertos padres, enternecidos por los angelitos regordetes que contemplan en la cuna desde que vinieron al mundo, proyectan para ellos en un futuro imaginario del que toda contradicción, toda adversidad, toda contingencia, vistas así desde lejos, han sido evacuadas. El día en que Alicia vino a almorzar con él y con su hermana y les anunció que se iba a Rosario a iniciar sus estudios de farmacia, Tomatis se atragantó con la cucharada de sopa que estaba sorbiendo en ese momento, y la discusión que siguió fue recia y larga, sobre todo porque a su hermana le parecía también una idea excelente, lo que a decir verdad no significaba nada, porque de todas maneras Alicia y ella siempre estaban del mismo lado —es decir, contra él— en las discusiones. La amargura de Tomatis duró un tiempo, hasta que terminó por calmarse, e incluso empezó a decirse que, después de todo, era lo mejor para Alicia: tener una vida programada de antemano, excluida de cualquier clase de sobresalto, benéfico o perjudicial. Sin embargo todavía se sorprende de cuando en cuando tratando de detectar en ella, por mínimo que sea, algún indicio de rebeldía.

Durante la semana que acaba de transcurrir, después de haberle anunciado el lunes a Alicia su visita y de haber comprado esa misma tarde el pasaje para el colectivo de las siete cuarenta del sábado, ha estado llevando, como él mismo dice, *la existencia monótona de un rentista burgués de provincias con pretensiones literarias*, y, como declaró el jueves a la noche

en el bar de *Amigos del vino*, mientras tomaban unas botellas de sauvignon blanco con Violeta, Nula y su mujer, Gabi y Soldi, *afortunadamente interrumpida de vez en cuando por algún velorio, alguna página potable o alguna borrachera*. Aparte de Nula y de Diana, su mujer, todo el mundo conocía la frase, y aunque era mucho más reciente que la del colectivo no lo bastante lleno que habían comentado en la misma oportunidad, causó el buen efecto habitual, de modo que las risas que la recibieron suscitaron también la del que la había proferido. Únicamente Nula y Diana ignoraban que la supuesta modestia de autocalificarse como *rentista burgués de provincia*, era un modo solapado de compararse con Flaubert, y si ahora, en el colectivo, Tomatis vuelve a sonreír, es por empatía con los otros tres que, de la frase, entienden siempre la alusión velada y no el sentido explícito. Cuando se despidieron de los demás, al salir del bar, en vez de llevarlo hasta su casa o invitarlo a tomar una copa a la suya, Violeta le propuso ir a dar una vuelta en auto por la costanera —le gustaba encerrarse en el auto, poner música y dar vueltas de noche incluso hasta la madrugada por la ciudad y los pueblos de los alrededores si al día siguiente no trabajaba. A Tomatis lo complace esa inclinación de Violeta. Esa noche puso la *Gran Fuga* de Beethoven comentando, después de las primeras notas, *No se parece a nada conocido*, y rumbeó, por las calles desiertas, hacia la costanera, por la avenida del Puerto, donde había algunos camiones estacionados, pero nada en las inmediaciones que se moviera o diese la menor señal de vida. Los amoríos intermitentes que mantienen desde hace algunos años son leales pero exentos de pasión, desmesura fastidiosa que por cierto no extrañan. Y aunque fornican sin complejos y sin tabúes, dentro de los límites que les fijan sus ocupaciones y su estado físico, es la amistad, la parte intelectual y afectiva de sus relaciones lo que los mantiene unidos. Los dos están de vuelta de una vida amorosa, e incluso familiar (Violeta tiene dos hijos) en la que no faltan ni la exaltación ni las catástrofes habituales, y esas dos estridencias los han inducido a preferir, cada uno por su lado, para los años de madurez, una sensualidad menos ambiciosa, pero más reflexiva y más calma. A pesar de que Tomatis le lleva diez años, Violeta no pierde su sentido crítico, lo que a Tomatis lo regocija. Según él, su relación con Violeta contribuye a refutar lo que piensan de él todos sus viejos amigos, a saber que, a causa de un egocentrismo inmoderado, pasa por la existencia demasiado contento consigo mismo, insensible a los reparos legítimos que el mundo podría ponerle a su persona. Violeta no lo ignora y siempre hace ante terceros el mismo comentario jovial y satisfecho: *Es sumamente práctico porque tenemos gustos comunes; los dos estamos enamorados de*

Carlos Tomatis. Así que habían cruzado la ciudad a oscuras, rodado por la avenida del Puerto y desembocado en la costanera, aislados de lo exterior en el coche donde resonaban las notas de la *Gran Fuga*. La superficie negra de la laguna cuya presencia invisible podía adivinarse más allá de los árboles de la costanera, se volvía perceptible de tanto en tanto, cuando alguna reverberación, quebradiza y fugitiva, a la distancia, la delataba. Sin apagar el motor, Violeta estacionó unos minutos y Tomatis aprovechó para salir del auto y quedarse parado en la vereda, bajo los árboles, en la penumbra tibia. Aunque unos veinte metros de terreno arbolado los separaban de la barranca en declive que llevaba a la orilla, Tomatis pudo reconocer, al cabo de unos segundos, el olor fuerte del río, del cieno de la orilla, en el que se mezclan las plantas podridas, los pescados muertos, activando la vida paradójica que, nutriéndose de su propia descomposición, florece una y otra vez, sin que nadie sepa por qué, aunque algunos puedan describir cómo y con eso se satisfagan, de esos detritus pantanosos. Las notas de la fuga se expandían en la noche por la puerta abierta del auto, dispersándose en ondas concéntricas hasta desaparecer, tragadas por el silencio de la inacabable negrura. Después Tomatis entró en el auto, cerró la puerta, y Violeta puso el auto otra vez en movimiento, alejándose con lentitud del cordón y ganando velocidad a medida que avanzaban por la costanera desierta. Llegaron a Guadalupe al final, sortearon la estatua ecuestre de la rotonda, y doblaron hacia el oeste, alejándose del río. Fueron recorriendo todas las avenidas transversales que al norte de la ciudad comunican, de este a oeste, los suburbios populares, más pobres cuanto más al oeste, donde, dejando atrás las orillas tristonas del Salado, se levantan los últimos ranchos dispersos y miserables, donde las últimas parcelas de la ciudad se confunden con los campos pelados de la llanura. Costeando los barrios prohibidos, a los que es imposible entrar sin alguna razón precisa ni de día ni de noche, les pareció ver, en las calles que cruzaban, bajo los árboles de la vereda, unas sombras subrepticias y confusas, que se movían, se agitaban, se inmovilizaban en los umbrales de las casas, detrás de una puerta entreabierta o escondiéndose a medias entre los árboles. Un poco más allá, una muchachita en shorts y en corpiño, de no más de quince o dieciséis años, parada en la puerta de la calle, fumando un cigarrillo, iluminada por la luz del zaguán, exhibía en contraluz su silueta provocante que, hasta para el deseo más desorbitado, anunciaba más peligros que placer. Y Violeta aceleró de golpe cuando, al cruzar una transversal, vieron venir corriendo hacia el coche, por el medio de la calle, un grupo de formas humanas, gritando y sacudiendo los brazos, alertadas probablemente por el ruido del motor, a pedir cuentas tal vez por la invasión

de su territorio. Tomatis se incorporó en el asiento mirando por el vidrio trasero la esquina que acababan de cruzar, justo para ver al grupo desembocar en ella y detenerse vociferando en medio de la calle, aunque dos o tres siguieron corriendo, aun sin la menor posibilidad de alcanzarlo, hacia el auto que se alejaba, y que, dos cuadras más adelante, dobló otra vez hacia el este, en dirección al centro. Violeta lo dejó en la puerta de su casa y se fue a dormir a la suya. Y a la mañana siguiente, a eso de las diez, Gutiérrez llamó para decirles que no se olvidaran de traer la malla, que puesto que el tiempo lo autorizaba, la pileta de natación constituía la atracción principal después de la asistencia selecta y del asado.

Ahora la autopista cruza campos vacíos, y en algunas parcelas, donde ya el maíz y el girasol han sido cosechados, quedan, igual que campos de ruinas, los tallos truncos, marrones, desgarrados y resecos. Pero el pasto es verde en la banquina y en la franja de tierra que separa los dos sentidos de la autopista. Contra el cielo empalidecido, sin una sola nube, hay cierta agitación en los pájaros que van y vienen, asentándose en el suelo, en los postes, en los alambrados, en los árboles, levantando vuelo otra vez, volviendo a asentarse como si, intuyendo ya que la luz declina, apresuraran el ritmo con el que viven las otras horas del día, para sacarle ventaja a la noche. En el interior del colectivo, la inclinación de los rayos que se cuelan por los bordes de las cortinas es menos pronunciada, tendiendo, sin alcanzarla desde luego, a la horizontal, pero si un rato antes se proyectaban en el suelo, en el medio del pasillo, ahora tocan los asientos del otro lado. Tomatis mira su reloj pulsera: son las dieciocho y diecisiete. Después de cuarenta minutos de viaje, la luz polvorienta de la tarde se concentra en esos rayos que, todos con la misma inclinación, indiferentes al movimiento y al desplazamiento del vehículo, a pesar de las vibraciones que la fuerza del motor y los accidentes del terreno le transmiten a la carrocería, cruzan impávidos la penumbra del colectivo y sólo modifican su posición porque la modifica el disco llameante y remoto del que provienen —la extrañeza pasajera lo asalta, la impresión de estar a la vez en dos planos diferentes del tiempo y del espacio, uno en el colectivo ordinario, que rueda en una tarde de sábado por la autopista de Rosario a la ciudad, y el otro en un tramo disecado del tiempo, en el que el movimiento es inmovilidad y todo el espacio conocido, familiar, un universo en miniatura encerrado en una esfera de cristal, llevado y traído, sin que sus habitantes se den cuenta, por un torbellino ígneo agitándose en una negrura ilimitada. Es una extrañeza sin pánico, una imagen posible de lo que, envolviéndonos en su capullo de gases inflamables y de metales en fusión, acompañándonos desde nuestro

imperceptible nacimiento hasta nuestra imperceptible muerte, es nuestra patria verdadera. De esa ensoñación lo saca un accidente exterior; el sobresalto ligeramente más pronunciado le advierte que están pasando sobre el río Carcarañá, en La Ribera, y se yergue inclinándose hacia el vidrio para verlo mejor, angosto, correntoso y turbulento, entre las barrancas blancuzcas sobre las que crecen los arbustos y los yuyos, y más arriba, en las inmediaciones, algunas casitas de fin de semana enterradas en la sombra de los árboles. El río se muestra y desaparece, fregonazo de agua en movimiento que, por correr abajo, en el fondo de las barrancas, va entrando en la sombra mucho antes que la tierra chata y sin protección en la que todavía la luz agobiante del atardecer señorea. Tomatis vuelve a apoyarse contra el respaldo del asiento, y durante un minuto más o menos, no piensa en nada, con las manos cruzadas contra el vientre, los ojos abiertos que no fijan ningún objeto, la expresión plácida y vacía. Ahora es consciente de que le está entrando hambre; la ensalada del mediodía, a pesar de la variedad indiscutible de ingredientes expuestos en la mesa para que el cliente se sirva de todos ellos en la cantidad deseada y con entera libertad, supone en realidad un sofisma hábil, porque resulta claro que para la preparación de una ensalada compuesta con cierta racionalidad, no todos los elementos expuestos resultan compatibles entre sí, y únicamente unos pocos pueden combinarse con pertinencia: siempre se elige entre lechuga y achicoria, entre jamón crudo o cocido, entre queso fresco y roquefort, entre sardinas o atún en aceite. De modo que, si bien ya no se acuerda de todos los ingredientes que seleccionó para poner en la suya, sí juzga por la sensación de hambre —más bien agradable por el momento— la ensalada, aunque comieron bastante tarde, no resultó suficiente para hacerlo aguantar hasta la noche, a las ocho y media más o menos, si se tiene en cuenta que el colectivo llega a las ocho a la Terminal y se agrega el tiempo de llegar hasta la parada de taxis y después hasta su casa. Podría comer algo en una parrilla o en el patio cervecero enfrente de la Terminal, pero como se levantó temprano esta mañana tiene ganas de acostarse pronto, leer un rato en la cama, y estar fresco y descansado mañana a la mañana para ir al asado en lo de Gutiérrez. Ahora que se acuerda, en la heladera queda uno de los dos salamines que Nula le regaló el otro día, cuando lo trajo en auto hasta el centro; comieron parte del primero —exquisito— con su hermana esa misma noche, y ayer lo que quedaba de él. Pero el segundo estaba intacto. Tomatis espera que su hermana, como es sábado, no haya invitado a algunas de sus amigas a almorzar o a tomar el vermut, sirviéndoles el salamín en tajadas, sobre una tablita, con unos pickles o unas aceitunas, como

acostumbra a hacerlo. Pero Tomatis se tranquiliza: a pesar de que lo critica todo el tiempo, cuando se trata de comida, su hermana siempre reserva, al menos cuando Alicia no está presente, los mejores bocados para él, de modo que, sabiendo además que va a llegar cansado y hambriento desde Rosario, está casi seguro de que, después de los comentarios elogiosos que les ha merecido el primer salamín que comieron el miércoles a la noche, su hermana le tendrá preparado para su vuelta la totalidad o una parte del segundo.

¿Seguirá estando en su lugar la ciudad? Los lugares, cuando no los atravesamos empíricamente, ¿siguen existiendo, o por lo menos siguen existiendo de la misma manera? Si bien sabe que es absurda, y que a su idealismo ingenuo un filósofo profesional lo refutaría con facilidad, Tomatis no puede abstenerse, de tanto en tanto, de hacerse la pregunta, aunque se trata más de una perplejidad irracional, casi animal, que de una interrogación filosófica. Igual qué cuando se piensa demasiado en la respiración puede volverse dificultoso respirar, cuando se toma conciencia de vivir a la vez en el espacio y en el tiempo, las cosas más simples se vuelven complicadas y extrañas: así, desde que dejó la ciudad esta mañana temprano hasta que vuelva a entrar en ella esta noche, la existencia de la ciudad, que depende únicamente de su memoria, se vuelve de lo más problemática. Aunque, a decir verdad, es un partidario ferviente de la existencia de lo Exterior, Tomatis nunca puede dejar de tener en cuenta las ideas, las impresiones e incluso las sensaciones que apuntalan la tesis contraria. Únicamente la costumbre, e incluso más aún, la distracción, impiden observar o deducir que el lugar que se ha dejado un tiempo antes, décadas o segundos, ya no es el mismo cuando volvemos aunque todos sus elementos parezcan idénticos a cuando lo dejamos. El paso, aún imperceptible, del tiempo, cuando se trata de unos pocos segundos o minutos, deja huellas evidentes en la inmutabilidad aparente de las cosas; basta tener conciencia de que esas huellas existen para percibirlas. Sin el ausente, los lugares que salieron de su horizonte empírico siguieron debatiéndose en la duración, red continua y cambiante tejida en hilos diversos por un telar que produce, incesante, arcaico y flamante a la vez, el mismo entrecruzamiento: la tierra siguió girando, y con ella el sistema solar, el universo entero, de modo que cuando volvemos del comedor a la cocina, o de la cocina al comedor, en el tiempo de ir a buscar un cuchillo limpio en el cajón de los cubiertos, todo ha cambiado, y a veces, hasta tenemos la sensación difusa o clara de ese cambio. Si pasa lo mismo cuando estamos inmóviles, y sentimos transcurrir el tiempo que nos atraviesa, que modifica al espacio desde dentro, ¿cómo no sentir, cuando nos ausentamos de un lugar durante unas horas, o un día, o

una década, que al volver nos espera ese estado pasajero de extrañeza, seguida de una ceremonia fugaz de reconocimiento? Ahora mismo, en el colectivo, vuelve a intuir el rumor inaudible del cambio, y podría decirse que, a cada desplazamiento de la atención, lo familiar se sumerge en lo desconocido y, cuando lo reencontramos, ya no es totalmente igual a sí mismo.

Enredado en la vaguedad de sus reflexiones, Tomatis se sobresalta cuando ve a uno de los dos muchachos del fondo parado junto a su asiento, en el pasillo, sonriéndole: *¿Es La Región de anoche? ¿No podría prestársela un ratito?* Tomatis, reaccionando con rapidez después de su sorpresa, repara en el ejemplar de *La Región* que tuvo que comprar a la mañana en la Terminal de la ciudad porque todavía no habían llegado los diarios de Buenos Aires; en el momento de sacar del portafolios la carpeta malva para terminar de leer el texto sobre el precisionismo, sacó también el diario, y como, a causa de las vibraciones del colectivo se cayó dos veces al piso, lo puso bajo el portafolios para mantenerlo inmóvil, con la intención de dejarlo en el colectivo al bajar en la ciudad. Tomatis se apresura a retirarlo de bajo el portafolios y a extenderlo, cordial, pensando que si buscan ampliar sus informaciones sobre el partido del domingo, van a tener la buena sorpresa de encontrar en la página de deportes dos grandes fotos en colores de los equipos locales, más una historia detallada de todos los clásicos que se jugaron en los últimos cincuenta años, con los resultados, composición de los equipos, peripecias de los encuentros, que por cierto Tomatis no leyó, pero que por haber trabajado en *La Región* durante años, como secretario de redacción y en forma intermitente como editorialista, sabe que es la tradición invariable del diario hacerlo dos o tres días antes del partido. El resultado es importante; el perdedor pasa al descenso y el ganador sigue jugando en primera división («o más o menos así», piensa Tomatis, que no ha ido una sola vez en su vida a la cancha a ver un partido de fútbol. *Pueden guardárselo, yo ya lo leí*, dice Tomatis. *Gracias*, dice el muchacho y vuelve a su asiento, pero apenas abre el diario vuelve a levantarse y a pararse al lado de Tomatis. *¿Seguro que no lo colecciona? ¿Vio las fotos en colores de los equipos?*, dice. *No se preocupe*, dice Tomatis, *en mi casa tengo otro ejemplar*. Y el muchacho se vuelve a su asiento caminando hacia atrás, inclinado, reverencioso, incrédulo todavía a causa del don que acaba de recibir. «Probablemente, piensa Tomatis, es un estudiante de medicina, de arquitectura, o tal vez de ingeniería electrónica, carreras que nuestra Universidad no atiende o no lleva hasta los niveles superiores. En el primer caso, tal vez más tarde cuando le otorguen el

diploma de médico, se dedique a alguna especialidad, cirugía del aparato digestivo por ejemplo; y si en una de éstas, a causa de mi inclinación por el vino blanco y la ginebra con hielo, mi gastritis crónica se convierte con el correr del tiempo en una úlcera o un cáncer, cuando me lleven al quirófano, antes de la anestesia y lo vea entrar, sonriente, para darme una palmada en el hombro y tranquilizarme en cuanto a los resultados de la operación, me acordaré de que colecciona las fotos en colores de los equipos de fútbol locales y antes de cerrar los ojos, sabré que he puesto mi vida en manos de un hombre peligroso.» Tomatis se ríe interiormente, tratando de mantener una expresión impassible, ausente, aunque sabe que los otros dos, concentrados en la lectura de la página deportiva, ya se han olvidado hasta de su existencia.

La mano derecha se apoya sobre el portafolios abierto y los dedos juegan un ratito con las separaciones verticales de cuero blando que forman los cuatro compartimientos, en los que, a decir verdad, lleva muy pocas cosas, la carpeta malva que contiene el fragmento sobre el precisionismo, que terminó de leer hace un rato poniendo algunas anotaciones en el margen, otra carpeta de cartulina verde claro, en la que hay un viejo artículo de *La Región*, con una foto más vieja todavía, en la que aparecen, durante una cena en *La Giralda*, algunos miembros conspicuos de la primera época precisionista, y otros papeles, en particular una carta que Pichón le mandó desde París el mes pasado y a la que, por falta de tiempo, contestó recién antes de ayer; en otro compartimiento del portafolios está el regalito para su hermana, envuelto en papel plateado, que compró esta mañana en la calle Córdoba: una pulsera de fantasía que eligió Alicia, y por fin, en el cuarto compartimiento, un alfajor que le dio el chofer cuando subía al colectivo, atención corriente de la compañía, incluida en el precio del pasaje, y al lado del alfajor, un librito de Hujalvu, el pintor de mariposas, que vino hojeando a la ida y del que empezó a leer la introducción en francés: *Vie et mort des papillons* (el libro es un regalo que Pichón, para el día de su cumpleaños, le mandó desde Francia). Por fin los dedos, no Tomatis, se deciden y palpan la carpeta verde, entreabriéndola, hurgando entre los papeles que contiene, recogen la carta de Pichón y la sacan a la luz del día, desplegándola para volverla a leer: *Carlitos: ¿Cómo los trata el calor de marzo? Aquí todavía estamos en pleno invierno. Te asombrará recibir carta mía después de la llamada del domingo, pero a la noche, después de la cena, se me ocurrió un poemita que, de lejos, tiene que ver con nuestra conversación. Así que te lo mando. Es una vaga parodia de La Fontaine.*

MAÎTRE CORBEAU

Maitre corbeau là-haut perché

rien de bon n'annonçait,

ni d'ailleurs, rien de mauvais.

Il se tenait là-haut, neutre et muet.

Aucun présage ne l'habitait.

Aussi extérieur que l'arbre, le soleil, la forêt

Et aussi privé de sens que de secret:

forme noire sans raison répétée

tache d'encre dans le vide imprimée.

Maitre corbeau là-haut perché.

¿Qué tal? No me digas nada por ahora. El tema pide meditación. Lo que, en cambio, quiero que me mandes pronto es la explicación detallada y por escrito de tus teorías sobre Edipo. Es verdad que en nuestro siglo, Edipo se ha vuelto un estereotipo, un ser bidimensional como Batman o Patoruzú, pero una de sus características me sigue fascinando: la ceguera. Abrazos para todos. Pichón. PD: ¿Qué te parece Hujalvu? Un especialista occidental dice que se había especializado en la misma especie de mariposas (Vanessa io) pero uno de sus discípulos escribió, a mediados del siglo dieciocho, que pintó siempre la MISMA mariposa. Tomatis termina de releer la carta pero la mantiene inmóvil a la altura de su cara, un poco más abajo de los ojos, sin volver a plegarla. Desde el mes de marzo, el problema lo intriga. ¿La misma mariposa? Artísticamente, esa elección es posible, e incluso, podría decirse, obligatoria, pero, tratándose de una sola mariposa, en una vida de ochenta años, ¿cómo es posible mantener el modelo entero sin que se desintegre al cabo de algún tiempo —a menos que, a partir de cierta altura, la pintara de memoria, no la materia, pulverizada después de décadas, sino la forma impresa en él para siempre, que por haberla observado hasta hacerla suya, era capaz de declinarla en todos sus estados posibles. Tomatis sacude, meditativo, la cabeza, con lentitud casi imperceptible, y sin mucha convicción pliega otra vez la carta escrita a mano, con tinta verde, y la deja caer en uno de los compartimientos del portafolios.

Avanzando recto hacia el norte por la autopista en la que, durante ciento sesenta y siete kilómetros no hay una sola curva, a noventa kilómetros por hora —velocidad máxima reglamentaria en todo el país para el transporte automotor interurbano de pasajeros—, Tomatis, por lo tanto

tiene el oeste a su izquierda, el este a su derecha y el sur a su espalda. A la salida de Rosario, por la avenida de circunvalación que bordean las villas miseria, en el primer tramo de la autopista, hasta la altura de San Lorenzo más o menos, el tránsito era bastante denso, pero después ha empezado a ralear. Sin embargo, en el momento mismo en que deja caer la carta plegada en el portafolios, un motor brama, a su izquierda, y a causa del camión con acoplado, que los pasa a bastante velocidad, vacío probablemente, el sol se esconde durante unos segundos y las líneas de luz cada vez más horizontales se borran, interceptadas por la doble carrocería del camión y casi enseguida, cuando el camión termina de pasar al colectivo, vuelven a aparecer. De tanto en tanto, también algún auto los pasa a toda máquina, y, avanzando por el carril de alta velocidad, desaparece rápido en dirección al norte. En sentido contrario, autos, camiones y colectivos, monótonos, se suceden, pero por momentos, un buen tramo de la autopista está vacío. Los colectivos de colores, verdes, rojos, anaranjados, con los nombres de las empresas pintados bien grandes para llamar la atención en la autopista, vienen hacia Rosario, y hacia Buenos Aires y algunos, incluso, los especiales probablemente, hacia Mar del Plata y hacia Bariloche, desde la ciudad o desde Paraná, desde Resistencia o desde Asunción del Paraguay. Una vez, en una parada entre Rosario y Buenos Aires, en San Pedro, Tomatis vio uno de dos pisos que iba a Machu-Picchu. Tomatis se acuerda: ¿A Machu-Picchu en colectivo? ¿Y por qué no al Tíbet? Y vuelve a sonreír, y vuelve a darse vuelta con discreción temiendo que los dos de más atrás lo sorprendan riéndose solo, pero están, al parecer, subyugados por la página deportiva de *La Región* que acaba de regalarles.

Entreabriendo la carpeta de cartulina verde claro, separando sus bordes, retira, con cuidado, de entre los pocos papeles que lo acompañan, el recorte amarillento de *La Región*, que tiene ya cinco años por lo menos, con la foto que, si la fecha que le atribuye el artículo es exacta, en este momento en que él la estudia con cuidado, tiene alrededor de medio siglo. Hay once personajes masculinos, todos de traje y corbata, menos uno, que lleva un moñito oscuro. Aunque es difícil saber mucho del local, porque la foto ha sido tomada en un rincón de la sala donde no hay prácticamente nada, sin necesidad de leer la notita que figura debajo de la foto, Tomatis habría reconocido la fonda *La Giralda*, desaparecida hace años, cuando echaron abajo el Mercado Central. El artículo se titula: «El Grupo Precisionista», y un copete explica: *En vísperas de un nuevo aniversario de la creación del precisionismo, publicamos un artículo que evoca la historia del movimiento y la personalidad de su jefe, Mario Brando.* La nota que figura debajo de la

foto precisa el lugar en el que fue tomada, pero no la fecha, e identifica a los presentes. Siete están sentados, cuatro parados detrás; en el fondo, de espaldas al objetivo, parado ante un rectángulo negro de cuyo borde superior cuelga una lamparita encendida, hay un mozo, ante lo que podría ser la entrada de la cocina, lo que no se distingue a causa de la escasa profundidad de campo de la foto. Es una clásica foto de sobremesa; los cuatro que se han parado detrás debían estar sentados de espaldas al fotógrafo, que los hizo cambiar de lugar para que todo el mundo saliera de frente. Sus sillas, menos una, en el extremo derecho de la foto, de la que se ve un fragmento en el borde inferior, porque la alejaron de la mesa, han sido retiradas, de modo que la mesa grande en desorden es perfectamente visible; sobre el mantel blanco hay dos sifones de soda, dos aceiteras, copas llenas hasta la mitad, platos en los que quedan restos de comida, probablemente de postre (y probablemente queso y dulce, después de la sopa de letras y del obligatorio puchero a la española), los cubiertos cruzados encima o tirados sin cuidado sobre el mantel. Hay ceniceros, pero no se ve ninguna botella de vino y Tomatis se acuerda, como cada vez que mira la foto y observa ese detalle, que alguien le comentó que Brando controlaba a sus discípulos y que si él no bebía los otros tampoco debían beber, de modo que muchos consumían alcohol a escondidas. La misma persona le dijo que únicamente cuando su cuñado, el general Ponce, en la época en que todavía era teniente primero, o capitán, asistía a las cenas, los comensales podían beber a sus anchas, porque el general pedía los mejores vinos en cantidad, lo que Brando desaprobaba, sin atreverse a objetarlo, porque a medida que tomaba, sin llegar a ser violento, Ponce se volvía cada vez más incontrolable. Únicamente al día siguiente, en privado, lo interpellaba, pensando que los asuntos de familia deben arreglarse a puerta cerrada, pero cuando se cruzaba en la calle con algún miembro del grupo, el teniente primero, riéndose, le contaba lo que había pasado y como Brando tenía a sus tropas aterrorizadas, a ellas les causaba un placer maligno enterarse de sus historias de familia.

Aunque en la foto aparece sentado en el extremo izquierdo, en la punta de la mesa, vuelto decididamente hacia la cámara, lo que constituye una ubicación marginal, cuando se estudia bien la foto imaginando la escena durante la comida, con los cuatro que ahora están parados detrás de los que están sentados a la mesa, inmediatamente se deduce que Brando ha estado ocupando, como debía suceder en todos los pucheros, la cabecera. La ausencia de mujeres permite suponer que se trataba de una cena de trabajo, algún momento decisivo en la historia del grupo —anterior a la partida de Brando a Roma. Sus manos apretadas una contra la otra permiten ver, a

pesar de la mala iluminación de la imagen, los dedos tensos y los nudillos salientes de la mano derecha, y el puño de la camisa blanca, rígido de almidón, que mantiene cerrado un gemelo que es con toda seguridad de oro. Todos están muy elegantes, con el pañuelito en punta que sobresale del bolsillo superior del saco, las camisas claras e incluso en ciertos casos el chaleco y aun las corbatas satinadas, todo lo cual delata un interés igualmente grande por la buena presencia y por la renovación del lenguaje poético mediante el injerto de vocabulario científico; incluso los cuatro parados detrás, que son los más jóvenes, presentan las mismas características: el bigote mediano (nueve de los once lo llevan) los hace parecer mayores, pero varios en esa época tenían entre veinte y treinta años y de los que están parados, tres apenas veinte, y uno de ellos, el tercero empezando a partir de la izquierda, ni siquiera diecinueve. Para Tomatis, ése es el autor del texto que guarda en la carpeta malva, en el portafolios. El bigotito y el jopo, la corbata de seda que parece menos estricta que la del resto, con un poco más de color, y que emerge, bien ajustada al cuello blanco de la camisa, por entre las solapas cruzadas del traje oscuro, le permitían no desentonar demasiado entre los otros, pero algo a la vez ausente y preocupado en la expresión lo distingue de ellos. También la expresión de Brando difiere de la de los demás, porque si bien exhibe una sonrisa vaga, la mano crispada y la rigidez de su cuerpo, más el casi imperceptible aire escéptico y calculador de su cara, sin contar el hecho de que en tanto que todos los que están alrededor de la mesa apoyan las manos, el codo o los antebrazos en ella, él ha corrido su silla para cruzar las piernas distanciándose casi medio metro del borde, y éstas ni siquiera tocan el ruedo del mantel blanco que cuelga, formando pliegues triangulares. En la distancia que pone entre él y sus discípulos en la misma mesa del restaurante donde comparte el pan con ellos, Tomatis piensa que se confirman los rumores acerca de su duplicidad, de su ir y venir entre los que considera sus pares, burgueses ignorantes y pragmáticos, e incluso brutales cuando sienten sus intereses amenazados, pero inutilizables para una carrera literaria, y los otros, sus discípulos, venidos de los medios más diversos, pequeños empleados de la administración pública, profesores del secundario, periodistas, sin más patrimonio que sus lecturas, su facilidad de expresarse por escrito, sus veleidades literarias (uno solo, años después de que se tomara esta foto, a su vuelta de Roma, el doctor Calcagno, pertenecía a los dos mundos y Brando lo convirtió no sólo en su socio, confiándole todo el trabajo del estudio jurídico, sino, en tanto que lugarteniente literario, el único de confianza que pudo encontrar entre los miembros de su propia

clase, en un verdadero esclavo). La expresión ausente y un poco inquieta del muchachito que trata de pasar desapercibido entre los otros, no tiene nada en común con la de Brando, a no ser la conciencia de que ese amable fin de banquete literario que la fotografía para la que están posando pretende immortalizar —y que en cierto sentido lo consigue, como lo prueba el artículo de *La Región* y el hecho de que él, Tomatis, esté alrededor de medio siglo más tarde contemplándola— es como la superficie engañosa de un espejo en cuyo reverso hierve un tumulto de contradicciones. Por algunos amigos de Washington, Tomatis sabe que, a causa de su homosexualidad, que probablemente en los años de la foto hasta él mismo desconocía, pero que Brando sospechaba, las presiones sutiles y los golpes bajos del jefe, sin producir ningún conflicto abierto, lo obligaron unos meses más tarde a dejar el movimiento. En esos mismos años tuvo lugar la campaña de rumores a propósito de la paidofilia de uno de los miembros, de la que nunca existió ninguna prueba pero que lo llevaron al suicidio —varios enemigos de Brando aseguran que fue él quien lanzó el rumor. Con el jovencito de apariencia melancólica que figura en la foto, las cosas fueron menos fáciles para Brando. Hijo único, a la muerte de sus padres se fue a pasar un tiempo a Buenos Aires, y cuando volvió, había perdido la timidez y el miedo y ganado desenvoltura y mordacidad. Escribía en los diarios artículos literarios y musicales y cantaba en el coro de la provincia. Cuando crearon la Orquesta Sinfónica, lo nombraron administrador; y también dirigió la estación de Radio Nacional —cualquiera fuese el gobierno que subía, como era inteligente y probo, lo confirmaba en sus cargos, pero en el 75 lo dejaron cesante, y después de marzo del 76, prefirió volverse un tiempo a Buenos Aires para perderse en su hormiguero desmesurado y pasar desapercibido. Cuando volvió a la ciudad, cuatro o cinco años más tarde, Brando ya había muerto: un día que se encontró con Tomatis en San Martín, le dijo que si se había ido era por temor de que Brando lo denunciara. Tomatis pensó de inmediato que debía ser cierto: él había visto esa amenaza en los ojos de Brando, una noche cuando, cometiendo el error de creer que éste podía interceder ante el general Ponce para saber algo sobre Elisa y el Gato, que habían sido secuestrados, humillándose, fue a pedirselo a su casa. Había visto en su mirada, en un fulgor fugaz pero odioso y violento, todo de lo que Brando era capaz: en su uniforme de burgués atildado, absorto en la contemplación desinteresada de las estrellas, entregado con alma y vida a la causa de su ideal estético; una mancha viscosa y oscura o un desgarrón, más bien, le habían permitido a él, a Tomatis, entrever la penumbra en la que la bestia, guiñando de impaciencia, esperaba el momento de saltar sobre su

presa y despedazarla. Así que el autor de *El precisionismo, por un testigo de su tiempo*, hizo bien en desaparecer de la ciudad retirándose con discreción a Buenos Aires; durante años había tenido lugar una guerra secreta entre él y Brando, una guerra tan sutilmente codificada que únicamente los antagonistas sabían que tenía lugar. Para los demás, no había habido ninguna ruptura, y cuando se encontraban en público se saludaban sin efusiones pero con cortesía; en las reuniones, después de saludarse sonrientes y desenvueltos, no volvían a dirigirse la palabra. Pero el muchachito había creído percibir, cuando todavía asistía a las reuniones del grupo, de parte de Brando, advertencias veladas. Cuando empezó a aparecer la revista *Nexos*, descartaba sistemáticamente sus colaboraciones, siempre con pretextos diversos —extensión, inmadurez, transgresión de la ortodoxia precisionista. Un rasgo de Brando, que el muchachito supo captar desde el principio y que cuando se lo confió, Tomatis le confirmó que también lo pensaba: Brando nunca actuaba en persona ni decía las cosas directamente, porque tenía la indiscutible capacidad de influir a otros para que hiciesen o dijese lo que él había proyectado como si el proyecto viniese de ellos mismos. Tomatis y el *Testigo de su tiempo* coincidían en esto: para denunciarlos, Brando no hubiera ido especialmente a lo del general Ponce a acusarlos de subversión, sino que, durante un almuerzo en familia, un domingo, después de la misa de once probablemente, con sus esposas, sus hijos y sus nietos, hubiese introducido en la conversación tantas alusiones, que su cuñado, por temor de ser sancionado por irresponsabilidad, hubiese ido corriendo después del almuerzo a lo del general Negri para señalarle la peligrosidad evidente de tal o cual individuo. Cuando el *Testigo de su tiempo* entendió el funcionamiento alusivo de Brando, decidió emplear la misma táctica. Por ejemplo, Brando nunca hablaba de sexo; era un tema tabú para él, con los miembros del grupo, con sus amigos íntimos o en familia. Pero como por casualidad, en las ocasiones en que el muchachito estaba presente junto con otros miembros del grupo, la conversación tomaba un giro tal que siempre dos o tres de los presentes terminaban riéndose de los neoclásicos de la revista *Espiga*, afirmando que eran afeminados. Brando se quedaba callado, circunspecto, casi molesto mientras los otros intercambiaban chismes entre risotadas, y el *Testigo* le dijo a Tomatis que se había preguntado más de una vez si esas maniobras para influir a los otros que, desde fuera, para un observador perspicaz, saltaban a la vista, eran conscientes para el propio Brando, o si un instinto carnicero lo llevaba sin error posible a cometer el daño. Tomatis le contestó sin vacilar que a su juicio era consciente y el *Testigo* le dijo que él se había hecho la pregunta al

principio, pero que más tarde, después de haber dejado de pertenecer al grupo, decidió ponerlo a prueba: en un diario local, menos importante que *La Región*, pero un poco menos convencional también, el *Testigo* publicó un artículo sobre Louis Bouillet, un poeta amigo de Flaubert, que con un siglo de anticipación, había tenido la idea de escribir un largo poema, «Los fósiles», basado en los descubrimientos recientes de la arqueología y de la paleografía. El *Testigo* fingía corroborar con ese antecedente la pertinencia de las ideas precisionistas, pero en realidad era un modo indirecto de demostrar que Brando no había inventado nada. Sobre lo cual Brando no hizo jamás ningún comentario, pero unas semanas más tarde en la página literaria de *La Región*, en un artículo sobre los deberes morales de los poetas, aludió como por casualidad al Canto XV del *Infierno*, y particularmente a los versos, sin citarlos; al *Testigo* no le costó nada ir a buscarlos en el texto, que habla del tercer nicho del séptimo círculo, donde padecen el fuego eterno los que violentan a la naturaleza, es decir, para Dante, los sodomitas: «*In somna suppi che tutti fue cherchi / e litterati grandi e di gran fama, / d'un peccato medesimo al mondo lerci*». En el mismo artículo citaba a Juvenal como ejemplo de poeta que denuncia y trata de corregir las flaquezas morales de su tiempo, pero de las dieciséis sátiras que escribió, únicamente se refería a la segunda, sin precisar su contenido. La cosa estaba clara: en medio de sus banalidades dirigidas al público en general, ciertos pasajes del artículo tenían un destinatario oculto. Pero al *Testigo de su tiempo* tampoco le faltaban los recursos, y en un programa de radio que animaba, *Letras y Música*, si invitaba a menudo a algunos miembros del movimiento precisionista, siempre se trataba de los más díscolos o los menos inteligentes, que daban una imagen poco brillante del movimiento. Por supuesto que no había cometido el error de abstenerse de invitar a Brando, al contrario. Pero sabía que éste, aduciendo cualquier pretexto, rechazaría la invitación. El *Testigo* se enteró más tarde de que Brando le sugería a sus discípulos no asistir a su programa, aunque sin demasiada convicción, primero porque todo lo que le hiciera publicidad al movimiento le era útil, pero sobre todo porque no quería «cederle el espacio» a los otros grupos, los neorrománticos de *Espigas*, los criollistas, los vanguardistas duros y porque, en definitiva, la publicidad en la radio, en los diarios y en las revistas, y más tarde en la televisión, era algo que ninguno de sus discípulos o de los miembros de otros movimientos, era capaz de rechazar: la búsqueda desenfrenada del renombre y el tráfico de influencias habían sido siempre los principales objetivos de los medios literarios y artísticos. Otra alusión clarísima a Brando por parte del *Testigo*

figuraba en una obrita para títeres que escribió y que se representaba con frecuencia en las escuelas, en las fiestas de cumpleaños y también en uno de los primeros teatros independientes de la ciudad. En la obrita aparecía un leguleyo que iba siempre acompañado de otros dos personajes, un poco bobos, que se dejaban engañar y robar todo el tiempo por el abogado. Los tres personajes tenían mucho éxito entre el público infantil y adulto, y cada vez que entraban en escena todo el mundo aplaudía, se reía y golpeaba el suelo con los talones; los chicos trataban siempre de impedir que el abogado engañara a los dos tontos, y les gritaban para advertirlos, y cuando algún policía, que descubría las maniobras, le daba unos talerazos al leguleyo, la sala se venía abajo. En los años cincuenta, los personajes de la obrita fueron muy populares en la ciudad y en muchos pueblos de la provincia, y los que tenían cinco o seis años en esa época todavía se acuerdan de ellos. En realidad, en forma velada, pero transparente para los que estaban al tanto del asunto, y sobre todo para Brando, aludía a un rumor que corría desde tiempo atrás sobre los primeros pasos de Brando como abogado, cuando trabajaba por su cuenta, mucho antes de asociarse con Calcagno, a saber, que Brando había obtenido la administración de los bienes de dos ancianos seniles y los había inducido a testar en su favor. De ser cierta, la cosa era todavía más repugnante si se piensa que si bien los dos viejos tenían alguna fortuna, Brando era mil veces más rico que ellos. Y el *Testigo* pretende que, años más tarde, en el '75, Brando se vengó de él haciéndolo echar de la radio y, al año siguiente, haciéndolo amenazar en forma anónima para obligarlo a irse de la ciudad.

Con lentitud, casi sin que Tomatis se dé cuenta, todas esas historias se vuelven blandas y fragmentarias, se desmadejan y por fin, semejantes a un chorro de humo que ha ido perdiendo cohesión, adelgazándose, se desvanecen. Ahora se acuerda de su hermano, que llevaba el mismo nombre que él, pero como murió a los siete días de nacer, un año más tarde, cuando él nació, le pusieron el mismo nombre, pero invertido: su hermano se llamaba Alberto Carlos y él, Carlos Alberto —pero el Alberto figura únicamente en los documentos oficiales; nunca lo usó. A pesar de todo le produce mucho placer ahora verlo jugar, correr, andar a caballo. ¡Parece tan contento! El problema es que llevan los dos el mismo nombre, sus padres hubiesen debido prever esto. Tal vez ahora deberían cambiárselo a su hermano porque, con el paso del tiempo, por una de esas ironías de la suerte, como él, Tomatis, se ha vuelto un adulto, se ha transformado en el hermano mayor. Lo invade una pena inmensa, una compasión intolerable, y siente que se ahoga, confuso y sudoroso, de modo que, sacudiendo la cabeza,

brusco, termina por abrir los ojos; cuando ve el sol, comprende que ha dormido un buen rato y mira la hora: son las siete menos diez. Por primera vez en más de cincuenta años, acaba de tener un microsueño, como él llama a esas imágenes que, sin demasiado desarrollo, nítidas y fugaces, lo visitan de tanto en tanto cuando duerme, y en esas dos o tres instantáneas de sueño vio a su hermano mayor, al que nunca conoció y por el que sin embargo, una compasión dolorosa lo desgarraba todavía, ahora que está despierto: Tomatis piensa que, aunque no se le parecía, el chico del sueño debía ser él mismo, como había sido —o como hubiese querido ser, ya no se acordaba— cuando tenía ocho o nueve años. ¡Siete días de vida! Podría decirse, en forma casi literal que, un poco más que todos los otros, nació para la muerte, piensa Tomatis, un poco más sereno ahora que la confusión desmedida de hace unos momentos, aliviándolo, refluye.

Con el cambio de posición del sol, los rayos horizontales de luz que atravesaban el interior del colectivo han desaparecido, dejando una penumbra todavía pálida y porosa en la que aparecen y desaparecen aquí y allá, a causa de las sacudidas de la carrocería y de los breves sobresaltos de la ruta —parches, baches, o líneas transversales de alquitrán endurecido que delimitan las capas de asfalto— cortos estallidos luminosos. Afuera, en cambio, un único barniz de un dorado cobrizo esmalta hasta el horizonte, y en forma más intensa hacia el este, el campo chato y vacío. Como han anunciado lluvia para el fin de semana, e incluso tormentas violentas en ciertas zonas de la llanura, Tomatis se inclina un poco para observar mejor el cielo por la ventanilla, pero no se ve ni una sola nube. El cielo empalidece ya hacia el este, y el disco del sol, aún relativamente alto y de un amarillo verdoso, enrojecerá de golpe, e irá creciendo mientras su caída hacia la línea del horizonte se acelera. Desde hace quince días, llueve los fines de semana, y luego el tiempo se va aclarando de a poco y apenas el sol reaparece, recomienza el calor. La semana que está terminando empezó con lluvia el lunes y el martes —hubo una tormenta abortada el domingo a la mañana— y si bien el miércoles amaneció nublado y chispeando un poquito a la mañana, ya a la tarde empezó a apretar el calor, y al día siguiente el nublado se transformó en unas enormes nubes blancas que parecían inmóviles contra un cielo azul luminoso, bien visible gracias al aire lavado por la lluvia: el verano estaba de vuelta. Y ayer viernes y hoy, ni rastro de nubes, y un aire sofocante. Tomatis piensa que si esta noche llega a llover, el asado que Gutiérrez ha puesto tanto empeño en organizar, recurriendo a sus viejos y a sus nuevos amigos, van a pasarlo bajo el guincho mirando caer la lluvia o en la mesa grande de la cocina, a la cual Tomatis ya ha sido invitado otras

veces, el invierno anterior. Se imagina a los invitados comiendo y bebiendo bajo el guincho, charlando y riéndose, pero imposibilitados de trasponer sus límites a causa de la lluvia. De tanto en tanto, alguno se verá obligado a hacerlo, para ir al baño o a buscar algo en el interior de la casa —cigarrillos, cámara fotográfica, papeles, elementos de maquillaje, extraídos de los impermeables o de las carteras amontonadas en un sofá de la sala. Atravesará corriendo el césped mojado antes de bordear las lajas blancas de la pileta de natación y seguir por el sendero de piedras que lleva a la entrada de la casa. No parará de llover desde la mañana, y si a media tarde los aguaceros gruesos y ruidosos se convertirán en una llovizna silenciosa y fina, probablemente no dejará de caer agua, como ocurrió en la semana que acaba de transcurrir, hasta el lunes o el martes; y tal vez con esa lluvia llegue de una vez por todas el otoño. La fiesta terminará temprano a causa del mal tiempo, a las tres o cuatro ya empezarán a irse los invitados, sobre todo si la lluvia enfría de golpe el aire; habituados al verano, los invitados habrán venido con ropa demasiado liviana y tendrán frío, incluso alguno entre los más friolentos empezará a tiritar. Como aparentemente tantas otras cosas en su vida, la fiesta de Gutiérrez no va a resultar, tal vez, como él esperaba; es evidente que su cordialidad no es fingida y que su generosidad es genuina, pero algo oscuro parece que se tramara, detrás de ellas, no contra los otros, sino contra sí mismo. En todo caso no parece esperar nada del mundo o, mejor todavía, piensa Tomatis, no parece desear ninguna de esas cosas que la mayor parte de la gente desea. Esa actitud calma y afectuosa, pero ligeramente distante que tiene ¿no será indiferencia, desapego, ausencia definitiva? Sin embargo, si las cosas grandes no parecen interesarle, las más chicas, por no decir las más insignificantes, lo atraen y lo seducen igual que esas criaturas de uno o dos años a las que la madre quiere hacerles descubrir una montaña y se las señalan insistiendo para que miren, mientras ellas están fascinadas por una hormiguita que corretea en el empeine de su zapato. Una vez Gutiérrez lo arrastró a la parrilla San Lorenzo, un bodegón que estuvo de moda en los años cincuenta y sesenta, pero desde más o menos 1968 empezó a estar en decadencia; según Rosemberg desde que volvió, cuando va a comer con otra persona siempre la invita a los mejores restaurantes de la ciudad, pero cuando sale a comer solo va únicamente a la parrilla San Lorenzo —Tomatis piensa en realidad que haberlo arrastrado a él al templo de las mollejas marcadas, del asado recalentado y de las empanadas dudosas, era una prueba de confianza, un signo de deferencia, casi un homenaje a su persona, un gesto que sin haber sido explicitado nunca significaba más o menos *vos Tomatis, que conocés lo*

que vale cada cosa, sabrás reconocer el oro sepultado que le da su valor oculto a ésta. Y Gutiérrez, que se hace mandar de tanto en tanto vino italiano y francés, lo mismo que champagne, por un importador de Buenos Aires, y se lo sirve con placer a sus amigos, tomaba vino con hielo y soda en la parrilla, comiendo los chinchulines marcados y las empanadas grasientas y proletarias. Viéndolo comer, Tomatis trataba de elaborar la situación, el enigma del hombre que tenía los mejores vinos en su bodega y cuando invitaba a sus amigos los llevaba a los restaurantes más caros de la ciudad, o, estaba seguro, también de Roma o de Ginebra, pero cuando salía a comer solo iba exclusivamente a la parrilla San Lorenzo. La cosa es un tema frecuente de reflexión para Tomatis; el día que fueron juntos, mientras lo miraba echarle hielo y soda al vino, intrigado, adoptando un aire entendido, pero tratando de suscitar alguna respuesta más o menos esclarecedora, le dijo con una sonrisita que aspiraba a la complicidad: *Para ser coherente, tendrías que hacer lo mismo cuando tomás Château Margaux*, al oír lo cual, lanzando una carcajada y sacudiendo la cabeza, Gutiérrez le contestó: *¡Eso sería más bien tu estilo! ¡En mi caso, no se trata para nada de eso!* Lo que no había hecho más que aumentar la perplejidad de Tomatis. A menudo se dijo que estaba fijado en su propio pasado, lo que a veces parecía evidente, y una vez incluso le comentó a Soldi: *Confunde su juventud con el lugar en el que transcurrió*, pero resultaba demasiado simplista como explicación, Gutiérrez era demasiado lúcido como para no ser consciente de esa confusión. No; tenía que haber otra cosa. Y Tomatis de tanto en tanto, se quedaba pensando: *¿Será tal o cual cosa? ¿No será más bien...? ¿o quizás?* Pero ninguna de las explicaciones que barajaba condecía con Gutiérrez: siempre había un detalle, un rasgo, una hipótesis que no cuadraba con él. El hecho de que fuese tan parecido y al mismo tiempo tan diferente de sus amigos de la ciudad, viejos o nuevos, no podía deberse únicamente a su larga ausencia; algo que era intrínseco en él debía explicarlo. Y esa amistad que ofrecía, a la vez afectuosa y distante, no se debía a la irresolución ni a la duplicidad. Lo más misterioso resultaba el placer infantil que le daban las cosas más banales: una palabra que se le había olvidado después de tantos años y que alguien pronunciaba en la calle al pasar, o la manera de comportarse de unos chicos a la salida de la escuela, o los brotecitos de los árboles en el mes de septiembre, o la mirada significativa que cruzaba con él una muchacha que, en busca de algún cliente rico, le dirigía desde su mesa en algún bar del centro, le producían una especie de hilaridad suave, que parecía al mismo tiempo exaltante y compasiva, y que intrigaba a los que estaban en su compañía. Parecía producirse en él una especie de

reconocimiento, y lo que, en el plano incorpóreo de sus reminiscencias, cuando había estado tantos años sin volver, habían sido como hilachas de experiencias desaparecidas, de pronto, en la evidencia rugosa del presente, de nuevo reales, se actualizaban. Tomatis se remueve en el asiento, aguijoneado por una impaciencia ligera, sintiendo que otra vez, su comprensión choca contra un límite. No le parece suficiente explicarlo por la mera nostalgia y el reencuentro con las cosas del pasado. Y de pronto, después de unos segundos en los que su mente, incapacitada de pensar, se sumerge en una especie de vacío doloroso, recibe, por asociación de ideas, la revelación: no ha venido a buscar nada; ha vuelto al punto de partida, pero no se trata de un regreso, y mucho menos de una regresión. Ha venido no a recuperar un mundo perdido, sino a considerarlo de otra manera. De la serie incalculable de transformaciones grandes y chicas que sufrió desde el día de su partida, fue saliendo otro hombre, que se modificaba de un modo imperceptible, sobre todo para él mismo, en cada cambio. Y el que se extasía ahora con la banalidad del mundo sabe, por haberlo pagado con su vida, que a esa banalidad la sostiene un puntal que aflora en la superficie y se estira por debajo hacia un fondo inacabado y oscuro. Parece haber alcanzado la simplicidad suprema, pero después de haber dado un largo rodeo por el infierno. Él, Tomatis, nunca lo oyó alzar la voz, y cada vez que piensa en Gutiérrez, se lo representa sonriendo vagamente, una sonrisa leve que denotan, no los labios, sino más bien los ojos. Incluso cuando se pone a proferir sus diatribas enumerativas contra los países ricos, aunque los términos que emplea pueden parecer demasiado crueles a veces, la ironía mansa con que lo hace expresa más desilusión que furor, y si se presta atención puede advertirse, a veces, un matiz de indulgencia. El mundo que celebra ahora, con una exaltación discreta y casi constante, no es para nada el de su juventud, sino uno que fue encontrando a lo largo de sus transformaciones sucesivas, y el otro en el que él se ha convertido lo ve ahora por primera vez. No volvió al punto de partida, sino a un lugar distinto en el que todo es novedoso. Y aunque quizá haya perdido la inocencia, ha acrecentado su capacidad de aceptación, inclinándose ante las cosas simples sin idealización ni desprecio; debió de pensar que, si lograba reconocer y apreciar la simplicidad, se reconciliaría con el mundo. El aire distante, incluso ausente que a veces le notan se debe tal vez a que, en ese ejercicio de reconciliación, la conciencia y la voluntad ya hace tiempo que se han disuelto en esa naturalidad benévola con la que considera al mundo. Hasta a Mario Brando le encuentra atenuantes. Y Tomatis elabora una fórmula que parece darle una enorme satisfacción, y de la que él solo es

capaz de entrever la multiplicidad de sentidos que encierra: *Salió de su casa y tuvo que atravesar el universo entero para llegar a la esquina, de modo que ahora sabe el esfuerzo que ir hasta la esquina exige, y lo que lo inmediato significa.*

El sol, ahora, ha empezado a enrojecer; su circunferencia es más nítida y el disco llameante parece haberse entibiado, alisado, perdiendo su aspecto de metal hirviendo y ganando una especie de mansedumbre. Pero el atardecer que se repite en la llanura tiene algo de grave y de inquietante; una impresión inequívoca adviene y destruye, de golpe, todas las ilusiones: el lugar en el que creíamos vivir es otro, más grande, y esa evidencia destructora le retira toda acepción conocida al verbo vivir. La experiencia, que creíamos tan íntima, se vuelve ajena, y la vida revela su carácter de accidente remoto y diminuto en la chispa transitoria de una inmensa tormenta ígnea. La superficie lisa del disco rojo emite ahora vibraciones magnéticas, en las que alternan tonos fríos y tórridos. En el cielo donde no hay una sola nube, el disco, que parece dibujado con un compás, va agrandándose a medida que baja hacia el horizonte y en el campo un fulgor rojizo nimba el pasto, la fronda de los árboles, los alambrados —las vacas, los caballos tascan sin apuro, abstraídos, como si no advirtiesen la noche que viene subiendo desde el este, por el lado del río. En una lagunita el agua se ha puesto roja y unas garzas inmóviles le dan la espalda, como si ese cambio de color las inquietara y prefiriesen ignorarlo. Por un camino de tierra perpendicular a la autopista, un jinete, que monta un caballo oscuro, se aleja al trote lento en dirección al disco rojo, y Tomatis tiene la impresión de que, cuando llegue al horizonte la forma rojiza estará interceptándolo y el jinete entrará en ella sumergiéndose en la sustancia magnética y vibrátil que la circunferencia perfecta contiene, masa fluida de materia en fusión que lo tragará para siempre, a menos que, triunfantes, jinete y caballo salgan indemnes del otro lado del camino, dejando un hueco desgarrado en el centro del disco, desbaratando la superchería o delatando la ilusión. Pero si de pronto el sol se detuviera, tocando tangencialmente el horizonte, el trote del caballo, en la distorsión del espacio y del tiempo que esa detención acarrearía, se congelaría inmovilizándose, sin avanzar, en el mismo punto del espacio por toda la eternidad, a mitad de camino entre la autopista y el disco rojo, increíblemente inmediato y enorme. Tal vez jinete y caballo, figuras fantasmales, incorpóreas, surgidas de la carne fenecida y corrupta de sus soportes materiales que yacen desde hace algunas horas en algún campo perdido, se dirigen, borrosos y precipitados, al reino de los muertos, que, como es sabido, se arracima en el confín de Occidente, *a la izquierda del*

mundo, piensa Tomatis, alzando la mano izquierda y tocando el vidrio de la ventanilla, frío a causa del aire acondicionado. *El Director debe estar llegando ya, y habrá empezado a contemporizar con las autoridades tratando de convencerlas de la utilidad del Cuarto Poder para explicarle al público la política gubernamental, la necesidad de una prensa libre en un reino de los muertos dotado de nuevas instituciones que afirmen los valores democráticos, afianzando la libertad individual y el progreso económico, advirtiéndoles también que en un reino de los muertos en constante progresión demográfica, una rigurosa estrategia de comunicación es imprescindible —él está dispuesto a poner a su servicio su experiencia de comunicador, por supuesto, pero también su contacto con las fuerzas vivas de la sociedad y sus relaciones con los profesionales del marketing y del análisis de opinión.* Tomatis sacude la cabeza con una sonrisa a la vez indulgente y burlona y, dejando de mirar unos segundos el disco rojo que baja hacia el horizonte, observa la penumbra ocre en el interior del colectivo. Los pasajeros de los primeros asientos están casi invisibles, y los más cercanos a Tomatis son apenas unas siluetas negras circundadas de un nimbo rojizo; si alguno mueve la cabeza, su perfil oscuro se recorta en la penumbra gracias a esa línea luminosa que lo subraya con exactitud meticulosa. Pero las cabezas que sobresalen de los respaldos están inmóviles, como si aquellos a los que pertenecen, las hubiesen abandonado en el asiento, para emprender el viaje hacia *el confín de Occidente, el lado izquierdo del mundo*, siguiendo al jinete oscuro que trota sin apurarse hacia el disco rojo que ya está casi tocando el horizonte, y al Director de *La Región*, que en este mismo momento está proponiéndole a las autoridades del reino de los muertos, sus *estrategias comunicacionales*. Detrás, del otro lado del pasillo, los dos muchachos, tal vez estudiantes de medicina, se han quedado en silencio, despatarrados en sus asientos, con los ojos muy abiertos a causa tal vez de un estupor súbito o de una reminiscencia absorbente, y en las pupilas, expuestas a la luz por esa fijeza desmesurada de los ojos, titilan unos fulgores rojo oscuro, fosforescentes, igual que si unas fogatas lejanas en el tiempo, traídas al presente por la intensa rememoración, estuviesen ardiendo tan nítidas en la memoria que las llamas, diminutas, se reflejaran en las pupilas. *Pero el reino de los muertos, se dice Tomatis, no está en el confín de Occidente, en el lado izquierdo del mundo, sino adentro, en el interior de cada uno, es la carga que llevan sobre sus hombros todos los que, innecesaria y miserablemente, nacen y mueren. Los que viajamos en este colectivo, llevamos ese peso, esa cruz. Y en este preciso momento, los que se agitan, de la mañana a la noche, despiertos o*

dormidos, en el avispero humano, en la bola de fango en la que chapalean, agobiados, lo soportan. Vivos y muertos compartimos el mismo reino indivisible.

Una especie de furor efímero, de indignación quizás, lo asalta, contra el universo entero, contra el disco rojo que ya empieza a hundirse en el horizonte, adensando la penumbra en el interior del colectivo. Pero casi de inmediato se serena. No piensa en nada. Ahora, mientras el horizonte se traga el disco rojo cada vez más rápido, la noche gana, subiendo desde el este, la llanura. A las ocho y media más o menos estará en su casa y, para descansar del largo día transcurrido, el viaje a la mañana temprano, las idas y venidas con Alicia por las calles del centro, el viaje de vuelta, y estar fresco y bien dispuesto para el domingo —con tal que no amanezca lloviendo— en lo de Gutiérrez, a eso de las diez se meterá en la cama con un libro, y tratará de dormirse temprano. Con un poco de suerte, su hermana habrá cortado en una tablita algunas rodajas del segundo cilindro de deliciosa carne momificada, el chorizo chacarero que Nula le regaló el otro día. Para darse el lujo de morir, ironiza Tomatis, no queda más remedio que seguir viviendo. En el escaso resplandor rojizo que ya se va extinguendo, borrado por la penumbra creciente del colectivo, verifica el contenido del portafolios, para asegurarse de que todo está en su lugar, y lo cierra después de retirar el alfajor y ponérselo en el bolsillo del saco, para dárselo con unas monedas, como acostumbra a hacerlo, a alguno de los chicos que piden a la salida de la Terminal, cerca de la parada de taxis.

Ahora, en lugar del círculo, hay una mancha roja diseminada en el horizonte, y toda la llanura está negra, salvo, aquí y allá, en los charcos, los esteros, las lagunas, una superficie igualmente roja que, con un poco de imaginación, permitiría suponer que el sol, ya desaparecido, estuviese tiñendo el agua por abajo, desde las antípodas. Pero es la imprevisible trayectoria de la luz que, desde el horizonte, sigue todavía demorándose en cualquier superficie que la refleje, resistiendo la invasión de la noche. La mancha roja, a medida que pasan los minutos, va reduciéndose, como una herida que se cierra poco a poco dejando ver hasta el final resquicios sangrientos, hasta que por último, la negura pareja se instala en el espacio en el que las formas diversas que asume el mundo se borran por completo, desbaratadas por una negrura lisa, abstracta, sin accidentes. Las luces artificiales las restituyen a veces, en fogonazos lívidos de realidad, fragmentarios y fugaces, que casi al mismo tiempo que se encienden, improbables, se desvanecen. Los vehículos que vienen en sentido opuesto son igual de fantasmales y sus faros barren al pasar la penumbra del

colectivo, permitiéndole vislumbrar, durante un par de segundos, las cabezas inmóviles o bamboleantes que sobresalen del borde superior de los asientos: la de la abuela, se acuerda Tomatis, aunque la del nieto es invisible por el momento, y la de la pareja de edad mediana que, a juzgar por las etiquetas que cuelgan de sus valijas que vio en el andén antes de ser cargadas, parecen volver de un largo viaje. El último peaje, antes de la salida para el aeropuerto, que obliga al colectivo a aminorar y a detenerse, introduce unos instantes de presente rugoso, que, cuando el colectivo vuelve a rodar, acelerando, quedan irrevocablemente atrás, para seguir circulando incesantes en un pasado cada vez más arcaico y lejano, hasta arrumbarse en la noche de los tiempos. Al rato empiezan a divisarse, a lo lejos, las luces de la ciudad. Abandonando la autopista, el colectivo empieza a rodar por los suburbios de Santo Tomé; desde su asiento en el piso superior, Tomatis ve las casitas pobres de las afueras desde arriba, como si la noche, las luces tristes de las esquinas y la pobreza sobre todo las achicaran. Pero cuando llegan al centro de Santo Tomé —varias casas, libres u ocupadas, ostentan el omnipresente cartel AQUÍ TAMBIÉN MORO ALQUILA o AQUÍ TAMBIÉN MORO VENDE— comprueba que está animado: los bares, todavía vacíos, han instalado mesas en la vereda, y muchos comercios, mercaditos, panaderías, heladerías, farmacias, e incluso algunos almacenes y tiendas siguen con las puertas abiertas y las vidrieras iluminadas. La fiebre del anochecer caluroso es visible en las caras, en la vestimenta, pero algunos jóvenes, recién bañados y cambiados para la noche del sábado, conversan y se ríen en las esquinas, o pasean en grupos a lo largo de la calle principal. «Aunque parecen ignorarlo todavía, y aunque algunos, tal vez, lo simulan, todos soportan ya la carga que doblga y desespera. Por ahora, se mueven, saludables y despreocupados, en el sosiego del anochecer, confundiendo sus deseos y sus proyectos con las razones, impensadas, por las que existen. Creen existir por sí mismos, y no son más que el señuelo que tiende, para perpetuarse, lo que los hace existir. Creen estar exhibiéndose, pero no saben que son exhibidos por el designio arcaico que los trae a la luz del día, les da una forma atrayente y después, sin crueldad ni compasión, los arrumba en el abismo.» El colectivo deja atrás Santo Tomé y entra en el puente carretero, sobre los dos brazos del Salado, que espejean breves, con la iluminación del puente, y quedan atrás. Del otro lado está la ciudad; Tomatis ve sus luces, desplegadas en largas hileras de puntos brillantes, y se imagina ya dejando atrás el puente, entrando en las avenidas, llegando a la Terminal. El cansancio anticipado de los regresos lo invade de repente: su patria es el lugar a la vez extraño y familiar, inmediato y remoto, en el que los vivos

cargan en sus hombros a los muertos, y únicamente con la muerte se liberan de la carga: y así va a ser hasta el final del tiempo, que no tiene nada de infinito, porque está condenado a apagarse cuando pare de soplar el último aliento humano.

DOMINGO

EL COLIBRÍ

« ¡Los dos primeros sin sacarla!», piensa Gutiérrez en el momento de despertar, aunque han pasado más de treinta años desde aquel amanecer de verano, tan semejante a este en el que acaba de abrir los ojos, cuando durmió por primera y última vez con Leonor desnuda a su lado, porque todas las otras veces que se vieron fue siempre a la tarde, la parte del día propicia al adulterio. Pero no hay orgullo viril ni jactancia en su pensamiento, sino alegría incrédula, fervor retrospectivo, gratitud. A partir de ese domingo ardiente y lejano, un poco irreal también a causa del calor excesivo, de la multiplicidad de sensaciones hasta entonces desconocidas para él, de la falta de sueño y del cansancio, hasta este amanecer apacible de abril, casi tan caluroso como el otro, Gutiérrez está convencido de que su vida empezó esa noche y terminó unas semanas más tarde, cuando tomó el colectivo de Buenos Aires y desapareció de la ciudad. Piensa que le debe eso a Leonor, y está dispuesto a pagar hasta el fin esa deuda infinita: *te dan setenta años para que vivas unas horas, unos minutos, y después no hay nada más que hacer con el resto; es tiempo gastado en vano.*

Ahora, después de haber pasado un buen rato en el cuarto de baño, afeitándose, defecando, dándose una ducha tibia, minuciosa, cepillándose los dientes, peinándose, vistiéndose —un calzoncillo, una remera blanca, un pantalón de hilo azul oscuro, sandalias— y de haber ido a recoger el termo y el mate a la cocina, después de haber comido algunos bizcochitos con grasa que Amalia trajo de la panadería, Gutiérrez está saliendo de la cocina al patio y, alejándose del sector donde está el guincho, y más allá la pileta de natación, dejando el sendero de lajas blancas que lleva de la casa a la pileta —creyendo que iba a instalarse en esa casa cuando decidiera retirarse de sus

actividades múltiples, el doctor Russo pensó las cosas a lo grande— se interna en la extensión de césped todavía mojado por el rocío, que, a través de la abertura de las sandalias, le humedece los pies, lo que le produce, en la mañana cálida, una sensación deliciosa. A lo lejos Faustino se inclina, atento, sobre un juvenil, buscando tal vez alguna ramita seca o algunas flores rojas, marchitas durante la noche, para arrancárselas.

Gutiérrez vacía el mate con dos o tres chupadas enérgicas y se inmoviliza: todo el césped a su alrededor está cubierto de gotitas multicolores en las que la luz de la mañana se descompone. La gran sustancia blanca, única, a menudo incolora que, incesante, se propaga hasta en los rincones más apartados de lo visible, se declina a sus pies, ahora, en un centelleo de gotitas amarillas, verdes, naranja, rojas, azules, índigo, que, si él mueve ligeramente la cabeza sin dejar de mirarlas, parecen animadas de movimiento, cambiar de color, volverse más luminosas, emitiendo unos destellos tornasolados. La humedad de la noche, condensándose en el frescor de la madrugada, se depositó en gotitas incoloras sobre las hojas verdes del pasto; y ahora que el sol se ha elevado, alcanzando una altura determinada, una posición precisa en el cielo, sus rayos, tocando las gotas desde cierto ángulo y desde ningún otro, se descomponen en una irización multiplicada, como si el arco iris hubiese estallado y sus esquirlas siguiesen brillando diminutas y múltiples, a su alrededor en el suelo mojado. El encanto doméstico, íntimo, sensorial, da paso a una intuición fugaz y fragmentaria, una certidumbre abstracta acerca de la esencia común que circula en cada una de las partes, conectándolas entre sí y con el todo, y la impresión, a la vez maravillada y extraña, de estar siempre en un lugar más grande que aquel en el que, en las redes de la costumbre, se tiene la ilusión de estar. Gutiérrez da dos o tres pasos y se detiene, en un lugar en el que el césped es un poco más alto y cuando, después de haber pisado las hojitas, separándolas, los pies se inmovilizan, las hojitas tienden a cerrarse otra vez por encima de las sandalias, de modo que aquéllos desaparecen bajo una especie de gruta de pasto verde, en el que, emitiendo cuando se mueve destellos tornasolados, brilla una superficie espejeante de gotas multicolores.

Ayer a eso de las nueve de la mañana, Amalia vino a anunciarle que un señor lo buscaba. Era Escalante: pasaba a avisarle que finalmente no asistiría al asado.

—Pensé que venías a reclamarme la linterna —le dijo Gutiérrez riéndose.

—¿La linterna?

—La que nos prestó el Chacho el día que fuimos a buscarte al club.

Y entró en la cocina y volvió a salir al patio trayéndosela.

—Gracias —dijo Escalante, y se quedaron un momento sin saber qué decir.

—Yo sabía que no ibas a venir al asado —dijo por fin Gutiérrez—, pero nunca pensé que tendrías la delicadeza de venir a advertirme el día antes.

Empezaron a dar vueltas por el patio, caminando despacio, parándose de tanto en tanto sin razón aparente, charlando de bueyes perdidos, con indolencia irónica pero también con largos intervalos de silencio que ahora no los incomodaba. No hablaban del pasado común; más bien parecían incluirlo, tácito, en el presente. Se notaba que, a diferencia de tantos otros, incluido Gutiérrez, Escalante era insensible a la nostalgia. Unos meses atrás, Rosemberg había comentado con no poca malicia: *A Sergio le cuesta admitir su altruismo y lo horroriza que los demás especulen sobre sus sentimientos y sus emociones. Y además tiene un ética personal de la que ninguna fuerza en el mundo lo haría desviarse un milímetro.*

Daban vueltas por el patio y era un poco extraño verlos, sobre todo a Escalante, que a esa hora de la mañana luminosa, llevaba una enorme linterna en la mano. Gutiérrez se lo hizo notar: *parece*, le dijo, *que como Diógenes el Cínico estuvieses buscando un hombre.* Escalante se rió y estuvo a punto de llevarse la mano encogida hacia los labios para ocultar sus dientes estragados, pero se contuvo, acordándose tal vez de lo que había pasado el martes en el club de caza y pesca, cuando Gutiérrez se sacó los dientes postizos para mostrar que no había por qué tener vergüenza. Fue tal vez ese gesto, y no la antigua amistad, lo que lo había incitado a regalarle dos pescados frescos, no congelados; ese gesto que había motivado la perplejidad de Nula, parecía tener un sentido inequívoco para Escalante.

Gutiérrez lo acompañó hasta el camino de asfalto, y todavía se quedaron charlando un rato más en el borde, sin cruzarlo. Algunos los miraban con curiosidad, pero ellos no lo advertían. De vez en cuando, Escalante saludaba sin demasiadas efusiones a algún conocido que pasaba en auto, en colectivo, a pie, a caballo. La gente parecía habituada a su laconismo distraído; más aún, daba la impresión de considerarlo meritorio.

Los primeros en llegar, un poco después de las once y antes incluso que «la familia» real o imaginaria, son Clara y Marcos Rosemberg. Traen dos enormes alfajores, hechos, según Marcos, esta misma mañana. Amalia

los recoge de la mesa del guincho y los lleva a la cocina, donde se conservarán más frescos. Clara y Marcos van al interior de la casa, y al rato vuelven en malla y se sientan al sol, en las perezosas (Faustino desplegó otras tres alrededor de la pileta, de modo que los colores vivos de la lona reverberan al sol) y unos minutos más tarde Gutiérrez sale de la casa, vestido con un short y unos suecos solamente, y se instala a charlar con ellos, al costado del gran rectángulo azul de la pileta, en la que el agua, inmóvil en apariencia porque no sopla ninguna brisa, masa inestable en realidad, en agitación constante, destella. Como es de esperar, el primer tema de conversación es la visita que le ha hecho ayer Sergio Escalante. Marcos la juzga sorprendente, pero Clara se limita a sonreír con vaguedad o, mejor dicho, a ampliar la sonrisa vaga, más bien ausente, que desde hace años, cuando está en público, exhibe todo el tiempo; sus sesenta y tres años, si han marcado bastante las líneas de su cara y encanecido en parte su cabello rubio, no han logrado espesar su silueta juvenil, sus miembros flacos pero bien torneados, su vientre chato y sus tetitas discretas y delicadas. César Rey, el mejor amigo de Marcos, durante el tiempo en que fue su amante (el único que Clara tuvo en su vida), la llamaba Flaca. Los dos se fueron unos meses a vivir juntos en Buenos Aires, pero un día, borracho, el Chiche Rey se cayó o se tiró al paso del subte, y ella se volvió a la ciudad con Marcos; tuvieron un segundo hijo y ahora, de tanto en tanto se ocupan con puntilliosidad afectuosa de los nietos. Marcos vibra con la política, y ella, que antes de los treinta años, quiso intensa pero contradictoriamente a dos hombres a la vez, pasa por el mundo distante y amable, sonriente y tranquila sin que nadie, pero nadie, ni siquiera Marcos, que deposita en ella una confianza total, logre saber lo que piensa realmente. Su conversación es a la vez placentera pero evanescente, a tal punto que a veces puede parecer deshilvanada e incluso levemente misteriosa. A menudo sus frases son como pensamientos íntimos dichos en voz alta, como si se le hubiesen escapado. Y su sentido del humor es sutil aunque críptico: la mayor parte del tiempo a ella sola y no a su interlocutor, le ensancha, leve, la sonrisa. Mientras charla con Marcos, Gutiérrez, con disimulo, la observa de tanto en tanto: al cabo de dos o tres minutos, se desconecta de la conversación. Y de pronto, sin perder su sonrisa vaga y sus movimientos apacibles, se incorpora con lentitud y dando algunos pasos mientras acomoda en el corpiño de la malla de dos piezas, de tela cruda, sus tetitas de adolescente, se para en el borde de la pileta, y después de una corta vacilación, se zambulle con estruendo. Marcos y Gutiérrez dejan de conversar y la contemplan: emergiendo del fondo, después de unos segundos de engeguamiento, abre los ojos y

sacude varias veces la cabeza; el agua, alterada por la zambullida, se agita a su alrededor, y como si lo hiciese con la intención de calmarla, Clara se inmoviliza. Únicamente la cabeza y parte de los hombros quedan fuera del agua; el resto del cuerpo sigue sumergido. Para mantenerse a flote en el sector hondo de la pileta, sin desplazarse, Clara sacude con suavidad los brazos y las piernas o, mejor dicho, aquello que sólo por momentos recobra la forma de brazos y piernas, porque la parte sumergida del cuerpo parece haberse convertido en una serie de manchas, informes y cambiantes, que la mayor parte del tiempo ni siquiera se parecen a formas humanas, agitándose como lo que visiblemente son: manchas de una exacerbada palidez, inconexas y fragmentarias. La llegada de Tomatis y Violeta los sorprende a los tres en el agua; son cerca de las doce, y Faustino ya ha encendido el fuego y, de espaldas a los demás, se ocupa de él. Tomatis sacude un bolso del hipermercado (la W que ostenta es roja), y grita, con gran satisfacción, aún antes de saludar:

—¡Esto es para después del almuerzo! —pero, en lugar de mostrar el contenido ciñe el bolso, enrollándolo contra el objeto que contiene, y que parece ser un caja rectangular.

—¿Va en la heladera? —dice Gutiérrez, saliendo del agua, intrigado.

—De ningún modo —dice Tomatis—, pero sí en un lugar fresco y húmedo. ¿Cómo les va? Qué hermosa mañana, ¿no?

Violeta llega detrás de él, haciendo un saludo silencioso con la mano. Clara y Marcos salen de la pileta y, siguiendo a Gutiérrez, van a su encuentro por el césped contra el que el sol de mediodía cae a pique. Intercambian saludos y comentarios pero no se tocan, porque Violeta y Tomatis se mantienen a distancia prudente de los tres que chorrean agua. De pronto oyen el motor de un auto que parece rodar con lentitud, y mirando en la dirección de donde proviene, ven el coche de Soldi (del padre de Soldi, en realidad), estacionar al lado del de Violeta, enfrente del portón. En ese mismo momento, detrás de los coches estacionados, pasa un hombre a caballo al trote lento, y desaparece detrás de los árboles —unas tipas enormes— que bordean la calle de tierra arenosa. El grupo se inmoviliza, esperando que los recién llegados bajen del auto, transpongan el portón, y entren en el patio pero, al parecer recordando de golpe sus deberes de dueño de casa, Gutiérrez se adelanta y empieza a caminar con obsequiosidad hacia la entrada. También en Faustino la llegada del coche ha despertado cierta curiosidad, porque se da vuelta y, dándole la espalda a las llamas y avanzando unos pasos, se queda con la mirada fija en los listones blancos del portón. Por fin, Soldi y un desconocido bajan del asiento delantero, y

Gabriela Barco del de atrás, dando cada uno su respectivo portazo. *Es José Carlos, el amigo de Gabriela*, le comunica Tomatis a los Rosemberg, que sacuden afirmativos la cabeza, agradeciendo de ese modo la información. A lo lejos, Gutiérrez y los tres visitantes mantienen un diálogo inaudible para los que los observan desde el patio, cerca de la pileta o a unos pocos pasos de la parrilla. Pero todos imaginan que se trata sin duda de amabilidades convencionales, ruido mundano al que es necesario sacrificarse cuando se está en sociedad, antes de iniciar una conversación digna de ese nombre. Gutiérrez se apresura a abrir y se inclina para recibir el beso fugaz que Gabriela le da en la mejilla, antes de presentarle a su compañero, mientras que Soldi, aprovechando la ceremonia de presentación, hace un rodeo para esquivarlos y apresura el paso en dirección de los otros que inmóviles, con sus sombras irreconocibles encogidas sobre el pasto a causa de la luz cenital, sonrientes, lo contemplan.

No se ve una sola nube en el cielo de un azul profundo donde flotan, en las inmediaciones del sol, hacia el que es imposible dirigir la vista, astillas doradas. Tomatis, que ayer estuvo imaginando en el colectivo que hoy llovería desde la mañana, no se resigna sin embargo a creer lo que oyó en el informativo hace un rato, cuando venían en coche a Rincón, a saber, que al final de la tarde o a la noche en el mejor de los casos, habría tormentas y lluvias abundantes en toda la región. Gabriela y José Carlos lo escuchan con interés no demasiado visible. Desde hace algún tiempo, Tomatis viene observando con cierto alivio que, en presencia de José Carlos, la adoración que desde que era una criatura Gabriela siente por su persona se atenúa un poco. Ese desplazamiento afectivo le permite distenderse y abandonar por un rato su papel de modelo infalible y sapiente. Pero, curiosamente, cuando Gabriela lo suplanta por José Carlos, es José Carlos quien acuerda a Tomatis una credibilidad ilimitada. Ahora que es casi la una, y que todos los invitados, excepción hecha de Leonor, han llegado, ellos tres son los únicos que no se bañan y se mantienen a la sombra, bajo los árboles del fondo, hasta donde les llegan, atenuados, el estruendo de las zambullidas, el ruido de los chapaleos, y los gritos y las risas de los bañistas. Tomatis ignora las razones por las que Gabi no se baña, así como las de José Carlos (solidaridad con Gabi), pero las suyas son simples y claras: no tiene ganas de mojarse, y además, la sombra fresca de los árboles es tanto o más agradable que el agua azul de la pileta. También hasta donde están les llega, por momentos, el olor del asado.

Como si estuviese meditando la observación meteorológica de

Tomatis, José Carlos se queda pensativo. Su pelo renegrado, bien peinado, y su bigotito negro delatan su origen siciliano, pero es delgado y alto, como si una mezcla de sangre en alguna rama de su genealogía lo hubiese salvado del estereotipo. Debe andar por los cuarenta años más o menos y sus gestos demorados, casi recatados, su voz un poco desfalleciente, así como su delgadez, contrastan con su gusto por la buena mesa y por las discusiones corteses pero implacables. El pollo que dejó la tía Ángela en la heladera fue él quien lo preparó anoche, *alla cacciatore*, es decir en trozos, en una cacerola, con tomates y otras verduras y un poco de vino blanco. Arrobadada, Gabriela lo observaba cocinar, olvidándose hasta la existencia misma de «Carlitos», su mentor. Después de comer se quedaron un rato mirando una película por televisión, pero se aburrieron antes de que terminara y se fueron a dormir. Están contentos con la novedad, y aunque José Carlos tiene dos hijos ya adolescentes de un primer matrimonio, la perspectiva de ser padre por tercera vez le causa mucho placer, sobre todo porque se siente bien con Gabriela, y está seguro de que esta pareja durará mucho tiempo, para el resto de su vida tal vez.

—Los pronósticos meteorológicos dependen demasiado de lo aleatorio —dice, por decir algo, tratando de apuntalar con alguna observación más o menos científica la esperanza de que no se les vaya a aguar el asado e incluso la semana.

—Es cierto. Por eso yo prefiero ordenar los acontecimientos en series más dignas de crédito —dice Tomatis—. Por ejemplo, desde hace como un mes viene lloviendo todos los domingos. Otras veces he podido observar que llovía solamente los días pares, de modo que en los impares, nunca salía con el paraguas.

Gabriela y José Carlos se ríen y Tomatis, satisfecho, se concede un trago de vino blanco.

—Los fenómenos meteorológicos son un modelo posible del universo —dice Gabriela.

—La parte y el todo igualmente ingobernables —dice José Carlos.

Se quedan meditando. El caos del Génesis, la explosión primigenia, las lluvias intempestivas y los ciclones y, más módica pero no menos misteriosa, la tormenta de Santa Rosa que, contradictoria, llega, puntual, cada 30 de agosto, bullen y se agitan sin palabras en sus imaginaciones anonadadas por la desmesura que están obligadas a evocar. Aunque están parados, plácidos, bajo los árboles, con una copa de vino fresco en la mano, se sienten atrapados en el torbellino del mundo que hace y deshace los acontecimientos, parte de los cuales ellos, por costumbre, llaman, con

exceso de confianza, sus vidas.

De pronto, los ruidos que vienen desde la pileta dejan de escucharse, como si todos se hubiesen inmovilizado y callado al mismo tiempo. En cambio, desde algún lugar impreciso, bastante cercano por otra parte, en alguna de las casitas pobretonas tiradas al azar por el campo, o incluso en alguna de las viviendas residenciales de la vecindad, la radio local deja oír, inesperado, dulce, borrando con sus notas de acordeón el caos del mundo, como un fragmento de orden con el que se habían olvidado de contar, íntimo, un chamamé.

—¿Así que éste había sido el gran corruptor de burguesas, empezando por la suya? La verdad, que está para dejarse corromper —le dice Diana a Nula, en voz baja, cuando ve venir a Riera en short, desde el interior de la casa y pararse en el borde de la pileta.

—Putita —dice Nula, riéndose—. Si en vos y en la burguesía ya no queda nada por corromper.

Están instalados en las perezosas, secándose después del primer chapuzón. Llegaron hace media hora más o menos, después de haber dejado a los chicos en lo de la India hasta la noche, trayendo las seis botellas de vino (dos del preferido de Nula, el sauvignon blanco) que le provocaron a Gutiérrez, al menos en apariencia, un placer desmesurado; Nula le aconsejó que las dejara descansar un par de semanas antes de tomarlas. Gutiérrez los invitó a pasar al interior para cambiarse, pero ellos ya traían las mallas puestas, así que se desvistieron cerca de la pileta y pusieron la ropa en el gran bolso de paja que había contenido las botellas. La bikini exigua y amarilla de Diana exhibía, demostrando en cierta manera la pertinencia del realismo medieval, su cuerpo de diosa, en el que la ausencia de la mano izquierda parecía evocar el indicio de algún oscuro episodio mitológico. Y en el momento mismo en que ellos acababan de des vestirse, caminando rápido por el césped desde los listones blancos del portón, aparecieron Lucía y Riera (Leonor llegaría más tarde por sus propios medios). Parados al borde de la pileta saludaron a los que estaban en el agua: los Rosemberg, Soldi, Violeta y Gutiérrez, dieron una vuelta por la parrilla, para cruzar dos palabras con Faustino, le hicieron un ademán amistoso con la mano a Gabriela, José Carlos y Tomatis que conversaban a la sombra, bajo el guincho, y se precipitaron hacia Diana y Nula, que los esperaban, indecisos, cerca de la pileta. Nula se preguntaba cómo iba a desarrollarse el encuentro, pero llegaron tan rápido junto a ellos que no tuvo tiempo de imaginar una respuesta. Riera le dio un beso sonoro en la mejilla a Diana, lo mismo que

Lucía, y después lo abrazaron a él, con la naturalidad con que lo hacen viejos amigos que vuelven a verse después de mucho tiempo. Gutiérrez, que salía de la pileta en ese momento, pareció sorprendido al ver a Lucía y Riera tratar a Nula tan familiarmente, y Nula, al notar su expresión, se dijo que seguramente le plantearía algunos problemas entender la escena que había tenido lugar el martes a la noche, cuando al volver bajo la lluvia desde el club de caza y pesca con los dos moncholos, encontraron a Lucía en la casa, y Lucía había pretendido no conocer a Nula. «Por suerte, pensó Nula, Gutiérrez no es de los que se plantean demasiados problemas con las vidas ajenas.» Después de ese encuentro efusivo, Lucía y Riera acompañaron a Gutiérrez al interior de la casa, y, sin ningún comentario, Diana y Nula se zambulleron en el agua azul. Mientras Diana nadaba bajo el agua, Nula se puso a conversar con Soldi, cuya barba renegrida y ensortijada se apelmazaba en matorrales que terminaban en punta y que chorreaban agua. Después de nadar un rato, Diana salió a secarse en la perezosa y Nula la siguió unos minutos más tarde. Se quedaron silenciosos bajo el sol, abandonados en las perezosas, hasta que vieron salir a Riera de la casa, vestido sólo con un short, y como venía descalzo, y las lajas blancas ardían a esa hora, se resolvió a caminar por el césped. Ahora está parado en el borde de la pileta, y les sonrío.

—Creo que es a vos que te sonrío —dice Nula en voz baja, pero sin disimular demasiado el comentario, de modo que Riera advierte que están hablando de él y, con una sonrisa recelosa se acerca caminando despacio y se para frente a ellos, de espaldas a la pileta.

—Qué maldades estarán diciendo —dice.

—Al contrario —dice Nula—. Diana me preguntaba si realmente estábamos en presencia del gran corruptor de burguesas.

—Servidor, señora —dice Riera. Y se queda mirándola fijo. Entrecruzan una sonrisa leve, imperceptible, que Nula, sin embargo, intuye como una señal de reconocimiento, como dos miembros de una sociedad secreta que, cuando se encuentran en público, deben realizar ciertos gestos rituales conocidos por ellos solamente para identificarse. O igual que si después de una larga búsqueda, dos criaturas predestinadas a encontrarse se toparan imprevistamente y, sin la menor vacilación, se reconociesen en el acto. Aunque Nula cree conocer a fondo a Diana, un ramalazo de celos, leve y fugaz, lo sorprende y lo avergüenza al mismo tiempo.

—Bueno, bueno —dice—. No es para tanto.

—Ya por teléfono me di cuenta de que valía la pena conocerla —dice Riera.

—Pero es que Diana es incorruptible —dice Nula.

—Justamente, es mi atractivo principal —dice Diana—. ¿O me equivoco?

Nula, con cierto alivio, comprende que la sonrisa imperceptible que Diana acaba de cruzar con Riera implica un reconocimiento, pero también un desafío.

—*Burguesa incorruptible* —murmura Riera adoptando un aire falsamente meditativo—. Contradicción en los términos.

Nula y Diana se echan a reír, y Riera los acompaña con una carcajada discreta. Amalia sale de la casa trayendo en una bandeja unos platitos con aceitunas, queso, mortadela y salami. Los distribuye bajo el guincho, en la mesa que ya ha sido puesta para el almuerzo, y vuelve a alejarse en dirección a la casa. Tomatis, José Carlos y Gabriela se acercan a la mesa y empiezan a retirar, con los dedos, pedacitos de comida llevándoselos a la boca con aire bien educado. Soldi, todo mojado, sacudiéndose con energía para sacarse de encima un poco de agua, sale de la pileta y se queda parado un momento en el borde, indeciso. Por fin, viendo que la perezosa amarilla en la que se ha sentado el jueves está desocupada, se apresura a dejarse caer en ella. Del otro lado de la pileta, sentados en sendas perezosas, Nula y su mujer se ríen a carcajadas charlando con el doctor Riera. A Soldi le gustaría acercarse, pero prefiere observar la escena desde lejos, sobre todo porque Gabi le ha hecho una señal amistosa desde el guincho, donde conversa con José Carlos y Tomatis y, si se levantara ahora, es hacia ellos adonde debería dirigirse.

—Un oxímoron. Como decir *fuego frío* —dice Nula, cuando consigue contenerse.

—¿Un oxi qué? —se alarma Riera.

—Nada que un hombre de ciencia pueda comprender —dice Nula, con aristocratismo fingido.

Y se echan a reír otra vez. Tienen la risa fácil, comunicativa, vagamente cómplice que, como de costumbre, la adhesión inmediata a Riera que generan su presencia física y su simpatía espontáneamente turbia, despierta en sus relaciones mundanas, y no únicamente femeninas. Ahora Amalia vuelve a salir de la casa, trayendo una botella de vino en un baldecito de hielo, y detrás de ella aparecen, portadores de un objeto idéntico, Lucía y Gutiérrez. Una euforia discreta, pero perceptible, produce en los invitados esa aparición: la picadita era apenas un anuncio preliminar, pero la llegada del vino en los baldecitos de hielo, traídos en procesión por sus tres portadores, señala en forma oficial el comienzo de la fiesta. Por

ahora, los invitados, dispersos, en la pileta, en las inmediaciones de la pileta, bajo el guincho, irán por su propia cuenta a servirse una copa de vino y a picar algo de los platitos, hasta que el anuncio de que el asado está listo los reunirá en la gran mesa ya preparada. Con un ademán vago y en voz bastante alta, Gutiérrez exhorta a sus invitados a que vengan a la mesa a servirse, y aunque nadie parece prestarle atención, apenas desaparece detrás de Amalia en el interior de la casa, José Carlos, Gabriela y Tomatis se sirven una copa de vino, y comen con avidez de los platitos, usando esta vez para pinchar los cubitos de queso o de mortadela, las fetas de salami o las aceitunas ovales, verdes y negras, unos escarbadiantes acomodados en unos potecitos de vidrio. Aunque no es un gran bebedor, desde su perezosa amarilla Soldi mira con interés hacia la mesa pero no se decide a levantarse. Los Rosemberg y Violeta conversan en el agua, en la parte playa de la pileta, y Nula está demasiado ocupado con Diana y con Riera, un poco ansioso a decir verdad, como para pensar en comer y beber por el momento, y su ansiedad aumenta cuando comprueba que, en vez de seguir a Gutiérrez y Amalia hacia el interior de la casa, Lucía se dirige hacia ellos y se para al lado de Riera.

—Qué regío que vinieron —dice, con felicidad inconsecuente, teniendo en cuenta que, a Diana por lo menos, es la primera vez en su vida que la ve, y a Nula, cinco días antes, delante de Gutiérrez, había simulado no conocerlo.

Nula está perplejo, incluso un poco preocupado: lo inquieta que la dependencia de Lucía respecto de Riera pueda inducirlo, para recuperarlo, a ir incluso más lejos que su marido en materia de alusiones y de insinuaciones pretendidamente divertidas, sobre todo relativas al encuentro del miércoles al mediodía en Paraná. Pero después de su comentario excesivo, Lucía se queda en silencio y su expresión se vuelve seria, levemente desorientada, de modo que la alarma de Nula se tiñe de un matiz de pena o de compasión. Lucía está, le parece, más perdida en el mundo de lo que él creía cuando la descubrió en la calle aquella mañana, vestida de rojo, y empezó a seguirla para entrar en su aura, y en el aura de Riera, durante meses y meses. Ahora los ve desde afuera, y aunque no los encuentra demasiado diferentes, puede interpretar sus palabras y sus actos de un modo que le parece más claro, aunque ignora si es más verdadero. Diana, entretanto, sonríe, mundana pero expectante. *Voy a ayudar a Amalia con las ensaladas*, dice por fin Lucía, y con su brusquedad blanda, habitual en ella, pasa por detrás de Riera, y se dirige a la cocina.

—¿Nos damos un chapuzón? —dice Riera.

—¿Por qué no? —dice Diana, levantándose; y, sin decir palabra, Nula hace lo mismo. Con paso lento, indolente, se dirigen hacia la parte honda de la pileta, y primero Riera, después Diana y por último Nula, con estruendo, se zambullen. Evolucionan unos segundos bajo el agua transparente que transforma sus cuerpos macizos en manchas fragmentarias, cambiantes, inhumanas, pero cuando las cabezas y los hombros salen de vuelta a la superficie, aunque las caras están arrugadas y los cabellos revueltos y pegados al cráneo, los ojos cerrados y apretados para evitar que el agua entre en ellos, recuperan el aspecto vagamente humano, como si la desintegración que los amenaza en el fondo, perdiera eficacia en la superficie, aunque durante unos segundos quedaran todavía rastros de su acción corrosiva, capaz de descomponer a la vez la materia y la ilusión de realidad. Y los tres se ríen, despreocupados y felices, de estar en el agua donde, chapaleando con agilidad, se mantienen a flote y se reúnen en el medio de la pileta.

Desde la perezosa amarilla, Soldi observa a José Carlos, Gabriela y Tomatis que, después de picar alguna cosita de los platos distribuidos sobre la mesa, se sirven cada uno un vaso de vino blanco y, caminando sin apuro, abandonan el guincho para dirigirse de nuevo hacia el fondo de patio. Soldi los sigue con la mirada, hasta que se paran debajo de los árboles y, dándose vuelta para contemplar desde ahí el conjunto de la casa, el patio, el guincho y la pileta, se ponen a conversar. Deben de estar bien allá en el fondo, a la sombra; él, en cambio, abandonado, indolente, en la perezosa amarilla, siente que el sol, que en algunos minutos lo ha secado completamente, le hace picar la piel del vientre y lo adormece.

La operación parece complicada, pero para Diana resulta fácil, porque la realiza varias veces por día, con éste o con otros artefactos similares que cumplen diferentes funciones, y si bien algunos de los presentes consideran de buen gusto simular no verla, a Diana y a Nula no parece importarles que la vean o no: consiste, simplemente, en fijar en la muñeca izquierda una muñequera de cuero, sobre la que se ajusta un aro de metal, probablemente de acero inoxidable, el cual se prolonga en forma de tenedor. Una vez realizada la maniobra, como si nada, con la mano derecha Diana recoge su copa, en la que Nula, con deferencia afectuosa, acaba de servirle una buena cantidad de vino blanco, y se toma un largo trago. Enfrente de ella, del otro lado de la mesa, Soldi se pregunta si no hubiese sido mejor sentarse a comer con la prótesis ya puesta, pero finalmente decide que a Diana debe resultarle más natural instalarla delante de todos.

Para sentarse a la mesa, los bañistas, después de haberse secado al sol en unos pocos minutos de exposición, se han vuelto a vestir, los hombres con una camisa o una remera, las mujeres con sus vestidos livianos, fáciles de poner y de sacar, que ahora llevan por encima de sus mallas de una o dos piezas. Aunque Faustino ha anunciado el asado hace unos minutos, y ya están todos los invitados e incluso Amalia sentados a la mesa, las dos sillas vacías, una al lado de la otra, demoran todavía unos momentos el servicio: un remise acaba de detenerse, sin apagar el motor, frente al portón blanco, y Gutiérrez se ha precipitado hacia la calle para recibir a Leonor Calcagno. Caminando sin apuro, transponen el portón y, con aire satisfecho, se dirigen hacia la mesa. Nula se asombra otra vez, igual que el viernes a la noche en el restaurant del Hotel Palace, de la fragilidad que emana del cuerpo de Leonor, sus bracitos y sus piernas, flacos y renegridos por el sol y por las lámparas de broncear, el rostro estragado, como probablemente también los pechos y las nalgas, por cirugías tan inútiles como repetidas, el pelo teñido de un tinte rojizo, el labio superior inflado por una inyección de silicona; los dedos esqueléticos y casi negros están cubiertos de anillos, las muñecas, de pulseras, y varios collares de fantasía intentan disimular las arrugas recalcitrantes del cuello. Y sin embargo, a pesar de esa impresión de fragilidad, Leonor se desplaza con pasos ágiles, como indiferente a lo que la rodea, y cuando llegan al guincho, su mano libre (en la otra lleva una cartera blanca que hace juego con su vestido blanco y con sus zapatillas blancas de taco alto, de yute macizo, que se anudan alrededor de los tobillos) se eleva hacia el cabello para retocar el peinado, emitiendo una sonrisa distante, cuando, alzando la voz, Gutiérrez la presenta a sus invitados:

—¡Para los que no la conozcan, la señora Leonor Calcagno! —y hace un ademán rápido y vagamente circular que trata de englobar el largo rectángulo de la mesa. Los otros emiten respuestas diversas y convencionales, que nadie escucha porque, por ser proferidas todas al mismo tiempo, se anulan entre sí. Amalia, que está sentada en la cabecera más cercana a la casa, intenta levantarse, pero Gutiérrez, con una mirada amable, sacudiendo la cabeza, le dice que no es necesario. Las dos sillas vacías están justamente a la izquierda de Amalia, y Gutiérrez invita a Leonor a sentarse al lado de ella, y él ocupa la otra silla vacía. Enfrente, están sentados Marcos y Clara Rosemberg; Marcos se inclina por encima de la mesa, levantándose apenas de la silla, y, agarrándole a Leonor la mano libre, le da un apretón fugaz. Al lado de Clara está sentado Soldi, que tiene a su lado a Gabriela, que tiene a José Carlos, que tiene a Violeta. La cabecera opuesta, en el fondo del guincho, la ocupa Tomatis, que tiene a su derecha a

Lucía, que tiene a Riera, que tiene a Diana, que tiene a Nula, que tiene a Gutiérrez, que tiene a Leonor. Únicamente Faustino está parado al lado de la parrilla, vigilando la carne y las achuras que se doran sobre el fuego, y en una mesada de mosaicos que prolonga la parrilla, pero que está separada de las brasas y de las llamas de reserva por una parecita, tiene ya preparado su plato, una fuentecita con ensalada que le ha traído Amalia, y una copa llena hasta la mitad de vino blanco. De pronto, con un largo tridente en una mano, y una considerable cuchilla en la otra, se da vuelta, con la cara arrebatada y el bigote entrecano apelmazado por el sudor, y con aire serio y profesional, del que a ninguno de los presentes se le escapa el tono socarrón, pregunta:

—¿Listo, don Willi? ¿Podemos proceder?

Incorporándose a medias, con solemnidad paródica, haciendo un ademán de aquiescencia, Gutiérrez responde:

—Proceda nomás, don Faustino.

Electrizada por el micro-sainete que acaba de presenciar, la concurrencia rompe en aplausos (Diana hace tintinear su tenedor de metal contra el borde del plato y Leonor Calcagno se limita a esbozar unas palmaditas silenciosas con sus manos huesudas que parecen patitas negras de pájaros). Sobre la parrilla de dimensiones importantes, enteramente ocupada, se doran ristras de chorizos y de morcillas, espirales y tubos igualmente crocantes de chinchulines y de tripa gorda, masas doradas de mollejas enteras, riñones abiertos por el medio que se asan protegidos por su propia grasa, y tres tiras largas de costilla ancha, que habiéndose ya cocinado a fuego lento del lado del hueso, lo exhiben ahora mientras la carne recibe su porción de fuego para alcanzar el punto adecuado de cocción. Puesto que su paso por el calor es una simple formalidad, las morcillas son lo primero que se sirve, y los chorizos las acompañan, de modo que Faustino corta en una fuente varios ejemplares de las dos especies, teniendo en cuenta el número de comensales —quince si se incluye a sí mismo—, y empieza a pasear la fuente entre ellos, comenzando por Violeta, la más cercana a la parrilla, mientras los que están sentados en la vecindad aprovechan también para servirse. Un detalle contradictorio le llama la atención a Soldi en esa mesa generosa: el ascetismo de las ensaladas. A él, que lo enloquecen el apio, las zanahorias ralladas, los rabanitos y las remolachas, lo intriga que en lo de Gutiérrez, para un asado tan imponente, no haya más que dos clases de ensaladas, en cantidad abundante por cierto, pero de una indudable monotonía: mixta de lechuga, y achicoria con una pizca de ajo picado. Y de golpe comprende que se trata de una suerte de purismo conservador por parte de Gutiérrez, un purismo

libresco del que hasta las dos ensaladas clásicas pueden parecer una concesión, porque la plétora colorida de ensaladas diversas es una exageración urbana, que traiciona el ascetismo rural originario del asado. «Busca en todo una perfección imaginaria, sin darse cuenta de que los mitos que añoró durante treinta años, fueron modificados, mientras él estaba ausente, por la erosión de la contingencia», se dice Soldi.

Los primeros momentos de la comida, aparte de algunas interjecciones admirativas destinadas a fortalecer la satisfacción del asador, transcurren en silencio; masticando un bocado, Gutiérrez se levanta de golpe y se dirige al cuartito adosado al guincho, donde se guardan los implementos de jardinería y toda clase de herramientas y de productos de mantenimiento. Desde donde está sentado, Nula, a través de la puerta abierta, ve que también hay una heladerita suplementaria destinada a evitar las idas y venidas a la casa, y que Gutiérrez retira unas botellas y vuelve en dirección a la mesa; son tres botellas de cabernet sauvignon que él mismo le vendió, y que Gutiérrez ha puesto a refrescar ya descorchadas en la heladera. Gutiérrez las distribuye en la mesa, y vuelve a sentarse entre Nula y Leonor.

—Lo que venía faltando, ¡el tintillo! —declama Violeta, adoptando un tono varonil, incluso decididamente arrabalero, que hace reír o sonreír a tres o cuatro de los presentes, Clara Rosemberg entre ellos, a menos que su sonrisa haya surgido de algún estímulo íntimo, recuerdo o asociación. Violeta une la acción a la palabra, porque de inmediato, se toma el resto de vino blanco que quedaba en su copa y, agarrando la botella de tinto, se sirve con generosidad; después deja la botella, recoge la copa, y prueba el vino.

—Está fresquito, está lindo —dice.

Al mismo tiempo Nula, cuya copa está vacía, se sirve vino tinto de una segunda botella, absteniéndose de servirles primero a los que están sentados a su alrededor, porque tienen todavía blanco en las suyas. Nula toma un trago y vuelve a dejar la copa sobre la mesa: «Sabe cómo tratar al vino; hoy la temperatura debe ser de más de treinta grados, y a este tinto hay que tomarlo a quince o dieciséis; pero había que dejarlo más tiempo en la heladera, calculando que las botellas iban a durar un rato en la mesa, de modo que tenían que estar más frías de lo que deben, porque la temperatura del vino iba a ir subiendo en contacto con la del exterior. Y eso es lo que hizo». Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Gutiérrez, señalando la copa con un movimiento de cabeza, le pregunta:

—¿Cómo está?

—Exactamente como tiene que estar, y va a ir mejorando en los próximos minutos —dice Nula.

—Me reconforta su opinión porque es la de un profesional —dice Gutiérrez con una modestia calculada que Nula toma por un gesto de cortesía. Y después de un momentito de silencio, inclinándose más hacia él con aire confidencial—. ¿Y cómo va esa metafísica?

—Siempre a la vez más y menos ardua que el corretaje de vino —dice Nula, después de reflexionar unos segundos.

Sacudiendo, afirmativo, la cabeza, Gutiérrez lanza una de esas carcajadas francas y ruidosas, inhabitual en él, que suelen despertar la curiosidad e incluso, por empatía, la risa, de quienes las oyen. Todos los que están sentados a la mesa lo miran con asombro divertido, esperando alguna explicación, pero como Gutiérrez hace un ademán negativo con la mano significando que no la dará, vuelven a sus conversaciones. Nula, que no pensaba causar un impacto tan visible con su ocurrencia mundana, sonrío, satisfecho, pero ligeramente desorientado, porque el hombre que está sentado a su derecha, Willi Gutiérrez, le resulta, a medida que lo frecuenta, digno de amistad desde luego, pero cada vez más incomprendible y extraño. La carcajada que acaba de lanzar, desproporcionada respecto de su frase, parece revelar en él cierta familiaridad con la metafísica, pero también con la conciencia de lo que a veces se está obligado a abandonar para sobrevivir en la lucha por la vida. « ¿Cómo habrá sido la parábola que trazó su vida desde el pueblito al norte de Tostado hasta Roma y Ginebra para que hoy sea el que es, y cómo es en realidad el que parece ser? Él, y sus viejos amigos, más la madre de Lucía, ¡qué gente tan rara!» A su lado, Diana conversa con Riera, y ya nadie parece prestarle atención, pero como desde la silla de enfrente Soldi lo escruta sin disimulo, Nula piensa que adivina en qué está pensando. Sus miradas se cruzan, y Soldi realiza un leve, pero prolongado, movimiento afirmativo con la cabeza, y a Nula le parece que en sus ojos oscuros chispea una sonrisa de connivencia.

Con el vino y la comida, la conversación se enardece. Después de las morcillas y los chorizos, Faustino sirve las achuras, y pasa a su vez del vino blanco al tinto, bajo la mirada reprobatoria de Amalia, desde la cabecera opuesta, como Nula puede comprobarlo con disimulo. Los diálogos se cruzan, en voz alta, de una punta a la otra de la mesa, o se murmuran entre vecinos, y risas y exclamaciones frecuentes los esmaltan. Todos dan la impresión de estar contentos, por no decir felices, salvo quizás Leonor que, preocupada por su aspecto, varias veces saca un espejito de la cartera blanca que cuelga del respaldo de la silla y controla su maquillaje, retocándolo cuando lo cree necesario. Nadie parece reparar en ella, pero Nula está seguro de que muchos la vigilan y la prueban. Cuando llega la carne,

Faustino dirige a cada uno de los comensales la pregunta ritual: *¿Bien cocida o jugosa?* Y como Tomatis contesta con entusiasmo: *Jugosa*, se oye la voz de Soldi que, en un raptó ecológico, salmodia sentenciosa: *Jugosa encarnación fugitiva del todo*, lo que hace reír a Gabriela, a Violeta, a Tomatis y, en la otra punta de la mesa, a Gutiérrez, que lo mira sorprendido.

Aunque Diana parece muy concentrada en la conversación con Riera, su mano derecha deja reposar el cuchillo contra el borde del plato y, deslizándose por debajo de la mesa, se aferra al muslo izquierdo de Nula, que baja la mano izquierda y agarra la de Diana. Durante unos segundos, las manos quedan entrelazadas, y varios apretoncitos fugaces suscitados por uno o por el otro, parecen significar la ratificación de una complicidad secreta que persiste a pesar de las obligaciones mundanas. Después la mano de Diana se libera y reaparece en la mesa para recoger el cuchillo; ni una sola vez, Diana ha levantado la cabeza para mirarlo, ni ha interrumpido un solo instante su conversación con Riera. Mientras tanto, Lucía habla con Tomatis del aspecto grandioso del río contemplado desde las barrancas en Paraná, y Violeta cruza un diálogo con José Carlos sobre la arquitectura rosarina. Tal vez a causa de la comida, de la proximidad del fuego, del ardor de las conversaciones, pero sobre todo de la hora de la siesta, si bien la sombra del guincho los protege, las caras sudorosas han perdido buena parte de la frescura que exhibían a la mañana, y aunque el vino ha debido también contribuir a desgastarlos, la energía artificial del alcohol redobla en todos ellos, contradictoria, el entusiasmo. Nula observa sus efectos entre los comensales: las caras brillan por el sudor, y los ojos por el fuego del vino que arde en las miradas vivaces y alertas. Del cuartito pegado al guincho, Amalia trae otras tres botellas de tinto que distribuye en la mesa, y, de la cocina, una gran fuente de ensalada. La mayor parte del tiempo, ha estado hablando con los Rosemberg y vigilando a su marido, que, a causa del vino, tiende a hablar un poco más y en un registro ligeramente más alto que el habitual, lo cual parece causar cierta satisfacción en Gutiérrez. Tal vez la volubilidad de Faustino provenga no exclusivamente del vino, sino también de la atmósfera familiar que destila la reunión. Hasta Leonor, que casi no habla, ni siquiera con Gutiérrez, da la impresión de sentirse a sus anchas en esa mesa. Gabriela, que discute en voz baja con Soldi sobre la historia de las vanguardias en la provincia en la que vienen trabajando desde hace meses, emite una sonrisa enigmática que motiva una mirada interrogativa de Soldi, pero Gabriela sacude la cabeza significándole que no dirá nada, porque como Soldi ni siquiera sabe todavía que está embarazada, le resultaría difícil explicarle que lo que la hizo sonreír fue la idea de que los otros invitados

debieron pensar que si no se bañaba en la pileta era porque estaba con la regla, cuando en realidad era todo lo contrario lo que sucedía.

De pronto, interrumpiendo su conversación con José Carlos, de un bolso que descansa al pie de su silla, Violeta saca una cámara polaroid y, parándose detrás de la mesa, se vuelve hacia Faustino y lo invita a posar al lado de la parrilla, a lo que Faustino accede con intenso placer; después de preparar su encuadre, Violeta saca la fotografía y la cámara, produciendo unos ruidos característicos, expulsa por una ranura horizontal que tiene en la base, la placa que Violeta retira y que le extiende a Tomatis, el cual la sacude con suavidad para que se seque, espionando de tanto en tanto la imagen borrosa, hasta que por fin, parándose a su vez, se la mete en el bolsillo del pantalón para que la oscuridad que reina adentro acelere el revelado. Gutiérrez, en la otra punta de la mesa, se para justo en el momento en que Violeta se dispone a fotografiar al conjunto de los invitados. Con paso rápido, cruzando por el césped y después avanzando por el sendero de lajas blancas, Gutiérrez desaparece en el interior de la casa, mientras la polaroid empieza a revelar la segunda fotografía. Al cabo de un momento, la segunda placa aparece por la ranura y Violeta, retirándola, se la extiende a Tomatis, que empieza a sacudirla mientras que con la mano libre retira la primera del bolsillo, la contempla y, sonriendo con satisfacción se la muestra a Faustino que la mira un momento y después se la entrega a Violeta. La imagen coloreada pasa de mano en mano y, con mayor o menor atención, cada uno la observa, la estudia, la interroga quizás, maravillado de ver, en ese cuadrado de papel brillante, después de haberla vivido unos minutos antes con la confusión de sus sentidos inadecuados, en las redes complejas del transcurrir, una parcela infinitesimal y plana de tiempo disecado. Cuando por fin Tomatis la saca del bolsillo y la hace circular por la mesa, la segunda fotografía produce todavía más sensación que la primera, porque cada uno de los comensales se reconoce en ella, y al mismo tiempo se repudia, ultrajado por la imagen de sí mismo que, bruscamente, difiere de la que, unos minutos antes, idealizada con cierta ingenuidad, tenía en su fuero interno. Todos miran hacia el objetivo menos Gutiérrez que de espaldas a él, en el fondo, detrás de la cabeza erguida de Amalia, se dirige hacia la casa.

Violeta saca varias fotografías más, variando los fondos, como si quisiera reconstituir, a través de esos fragmentos unidimensionales, la totalidad multidimensional del patio. Y como Gutiérrez demora en salir, Tomatis le pide la cámara para sorprenderlo en el momento en que aparecerá nuevamente en el exterior, pero cuando al cabo de unos minutos eso ocurre, Gutiérrez blande una cámara de video y sale ya filmando la mesa

con sus invitados, de modo que, como Tomatis aprieta el botón, los dos se captan recíprocamente, lo cual produce un jolgorio tal vez excesivo, más tributario del vino que de la comicidad real de la escena, en la concurrencia. Mientras Tomatis retira la placa, la sacude un momento, y se la mete en el bolsillo, Gutiérrez va aproximándose a la mesa sin dejar de filmar, y se pasea a lo largo de ella, enfocando a los comensales y después, pasando por detrás de la silla vacía de Tomatis, sigue filmando, ahora a la fila de enfrente, mientras se desplaza hacia la otra cabecera. «Nos guardará a todos embalsamados en sus cintas de video, en su cuarto de trabajo, que él llama la sala de máquinas, así como tuvo embalsamada en su memoria durante más de treinta años su juventud y todo lo que su juventud contenía», piensa Soldi, y una pena fugaz pero intolerable, por Gutiérrez, por sí mismo, por el universo entero, sin saber por qué, arrasadora, lo embarga.

Cuando llega a la cabecera, Gutiérrez pasa por detrás de Amalia, y empieza a retroceder sin dejar de filmar, para captar otra vez el conjunto de la mesa, alejándose de ella en sentido inverso al acercamiento que filmó al salir de la casa, hasta que por fin, a varios metros del guincho, en el medio del patio, se detiene, baja la cámara que ocultaba su cara, y como caminaba ligeramente encogido por las exigencias del encuadre, se yergue exhibiendo una sonrisa satisfecha. Desde el guincho, Tomatis, aprovechando que Gutiérrez está solo y desprevenido en medio del patio, y a una distancia correcta como para fotografiarlo de cuerpo entero, levanta la polaroid hasta su cara, cerrando el ojo izquierdo y apoyando el derecho en el visor, pero cuando aprieta el botón, no se produce ningún efecto en el aparato: las diez placas del rollo ya han sido utilizadas. Tratando de ocultar el fiasco, sintiéndose un poco ridículo, Tomatis baja la cámara, sin advertir que Nula, desde la mesa, ha visto el episodio, y exagera una sonrisa burlona. Pero Tomatis no lo advierte, y volviendo hacia la otra punta de la mesa, restituye al pasar la cámara en el bolso de Violeta, y se deja caer en su silla, en la cabecera.

Ya nadie más se sirve carne, aunque queda una tira entera en la parrilla, más algunos chorizos y morcillas. Dando el asado por terminado, Faustino acomoda todo en los bordes de la parrilla para que no se cocine demasiado y al mismo tiempo se mantenga todavía caliente por si alguno cambia de opinión y quiere servirse un último pedazo. Pero al rato, viendo que ninguno parece dispuesto a recomenzar, retira los restos de la parrilla y los deposita en la fuente. Amalia se levanta y empieza a juntar la mesa y, cuando lo advierten, Violeta y Clara Rosemberg hacen lo mismo, de modo que las tres mujeres salen en fila india en dirección de la cocina y

desaparecen en el interior de la casa. Diana desmonta la prótesis en forma de tenedor, conservando en la muñeca la cinta de cuero, y la deposita sobre la mesa; sin vacilar, Nula la recoge, y tomando también una fuente de ensalada vacía y sus correspondientes cubiertos de madera, cruza el patio y desaparece en el interior de la casa. Mientras se aleja, Gabriela, que ha seguido con disimulo sus movimientos, piensa: «Debe quererla mucho, a menos que reserve esa deferencia exclusivamente para cuando está en público». Pero, sin saber por qué, se detesta vagamente a sí misma por ese pensamiento mal intencionado. A causa de un sueño absurdo, en el que aparecía Nula sirviéndole un pescado vivo por hacer una broma de pésimo gusto, ahí mismo, adonde está yendo ahora, en la cocina de Gutiérrez, ella le tomó antipatía, cuando el pobre no es para nada responsable de su sueño. Gabriela se olvida de que la antipatía era anterior al sueño, porque ya cuando conversaban de auto a auto, mientras ellos volvían de almorzar en lo de Gutiérrez y él iba a entregarle unas cajas de vino, ya la había molestado su aire de seductor demasiado seguro de sí mismo. Pero Gabriela deja de pensar en Nula y se acuerda de esa tarde del jueves, del cielo azul después de la lluvia de los días anteriores, y de las grandes masas de nubes blanquísimas, muy espaciadas, que parecían inmóviles pero que al atardecer, cuando se dirigía a pie al bar de Amigos del vino, ya habían desaparecido.

Nula sale de la casa antes que las mujeres, trayendo el tenedor de Diana ya limpio y seco, y dirigiéndose al gran bolso de paja en el que han traído las botellas y donde está todavía, bien doblado, su pantalón (se ha vuelto a poner la camisa para sentarse a la mesa), saca una caja de cartón alargada que contiene dos o tres prótesis metálicas para usos diferentes, y guarda el tenedor en ella. En el bolso hay también un block de papel canson y una caja de lápices de colores, que Diana lleva siempre con ella, cuando sale de viaje o va a pasar un día al campo, o asiste a algún acontecimiento inusual, y que podrían considerarse como sus útiles para tomar notas no escritas, sino visuales. En ese momento, Violeta es, de las tres mujeres, la que sale primero de la casa: trae un trapo para limpiar la mesa, y unos platitos de postre, pero casi en seguida, siguiéndola de cerca, aparece Clara trayendo otra pila de platitos. Y cuando Violeta termina de limpiar la mesa y empieza a distribuir los platos, Clara hace lo mismo con los suyos dejando caer en cada uno un tenedorcito de postre que tintinea contra la loza blanca. Tomatis le hace una seña a Violeta, que se inclina hacia él para oír lo que éste le dice en voz baja, y cuando Tomatis termina de hablar, Violeta hace un gesto afirmativo con la cabeza, como una buena chica obediente, y vuelve a encaminarse hacia la casa. Antes de entrar, se detiene y se hace a un lado

para dejar salir a Amalia, que trae los dos alfajores. *Son de hoy a la mañana*, dice Marcos con seriedad, señalándolos con el dedo cuando Amalia los deposita, uno al lado del otro, en el medio de la mesa. Están envueltos en papel blanco, pero, por el momento, Amalia se abstiene de desenvolverlos. Y, dirigiéndose a la mesa en general, con la misma seriedad con que ha proferido la primera frase, agrega: *Más frescos no podían estar*. Amalia se vuelve hacia el interior de la casa, y, cuando está por entrar, debe detenerse y hacerse a un lado, exactamente como debió hacer Violeta hace unos instantes para dejarla pasar a ella, piensa Tomatis, que las observa desde la cabecera, y que, ligeramente ansioso, vigilaba la puerta preguntándose si Violeta habría encontrado en la casa lo que él la había mandado a buscar, sonriendo con alivio al verla salir con la bolsa del supermercado, decorada con una W roja, correspondiente a la carnicería, que contiene el objeto misterioso y que, en forma discreta, cuando llega a su lado, Violeta le entrega a Tomatis quien, con cuidado, lo deposita en la esquina de la mesa, entre Lucía y él. Por fin, Amalia sale de la casa trayendo un cuchillo especial y una palita de repostería que centellean al sol cuando, cruzando el patio por las lajas blancas y después por el pasto, Amalia se dirige hacia el guincho.

Clara y Violeta se sientan en sus sillas respectivas, pero cuando Amalia llega a la mesa, Gutiérrez le pide el cuchillo y la palita y, parándose, y haciendo una reverencia elaborada, se los extiende a Clara Rosemberg; sin vacilar un instante, Clara los acepta, y como los alfajores están en el centro de la mesa, Soldi se los alcanza y ella, recogiéndolos con delicadeza, los pone uno al lado del otro y los desenvuelve con cuidado extremo, descubriendo dos blanquísimos círculos de unos cincuenta centímetros de diámetro y seis o siete de espesor. La superficie entera del círculo está recubierta de una capa quebradiza de azúcar glacé, pero cuando el cuchillo empieza a cortar con precaución segmentos de círculo de un tamaño más o menos equivalente, ni las tres capas de masa separadas por el relleno de dulce de leche, ni el baño blanco y solidificado que las recubre se resquebrajan, lo cual aporta una prueba indiscutible, por si acaso a alguien no le hubiese bastado la palabra de Marcos Rosemberg, de su frescura. Mientras le van pasando los platos blancos, Clara va depositando en ellos los segmentos de círculo, y los platos pasan de mano en mano hasta llegar al lugar de sus destinatarios. Cuando sirve la última porción —todavía quedan cuatro o cinco del segundo alfajor— Clara se sienta y, echando una última mirada para verificar que no se ha olvidado de nadie, empieza a comer la suya.

—Ahora sí —dice Tomatis, cuando han terminado de comer el postre y se instala un silencio indeciso en la mesa. Abriendo el bolso de plástico, saca una gran caja de cigarros Romeo y Julieta, su marca preferida, y desgarrando la estampilla que la protege, levanta la tapa y le extiende la caja a José Carlos que se extasía ante los gruesos cigarros prolijamente alineados antes de decidirse a retirar uno y pasarle la caja a Soldi, que les echa una mirada curiosa y rápida y le entrega la caja a Clara Rosenberg. Clara y Marcos estudian el contenido y sacan un segundo cigarro. La caja pasa a través de la mesa a manos de Gutiérrez que parece regocijarse con la situación, y después de echarle una mirada admirativa a los cigarros alineados, sin servirse, le pasa la caja abierta a Nula. Nula simula estudiar con desconfianza el contenido, lo que crea cierta expectativa en la asistencia, hasta que por fin, sin dejar de escrutar los cigarros con aire de sospecha, dice en voz alta: *Che, Tomatis, te estafaron: te dieron todos Romeos*. Una carcajada general recibe el chiste, y la caja sigue su camino, sin detenerse, hasta Tomatis que se la ofrece a Faustino, sentado ahora en una silla un poco separada de la mesa, pero Faustino la rechaza con decisión: *¡No fumo!*, exclama. Y Tomatis retira un cigarro para sí mismo, cierra la caja, la guarda en la bolsa de plástico del hipermercado para protegerla del calor, y la deja sobre la mesa.

José Carlos fuma solo su cigarro, pero Tomatis y Violeta, Clara y Marcos Rosenberg, lo fuman en pareja: se lo pasan de tanto en tanto, le dan unas chupadas lentas y soñadoras, y se lo devuelven al otro. Clara entrecierra los ojos y parece concentrarse antes de cada chupada, echando al aire caliente de la tarde bocanadas espesas de humo gris. Marcos mira a veces la punta encendida para vigilar la combustión. Todos, aparte de Tomatis, son fumadores ocasionales, aficionados podría decirse, pero parecen experimentar un placer auténtico en la circunstancia. A decir verdad, están a gusto bajo el guincho, en esa casa, con esos invitados, con el anfitrión singular que desapareció un día de la ciudad sin advertir a nadie, y volvió a aparecer treinta y pico de años más tarde para quedarse, con la misma economía de explicaciones de cuando se fue. Una blanda aceptación mutua, un abandono al instante, les procura un bienestar inesperado, sacándolos del ronroneo interno que llena las horas del día, la rumiación solitaria, autorizándolos a encontrar en el exterior, como un alivio pasajero, una vida interesante y placentera, aunque más no sea que por unos momentos, en un domingo de abril excepcionalmente caluroso que les da la ilusión de estar pasando unas interminables vacaciones. El vino, sobre todo, ha contribuido a crear esa sensación, y ahora los cigarros le otorgan al

instante una perfección meditativa. Las frases que profieren son más lentas, más pensadas que de costumbre, y ya no hay diálogos privados, sino una atención colectiva a la que cada uno se dirige cuando habla. Todos esperan de los demás algo interesante, no una revelación, sino más bien una historia, una sucesión de acontecimientos bien trabados entre sí que conduzcan a un desenlace imprevisto, a una situación inesperada y sorprendente, llenando de brillo y de vivacidad el tiempo incoloro, grabándose en la imaginación y depositándose, como una película de borra en el fondo de un vaso de vino, en la memoria a la vez receptiva y caprichosa. Y, de pronto, es Violeta la que comienza: dándole una chupada al cigarro, se lo devuelve a Tomatis, y mientras echa afuera el humo comenta que en los años de la dictadura, durante el terror, cuando el miedo, el asco, lo arbitrario, la crueldad y el dolor ocupaban todo, en medio del escarnio y de la masacre, ocurrían cosas a la vez angustiosas y cómicas, tan absurdas a veces que terminaban causando risa: era la época en que los militares, a la caza de libros subversivos como los llamaban ellos, inducían a la gente a dispersar su biblioteca, quemar o enterrar en el fondo del patio los libros sospechosos, y que un día ella había ido a cenar a la casa de un colega, estudioso pero bastante ingenuo, y como había notado en su biblioteca la aparición de una serie de volúmenes forrados con un papel vistoso, a rayas coloridas, él le había explicado que formaban parte de la literatura considerada subversiva en esa época, y que él los había forrado así para que, si venía la policía, no pudiese leer lo que estaba escrito en el lomo. *Una buena idea, ¿no?*, comenta Tomatis para reforzar el efecto de la historia que cuenta Violeta, intentando hacer más jocosa su recepción. Algunos se ríen y Faustino, impaciente por contar la suya y algo cohibido por el nivel de su auditorio, bajo la mirada expectante de Amalia quien, desde la otra punta de la mesa, da la impresión de temer una salida de tono por parte de su marido, refiere que unos vecinos de La Toma, empleados públicos, estaban tomando fresco en la ventana, a la tardecita, cuando vieron venir desde el asfalto una caravana de Fords Falcon, de los que sobresalían por las ventanillas abiertas los caños de las ametralladoras, por lo que la mujer le dijo al marido que debían estar buscando a alguien y que sin duda iban a hacer un allanamiento, y como ellos no tenían nada que reprocharse se quedaron lo más tranquilos en la ventana, pero era a la casa de ellos que venían. Bajaron doce hombres, todos armados, entraron en la casa, aunque no tocaron nada: venían simplemente a atemorizarlos, de modo que ellos a la semana siguiente ya estaban en Barcelona. Al terminar la dictadura volvieron, y todavía se ríen cuando se acuerdan de la frase de la mujer y se la cuentan a

los amigos: *Deben estar yendo a hacer un allanamiento*, y, según Faustino, *resulta que venían a la casa de ellos*.

Amalia se distiende, y Faustino, todavía excitado por haber contado su historia con éxito, se recuesta contra el respaldo de la silla, satisfecho. Y entonces Marcos Rosemberg interviene, desde el otro extremo de la mesa, utilizando el cigarro como una especie de puntero con el que subraya a veces sus palabras. Una vez le tocó ir a pedirle explicaciones por la suerte de un desaparecido a un funcionario militar, una especie de asesor jurídico del general Negri con rango de coronel, célebre por su mala fe y su peligrosidad, y sobre todo por su mal carácter. El coronel lo hizo pasar y le ordenó que se sentara enfrente suyo, del otro lado del escritorio, y sin dirigirle más la palabra durante varios minutos, siguió escribiendo en un papel unos garabatos, para hacerlo esperar a propósito, una manera de afirmar su autoridad. Por fin levantó la cabeza y le dirigió una mirada estudiada, entre inquisitiva y severa, de modo que él, Marcos, empezó a informarle que en tanto que abogado venía a averiguar el paradero de una persona desaparecida tres días antes; pero el coronel, dando un puñetazo en el escritorio, le dijo que en el país no había desaparecidos, que solamente había subversivos que se escapaban al extranjero para huir de la justicia y que pretender lo contrario constituía un insulto a las fuerzas armadas y al gobierno. El problema era que, con la violencia del puñetazo que había dado contra el escritorio, su peluquín se había desplazado un poco en la cabeza y a su pretendida afirmación de autoridad la contradecía la incongruencia del peluquín mal pegado contra su calva. Ebrio de su propio discurso, el coronel seguía pontificando y amenazando, pero Marcos ya no lo escuchaba, haciendo unos esfuerzos terribles para no echarse a reír, al mismo tiempo que temía que, si el coronel seguía exaltándose, el peluquín se le cayera de la cabeza, porque a medida que la situación se iba prolongando, a Marcos se le hacía cada vez más evidente que si el coronel se daba cuenta de lo que *ocurría*, él era un hombre muerto, nunca volvería a salir a la calle. Así que en medio del discurso del coronel se paró decidido a irse, balbuceando que no llegarían a entenderse, pero con dos trancos enérgicos, el coronel rodeó el escritorio y vino a pararse a treinta centímetros de su cara, echándole la mirada más amenazadora que encontró en su repertorio. Pero con los movimientos bruscos que había hecho, el peluquín se había desplazado todavía más y casi colgaba sobre la oreja izquierda. Dividido entre el miedo y la risa, Marcos decidió exagerar el miedo pensando que si, sin poder contenerse, se echaba a reír, el coronel iba a pensar que se trataba de una risa nerviosa. Con el más popular de los desprecios, el coronel lo *tuteó de*

golpe: ¡Andá cantale a Garay!, le lanzó. ¡Salí por esa puerta antes de que me arrepienta y te lo haga pagar caro! Marcos se dirigió a la puerta y las primeras risas ahogadas lo sacudían, igual que las primeras arcadas antes de un vómito, y el coronel, viéndolo de espaldas, debía pensar que era el terror lo que lo hacía estremecerse tanto, de modo que redoblando su desprecio, masculló en el momento en que Marcos atravesaba la puerta: ¡Bolche de mierda! Pero Marcos seguía riéndose, a tal punto que el soldado que estaba de plantón, sin saber la causa, se echó a reír también, por contagio. Y cuando subió al auto y empezó a rodar hacia su casa, en la costanera vieja, cuando se acordó que lo había tratado de bolche, cuando ya hacía años que no era comunista porque se había pasado al socialismo, se dijo que, por ser agentes de seguridad parecían estar bastante mal informados, y ese detalle hizo redoblar sus carcajadas, sin saber al fin de cuentas, si su risa era divertida o nerviosa.

Ahora le toca el turno a José Carlos. También él ha vivido una aventura a la vez risible y angustiada. Como a muchos otros miembros de la universidad, estudiantes, empleados, profesores, había recibido varias amenazas telefónicas, y al principio no las había tomado en serio, hasta que alguien le informó que unos comandos del ejército lo estaban buscando para secuestrarlo, de modo que se vio obligado a dejar la ciudad para irse a Buenos Aires, donde era más fácil para él pasar desapercibido que en Rosario. Un amigo le prestó un departamentito en un barrio discreto y, para evitar que alguien lo reconociera, decidió modificar su aspecto: se afeitó el bigote, se tiñó de rubio, y se cambió el peinado. También se vestía en forma diferente, menos severa, más de acuerdo con la moda del momento, pero de manera sobria para no llamar demasiado la atención. Cuando José Carlos cuenta que se tiñó de rubio, algunas risas resuenan entre sus oyentes, y Gabriela lo agarra del brazo, sonriendo con ternura, y recuesta la cabeza contra su hombro. Es evidente que ya ha oído la historia muchas veces, pero las zozobras pasadas de José Carlos, si bien la divierten, porque ya conoce el desenlace, también la conmueven, a causa del peligro real que en aquellos años oscuros lo acechaba. Casi de inmediato suelta el brazo de José Carlos y vuelve a enderezarse en su silla. Y José Carlos prosigue: una siesta de febrero, en que hacía un calor matador, como se ahogaba en el departamentito de su amigo, decidió ir a sentarse un rato bajo los árboles de una plaza cercana, donde estaría más fresco. Él, que en Rosario siempre andaba vestido de traje y corbata, se puso unas camisetas sin mangas, una musculosa como las llaman, bermudas y sandalias, y recogiendo una cartera de cuero la colgó de su hombro izquierdo y salió a la calle. Con el pelo

rubio, largo y encrespado, sin bigotes, tostado por el sol de enero, pensaba que hubiese sido imposible reconocerlo, pero cuando iba entrando en la plaza, que estaba casi desierta a esa hora, vio que, sentado en un banco cerca de la esquina, un hombre lo miraba sin disimulo, pero indeciso y sorprendido sin estar seguro de si lo conocía o no. Cuando se fue acercando al banco, fue José Carlos quien lo reconoció de inmediato: era un empleado de la facultad, en Rosario, que no le inspiraba mucha confianza, y que debía estar de paso por Buenos Aires. Adoptó un aire indiferente al pasar junto a él, sintiendo al mismo tiempo que el otro lo escrutaba tratando de decidir si se trataba o no del ayudante de economía con el que se cruzaba todos los días en la facultad. En vez de sentarse en un banco como lo tenía previsto, José Carlos siguió cruzando la plaza en diagonal, pero antes de desaparecer por una calle adyacente, miró con disimulo hacia atrás y vio que el otro se había parado cerca del banco y que, intrigado, seguía observándolo.

Se sintió perdido. Durante un tiempo, salió a la calle lo menos posible y, desde luego, que nunca más volvió a pasar por esa plaza. Un par de meses más tarde, gracias a la mediación de la embajada de Italia que, como a muchos otros descendientes de italianos, le dio la doble nacionalidad, pudo viajar y se instaló en Milán. Un día, un colega de Rosario vino a visitarlo y él le contó la historia. Pero el colega, riéndose, le dijo que él ya la conocía, porque el empleado de la facultad se la había contado a todo el mundo, diciendo que de pura casualidad, en un viaje que había hecho a Buenos Aires durante las vacaciones, había descubierto que José Carlos era homosexual.

El aspecto de universitario atildado, clásico, casi severo de José Carlos, contrastando en la imaginación de los oyentes, con el hombre rubio de pelo teñido y revuelto, los hombros y las piernas al aire, la cartera y las sandalias, es probablemente lo que motiva la risa general, que induce a Riera a golpear el borde de la mesa con la palma de las manos, a Nula y a Marcos Rosemberg a retorcerse en sus respectivas sillas, a Gutiérrez a comentar la situación con Leonor Calcagno, y al resto de los presentes a regocijarse largamente con la historia. Únicamente Tomatis, que ya la conocía, sonrío, pensativo. De golpe, en un foganazo de clarividencia, acaba de comprender por qué están todos juntos, reunidos alrededor de esa mesa, distendidos y contentos: porque ninguno entre los presentes, piensa Tomatis, cree que el mundo le pertenece. Todos saben que están a un costado de la muchedumbre humana que tiene la ilusión de saber hacia dónde se dirige y ese desfase no los mortifica; al contrario, parece más bien satisfacerlos. Para no hablar del dueño de casa, que guarda detrás de su frente un misterio

impenetrable, cada uno de ellos se obstina en querer ser otra cosa que lo que esperan de él: el vendedor de vino, por ejemplo, que aspira a metafísico, o Soldi, hijo de ricos que, en vez de ocuparse de los negocios de la familia, prefiere interesarse por la literatura, o Marcos y Clara Rosemberg, que están pegados uno al otro desde hace más de treinta años a pesar de que ella se fue con el mejor amigo de los dos y volvió cuando el otro se tiró bajo las ruedas del subterráneo; y él, que ya la había dejado irse sin oponer resistencia, la recibió con los brazos abiertos cuando decidió volver a su lado. O la muchacha del muñón, que a su belleza insólita le infligieron, desde antes incluso de haber visto la luz del día, esa mutilación visible para impedirle que, perfecta y radiante, le hiciera sombra a la diosa que lleva su nombre. O la extraña mujer sentada junto a Gutiérrez, por la que él volvió a la ciudad, que fue también diosa sin duda para muchos en el pasado, y que obsesionada por su pasado de diosa, se mutila a sí misma día a día con la esperanza inútil de recuperarlo. Y yo mismo, que en este festín de desplazados, me he dado, como por casualidad, la cabecera. En el humo lento de su cigarro, Tomatis va dejando enredarse sus pensamientos, y de pronto un afecto mezclado de admiración por los que están sentados alrededor de esa mesa se apodera de él: tienen razón de ser tal como son, exteriores a la bandada, volando solitarios en el cielo vacío, con el propio delirio como brújula y una ruta incierta, sin plan anticipado, como derrotero. Porque si es verdad que en la muchedumbre gris y somnolienta desfilan durante un tiempo, más o menos largo, muchos de los que algún día van a despertarla, no es menos cierto que los que del nacimiento a la muerte han vivido al margen de ella, a veces incluso sin saberlo, son los que con más justicia son capaces de juzgarla. Son pasto de su delirio, es cierto, pero también, color del mundo.

Llegaron dispersos, cada uno por su lado o en pequeños grupos o en pareja, hasta que el almuerzo los reunió bajo el guincho, y ahora que la larga sobremesa terminó, vuelven a dispersarse por el patio o en el interior de la casa. Gutiérrez y Leonor, junto con los Rosemberg, se han ido para adentro; Diana, sentada en un sillón blanco de jardín que Gutiérrez ha ido a buscar, dibuja bajo un parasol, que el propio Gutiérrez le ha instalado para que trabaje a la sombra; Riera y Nula conversan sentados todavía a la mesa, que ya ha sido levantada y limpiada enteramente por Clara, Violeta y Amalia. Después de apagar el fuego y llevar los restos de asado a la heladera grande, y de limpiar la parrilla, Faustino ha desaparecido: en realidad, está durmiendo la siesta a la sombra, bajo un árbol, actividad afín a la de Tomatis, que también está tirado en el pasto, bajo un árbol, pero con la

cabeza apoyada sobre los muslos de Violeta, que a su vez apoya la espalda contra el tronco del árbol. José Carlos, Gabriela y Soldi conversan sentados en el banco del fondo, y Lucía retoza en el agua azul de la pileta, nadando casi sin hacer ruido. Por ahora, es la única que no busca la sombra, pero Diana tampoco tenía la intención de hacerlo, y si Gutiérrez no le hubiese traído el parasol, abstraída en su trabajo como estaba, hubiese seguido dibujando con sus lápices olvidada del calor de la tarde. Después de instalar el parasol, Gutiérrez echó una mirada a la hoja del block en la que Diana dibujaba: eran catorce manchitas de colores puestas en un esquema oval, más una, la número quince, en la que predominaba el anaranjado, un poco separada de las otras; las manchas, que eran abstractas, podían sugerir, a pesar de eso, una vaga reminiscencia humana. Al advertir que Gutiérrez miraba el dibujo, Diana, sin levantar la cabeza, le explicó: *Somos tus invitados sentados alrededor de la mesa. Los diferentes colores representan el rasgo principal de cada uno.* Gutiérrez sacudió la cabeza, preguntando al mismo tiempo: *¿Y esa mancha anaranjada es el fuego?* Diana, sin dejar de dibujar, le explicó: *No, ése es el dueño de casa.* Gutiérrez, volvió a preguntar, intrigado: *¿Y por qué el anaranjado?* Y esta vez, Diana, levantando la cabeza y mirándolo directamente a los ojos: *En ciertas religiones de la India, color del renunciamiento.*

El resto del planeta se muere de hambre, y ellos no saben hacer más que comprar; y pretenden que el mundo entero se les parezca; no les entra en la cabeza que se pueda vivir de otra manera que la de ellos, que afirman haber elegido libremente, pero donde está claro que en realidad han naufragado. Han exportado su naufragio al mundo entero, y, por donde pasan, todo va quedando en ruinas. Y los que, viniendo desde los rincones más remotos, encandilados por el brillo engañoso que divisan a distancia, llegan por fin a lo que creían que era una fuente inagotable de bienestar, al poco tiempo nomás descubren el recelo, el rechazo, la exclusión. *Pero me repito*, dice Gutiérrez, emitiendo una sonrisita de disculpa, sin saber cómo ha llegado a infligir por enésima vez a sus amigos —Clara, Marcos, Leonor— su diatriba preferida. Y siempre formulada sin odio, sin violencia, sin enojo, con un tono irónico más bien, de reproche quizás, como si le hubiese gustado que ese lugar que a él, en definitiva, no lo recibió tan mal, hubiese sido más afín a la imagen idealizada que, antes de entrar en su aura ruidosa y colorida, se había forjado de él.

Están los cuatro en la sala en penumbra, fresca a causa del ventilador de pie que ronronea en un rincón, mandando, al girar en semicírculo, ráfagas

periódicas de aire acariciador. Sobre la mesita baja que rodean los sillones, en una bandeja de metal, hay una jarra de agua helada, en la que, cuando se sirven, tintinean cubitos de hielo, y cuatro vasos altos que ya han utilizado, y en los que todavía queda algún resto de agua. Los cuatro tienen un pasado común, que de tan lejano se ha vuelto legendario, como si, ya inmodificable, hubiese sucedido en una dimensión diferente a esta en la que están ahora, hecha de espacio y de tiempo, de vacilación y de incertidumbre. Y sin embargo, parecen reposar apacibles en los sillones, como si se hubiesen instalado en una parcela de eternidad. Por ese pasado común se distinguen de los otros invitados, que erran ahora por el patio, buscando un lugar a la sombra, para elaborar su vino quizás, y reponerse de las fatigas del almuerzo y de las exigencias de la digestión. En todo caso, así se los imagina Gutiérrez desde la sala fresca y en penumbra. En cuanto a sus viejos amigos, y a su amante de unas pocas semanas remotas, lo han escuchado, a decir verdad, aunque ya lo han oído muchas veces evocar el mismo tema, con interés y buena voluntad, pero también con cierto escepticismo: Marcos, por ejemplo, que es senador nacional, y que ha viajado mucho y está en contacto frecuente con parlamentarios europeos, si bien no desconoce las contradicciones brutales de lo que él llama el *capitalismo avanzado*, piensa que muchas de las conquistas sociales de los países ricos no le vendrían mal a los países pobres. A Leonor le resulta inexplicable que Willi le haga tantos reproches a un continente que puede jactarse de tener lugares tan pintorescos y agradables como Saint Tropez, Niza, la Liguria, Marbella, con una magnífica hotelería y un servicio impecable; el que ha visto un amanecer en Cadaqués, aunque sus playas sean reducidas y demasiado frecuentadas, no tiene derecho a quejarse del continente europeo. Y Leonor piensa que Willi es demasiado complicado, y que tal vez ésa era una de las principales razones por las que no se fue con él aquella vez, hace tanto tiempo. Por su parte, el escepticismo de Clara Rosemberg tiene una causa diferente a la de los otros: le da la impresión de que, por el tono que emplea, el propio Gutiérrez no cree mucho en la seriedad de sus afirmaciones, o en todo caso les acuerda una importancia secundaria, y quisiera que sus oyentes hiciesen lo mismo, deduciéndolo justamente de su ironía y de su distanciamiento retórico. Clara se pregunta si esa crítica cruel a los europeos no es una forma sutil de cortesía hacia sus amigos locales. Y, con su sonrisa vaga y enigmática, le dirige a Gutiérrez una mirada de aquiescencia, de la que Gutiérrez, un poco perplejo, no alcanza a adivinar la razón o el sentido.

«Sí, piensa Nula, pero yo los vi en Rosario, en la vereda de esa casa

abominable, aquella madrugada en que pasé en taxi: estaban en compañía de gente extraña, dudosa.» Y al mismo tiempo, aunque los había visto sin la menor duda posible, no lo podía creer. Por momentos estaba seguro de que eran ellos, Lucía callada y soñolienta y Riera, como de costumbre, jovial y animado. Como era invierno, estaban bien abrigados, Riera con un sobretodo negro y Lucía con un tapado de piel. Los que hablaban con ellos, formando un círculo, eran dos mujeres y un hombre bastante joven, diferentes de ellos en detalles que Nula no podía definir. Más tarde, otras veces, era como si los hubiese imaginado solamente, o visto en un sueño, o como si alguien se lo hubiese contado, o lo hubiese leído en alguna parte. Pero cada vez que pasaba frente a la casa, en taxi o en colectivo, e incluso a pie, durante el día cuando, parecía cerrada y vacía, los volvía a ver, nítidos, en esa madrugada helada, conversando en círculo con sus extrañas relaciones, y trataba de desterrar, sin conseguirlo, las imágenes intolerables de lo que hubiese podido ocurrir un rato antes en el interior, según lo que el amigo que le había mostrado la casa le había contado. Y ahora Riera le está hablando de lo difícil que fue para él y Lucía el alejamiento, y que desde hace meses están tratando de vivir juntos otra vez. «Sí, pero yo te vi con ella en Rosario, en la vereda de esa casa abominable», vuelve a pensar Nula, más como una protesta dolorida que como una acusación. Y está a punto de decírselo, de recordárselo, *de hacerle saber que también él sabe*, pero por más que trata de formar y de lanzar al exterior las palabras que disiparían la duda (Riera es incapaz de mentir), no lo consigue, aunque en su expresión algo traiciona sus esfuerzos, porque Riera interrumpe sus confianzas conyugales y lo interroga con la mirada; y como Nula no lo percibe, Riera lo interpela:

—¿Qué pasa?

—No —dice Nula—, estaba pensando que vos y Lucía constituyen un dúo bien sincronizado, y que no me cabe la menor duda de que volverán a vivir juntos.

—¿De veras? —dice Riera con su sonrisa llena de sobreentendidos, con la que significa claramente que en la frase que acaba de pronunciar Nula se agazapan numerosas y oscuras alusiones, que a él lo divierten más que ofenderlo o preocuparlo. Y bruscamente, se para y le grita a Diana que está unos metros más atrás, dibujando bajo el parasol—: ¿Nos damos un chapuzón?

Nula se echa a reír, excedido. Entiende que con su actitud, Riera ha querido demostrarle que no únicamente sus alusiones oscuras no representan para él ningún problema, sino que incluso es capaz de comportarse de un

modo más turbio todavía, lo que traducido en palabras vendría a significar algo así como *a los que me sugieren que las relaciones que mantengo con mi mujer son perversas, quiero advertirles que me gustaría mantenerlas todavía más con las mujeres de ellos.*

—Si se quedan sentados sin moverse dos minutos más en la posición en que estaban, acepto —dice Diana, sin levantar la cabeza, porque está terminando de dibujarlos de espaldas, sentados en sus sillas bajo el guincho, cerca de la mesa vacía. Ellos se inmovilizan durante un minuto más o menos, y por fin Diana grita—: ¡Listo!

Cierra el block y la caja de lápices, y levantándose, se dirige hacia el guincho.

—Inmortalizados —dice, cuando pasa al lado de ellos y sigue de largo para dejar el block y los lápices en el bolso de paja, Nula y Riera se paran y empiezan a desabotonarse la camisa y se la sacan casi al mismo tiempo, como si hubiesen estado compitiendo para ver quién se la sacaba primero. Riera la deja en el respaldar de la silla, pero Nula la dobla con cuidado y la pone en el bolso, donde Diana está dejando caer la muñequera de cuero que acaba de retirar de su muñeca. *Vayan, ya los sigo,* dice Diana, y Nula comprende que, aunque tiene la malla puesta bajo el vestido, no quiere desvestirse en presencia de ellos. Los dos se encaminan hacia la pileta, y recién cuando los ve parados de espaldas, en el borde, mirando el agua, Diana retira su vestido y sus zapatillas y los guarda en el bolso. Cuando llega a la pileta, Riera ya está en el agua, pero Nula se ha quedado esperándola en el borde. Al verla llegar, Lucía, que está parada en la parte playa, abre los brazos como para recibirlos, y les grita: *Vengan, vengan.* Diana y Nula se zambullen en la parte honda, y Diana, nadando bajo el agua, se dirige hacia Lucía, pero cuando emerge cerca de ella, el entusiasmo de Lucía parece haberse disipado. Se quedan inmóviles, sin saber qué decir, en el sol de las cuatro que imprime destellos cambiantes en el agua agitada por el movimiento de los cuerpos que acaban de zambullirse y que siguen desplazándose y contorsionándose en ella. Haciendo la plancha, Nula contempla el cielo azul, sin una sola nube, casi del mismo color que el agua, tal vez un poco más claro por la luz intensa del sol que, aunque no es visible para él en la porción de cielo que enmarcan el patio, los árboles y la casa, fluye incesante en la media tarde de abril, tan calurosa como una de enero o de febrero. La fijeza serena del cielo azul contrasta con las sacudidas centelleantes del agua, y Nula se concentra en ese contraste, diciéndose que únicamente existe en la imposibilidad humana de percibir a simple vista la misma agitación que impera en lo que, a causa de esa óptica engañosa, a los

que lo observaron en el pasado se les dio por llamar el firmamento.

Incorporándose, ve a Riera dirigirse con brazadas vigorosas hacia las mujeres y sumergiéndose, hace lo mismo, pero bajo el agua; cuando llega, abraza a Diana por la cintura y la alza, al mismo tiempo que emerge, con la cabeza pegada a la espalda desnuda y firme. Diana protesta, riéndose, sacudiendo los brazos y las piernas, y Nula la deja caer otra vez en el agua ruidosa y fresca. Cuando vuelve a interesarse por sus amigos, comprueba que Riera y Lucía están besándose y acariciándose sin discreción ni falsa modestia, vehementes y, en apariencia al menos, olvidados del mundo que los rodea.

—Bella escena de reconciliación —le dice a Diana al oído, y al mismo tiempo, aprovecha para mordisquearle con suavidad la oreja. Diana lo deja hacer. A decir verdad, las caricias a que se entregan Riera y Lucía han provocado en él una erección súbita y, tratando de calmar su excitación, se pregunta si después de todo, no era ése el objetivo principal de la maniobra. Debajo del pantaloncito de baño, su verga se distiende un poco, pero le queda todavía un grosor blando que se pega, agradable, a la piel interior del muslo. Si estuviesen solos, incitaría a Diana a hacer el amor. Se la metería ahí mismo, en el agua; sería fácil levantarla y, haciéndola cruzar las piernas contra sus riñones, bajarse el short hasta la mitad de los muslos y, corriendo hacia un costado la bombachita exigua que usa Diana, cuando la verga hubiese estado bien dura, penetrarla. No sería la primera vez que gozarían así en el agua; lo habían hecho una vez en el río, dos o tres veces en la bañera, a pesar de la incomodidad, y una noche en la pileta de un hotel, en Córdoba. Le bajaría el corpiño de la malla y le chuparía las tetas, más duras que las de Lucía, a pesar de la doble maternidad, y mejor moldeadas que las de Virginia, de las que todavía tiene el sabor y la consistencia en la boca, o mejor dicho, tan presente en la memoria que parecen persistir todavía en los sentidos. Aunque Diana está a su lado y sus cuerpos casi se tocan, la escena que imagina ha borrado su presencia, y los atractivos físicos que evoca son más lejanos que el cuerpo real, pero tienen una perfección mítica, al abrigo de todo accidente, que lo imanta, lo acalora y lo ciega. Se ha vuelto a excitar tanto, que se sumerge de nuevo para ver si el agua fresca lo saca de esa ensoñación turbulenta, pero cuando está en el fondo no puede resistir la tentación de toquetear un poco las nalgas de Diana, y ahora puede ver que, bajo el agua, las manos sumergidas de Lucía y de Riera se apoyan en la entrepierna del otro. Curiosamente, en vez de excitarlo como hace un momento las caricias en apariencia apasionadas a que se abandonaban, ese detalle lo serena de inmediato, como si ahora la sexualidad, que en el mo-

mento de su excitación parecía existir para él solo, concentrando en su persona todo el deseo del universo, revelase su chata vulgaridad al mostrar que era compartida con otros. Le hará falta vivir algunas experiencias para comprender que son los deseos del otro y no los propios los que fomentan el placer: aunque no lo sabe, todavía no ha llegado a la plena edad adulta.

—Es que tenemos que separarnos esta noche. Paro en el hotel —dice Riera, como disculpándose. Siguen enlazados, sin embargo, el brazo de uno en la cintura del otro y la mano libre sumergida—. Soy persona non grata en lo de mi suegra.

—Legalmente, siguen siendo marido y mujer —dice Nula—. Tienen todo el derecho.

—Claro que sí —dice Diana—. Y aunque no lo fueran. Gutiérrez —remera blanca, short, sandalias— aparece, brusco y afable, en el borde de la pileta.

—Parece entenderse bien la nueva generación —dice—. No estarán complotando contra los viejos, espero.

Pero hay un atisbo de extrañeza en su expresión. La familiaridad que exhiben los bañistas, que apenas si se conocían esta mañana, piensa Nula, *no le cierra*. En verdad, Nula no sabe si la perplejidad de Gutiérrez es real, o si él, que tiene a su disposición todos los elementos de la situación, se la atribuye. Lucía mira la superficie del agua esbozando una sonrisa convencional, pero Riera y Diana cruzan miradas amenas con el dueño de casa que, visto desde abajo, sale engrandecido por la perspectiva y les ofrece a los cuatro una expresión hospitalaria, que abarca más que un día en el campo con asado y pileta de natación. Nula cree —espera— que Gutiérrez es capaz de comprenderlo todo y, aunque no ha sido él sino Lucía la que dijo el martes a la noche que no se conocían, se siente un poco culpable de lo que pasó: la mentira con él parece no inmoral, sino risible o superflua. Y ahora Lucía no se atreve a mirarlo: sigue fijando la vista en el agua con una sonrisa ambigua.

—Lucía —dice Gutiérrez con suavidad—. Voy a llevar a tu madre a Paraná.

—No vale la pena —dice Lucía, alzando por fin la cabeza y mirándolo—. Yo también tengo que irme para llevar al nene a un cumpleaños.

—Me pido un remise más tarde. ¿Nos llamamos esta noche? —dice Riera. Lucía le da un beso en la mejilla y, sin decir nada, se separa de él, caminando pesadamente en el agua hacia la escalerita de metal. Apenas empieza a treparla, se vuelve hacia Nula y Diana—. Cuando esté lista,

vengo a despedirme.

—No te preocupes —dice Diana.

Gutiérrez, le parece a Nula, observa la escena con curiosidad. O, quizás, con ironía a la vez divertida y benévola.

Ahora es Tomatis el que está sentado, con la espalda apoyada contra el tronco, y Violeta la que yace estirada en el suelo, adormecida, la cabeza sobre el muslo de Tomatis, que se entretiene escuchando los ruidos que le llegan de los alrededores: los que vienen de la pileta por supuesto, pero también de otras piletas de natación en las casas vecinas. De tanto en tanto, pasa un auto invisible, del que puede oír, apagado, el ruido del motor, e incluso, desde el camino de asfalto, la trepidación lejana y pasajera de algún camión. Televisores y radios están prendidos en las inmediaciones. El clásico empieza a las siete, pero otros partidos se están jugando en Buenos Aires o en Rosario y más de un fanático debe haber sacado al patio el televisor o una radio portátil, contribuyendo a la masa de contaminación sonora que asola desde tiempos inmemoriales los domingos de la república, piensa Tomatis, sarcástico. Por suerte, las voces de los comentaristas llegan de demasiado lejos como para perturbar la calma soñolienta del patio, y además, son tan típicas de los domingos, que, por estridentes que sean, mucha gente ya ni siquiera las oye. Durante todo el día, ha estado prestándoles atención a los pájaros, a los que el buen tiempo regocija: alrededor de mediodía han sido las torcazas, arrullando a la sombra, el chirichiri constante de los gorriones desde la mañana, y, después de comer, en las horas más calientes del día, las bandas de pirinchos que se juntan, ruidosos, en los árboles, gozando del verano inesperado. Por el césped, ha visto dos o tres veces alguna pareja de caseros paseándose y buscando algo de comer. De tanto en tanto, suena el grito del benteveo, pasa alguna tijereta, algún cardenal, cruzando de árbol a árbol, de patio a patio, de las calles arenosas al campo y tal vez, más allá del camino de asfalto, y del pueblo, al río y a las islas del otro lado del río.

Desde donde está sentado puede ver, más allá del espacio abierto del patio, la casa, la pileta, el guincho. Por la puerta en la fachada lateral de la casa, aparecen Gutiérrez y los Rosemberg, que desde hace un buen rato habían desaparecido en el interior. Gutiérrez va a pararse en el borde de la pileta y habla con los que están en el agua. Marcos, que lleva puesto únicamente un pantaloncito de baño, se sienta en una de las perezosas y se queda inmóvil. Pero la atención de Tomatis es acaparada por Clara Rosemberg; de lejos, puede observarla a sus anchas. Clara empieza a cruzar

el patio con lentitud indecisa. A pesar del calor, lleva los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviese frío. La sonrisa vaga y pensativa, que en realidad es como una máscara, no se borra de su cara. Con sus pasos largos y lentos, su silueta juvenil cruza el patio en cierta dirección, después en otra, ajena a la tarde, al presente soleado y rugoso, al universo entero tal vez. Tomatis, que siempre la encontró interesante, piensa que arrastra, desde la infancia quizás, una tristeza abstraída. Ahora, por un movimiento brusco de la cabeza, muestra que ha descubierto unos canteros de flores plantados a la sombra de unos árboles, de modo que, sin descruzar los brazos ni acelerar la marcha, se aproxima a ellos, y los observa con atención. De tanto en tanto, se inclina y estirando una mano toca una flor con cuidado, para no dañarla y después, retirando la mano, vuelve a erguirse cruzando los brazos sin dejar de contemplar los canteros multicolores. Tres o cuatro veces hace lo mismo, paseándose entre los canteros: se inclina, toca una flor o la acaricia, la estudia un rato y después se yergue cruzando otra vez los brazos. A Tomatis le parece ver, a la distancia, los pensamientos que bullen detrás de su frente enigmática. Es como si estuviera viéndola desnuda, en la intimidad más secreta y, avergonzándose de su indiscreción, entorna los párpados, para no seguir mirándola sin que ella se dé cuenta. Pero la curiosidad es más fuerte que sus escrúpulos y vuelve a abrir los ojos. De todas maneras, Clara está demasiado lejos para considerarlo indiscreto, y además la escena tiene para él un encanto inesperado, como si estuviese viéndola en un teatro. La mirada de Clara se pasea, plácida, por las flores, y Tomatis se acuerda del haiku de la monja Seifu: *La mariposa es vieja / pero entre los crisantemos su alma / juguetea.*

Como perciben cierto movimiento cerca de la piscina, Gabi, Soldi y José Carlos se levantan y se dirigen hacia la parte delantera de la casa. Ya han visto hacer lo mismo a Violeta y Tomatis, que desde hacía un buen rato estaban durmiendo la siesta o descansando a la sombra de un árbol, no lejos del banco en el que estaban sentados ellos tres. Han estado charlando de todo un poco, de política, de economía, de literatura, sobre todo de las vanguardias locales que ocupan desde hace meses el tiempo de Soldi y Gabriela, pero también la personalidad del dueño de casa, su vida nada común su pasado misterioso, su tacto y su leve excentricidad, llenaron buena parte de la conversación. Los tres coinciden en afirmar que hay algo inasible en él y que en algunas de sus opiniones e incluso de sus comportamientos en apariencia inconsecuentes hay sin embargo algo deliberado, la voluntad de mostrar un aspecto diferente de las cosas. En

definitiva, ha dicho Soldi, es esa especie de lección tácita lo que resulta inasible. Es como si estuviese todo el tiempo queriendo decir algo, pero sin palabras, y eso es lo que desconcierta. Los tres piensan también en la relación singular que Gutiérrez mantiene con Leonor y Lucía Calcagno, pero por discreción se abstienen de comentarla. La aparición de Leonor, que ninguno de los tres había visto nunca, los sorprendió, pero nadie mencionó algo que resultaba evidente: ella y Gutiérrez no podían ser más distintos uno del otro, parecía imposible que pudieran entenderse, o siquiera mantener una conversación, y sin embargo, él había dejado todo lo que tenía en Europa para venir a instalarse en esa casa, cerca de ella, y había aceptado la posibilidad de que Lucía fuese realmente su hija, sin exigir ninguna prueba seria de que lo era. Por supuesto que, en la intimidad, a la noche o al día siguiente, Gabriela y José Carlos hablarían del asunto, y ella y Soldi lo evocarían a la primera ocasión, pero hacerlo en la propia casa de Gutiérrez les parecía a los tres, sin haberse puesto de acuerdo, sórdido y desleal.

Cuando están llegando cerca del guincho y de la pileta, comprueban que casi todo el mundo está presente: Nula, Diana y Marcos están sentados en sendas perezosas; Diana, observa Soldi sin hacer ningún comentario, ocupa la amarilla. Faustino viene llegando desde la parte delantera de la casa, sacudiéndose sin mucha aplicación la ropa, porque ha estado tirado en el suelo, a la sombra de los árboles de adelante, durmiendo la siesta. Clara, Violeta y Tomatis conversan al sol, parados en el sendero de lajas blancas que lleva de la casa a la pileta y al guincho; Riera surca dando brazadas ruidosas el rectángulo de agua azul, y Amalia, separada del grupo, contempla cortésmente pero sin mucho interés, desde la puerta abierta del cuartito adosado al guincho, el cuadro vivo que parecen representar: *Domingo de verano en el campo. La tarde*. Cuando llega, Faustino desvía un poco su trayectoria, y va a pararse al lado de ella. Al verlo llegar, Amalia advierte que todavía tiene algunas ramitas y briznas de césped adheridas a la camisa y al pantalón, y se las retira pasando una mano experta por la espalda y las nalgas de su marido. En la parte playa, Riera empieza a subir con lentitud la escalerita de metal y sale de la pileta sacudiéndose el agua, concentrado y ausente del mundo, como un animal pasando de un elemento a otro, y adaptándose al cambio, sin advertir que todos los presentes lo miran y lo admiran quizás, el hombre de cuarenta años que no tiene una sola cana, una sola arruga, alto, sin barriga, los pelos húmedos pegados a la piel bronceada de las piernas, de los brazos, del pecho. Saliendo de su ensimismamiento animal, repara en la mirada de los otros, y enarbola, sin un gramo de afectación, la sonrisa amplia y un poco canallesca que, por paradójico que

parezca, despierta de inmediato la simpatía de hombres y mujeres, a tal punto que, a causa de su energía irrefrenable, de su amoralidad desenvuelta y franca, varias mujeres de las que se cansó siempre hablan de él con una sonrisa tolerante, y algunos maridos cuyas esposas sedujo o, según su propia terminología, *corrompió*, son hasta el día de hoy sus amigos. Indeciso, sin saber qué hacer, decide por fin ir a sentarse en una de las perezosas desocupadas que están del otro lado de la pileta, justo enfrente de las que ocupan Diana, Nula y Marcos. Casi en el mismo momento, vestida para irse, llevando un bolso en la mano, Lucía sale de la casa seguida por su madre y por Gutiérrez. Al verla salir, los tres invitados que ocupan las perezosas se levantan al mismo tiempo, pero Riera sigue sentado; como Lucía le hace una leve señal de connivencia, Nula, que los observa, comprende que ha preferido seguir sentado para no tener que toparse con su suegra. Con Diana, Lucía empieza su vuelta de besitos de despedida, marcando su preferencia con unas caricias y palmaditas afectuosas en su espalda desnuda; después Marcos, y por fin Nula, un contacto fugacísimo en la mejilla, como si los labios hubiesen rebotado al chocar contra ella. Mirando a su alrededor, Lucía decide continuar hasta la puerta del cuartito de útiles, y darle un beso a Amalia y un apretón de manos a Faustino; cruza el guincho desierto y encara los dos grupos de tres: José Carlos, Soldi, Gabriela, y más allá de la pileta, en el sendero de lajas blancas donde están parados, y que Lucía esquivó hace un momento para bifurcar hacia Diana, Clara, Violeta y Tomatis. Una vez terminada la ronda de besitos, Lucía se dirige hacia Leonor y Gutiérrez, que la esperan cerca de la puerta. Gutiérrez le da una palmadita cariñosa en el hombro y, esperando que Leonor dirija un saludo general a la concurrencia, consistente en una sonrisa imperceptible y un ligero movimiento de cabeza, empieza a acompañarlas hacia el portón blanco, pero dando dos pasos se detiene de golpe, e incitando a las dos mujeres que lo acompañan a que hagan lo mismo, señalando en medio del patio delantero un arbusto florecido, bajando la voz pero no demasiado para que puedan oírlo y llevando después el dedo índice erguido y manteniéndolo vertical contra los labios para incitarlos a hacer silencio, les dice:

—Miren: el colibrí.

Todos dejan de hablar y giran la cabeza en dirección al arbusto de flores amarillas; incluso Riera, que estaba sentado de espaldas a ese sector del patio, se incorpora y se queda mirando: aleteando sin parar, el cuerpo diminuto del pájaro se mantiene en el aire frente a una flor amarilla mientras su pico se introduce en ella. El aleteo vertiginoso produce un efecto doblemente sorprendente al contrastar con la inmovilidad total del patio, los

árboles, el pasto, el agua azul de la pileta ahora que ningún cuerpo ni ninguna brisa la turba, y sobre todo las figuras humanas que se han fijado en actitudes diversas, con la vista dirigida hacia el arbusto amarillo y el cuerpecito que sacude las alas con frenesí para neutralizar la fuerza de gravedad. Los personajes vivientes de hace unos segundos, transformados en sus propias efigies petrificadas, el jardín y la casa con todas sus dependencias, y lo que está más allá de sus límites, calles, caminos, pueblos, ríos, ciudades, mundo, de los que no llega ningún ruido, ningún movimiento, son como un decorado dispendioso, digno de la magia legendaria del colibrí, que aparece, con la regularidad de las constelaciones, súbito, en los jardines, y vuelve a desaparecer con la misma rapidez, igual que si fuese un espejismo o una visión. El ser entero del mundo parece concentrarse, durante unos minutos, en una de sus partes, alada y vistosa, y sin embargo, a pesar de su prestigio, toda la energía que saca con el pico de la flor amarilla se consume en el momento mismo de ser obtenida, a causa del aleteo agotador que lucha contra la atracción terrestre. La inmovilidad curiosa de los cuadrúpedos que han conquistado la posición vertical contiene después de todo un elemento de crueldad, cuando se extasían desde su cómodo asentamiento en el suelo con sus pies y sus piernas vigorosas, ante la belleza del espectáculo. Tan indiferentes al dolor ajeno, piensa Tomatis, como el populacho romano, en el cual estaba incluido el emperador, ante la sangre ominosa de los gladiadores o de los mártires. Pero los esfuerzos desesperados de las alitas, la avidez del pico que entra y sale de la flor amarilla, le dan a esa belleza, sacándola de su futilidad decorativa, una dimensión trágica.

Como si se desplazara con movimientos discontinuos, cuya trayectoria escapase al ojo humano, el pajarito pasa de una flor a otra, sin necesidad de obedecer a las leyes del espacio para hacerlo, o como si le fuese permitido viajar por medio de bruscos cortes temporales para compensar el desgaste que le produce su aleteo constante, hasta que, de golpe, pega un envión hacia lo alto y desaparece entre los árboles. Las estatuas en que se habían convertido sus admiradores cobran vida nuevamente, dotadas otra vez de movimiento, del don de la palabra, de la risa, del asombro. Parecen congratularse unos a otros por la aparición fugaz —ya imagen de realidad improbable en la memoria— que acaban de ver. Gutiérrez informa a sus invitados:

—Hoy se presentó más temprano que de costumbre.

—Porque viene tormenta —dice Tomatis.

Faustino aprueba con un movimiento afirmativo de la cabeza, y recién

entonces las visitas de la ciudad, luego de esa confirmación silenciosa de un representante de la zona rural, aceptan tomar en serio la aseveración sentenciosa de Tomatis, a causa de su gusto por la parodia, por el efecto cómico, por la réplica ingeniosa, que se ha vuelto en él una especie de personalidad sustitutiva, tan enquistada, que a veces ni siquiera él mismo parece tener acceso a rincones menos previsibles de su infinita selva interior.

A eso de las seis, aunque había sol todavía y desde el patio por lo menos, en el cielo azul, no se veía una sola nube, empezaron a oírse unos truenos lejanos, y como Amalia y Faustino tenían que irse, Gutiérrez se ofreció para llevarlos, pero insistió también ante los invitados que quedaban para que esperaran su regreso. Un rato antes, Soldi había llevado a José Carlos y a Gabriela a la ciudad, porque esa noche José Carlos se volvía a Rosario y Gabriela había decidido acompañarlo. Y ahora que el motor del auto de Gutiérrez deja de oírse, sus invitados se han reunido en las inmediaciones (o adentro) de la pileta de natación, esperando la tormenta. Aparte de los truenos sin embargo, que no dan la impresión de acercarse, ningún otro signo parece anunciarla: el atardecer es soleado y apacible, y no sopla ninguna brisa. A ninguno de los que se dejan estar en el patio hospitalario parece preocuparlo la evolución del tiempo: las tres parejas más Riera, se han distribuido, por el azar de las conversaciones y de los desplazamientos, de la manera siguiente: Tomatis y Clara Rosenberg charlan sentados en el césped, a la sombra que proyecta la casa a esa hora sobre una parte del patio; Riera y Violeta retozan en el agua, y Diana le está mostrando a Marcos su block de dibujos. Únicamente Nula permanece solo y a distancia: descansa también a la sombra, en la silla que, después del almuerzo, Gutiérrez le ha instalado a Diana bajo el parasol. Aunque tiene a la vista el patio, el guincho, la pileta, y puede ver a los otros u oírlos chapalear en el agua, está como ausente, pensando en Gutiérrez: «Habría que agregar también la relación que mantiene con sus empleados. El misterio se adensa, porque no hace tanto tiempo que los conoce después de todo, y parece haber entre ellos cierta familiaridad, por no decir complicidad. Da la impresión de que también en esa relación las cuestiones prácticas son secundarias, y aplica en ellas los mismos principios inasibles que le sirven para todo el resto».

Del bolso de paja que está en el suelo, bajo el guincho, revolviendo un poco entre la ropa, la caja de lápices, algunas pertenencias de Diana, saca el celular y después, mirando indeciso a su alrededor, se dirige hacia el portón

blanco, marcando el número de la India mientras atraviesa el patio, y deteniéndose delante del portón cuando la India contesta.

—Es tu hijo preferido —dice Nula, al oír la voz de su madre.

—No tengo hijos preferidos, pero tengo unos nietos adorables. Están los cuatro, porque tu hermano y tu cuñada van a ver el clásico a las siete y después vienen a cenar —dice la India.

—¿Así que no te molesta si pasamos a buscarlos más tarde de lo previsto? —dice Nula, sabiendo que se trata de una pregunta retórica, de la que la respuesta previsible no tarda en llegar:

—Tendrías que dejármelos durante mucho más tiempo que un domingo para que yo los eduque como la gente.

—¿A pesar del resultado desastroso que obtuviste conmigo? —dice Nula.

—No tanto, no tanto —dice la India. Y después de un silencio corto—: ¿Y a qué se debe la demora?

—Como viene tormenta el dueño de casa, que es un señor muy amable, fue a llevar al jardinero y a la cocinera para que no se mojen, y nos pidió que lo esperáramos para servirnos una copa de despedida. Y Diana le está mostrando sus dibujos a un senador nacional —dice Nula—. La casa es soberbia: tiene un patio y una pileta que son de locura. Sería un buen partido para vos, mamá.

—Cuando quiera un novio, me lo busco yo sola —dice la India, riéndose fuerte.

—Confesá que la idea te gustó —dice Nula—. Bueno, ¿entonces podemos llegar más tarde de lo previsto?

—Lleguen cuando quieran —dice la India—. Cuanto menos estén en contacto con el perverso de su padre, mejor les irá a mis nietos.

—Sos un tanque, India. Te mando un beso grande.

—Lo esquivo —dice la India—. Hasta luego.

Y cuelga. Nula se queda inmóvil, meditando ante los listones blancos del portón, dándose golpecitos suaves con el celular desconectado en la palma de la mano derecha. Al fin se decide, abre el portón, y sale a la calle. Bajo la sombra de los grandes árboles, los coches estacionados en las inmediaciones del portón parecen algo más polvorientos que cuando llegaron de la ciudad al final de la mañana. Nula recorre los metros que lo separan de la esquina y parándose en el cruce, mira, dos cuadras más allá, el camino de asfalto en el que, en dirección de la ciudad, ruedan coches numerosos, de vuelta de un fin de semana o de un domingo en el campo la mayor parte, pero también un par de camiones cargados de hinchas que

agitan banderas de los clubes que un rato más tarde disputarán el clásico. Nula se desentiende de los coches y su mirada se desliza hacia el terraplén donde, tres días antes, el jueves a la siesta, estuvo charlando un buen rato de auto a auto con Soldi y Gabriela Barco; ese día empezó el buen tiempo: el cielo estaba muy azul, por primera vez en varios días, y había unas nubes inmensas, blanquísimas, que parecían inmóviles, separadas unas de otras por porciones de cielo abierto, pero que el viernes a la mañana ya habían desaparecido. Nula da unos pasos por el suelo arenoso en dirección al camino y empieza a otear el cielo hacia el sudeste. Si hay tormenta, no le cabe ninguna duda de que vendrá desde esa dirección: y alcanza a ver, más allá de unos árboles altos, para el lado del río, la punta de unas nubes negras de la que parecen surgir, precipitados y fugaces, muchos relámpagos, y los truenos que engendran, más nítidos, prolongados y audibles que el chisporroteo débil de los fregonazos lejanos. «Si se levanta viento, en un ratito estará sobre nosotros», piensa Nula, y en el momento de pensarlo observa el movimiento de los árboles, detrás de los cuales se amontonan las nubes negras. Sin apurarse, da media vuelta y, después de recorrer los metros de calle arenosa que lo separan de él, empuja el portón blanco y entra en el patio, cerrando el portón detrás suyo. Ahora puede comprobar que Tomatis, Clara, Marcos y Diana se han juntado en medio del patio, examinando de pie y comentándolo con animación, el cuaderno de dibujos. Cuando llega junto a ellos, Marcos está diciendo:

—El problema hoy en día es: ¿quién legitima a los que legitiman?

—Apruebo —dice Nula al llegar, pero su mirada escruta los árboles del patio para ver si descubre en ellos el mismo movimiento que en los del montecito lejano. Todavía no se percibe nada: ni una hoja se agita en las ramas altas y soleadas, de modo que Nula se inclina para ver el dibujo que los otros están mirando. Es el esbozo a lápiz de Riera y él, sentados en el guincho, perfectamente reconocibles aunque no se ven las caras porque Diana los ha dibujado de espaldas y sin que ellos lo supiesen, salvo en los últimos minutos, cuando la invitaron a venir a la piletta y ella les pidió que posaran todavía un momento para permitirle terminar.

—Genial —dice, y le da un beso en la mejilla a Diana. Pero en realidad, lo que en este momento lo atrae es el bullicio que viene de la piletta, de modo que, alejándose del grupo —ya mirarán a la noche juntos él y Diana los dibujos y los comentarán— va a pararse en el borde del agua: Riera y Violeta están jugando con una pelota multicolor, parados uno en cada lado de la parte playa, y tirándose mutuamente de modo tal que el otro no pueda atajarla. Se ve con facilidad que Riera domina el partido y que

en vez de darle alguna ventaja a Violeta, se complace en ganarle de manera ostentosa, lo que la hace reír y protestar al mismo tiempo, como si esas leves vejaciones le causaran algún placer.

—Aprovechador, sádico —le grita Nula a Riera, que todavía no lo ha visto.

—Si a ella le gusta —dice Riera, y como se da vuelta para decírselo, Violeta aprovecha para tirarle la pelota a la cabeza, con violencia fallida, porque la esfera multicolor cae a mitad de camino de su trayectoria, en medio de la pileta.

—Renuncio —dice, y con pasos pesados que intentan vencer la resistencia del agua, se dirige a la escalerita de metal y empieza a subir por ella. Riera da un envión súbito y, antes de que Violeta haya terminado de trepar, se encarama en el borde de la pileta, salpicando las piernas desnudas de Nula. En el agua todavía sacudida por el movimiento de los cuerpos, queda flotando la pelota multicolor, en un vaivén violento, pero siempre en el mismo punto de la superficie. Riera se sienta en el borde de la pileta, sacudiendo la cabeza para sacar el agua de su pelo empapado, castaño y abundante.

—¿Así que te declaró persona non grata? —dice Nula.

—Sí, y vos que conociste la casa habrás visto que no es lugar lo que falta —dice Riera.

Nula decide no registrar la alusión, optando por una risita burlona. Y después:

—Ya vas a ver que todo se va a arreglar —dice.

—Ya está casi arreglado —dice Riera con gravedad desacostumbrada.

Violeta se acerca a ellos caminando por el borde de la pileta.

—Basta por hoy de placeres acuáticos —dice, insinuando que el comportamiento de Riera se los ha echado a perder, pero al parecer contenta de que eso haya sucedido. Sigue caminando en dirección al grupo que conversa entre la pileta y la casa. Riera observa el celular en la mano de Nula.

—¿Estabas por llamar a alguien? Me retiro si es necesario —dice.

—No vale la pena; ya no tengo vida privada —dice Nula. Sin interesarse por el efecto que ha causado su frase sibilina, empieza a estudiar, curioso aunque sin ansiedad, los árboles del fondo: una ondulación ligera parece insinuarse en las ramas más altas—. Está llegando. La tormenta —dice, desinteresándose en forma todavía más ostentosa de la sonrisa entre burlona y cómplice que Riera le dirige. Le resulta difícil llegar a saber lo que Riera sabe de su visita a Paraná, y aunque sabe que Riera se lo diría

francamente y si no lo hace es porque no es el momento adecuado para hacerlo, no tiene ganas de entrar otra vez en el aura de ellos, como ocurrió cinco años atrás, cuando se cruzó al salir del bar con la muchacha vestida de rojo y empezó a seguirla. El aura atrayente que los circundaba, más luminosa y viviente que su propia vida, confrontada a las asperezas amargas de la posesión, desde la siesta del miércoles, se ha disipado. Ahora es él el que podría, si quisiese, piensa Nula, ordenar según su fantasía los acontecimientos, aunque les debe demasiado como para tener ganas de hacerlo. Pero un trueno, más cercano que los anteriores, lo saca de sus pensamientos. El trueno induce también a Riera a alzar la cabeza y a auscultar el cielo azul y sereno en el que no se divisa el menor signo de tormenta. Nula va a dejar el celular en el bolso de paja, bajo el guincho, y después saca el parasol del pedestal, lo pliega y lo apoya contra la pared, en el guincho, cerca de la parrilla. Después vuelve a la piletta desde cuyo borde Riera lo observa, intrigado, y empieza a plegar las perezosas. Riera se levanta, y hace lo mismo con las que están de su lado, siguiendo después con docilidad a Nula cuando va a apoyar las que ya plegó contra la pared del guincho, al lado del parasol, para protegerlas de la lluvia. Una vez que llevan la última, salen del guincho y van hacia los otros que siguen conversando como si nada en el medio del patio. Cuando retumba un segundo trueno, Diana cierra el block de dibujos y va a guardarlo cuidadosamente en el bolso de paja. Ahora todos auscultan el cielo, y aunque no ven nada en él que anuncie tormenta, perciben el resplandor fugaz de un relámpago y notan que los grandes árboles de la vereda empiezan a sacudirse, justo cuando el portón de listones blancos se abre para dejar pasar a Gutiérrez que, después de cerrarlo, se dirige a ellos corriendo pero en cámara lenta, señalando con el dedo, hacia arriba y hacia atrás, como si algo viniese persiguiéndolo. Sus invitados lo miran divertidos, pero con cierta sorpresa, porque no esperaban de él esos movimientos paródicos que parecen disminuir su misterio y rebajarlo a la banalidad del resto de los mortales. Únicamente Nula y Tomatis intuyen, de un modo vago todavía, que también eso es una reconstitución, la puesta en escena de algo perdido y que ni siquiera intenta recuperar sino que monta, por puro juego íntimo, en el tablado de su imaginación desencantada. Cuando llega a la mitad del patio, un trueno potente hace vibrar la casa, el guincho, los árboles y la tierra, estremecerse el agua azul de la piletta y, de golpe, la luz se vuelve lívida y el aire se ensombrece.

—¡Aquí, aquí! —grita Tomatis golpeándose el pecho, parado en el

borde del guincho, mirando hacia el cielo sombrío, y dirigiéndose a la sucesión interminable de relámpagos prolongados y de truenos ensordecedores que sacuden sin parar, desde hace un buen rato, todas las cosas, que tiemblan en la penumbra lluviosa del anochecer—. ¡Sí existís, canalla, golpeá aquí! ¡Te estoy desafiando! ¡A vos te hablo, cobarde!

—No le hagan caso —dice Violeta a los demás, sorprendidos por la conducta súbita y teatral de Tomatis, que ha saltado de la mesa al borde del guincho, y se ha puesto a apostrofar al cielo turbulento—. Eso también es una cita de Flaubert.

En ese momento, Tomatis deja de gritar, y sonriendo satisfecho, se vuelve tranquilo hacia la mesa:

—¿Vieron? No existe —dice. Recogiendo su vaso de whisky, lo sacude un momento haciendo tintinear el hielo contra el vidrio, y se manda un buen trago.

—No existe, o es sordo —propone Marcos, sentencioso.

La lluvia, densa y ruidosa, cae sin parar desde hace un buen rato, redoblando su intensidad a cada nueva andanada de relámpagos y truenos. El viento del sudeste trajo primero el telón espeso de nubes negras, que cerraron completamente el cielo en todo el horizonte visible, y aunque después el viento se calmó bastante, o tal vez por eso mismo, la tormenta quedó instalada, volcando en el anochecer chorros interminables de agua espesa, atravesados constantemente de electricidad y de estruendo. Gutiérrez propuso pasar al interior de la casa, pero los invitados prefirieron el guincho, que los protege de la lluvia y al mismo tiempo les permite beneficiarse de la frescura deliciosa del aire después del día bochornoso. Secundado por Nula y por Violeta, Gutiérrez preparó la mesa, sirvió los restos de asado frío, pan y manteca, y un par de botellas de vino tinto. Para que no se vea obligada a instalar otra vez la prótesis en la muñeca, Nula le preparaba sándwiches a Diana, de chorizo o de carne, o cortaba pedacitos en un plato del que comían los dos. Por último, Gutiérrez anunció que Amalia había preparado una torta, pero que no se había atrevido a servirla después de los alfajores, dejándola para la noche. Violeta la trajo —Nula se ocupó de los platitos y los cubiertos de postre— y Gutiérrez apareció por último con un balde de hielo bastante grande, de modo que cuando volvió del interior con dos botellas de champán francés, las dos habían lo más bien en el balde. Las idas y venidas al interior de la casa las hacían corriendo, y estaban obligados a tapar la comida, y en particular la torta, con servilletas blancas, pero ellos llegaban empapados, lo que no parecía importarles mucho; al contrario, a juzgar por sus risas satisfechas cuando llegaban, la euforia con que

distribuían los alimentos o las botellas, parecían divertirse, gracias a los efectos del vino, que habían evacuado en parte durante la larga tarde calurosa, en el patio o en la pileta, pero que las nuevas botellas renovaban. Después de la primera copa de champán, cuando Gutiérrez se disponía a servirle la segunda, Tomatis interpuso la mano entre el pico de la botella y la copa y sugirió:

—¿No habrá algo un poquito más fuerte?

De modo que cuando terminó de servir la segunda vuelta de champán, Gutiérrez salió corriendo hacia la casa y volvió al rato con una botella de whisky, un recipiente lleno de cubitos de hielo, y algunos vasos. Y ahora, en el mismo momento en que Tomatis termina de tomar su trago de whisky, no sin antes haber hecho tintinear el hielo contra el vaso, al oír la reflexión de Marcos, Diana, indicando con un movimiento vago de la cabeza el cielo, la noche, la tormenta, interviene, pensativa:

—Si es sordo, con este bochinche no lo debió oír.

—Aun en medio del más pavoroso silencio. No oye —dice Marcos con seriedad apodíctica y deliberadamente teatral, y después de tomar un trago de champán, saboreándolo en forma ostentosa, alza la voz dirigiéndose a Gutiérrez con desenvoltura mundana—. ¡Willi querido, este *champagne français* —y exagera la pronunciación francesa de las dos palabras— es el despedote!

Cruzan, irónica, una mirada de inteligencia. De todos los que Gutiérrez conoció en aquella época, dotada para él de tantos prestigios, Marcos es el que se sigue pareciendo más, incluso físicamente, al que era cuando lo conoció: el mismo cabello rubio, ahora más ralo y desteñido, y el mismo bigotito rubio, ahora más blanco que dorado, que, ligeramente achinado, cae sobre las comisuras.

—Lo tengo reservado para las grandes ocasiones —dice Gutiérrez, y Nula que los observa, sonriente y vagamente fascinado, piensa que debe ser cierto, pero que lo que Gutiérrez considera como *grandes ocasiones* no debe tener nada que ver con lo que la gente acostumbra a considerar como tales. Marcos sonrío, menos satisfecho del cumplido que de algún misterioso doble sentido que le ha parecido atisbar en esa frase convencional. Ubicuo, omnipresente, el aguacero retumba en el patio, en el campo, en la noche, y las ocho personas que se mueven, sentadas o de pie alrededor de la mesa en el guincho iluminado, parecen representar en un escenario una obrita realista, a tal punto las frases surgen con celeridad y precisión de sus labios, como si no necesitaran formarlas previamente en su interior, y se tratara de réplicas de un texto ya escrito, aprendidas de memoria.

Al verlos cruzar, casi imperceptible, una mirada irónica, Nula se acuerda que el martes, en el club de caza y pesca, cuando mencionaron a Marcos y sus actividades políticas, también Gutiérrez y Escalante había cruzado una mirada afectuosa pero burlona, como si esas actividades fuesen más un rasgo de carácter que una verdadera tarea pública. Para Nula, Marcos es más que un buen cliente; es un abogado que lo recibe en su estudio, en cuya biblioteca, además de los libros jurídicos, alcanzan a distinguirse volúmenes de Hegel, de Gramsci, de Stendhal, de Tolstoi o de Sarmiento. Nula ignora que el padre de Marcos, comunista judío en Alemania, llegó al país a finales de los años veinte y que, para sobrevivir, instaló una librería de viejo en la ciudad, la librería *Martín Fierro*, poema nacional muchas de cuyas sextinas, en su castellano que con los años fue haciéndose cada vez más fluido, recitaba de memoria, y algunos de cuyos versos le servían de norma para su comportamiento. Durante buena parte de su juventud, Marcos fue comunista, pero gradualmente se fue alejando del partido, para romper en forma definitiva en los años de la dictadura. Pertenece a esa especie de hombres que habían querido cambiar el mundo, hasta comprender que el mundo cambiaba por sí solo y vertiginosamente, pero en sentido opuesto al que ellos aspiraban, e incluso en direcciones inesperadas y extrañas, y entonces, sin candidez ni cinismo, trataban de salvar lo que quedaba de aceptable, aun si esa actitud a veces los podía hacer pasar por anticuados e incluso por conservadores —en todo caso ante los que, al mismo tiempo que se servían sin escrúpulos la porción más grande del queso, se autodefinían como modernos.

—Está parando —dice de pronto Riera, y dando dos o tres zancadas súbitas se detiene en el borde del guincho y ausculta el aire negro y lluvioso—. Sí, sí. Está parando. Va haber que irse nomás.

—Una ligera disminución —dice Gutiérrez.

—No, no, escuchen —dice Riera y, poniéndose la mano de pantalla contra la oreja derecha, reconcentra su atención. Todos escuchan el ruido de la lluvia como si se tratase de un asunto capital, cuando lo que ocurre en realidad es que, después de esa larga jornada mundana, se están agotando los temas de conversación y, como ocurre a menudo, si el alcohol al principio contribuye a volverlos sociables, termina por hundirlos otra vez a cada uno en sí mismo. Pero la lluvia les suministra un último sobresalto de sociabilidad.

—A ver —dice Clara, y avanzando con sus pasitos delicados, pasa al lado de Riera y se para en medio del sendero de lajas blancas, con los brazos cruzados contra el pecho, y los ojos cerrados. Se queda algunos segundos

inmóvil en esa posición, y después, completamente empapada, vuelve a refugiarse bajo el guincho—. Falta un poco todavía para que haya parado por completo.

—¿Seguro? —dice Tomatis, y sin soltar su vaso de whisky, pero tapándolo con la mano para que no le quede demasiado aguado, efectúa el mismo recorrido que Clara, y saliendo del guincho, se para sobre las lajas blancas más o menos en el mismo lugar que ella. Y en ese momento, una disminución brusca de ruido y de agua que cae es inmediatamente perceptible. El cambio inesperado desconcierta al principio a Tomatis, pero una sonrisa satisfecha le ilumina la cara, y alzándola al aire lluvioso, anuncia con aire profético, o más bien mixtificador, como un mago de circo anunciándole una sorpresa a su público—: Todavía chispea, pero cuando retire la mano que protege el contenido de mi vaso, la lluvia habrá parado del todo.

Efectúa unos movimientos pseudoesotéricos, balanceándose con los ojos cerrados, girando despacio sobre las lajas blancas, la cara alzada con expresión arrobada hacia la nebrura lluviosa, y después de dar dos o tres vueltas sobre sí mismo, se para frente al guincho, se inmoviliza unos segundos, y con un ademán ostentosamente teatral, retira la mano que protegía el vaso y hace un gesto invitando a los otros a salir al patio. Aplausos, gritos y silbidos responden a la invitación, y todo el mundo se precipita afuera, en general con una copa en la mano.

—Que el último apague la luz. Auscultemos la noche —recomienda Tomatis, y uniendo la acción a la palabra, sale de las lajas blancas y empieza a caminar despacio por el pasto mojado, hacia el fondo del patio. Alguien, detrás —él ignora que ha sido Clara—, apaga la luz, y Tomatis avanza en la oscuridad, que de tanto en tanto perforan los fognazos verdosos, próximos o lejanos, de los refucilos, a los que unos segundos más tarde, como al viajero su sombra, los siguen truenos fieles, esclavos inofensivos de la luz temible que los obliga a ostentar ferocidad con efectos sonoros melodramáticos. Tomatis oye detrás suyo el tropel de los pies que chapalean en el pasto sumergido, apurándose por alcanzarlo, y por fin a sus amigos que llegan, jadeantes y entusiastas, agolpándose a su alrededor, en la oscuridad.

—Qué novedades —dice la voz de Marcos.

—Sigue chispeando —dice Tomatis, y algunas risas chisporrotean. Avanzan en grupo, despacio, y de pronto una seguidilla de relámpagos los ilumina en forma intermitente, creando un efecto dudoso desde el punto de vista estético, pero apropiado para la situación.

—¿Vieron? ¿Pero vieron eso? —dice la voz de Diana.

—¿Qué, qué, qué cosa? —indagan algunas voces con alarma exagerada.

—Yo la vi. Sobre los árboles. Un alma en pena —dice Riera—. Y yo que la busqué tanto durante las disecciones. Fíjense bien allá arriba. Ya se la distingue en la oscuridad.

—Ah, sí, sí, claro ahí está flotando arriba del árbol, con los bracitos estirados, es toda blanca —confirma el coro con devoción soñadora. Y es cierto: una forma blanca, evanescente, con los bracitos estirados, semejante a las que solían representar en el siglo diecinueve, cuando ya no se creía en ellas, a las almas del purgatorio, flota en círculos lentos y descendentes, contra los árboles del fondo, más afines por su aspecto a las criaturas de la microbiología que a las de las esferas celestiales. Después de un silencio, se oye la voz de Nula decir en la oscuridad:

—Es el padre de Hamlet.

—No, no —dice Diana—. Es Atenea, desviada por la sudestada, cuando iba a Troya para calmar la cólera de los griegos.

—De ninguna manera —dice la voz de Gutiérrez—. Es Mario Brando, mandado por Dante, para confirmar su reconocimiento del precisionismo como único heredero legítimo del *dolce stil novo*.

—Están todos equivocados —dice Marcos—. Es el Dr. Russo, que viene a ocupar en forma *definitiva* y gratuita la casa que le vendió a Willi. —Y en ese momento, como si lo hubiese oído, la forma evanescente y blanquecina se pone a dar volteretas cada vez más agitadas y se precipita a tierra. Todos corren hacia ella pero es Nula el que la atrapa, y anuncia lo que todos sabían.

—Es una bolsa de plástico del híper Tiene la doble y de *Werden*.

—*Warden* —corrige Tomatis—. ¿Qué color?

—Azul, de la pescadería —dice Nula.

—Azul —repite Tomatis después de un silencio dubitativo—. Vecino del negro.

LUNES
RÍO ABAJO

Con la lluvia, llegó el otoño, y con el otoño, el tiempo del vino.

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE ESTA EDICIÓN

Saer comenzó a planear y hacer comentarios sobre una novela llamada LA GRANDE en 1999, y casi seguramente empezó a escribirla a fines de ese año, luego de terminar los relatos de *Lugar*. La historia se desarrollaba en siete días, de martes a lunes, y cada jornada ocupaba un capítulo. En enero de 2005 ya me había enviado los cinco primeros capítulos terminados de la novela. Si bien no podemos asegurar que Saer no habría hecho modificaciones en esos capítulos al recibir las pruebas, podemos inferir que ese texto era el definitivo.

Saer escribía la novela a mano, cada capítulo en un cuaderno separado. Luego hacía pasar el manuscrito a máquina o lo dictaba y lo revisaba sin hacer más que algunas leves correcciones. De hecho trabajaba como un poeta, es decir, componía mentalmente, y la primera versión de sus textos no necesitaba en general cambios ni modificaciones sustanciales.

El capítulo 6 («El Colibrí») empezó a escribirlo a mano, pero luego de las primeras cinco páginas del cuaderno y de cinco pequeñas hojas sueltas redactadas en el hospital y añadidas, pasó a hacerlo directamente en la computadora. No hay diferencias estilísticas entre el comienzo de esa jornada en el manuscrito y la continuación escrita a máquina, pero debemos señalar que Saer no revisó este capítulo ni lo imprimió para leerlo.

Del último capítulo, Saer escribió en el cuaderno el título y la primera frase. Se sabe que lo había pensado como una coda, no muy extensa (no más de veinte páginas), y que había decidido terminar la novela con la frase *Moro vende*. El lector puede inferir a partir de esa frase el posible final de la novela (quizás Gutiérrez ha decidido vender la casa), pero no existen

indicaciones ni apuntes que permitan asegurar cuál habría sido ese final.

Habitualmente Saer llevaba un cuaderno de notas mientras escribía sus novelas. En el caso de LA GRANDE, el cuaderno que acompañaba la redacción contiene apuntes, descripciones, frases, una lista de personajes e indicaciones varias, pero no incluye síntesis de los capítulos ni resumen del argumento.

Con los herederos decidimos publicar la novela tal cual la dejó Saer. Sólo hemos corregido las erratas obvias, como en cualquier original.

Con Saer habíamos acordado publicar la novela en octubre de 2005. Pensaba viajar a Buenos Aires para esa fecha, y anunció que a fines de junio la novela estaría terminada. Podemos suponer que en el momento de su muerte estaba trabajando en el último capítulo.

A. D.

Gutiérrez regresa a Santa Fe después de mucho tiempo. Nula, un muchacho que tiene la mitad de su edad, 29 años, lo recibe y hacen juntos una caminata. Avanzan por la misma calle, pero en tiempos diferentes. Para Gutiérrez, ese mundo de provincia, acaso su patria afectiva, tiene el sabor inmediato y remoto, familiar y extraño, de un lugar donde el pasado se actualiza. En torno a un escrito elaborado por alguien que no estuvo en los sucesos que cuenta, se va recomponiendo la historia de un movimiento de vanguardia local, el precisionismo. Las anécdotas apuntan a una reflexión sobre el sentido de las instituciones literarias y artísticas, y a medida que la voz del narrador se proyecta hacia el pasado, esa galaxia inaccesible que sigue enviando su luz, reaparecen los pilares fundamentales del inconfundible universo saeriano: Tomatis, el diario *La región*, Washington Noriega, Soldi, Cuello, Marcos Rosenberg, Elisa y el Gato, entre otros. Ambientada en los años noventa y de un humor implacable, *La grande* nos muestra cuán complejo es hacer una recapitulación de aquello que llamamos, con un exceso de confianza, nuestra vida.

En su obra deslumbrante y rigurosa, ligada al desafío de poner en palabras la experiencia, Saer ha reflejado una visión total del mundo. Tras su muerte, ocurrida cuando estaba por empezar el último capítulo de esta novela, queda el valor universal y perenne de esa mirada y su prosa.

Juan José Saer (Serodino, Santa Fe, 1937-París, 2005). Fue profesor en la Universidad Nacional del Litoral. En 1968 se trasladó a París y enseñó en la Facultad de Letras de la Universidad de Rennes (Francia). Su vasta obra narrativa, considerada una de las máximas expresiones de la literatura argentina contemporánea, abarca libros de cuentos y novelas, entre ellas Responso, La vuelta completa, El limonero real, La ocasión (Premio Nadal), Lo imborrable (1992) y La pesquisa (1994). En 1983 publicó Narraciones, antología en dos volúmenes de sus relatos. En 1991, el ensayo El río sin orillas; y en 1997, El concepto de ficción. Su producción poética está recogida en El arte de narrar (1977).

«Decir que Juan José Saer es el mejor escritor argentino actual es una manera de desmerecer su obra... que como la de Bernhard o la de Beckett, está situada del otro lado de las fronteras, en esa tierra de nadie que es el lugar mismo de la literatura.»

Ricardo Piglia

«Juan José Saer es actualmente uno de los autores más importantes de la literatura latinoamericana.»

Letralia

«Leer a Juan José Saer es un placer... Los saltos de tiempo que adelantan o retroceden respecto al relato lineal, la repetición de escenas, la mirada global quede pronto asume el plano, detalle hace pensar en un guión de cine en el que el tema es nada menos que la vida, tan inasible, tan trascendente, tan grande.»

La Razón

«Saer se inscribe en la cumbre de la gran literatura»

El País